Robert Graves

Los mitos griegos 2



Apasionado por el mundo clásico, Robert Graves publicó en 1955 esta recreación narrada de los mitos griegos, que se ha convertido con el paso de los años en una obra de referencia ineludible para iniciarse en el fascinante mundo de la antigüedad. La erudición y la magistral prosa de Graves combinadas dan como resultado una deslumbrante inmersión en los avatares de los héroes y los dioses, a través de una sucesión de mitos que siguen hoy iluminándonos sobre temas eternos como las pasiones, el odio, los celos, la culpa, la ambición, la codicia, el miedo, la traición, los deseos inconfesables… Forjadores de un universo simbólico que ha marcado el imaginario de Occidente a lo largo de la historia, por estas páginas desfilan Zeus, Narciso, Afrodita, Hermes, Atenea, Orestes, las Parcas, Apolo, Poseidón, Dioniso, Perseo, Sísifo, Midas, Teseo, Edipo, Penélope, Heracles… Un delicioso paseo por el mundo de los mitos griegos. Un clásico imprescindible en cualquier biblioteca.



Robert Graves

Los mitos griegos II

Los mitos griegos - 2

ePub r1.3
Titivillus 25.07.2020

Título original: *The Greek Miths, Volume II*
Robert Graves, 1955
Traducción: Luis Echávarri
Revisión: Lucia Graves

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



105. EDIPO

a. Layo, hijo de Lábdaco, se casó con Yocasta y gobernó en Tebas. Afligido por no haber tenido hijos durante largo tiempo, consultó en secreto con el oráculo de Delfos, el cual le informó que esa aparente desgracia era un beneficio, porque cualquier hijo nacido de Yocasta sería su asesino. En consecuencia, repudió a Yocasta, aunque sin darle explicación alguna de su decisión, cosa que le ofendió a ella de tal modo que, después de hacer que se emborrachara, consiguió mañosamente que volviera a sus brazos en cuanto hubo anochecido. Cuando, nueve meses después, Yocasta dio a luz un hijo, Layo lo arrancó de los brazos de la nodriza, le taladró los pies con un clavo, se los ató el uno al otro y lo dejó abandonado en el monte Citerón.

b. Pero las Parcas habían decidido que ese niño llegara a una vejez lozana. Un pastor corintio lo encontró, le llamó Edipo porque sus pies estaban deformados por las heridas hechas con el clavo, y lo llevó a Corinto, donde el rey Pólibo reinaba en aquel momento[1].

c. Según otra versión de la fábula, Layo no abandonó a Edipo en la montaña, sino que lo encerró en un arca que fue arrojada al mar desde un barco. El arca flotó a la deriva y llegó a la costa de Sición, donde Peribea, la esposa de Pólibo, estaba por casualidad en la playa vigilando a las lavanderas de la casa real. Recogió a Edipo, se retiró a un soto y simuló que sufría los dolores del parto. Como las lavanderas estaban demasiado ocupadas para observar lo que ella hada, les engañó a todas haciéndoles creer que acababa de dar a luz a aquel niño. Pero Peribea le dijo la verdad a Pólibo, quien, como tampoco tenía hijos, tuvo la satisfacción de criar a Edipo como su hijo propio.

Un día, habiéndole vituperado un joven corintio diciéndole que no se parecía lo más mínimo a sus supuestos padres, Edipo fue a preguntar al oráculo de Delfos qué era lo que le reservaba el futuro. «¡Aléjate del altar, desdichado! —le gritó la pitonisa, con repugnancia— ¡Matarás a tu padre y te casarás con tu madre!»

d. Como Edipo amaba a Pólibo y Peribea y no deseaba causarles un desastre, decidió inmediatamente no volver a Corinto. Pero sucedió que en el estrecho desfiladero entre Delfos y Dáulide se encontró con Layo, quien le ordenó ásperamente que saliese del camino y dejara pasar a sus superiores. Se debe explicar que Layo iba en carro y Edipo a pie. Edipo replicó que no reconocía más superiores que los dioses y sus propios padres.

—¡Tanto peor para ti! —gritó Layo, y ordenó a su cochero, Polifontes, que siguiera adelante.

Una de las ruedas magulló el pie de Edipo, quien, impulsado por la ira, mató a Polifontes con la lanza. Luego derribó a Layo, quien cayó al camino enredado en las riendas, fustigó a los caballos e hizo que éstos lo arrastraran y le mataran. El rey de Platea tuvo que enterrar ambos cadáveres[2].

e. Layo se estaba dirigiendo al oráculo para preguntarle cómo podía librar a Tebas de la Esfinge. Este monstruo era hija de Tifón y Equidna o, según dicen algunos, del perro Ortro y la Quimera, y había volado a Tebas desde la parte más distante de Etiopía. Se la reconocía fácilmente por su cabeza de mujer, cuerpo de león, cola de serpiente y alas de águila[3]. Hera había enviado recientemente a la Esfinge para castigar la ciudad de Tebas porque Layo había raptado en Pisa al niño Crisipo; habiéndose instalado en el monte Picio, cerca de la ciudad, proponía a cada viajero tebano que pasaba por allí un enigma que le habían enseñado las Tres Musas: «¿Qué ser, con sólo una voz, tiene a veces dos pies, a veces tres, a veces cuatro y es más débil cuantos más pies tiene?» A los que no podían resolver el enigma los estrangulaba y devoraba en el acto, y entre esos infortunados estaba Hemón, el sobrino de Yocasta, a quien la Esfinge hizo haimon, o «sangriento», verdaderamente.

Edipo, quien se acercaba a Tebas inmediatamente después de haber matado a Layo, adivinó la respuesta: «El hombre —contestó—, porque se

arrastra a gatas cuando es niño, se mantiene firmemente en sus dos pies en la juventud, y se apoya en un bastón en la vejez». La Esfinge, mortificada, saltó desde el monte Picio y se despedazó en el valle de abajo. En vista de esto los tebanos, agradecidos, aclamaron a Edipo como rey, y se casó con Yocasta, ignorando que era su madre.

f. Entonces una peste invadió Tebas y cuando se consultó una vez más al oráculo de Delfos, contestó: «¡Expulsad al asesino de Layo!» Edipo, que no sabía con quién se había encontrado en el desfiladero, maldijo al asesino de Layo y lo condenó al destierro.

g. El ciego Tiresias, el adivino más famoso de Grecia en esa época, pidió a Edipo una audiencia. Algunos dicen que Atenea, quien lo había cegado, porque inadvertidamente la había visto bañándose, atendió a la súplica de su madre y, tomando a la serpiente Erictonio de su égida, le ordenó: «Limpia los oídos de Tiresias con tu lengua para que pueda entender el lenguaje de las aves proféticas».

h. Otros dicen que en una ocasión, en el monte Cilene, Tiresias había visto a dos serpientes en el acto de acoplarse. Cuando ambas le atacaron, las golpeó con su bastón y mató a la hembra. Inmediatamente Tiresias se convirtió en una mujer y llegó a ser una ramera célebre; pero siete años después acertó a ver el mismo espectáculo y en el mismo lugar, y esta vez recuperó su virilidad matando a la serpiente macho. Otros dicen que cuando Afrodita y las tres Carites, Pasítea, Calé y Eufrósine, disputaron acerca de cuál de las cuatro era más bella, Tiresias otorgó el premio a Calé; inmediatamente Afrodita lo convirtió en una anciana. Pero Calé lo llevó consigo a Creta y le regaló una hermosa cabellera. Algunos días después Hera comenzó a reprocharle a Zeus sus numerosas infidelidades. Él las defendió alegando que, en todo caso, cuando compartía el lecho con ella, ella disfrutaba muchísimo más que él.

—Las mujeres, por supuesto, gozan con el acto sexual infinitamente más que los hombres —le dijo en tono fanfarrón.

—¡Qué tontería! —replicó Hera—. Sucede exactamente lo contrario y lo sabes muy bien.

Tiresias, llamado para arbitrar la disputa con su experiencia personal, declaró:

«Si en diez partes divides del amor el placer, una a los hombres va y nueve a la mujer».

La sonrisa triunfante de Zeus exasperó de tal modo a Hera que cegó a Tiresias, pero Zeus le compensó con la visión interior y una vida que abarcó siete generaciones[4].

i. Tiresias se presentó en la corte de Edipo, apoyándose en el bastón de madera de cornejo que le había dado Atenea, y reveló a Edipo la voluntad de los dioses: que la peste cesaría solamente si un Hombre Sembrado moría en beneficio de la ciudad. El padre de Yocasta, Meneceo, uno de los que habían brotado de la tierra cuando Cadmo sembró los dientes de la serpiente, se arrojó inmediatamente de las murallas, y toda Tebas elogió su abnegación cívica.

Tiresias anunció luego:

—Meneceo ha obrado bien y la peste cesará. Pero los dioses tienen en consideración a otro de los Hombres Sembrados, uno de la tercera generación pues ha matado a su padre y se ha casado con su madre. ¡Sabed, reina Yocasta, que ese hombre es tu marido Edipo!

j. Al principio nadie quiso creer a Tiresias, pero pronto sus palabras quedaron confirmadas por una carta de Peribea desde Corinto. Escribía que la súbita muerte del rey Pólibo le permitía ahora revelar las circunstancias de la adopción de Edipo, y lo hacía con detalles condenatorios. Yocasta se ahorcó de vergüenza y de pena y Edipo se cegó con un alfiler que tomó de los vestidos de ella[5].

k. Algunos dicen que, aunque atormentado por las Erinias, que le acusaban de haber causado la muerte de su madre, Edipo siguió reinando en Tebas durante un tiempo, hasta que murió en una batalla[6]. Según otros, sin embargo, el hermano de Yocasta, Créonte, le expulsó, pero no antes que maldijera a Eteocles y Polinices —que eran al mismo tiempo hijos y hermanos suyos— cuando insolentemente le enviaron la parte inferior de un animal sacrificado, o sea el anca en vez del cuarto delantero que correspondía al rey. En consecuencia observaron sin derramar lágrimas cómo abandonaba la ciudad que había librado del poder de la Esfinge. Después de vagar durante muchos años de un país a otro, guiado por su fiel hija Antígona, Edipo llegó por fin a Colono en el Ática, donde las Erinias,

que tienen allí un bosquecillo, le persiguieron hasta matarlo, y Teseo enterró su cadáver en el recinto de los Solemnes de Atenas, y lo lloró al lado de Antígona[7].

1. La fábula de Layo, Yocasta y Edipo ha sido deducida de una serie de iconos sagrados mediante una corrupción deliberada de su significado. Un mito que explicaría el nombre de Lábdaco («ayuda con antorchas») se ha perdido; pero puede referirse a la llegada a la luz de las antorchas de un Niño Divino, llevado por vaqueros o pastores, en la ceremonia del Año Nuevo, y aclamado como hijo de la diosa Brimo («rabiosa»). Este eleusis, o advenimiento, era el acontecimiento más importante en los Misterios Éleusinos, y quizá también en los ístmicos (véase 70.5), lo que explicaría el mito de la llegada de Edipo a la corte de Corinto. Los pastores adoptaban o rendían homenaje a otros muchos príncipes niños legendarios o semi-legendarios, tales como Hipótoo (véase 49.a). Pelias (véase 68.d), Anfión (véase 76.a). Égisto (véase 111.i), Moisés, Rómulo y Ciro, todos los cuales eran abandonados en una montaña o confiados a las olas en un arca, o ambas cosas. A Moisés lo encontró la hija del Faraón cuando bajó al río con sus mujeres. Es posible que Oedipus, «pie hinchado», fuera originalmente Oedipais, «hijo del mar agitado», que es el significado del nombre que se da al héroe gales correspondiente, Dylan; y que la perforación de los pies de Edipo con un clavo pertenezca al final y no al comienzo de su fábula como en el mito de Talos (véase 92,m y 154.h).

2. El asesinato de Layo es un recuerdo de la muerte ritual del rey solar por su sucesor: derribado de un carro y arrastrado por los caballos (véase 71.1) cuando terminaba el primer año de su reinado.

3. La anécdota de la Esfinge ha sido deducida, evidentemente, de una ilustración en que aparecía la diosa Luna alada de Tebas, cuyo cuerpo compuesto representa las dos partes del año tebano —el león a la parte creciente y la serpiente a la parte menguante— y a quien el nuevo rey ofrece sus devociones antes de casarse con su sacerdotisa, la Reina. Parece también que el enigma que la Esfinge aprendió de las Musas ha sido inventado para explicar una ilustración de un infante, un guerrero y un anciano, los tres adorando a la diosa triple: cada uno de ellos rinde

homenaje a una persona diferente de la tríada. Pero la Esfinge, vencida por Edipo, se mató, y lo mismo hizo su sacerdotisa Yocasta. ¿Fue Edipo un invasor de Tebas en el siglo XIII que suprimió el antiguo culto minoico de la diosa y reformó el calendario? Bajo el viejo sistema, el nuevo rey, aunque extranjero, había sido teóricamente un hijo del rey viejo al que mató y con cuya viuda se casó; costumbre que los invasores patriarcales tergiversaron considerándola como parricidio e incesto. La teoría freudiana de que el «complejo de Edipo» es un instinto común a todos los hombres fue sugerida por esta anécdota corrompida, y aunque Plutarco recuerda (Sobre Isis y Osiris 32) que el hipopótamo «asesinaba a su padre y violaba a su madre», nunca habría sugerido que todos los hombres tienen un complejo de hipopótamo.

4. Aunque los patriotas tebanos, poco dispuestos a admitir que Edipo era un extranjero que tomó su ciudad por asalto, preferían hacer de él el heredero perdido del reino, la verdad es revelada por la muerte de Meneceo, miembro de la raza pre-helena que celebraba el festival de las Pelonas en memoria del demiurgo Ofión, de cuyos dientes pretendían haber nacido. Se lanzó a la muerte con la esperanza desesperada de aplacar a la diosa, como Mercio Curcio cuando se abrió una sima en el Foro romano (Livio: vii.6), y el mismo sacrificio se ofreció durante la guerra de los «siete contra Tebas» (véase 106.j). Sin embargo, murió en vano; de otro modo la Esfinge y su suprema sacerdotisa no se habrían visto obligadas a suicidarse. La fábula de la muerte de Yocasta por ahorcamiento es probablemente un error; se dice que la Helena del culto del olivo, lo mismo que Erígone y Ariadna del culto del vino, murieron de ese modo, quizá para explicar las figurillas de la diosa Luna que colgaban de las ramas de los árboles en los huertos como un talismán de la fertilidad (véase 79.2, 88.10 y 98J). En Tebas se utilizaban figurillas análogas y cuando Yocasta se suicidó lo hizo indudablemente arrojándose desde una roca, lo mismo que la Esfinge.

5. La aparición de «Tiresias», título común de los adivinos en toda historia legendaria de Grecia indicaba que Zeus le había concedido a Tiresias una vida notablemente larga. Ver serpientes acoplándose se considera todavía infausto en la India meridional; la teoría es que el testigo será castigado con la «enfermedad femenina» (como la llama Herodoto), a saber, la homosexualidad; aquí el fabulista griego ha llevado la fábula un poco más adelante para provocar la risa contra las mujeres. El cornejo,

árbol adivinatorio consagrado a Crono (véase 52.3 y 170.5), simbolizaba el cuarto mes, el del equinoccio de la primavera; Roma fue fundada en esa estación en el lugar donde golpeó en tierra la jabalina de madera de cornejo lanzada por Rómulo. Hesíodo convirtió a las dos Carites tradicionales en tres (véase 13.3), llamándolas Eufrósine, Aglaye y Talía (Teogonia 945). El relato de Sosóstrato sobre la disputa por la belleza tiene poco sentido, porque Pasithea Cale Eupbrosyne, «la Diosa de la Alegría que es bella para todos», parece haber sido el título de la propia Afrodita. Puede haberlo tomado del Juicio de París (véase 159.i y 3).

6. Sobreviven dos relatos incompatibles de la muerte de Edipo. Según Homero, murió gloriosamente en batalla. Según Apolodoro e Higinio, fue desterrado por el hermano de Yocasta, un miembro de la casa real cadmea, y vagó como mendigo ciego por las ciudades de Grecia hasta que llegó a Colono, en el Ática, donde las Furias le persiguieron hasta darle muerte. Que Édipo se cegara a sí mismo por remordimiento lo han interpretado los psicólogos como castración, pero aunque los gramáticos griegos dijeron que la ceguera de Fénix, el preceptor de Aquiles (véase 160.l) era un eufemismo por impotencia, el mito primitivo es siempre categórico, y la castración de Urano y Atis siguió siendo recordada sin rubor en los libros de texto clásicos. La ceguera de Edipo, en consecuencia, parece una invención teatral más bien que un mito original. Las Furias eran personificaciones de la conciencia, pero de la conciencia en un sentido muy limitado: despertada tan sólo por la violación de un tabú maternal.

7. Según la fábula no homérica, el desafío de la diosa de la ciudad por Edipo fue castigado con el destierro, y él murió luego víctima de sus temores supersticiosos. Es probable que sus innovaciones fuesen repudiadas por los tebanos conservadores; y, ciertamente, la renuencia de sus hijos y hermanos a concederle el cuarto delantero de la víctima sacrificada equivalía a negarle su autoridad divina. La espaldilla era el emolumento sacerdotal en Jerusalén (Levítico vii.32 y xi.21, etc.) y Tántalo puso una ante la diosa Deméter en un famoso banquete de los dioses (véase 108.c). Entre los akan la paletilla de la derecha todavía se concede al gobernante. ¿Trató Edipo, como Sísifo, de sustituir las leyes de sucesión matrilineales por las patrilineales y le desterraron sus súbditos? Parece probable. Teseo de Atenas, otro revolucionario patriarcal del Istmo, quien destruyó el antiguo clan ateniense de los Palántidas (véase 99.a), es asociado por los

dramaturgos atenienses con el entierro de Edipo, y también fue desterrado al final de su reinado (véase 104.f).

8. Tiresias figura aquí dramáticamente como el profeta de la deshonra final de Edipo, pero la fábula, tal como sobrevive, parece haber sido invertida. En un tiempo puede haber sido algo así:

> Edipo de Corinto conquistó Tebas y llegó a ser rey casándose con Yocasta, una sacerdotisa de Hera. Luego anunció que el reino pasaría en adelante de padre a hijo siguiendo la línea masculina, que es una costumbre corintia, en vez de seguir siendo el don de Hera la Estranguladora. Edipo confesó que se sentía deshonrado por haber dejado que los caballos del carro arrastraran y dieran muerte a Layo considerado su padre, y por haberse casado con Yocasta, quien le había hecho rey mediante una ceremonia de renacimiento. Pero cuando trató de cambiar estas costumbres, Yocasta se suicidó como protesta y Tebas fue víctima de una peste. Por consejo de un oráculo, los tebanos negaron entonces a Edipo la paletilla sagrada y le desterraron. Murió en una tentativa inútil de reconquistar su trono mediante la guerra.

106. LOS SIETE CONTRA TEBAS

a. Tantos príncipes visitaron Argos con la esperanza de casarse con Egiea o Deípile, las hijas del rey Adraste, que, temiendo hacerse enemigos si escogía a dos de ellos como yernos, consultó con el oráculo de Delfos. La respuesta de Apolo fue: «Unce a un carro de dos ruedas el jabalí y el león que luchan en tu palacio».

b. Entre los menos afortunados de esos pretendientes se hallaban Polinices y Tideo. Polinices y su mellizo Eteocles habían sido elegidos co-reyes de Tebas después del destierro en Edipo, su padre. Convinieron en reinar durante años alternados, pero Eteocles, a quien le tocó el primer plazo, no quiso entregar el trono al final del año, alegando la mala disposición mostrada por Polinices, y lo desterró de la ciudad. Tideo, hijo de Éneo de Calidón, había matado a su hermano Melanipo en una cacería; aunque alegaba que se trataba de una accidente, se había profetizado que Melanipo le mataría a él y en consecuencia los calidonios sospechaban que había tratado de prevenir su destino y lo desterraron a él también.

c. Ahora bien, el emblema de Tebas es un león y el de Calidonia un jabalí, y los dos pretendientes fugitivos exhibían esas figuras en sus escudos. Esa noche, en el palacio de Adrasto, comenzaron a disputar sobre las riquezas y las glorías de sus ciudades respectivas y habría habido un asesinato si Adrasto no los hubiera separado y reconciliado. Luego, teniendo en cuenta la profecía, casó a Egiea con Polinices y a Deípile con Tideo, con la promesa de restablecer a ambos príncipes en sus reinos, pero dijo que primeramente marcharían sobre Tebas, que quedaba más cerca[1].

d. Adrasto reunió a sus jefes argivos: Capaneo, Hipomedonte, su cuñado Anfiarao el adivino, y su aliado arcadio Partenopeo, hijos de Meleagro y Atalanta, y les pidió que se armaran y partieran hacia el este. Sólo uno de esos paladines se mostró mal dispuesto a obedecer: era Anfiarao, quien, previendo que todos ellos, excepto Adrasto, morirían luchando contra Tebas, al principio se negó a ir.

e. Sucedió que Adrasto había disputado anteriormente con Anfiarao respecto a los asuntos de estado argivos y los dos hombres enfurecidos habrían podido matarse mutuamente de no ser por Enfile, la hermana de Adrasto, que estaba casada con Anfiarao. Tomando su rueca, se interpuso entre ellos, les sacó las espadas a golpes y les hizo jurar que acatarían siempre su decisión en cualquier disputa futura. Informado de este juramento, Tideo llamó a Polinices y le dijo:

—Enfile teme que esté perdiendo su belleza; ahora bien, si tú le ofreces el collar mágico que fue el regalo de boda de Afrodita a tu antepasada Harmonía, la esposa de Cadmo, pronto arreglaría la disputa entre Anfiarao y Adrasto obligándole a él a venir con nosotros.

f. Esto se hizo discretamente y partió la expedición encabezada por los siete paladines: Polinices, Tideo y los cinco argivos[2]. Pero algunos dicen que Polinices no era uno de los siete y agregan el nombre del argivo Eteoclo, hijo de Ifis[3].

g. Su marcha los llevó a través de Nemea, donde reinaba Licurgo. Cuando pidieron permiso para que sus soldados pudieran beber en su región, Licurgo se lo dio y su sierva Hipsípila los condujo al manantial más próximo. Hipsípila era una princesa lemnea, pero cuando las mujeres de Lemnos juraron matar a todos sus hombres en venganza por el daño que les habían hecho, ella salvó la vida de su padre Toante, por lo que la vendieron inmediatamente como esclava, y allí estaba, como niñera de Ofeltes, el hijo de Licurgo. Dejó al niño un momento mientras guiaba al ejército argivo al manantial, ocasión que aprovechó una serpiente para enroscarse alrededor de la criatura y morderla mortalmente. Adrasto y sus soldados volvieron del manantial demasiado tarde para hacer otra cosa que matar a la serpiente y enterrar al niño.

h. Cuando Anfiarao les advirtió que ésa era una señal de mal agüero, ellos instituyeron los Juegos Nemeos en honor del niño, llamándole Arquémoro, que significa «el iniciador de la condena»; y cada uno de los paladines tuvo la satisfacción de ganar una de las siete pruebas. Los jueces de los Juegos Nemeos, que se celebran cada cuatro años, llevan desde entonces túnicas negras en duelo por Ofeltes y la corona del vencedor está tejida con perejil infausto[4].

i. Cuando llegaron a Citerón, Adrasto envió a Tideo como heraldo para que exigiese a los tebanos que Eteocles abdicase el trono en favor de Polinices. Al ser rechazada esa exigencia, Tideo desafió a sus jefes a combate singular, uno después de otro, y salió victorioso de todos los encuentros; pronto no hubo ya más tebanos que se atreviesen a presentarse. Entonces los argivos se acercaron a las murallas de la ciudad, y cada uno de los paladines se apostó delante de una de las siete puertas.

j. El adivino Tiresias, con quien consultó Eteocles, profetizó que los tebanos saldrían victoriosos sólo si un príncipe de la casa real se ofrecía voluntariamente como sacrificio a Ares; inmediatamente Meneceo, el hijo de Creonte, se dio muerte delante de las puertas, así como su homónimo y abuelo se había arrojado de cabeza desde las murallas en una ocasión anterior. La profecía de Tiresias se realizó: los tebanos fueron derrotados en una escaramuza y se retiraron a la ciudad, pero tan pronto como Capaneo colocó una escala de sitio contra la muralla y comenzó a subir por ella, Zeus lo mató con un rayo. Al ver eso, los tebanos se envalentonaron, hicieron una salida furiosa y mataron a otros tres de los siete paladines; y uno de ellos, que por casualidad se llamaba Melanipo, hirió a Tideo en el vientre. Atenea sentía afecto por Tideo y, compadecida de él cuando yacía medio muerto, se apresuró a pedir a su padre Zeus un elixir infalible que muy pronto le habría puesto de nuevo en pie. Pero Anfiarao odiaba a Tideo porque había obligado a los argivos a marchar y, como era perspicaz, corrió adonde estaba Melanipo y le cortó la cabeza. «¡Ésta es tu venganza!» —exclamó— «¡Abre el cráneo y trágate los sesos!» Tideo lo hizo, y Atenea, que llegó en aquel momento con el elixir, lo vertió en tierra y se retiró disgustada.

k. Sólo Polinices, Anfiarao y Adrasto quedaban de los siete paladines; y Polinices, para evitar más muertes, propuso que se decidiera la sucesión al trono mediante un combate singular con Eteocles. Eteocles aceptó el desafío y en una lucha enconada cada uno de ellos hirió mortalmente al otro. Creonte, su tío, se hizo cargo del mando del ejército tebano y venció a los argivos desalentados. Anfiarao huyó en su carro por la ribera del río Ismeno, y estaba a punto de ser atravesado por la espalda por un tebano que le perseguía cuando Zeus abrió la tierra con un rayo y Anfiarao desapareció sin dejar rastro, con carro y todo, y ahora reina vivo entre los muertos. Batón, su auriga, desapareció con él[5].

l. Al ver que habían sido derrotados, Adrasto montó en su caballo alado Arión y huyó; pero cuando más tarde se enteró de que Creonte no permitía que se enterrara a los enemigos muertos, fue a Atenas como suplicante y convenció a Teseo para que marchara sobre Tebas y castigara la impiedad de Creonte. Teseo tomó la ciudad en un ataque sorpresa, encarceló a Creonte y entregó los cadáveres de los paladines muertos a sus parientes, quienes hicieron una gran pira para quemarlos. Pero Evadne, la esposa de Capaneo, puesto que su marido había sido convertido en héroe por el rayo de Zeus, no quiso separarse de él. Como la costumbre exigía que el hombre herido por un rayo fuese enterrado aparte de los demás, y se cercase su tumba, se arrojó a la pira general y se quemó viva[6].

m. Ahora bien, antes de la llegada de Teseo a Tebas, Antígona, hermana de Eteocles y Polinices, había desobedecido las órdenes de Creonte encendiendo secretamente una pira y colocando sobre ella el cadáver de Polinices. Pero al mirar por la ventana de su palacio, Creonte advirtió un resplandor distante que parecía provenir de una pira ardiente, fue a investigar y sorprendió a Antígona en su acto de desobediencia. Llamó a su hijo Hemón, con quien Antígona estaba comprometida en casamiento, y le ordenó que la enterrara viva en la tumba de Polinices. Hemón fingió que se apresuraba a hacer lo que se le ordenaba, pero en lugar de eso se casó con Antígona en secreto y la envió a vivir entre sus pastores. Ella le dio un hijo, que muchos años después, fue a Tebas e intervino en ciertos juegos fúnebres, pero Creonte, que seguía siendo rey de Tebas, sospechó su identidad por la marca de una serpiente que tenía en el cuerpo y que

llevaban todos los descendientes de Cadmo, y le condenó a muerte. Heracles intercedió en favor de su vida, pero Creonte se mostró inflexible, por lo que Hemón mató a Antígona y se dio muerte a sí mismo[7].

1. El oráculo del león y el jabalí de Apolo sin duda expresaba originalmente el buen criterio de constituir reinos dobles para evitar la lucha política entre el rey sagrado y su heredero, como la que provocó la caída de Tebas (véase 69.1). Pero el emblema de Tebas era un león, debido a su diosa anterior, la Esfinge con cuerpo de león; y el emblema de Calidón era un jabalí, probablemente porque a Ares, que tenía un templo allí, le gustaba adoptar ese disfraz (véase 18.j). Por tanto, el oráculo se ha aplicado a una situación diferente. Escudos con dibujos de animales se utilizaban regularmente al comienzo de la época clásica (véase 98.3 y 160.n).

2. Los mitógrafos se valen con frecuencia de la sílaba eri de un nombre alegando que significa era, «lucha», más bien que «abundante». De aquí el mito de Erictonio (véase 25.1) y Erígone (véase 79.3). Erifile significaba originalmente «muchas hojas» más bien que «lucha tribal». Hesíodo (Los trabajos y los días 161 y ss.) dice que Zeus exterminó a dos generaciones de héroes, la primera en Tebas en la guerra por los rebaños de Edipo, y la segunda en Troya, en la guerra causada por la rubia Helena. No se explica lo de los «rebaños de Edipo», pero Hesíodo se refería, sin duda, a esta guerra entre Eteocles y Polinices, en la que los argivos apoyaron a un candidato sin suerte para el trono de Tebas. La causa de una disputa análoga entre hermanos fue el vellocino de oro, por el que contendieron Atreo y Tiestes (véase 111.c-d); su posesión puso a su dueño en el trono de Micenas. También Zeus tenía carneros con vellón de oro en el monte Lafistio, los cuales parecen haber sido la insignia regia de la vecina Orcómeno y causaron mucho derramamiento de sangre (véase 70.6).

3. Hipsípile («puerta alta») era probablemente un título de la diosa Luna, cuyo curso describe un alto arco en el firmamento; y los Juegos Nemeos, como los Olímpicos, debían celebrarse al final del período del rey sagrado, cuando había reinado durante sus cincuenta meses lunares como marido de la suma sacerdotisa. El mito conserva la tradición de que anualmente se sacrificaban niños a la diosa como sustitutos del rey; aunque

a la palabra Opheltes, que significa simplemente «benefactor», se le ha dado aquí un sentido forzado: «enrollado por una serpiente», como si se derivara de ophis, «serpiente», y eilein, «juntar apretando». Tampoco Archemorus significa «el comienzo de la condena», sino más bien «tronco de olivo original», y está referido a plantones del olivo sagrado de Atenea (véase 16.c), probablemente los que se utilizaban en los juegos como coronas para los vencedores en las diversas pruebas. Después de los desastres de la guerra persa, el empleo del olivo se interrumpió en los Juegos Nemeos en favor del perejil, una señal de luto (Escoliasta sobre Argumento de los Juegos Nemeos de Píndaro). El perejil era infausto, quizás a causa de su notoriedad como abortivo. El proverbio inglés dice: «parsley grows rank in cuckolds' gardens» (el perejil crece exuberante en los jardines de los maridos cornudos). Crecía exuberante en la isla de la muerte de Ogigia (véase 170.w).

4. Él engullimiento por Tideo de los sesos de Melanipo es relatado como una anécdota moral. Este antiguo medio de mejorar la capacidad para la lucha, introducido por los helenos y que todavía practicaban los escitas en la época clásica (Herodoto: iv.64), había llegado a ser considerado bárbaro. Pero el icono del que los mitógrafos dedujeron su fábula mostraba probablemente a Atenea haciendo una libación al espíritu de Melanipo, para mostrar que aprobaba la acción de Tideo. La epopeya perdida de Los Siete contra Tebas debía parecerse mucho al Mahabbarata indio, que glorifica a la casta militar de los Maryannu; el mismo tema de la lucha entre parientes se da en esta epopeya, la conducta de los combatientes es más noble y más trágica que en la Ilíada, los dioses no desempeñan un papel malévolo, se honra la costumbre de inmolar a la viuda en la hoguera funeraria del marido, y Bhishma, como Tideo, bebe la sangre de su enemigo (véase 81.8).

5. Él fin de Ánfiarao es otro ejemplo más de la muerte del rey sagrado a consecuencia de estrellarse su carro (véase 71.a; 101.g; 105.d; 109.j, etc.). El descenso de Batón («zarzamora») al Tártaro en su compañía parece relatado para explicar la difundida prohibición europea de comer moras, asociadas con la muerte.

6. La autoinmolación de Evadne recuerda el mito de Alcestes (véase 69.d). Las reliquias de una cremación regia encontradas en una tumba-colmena de Dendra, cerca de Micenas, indican que, en este caso particular,

el rey y la reina fueron enterrados al mismo tiempo; y A. W. Persson cree que la reina murió voluntariamente. Pero los dos pueden haber sido asesinados, o haber muerto de la misma enfermedad, y no hay noticia de un entierro micénico análogo en ninguna otra parte. La inmolación de la viuda en la hoguera del marido, que parece haber sido una práctica helénica, pasó pronto de moda (véase 74.8). Él rayo era una prueba de la presencia de Zeus, y como «sagrado» e «impuro» significan casi lo mismo en la religión primitiva —los animales proscriptos en el Levítico eran impuros porque eran sagrados— la tumba de un hombre muerto por un rayo era aislada por una cerca, como la de un ternero que muere de ántrax en una granja moderna, y se le concedían ritos heroicos. El cementerio de las cercanías de Eleusis en el que, según Pausanias, fueron enterrados finalmente los paladines, ya ha sido identificado y abierto por el profesor Mylonas. Encontró una tumba doble rodeada por un cerco de piedra y cinco tumbas individuales; los esqueletos, como se acostumbraba en el siglo XIII a. de C., a los que se puede atribuir los fragmentos de jarrones, no mostraban señales de cremación. Ladrones de tumbas primitivos se habían llevado, evidentemente, las armas de bronce y otros objetos metálicos, originalmente enterrados con los cuerpos; y puede haber sido su hallazgo de dos esqueletos dentro del círculo de piedra lo que sugirió a los habitantes de Eleusis que aquélla era la tumba de Capaneo, herido por el rayo, y de su fiel esposa Evadne.

107. LOS EPÍGONOS

a. Los hijos de los siete paladines caídos en Tebas juraron vengar a sus padres. Se los llama los Epígonos. El oráculo de Delfos les prometió la victoria si Alcmeón, hijo de Ánfiarao, se hacía cargo del mando. Pero él no deseaba atacar a Tebas y discutió acaloradamente la conveniencia de la campaña con su hermano Anfíloco. Al ver que no lograban ponerse de acuerdo sobre si debían o no hacer la guerra, sometieron la decisión a su madre Erifile. Como esta situación no se daba por primera vez, Tersandro, el hijo de Polinices, siguió el ejemplo de su padre: sobornó a Erifile con la túnica mágica que Atenea había dado a su antepasada Harmonía al mismo tiempo que Afrodita le había entregado el collar mágico. Erifile se decidió por la guerra y Alcmeón asumió el mando a regañadientes.

b. En la batalla librada ante las murallas de Tebas los Epígonos perdieron a Egialeo, hijo de Adrasto, y Tiresias, el adivino, advirtió a los tébanos que su ciudad sería saqueada. Anunció que las murallas estaban destinadas a resistir sólo mientras permaneciera vivo uno de los siete paladines originales, y Adrasto, el único sobreviviente, moriría de pena cuando se enterara de la muerte de Egialeo. En consecuencia, lo mejor que podían hacer los tebanos era huir esa misma noche. Tiresias añadió que le daba igual que siguieran o no su consejo, pues estaba destinado a morir tan pronto como Tebas cayera en poder de los argivos. Así pues, a cubierto de la oscuridad, los tebanos escaparon hacia el norte con sus esposas, hijos, armas y unos cuantos bienes, y cuando se hallaron lo bastante lejos hicieron alto y fundaron la ciudad de Hestiea. Al amanecer, Tiresias, que iba con

ellos, se detuvo para beber en el manantial de Tilfusa y falleció repentinamente.

c. Ese mismo día, que fue el mismo en que Adraste se enteró de la muerte de Egialeo y murió dé pena, los argivos, al ver que había sido evacuada Tebas, entraron en ella, demolieron las murallas y recogieron el botín. Enviaron la mejor parte a Apolo en Deífos, incluyendo a la hija de Tiresias, Manto o Dafne, que se había quedado en la ciudad y que llegó a ser su pitonisa[1].

d. Con esto no terminó el asunto. Casualmente, en presencia de Alcmeón, Tersandro se jactó de que la mayor parte del mérito por la victoria argiva se le debía a él, pues había sobornado a Enfile, como su padre Polinices había hecho anteriormente, para que diera la orden de marcha. Alcmeón supo así por primera vez que la vanidad de Erifile había causado la muerte de su padre, y podía haber causado también la suya. Consultó al oráculo de Delfos y Apolo le contestó que Erifile merecía la muerte. Alcmeón interpretó equivocadamente la respuesta de Apolo como una exhortación al matricidio y a su regreso mató a Erifile, según algunos con la ayuda de su hermano Anfíloco. Pero Erifile, moribunda, maldijo a Alcmeón y gritó: «¡Tierras de Grecia y Asia y de todo el mundo: negad asilo a mis asesinos!» Inmediatamente las Erinias vengadoras lo persiguieron y enloquecieron.

e. Alcmeón huyó primeramente a Tesprocia, donde le negaron la entrada, y luego a Psófide, donde el rey Fegeo le purificó por consideración a Apolo. Fegeo le casó con su hija Arsínoe, a quien Alcmeón dio el collar y la túnica que había llevado en su equipaje. Pero las Erinias, sin tener en cuenta esa purificación, siguieron molestándole y la tierra de Psófide se hizo estéril a causa de él. Entonces, el oráculo de Delfos aconsejó a Alcmeón que se acercara al dios fluvial Aqueloo, que le purificó una vez más. Se casó con la hija de Aqueloo, Calírroe, y se instaló en un terreno recientemente formado por el aluvión del río y que no estaba incluido en la maldición de Erifila. Allí vivió en paz durante un tiempo.

f. Un año después Calírroe, temiendo perder su belleza, se negó a admitir a Alcmeón en su lecho a menos que le diese el collar y la túnica célebres. Por amor a Calírroe se atrevió a volver a Psófide, donde engañó a

Fegeo: sin mencionar su casamiento con Calírroe, inventó una predicción del oráculo de Delfos según la cual nunca se libraría de la persecución de las Erinias hasta que hubiera dedicado la túnica y el collar al templo de Apolo. Fegeo hizo inmediatamente que Arsínoe se las entregara, de lo que se alegró ella, pues creía que Alcmeón volvería a ella tan pronto como le dejaran las Erinias, quienes volvían a perseguirle con ahínco. Pero uno de los sirvientes de Alcmeón reveló indiscretamente la verdad acerca de Calírroe, y Fegeo se irritó de tal modo que ordenó a sus hijos que tendieran una emboscada y mataran a Alcmeón cuando saliera del palacio. Arsínoe presenció el asesinato desde una ventana, y como no estaba enterada de la doblez de Alcmeón, vituperó en voz alta a su padre y hermanos por haber violado el derecho de hospitalidad y haberla hecho viuda. Fegeo le suplicó que guardara silencio y escuchase mientras él se justificaba, pero Arsínoe se tapó los oídos y les deseó una muerte violenta a él y sus hermanos antes de la siguiente luna nueva. En represalia, Fegeo la encerró en un arca y la regaló como esclava al rey de Nemea, y al mismo tiempo dijo a sus hijos: «Llevad esta túnica y este collar a Apolo Deifico. Él procurará que no causen más desgracias».

g. Los hijos de Fegeo le obedecieron. Pero, entretanto, Calírroe, informada de lo que había sucedido en Psófide, rogó que sus hijos infantes tenidos de Alcmeón se convirtieran en hombres maduros en un día y vengaran su asesinato. Zeus oyó su súplica, y los hijos de Calírroe se convirtieron de pronto en hombres maduros, tomaron las armas y fueron a Nemea, donde, como ya sabían, los hijos de Fegeo habían interrumpido su viaje de regreso de Delfos con la esperanza de convencer a Arsínoe para que retirara su maldición. Trataron de decirle la verdad acerca de Alcmeón, pero ella no quiso escucharles tampoco, y los hijos de Calírroe no sólo los sorprendieron y mataron, sino que además se apresuraron a ir a Psófide y mataron también a Fegeo antes que la siguiente luna apareciera en el firmamento. Como ningún rey o dios fluvial de Grecia consintió en purificarlos de sus crímenes, viajaron hacia el oeste hasta el Epiro y colonizaron Acarnania, llamada así por el mayor de los dos, Acarnán.

h. La túnica y el collar eran exhibidos en Delfos hasta la Guerra Santa [siglo IV a. de C.], cuando el bandido focio Failos los robó, y no se sabe si

el collar de ámbar engastado en oro que los habitantes de Amatos pretenden que es el de Erifile es auténtico o falso[2].

i. Y algunos dicen que Tiresias tuvo dos hijas, Dafne y Manto. Dafne permaneció virgen y llegó a ser una Sibila, pero Alcmeón engendró a Anfíloco y Tisífone con Manto antes de enviarla a Apolo en Delfos; confió ambos niños al rey Creonte de Corinto. Años después, la esposa de Creonte, celosa de la belleza extraordinaria de Tisífone, la vendió como esclava, y Alcmeón, sin saber quién era, la compró para que le sirviera como criada, pero afortunadamente se abstuvo del incesto. En cuanto a Manto, Apolo la envió a Colofón en Jonia, donde se casó con Racio, rey de Caria; su hijo fue Mopso, el famoso adivino[3].

1. Esto es una narración de bardo popular que contiene pocos elementos míticos y que podía ser relatada en Tebas o Argos sin ofender a nadie; tenía interés para los habitantes de Psófide, Nemea y el valle del Aqueloo, se proponía explicar la fundación de Hestiae y la colonización de Acarnania y poseía un fuerte sabor moral. Enseñaba la inestabilidad del juicio femenino, la insensatez de los hombres que complacen la vanidad o la codicia de las mujeres, la prudencia de escuchar a los adivinos que están fuera de toda sospecha, el peligro de interpretar equivocadamente los oráculos y la inevitable maldición que recae sobre cualquier hijo que mata a su madre aunque sea para aplacar al espíritu de su padre asesinado (véase 114.a).

2. La continua facultad de Erifile de decidir entre la guerra y la paz es la característica más interesante de la fábula. El verdadero significado de su nombre, «muchas hojas», indica que era una sacerdotisa argiva de Hera a cargo de un oráculo de árbol, como el de Dodona (véase 51.1). Si es así, ese árbol era probablemente un peral, consagrado a Hera (véase 74.5). Tanto la «Guerra de los Siete contra Tebas», a la que Hesíodo llama la «Guerra del rebaño de Edipo», como su continuación aquí relatada, parecen haber precedido a la expedición de los Argonautas y a la Guerra de Troya y de primera intención se las puede referir al siglo XIV a. de C.

108. TÁNTALO

a. La ascendencia y el origen de Tántalo son motivo de discusión. Su madre era Pluto, hija de Cronos y Rea, o, según dicen algunos, de Océano y Tetis[1]; y su padre Zeus o Tmolo, el dios con corona de roble del monte Tmolo que, con su esposa Ónfale, gobernaba en el reino de Lidia y había juzgado el certamen entre Pan y Apolo[2]. Sin embargo, algunos llaman a Tántalo rey de Argos o de Corinto; y otros dicen que fue al norte desde el monte Sípilo en Lidia para gobernar el país de Paflagonia, de donde, por haber incurrido en la ira de los dioses, fue expulsado por el frigio Ilo, a cuyo hermano menor Ganimedes había raptado y seducido[3].

b. Por su esposa Eurianasa, hija del dios fluvial Pactólo; o por Euritemiste, hija del dios fluvial Janto; o por Clitia, hija de Anfidamante; o por la pléyade Dione, Tántalo fue padre de Pélope, Níobe y Bróteas[4]. Sin embargo, algunos llaman a Pélope bastardo, o hijo de Atlante y la ninfa Linos[5].

c. Tántalo era amigo íntimo de Zeus, quien lo admitía en los banquetes de néctar y ambrosía del Olimpo, hasta que la buena suerte le trastornó la cabeza, reveló los secretos de Zeus y robó los manjares divinos para compartirlos con sus amigos mortales. Antes que se descubriera este delito cometió otro peor. Habiendo invitado a los olímpicos a un banquete en el monte Sípilo, o quizás en Corinto, Tántalo descubrió que los alimentos que tenía en la despensa eran insuficientes para los invitados y entonces no se sabe si para poner a prueba la omnisciencia de Zeus, o simplemente para poner de manifiesto su buena voluntad, despedazó a su hijo Pélope y agregó los pedazos al guisado preparado para los dioses, como habían hecho los

hijos de Licaón con su hermano Níctimo cuando agasajaron a Zeus en Arcadia[6]. Todos los dioses reconocieron lo que tenían en el plato, y lo rechazaron con horror, todos menos Deméter, quien, trastornada por haber perdido a Perséfone, comió la carne de la paletilla izquierda[7].

d. Por estos dos delitos fue castigado Tántalo con la ruina de su reino y, después de su muerte por la mano de Zeus, con el tormento eterno en compañía de Ixión, Sísifo, Ticio, las Danaides y otros. Ahora cuelga, consumido perennemente por la sed y el hambre, de la rama de un árbol frutal que se incuria sobre un lago pantanoso. Sus olas le llegan a la cintura, y a veces a la barbilla, pero cuando se inclina para beber retroceden y no dejan más que el negro cieno a sus pies; o, si alguna vez logra recoger un puñado de agua, ésta se desliza entre sus dedos y lo único que consigue es humedecer sus labios agrietados, quedándose más sediento que antes. Él árbol está cargado de peras, manzanas brillantes, higos dulces, olivas y granadas maduras, pero cada vez que tiende la mano para tomar un fruto suculento una ráfaga de viento lo pone fuera de su alcance[8].

e. Además, una piedra enorme, un risco del monte Sípilo, sobresale por encima del árbol y amenaza eternamente con aplastar el cráneo de Tántalo[9]. Éste es su castigo por un tercer delito: el robo, agravado con el perjurio. Un día, cuando Zeus era todavía un infante en Creta y le amamantaba la cabra Amaltea, Hefesto le hizo a Rea un mastín de oro para que guardara al niño; este mastín llegó a ser luego el guardián de su templo en Dicte. Pero Pandáreo, hijo de Merope, nativo de la Mileto lidia, o quizá cretense —si, en verdad, no era efesio— se atrevió a robar el mastín y lo llevó a Tántalo para que lo custodiara en el monte Sípilo. Cuando terminó la alarma causada por el robo, Pandáreo pidió a Tántalo que le devolviera el mastín, pero Tántalo juró por Zeus que nunca había visto ni oído hablar de un perro de oro. Cuando este juramento llegó a oídos de Zeus, ordenó a Hermes que investigara el asunto, y aunque Tántalo siguió perjurando, Hermes recuperó el perro por la fuerza o mediante una estratagema, y Zeus aplastó a Tántalo bajo un risco del monte Sípilo. Todavía se muestra el lugar cerca del lago Tantálido, guarida de cisnes-águilas blancos. Más tarde, Pandáreo y su esposa Harmótoe huyeron a Atenas, y de allí a Sicilia, donde perecieron miserablemente[10].

f. Según otros, sin embargo, fue Tántalo quien robó el mastín de oro y Pandáreo aquel a quien lo confió y quien, por haber negado que lo había recibido, fue destruido, juntamente con su esposa, por los dioses airados, o convertido en piedra. Pero las hijas huérfanas de Pandáreo, Merope y Cleotera, a las que algunos llaman Camiro y Clitia, fueron criadas por Afrodita con cuajadas, miel y vino dulce. Hera las dotó con belleza y una sabiduría más que humana; Artemis las hizo altas y fuertes; Atenea las instruyó en todas las artes manuales conocidas. Es difícil comprender por qué estas diosas mostraron tal solicitud, o eligieron a Afrodita para que ablandara el corazón de Zeus con respecto a esas huérfanas y arreglara buenos casamientos para ellas, a menos, por supuesto, que hubieran animado a Pandáreo para que cometiese el robo. Zeus tuvo que haber sospechado algo, pues mientras Afrodita estaba encerrada con él en el Olimpo, las Harpías se apoderaron de las tres muchachas con su consentimiento y las entregaron a las Erinias, quienes les hicieron sufrir sustitutívamente por los pecados de su padre[11].

g. Este Pandáreo fue también el padre de Aedón, esposa de Zeto, a quien dio como hijo Itilo. A Aedón le atormentaba la envidia que sentía por su hermana Níobe, quien gozaba del amor de seis hijos y seis hijas, y cuando trató de matar a Sípilo, el mayor de ellos, mató por error a Itilo; Zeus la transformó inmediatamente en un ruiseñor que, a comienzos del verano, lamenta todas las noches a su hijo asesinado[12].

h. Después de castigar a Tántalo, Zeus se dio el placer de resucitar a Pélope; para ello ordenó a Hermes que recogiera los miembros y los volviera a hervir en la misma caldera, sobre la cual pronunció un hechizo. Entonces la Parca Cloto los rearticuló; Deméter le dio una paletilla de marfil, para sustituir a la que había comido, y Rea le insufló la vida, mientras Pan danzaba alegremente[13].

i. Pélope salió de la caldera mágica revestido con una belleza tan radiante que Posidón se enamoró de él al instante y lo llevó al Olimpo en un carro tirado por caballos de oro. Allí le nombró su copero y compañero de lecho, como Zeus posteriormente nombró a Ganimedes, y le alimentó con ambrosía. Pélope advirtió por primera vez que su hombro izquierdo era de marfil cuando se desnudó el pecho para florar a su Níobe. Todos los

verdaderos descendientes de Pélope están marcados de ese modo, y después de su muerte la paletilla de marfil fue guardada en Pisa[14].

j. Entretanto, Eurianasa, la madre de Pélope, lo buscaba diligentemente, pues ignoraba su ascensión al Olimpo; se enteró por los marmitones de que lo habían hervido y servido a los dioses, que parecían haber comido hasta el último trozo de su carne. Esta versión de la fábula se hizo corriente en toda Lidia; muchos la creen todavía y niegan que el Pélope a quien Tántalo hirvió en la caldera era el mismo Pélope que le sucedió[15].

k. Bróteas, el hijo feo de Tántalo, talló la imagen más antigua de la Madre de los Dioses, la que todavía se halla en la Peña Codina, al norte del monte Sípilo. Era un cazador famoso, pero se negaba a honrar a Artemis, y ésta lo enloqueció; gritando que ninguna llama podía quemarlo, se arrojó sobre una pira encendida y dejó que las llamas lo consumieran. Pero algunos dicen que se suicidó porque todos aborrecían su fealdad. El hijo de Bróteas y su heredero fue llamado Tántalo en honor de su abuelo[16].

1. Según Estrabón (xii.8.21), Tántalo, Pélope y Níobe eran frigios; y cita a Demetrio de Scepsis, y también a Calístenes (xiv.5.28), según los cuales la familia derivaba su riqueza de las minas de Frigia y el monte Sípilo. Además, en Niobe de Esquilo (citado por Estrabón: xii.8.21) se dice que los Tantálidas tenían «un altar de Zeus, su dios paternal, en el monte Ida»; y Sípilo es situado en «la tierra idea». Democles, a quien Estrabón cita de segunda mano, interpreta racionalmente el mito de Tántalo diciendo que su reinado se caracterizó por violentos terremotos en Lidia y Jonia, hasta Tróade; aldeas enteras desaparecieron, el monte Sípilo se derrumbó, los pantanos se convirtieron en lagos y Troya quedó sumergida (Estrabón: i.3.17). Según Pausanias, también una ciudad situada en el monte Sípilo desapareció en una sima, que luego se llenó de agua y se convirtió en el lago Saloé, o Tántalis. Las ruinas de la ciudad podían ser vistas en el fondo del lago hasta qué éste quedó obstruido por el aluvión de una corriente de agua montañesa (Pausanias: vii.24.7). Plinio conviene en que Tántalis fue destruida por un terremoto (Historia natural ii.93), pero constata que se construyeron tres ciudades sucesivas en su sitio antes que quedara sumergida finalmente (Historia natural v.31).

2. Sin embargo, la opinión histórica de Estrabón, aunque arqueológicamente admisible, no explica la relación de Tántalo con Argos, Corinto y la Mileto cretense. La roca que pende sobre él en el Tártaro, siempre a punto de caer, lo identifica con Sísifo de Corinto, cuyo castigo igualmente perpetuo se dedujo de una representación gráfica que mostraba al titán Sol empujando trabajosamente el disco solar hacia arriba por la ladera del Qelo hasta el cénit (véase 67.2). El escoliasta sobre Píndaro se daba cuenta vagamente de esta identificación, pero explicó racionalmente el castigo de Tántalo señalando que «algunos entienden que la piedra representa al sol, y Tántalo a un físico que sufre el castigo por haber demostrado que el sol es una masa de metal incandescente» (Escoliasta sobre las Odas olímpicas de Píndaro i.97). Confusamente, esta representación gráfica del titán Sol se ha combinado con otra: la de un hombre que atisba angustiado a través de un entrelazamiento de ramas cargadas de frutos y con el agua hasta la barbilla, castigo que los retóricos utilizaban como una alegoría del destino que esperaba a los ricos y codiciosos (Servio sobre la Eneida de Virgilio vi.603; Fulgencio: Compendio mitológico ii.18). A las manzanas, peras, higos y otros frutos que cuelgan sobre los hombros de Tántalo les llama Fulgencio «frutos del Mar Muerto», de los que dice Tertuliano que «tan pronto como se toca con el dedo la mangana se convierte en cenizas».

3. Para comprender esta escena es necesario recordar que al padre de Tántalo, Tmolo, se le describe como habiendo sido enguirnaldado con roble, y que su hijo Pélope, uno de cuyos nietos se llamaba también Tántalo (véase 112.c), gozaba de los ritos de héroe en Olimpia en los que intervenía el «guardamontes de Zeus». Puesto que, como se conviene ahora generalmente, los criminales del Tártaro eran dioses o héroes de la época preolímpica, Tántalo representaría al rey sagrado anual, vestido con ramas llenas de frutos, como las que se llevaban en las Oscoforias (véase 98.w) y que era arrojado a un río como pharmacos, costumbre sobreviviente en el ritual de Jorge Verde en los Balcanes descrito por Frazer. El verbo *tantalize*[*], derivado de este mito, ha impedido que los eruditos se den cuenta de que la agonía de Tántalo es causada no por la sed, sino por el temor de ahogarse o de la subsiguiente inmolación en una pira, que fue el destino de su feo hijo Bróteas.

4. Platón (Cratilo 28) puede tener razón cuando deriva Tantalus de talan tatos, «muy desdichado», formado de la misma raíz, tla, «sufriente» o «paciente», que da los nombres de Atlante y Telamón, ambos héroes del roble. Pero talanteuein significa «pesar moneda» y puede ser una referencia a sus riquezas; y talanteuesthai puede significar «tambalear de lado a lado», que es el modo de andar del rey sagrado con el muslo lisiado (véase 23.1). Parece, en consecuencia, que Tántalo es a la vez un titán Sol y un rey selvático, cuyo culto fue llevado de Grecia al Asia Menor por la vía de Creta —a Pandáreo se le describe como cretense— a mediados del segundo milenio a. de C. y se volvió a importar en Grecia hacia su final, cuando el derrumbe del imperio hitita obligó a los ricos colonos de habla griega del Asia Menor a abandonar sus ciudades.

5. Cuando los autógrafos alegaban que Tántalo era un huésped frecuente del Olimpo, admitían que su culto había dominado en otro tiempo en el Peloponeso y, aunque a los banquetes a los que los dioses invitaban a Tántalo se los distingue cuidadosamente del banquete al que los invitó él, en todos los casos el manjar principal sería la misma sopa de menudos que los pastores antropófagos de Arcadia del culto del roble prepararon para Zeus Lobuno (véase 38.b). Quizá no sea una coincidencia que en Normandía a la víctima del Jorge Verde se la llame «Lobo Verde» y antiguamente se la arrojara viva a la hoguera del solsticio estival. El acto de comer a Pélope, sin embargo, no se relaciona directamente con el culto del lobo. La posición de Pélope como valido de Posidón, su nombre, «rostro barroso o sucio», y la leyenda de su paletilla de marfil indican más bien un culto de la marsopa en el Istmo (véase 8.3 y 70.5) —«delfín» en griego incluye a la marsopa— y sugiere que el Paladión, hecho según se decía con sus huesos (véase 159.3 y 166.h), era un objeto de culto de marfil de marsopa. Esto explicaría por qué, según el escoliasta sobre las Odas olímpicas de Píndaro (i.37), Tetis, la diosa del Mar, y no Deméter, come la paletilla de Pélope. Pero la antigua estatua sedente de Deméter de cabeza de yegua en Figalia tenía una paloma en la mano y un delfín (o marsopa) en la otra; y, como dice directamente Pausanias: «El motivo por el que se hizo así la imagen es evidente para cualquiera de inteligencia corriente que haya estudiado mitología» (viii, 43.3). Quiere decir que ella presidía el culto del caballo, el culto del roble y el culto de la marsopa.

6. Este antiguo mito puso en aprietos a los autógrafos posteriores. No contentos con disculpar a Deméter de la acusación de haber comido deliberadamente carne humana y negando con indignación que todos los dioses comían lo que se les ponía delante, hasta el último bocado, inventaron una explicación superracionalista del mito. Tántalo, escribieron, era un sacerdote que reveló los secretos de Zeus a los no iniciados. En vista de lo cual los dioses lo depusieron y afligieron a su hijo con una enfermedad repugnante, pero los cirujanos lo cortaron y lo remendaron con injertos de hueso, dejando tantas cicatrices que parecía que lo habían descuartizado y luego habían vuelto a unir los pedazos (Tzetzes: Sobre Licofrón 152).

7. El robo del mastín de oro por Pandáreo debe ser interpretado como una continuación del robo de Cerbero por Heracles, lo que indica que los aqueos desafiaban la maldición mortal, simbolizada por un perro, apoderándose de un objeto de culto consagrado a la diosa Tierra Rea (abuela de Tántalo) y confiriendo soberanía a su poseedor. Las diosas olímpicas apoyaban claramente el robo de Pandáreo, y el perro, aunque era propiedad de Rea, guardaba el templo del Zeus cretense que moría anualmente; por tanto, el mito indica no una violación original por los aqueos del altar de Rea, sino una recuperación temporal del objeto del culto por los devotos de la diosa.

8. La naturaleza del objeto del culto robado es incierta. Puede haber sido un cordero de oro, el símbolo de la soberanía pelópida; o el cetro con un cuclillo por contera que, como se sabe, Zeus había robado a Hera; o el Paladión de marfil de marsopa; o la bolsa de la égida con su contenido secreto. Es improbable que fuera un perro de oro, pues el perro no era el objeto del culto, sino su guardián; a menos que se trate de una versión del mito gales de Amathaon ap Don, quien robó un perro a Arawn («elocuencia»), rey de Annwm («Tártaro»), y de este modo pudo conocer el nombre secreto del dios Bran (Diosa Blanca, págs. 58-62).

9. Las tres hijas de Pandáreo, una de las cuales, Camiro, se llama igual que la más joven de las tres Parcas rodias (véase 60.2), son la diosa triple, aquí humillada por Zeus a causa de la rebelión de sus devotos. La lealtad de Tántalo a la diosa se pone de manifiesto en las fíbulas de su hijo Bróteas, quien talló su imagen en el monte Sípilo, y de su hija Níobe, sacerdotisa de la Diosa Blanca, quien desafió a los Olímpicos y cuya ave era el cisne-

águila blanco del lago Tántalis. Ónfale, el nombre de la madre de Tántalo, indica un templo-ombligo profético como el de Delfos.

10. El pharmacos anual era elegido por su extrema fealdad, lo que explica a Bróteas. Hay constancia de que en el Asia Menor al pharmacos primeramente se le golpeaba en los órganos genitales con cebolla albarrana (véase 26.3) al son de flautas lidias —Tántalo (Pausanias: ix.4) y su padre, Tmolo (Ovidio: Metamorfosis ii.56), están asociados en la leyenda con las flautas lidias— y luego lo quemaban en una pira de leña; más tarde arrojaban sus cenizas al mar (Tzetzes: Historia xxiii, 726-56, citando a Hipponax, siglo VI a. C.). En Europa parece haberse invertido el orden: al pharmacos del Verde Jorge primeramente le zambullían en el agua, luego le golpeaban y por fin lo quemaban.

109. PÉLOPE Y ENÓMAO

a. Pélope heredó el trono paflagonio de su padre Tántalo y durante un tiempo residió en Enete, en las costas del Mar Negro, desde donde gobernó también a los lidios y frigios. Pero los bárbaros lo expulsaron de Paflagonia y entonces se retiró al monte Sípilo en Lidia, su sede ancestral. En vista de que Ilo, rey de Troya, no le dejaba vivir en paz ni siquiera allí, sino que le ordenó que reanudara su viaje, Pélope llevó sus tesoros fabulosos a través del mar Egeo. Estaba resuelto a encontrar un nuevo hogar para él y la gran horda de sus seguidores[1], pero antes quería pedir la mano de Hipodamía, hija del rey Enómao, el arcadio, que gobernaba en Pisa y Elide[2].

b. Algunos dicen que Enómao era hijo de Ares y Harpina, hija del dios fluvial Asopo; o de la pléyade Asteria; o de Astérope; o de Eurítoe, hija de Dánao; en tanto que otros dicen que era hijo de Alxión, o de Hipéroco[3].

c. Por su esposa Esterope, o Evarete, hija de Acrisio, Enómao fue padre de Leucipo, Hipodamo y Disponteo, fundador de Disponte; y de una hija, Hipodamía[4]. Enómao era famoso por su amor a los caballos, y prohibió a sus súbditos bajo pena de maldición aparear yeguas con asnos. Hasta el presente, si los eleáticos necesitan mulas, tienen que llevar sus yeguas al exterior para aparearlas y para que paran[5].

d. No se sabe con certeza si le advirtió un oráculo que su yerno le mataría o si él mismo se había enamorado de Hipodamía; pero el caso es que Enómao ideó un nuevo medio dé impedir que ella se casara. Desafió a cada uno de los pretendientes de Hipodamía por turno a una carrera de carros desde Pisa, situada junto al río Alfeo, frente a Olimpia, hasta el altar de Posidón en el Istmo de Corinto. Algunos dicen que los carros eran

tirados por cuatro caballos[6]; otros dicen que por dos. Enómao insistió en que Hipodamía debía cabalgar junto a cada pretendiente, para distraer su atención de los caballos, pero les concedió una ventaja de media hora en la partida mientras él sacrificaba un carnero en el altar de Zeus Marcial en Olimpia. Ambos carros debían correr hacia el Istmo y si el pretendiente era alcanzado, debía morir, pero si ganaba la carrera sería suya Hipodamía y moriría Enómao[7]. Pero como Psila y Harpina, las yeguas engendradas por el viento que le había dado Ares, el padre de Pélope, eran con mucho las mejores de Grecia y más rápidas que el Viento Norte[8], y como su carro, hábilmente conducido por Mirtilo, estaba construido especialmente para las carreras, jamás había fracasado en su propósito de alcanzar a su rival y de traspasarle con su lanza, otro regalo de Ares[9].

e. De esta manera Enómao se deshizo de doce o, según dicen algunos, de trece príncipes, cuyas cabezas y miembros clavó sobre las puertas de su palacio, mientras sus troncos eran amontonados bárbaramente en la tierra. Cuando mató a Marmax, el primer pretendiente, mató también a sus yeguas Partenia y Erifa y las enterró junto al río Partenia, donde se muestra todavía su tumba. Algunos dicen que el segundo pretendiente, Alcatoo, fue enterrado cerca del Excita-Caballos en el hipódromo de Olimpia y que es su espectro rencoroso el que pone obstáculos a los aurigas[10].

f. Mirtilo, el auriga de Enómao, era hijo de Hermes y Teóbule o Cleóbule, o la danaide Fetusa; pero otros dicen que era hijo de Zeus y Clímene. También él se había enamorado de Hipodamía, pero no se atrevió a intervenir en la competencia[11]. Entretanto los olímpicos habían decidido intervenir y poner fin a la matanza, porqué Enómao se jactaba de que un día construiría un templo con cráneos, como habían hecho Eveno, Diómedes y Anteo[12]. En consecuencia, cuando Pélope desembarcó en Elide y suplicó a su amante Posidón, a quien invocó con un sacrificio en la costa, que le diera el carro más rápido del mundo para cortejar a Hipodamía o que contuviera el ímpetu de la lanza de bronce de Enómao, Posidón le ayudó de muy buena gana. Pélope no tardó en ser dueño de un carro de oro alado que podía correr por el mar sin que se le mojasen los ejes y del que tiraba un tronco de caballos incansables, alados e inmortales[13].

g. Después de visitar el monte Sípilo y de dedicar a Afrodita Temnia una imagen hecha con madera de mirto verde, Pélope probó su carro conduciéndolo a través del Egeo. Casi antes que hubiera tenido tiempo de mirar a su alrededor llegó a Lesbos, donde su auriga Cilo, o Celas, o Cilas murió a causa de la rapidez del viaje. Pélope pasó la noche en Lesbos y en sueños vio que el ánima de Cilo se lamentaba por su suerte y suplicaba honores de héroe. Al amanecer, Pélope quemó su cuerpo, levantó un túmulo sobre las cenizas y fundó en las cercanías el templo de Apolo Cilano. Luego reanudó el viaje conduciendo él mismo el carro**[14]**.

h. Cuando llegó a Pisa se alarmó Pélope al ver la hilera de cabezas clavadas sobre las puertas del palacio y comenzó a lamentar su ambición. En consecuencias, prometió a Mirtilo, que si traicionaba a su amo, le daría la mitad del reino y el privilegio de pasar la noche de bodas con Hipodamía cuando la hubiese conseguido**[15]**.

i. Antes de intervenir en la carrera —la escena está esculpida en el gablete frontal del tempĺó de Zeus en Olimpia— Pélope hizo un sacrificio a Atenea Cidonia. Algunos dicen que se le apareció el ánima de Cilo y se comprometió a ayudarle; otro, que fue su auriga Esfero; pero se cree más generalmente que él mismo condujo su carro llevando a Hipodamía a su lado**[16]**.

j. Entretanto, Hipodamía se había enamorado de Pélope y, lejos de ponerle obstáculos en la carrera, se ofreció a recompensar generosamente a Mirtilo si conseguía refrenar de algún modo la carrera de su padre. Mirtilo quitó las pezoneras a los ejes del carro de Enómao y las sustituyó con otras de cera. Cuando los carros llegaron al cuello del Istmo y Enómao, en su persecución furiosa, levantaba la lanza para atravesar la espalda de Pélope, las ruedas de su carro se desprendieron, quedó enredado entre los restos y murió arrastrado por los caballos. Su ánima ronda todavía alrededor de la estatua «excita-caballos» de Olimpia**[17]**. Hay quienes dicen, no obstante, que la rapidez del carro y los caballos alados de Posidón permitieron fácilmente a Pélope adelantarse a Enómao y llegar al Istmo antes que él, y que Enómao se mató desesperado, o le mató Pélope en el poste que marcaba el final de la carrera. Según otros, la competencia se realizó en el hipódromo de Olimpia, y Anfión le dio a Pélope un objeto mágico que él

enterró junto al excita-caballos de modo que las caballerías de Enómao se desbocaron y destrozaron el carro. Pero todos están de acuerdo en que Enómao, antes de morir, maldijo a Mirtilo y rogó que pereciera a manos de Pélope[18].

k. Entonces Pélope, Hipodamía y Mirtilo salieron para hacer una excursión nocturna a través del mar. «¡Ay! —exclamó Hipodamía—. No he bebido nada durante todo el día; me abrasa la sed». El sol se ponía y Pélope se detuvo en la isla desierta de Helene, que se halla no lejos de la isla de Eubea, y fue a la ribera en busca de agua. Cuando volvió con el yelmo lleno, Hipodamía corrió llorando hacia él y se quejó de que Mirtilo había tratado de violarla. Pélope reprendió severamente a Mirtilo y le golpeó en el rostro, pero él protestó indignado: «Ésta es la noche de bodas, en la que me juraste que gozaría a Hipodamía. ¿Acaso piensas faltar a tu juramento?» Pélope no contestó, pero le quitó las riendas a Mirtilo y siguieron adelante[19]. Cuando se acercaban al cabo Geresto —el promontorio más meridional de Eubea, ahora coronado con un notable templo de Posidón— Pélope dio de pronto a Mirtilo un puntapié que lo mandó de cabeza al mar, y Mirtilo, mientras se hundía, maldijo a Pélope y a toda su familia[20].

l. Hermes puso la imagen de Mirtilo entre las estrellas como la constelación del Auriga, pero su cadáver fue llevado por el agua a la costa de Eubea y lo enterraron en la Feneo arcadia, detrás del templo de Hermes; una vez al año se le ofrecen allí sacrificios nocturnos como héroe. El Mar Mirtoano, que se extiende desde Eubea, pasando por Helene, hasta el Egeo, se cree generalmente que recibió su nombre de Mirtilo más bien que, como insisten los cúbeos, de la ninfa Mirto[21].

m. Pélope siguió adelante, hasta que llegó a la corriente occidental del Océano, donde Hefesto le purificó de su culpa de homicidio; luego volvió a Pisa y ocupó el trono de Enómao. Pronto subyugó casi todo el territorio de lo que se llamaba entonces Apia, o Pelasgiótide, nombre que cambió él, por el de Peloponeso, que significa «la isla de Pélope». Su valor, su buen juicio, su riqueza y sus numerosos hijos le ganaron la envidia y la veneración de toda Grecia[22].

n. Pélope le quitó Olimpia al rey Epeo y la anexó a su reino de Pisa; pero como no pudo vencer al rey Estínfalo de Arcadia por la fuerza de las

armas, lo invitó a un debate amistoso, lo descuartizó y diseminó sus miembros por todas partes; crimen que causó un hambre en toda Grecia. Pero su celebración de los Juegos Olímpicos en honor de Zeus, alrededor de una generación después de Endimión, fue la más espléndida jamás realizada.

o. Para reparar el asesinato de Mirtilo, que era hijo de Hermes, Pélope construyó el primer templo de Hermes en el Peloponeso; trató también de aplacar al ánima de Mirtilo construyéndole un cenotafio en el hipódromo de Olimpia y rindiéndole honores de héroe. Algunos dicen que ni Enómao, ni el rencoroso Alcátoo, ni el objeto mágico que enterró Pélope son el verdadero espantador de los caballos: es el espíritu de Mirtilo[23].

p. Sobre la tumba de los infortunados pretendientes de Hipodamía, en el lado más lejano del río Alfeo, erigió Pélope un alto túmulo y les rindió también a ellos honores de héroes; y alrededor de un estadio de distancia, más o menos, se halla el templo de Ártemis Cordas llamado así porque los seguidores de Pélope celebraron allí sus victorias bailando la Danza de la Cuerda, que habían llevado de Lidia[24].

q. El templo de Pélope, donde se conservan sus huesos en un cofre de bronce, fue dedicado por Heracles Tirintio, su nieto, cuando fue a celebrar los Juegos Olímpicos; y los magistrados eleáticos todavía ofrecen a Pélope el sacrificio anual de un carnero negro, asado en un fuego de maderas de álamo blanco. A los que comen de esa víctima se les prohibe entrar en el templo de Zeus hasta que se han bañado, y el cuello le corresponde tradicionalmente al guardabosque. El templo se llena todos los años con visitantes; los jóvenes se flagelan en el altar de Pélope y le ofrecen una libación de su sangre. Se exhibe su carro en el techo del Anactorio de Hiasia; los sicionios conservan su espada con puño de oro en su tesoro de Olimpia, y su cetro en forma de lanza, en Queronea, es quizá la única obra auténtica de Hefesto todavía existente. Zeus se lo envió a Pélope por medio de Hermes y Pélope lo legó al rey Atreo[25].

r. A Pélope se le llama también «croniano» y «Apaleador de caballos» y los aqueos lo consideran su antecesor[26].

1. Según Pausanias y Apolodoro, Tántalo nunca salió del Asia Menor; pero otros autógrafos se refieren a él y a Pélope como reyes nativos de Grecia. Esto indica que sus nombres eran títulos dinásticos llevados por los primitivos colonos griegos al Asia Menor, donde fueron atestiguados con altares de héroes; y traídos de vuelta por emigrantes con anterioridad a la invasión aquea del Peloponeso en el siglo XII a. de C. Sabemos por las inscripciones hititas que hubo reyes helenos en Pamfilia y en Lesbos ya en el siglo XIV a. de C. Los pelopo-tantálidas parecen haber expulsado a la dinastía cretanizada de «Enómao» de la Monarquía Suprema del Peloponeso.

2. El caballo, que había sido un animal sagrado en la Grecia pelásgica mucho antes del culto del carro solar, era un caballito europeo nativo dedicado a la Luna, no al Sol (véase 75.3). El caballo transcaspiano mayor llegó a Egipto con los invasores hicsos en 1850 a. de C. —los carros tirados por caballos desplazaron a los carros tirados por asnos en las fuerzas armadas egipcias alrededor del año 1500 a. de C.— y a Creta antes de la caída de Cnosos un siglo después. La prohibición religiosa de Enómao respecto a las mulas estaría asociada quizá con la muerte de Cilo: en Grecia, como en Roma, fue suprimido el culto del asno (véase 83.2) cuando el carro del sol se convirtió en el símbolo de la realeza. Casi la misma reforma religiosa tuvo lugar en Jerusalén (2 Reyes xxiii. 11), donde en la época de Josefo sobrevivía la tradición de un culto del asno anterior (Josefo: Contra Apion ii.7 y 10). Helio del carro solar, deidad aquea, se identificó entonces en diferentes ciudades con el Zeus solar o el Posidón solar, pero el asno se convirtió en el animal de Crono, a quien Zeus y Posidón habían destronado, o de Pan, Sileno y otras divinidades secundarias anticuadas. Había también un Apolo solar; puesto que Píndaro menciona su aborrecimiento de los asnos, habrá sido el Apolo de Cileno al que los hiperbóreos ofrecían hecatombes de asnos (Píndaro: Odas píticas x.30 y ss.).

3. Enómao, que representaba a Zeus como el Sol encarnado, es llamado, en consecuencia, hijo de Asteria, que gobernaba el Cielo (véase 88.2) más bien que de una Pléyade del mismo nombre; y la reina Hipodamía, mediante el matrimonio con la cual llegó a ser rey, representaba a Hera como la Luna encarnada. La descendencia siguió siendo matrilineal en el Peloponeso, lo que aseguraba la buena voluntad de los campesinos conservadores. El reinado del rey no podía prolongarse más allá del Gran

Año de cien meses, en el ultimo de los cuales coincidían el calendario solar y el lunar; entonces estaba destinado a ser muerto por caballos. Como una nueva concesión al culto anterior de Pisa, donde el representante de Zeus era muerto por su heredero en cada solsticio estival (véase 53.5), Enómao accedió a morir fingidamente en siete solsticios estivales sucesivos, designando en cada ocasión un sustituto para que ocupara su lugar durante veinticuatro horas y fuera en el carro del sol junto a la reina. Al término de este día el sustituto moría en un accidente de carro y el Rey salía de la tumba donde había estado escondido (véase 41.2 y 123.4) para reanudar su reinado. Esto explica el mito de Enómao y los pretendientes, otra versión del cual aparece en el de Eveno (véase 74.e). Los mitógrafos deben estar equivocados cuando mencionan «doce o trece» pretendientes. Estas cifras se refieren a las lunaciones —alternativamente doce y trece— de un año solar, no a los sustitutos; así en la carrera de carros de Olimpia se daba doce veces la vuelta al estadio en honor de la diosa Luna. Pélope es el modelo del octavo príncipe afortunado (véase 81.8) que se libra del accidente del carro y puede matar al rey viejo con su propio cetro-lanza.

4. Este accidente anual del carro se representaba en el hipódromo. El sustituto podía conducir sus caballos —los cuales, a juzgar por el mito de Glauco (véase 71.2), parecen haber sido enloquecidos con drogas— por el trecho recto sin que le ocurriera nada, pero cuando daba la vuelta alrededor de la estatua de mármol blanco, llamada el Marmaranax («rey de mármol») o el Excita-Caballos, la rueda exterior se desprendía por falta de pezonera, el carro se derrumbaba y los caballos arrastraban al sustituto y le mataban. El mirto era el árbol de la muerte, el del decimotercer mes al término del cual se producía el accidente del carro (véase 101.2); de aquí que se diga que Mirtilo quitó las pezoneras de metal y las sustituyó por otras de cera — la fusión de la cera causó también la muerte de Ícaro, el sustituto del rey Sol — y maldijo a la casa de Pélope.

5. En la segunda mitad del mito se confunde a Mirtilo con el sustituto. Como interrex, el sustituto tenía derecho a acompañar a la reina en el carro del sol y a dormir con ella durante la única noche de su reinado; pero al amanecer del siguiente día el rey viejo le destruía y, metafóricamente, continuaba el viaje en su carro solar al extremo oeste, donde se purificaba en la corriente del Océano. La caída de Mirtilo del carro al mar es una condensación de mitos: a unas pocas millas al este del Hipódromo en que se

realizaban los Juegos ístmicos (véase 71.b) el sustituto «Melicertes», en cuyo honor se habían fundado, era arrojado desde un risco (véase 96.3) y una ceremonia idéntica se realizaba probablemente en Geresto, donde murió Mirtilo. También en Tebas y Yolcos (véase 71.b) había Espantadores de Caballos, lo que indica que también allí se representaban en los hipódromos los accidentes de los carros. Pero como el Hipódromo de Olimpia, consagrado al Zeus solar, y el Hipódromo del Istmo, consagrado al Posidón solar, estaban asociados con la leyenda de Pélope, los mitógrafos han presentado la competencia como una carrera a campo traviesa entre ellos. Lesbos entra en la fábula quizá porque «Enómao» era un título dinástico lesbio.

6. La entrada de Anfión en este mito, aunque era tebano, se explica porque era también nativo de Sición en el Istmo (véase 76.0). «Mirto» sería un título de la diosa del Mar como destructora, y la primera sílaba significaba «mar», como en Mirtea, «diosa del mar»; Mirtoesa, forma más larga de Mirto, era uno de los títulos de Afrodita. Por lo tanto, Mirtilo puede significar originalmente «falo del mar»: myr-tylos.

7. Pélope descuartiza a Estínfalo, como según se dice había hecho con él Tántalo; esta forma más antigua del sacrificio del rey ha sido correctamente referida desde Arcadia. Efectivamente, los pelópidas parecen haber patrocinado varios cultos locales además del carro del sol: a saber, el culto pastoril arcadio del roble y el carnero, atestiguado por la relación de Pélope con Tántalo y su sacrificio de un carnero negro en Olimpia; el culto de la perdiz en Creta, Troya y Palestina, atestiguado por la danza cordax; el culto de los Titanes, atestiguado por el título de «Croniano» de Pélope; el culto de la marsopa (véase 108,5) y el culto del dios asno, en cuanto que el espíritu de Cilo le ayudó en la carrera.

8. La matanza de las yeguas de Mármax puede referirse a la ceremonia de coronación de Enómao (véase 81.4), que implicaba el sacrificio de yeguas. Una «manzana cidonia», o membrillo, tendría en la mano la diosa de la Muerte, Atenea, a la que hizo el sacrificio Pélope, como su salvoconducto para los Campos Elíseos (véase 32.1, 53,5 y 133.4); y el álamo blanco, utilizado en sus ritos heroicos, simbolizaba la esperanza de reencarnación (véase 31.5 y Í34.f), después de haber sido descuartizado, porque a los que iban al Elíseo se les concedía la prerrogativa del renacimiento (véase 31.c).Una estrecha semejanza con el derramamiento de

sangre en el altar olímpico de Pélope tiene la flagelación de los jóvenes espartanos atados a la imagen de Artemis Erguida (véase 116.4). Pélope era, en realidad, la víctima y sufrió en honor a la diosa Hipodamía (véase 110.3).

110. LOS HIJOS DE PÉLOPE

a. En agradecimiento a Hera por haber facilitado su casamiento con Pélope, Hipodamía convocó a dieciséis matronas, una por cada ciudad de Elide, para que le ayudaran a instituir los Juegos Hereos. Desde entonces, cada cuatro años, las dieciséis matronas, sus sucesoras, han tejido una túnica para Hera y han celebrado los Juegos, que consisten en una sola carrera entre vírgenes de diferentes edades, en la que los impedimentos para las competidoras varían con su edad y las más jóvenes se colocan delante. Corren con túnicas que no les llegan a las rodillas, el pecho derecho al descubierto y la cabellera suelta. Cloris, la única hija sobreviviente de Níobe, fue la primera vencedora en los juegos; la carrera consiste en el recorrido de las cinco sextas partes del circuito olímpico. El premio es una corona de olivo y una parte de la vaca sacrificada a Hera; la vencedora puede también dedicar una estatua de ella misma en su propio nombre[1].

b. Las dieciséis matronas actuaron en una ocasión como pacificadoras entre los písanos y los eleos. Ahora organizan también dos grupos de bailarinas, uno en honor de Hipodamía y el otro en honor de Fiscoa, la elea. Fiscoa le dio a Dioniso su hijo Narceo, célebre guerrero que fundó el santuario de Atenea Narcea y fue el primer eleo que rindió culto a Dioniso. Como algunas de las dieciséis ciudades ya no existen, las dieciséis matronas las proporcionan ahora las ocho tribus eleas, un par cada una. Como los árbitros, se purifican a sí mismas, antes de comenzar los Juegos, con la sangre de un cerdo adecuado y el agua tomada de la Fuente Pieria en el camino entre Olimpia y Elide[2].

c. Se dice que los siguientes fueron hijos de Pélope e Hipodamía: Piteo de Trecén; Aireo y Tiestes; Alcátoo, pero no el que mató a Enómao; el argonauta Hipalco, Hipalcmo o Hipálcimo; el heraldo Copreo; el bandido Escirón; el argivo Epidauro, llamado a veces hijo de Apolo[3]; Plístenes; Diante, Cibosuro; Corintio, Hipase, Cleón, Argeo, Elino, Astidamía, a quien algunos llaman madre de Anfitrión; Lisídice, cuya hija Hipótoe fue llevada por Posidón a las Islas Equinadias y allí dio a luz a Tafio; Eurídice, a quien algunos llaman madre de Alcmena; Nicipe, Antibia[4] y finalmente Arquipe, madre de Euristeo y Alcione[5].

d. Los megarenses, en una tentativa para borrar el recuerdo de la captura de su ciudad por Minos y para sugerir que al rey Niso le sucedió pacíficamente su yerno Megareo, y a éste su yerno Alcátoo hijo de Pélope, dicen que Megareo tuvo dos hijos, el mayor de los cuales, Timalco, fue muerto en Afidna durante la invasión del Ática por los Dioscuros; y que cuando el más joven, Evipo, fue muerto por el león de Citerón, Megareo prometió su hija Evecme y su trono a quien vengara a Evipo. Inmediatamente Alcátoo mató al león y, convertido en rey de Megara, construyó allí un templo a Apolo Cazador y Ártemis Cazadora. La verdad es, no obstante, que Alcátoo fue de Elide a Megara inmediatamente después de la muerte de Niso y el saqueo de la ciudad; que Megareo nunca reinó en Megara y que Alcátoo hizo sacrificios a Apolo y Posidón como «constructores anteriores» y luego reconstruyó la muralla de la ciudad sobre nuevos fundamentos, pues los lugares por donde pasaba la muralla anterior habían sido borrados por los cretenses[6].

e. Alcátoo fue el padre de Isquépolis; de Calípolis; de Ifínoe, que murió virgen y en cuya tumba, situada entre la Sala de Consejo y el altar de Alcátoo, las novias megarenses vierten libaciones, así como las novias delias dedican su cabellera a Hecaergo y Opis; y también de Automedusa, quien dio Yolao a Ificles; y de Peribea, que se casó con Telamón y cuyo hijo Áyax sucedió a Alcátoo como rey de Megara. El hijo mayor de Alcátoo, Isquépolis, pereció en la cacería caledonia; y Calípolis, el primer megarense que se enteró de la dolorosa noticia, corrió a la Acrópolis, donde Alcátoo ofrecía holocaustos a Apolo, y arrojó del altar los haces de leña en señal de

duelo. Como no sabía lo que había sucedido, Alcátoo, irritado por su impiedad, le mató con un leño[7].

f. Isquépolis y Evipo están enterrados en el Palacio de Justicia; Megareo en el lado derecho de la subida a la segunda Acrópolis megarense. El templete de héroe de Alcátoo es ahora la Oficina de Registros pública, y el de Timalco, el Ayuntamiento[8].

g. Crisipo pasaba también por hijo de Pélope e Hipodamía, pero era en realidad un bastardo al que Pélope había engendrado en la ninfa Astíoque[9], una danaide. Ahora bien, sucedió que Layo, cuando lo desterraron de Tebas, fue recibido hospitalariamente por Pélope en Pisa, pero se enamoró de Crisipo, a quien enseñó el arte del auriga; y tan pronto como se anuló la condena al destierro retiró al niño en su carro de los Juegos Nemeos y lo llevó a Tebas como su amante[10]. Algunos dicen que Crisipo se mató de vergüenza; otros, que Hipodamía, para impedir que Pélope designase a Crisipo su sucesor relegando a sus propios hijos, fue a Tebas, donde trató de convencer a Atreo y Tiestes para que matasen al niño arrojándolo a un pozo. Cuando ambos se negaron a asesinar al huésped de su padre, Hipodamía, en plena noche, entró furtivamente en el dormitorio de Layo y, encontrándolo dormido, tomó su espada que colgaba de la pared y la hundió en el vientre de su compañero de lecho. Layo fue acusado inmediatamente por el asesinato, pero Crisipo había visto a Hipodamía cuando huía y le acusó antes de expirar[11].

g. Entretanto, Pélope marchaba sobre Tebas para rescatar a Crisipo, pero, al saber que Layo había sido ya encarcelado por Atreo y Tiestes, le perdonó noblemente, reconociendo que sólo un amor irresistible le había impulsado a violar la hospitalidad. Algunos dicen que Layo, y no Támiris o Minos, fue el primer pederasta, motivo por el que los tebanos, lejos de condenar la práctica, mantienen un regimiento, llamado la Banda Sagrada, compuesto enteramente por muchachos y sus amantes[12].

i. Hipodamía huyó a Argólide y allí se suicidó; pero posteriormente, de acuerdo con un oráculo, sus huesos fueron transportados a Olimpia, donde las mujeres entran en su templo tapiado una vez al año para ofrecerle sacrificios. En una de las curvas del Hipódromo se alza una estatua de

bronce de Hipodamía que sostiene una cinta para condecorar a Pélope por su victoria[13].

1. Los Juegos Héteos se realizaban en la víspera de los Juegos Olímpicos. Consistían en una carrera pedestre de muchachas, originalmente para el cargo de suma sacerdotisa de Hera (véase 60.4), y k vencedora, que llevaba el ramo de olivo como símbolo de paz y fertilidad, se hacía igual a la diosa al compartir su vaca sagrada. Las dieciséis matronas pueden haberse turnado en otro tiempo para oficiar como ayudantes de la suma sacerdotisa durante las dieciséis temporadas de la olimpíada de cuatro años; cada rueda del carro regio representaba el año solar y tenía cuatro rayos, como una rueda de fuego o esvástica. «Narceo» es claramente una forma posterior de Atenea Narcea («entumecedora»), una diosa de la muerte. Las matronas que organizaban los Juegos Hereos, que en un tiempo implicaban el sacrificio humano, propiciaban a la diosa con sangre de cerdo y luego se lavaban con agua corriente. Los numerosos hijos de Hipodamía atestiguan la fuerza de la confederación presidida por la dinastía de los Pelópidas, y todos sus nombres se asocian con el Peloponeso o el Istmo.

2. El asesinato por Alcátoo de su hijo Calípolis en el altar de Apolo ha sido deducido probablemente de una representación gráfica en la que aparecía ofreciendo su hijo en holocausto al «constructor anterior», el dios de la ciudad Melicertes o Moloch, cuando volvió a fundar Megara, como hizo también un rey de Moab (Josué vi.26). Además, como Sansón y David, había matado un león en un combate ritual. La mitología corintia tiene muchas afinidades con laPalestina (véase 67.1).

3. El mito de Crisipo sobrevive sólo en una forma degenerada. Que fuera un bello muchacho pisano que conducía un carro, lo llevaran como a Ganímedes o a Pélope mismo (aunque no, ciertamente, al Olimpo) y le matara Hipodamía, indica que, originalmente, era uno de los sustitutos del Rey que moría en el choque del carro; pero su mito ha sido confundido con una justificación de la pederastía tebana, y con la leyenda de una disputa acerca de los Juegos Nemeos entre Tebas y Pisa. Hipodamía, «domadora de caballos», era un título de la diosa Luna, cuya estatua con cabeza de yegua

en Figalia tenía en la mano una marsopa pelópida; cuatro de los hijos e hijas de Pélope tienen nombres de caballos.

111. ATREO Y TIESTES

a. Algunos dicen que Atreo, que huyó de Elide después de la muerte de Crisipo, en la que pudo haber estado complicado más profundamente que lo que sabía Pélope, se refugió en Micenas. Allí le favoreció la fortuna. Su sobrino Euristeo, quien estaba a punto de marchar contra los hijos de Heracles, le designó regente en su ausencia; y cuando poco después llegó la noticia de la derrota y muerte de Euristeo, los notables de Micenas eligieron a Atreo como su rey, porque parecía un guerrero idóneo para protegerlos contra los Heráclidas y había conquistado ya el afecto del vulgo. Así la casa real de Pélope se hizo más famosa que incluso la de Perseo[1].

b. Pero otros dicen, con mayor autoridad, que el padre de Euristeo, Esténelo, después de desterrar a Anfitrión y apoderarse del trono de Micenas, hizo llamar a Atreo y Tiestes, sus cuñados, y los instaló en la cercana Midea. Pocos años después, cuando Esténelo y Euristeo habían muerto, un oráculo aconsejó a los micenios que eligieran a un príncipe de la casa pelópida para que los gobernara. Llamaron inmediatamente a Atreo y Tiestes de Midea y discutieron quién de los dos (destinados a estar siempre de punta) sería coronado rey[2].

c. Ahora bien, Atreo había prometido solemnemente en una ocasión sacrificar a Ártemis lo mejor de sus rebaños de ovejas; y Hermes, ansioso por vengar la muerte de Mirtilo en los pelópilas, consultó con su viejo amigo el cabruno Pan, quien hizo que un cordero cornudo con el vellón de oro apareciera entre el rebaño acarniano que Pélope había dejado a sus hijos Atreo y Tiestes. Preveía que Atreo lo reclamaría como suyo y que, por su renuencia a rendir a Ártemis los honores que se le debían, se vería envuelto

en una guerra fratricida con Tiestes. Sin embargo, algunos dicen que fue Ártemis misma quien envió el cordero para ponerlo a prueba[3]. Atreo cumplió su promesa, en parte al menos, sacrificando la carne del cordero, pero rellenó y armó el vellón y lo guardó en un arca. Estaba tan orgulloso de su tesoro que parecía tener vida propia, que no pudo abstenerse de jactarse de él en el mercado, y el celoso Tiestes, por quien Aérope, la esposa recién casada de Atreo, se había apasionado, accedió a ser su amante si le entregaba el cordero (el cual, según dijo, habían robado los pastores de Atreo de su mitad del rebaño). Pues Ártemis lo había maldecido y eso era obra suya[4].

d. En un debate en la municipalidad Atreo reclamó el trono de Micenas por derecho de primogenitura y también como poseedor del cordero. Tiestes le preguntó: «¿Entonces, declaras públicamente que su poseedor debe ser el Rey?» «Lo declaro», contestó Atreo. «Y yo estoy de acuerdo», dijo Tiestes, sonriendo torvamente. Un heraldo convocó a los habitantes de Micenas para que aclamaran a su nuevo rey; pusieron en los templos colgaduras doradas y abrieron sus puertas; ardían fuegos en todos los altares de la ciudad y se cantaban canciones en elogio del cordero cornudo con el vellón de oro. Pero Tiestes se levantó inesperadamente para vituperar a Atreo por ser un fanfarrón jactándose y llevó a los magistrados a su casa, donde les mostró el cordero, justificó su derecho a poseerlo y fue declarado rey legítimo de Micenas[5].

e. Pero Zeus favorecía a Atreo y envió a Hermes para que le dijera: «Vete a ver a Tiestes y pregúntale si, en el caso de que el sol marche hacia atrás en el cuadrante, renunciará a su derecho al trono en tu favor». Atreo hizo lo que se le ordenaba y Tiestes accedió a abdicar si se producía tal portento. Entonces Zeus, con la ayuda de Éride, invirtió las leyes de la naturaleza, hasta entonces inmutables. Helio, ya en la mitad de su carrera, desvió su carro y puso las cabezas de sus caballos en dirección de la aurora. Las siete Pléyades y todas las demás estrellas invirtieron sus cursos de acuerdo con Helio, y ese anochecer, por primera y última vez, el sol se puso en el oriente. Probadas así claramente el impostura y la codicia de Tiestes, Atreo ocupó el trono de Micenas y le desterró[6].

Cuando más tarde Atreo descubrió que Tiestes había cometido adulterio con Aérope, apenas pudo contener su ira. Sin embargo, durante un tiempo fingió que le perdonaba[7].

f. Ahora bien, esta Aérope, a la que algunos llaman Europa, era cretense e hija del rey Catreo. Un día la sorprendió Catreo cuando estaba con un amante en el palacio, y se hallaba a punto de ser arrojada a los peces cuando, rectificando su sentencia a ruego de Nauplio, la vendio, junto con su otra hija Clímene, de la que sospechaba que conspiraba contra su vida, como esclava a Nauplio, por un precio nominal, estipulando únicamente que ninguna de ellas volviera jamás a Creta. Nauplio se casó luego con Clímenes, quien le dio a Éax y Palamedes, el inventor[8]. Pero Atreo, cuya esposa Cléola había muerto después de dar a luz un hijo enclenque, Plístenes —así fue como Ártemis se vengó de él por no haber mantenido su promesa—, se casó con Aérope y tuvo con ella a Agamenón, Menelao y Anaxibia. Plístenes había muerto también, pues los asesinos que envió Atreo para que dieran muerte a su lacayo, el hijo bastardo de Tiestes con Aérope, le asesinaron por error —Tiestes[9] se encargó de ello.

g. Atreo envió un heraldo para que indujese a Tiestes a regresar a Micenas con el ofrecimiento de una amnistía y la participación en la mitad del reino; pero tan pronto como Tiestes aceptó el ofrecimiento, asesinó despiadadamente a Aglao, Orcómeno y Calileonte, los tres hijos de Tiestes con una de las Náyades, en el mismo altar de Zeus donde se habían refugiado; y luego buscó y mató al infante Plístines el Segundo y su mellizo Tántalo el Segundo. Los despedazó, hirvió trozos escogidos de su carne en una caldera y se los sirvió a Tiestes para darle la bienvenida por su regreso. Cuando Tiestes hubo comido de buena gana, Atreo hizo que le presentaran sus cabezas, pies y manos ensangrentados en otra fuente para hacerle ver lo que tenía dentro del estómago. Tiestes cayó hacia atrás, vomitando, y lanzó una maldición inevitable a la simiente de Atreo[10].

h. Desterrado una vez más, Tiestes huyó primeramente al palacio del rey Tesproto en Sición, donde su hija Pelopia, o Pelopeya, era sacerdotisa. Pues, deseando vengarse a cualquier costo, había consultado con el oráculo de Delfos, que le aconsejó que engendrara un hijo en su propia hija[11]. Tiestes encontró a Pelopia haciendo sacrificios por la noche a Atenea

Colocasia y, como no quería profanar los ritos, se ocultó en un bosquecillo cercano. Poco después Pelopia, que dirigía la danza solemne, resbaló en un charco de sangre que había fluido de la garganta de una oveja negra, la víctima, y se manchó la túnica. Corrió en seguida al vivero del templo, se quitó la túnica y cuando se estaba lavando la mancha Tiestes salió del bosquecillo y la violó. Pelopia no lo reconoció porque llevaba una máscara, pero consiguió robarle la espada y llevarla al templo, donde la ocultó bajo el pedestal de la imagen de Atenea; y Tiestes, al encontrar la vaina vacía y temiendo que lo detuvieran, huyó a Lidia, la tierra de sus antepasados[12].

i. Entretanto, temiendo las consecuencias de su crimen, Atreo consultó con el Oráculo de Delfos, que le dijo: «Haz volver a Tiestes de Sición». Llegó a Sición demasiado tarde para encontrar a Tiestes y, enamorado de Pelopia, a la que suponía hija del rey Tesproto, pidió permiso para hacerla su tercera esposa, pues para entonces había ejecutado a Aérope. Ansioso de una alianza con un rey tan poderoso, y deseando al mismo tiempo hacer un favor a Pelopia, Tesproto no desengañó a Atreo y la boda se realizó inmediatamente. A su debido tiempo ella dio a luz el hijo engendrado por Tiestes, al que dejó abandonado en una montaña, pero unos pastores de cabras lo recogieron e hicieron que le amamantara una cabra, de donde viene su nombre Egisto, o «fuerza de cabra». Atreo creía que Tiestes había huido de Sición al tener noticia de su venida, que el niño era suyo y que Pelopia había sido afectada por la locura pasajera que a veces sobreviene a las mujeres después del parto. En consecuencia, recuperó a Egisto de los pastores de cabras y lo crió como su heredero.

j. Una serie de malas cosechas afligió a Micenas y Atreo envió a Agamenón y Menelao a Delfos para que averiguaran el paradero de Tiestes, a quien encontraron por casualidad cuando volvía de una nueva visita al Oráculo. Lo llevaron por la fuerza a Micenas, donde Atreo, después de encerrarlo en la prisión, ordenó a Egisto, que entonces tenía siete años de edad, que le matara mientras dormía.

k. Tiestes despertó de pronto y encontró a Egisto inclinado sobre él con la espada en la mano; se hizo a un lado rápidamente y evitó la muerte. Luego se levantó, desarmó al niño con un hábil puntapié en la muñeca y saltó para apoderarse de la espada. ¡Y vio que era la suya, perdida años

antes en Sición! Asió a Egisto por el hombro y le gritó: «Dime inmediatamente cómo llegó esta espada a tu poder». Egisto balbuceó: «Me la ha dado mi madre Pelopia». «Te perdonaré la vida, muchacho —dijo Tiestes— si cumples tres órdenes que voy a darte». «Soy tu servidor en todo», lloró Egisto, que no esperaba misericordia. «Mi primera orden es que traigas aquí a tu madre».

l. Egisto llevó inmediatamente a Pelopia al calabozo y, reconociendo a Tiestes, le abrazó llorando, le llamó su querido padre y se compadeció de sus sufrimientos. «¿Cómo conseguiste esta espada, hija?», le preguntó Tiestes. «La saqué de la vaina de un desconocido que me violó una noche en Sición», contestó ella. «Es mía», declaró Tiestes. Pelopia, horrorizada, tomó la espada y se la hundió en el pecho. Egisto, se quedó estupefacto, sin comprender lo que habían dicho los otros. «Ahora lleva esta espada a Atreo —fue la segunda orden de Tiestes— y dile que has cumplido su encargo. Y luego vuelve». Sin decir una palabra, Egisto llevó la espada ensangrentada a Atreo, quien fue alegremente a la costa y ofreció un sacrificio en acción de gracias a Zeus, convencido de que por fin se había librado de Tiestes.

m. Cuando Egisto volvió al calabozo, Tiestes le reveló que era su padre y le dio la tercera orden: «Mata a Atreo, Egisto, hijo mío, y esta vez no vaciles». Egisto hizo lo que se le ordenaba y Tiestes volvió a reinar en Micenas[13].

n. Entre los rebaños de Tiestes apareció otro cordero cornudo con vellón de oro y llegó a ser morueco, y en adelante cada nuevo rey pelópida era confirmado divinamente de este modo en la posesión de su cetro de oro; esos moruecos pacían libremente en una dehesa rodeada por paredes inaccesibles. Pero algunos dicen que el distintivo de la realeza no era un animal viviente, sino un tazón de plata, en el fondo del cual estaba incrustada la figura de un cordero dorado; y otros, que no pudo haber sido Egisto quien mató a Atreo porque no era más que un infante en pañales cuando Agamenón expulsó a su padre Tiestes de Micenas y le arrancó el cetro[14].

o. Tiestes está enterrado junto a la carretera que va de Micenas a Argos, cerca del templete de Perseo. Sobre la tumba se halla la figura en piedra de

un morueco. La tumba de Atreo y su tesoro subterráneo se pueden ver todavía entre las ruinas de Micenas[15].

p. Tiestes no fue el último héroe a quien sirvieron en una fuente su propio hijo. Lo mismo le sucedió algunos años después a Clímeno, el hijo arcadio de Esqueneo, quien concibió una pasión incestuosa por Harpálice, la hija tenida con Epicaste. Habiendo seducido a Harpálice, la casó con Alastor, pero más tarde se la llevó otra vez. Harpálice, para vengarse, asesinó al hijo que tuvo con él, que era también su hermano, cocinó el cadáver y se lo sirvió a Clímeno. Ella se transformó en una ave de presa y Clímeno se ahorcó[16].

1. El mito de Atreo y Tiestes, que sobrevive sólo en versiones muy teatrales, parece basarse en la rivalidad entre los co-reyes argivos por el poder supremo, como en el mito de Acrisio y Preta (véase 73.a). Es mucho más antiguo que la fábula de los hijos de Heracles (véase 146.k) —la invasión doria del Peloponeso, alrededor del año 1050 a. de C.— con la que lo asocia Tucídides. El cordero de oro de Atreo, no sacrificado, recuerda el toro blanco de Posidón, que igualmente dejó de sacrificar Minos (véase 88.c); pero es de la misma casta que los moruecos de vellón dorado consagrados a Zeus en el monte Lafistio y a Posidón en la isla de Crumisa (véase 70.l). Poseer ese vellocino era un distintivo de la realeza, porque el rey lo utilizaba en una ceremonia para atraer la lluvia anual (véase 70.2 y 6). El cordero es metafóricamente de oro; en Grecia «el agua es oro» y el vellón producía mágicamente la lluvia. Esta metáfora puede, no obstante, haber sido reforzada por el uso de vellones para recoger oro en polvo en los ríos del Asia Menor; y la aparición ocasional en el Mediterráneo Oriental de corderos con dientes dorados, supuestamente descendientes de los que el joven Zeus cuidaba en el monte Ida. (En el siglo XVIII, Lady Mary Wortley Montagu investigó esta anomalía persistente, pero no pudo descubrir su origen). Es posible también que el cetro real argivo tuviera en la parte superior un morueco de oro. Apolodoro es impreciso acerca del fundamento legal de la disputa, pero la reclamación de Tiestes era probablemente la misma que la hecha por Maeve respecto al toro disputado en la Guerra de

los toros fratricida irlandesa: que el cordero había sido robado de sus rebaños al nacer.

2. Eurípides introduce a Éride en un momento equivocado de la fábula: ella habrá provocado la querella entre los hermanos más bien que ayudado a Zeus a invertir el curso del sol, fenómeno para producir el cual carecía de facultades. Los gramáticos y filósofos clásicos han explicado este episodio de varias maneras ingeniosas, que anticipan las tentativas hechas por los protestantes del siglo XX para explicar científicamente el movimiento retrógrado de la sombra del sol en «el cuadrante de Ahaz» (2 Reyes xx.I-II). Luciano y Polibio dicen que cuando Atreo y Tiestes se pelearon por la sucesión, los argivos eran ya observadores habituales de las estrellas y convinieron en que el mejor astrónomo sería elegido rey. En el certamen que siguió, Tiestes señaló que el sol se levantaba siempre en Aries en el Festival de la Primavera, y de aquí la fábula del cordero de oro; pero el adivino Atreo hizo algo mejor: demostró que el sol y la tierra viajan en diferentes direcciones y que las que parecen ser puestas de sol son en realidad puestas de la tierra. En vista de ello los argivos le eligieron rey (Luciano: Sobre astrología 12; Polibio, citado por Estrabón: i.2.15). Higinio y Servio están de acuerdo en que Atreo era astrónomo, y en que fue el primero que predijo un eclipse de sol matemáticamente; añaden que, cuando el cálculo resultó correcto, su celoso hermano Tiestes abandonó la ciudad mortificado (Higinio: Fábula 258; Servio sobre la Eneida de Virgilio i.572). Sócrates tomó el mito más literalmente: lo consideró como prueba de su teoría de que el universo se enrolla y desenrolla en ciclos alternados de vasta duración y la inversión del movimiento al término de cada ciclo va acompañada por una gran destrucción de la vida animal (Platón: El estadista 12-14).

3. Sin embargo, para comprender la fábula uno debe pensar no alegórica ni filosóficamente, sino mitológicamente; es decir, en función del conflicto arcaico entre el rey sagrado y su heredero. El rey reinaba hasta el solsticio de verano, cuando el sol llegaba a su punto más septentrional y se detenía; entonces el heredero le mataba y ocupaba su lugar, mientras el sol se retiraba diariamente hacia el sur y el solsticio de invierno. Este odio mutuo, agudizado por los celos sexuales, porque el heredero se casaba con la viuda de su rival, se renovó entre los co-reyes argivos, cuyos reinados combinados se extendieron durante un Gran Año; y se pelearon por Aérope,

como Acrisio y Preto habían hecho por Dánae. El mito de Ezequías, que estaba a punto de morir cuando, como una señal del favor de Jehová, el profeta Isaías agregó diez años a su reinado haciendo retroceder al sol diez grados en el cuadrante de Ahaz (2 Reyes xx.8.11 e Isaías xxxviii.7-8), indica una tradición hebrea, o quizá palestina, de cómo al rey, después de la reforma del calendario causada por la adopción del ciclo metónico, se le permitía prolongar su reinado hasta el año decimonono, en vez de morir en el noveno. Atreo, en Micenas, puede haber obtenido una exen ción análoga.

4. El banquete caníbal en honor de Zeus, que aparece en el mito de Tántalo (véase 108.c), ha sido confundido aquí con el sacrificio anual de niños sustitutos y con el vómito por Zeus de los hijos tenidos con Rea (véase l.d). La violación de Pelopia por Tiestes recuerda el mito de Cíniras y Esmirna (véase I7.h), y la mejor manera de explicarla es como la tentativa del rey de prolongar su reinado más allá del límite acostumbrado mediante el casamiento con su hijastra, la heredera. La salvación de Aérope de los peces cretenses la identifica con Dictina-Britomartis, cuyo abuelo Minos había arrojado al mar (véase 89.b). Egisto, amamantado por una cabra, es el conocido niño del Año Nuevo de los Misterios (véase 24.6 44.1, 76.a, 105.1, etcétera).

5. La fábula de Clímeno y Harpálice —había otro personaje tracio del mismo nombre, una especie de Atalanta— combina el mito de Cíniras y Esmirna (véase 18.h) con el de Terco y Procne (véase 46.a). A menos que sea una composición artificial para el teatro, como sugiere el no mítico suicidio de Clímeno ahorcándose, éste trataría de reconquistar su derecho al trono al terminar su reinado casando a la heredera, técnicamente su hija, con un interrex, para matarlo después y tomar para sí a su esposa. Alastor significa «vengador», pero su venganza no aparece en el mito; quizá la versión original hacía de Alastor la víctima del sacrificio humano.

112. AGAMENÓN Y CLITEMESTRA

a. Algunos dicen que Agamenón y Menelao tenían ya edad suficiente para detener a Tiestes en Delfos; otros, que cuando Egisto mató a Atreo eran todavía infantes y que su nodriza tuvo la serenidad necesaria para salvarlos. Tomándolos uno bajo cada brazo, huyó con ellos al palacio de Polifides, el vigesimocuarto rey de Sición, a instancias del cual fueron confiados luego a Éneo el etolio. Se conviene, no obstante, en que después de haber pasado algunos años en la corte de Éneo, el rey Tindáreo de Esparta les devolvió sus bienes. Marchó sobre Micenas y obligó a Tiestes, que se había refugiado en el altar de Hera, a jurar que legaría el cetro a Agamenón, como heredero de Atreo, e iría al destierro para no volver jamás. Tiestes partió inmediatamente para Citera, mientras Egisto, temiendo la venganza de Agamenón, huía al palacio del rey Cilarabes, hijo del rey argivo Esténelo**[1]**.

b. Se dice que Zeus dio poder a la casa de Éaco, sabiduría a la casa de Amitaón y riqueza a la casa de Atreo. Y ciertamente tenía riqueza: los reyes de Micenas, Corinto, Cleonas, Orneia, Aratírea, Sición, Hiperasia, Gonoesa, Pelene, Egium, Egíalo y Hélice pagaban tributo a Agamenón, tanto en la tierra como en el mar**[2]**.

c. Agamenón hizo primeramente la guerra contra Tántalo, rey de Pisa, hijo de su feo tío Bróteas, le mató en batalla, y se casó por la fuerza con su viuda Clitemestra, hija de Leda y del rey Tindáreo de Esparta. Los Dioscuros, hermanos de Clitemestra, marcharon por lo tanto sobre Micenas, pero Agamenón había acudido ya como suplicante a su benefactor Tindáreo, quien le perdonó y le permitió que se quedara con Clitemestra.

Después de la muerte de los Dioscuros, Menelao se casó con su hermana Helena y Tindáreo abdicó en su favor[3].

d. Clitemestra dio a Agamenón un hijo, Orestes, y tres hijas: Electra o Laódice, Ifigenia o Ifianasa, y Crisótemis; aunque algunos dicen que Ifigenia era sobrina de Clitemestra, hija de Teseo y Helena, de la que se compadeció y a la que adoptó[4].

e. Cuando París, el hijo del rey Príamo de Troya, raptó a Helena y con ello provocó la guerra troyana, Agamenón y Menelao estuvieron diez años ausentes de su patria, pero Egisto no se unió a la expedición y prefirió quedarse en Argos para buscar la forma de vengarse de la Casa de Atreo[5].

f. Ahora bien, Nauplio, el marido de Clímene, al no obtener satisfacción por parte de Agamenón y de los otros caudillos griegos por la lapidación de su hijo Palamedes, se alejó de Troya y recorrió la costa del Ática y el Peloponeso incitando al adulterio a las esposas solitarias de sus enemigos. Cuando Egisto se enteró de que Clitemestra figuraba entre las más ansiosas de dejarse convencer por Nauplio, se propuso no sólo hacerse su amante, sino también matar a Agamenón con su ayuda tan pronto como terminara la guerra de Troya[6].

g. Hermes, enviado a Egisto por el omnisciente Zeus, le aconsejó que renunciara a su proyecto, basándose en que cuando Orestes llegara a la edad viril sin duda vengaría a su padre. Pero a pesar de toda su elocuencia Hermes no pudo disuadir a Egisto, quien fue a Micenas con valiosos regalos pero odio en el corazón. Al principio Clitemestra rechazó sus requerimientos, porque Agamenón, informado de la visita de Nauplio a Micenas, había ordenado al bardo de su corte que la vigilara atentamente y le comunicara por escrito la menor señal de infidelidad. Pero Egisto se apoderó del viejo bardo y lo abandonó sin alimentos en una isla solitaria, donde las aves no tardaron en picotear sus huesos. Entonces Clitemestra se entregó a los brazos de Egisto y él celebró su inesperado triunfo con holocaustos a Afrodita y regalos de tapices y oro a Ártemis, quien sentía rencor por la Casa de Atreo[7].

h. Clitemestra tenía pocos motivos para amar a Agamenón, quien, después de dar muerte a su anterior marido Tántalo y al hijo recién nacido que estaba amamantando, se había casado con ella por la fuerza y luego se

había marchado a una guerra que prometía no terminar nunca; también había autorizado el sacrificio de Ingenia en Áulide y —lo que para ella era aún más difícil de soportar— se decía que llevaba de vuelta a la hija de Príamo, la profetisa Casandra, como su esposa en todo menos en el nombre. Es cierto que Casandra había dado a Agamenón dos hijos mellizos: Teledamo y Pélope, pero no parece que él tratara de afrentar a Clitemestra. El informante de ésta era Éax, el hijo sobreviviente de Nauplio, quien, para vengar la muerte de su hermano, le provocaba maliciosamente a cometer el asesinato[8].

i. En consecuencia, Clitemestra conspiró con Egisto para matar a Agamenón y Casandra. Pero temiendo que llegaran inesperadamente, escribió a Agamenón una carta pidiéndole que encendiera una señal luminosa en el monte Ida cuando cayese Troya; ella, por su parte, dispuso una cadena de fuegos que transmitirían la señal hasta Argólide pasando por el cabo Hermeo en Leamos, y los montes de Athos, Macisto, Mesapio, Qterón, Egiplancto y Aracne. Apostó también un vigía en el techo del palacio de Micenas; era un fiel servidor de Agamenón que pasó un año entero agazapado como un perro, mirando hacia el monte Aracne y lleno de tristes presentimientos. Por fin, una noche oscura, el vigía vio el resplandor distante de la señal luminosa y corrió a despertar a Clitemestra. Ella celebró la noticia con sacrificios de acción de gracias, aunque, en verdad, habría deseado que el sitio de Troya durara eternamente. Egisto apostó inmediatamente a uno de sus hombres en una atalaya cerca del mar y le prometió dos talentos de oro por la primera noticia del desembarco de Agamenón.

j. Hera había salvado a Agamenón de la violenta tormenta que destruyó muchas de las naves que regresaban a Grecia y arrastró a Menelao a Egipto; por fin un viento favorable le llevó a Nauplia. Tan pronto como desembarcó se inclinó para besar la tierra, llorando de alegría. Entretanto el vigía corrió a Micenas para recibir su gratificación y Egisto eligió veinte de los guerreros más valientes, los apostó en una emboscada dentro del palacio, mandó preparar un gran banquete y luego, montando en su carro, fue a recibir a Agamenón[9].

k. Clitemestra recibió a su marido cansado por el viaje simulando que se hallaba muy contenta, hizo tender para él una alfombra de púrpura y lo condujo a la casa de baños, donde las esclavas le habían preparado un baño caliente; pero Casandra se quedó fuera del palacio, sumida en un arrobamiento profético, y se negó a entrar gritando que olía sangre y que la maldición de Tiestes pendía sobre el comedor. Cuando Agamenón se lavó y hubo sacado un pie de la bañera, dispuesto a participar en el banquete ya servido en las mesas, Clitemestra se le acercó como para envolverlo en una toalla, pero en lugar de eso le arrojó a la cabeza una prenda de malla tejida por ella misma y que no tenía aberturas para el cuello y los brazos. Y así, enredado en esa red como un pez, Agamenón pereció a manos de Egisto, quien le hirió dos veces con una espada de doble filo[10]. Cayó hacia atrás en el baño de paredes de plata, donde Clitemestra vengó sus agravios cortándole la cabeza con un hacha[11]. Luego corrió afuera para matar a Casandra con la misma arma, sin molestarse en cerrar los ojos y la boca de su marido, pero se limpió en su cabello la sangre que le había salpicado, para dar a entender que él mismo había sido el causante de su muerte[12].

l. Una feroz batalla se libraba en el palacio entre la guardia de Agamenón y los partidarios de Egisto. Los guerreros eran muertos como cerdos para el banquete de un rico, o yacían heridos y gimiendo junto a las mesas servidas revolcándose en la sangre; pero Egisto triunfó. Afuera, la cabeza de Casandra rodó por el suelo y Egisto tuvo también la satisfacción de matar a los dos hijos mellizos que la profetisa había tenido con Agamenón; sin embargo, no consiguió deshacerse de otro de los bastardos de Agamenón, llamado Haleso o Halisco. Haleso logró escaparse y, después de andar largo tiempo errante en el destierro, fundó la ciudad italiana de Falerios y enseñó a sus habitantes los Misterios de Hera, que todavía se celebran allí a la manera argiva[13].

m. Esta matanza se realizó el día 13 del mes Gamelión [enero] y, sin temor al castigo divino, Clitemestra decretó que se celebrara en ese día un festival mensual con danzas y ofrendas de ovejas a sus deidades guardianas. Algunos aplauden su resolución, pero otros sostienen que infligió una deshonra eterna a todas las mujeres, incluso a las virtuosas. También Egisto dio gracias a la diosa que le había ayudado[14].

n. Los espartanos pretenden que Agamenón está enterrado en Amidas, ahora no más que una aldea, donde muestran la tumba y la estatua de Clitemestra, así como el templo y la estatua de Casandra; los habitantes incluso creen que Agamenón fue muerto allí. Pero la verdad es que la tumba de Agamenón se halla entre las ruinas de Micenas, cerca de las de su auriga, sus compañeros asesinados por Egisto y los mellizos de Casandra[15].

o. Más tarde Menelao fue informado del crimen por Proteo, el profeta de Faros, y, después de ofrecer hecatombes al ánima de su hermano, construyó un cenotafio en su honor junto al río de Egipto. Cuando volvió a Esparta, ocho años después, erigió un templo a Zeus Agamenón; hay otros templos como ése en Laperse, Ática, y Clazómenas, Jonia, aunque Agamenón nunca reinó en ninguno de esos lugares[16].

1. El mito de Agamenón, Egisto, Clitemestra y Orestes ha sobrevivido en una forma dramática tan estilizada que casi se han borrado sus orígenes. En una tragedia de esta clase la clave la da habitualmente la manera en que muere el rey; si es arrojado desde un risco como Teseo, quemado vivo como Heracles, destrozado en un carro como Enómao, devorado por caballos salvajes como Diomedes, ahogado en un estanque como Tántalo, o herido por un rayo como Capaneo. Agamenón muere de una manera particular: con una red que le han arrojado encima, un pie todavía en el baño y el otro en el piso, y en la casa de baños anexa, es decir, «ni vestido ni desnudo, ni en el agua ni en la tierra seca, ni en su palacio ni fuera de él», situación que recuerda la muerte en el solsticio de verano, en el Mabinogion, del rey sagrado Llew Llaw, a manos de su esposa traidora, Blodeuwedd, y a su amante Gronw. Una fábula análoga relatada por Saxo Grammaticus a fines del siglo XII en su Historia de Dinamarca, sugiere que Clitemestra puede también haber dado a Agamenón una manzana para que la comiera, matándole cuando se la llevaba a la boca, de modo que «ni ayunaba ni banqueteaba». Fundamentalmente, en consecuencia, éste es el mito familiar del rey sagrado que muere en el solsticio estival, la diosa que le traiciona, el heredero que le sucede y el hijo que le venga. El hacha de Clitemestra era el símbolo cretense de la soberanía, y el mito tiene afinidades con el asesinato

de Minos, que también tuvo lugar en un baño. Las señales luminosas de Egisto, una de las cuales, según Esquilo, estaba hecha con brezos (véase 18.3), son las fogatas del sacrificio del solsticio estival. La diosa en cuyo honor fue sacrificado Agamenón aparece en tríada como sus «hijas» Electra («ámbar»), Ifigenia («sirviendo de madre a una raza fuerte») y Crisótemis («orden áurea»)

2. Esta antigua fábula se ha combinado con la leyenda de una disputa entre dinastías rivales en el Peloponeso. Clitemestra era una heredera real espartana; y la pretensión de los espartanos de que su antepasado Tindáreo elevó a Agamenón al trono de Micenas, indica que fueron los vencedores en una guerra contra los raicemos por la posesión de Amidas, donde recibían honores tanto Agamenón como Clitemestra.

3. «Zeus Agamenón», «Zeus muy resuelto», sería un título divino que llevaban no sólo los reyes de Micenas, sino también los de Laperse y Clazómenas; y, probablemente, también los reyes de una colonia dánaa o aquea junto al Río de Egipto, al que no hay que confundir con el Nilo. El Río de Egipto es mencionado en Josué xv.4 como marcando la frontera entre Palestina y Egipto; más arriba de la costa, en Ascalón y cerca de Tiro, había otras colonias dánaas o aqueas (véase 169.f).

4. El día 13, observado también como día festivo en Roma, donde se le llamaba los Idus, coincidía con la luna llena en una época en que el mes del calendario era una simple lunación. Parece que el sacrificio del rey se realizaba siempre en la luna llena. Según la leyenda, la flota griega, al volver a fines de año de Troya, encontró tormentas invernales; por lo tanto, Agamenón murió en enero y no en junio.

113. LA VENGANZA DE ORESTES

a. Orestes fue criado por sus cariñosos abuelos Tindáreo y Leda y, de niño, acompañó a Clitemestra e Ifigenia a Áulide[1]. Pero algunos dicen que Clitemestra lo envió a Fócide poco antes del regreso de Agamenón; y otros que en la víspera del asesinato, Orestes, que entonces tenía diez años de edad, fue salvado por su abnegada nodriza Arsínoe, o Laodamia, o Geilisa, quien envió a su propio hijo a que se acostara en el aposento de los niños de la familia real y dejó que Egisto lo matara en lugar de Orestes[2]. Otros aún dicen que su hermana Electra, ayudada por el anciano preceptor de su padre, lo envolvió en un vestido que tenía bordados animales salvajes, que ella misma había tejido, y lo sacó a escondidas de la ciudad[3].

b. Después de mantenerlo oculto durante un tiempo entre los pastores del río Tano, que separa a Argólida de Laconia, el preceptor fue con Orestes a la corte de Estrofio, firme aliado de la Casa de Atreo, quien gobernaba en Crisa, al pie del monte Parnaso[4]. Este Estrofio se había casado con la hermana de Agamenón llamada Astíoque, o Anaxibia, o Cindrágora. En Crisa Orestes tuvo por compañero de juegos a un muchacho aventurero, a saber, el hijo de Estrofio llamado Pílades, que era algo más joven que él, y su amistad estaba destinada a hacerse proverbial[5]. Por el anciano preceptor se enteró con pesar de que el cadáver de Agamenón había sido sacado de la casa y enterrado apresuradamente por Clitemestra, sin las libaciones ni las ramas de mirto, y que a los habitantes de Micenas se les había prohibido asistir al funeral[6].

c. Egisto reinó en Micenas durante siete años; viajaba en el carro de Agamenón, se sentaba en su trono, empuñaba su cetro, llevaba sus túnicas,

dormía en su lecho y dilapidaba sus riquezas. Pero a pesar de todos esos aderezos regios era poco más que un esclavo de Clitemestra, la verdadera gobernante de Micenas[7]. Cuando se embriagaba solía saltar sobre la tumba de Agamenón y apedrear la lápida mientras gritaba: «¡Ven Orestes, ven a defender lo tuyo!» La verdad era, no obstante, que vivía con un abyecto temor a la venganza, incluso cuando lo rodeaba una guardia extranjera de confianza; no pasaba una sola noche en sueño profundo y había ofrecido una gran recompensa en oro por el asesinato de Orestes[8].

d. Electra se había comprometido en casamiento con su primo Castor de Esparta antes de la muerte y semideificación de éste. Aunque los principales príncipes de Grecia aspiraban a su mano, Egisto temía que pudiera dar a luz un hijo que vengara a Agamenón y en consecuencia anunció que no sería aceptado pretendiente alguno. De buena gana habría dado muerte a Electra, que le mostraba un odio implacable, para que no se acostara en secreto con algunos de los funcionarios del palacio y le diera un bastardo, pero Clitemestra, quien no sentía remordimientos de conciencia por su participación en el asesinato de Agamenón, y temía incurrir en el desagrado de los dioses, le prohibió que lo hiciera. Le permitió, sin embargo, que casara a Electra con un campesino de Micenas, quien, por temor a Orestes y porque era naturalmente casto, jamás llegó a consumar esa unión desigual[9].

e. Así, desatendida por Clitemestra, quien había dado a Egisto tres hijos llamados Erígona, Aletes y la segunda Helena, Electra vivía en una pobreza deshonrosa y sometida a una estrecha y constante vigilancia. Al final se decidió que, a menos que aceptase su destino, como había hecho su hermana Crisótemis, y se abstuviera de llamar públicamente a Egisto y Clitemestra «adúlteros asesinos», sería desterrada a alguna ciudad lejana y encerrada allí en un calabozo en el que nunca penetrara la luz del sol. Pero Electra despreciaba a Crisótemis por su subordinación y su deslealtad a su padre difunto, y en secreto enviaba frecuentes recordatorios a Orestes de la venganza a la que estaba obligado[10].

f. Orestes, quien había llegado a la edad viril, hizo una visita al Oráculo de Delfos para preguntar si debía o no destruir a los asesinos de su padre. La respuesta de Apolo, autorizada por Zeus, fue que si no vengaba a

Agamenón se convertiría en un paria de la sociedad, se le prohibiría la entrada en todo altar o templo y enfermaría de una lepra que devora la carne y hace que brote en ella un moho blanco[11]. Se le recomendó que hiciera libaciones junto a la tumba de Agamenón, que dejara un rizo de su cabello sobre ella y, sin ayuda de compañía alguna de lanceros, impusiera astutamente el castigo debido a los asesinos. Al mismo tiempo la Pitonisa observó que las Erinias no perdonarían fácilmente un matricidio y, en consecuencia, en nombre de Apolo, dio a Orestes un arco de asta con el que podría rechazar sus ataques si se hacían insoportables. Después de cumplir sus órdenes, Orestes debía volver a Delfos, donde Apolo le protegería[12].

g. En el octavo año —o, según algunos, al cabo de veinte años— Orestes volvió en secreto a Micenas, pasando por Atenas, decidido a matar a Egisto y a su madre[13]. Una mañana, acompañado por Pílades, fue a visitar la tumba de Agamenón y allí se cortó un mechón del cabello mientras invocaba a Hermes Infernal, patrono de la paternidad. Al ver que se acercaba un grupo de esclavas, sucias y desgreñadas, para actuar como plañideras, se refugió en un matorral cercano para observarlas. La noche anterior Clitemestra había soñado que daba a luz una serpiente, a la que envolvía en pañales y amamantaba. De pronto gritó en su sueño y alarmó a todo el palacio declarando que la serpiente le había sacado del pecho sangre además de leche. La opinión de los adivinos con los que consultó fue que había incurrido en la ira de los muertos; y en consecuencia las esclavas plañideras iban en su nombre a hacer libaciones en la tumba de Agamenón, con la esperanza de aplacar a su ánima. Electra, que formaba parte del grupo hizo las libaciones en su propio nombre, no en el de su madre, ofreció a Agamenón plegarias en favor de la venganza y no del perdón, y rogó a Hermes que invocase a la Madre Tierra y los dioses del Infierno para que escucharan su súplica. Al ver el mechón de cabellos colocado sobre la tumba, dedujo que sólo podía pertenecer a Orestes, porque se parecía mucho al suyo en el color y la contextura y porque ninguna otra persona se habría atrevido a hacer semejante ofrenda[14].

h. Luchando entre la duda y la esperanza, estaba Electra comparando sus pies con la huellas que había dejado Orestes en la arcilla junto a la tumba y descubriendo en ellas un parecido familiar, cuando él salió de su

escondite, hizo ver a su hermana que el mechón era suyo y le mostró la túnica con la que había huido de Micenas. Electra lo acogió con gran alegría, y juntos invocaron a su antepasado el Padre Zeus, a quien recordaron que Agamenón le había tributado siempre grandes honores y que si se extinguiera la Casa de Atreo no quedaría en Micenas nadie que le ofreciera las hecatombes acostumbradas, pues Egisto adoraba a otros dioses[15].

i. Cuando las esclavas refirieron a Orestes el sueño de Clitemestra, se reconoció a sí mismo en la serpiente y declaró que, en efecto, él desempeñaría el papel de la astuta serpiente y extraería sangre del cuerpo pérfido de su madre. Luego ordenó a Electra que entrara en el palacio y no le dijera a Clitemestra nada de su encuentro; él y Pílades la seguirían poco tiempo después y pedirían hospitalidad en la puerta como extranjeros y suplicantes, simulando que eran focenses y hablando el dialecto parnasiano. Si el portero se negaba a admitirlos, la inhospitalidad de Egisto escandalizaría a la ciudad; si les admitía, no dejarían de vengarse. Poco después Orestes llamó a la puerta del palacio y preguntó por el dueño o la dueña de la casa. Salió Clitemestra en persona, pero no reconoció a Orestes. Él fingió que era un eolio de Dáulide que le llevaba malas noticias de un tal Estrofio al que había encontrado por casualidad en el camino de Argos; tenía que comunicarle que su hijo Orestes había muerto y que sus cenizas estaban guardadas en una urna de bronce. Estrofio deseaba saber si debía enviarlas a Micenas o enterrarlas en Crisa[16].

j. Clitemestra hizo entrar inmediatamente a Orestes y ocultando su alegría a los sirvientes, envió a su anciana nodriza, Geilisa, en busca de Egisto, que se hallaba en un templo cercano. Pero Geilisa reconoció a Orestes a pesar del disfraz y, alterando el mensaje, le dijo a Egisto que se regocijase porque ahora podía acudir solo y sin armas a saludar a los portadores de la buena noticia: su enemigo había muerto[17]. Sin sospechar nada, Egisto entró en el palacio donde, para crear una nueva distracción, acababa de llegar Pílades con una urna de bronce. Le dijo a Clitemestra que esa urna contenía las cenizas de Orestes, que Estrofio había decidido enviar a Micenas. Esta aparente confirmación del primer mensaje hizo que Egisto confiara por completo, por lo que Orestes no tuvo dificultad para

desenvainar su espada y darle muerte. Clitemestra reconoció entonces a su hijo y trató de aplacarlo descubriéndose el pecho y apelando a su deber filial, pero Orestes la decapitó de un solo golpe con la misma espada y su madre cayó junto al cuerpo de su amante. Erguido sobre los cadáveres, Orestes habló a los sirvientes del palacio, sosteniendo en alto la red todavía manchada con sangre en la que Agamenón había muerto y disculpándose elocuentemente por el asesinato de Clitemestra, recordándoles su traición y agregando que Egisto había sufrido la sentencia prescrita por la ley para los adúlteros**[18]**.

k. No satisfecho con matar a Egisto y Clitemestra, Orestes acabó con la segunda Helena, hija de ambos, y Pílades rechazó a los hijos de Nauplio, que habían venido a socorrer a Egisto**[19]**.

l. Algunos dicen, no obstante, que estos acontecimientos tuvieron lugar en Argos, en el tercer día del Festival de Hera, cuando iba a comenzar la procesión de las vírgenes. Egisto había preparado un banquete para las ninfas cerca de las praderas de los caballos, antes de sacrificar un toro a Hera, y reunía ramas de mirto para coronarse la cabeza. Se añade que Electra, al encontrar a Orestes junto a la tumba de Agamenón, no creyó al principio que era su hermano perdido hacía tanto tiempo, a pesar de la semejanza de su cabello y de la túnica que le mostró. Por fin, una cicatriz que tenía en la frente le convenció, porque en otro tiempo, cuando eran niños, habían cazado juntos un ciervo y él se había resbalado y caído, haciéndose un corte en la cabeza con una piedra afilada.

m. Obedeciendo las instrucciones que ella le dio en voz baja, Orestes fue inmediatamente al altar donde sacrificaban al toro, y cuando Egisto se inclinaba para examinar las entrañas, le cortó la cabeza con el hacha de los sacrificios. Entretanto Electra, a quien presentó la cabeza, hizo salir a Clitemestra del palacio, alegando engañosamente que diez días antes había dado un hijo a su marido campesino, y cuando Clitemestra, ansiosa por ver a su primer nieto, fue a la choza, Orestes, que la esperaba detrás de la puerta, la mató sin misericordia**[20]**.

n. Otros, aunque convienen en que el asesinato tuvo lugar en Argos, dicen que Clitemestra envió a Crisótemis a la tumba de Agamenón con las libaciones, pues había soñado que Agamenón, resucitado, arrancaba el

centro de las manos de Egisto y lo plantaba en tierra tan firmemente que florecía y echaba ramas que arrojaban sombra en todo el territorio de Micenas. Según este relato, la noticia que engañó a Egisto y Clitemestra fue que Orestes había muerto accidentalmente cuando competía en una carrera de carros en los Juegos Píticos, y Orestes no mostró a Electra un mechón, ni una túnica bordada, ni una cicatriz, como prueba de su identidad, sino el sello de Agamenón, tallado con un pedazo del hombro de marfil de Pélope[21].

o. Otros niegan que Orestes matara a Clitemestra con sus propias manos y dicen que la sometió a la decisión de los jueces, quienes la condenaron a muerte, y que su única culpa, si se le puede llamar culpa, fue no haber intercedido en su favor[22].

1. Éste es un mito decisivo con numerosas variantes. El olimpianismo se había formado como una religión de transacción entre el principio matriarcal pre-helénico y el principio patriarcal helénico; la familia divina se componía al comienzo de seis dioses y seis diosas. Un equilibrio de poder inquieto se mantuvo hasta que Atenea volvió a nacer de la cabeza de Zeus, y Dioniso, renacido de su muslo, ocupó el asiento de Hestia en el Consejo divino (véase 27.k); en adelante la preponderancia masculina en todos los debates divinos estaba asegurada —situación que se reflejaba en la Tierra— y se podía desafiar con buen éxito las antiguas prerrogativas de las diosas.

2. La herencia matrilineal era uno de los axiomas tomados de la religión pre-helena. Puesto que todos los reyes tenían que ser necesariamente extranjeros que gobernaban en virtud de su casamiento con una heredera al trono, los príncipes reales aprendieron a considerar a su madre como el principal soporte del reino y al matricidio como un crimen inimaginable. Se les criaba de acuerdo con los ritos de la religión anterior, según la cual el rey sagrado había sido engañado siempre por su esposa diosa, muerto por su heredero y vengado por su hijo; sabían que el hijo nunca castigaba a su madre adúltera, quien había actuado con toda la autoridad de la diosa a la que servía.

3. La antigüedad del mito de Orestes es evidente por su amistad con Pílades, con quien se halla en exactamente la misma relación que Teseo con Pirítoo. En la versión arcaica era sin duda un príncipe fócense quien mató ritualmente a Egisto al término de los ocho años de su reinado y se convirtió en el nuevo rey casándose con Crisótemis, la hija de Clitemestra.

4. Otros rastros denunciadores de la versión arcaica subsisten en Esquilo, Sófocles y Eurípides. Egisto es muerto durante el festival de la diosa de la Muerte, Hera, mientras corta ramas de mirto, y lo ultiman como al toro Minos, con un hacha de los sacrificios. La salvación de Orestes («montañés») por Geilisa en una túnica «bordada con fieras», y la estada del preceptor entre los pastores de Taños, recuerdan juntos la conocida fábula del príncipe real envuelto en una túnica y abandonado en una montaña a merced de las fieras y cuidado por pastores, con la túnica reconocida finalmente, como en el mito de Hipótoo (véase 49.a). La sustitución por Geilisa de la víctima regia con su propio hijo se refiere, quizás, a una etapa de la historia religiosa en que el niño que sustituía anualmente al rey no era ya miembro del clan real.

5. ¿Hasta qué punto pueden ser aceptadas, por tanto, las características principales le la fábula tal como las dan los dramaturgos áticos? Aunque es improbable que las Erinias hayan sido introducidas injustificadamente en el mito —que, como el de Alcmeón y Erifila (véase 107.d) parece haber sido una advertencia moral contra la menor desobediencia, perjuicio o insulto que un hijo podía hacer a su madre— es igualmente improbable que Orestes matara a Clitemestra. Si lo hubiera hecho, Homero sin duda lo habría mencionado y no le habría llamado «semejante a los dioses»; pero solamente escribe que Orestes mató a Egisto, cuyo banquete fúnebre celebró conjuntamente con el de su odiada madre (Odisea iii.306 y ss.). La Crónica paria tampoco menciona el matricidio en la acusación contra Orestes. Es probable, por tanto, que Servio haya conservado el verdadero relato: que Orestes, después de matar a Egisto, se limitó a entregar a Clitemestra a la justicia popular, cosa que recomienda significativamente Tindáreo en el Orestes de Eurípides (496 y ss.). Sin embargo, ofender a una madre negándose a defender su causa, por malvadamente que hubiera obrado, bastaba bajo la antigua ley divina para hacer que le persiguieran las Erinias.

6. Parece, en consecuencia, que este mito, que circulaba ampliamente, había colocado a la madre de una familia en una posición tan fuerte cuando surgía alguna disputa familiar, que el sacerdocio de Apolo y de Atenea nacida de Zeus (traidora a la vieja religión) decidió suprimirlo. Lo consiguieron haciendo que Orestes no se limitase a someter a juicio a Clitemestra, sino que la matase y luego consiguiese la absolución en el tribunal más venerable de Grecia: con el apoyo de Zeus y la intervención personal de Apolo, quien también había incitado a Alcmeón a asesinar a su traidora madre, Erifila. La intención de los sacerdotes era invalidar, de una vez por todas, el axioma religioso de que la maternidad es más divina que la paternidad.

7. En la revisión el casamiento patrilocal y la descendencia patrílineal se dan por supuestas, y se desafía con buen éxito a las Erinias. Electra, cuyo nombre, «ámbar», indica el culto paternal de Apolo Hiperbóreo, contrasta favorablemente con Crisótemis, cuyo nombre recuerda que el antiguo concepto del derecho matriarcal seguía prevaleciendo en la mayor parte de Grecia, y cuya «subordinación» a su madre había sido considerada hasta entonces piadosa y noble. Electra está «por completo en favor del padre», como la Atenea nacida de Zeus. Además, las Erinias habían intervenido siempre en favor de la madre únicamente; y Esquilo fuerza el lenguaje cuando habla de las Erinias cargadas con la vengadora sangre paterna (Las suplicantes 283-4). La amenaza de Apolo de que Orestes enfermaría de lepra si no mataba a su madre era sumamente atrevida; infligir o curar la lepra había sido desde hacía mucho tiempo prerrogativa únicamente de la Diosa Blanca Leprea, o Alfito (Diosa Blanca, capítulo 24). En la continuación no todas las Erinias aceptan el fallo deifico de Apolo, y Eurípides apacigua a sus espectadoras permitiendo que los Dioscuros sugieran que los mandatos de Apolo habían sido muy imprudentes (Electra 1246).

8. Las grandes variaciones en la escena del reconocimiento y en la trama mediante la cual Orestes se da maña para matar a Egisto y Clitemestra tienen interés solamente como prueba de que los dramaturgos clásicos no estaban atados por la tradición. La suya era una nueva versión de un mito antiguo, y tanto Sófocles como Eurípides trataron de mejorar a Esquilo, el primero que lo formuló, haciendo la acción más verosímil.

114. EL JUICIO DE ORESTES

a. Los micénicos que habían apoyado a Orestes en su acción inaudita no permitieron que los cadáveres de Clitemestra y Egisto quedaran dentro de su ciudad y los enterraron a cierta distancia de las murallas[1]. Esa noche Orestes y Pílades hicieron la guardia en la tumba de Clitemestra, por si alguien se atrevía a robar sus restos, pero durante la vigilancia aparecieron las Erinias, de cabello de serpientes, cabeza de perro y alas de murciélago, blandiendo sus látigos. Enloquecido por esos ataques feroces, contra los que servía de poco el arco de asta de Apolo, Orestes cayó postrado en un lecho, donde permaneció tendido durante seis días, con la cabeza envuelta en un manto, negándose a comer y a lavarse.

b. El viejo Tindáreo llegó en aquel momento de Esparta y acusó a Orestes de matricida, convocando a los caudillos de Micenas para que juzgasen el caso. Decretó que hasta que se celebrara el juicio nadie hablase con Orestes ni Electra y que a ambos se les negase el albergue, el fuego y el agua. Así Orestes no pudo siquiera lavarse las manos manchadas de sangre. Las calles de Micenas estaban custodiadas por ciudadanos armados; y Éax, hijo de Nauplio, aprovechó con placer la oportunidad para vejar a los hijos de Agamenón[2].

c. Entretanto, Menelao, cargado con el tesoro, desembarcó en Nauplia, donde un pescador le dijo que Egisto y Clitemestra habían sido asesinados. Envió por delante a Helena para que confirmase la noticia en Micenas, pero por la noche, para que los parientes de los que habían perecido en Troya no la lapidasen. Helena, quien se avergonzaba de llorar en público la muerte de su hermana Clitemestra, pues ella misma había causado más derramamiento

de sangre con sus infidelidades, pidió a Electra, que cuidaba al afligido Orestes: «Por favor, sobrina, toma ofrendas de mi cabello y déjalas en la tumba de Clitemestra después de hacer libaciones a su ánima». Electra, cuando vio que la vanidad de Helena le había impedido cortarse más que las puntas mismas de los cabellos, se negó a hacerlo. «Envía a tu hija Hermíone para que lo haga», fue su consejo lacónico. En consecuencia, Helena mandó venir a Hermíone del palacio. Era sólo una niña de nueve años cuando su madre se fugó con París, y Menelao la había puesto a cargo de Clitemestra al comenzar la guerra de Troya; sin embargo, reconoció a Helena inmediatamente e hizo obedientemente lo que ella le dijo.

d. Luego Menelao entró en el palacio, donde le recibió su padre adoptivo Tindáreo, vestido de luto riguroso, y le advirtió que no pusiera los pies en territorio espartano hasta que él hubiera castigado a sus criminales sobrinos. Tindáreo sostenía que Orestes se debía haber limitado a dejar que sus conciudadanos desterrasen a Clitemestra. Si hubiesen pedido su muerte, debía haber intercedido en su favor. Tal como estaban las cosas, había que convencerle, de buen o mal grado, de que no sólo Orestes, sino también Electra que le había incitado, debían ser lapidados por matricidas.

e. Temiendo ofender a Tindáreo, Menelao consiguió la sentencia deseada. Pero ante la elocuente defensa que hizo de sí mismo Orestes, quien estaba presente ante el tribunal y contaba con el apoyo de Pílades (repudiado por Estrofio por su participación en el asesinato), los jueces conmutaron la sentencia por la de suicidio. Pílades se llevó a Orestes, negándose noblemente a abandonarlos a él y a Electra, con quien estaba comprometido en matrimonio, y propuso que, puesto que los tres debían morir, primeramente castigasen la cobardía y la deslealtad de Menelao matando a Helena, la causante de todas las desgracias que habían caído sobre ellos. En consecuencia, mientras Helena esperaba fuera de las murallas el momento para ejecutar su propósito —que era interceptar a Hermíone a su regreso de la tumba de Clitemestra y apoderarse de ella como rehén para asegurar el buen comportamiento de Menelao— Orestes y Pílades entraron en el palacio con las espadas ocultas bajo los mantos, y se refugiaron en el altar central, como si fueran suplicantes. A Helena, quien se sentó cerca de ellos para tejer lana destinada a una túnica de púrpura que

se proponía dejar como ofrenda en la tumba de Clitemestra, le engañaron sus lamentaciones y se acercó para saludarlos. Inmediatamente ambos desenvainaron sus espadas y, mientras Pílades ahuyentaba a las esclavas frigias de Helena, Orestes trató de matarla. Pero Apolo, por orden de Zeus, la transportó en una nube al Olimpo, donde se convirtió en una de los inmortales y se unió a sus hermanos, los Dioscuros, como guardiana de los marineros en peligro**[3]**.

f. Entretanto Electra había conseguido detener a Hermíone introduciéndola en el palacio y atrancando las puertas. Menelao, al ver que la muerte amenazaba a su hija, ordenó que la salvaran inmediatamente. Sus soldados derribaron las puertas y Orestes estaba a punto de incendiar el palacio, dar muerte a Hermíone y matarse a sí mismo con la espada o el fuego, cuando Apolo apareció providencialmente, arrancó la antorcha de su mano y rechazó a los soldados de Menelao. En el silencio aterrador causado por su presencia, Apolo ordenó a Menelao que tomara otra esposa, desposara a Hermíone con Orestes y volviera a gobernar en Esparta. El asesinato de Clitemestra ya no tenía por qué preocuparle, ahora que los dioses habían intervenido**[4]**.

g. Con una rama de laurel entrelazada con lana y una guirnalda de flores, para mostrar que estaba bajo la protección de Apolo, Orestes salió para Delfos, todavía perseguido por las Erinias. La sacerdotisa pitia se aterró al verlo acuclillado como un suplicante en la piedra-ombligo de mármol —manchada con la sangre de sus manos todavía sin lavar— y la horrible caterva de negras Erinias que dormían junto a él. Pero Apolo la tranquilizó prometiéndole que actuaría como defensor de Orestes, a quien ordenó que afrontase la prueba con coraje. Tras un período de destierro debía ir a Atenas y allí abrazar la antigua imagen de Atenea, quien, como habían profetizado ya los Dioscuros, lo protegería con su égida con la cara de la Gorgona, y anularía la maldición**[5]**. Mientras las Erinias seguían profundamente dormidas, Orestes huyó guiado por Hermes, pero el espíritu de Clitemestra no tardó en penetrar en el recinto, les reprendió y, les recordó que con frecuencia les había ofrecido ella libaciones de vino y horrendos banquetes de medianoche. Como consecuencia, las Erinias

reanudaron su persecución, desdeñando las airadas amenazas de Apolo de darles muerte con sus flechas[6].

h. El destierro de Orestes duró un año, período que debe transcurrir antes que un homicida pueda volver a actuar entre sus conciudadanos. Fue a lugares lejanos, por tierra y mar, perseguido por las incansables Erinias y purificándose constantemente con sangre de cerdos y agua corriente; pero estos ritos sólo conseguían mantener a raya a sus atormentadoras durante una o dos horas y no tardó en perder el juicio. Para comenzar, Hermes le acompañó hasta Trecén, donde se alojó en la que ahora se llama la Casilla de Orestes, situada frente al santuario de Apolo; y poco después nueve trecenios le purificaron en la Roca Sagrada, cerca del templo de Artemis Lobuna; para ello utilizaron el agua de la fuente Hipocrene y la sangre de las víctimas sacrificadas. Un antiguo laurel señala el lugar donde se enterraba después a las víctimas, y los descendientes de esos nueve hombres todavía comen anualmente en la casilla en un día señalado[7].

i. Frente a la isla de Cránae, a tres estadios de Gitio, hay una piedra no labrada, llamada la piedra de Zeus el Aliviador, en la que se sentó Orestes y por el momento quedó aliviado de su locura. Se dice que también fue purificado en siete arroyos de las cercanías de la italiana Regio, donde construyó un templo, en tres tributarios del Hebro tracio y en el Orontes, que corre más allá de Antioquía[8].

j. A siete estadios de la carretera de Megalópolis a Mesenia, a la izquierda, muestran un santuario de las Diosas Locas, un título de la Erinias, quienes infligieron a Orestes un ataque de locura; y también un pequeño túmulo, coronado por un dedo de piedra y al que llaman la Tumba del Dedo. Señala el lugar donde, desesperado, se arrancó un dedo de un mordisco para aplacar a las diosas negras, y algunas de ellas por lo menos cambiaron su matiz por el blanco, de modo que Orestes recuperó el juicio. Luego se afeitó la cabeza en un templo cercano llamado Acé, e hizo un sacrificio propiciatorio a las diosas negras y otro de acción de gracias a las blancas. Ahora se acostumbra a hacer sacrificios a las últimas conjuntamente con las Gracias[9].

k. Luego Orestes fue a vivir entre los azanes y los arcadios de la Llanura Parrasia, la cual juntamente con la ciudad vecina llamada anteriormente

Orestasio por su fundador Oresteo, hijo de Licaón, cambió su nombre por el de Orestea. Sin embargo, algunos dicen que Orestea se llamaba anteriormente Azania, y que Orestes fue a vivir allí sólo después de una visita a Atenas. Otros dicen que pasó su destierro en Epiro, donde fundó la ciudad de Argos Oréstica y dio su nombre a los paroraes orestianos, epirotas que habitan en las colinas abruptas de las montañas ilirias[10].

l. Cuando hubo transcurrido un año Orestes hizo una visita a Atenas, gobernada entonces por su pariente Pandión; o, según dicen algunos, por Demofonte. Se dirigió inmediatamente al templo de Atenea en la Acrópolis, se sentó y abrazó su imagen. Las Erinias negras no tardaron en llegar, jadeantes, pues habían perdido su rastro cuando cruzaba el Istmo. Aunque al principio nadie quiso recibirle porque sufría el odio de los dioses, poco después algunos se animaron a invitarlo a sus casas, donde se sentaba a una mesa separada y bebía de una copa de vino distinta[11].

m. A las Erinias, que ya habían comenzado a acusarle ante los atenienses, se les unieron pronto Tindáreo y su nieta Erígone hija de Egisto y Clitemestra y, según dicen algunos, también Perileo, primo de Clitemestra e hijo de Icario. Pero Atenea, que había oído la súplica de Orestes desde el Escamandro, su territorio troyano recién adquirido, se apresuró a ir a Atenas, tomó juramento como jueces a los ciudadanos más nobles y convocó al Areópago para que juzgara el que era en aquel momento sólo el segundo caso de homicidio que se presentaba ante él[12].

n. A su debido tiempo se realizó el juicio. Apolo se presentó como defensor y la mayor de las Erinias como fiscal. En un discurso elocuente Apolo negó la importancia de la maternidad, afirmando que la mujer no era más que el surco inerte en el que el marido deposita su semilla y declaró que la acción de Orestes estaba sobradamente justificada y que el padre era el único progenitor merecedor de ese nombre. Como los votos se dividieron en partes iguales, Atenea se declaró completamente en favor del padre y su voto decisivo favoreció a Orestes. Absuelto así honorablemente, volvió muy contento a Argólide y juró que sería un fiel aliado de Atenas mientras viviese. Las Erinias, no obstante, lamentaron fuertemente esta abolición de la antigua ley llevada a cabo por unos dioses advenedizos, y Erígone se ahorcó impulsada por la mortificación[13].

o. Del final de Helena sobreviven otros tres relatos contradictorios. El primero: que en cumplimiento de la profecía de Proteo volvió a Esparta y vivió allí con Menelao en paz, comodidad y prosperidad, hasta que ambos marcharon, cogidos de la mano, a los Campos Elíseos. El segundo: que hizo con él una visita a las taurios y allí Ifigenia los sacrificó a ambos a Artemis. El tercero: que Polixo, viuda del rey Tlepólemo de Rodas, vengó la muerte de éste enviando a algunas de sus sirvientas, disfrazadas de Erinias, a que ahorcaran a Helena**[14]**.

1. La tradición de que las Erinias de Clitemestra enloquecieron a Orestes no puede ser desechada como una invención de los dramaturgos áticos; quedó establecida demasiado pronto, no solamente en Grecia, sino también en la Magna Grecia. Sin embargo, lo mismo que el crimen de Edipo, por el que le persiguieron las Erinias a muerte, no era el haber matado a su madre, sino el haber causado inadvertidamente su suicidio (véase 105.k), así también el asesinato cometido por Orestes parece haber sido de segundo grado solamente: había faltado a su deber filial al no oponerse a la sentencia de muerte dictada por los micénicos. Era bastante fácil influir en el ánimo del tribunal, como lo demostraron pronto Menelao y Tindáreo cuando consiguieron la pena de muerte para Orestes.

2. Las Erinías eran la personificación de los remordimientos de conciencia, capaces, como sucede todavía en la pagana Melanesia, de matar a un hombre que ha violado un tabú temeraria o inadvertidamente. O bien se enloquecerá y saltará desde lo alto de un cocotero, o bien, como Orestes, se envolverá la cabeza en un manto y se negará a comer y beber hasta morir de inanición, aunque ninguna otra persona esté informada de su culpabilidad. Pablo habría sufrido una suerte análoga en Damasco de no haber sido por la llegada de Ananías (Hechos ix.9 y ss.). El método griego común para purificarse de un homicidio ordinario consistía en que el homicida sacrificase un cerdo, y mientras el espíritu de la víctima bebía vorazmente su sangre, se lavase con agua corriente, se afeitase la cabeza para cambiar de aspecto y fuese al destierro durante un año, despistando así al ánima vengativa. Hasta que quedaba purificado de esta manera sus vecinos lo rehuían por considerar que traía mala suerte y no le permitían

entrar en sus casas ni compartir su comida, por temor a verse complicados en sus dificultades; además debía tener en cuenta a la familia de la víctima, pues el ánima de ésta podía pedirles que la vengasen. La sangre de una madre, sin embargo, traía consigo una maldición tan poderosa, que no servían los medios de purificación comunes, y, con excepción del suicidio, el medio más extremo era arrancarse un dedo de un mordisco. Esta automutilación parece haber tenido un éxito por lo menos parcial en el caso de Orestes; así también Heracles, para aplacar a la agraviada Hera, se debió arrancar el dedo que, según se dice, perdió mientras peleaba con el León Nemeo (véase 123.e). En algunas regiones de los Mares del Sur se cercena siempre la coyuntura de un dedo cuando muere un pariente cercano, aunque haya muerto de muerte natural. En Las Euménides (397 y ss). Esquilo disfraza, al parecer, una tradición según la cual Orestes huyó a la Tróade y vivió allí sin que le molestaran las Erinias, bajo la protección de Atenea, en un terreno de aluvión arrancado al Escamandro y por lo tanto liberado de la maldición (véase 107.e). ¿Por qué otro motivo había de mencionarse a la Tróade?

3. Las libaciones de vino en vez de sangre, y las ofrendas de pequeños cortes de cabello en vez de toda la cabellera eran enmiendas clásicas de este ritual de apaciguamiento, cuyo significado se olvidó; así como a la costumbre actual de vestir de negro ya no se la relaciona conscientemente con la costumbre antigua de engañar a las ánimas alterando el aspecto normal de uno.

4. El relato imaginativo de Eurípides acerca de lo que sucedió cuando Helena y Menelao volvieron a Micenas no contiene elemento mítico alguno, con excepción de la apoteosis dramática de Helena; Helena como la diosa Luna había sido patrona de los marineros mucho antes de que los Mellizos Celestiales fueran reconocidos como una constelación. Como Esquilo, Eurípides escribía propaganda religiosa: la absolución de Orestes es testimonio del triunfo final del patriarcado, y está escenificado en Atenas, donde Atenea —anteriormente la diosa libia Neith, o la palestina Anadia, matriarca suprema, pero ahora renacida de la cabeza de Zeus, y que, como insiste Esquilo, no reconocía una madre divina— tolera el matricidio inclusive en el primer grado. Los dramaturgos atenienses sabían que este tema revolucionario no podía ser aceptado en otras partes de Grecia, y de aquí que Eurípides haga que Tindáreo, como representante de

Esparta, declare apasionadamente que Orestes debe morir; y los Dioscuros se atreven a condenar a Apolo por haber incitado el crimen.

5. El nombre de Orestes, «montañés», lo ha relacionado con un distrito silvestre y montañoso de Arcadia que no es probable haya visitado rey alguno de Micenas.

6. Estas versiones alternativas de la muerte de Helena se dan por diferentes razones. La primera se propone explicar el culto de Helena y Menelao en Terapne; la segunda es una variación teatral del relato de la visita de Orestes a los taurios (véase 116.a-g); la tercera explica el culto rodio de Helena Dendritis, «Helena del Árbol», que es el mismo personaje que Ariadna y la otra Erígone (véase 79.2 y 88.10). Esta Erígone también fue ahorcada.

115. LA PACIFICACIÓN DE LAS ERINIAS

a. En agradecimiento por su absolución Orestes dedicó un altar a Atenea Belicosa, pero las Erinias amenazaron con que, si no se revocaba la sentencia, dejarían caer una gota de la sangre de sus corazones que haría estéril la tierra, arruinaría las cosechas y destruiría a todos los habitantes de Atenas. Pero Atenea calmó su ira mediante la lisonja: reconoció que eran mucho más sabias que ella y les sugirió que podían fijar su residencia en una gruta de Atenas, donde reunirían una multitud de adoradores, más de los que podían esperar hallar en ninguna otra parte. Contarían con altares domésticos apropiados para las deidades infernales, así como con sacrificios moderados, libaciones a la luz de las antorchas, primicias ofrecidas después de la consumación de matrimonio o del nacimiento de los hijos, e incluso asientos en el Erecteón. Si ellas aceptaban esta invitación, Atenea decretaría que ninguna casa en la que no se les rindiera culto pudiera prosperar; pero ellas, a cambio, debían comprometerse a invocar vientos favorables para sus barcos, fertilidad para su tierra y casamientos fecundos para los habitantes de su ciudad, así como a extirpar a los impíos, de modo que ella pudiera juzgar conveniente conceder a Atenas la victoria en la guerra. Las Erinias, tras una breve deliberación, aceptaron de buena gana las propuestas.

b. Con expresiones de agradecimiento y de buenos deseos, y encantamientos contra los vientos perjudiciales, la sequía, el añublo y la sedición, las Erinias —a las que en adelante se las llamó las Solemnes— se despidieron de Atenea y fueron conducidas por su gente en una procesión con antorchas de jóvenes, matronas y ancianas (vestidas de púrpura y que

llevaban la antigua imagen de Atenea) a la entrada de una profunda gruta situada en el ángulo sudeste del Areópago. Allí les ofrecieron los sacrificios adecuados y ellas se introdujeron en la gruta, que es ahora un templete oracular y, como el templo de Teseo, un lugar de refugio para los suplicantes[1].

c. Sin embargo, sólo tres de las Erinias habían aceptado la oferta generosa de Atenea; las restantes siguieron persiguiendo a Orestes; y algunas personas incluso se atreven a negar que las Solemnes fueran Erinias. El primero que dio a las Erinias el nombre de «Euménides» fue Orestes, al año siguiente, después de su temerario aventura en el Quersoneso táurico, cuando por fin consiguió apaciguar su furia en Carnea con el holocausto de una oveja negra. También las llaman Euménides en Colono, donde nadie puede entrar en su antigua arboleda y en la Cerinia aquea, donde, hacia el final de su vida, Orestes les dedicó un nuevo templo[2].

d. En la gruta de las Solemnes en Atenas —que está cerrada sólo para los destinados dos veces, es decir, aquéllos cuya muerte ha sido llorada prematuramente— su tres imágenes no tienen un aspecto más terrible que el de los dioses infernales situados a su lado, a saber Hades, Hermes y la Madre Tierra. Allí los que han sido absueltos de la acusación de asesinato por el Areópago sacrifican una víctima negra; otras muchas ofrendas se hacen a las Solemnes de acuerdo con la promesa de Atenea; y una de las tres noches que el Areópago destina cada mes a la vista de los juicios por asesinato es asignada a cada una de ellas[3].

e. Los ritos de las Solemnes se realizan en silencio; de aquí que el sacerdocio sea hereditario en el clan de los hesíquidas, quienes ofrecen un sacrificio preliminar de un carnero a su antepasado Hesiquio en su altar de héroe fuera de las Nueve Puertas[4].

f. Un altar doméstico se ha dedicado también a las Solemnes en Flia, pequeño municipio del Ática; y un bosquecillo de encinas siempre verdes les está consagrado cerca de Titane, en la orilla más lejana del Asopo. En el festival que se les dedica en Flia y que se celebra anualmente se sacrifican ovejas preñadas, se hacen libaciones de aguamiel y se llevan flores en lugar de las habituales guirnaldas de mirto. Ritos análogos se realizan en el altar

de las Parcas, que se halla en el bosque de encinas, sin protección contra la intemperie[5].

1. La «sangre de los corazones» de las Erinias con la que estaba amenazada el Ática parece ser un eufemismo por la sangre menstrual. Un encantamiento inmemorial utilizado por las hechiceras que quieren maldecir una casa, un campo o un establo, consiste en correr desnudas a su alrededor, en sentido contrario al del movimiento del sol, nueve veces, mientras tienen la menstruación. Esta maldición es considerada más peligrosa para las cosechas, el ganado y los niños durante un eclipse lunar, y completamente inevitable si la hechicera es una virgen que tiene la menstruación por primera vez.

2. Filemón el Comediante tenía razón al poner en tela de juicio la identificación de las Erinias con las Solemnes. Según las autoridades más respetadas, las Erinias eran solamente tres: Tisífone, Alecto y Megera (véase 31.g), quienes vivían permanentemente en el Erebo y no en Atenas. Tenían cabeza de perro, alas de murciélago y serpientes por cabellera; sin embargo, como señala Pausanias, a las Solemnes se las representaba como matronas augustas. La oferta de Atenea, en realidad no fue la que Esquilo ha descrito, sino un ultimátum del sacerdocio de la Atenea nacida de Zeus a las sacerdotisas de las Solemnes —la antigua Triple Diosa de Atenas— de que, si no aceptaban la nueva opinión de que la paternidad era superior a la maternidad, y consentían en compartir su gruta con los dioses del Infierno, como Hades y Hermes, perderían el derecho a cualquier clase de culto y con él a los gajes tradicionales de las primicias.

3. A los hombres destinados a una segunda muerte se les prohibía entrar en la gruta de las diosas infernales porque era de esperar que les ofendiese que las personas dedicadas a ellas siguiesen vagando libremente en el mundo superior. Una dificultad análoga se produce en la India cuando los hombres salen de un estado semejante a la muerte de camino a la pira fúnebre en el siglo pasado, según Rudyard Kipling, se les solía negar la existencia oficial y los llevaban a escondidas a una colonia-prisión destinada a los muertos. La encina siempre verde, llamada también coscoja porque produce coscojos (cochinillas), de la que los griegos extraían el tinte

escarlata, era el árbol del heredero que mataba al rey sagrado, y por lo tanto apropiada para un bosquecillo de las Solemnes. Los sacrificios de ovejas preñadas, miel y flores las incitarían a no causar daños al resto del rebaño durante la aparición de los corderos, favorecer a las abejas y enriquecer los pastos.

4. La continua persecución de Orestes por las Erinias, a pesar de la intervención de Atenea y Apolo, indica que, en el mito original, fue a Atenas y Fócide para purificarse, pero sin conseguirlo, como en el mito de Erifila, cuando Alcmeón fue inútilmente a Psófide y Tesprotia. Puesto que no existe información alguna de que Orestes encontrara la paz en el terreno de aluvión de ningún río (véase 107.e) —a menos que fuera el Escamandro (véase 114.2)— debió de morir en el Quersoneso táurico o en Braurón (véase 116.1).

116. IFIGENIA EN TÁURIDE

a. Todavía perseguido por las Erinias que no habían hecho caso de las palabras elocuentes de Atenea, Orestes fue desesperado a Delfos, donde se tendió en el suelo del templo y amenazó con quitarse la vida si Apolo no lo salvaba de sus azotes. En respuesta, la Pitia le ordenó que se embarcara para el Bosforo y navegara hacia el norte a través del Mar Negro; sus infortunios no terminarían hasta que se apoderase de una antigua imagen de madera de Artemis adorada en su templo del Quersoneso táurico y la llevara a Atenas, o (según dicen algunos) a Argólide[1].

b. Ahora bien, el rey de los taurios era el rápido Toante, hijo de Dioniso y Ariadna y padre de Hipsípila; y sus súbditos, llamados taurios porque Osiris en una ocasión unció toros (tauroi) y aró su tierra, eran de origen escita[2]. Siguen viviendo de la rapiña, como en la época de Toante; y siempre que uno de sus guerreros hace un prisionero lo decapita, lleva la cabeza a su casa y allí la empala en una alta estaca colocada sobre la chimenea, para que su familia pueda vivir bajo la protección del difunto. Además, todo marinero que ha naufragado o ha sido arrojado a su puerto por el vendaval, es sacrificado públicamente a Artemis Tauria. Después de realizar ciertos ritos preparatorios lo derriban con un garrote y clavan su cabeza cortada a una cruz; después de lo cual entierran el cadáver o lo arrojan al mar desde un precipicio coronado por el templo de Artemis. Pero si cae en sus manos un extranjero principesco, lo mata con una espada la sacerdotisa virgen de la diosa y arroja su cadáver al fuego sagrado, proveniente del Tártaro, que arde en el recinto divino. Sin embargo, algunos dicen que la sacerdotisa, aunque inspecciona los ritos y realiza la lustración

preliminar y corta el pelo a la víctima, no la mata personalmente. La antigua imagen de la diosa de la que Orestes tenía la orden de apoderarse había caído del cielo. Este templo está sostenido por grandes columnas y se sube a él por cuarenta escalones; su altar de mármol blanco está constantemente manchado de sangre[3].

c. Artemis Tauria tiene varios títulos griegos, entre ellos Artemis Tauropolus o Taurópola, Artemis Dictina, Artemis Ortia, Toantea y Hécate, y para los latinos es Trivia[4].

d. Ahora bien, Ifigenia se libró de ser sacrificada en Áulide gracias a Artemis, que la envolvió en una nube y la llevó al Quersoneso táurico, donde inmediatamente la nombró Suma Sacerdotisa y le concedió el derecho exclusivo de manejar la imagen sagrada. Los taurios se dirigían a ella en adelante llamándola Artemis, Hécate u Orsíloca. Ifigenia aborrecía los sacrificios humanos, pero obedecía piadosamente a la diosa[5].

e. Orestes y Pílades no sabían nada de esto; seguían creyendo que Ifigenia había muerto sacrificada en Áulide. Sin embargo, se apresuraron a ir al país de los taurios en una embarcación de cincuenta remeros; al llegar anclaron la embarcación, guardada por sus remeros, mientras ellos se ocultaban en una cueva marina. Su propósito era acercarse al templo al anochecer, pero les sorprendieron antes unos pastores crédulos que, tomándolos por los Dioscuros o alguna otra pareja de inmortales, se postraron ante ellos y los adoraron. En ese momento Orestes se enloqueció una vez más y comenzó a mugir como un ternero y a ladrar como un perro; confundió a un rebaño de terneros con las Erinias y salió corriendo de la cueva, espada en mano, para matarlos. Los pastores desilusionados dominaron a los dos amigos, quienes, por orden de Toante, fueron conducidos al templo para ser sacrificados inmediatamente[6].

f. Durante los ritos preliminares Orestes conversó en griego con Ifigenia; pronto descubrieron alegremente su identidad mutua y cuando se enteró de la naturaleza de su misión, Ifigenia comenzó a levantar la imagen para que él se la llevara. Pero Toante se presentó de pronto, impaciente por la lentitud con que se realizaba el sacrificio, y la ingeniosa Ifigenia simuló que estaba apaciguando la imagen. Explicó a Toante que la diosa había apartado su mirada de las víctimas que él había enviado, pues uno de ellos

era matricida y el otro su cómplice, por lo que ninguno de los dos servía para el sacrificio. Debía enviarlos, juntamente con la imagen que habían mancillado con su presencia, para que se limpiasen en el mar, y ofrecer a la diosa un sacrificio de corderitos a la luz de las antorchas. Entretanto Toante debía purificar el templo con una antorcha, cubrirse la cabeza cuando salieran los extranjeros y ordenar que todos se quedasen en sus casas para evitar la contaminación.

g. Toante, completamente engañado, permaneció un rato admirado por tanta sagacidad y luego comenzó a purificar su templo. Ifigenia, Orestes y Pílades se apresuraron a llevar la imagen a la costa a la luz de las antorchas, pero en vez de bañarla en el mar la introdujeron en la embarcación. Los servidores del templo taurio que habían ido con ellos sospecharon la traición y ofrecieron resistencia. Fueron dominados tras una dura lucha y después los remeros de Orestes se alejaron con la embarcación. Pero se desencadenó de pronto un vendaval que los llevó de vuelta a la costa rocosa y todos habrían perecido si Posidón no hubiera calmado el mar a instancias de Atenea; con un viento favorable llegaron a la isla de Esmintos[7].

h. Allí vivían Crises, el sacerdote de Apolo, y su nieto del mismo nombre, cuya madre Criseida propuso que los fugitivos fueran entregados a Toante. Pues, aunque algunos sostienen que Atenea visitó a Toante, quien preparaba una flota para salir en persecución de los fugitivos, y le engatusó con tan buen éxito que inclusive consintió en repatriar a las esclavas griegas de Ifigenia, lo que sí es cierto es que llegó a Esmintos con intenciones siniestras. Luego Crises el Viejo, enterado de la identidad de sus huéspedes, reveló a Crises el Joven que no era, como Criseida había pretendido siempre, hijo de Apolo, sino de Agamenón, y por lo tanto hermanastro de Orestes e Ifigenia. Al saber eso, Crises y Orestes se unieron contra Toante, a quien consiguieron matar, y Orestes, apoderándose de la imagen, navegó felizmente hasta Micenas, donde las Erinias abandonaron por fin su persecución[8].

i. Pero algunos dicen que una tormenta llevó a Orestes a Rodas, donde, de acuerdo con el Oráculo Heliano, colocó la imagen en una muralla de la ciudad. Otros dicen que, como el Ática era el territorio al que Apolo había ordenado que llevase la imagen, Atenea le visitó en Esmintos y le señaló

como destino la ciudad fronteriza de Braurón; debía alojarla allí en un templo de Artemis Taurópola y aplacarla con sangre extraída de la garganta de un hombre. Designó a Ifigenia sacerdotisa de ese templo, en el que estaba destinada a terminar su vida pacíficamente; recibiría, entre otras cosas, las ropas de las mujeres ricas que morían de sobreparto. Según esta versión, el barco llegó por fin al puerto de Braurón, donde Ifigenia depositó la imagen y luego, mientras se construía el templo, fue con Orestes a Delfos; encontró a Electra en el templo y la llevó de vuelta a Atenas para que se casase con Pílades[9].

j. La que se hace pasar por la auténtica imagen de madera de Artemis Tauria puede ser vista todavía en Braurón. Algunos dicen, no obstante, que no es sino una copia y que de la original se apoderó Jerjes durante su desdichada expedición contra Grecia y la llevó a Susa; añaden que más tarde la regaló el rey Seleuco de Siria a los laodiceos, quienes la adoran hasta el presente. Otros, que se resisten a atribuir el hecho a Jerjes, dicen que Orestes mismo, en el viaje de regreso a la patria desde el Quersoneso taurio, fue llevado por una tormenta a la región ahora llamada Seleucia, donde dejó la imagen; y que los nativos cambiaron el nombre del Monte Melantio, donde por fin se curó de su locura, por el de Monte Amanón, que quiere decir «no loco», en su memoria. Pero los lidios, que tienen un templo de Ártemis Aneitis, pretenden también poseer la imagen, y lo mismo los habitantes de la Comana capadocia, cuya ciudad se dice que tomó su nombre de las trenzas (comai) que en señal de luto depositó allí Orestes cuando llevó los ritos de Ártemis Taurópola a Capadocia[10].

k. Otros más dicen que Orestes ocultó la imagen en una gavilla de leña y la llevó a la Aricia italiana, donde murió y fue enterrado, siendo trasladados sus huesos más tarde a Roma; y que la imagen fue enviada de Aricia a Eparta, porque la crueldad de sus ritos desagradaba a los romanos; y la colocaron en el templo de Ártemis Erguida[11].

l. Pero los espartanos alegan que la imagen les pertenecía desde mucho tiempo antes de la fundación de Roma y que Orestes la llevó cuando llegó a ser su rey y la ocultó en un saucedal. Dicen que durante siglos se olvidó su paradero, hasta que un día Astrábaco y Alopeco, dos príncipes de la casa real, entraron en el saucedal por casualidad y enloquecieron a la vista de la

tétrica imagen, que mantenían erguida las ramas de un sauce enroscados a su alrededor, y de aquí sus nombres de Ortia y Ligodesma.

m. Tan pronto como llevaron la imagen a Esparta se produjo una pendencia siniestra entre los devotos rivales de Ártemis, que hacían sacrificios conjuntamente en su altar; muchos de ellos fueron muertos en el templo mismo y los restantes murieron apestados poco tiempo después. Cuando un oráculo aconsejó a los espartanos que propiciaran a la imagen empapando el altar con sangre humana, echaron suertes para elegir la víctima y la sacrificaron; y esta ceremonia se repitió anualmente hasta que el rey Licurgo, que aborrecía los sacrificios humanos, la prohibió, y ordenó que en cambio se azotase a unos niños en el altar hasta que el lugar oliera fuertemente a sangre[12]. Los niños espartanos compiten ahora una vez al año para ver quién puede soportar más golpes. La sacerdotisa de Ártemis se halla presente sosteniendo la imagen, que, aunque pequeña y liviana, adquirió tal apetencia de sangre en la época en que los taurios le ofrecían sacrificios humanos que, inclusive ahora, si los azotadores lo hacen suavemente, por que el niño es de cuna noble, o excepcionalmente bello, se hace casi demasiado pesada para que la sacerdotisa la sostenga y ésta increpa a los azotadores diciéndoles: «¡Más fuerte, más fuerte! ¡Hacéis que no pueda soportar el peso!»[13].

n. Poca fe se debe dar a la fábula de que Helena y Menelao fueron en busca de Orestes y que cuando llegaron a la región de los taurios, poco después de haber muerto él, ambos fueron sacrificados a la diosa por Ifigenia[14].

1. El anhelo de los mitógrafos de ocultar ciertas tradiciones bárbaras se pone claramente de manifiesto en esta fábula y sus variantes. Entre los elementos suprimidos se halla la manera en que Ártemis se venga de Agamenón por el asesinato de Ifigenia y la manera en que Éax también se venga de Agamenón por el asesinato de su hermano Palamedes. Originalmente, el mito parece haber sido, más o menos, el siguiente: los jefes compañeros de Agamenón incitaron a éste a ejecutar a su hija Ingenia por hechicera cuando la expedición griega contra Troya quedó detenida por

los vientos contrarios en Áulide. Ártemis, a quien Ingenia había servido como sacerdotisa, hizo que Agamenón le pagara esa ofensa y ayudó a Egisto a suplanterle y asesinarlo a su regreso. También por inspiración suya, Éax se ofreció a llevar a Orestes en un viaje al territorio ganado al río Escamandro y así le ayudó a escapar de las Erinias, pues Atenea le protegería allí (véase 115.4). En lugar de eso, Éax lo dejó en Braurón, donde Orestes fue aclamado como el pharmacos anual, víctima propiciatoria por la culpabilidad del pueblo, y le degolló la virgen sacerdotisa de Ártemis. Éax, en realidad, le contó a Electra la verdad cuando se encontraron en Delfos: que Orestes había sido sacrificado por Ifigenia, que parece haber sido un título de Ártemis (véase 117.1).

2. A los griegos patriarcales de una época posterior les debió desagradar este mito, una versión del cual, que hacía a Menelao, y no a Orestes, el objeto de la venganza de Ártemis, ha sido conservada por Focio. Disculpaban a Agamenón del asesinato, y a Ártemis de oponerse a la voluntad de Zeus, diciendo que ella sin duda salvó a Ingenia y se la llevó para que actuara como sacerdotisa de los sacrificios, no en Braurón, sino entre los salvajes taurios, por cuyos actos no se hacían responsables. Y aseguraban que no mató a Orestes (ni a ninguna víctima griega), sino que, al contrario, le ayudó a llevar la imagen tauria a Grecia por orden de Apolo.

3. Esta fábula destinada a salvar las apariencias, influida por el mito de la expedición de Jasón al Mar Negro —en la versión de Servio, Orestes roba la imagen en Cólquide, no en el Quersoneso táurico— explicaba la tradición de la degollación humana en Braurón, ahora modificada a la extracción de una gota de sangre mediante un pequeño corte, y sacrificios análogos que se realizaban en Micenas, Aricia, Rodas y Comana. «Taurópolas» indica el sacrificio de toros cretense, que sobrevivió en las Bufonias atenienses (Pausanias: i.28. 11); la víctima original es probable que fuera el rey sagrado.

4. Los ritos de la fertilidad espartanos, de los que se dice también que comprendían en un tiempo el sacrificio humano, se realizaban en honor de Ártemis Erguida. A juzgar por la práctica primitiva en otras partes del Mediterráneo, la víctima era atada con tiras de sauce, llenas de magia lunar, a la imagen, un tocón sagrado, quizás de peral (véase 74.6) y agotada hasta que los latigazos producían una reacción erótica y la víctima eyaculaba, fertilizando la tierra con el semen y la sangre. El nombre Alopeco y la

conocida leyenda del muchacho que dejó que una zorra le royera sus partes vitales sin gritar, sugiere que la diosa Zorra de Teumeso también era adorada en Esparta (véase 49.2 y 89.8).

5. A los meteoritos se les rendían con frecuencia honores divinos, y lo mismo a pequeños objetos rituales de origen dudoso, que podían explicarse como habiendo caído igualmente del cielo, como las puntas de lanza neolíticas cuidadosamente trabajadas, identificadas con los rayos de Zeus por los griegos posteriores (como a las flechas de pedernal se las llama «proyectiles de los elfos» en el campo inglés), o con los almireces de bronce ocultos en la cofia que llevaba la imagen de la Ártemis efesia. Las imágenes mismas, como la de Ártemis Brauronia y la de madera de olivo de Atenea en el Erecteón, también, según se decía, habían caído del cielo a través de un agujero en el techo (véase 158.k). Es posible que la imagen de Braurón contuviera un antiguo cuchillo de obsidiana destinado a los sacrificios —la obsidiana era un vidrio volcánico de la isla de Melos— con el cual se cortaba el cuello a las víctimas.

6. El arado por Osiris del Quersoneso táurico (la Crimea) parece forzado, pero Herodoto insiste en que existía un vínculo estrecho entre Cólquide y Egipto (ii.104) y aquí se ha confundido a Cólquide con el país de los taurios. Se dice que Osiris, como Triptólemo, introdujo la agricultura en muchos países (véase 24.fm).

117. EL REINADO DE ORESTES

a. Aletes, el hijo de Egisto, usurpó el reino de Micenas creyendo en el rumor malicioso [¿difundido por Éax?] de que Orestes y Pílades habían sido sacrificados en el altar de Ártemis Táurica. Pero Electra, dudando de que eso fuera cierto, fue a consultar el Oráculo de Delfos. Ingenia acababa de llegar a Delfos y [¿Éax?] se la señaló a Electra como la matadora de Orestes. Para vengarse tomó una tea del altar y, como no reconoció a Ingenia al cabo de tanto tiempo, estaba a punto de cegarla con ella cuando se presentó Orestes y lo explicó todo. Los hijos de Agamenón, otra vez reunidos, volvieron alegremente a Micenas, donde Orestes puso fin a la contienda entre la Casa de Atreo y la Casa de Tiestes dando muerte a Aletes, cuya hermana Erígone, según se dice, habría perecido también a sus manos si Ártemis no se la hubiera llevado al Ática. Pero más tarde, Orestes se desenojó con ella[1].

b. Algunos dicen que Ifigenia murió en Braurón o en Megara, donde tiene ahora un templo; otros, que Artemis la inmortalizó como Mecate la Joven. Electra se casó con Pílades y le dio a Medonte y Estrofio el Segundo; está enterrada en Micenas. Orestes se casó con su prima Hermíone, y estuvo presente en la muerte sacrificial de Neoptólemo, el hijo de Aquiles, con quien ella estaba desposada[2]. Por ella llegó a ser padre de Tisámeno, su heredero y sucesor, y por Erígone, su segunda esposa, de Pentilo[3].

c. Cuando murió Menelao, los espartanos invitaron a Orestes a que se erigiera en su rey, pues le preferían, como nieto de Tindáreo, a Nicóstrato y Megapentes, engendrados por Menelao con una muchacha esclava. Orestes,

quien, con la ayuda de soldados proporcionados por los aliados focenses, había agregado ya una gran parte de Arcadia a sus dominios micénicos, se adueñó también de Argos, pues el rey Cilarabes, nieto de Capaneo, no dejó sucesión. Dominó también a Arcaya, pero obedeciendo el Orcáculo de Delfos, finalmente emigró de Micenas a Arcadia, donde, a la edad de setenta años, murió a consecuencia de una mordedura de serpíente en Orestio, u Orestia, ciudad que había fundado durante su destierro[4].

d. Orestes fue enterrado en Tegea, pero en el reinado de Anaxandrides, co-rey con Aristón, y el único laconio que tuvo dos esposas y ocupó dos casas al mismo tiempo, los espartanos, desesperados porque hasta entonces habían perdido todas las batallas libradas contra los tegeos, fueron a Delfos en busca de consejo y se les ordenó que poseyeran ellos mismos los huesos de Orestes. Como no se conocía su paradero, enviaron a Licas, uno de los benefactores de Esparta, a que solicitara más información. Le dieron la siguiente respuesta en hexámetros:

Nivela y allana la llanura de la Tegea arcadia. Ve
adonde dos vientos están siempre, por fuerte necesidad, soplando;
donde el golpe suena sobre el golpe, donde el mal yace sobre el mal,
allí la tierra fecundísima encierra al príncipe que buscas.
¡Llévalo a tu casa y sé así el señor de Tegea!

A causa de la tregua temporal entre los dos Estados, Licas no tuvo dificultad alguna en su visita a Tegea, donde se encontró con un herrero que forjaba una espada de hierro en vez de bronce, y al ver aquella cosa nueva para él se quedó con la boca abierta. «¿Te sorprende este trabajo? —le preguntó el herrero jovial— ¡Pues bien, tengo aquí algo que te sorprenderá todavía más! Es un ataúd de siete codos de longitud que contiene un cadáver del mismo tamaño y que encontré bajo el piso de la fragua cuando excavaba aquel pozo».

e. Licas conjeturó que los vientos mencionados en los versos del oráculo tenían que ser los que producían los fuelles del herrero, los golpes los del martillo, y el mal que yacía sobre el mal la cabeza del martillo que golpeaba la espada de hierro, pues la Edad del Hierro trajo consigo días

crueles. Inmediatamente volvió con la noticia a Esparta, donde los jueces, por sugerencia suya, simularon condenarle por el delito de violencia; luego huyó a Tegea como si tratara de eludir la ejecución, y convenció al herrero para que le ocultara en la fragua. A medianoche sacó los huesos del ataúd y se apresuró a volver con ellos a Esparta, donde los volvió a enterrar cerca del templo de las Parcas; todavía se muestra allí la tumba. Desde entonces los ejércitos espartanos vencieron siempre a los legeos[5].

f. La lanza-cetro de Pélope, que también empuñó su nieto Orestes, fue descubierta en Fócide más o menos en esa época; estaba enterrada con un montón de oro en la frontera entre Queronea y Fanotea, donde la había ocultado probablemente Electra. Cuando se hizo una indagación sobre el hallazgo de ese tesoro los fanoteos se contentaron con el oro, pero los queronenses se quedaron con el cetro y ahora lo adoran como su deidad suprema. Cada sacerdote de la lanza, designado por un año, la guarda en su casa y ofrece víctimas diarias a su divinidad, además de mesas pródigamente servidas con alimentos de todas clases[6].

g. Sin embargo, algunos niegan que Orestes muriera en Arcadia. Dicen que cuando terminó su destierro allí un oráculo le ordenó que fuera a Lesbos y Ténedos y fundara colonias con pobladores llegados de varias ciudades, entre ellas, Amidas. Él lo hizo y llamó a los nuevos pobladores eolios, porque Eolo era su antepasado común más próximo, pero murió poco después de edificar una ciudad en Lesbos. Esta migración se realizó, según dicen, cuatro generaciones antes que la jónica. Otros, sin embargo, declaran que fue el hijo de Orestes, Pentilo, y no Orestes mismo, quien conquistó Lesbos; que su nieto Gras, ayudado por los espartanos, ocupó la región que se extiende entre Jonia y Misia, llamada ahora Eólide; y que otro nieto, Arquelao, llevó colonos eolios a la actual ciudad de Cicicene, cerca de Dascilio, en la costa meridional del Mar de Mármara[7].

h. Entretanto Tisámeno heredó los dominios de su padre, pero lo expulsaron de las capitales, Esparta, Micenas y Argos, los hijos de Heracles, y se refugió con su ejército en Acaya. Su hijo Cometes emigró al Asia[8].

1. Ifigenia parece haber sido un título de la Ártemis anterior, que era no sólo doncella, sino también ninfa —«Ifigenia» significa «sirviendo de madre a una raza fuerte»— y mujer vieja, o sea las Solemnes o la Triple Hecate. Se dice que Orestes reinó en tantos lugares que su nombre también tiene que ser considerado como un título. Su muerte a causa de la mordedura de una serpiente en la Orestea arcadia lo vincula con otros reyes primitivos, como Apesanto, hijo de Acrisio (véase 123.e), identificable con Ofeltes de Nemea (véase 106.g); Múnito, hijo de Atamante (véase 168.e); Mopso el lapita (véase 154.f), mordido por una serpiente libia; y el egipcio Ra, un aspecto de Osiris, también mordido por una serpiente libia. Estas mordeduras son siempre en el talón; en algunos casos, entre ellos los de los centauros Quirón y Folo, el cretense Talo, el mirmidón Aquiles y el eubeo Filoctetes, el veneno parece haber sido transmitido en una punta de flecha (véase 92.10). El arcadio Orestes era en realidad un pelasgo con conexiones libias.

2. La salvación de Erígone de la venganza de Orestes realizada por Ártemis es un episodio más de la contienda entre la casa de Tiestes, ayudada por Ártemis, y la casa de Atreo, ayudada por Zeus, El nombre de Tisámeno («Fuerza vengadora») indica que la enemistad fue legada a la siguiente generación, porque, según uno de los relatos de Apolodoro (Epítome vi.28) era hijo de Erígone y no de Hermíone. En toda la fábula de esta contienda debe recordarse que la Ártemis que mide sus fuerzas con Zeus es la Ártemis matriarcal primitiva y no la afectuosa melliza de Apolo, la cazadora virgen; los mitógrafos han hecho todo lo posible para oscurecer la participación activa de Apolo, del lado de Zeus, en esta querella divina.

3. Los huesos de los gigantes, habitualmente identificados con los de un antepasado de la tribu, eran considerados como medios mágicos de proteger a una ciudad; así los atenienses, por inspiración del oráculo, recuperaron de Esciros los que, según pretendían, eran los huesos de Teseo y los llevaron a Atenas (véase 104.i). Éstos pueden muy bien haber sido extraordinariamente grandes, pues una raza de gigantes —de los cuales descienden los watusis hamíticos que viven en el África Ecuatorial— floreció en la Europa neolítica y sus esqueletos de dos metros de longitud se han encontrado incluso a veces en Gran Bretaña. Los anakim de Palestina y Caria (véase 88.3) pertenecían a esta raza. Sin embargo, si Orestes era un aqueo del período de la guerra de Troya, los atenienses no pueden haber

encontrado y medido su esqueleto, pues los nobles homéricos practicaban la cremación y no la inhumación en el estilo neolítico.

4. «El mal que yace sobre el mal» es interpretado habitualmente como la espada de hierro que es forjada sobre un yunque de hierro; pero, por regla general, se utilizaban los yunques de piedra hasta una época relativamente reciente, y la cabeza del martillo que se posa sobre la espada es la explicación más probable, aunque, en verdad, los martillos de hierro eran también raros hasta la época romana. El hierro era un metal demasiado sagrado e infrecuente para que lo utilizaran comúnmente los micénicos —pues no se extraía de la mina, sino que se lo recogía en forma de meteoritos enviados por los dioses— y cuando por fin se importaron en Grecia armas de hierro provenientes de Tibarene en el Mar Negro, el procedimiento de la fundición y la manufactura siguió siendo secreto durante un tiempo. A los herreros se los siguió llamando «trabajadores del bronce» inclusive en el período helenista. Pero tan pronto como alguien pudo poseer un arma o una herramienta de hierro la era del mito llegó a su fin, aunque sólo fuera porque el hierro no estaba incluido entre los cinco metales consagrados a la diosa y vinculados a los ritos de su calendario, a saber, la plata, el oro, el cobre, el estaño y el plomo (véase 53.2).

5. La lanza-cetro de Pélope, señal de soberanía, pertenecía evidentemente a la sacerdotisa gobernante; así, según Eurípides, la lanza con que fue muerto Enómao —probablemente el mismo instrumento— estaba oculta en el dormitorio de Ifigenia; Clitemestra pretende luego poseerla (Sófocles: Electra 651); y Pausanias dice que Electra la llevó a Fócide. Los griegos del Asia Menor se complacían en creer que Orestes había fundado allí la primera colonia eolia, pues su nombre era uno de los títulos regios de éstos. Quizá se atenían a una tradición que atañía a una nueva etapa en la historia de la monarquía: cuando el rey terminaba su reinado se le perdonaba la muerte y se sacrificaba a un sustituto —homicidio que explicaría el segundo destierro de Orestes—, después de lo cual podía llevar una colonia al otro lado del mar. Los mitógrafos que explicaron que los espartanos preferían Orestes a los hijos de Menelao porque éstos habían nacido de una mujer esclava, no se daban cuenta de que la descendencia era todavía matrilineal. Orestes, como mícénico, podía reinar por su casamiento con la heredera espartana Hermíone; sus hermanos tenían que buscar reinos en otras partes. En Argólide una princesa podía

tener hijos nacidos libres con un esclavo; y nada había que impidiera que el marido campesino de Electra en Micenas criase pretendientes al trono.

6. La tradición del salmista de que «los días de un hombre son tres veintenas y diez» se funda, no en la observación, sino en la teoría religiosa: siete era el número de la santidad y diez el de la perfección. Orestes, análogamente, llegó a los setenta años.

7. La violación por Anaxándrides de la tradición monogámica puede haberse debido a una necesidad dinástica; quizás Aristo, su co-rey, murió demasiado pronto antes del término de su reinado para justificar una nueva coronación y, como había gobernado en virtud de su casamiento con una heredera, Anaxándrides le sustituyó como rey y como marido.

8. Las crónicas hititas demuestran que ya había un reino aqueo en Lesbos a fines del siglo XIV a. de C.

118. EL NACIMIENTO DE HERACLES

a. Electrión, hijo de Perseo, rey supremo de Micenas y marido de Anaxo, marchó vengativamente contra los tafios y telebeos. Se habían unido en una incursión afortunada para apoderarse de su ganado, proyectada por un tal Pterelao, un pretendiente al trono de Micenas, y tuvo como consecuencia la muerte de los ocho hijos de Electrión. Mientras él estuvo ausente, su sobrino, el rey Anfitrión de Trecén, actuó como regente. «Gobierna bien, y cuando yo vuelva victorioso te casarás con mi hija Alcmena», le dijo Electrión como despedida. Anfitrión, informado por el rey de Elide de que el ganado robado se hallaba en su poder, pagó el gran rescate exigido e hizo regresar a Electrión para que lo identificara. Electrión, de ningún modo complacido al saber que Anfitrión esperaba que él le devolviese el precio del rescate, preguntó ásperamente qué derecho tenían los habitantes de Elide a vender propiedad robada y por qué Anfitrión había tolerado un fraude. Sin dignarse contestarle, Anfitrión desahogó su disgusto arrojando un garrote a una de las vacas que se había desviado del rebaño; el garrote le golpeó en los cuernos, rebotó y mató a Electrión. Inmediatamente Anfitrión fue desterrado de Argólide por su tío Esténelo, quien se apoderó de Micenas y Tirinto y confió el resto de la región, con Midea como capital, a Atreo y Tiestes, hijos de Pélope[1].

b. Anfitrión, acompañado por Alcmena, huyó a Tebas, donde el rey Creonte le purificó y dio a su hermana Perimede en casamiento a Licimio, el único hijo sobreviviente de Electrión, bastardo nacido de una frigia llamada Midea[2]. Pero la piadosa Alcmena no quería yacer con Anfitrión hasta que vengase la muerte de sus ocho hermanos. En consecuencia,

Creonte le dio permiso para que reclutase un ejército beocio con ese propósito y con la condición de que liberase a Tebas de la zorra teumesia; cosa que él hizo pidiendo al ateniense Céfalo que le prestase el célebre sabueso Lelaps. Luego, ayudado por contingentes atenienses, focenses, argivos y locrios, Anfitrión venció a los telebeos y tafios y donó sus islas a sus aliados, entre ellos a su tío Heleos.

c. Entretanto, Zeus, aprovechando la ausencia de Anfitrión, tomó la figura de él y, asegurando a Alcmena que sus hermanos estaban vengados, puesto que, en efecto, Anfitrión había ganado la victoria requerida aquella mañana misma, yació con ella toda una noche, a la que dio la duración de tres[3]. Pues Hermes, por orden de Zeus, había mandado a Helio que apagase los fuegos solares y a las Horas que desunciesen su tiro y se quedasen al día siguiente en casa; porque la procreación de un paladín tan grande como el que se proponía engendrar Zeus no se podía realizar apresuradamente. Helio obedeció, rezongando con el recuerdo de los buenos tiempos pasados, cuando el día era día y la noche era noche; y cuando Crono, el entonces Dios Omnipotente, no abandonaba a su esposa legal para irse a Tebas en busca de aventuras amorosas. Hermes ordenó luego a la Luna que siguiese lentamente su órbita, y al Sueño que amodorrase a la humanidad de tal modo que nadie se diera cuenta de lo que sucedía[4]. Alcmena, completamente engañada, escuchó complacida el relato de Zeus acerca de la aplastante derrota infligida a Pterelao en Ecalia, y holgó inocentemente con su supuesto marido durante aquellas treinta y seis horas. Al día siguiente, cuando Aifitrión volvió, rebosante de entusiasmo por la victoria y lleno de pasión por ella, Alcmena no le acogió en el lecho matrimonial con el arrobamiento que él esperaba. «Anoche no cerramos los ojos —se quejó ella— y seguramente no esperarás que escuche por segunda vez el relato de tus hazañas». Anfitrión, que no pudo comprender esas palabras, consultó con el adivino Tiresias, quien le dijo que Zeus le había hecho cornudo; y en adelante no se atrevió a volver a dormir con Alcmena por temor a incurrir en los celos divinos[5].

d. Nueve meses después, en el Olimpo, Zeus se jactó casualmente de que había engendrado un hijo, que estaba a punto de nacer, quien se llamaría Heracles, que significa «Gloria de Hera», y gobernaría la noble

casa de Perseo. Al oír esto, Hera le hizo prometer que si a la casa de Perseo le nacía algún príncipe antes de anochecer sería Rey Supremo. Cuando Zeus hizo al respecto un juramento inviolable, Hera fue inmediatamente a Micenas, donde apresuró los dolores de parto de Nicipe, esposa del rey Esténelo. Luego corrió a Tebas y se sentó con las piernas cruzadas ante la puerta de Alcmena, con las ropas atadas en nudos y los dedos fuertemente entrelazados; de ese modo demoró el nacimiento de Heracles hasta que Euristeo, hijo de Esténelo, sietemesino, estuvo ya en su cuna. Cuando nació Heracles, con una hora de retraso, se encontró con que tenía un hermano mellizo llamado Ificles, hijo de Anfitrión y una noche más joven. Pero algunos dicen que Heracles, y no Ificles, era una noche más joven; y otros, que los mellizos fueron engendrados en la misma noche y nacieron juntos y que el Padre Zeus iluminó divinamente la alcoba donde nacieron. Al principio se llamó a Heracles Alceo o Palemón[6].

e. Cuando Hera volvió al Olimpo y se jactó tranquilamente de haber conseguido mantener a Ilitía, diosa del parto, alejada de la puerta de Alcmena, Zeus fue presa de una gran ira; asió a su hija mayor Ate, quien le había impedido ver el engaño de Hera, juró que nunca volvería a visitar el Olimpo, la hizo girar alrededor de su cabeza sujetándola por la cabellera dorada y la lanzó a la tierra. Aunque Zeus no podía violar su juramentó y permitir a Heracles que gobernase la casa de Perseo, convenció a Hera para que accediese a que, después de realizar cualesquiera doce trabajos que le señalara Euristeo, su hijo se convirtiese en un dios[7].

f. Ahora bien, a diferencia de los anteriores amores humanos de Zeus, desde Níobe en adelante, Alcmena había sido elegida no tanto por su placer —aunque superaba a todas las demás mujeres de su época en belleza, dignidad y prudencia—, sino con el propósito de engendrar un hijo lo bastante poderoso para proteger tanto a los dioses como a los hombres contra la destrucción. Alcmena, decimosexta descendiente de Níobe, fue la última mujer mortal con la que yació Zeus, pues no veía la posibilidad de engendrar a otro héroe que pudiera igualarse a Heracles; y honró a Alcmena tanto que, en vez de violarla rudamente, se molestó en disfrazarse de Anfitrión y la cortejó con palabras y caricias afectuosas. Sabía que Alcmena era incorruptible y cuando al amanecer le regaló una copa carquesia, ella la

aceptó sin dudar como un botín ganado en la victoria: un legado de Posidón a su hijo Telebo[8].

g. Algunos dicen que Hera no impidió personalmente el parto de Alcmena, sino que envió brujas para que lo hicieran, y que Historis, hija de Tiresias, las engañó lanzando un grito de alegría desde la alcoba del parto —que todavía se muestra en Tebas—, de modo que ellas se alejaron y permitieron que naciera el niño. Según otros, fue Ilitía quien impidió el parto por orden de Hera, y una fiel sirvienta de Alcmena, la rubia Galantis, o Galen, la que salió de la alcoba para anunciar, falsamente, que Alcmena había dado a luz. Cuando Ilitía se levantó sorprendida, desentrelazó los dedos y descruzó las piernas, nació Heracles y Galantis se echó a reír ante el buen éxito del engaño, lo que hizo que Ilitía la asiese por el cabello y la convirtiese en una comadreja. Galántis siguió frecuentando la casa de Alcmena, pero Hera le castigó por haber mentido: la condenó en perpetuidad a parir los hijos por la boca. Cuando los tebanos rinden a Heracles los honores divinos todavía ofrecen sacrificios preliminares a Galantis, a la que llaman también Galintias y la describen como hija de Preto; dicen que fue la nodriza de Heracles y que él le construyó un templo[9].

h. Los atenienses se burlan de este relato tebano. Sostienen que Galantis era una ramera, a la que Hécate convirtió en comadreja en castigo por practicar una lujuria no natural, y que cuando Hera prolongó indebidamente el parto de Alcmena pasó por allí casualmente y la asustó haciendo que diera a luz[10].

i. El natalicio de Heracles se celebra el cuarto día de cada mes; pero algunos sostienen que nació cuando el Sol entraba en el Décimo Signo; otros que la Osa Mayor, girando hacia el oeste a medianoche sobre Orion —lo que hace cuando el sol abandona el duodécimo signo— lo contempló en su décimo mes[11].

1. Alcmena («fuerte en la ira») sería originalmente un título micénico de Hera, cuya soberanía divina protegió Heracles («gloria de Hera») contra las usurpaciones de su enemigo aqueo Perseo («destructor»). Los aqueos

vencieron finalmente y sus descendientes reclamaron a Heracles como miembro de la casa usurpadora de Perseo. El aborrecimiento que sentía Hera por Heracles es probablemente una invención posterior; le adoraban los dorios que invadieron Elide y humillaron el poder de Hera.

2. Diodoro Sículo (iii.73) habla de tres héroes llamados Heracles: un egipcio, un dáctilo cretense y el hijo de Alcmena. Cicerón eleva su número a seis (Sobre la naturaleza de los dioses iii.16); Varrón a cuarenta y cuatro (Servio sobre la Eneida de Virgilio viii.564). Herodoto (ii.42) dice que cuando preguntó por la patria original de Heracles, los egipcios le dijeron que era de Fenicia. Según Diodoro Sículo (i.17 y 24, iii.73), el Heracles egipcio llamado Som, o Chon, vivió diez mil años antes de la guerra de Troya y su homónimo griego heredó sus hazañas. La fábula de Heracles es, en verdad, una clavija de la que se han colgado gran número de mitos relacionados, no relacionados y contradictorios. En lo principal, no obstante, representa al rey sagrado típico de la Grecia helénica primitiva, consorte de una ninfa tribal, la diosa Luna encarnada; su mellizo Ificles actuaba como su heredero. Esta diosa Luna tiene numerosos nombres: Hera, Atenea, Auge, Yola, Hebe, etcétera. En un espejo de bronce romano primitivo aparece Júpiter celebrando un casamiento sagrado entre «Hercele» y «Juno»; además, en las bodas romanas al nudo del ceñidor de la novia consagrado a Juno se le llamaba el «nudo hercúleo» y el novio tenía que desatarlo (Festo: 63). Los romanos tomaron esta tradición de los etruscos, cuya Juno se llamaba «Unial». Puede suponerse que la fábula central de Heracles era una variante primitiva de la epopeya del Gilgamesh babilonio, que llegó a Grecia vía Fenicia. Gilgamesh tenía como compañero amado a Enkidu, así como Heracles tenía a Yolao. Gilgamesh se pierde por su amor a la diosa Ishtar, y Heracles por su amor a Deyanira. Ambos son de ascendencia divina. Ambos perturban el infierno. Ambos matan leones y doman a toros divinos; y cuando se embarca para la Isla Occidental, Heracles, como Gilgamesh, utiliza su vestimenta como vela (véase 132.c). Heracles encuentra la hierba mágica de la inmortalidad (véase 35.b) lo mismo que Gilgamesh, y se relaciona igualmente con el avance del sol alrededor del zodíaco.

3. Se hace que Zeus personifique a Anfitrión porque cuando el rey sagrado renacía en su coronación se convertía nominalmente en hijo de Zeus y renunciaba a su ascendencia mortal (véase 74.1). Sin embargo, la

costumbre exigía que el heredero mortal —más bien que el rey de nacimiento divino, el mayor de los mellizos— acaudillase las expediciones militares; y la inversión de esta regla en el caso de Heracles sugiere que en un tiempo había sido él el heredero, e Ificles el rey sagrado. Teócrito, ciertamente, hace de Heracles el más joven de los mellizos, y Herodoto (ii.43), quien le llama hijo de Anfitrión, le da el sobrenombre de «Alcides», por su abuelo Alceo, y no «Cronides», por su abuelo Crono. Además, cuando Ificles se casó con la hija menor de Creonte, Heracles se casó con otra mayor; aunque en la sociedad matrilineal la más joven era comúnmente la heredera, como aparece en todos los cuentos tradicionales europeos. Según el Escudo de Heracles de Hesíodo (89 y ss.) Ificles se humilló vergonzosamente ante Euristeo, pero las circunstancias que podrían arrojar luz sobre este cambio de papeles entre los mellizos no son explicadas. Entre Heracles e Ificles no se registra una camaradería como la que existía entre Castor y Pólux, o Idas y Linceo. Heracles usurpa las funciones y prerrogativas de su hermano mellizo, convirtiéndolo en una sombra ineficaz y exánime que no tarda en esfumarse sin que se la lamente. Quizás en Tirinto el sucesor usurpaba todo el poder regio, como sucede a veces en los Estados asiáticos, donde un rey religioso gobierna conjuntamente con un rey guerrero o shogún.

4. El método que siguió Hera para demorar el parto lo utilizan todavía las hechiceras de Nigeria; las más cultas refuerzan ahora el encantamiento ocultando candados importados debajo de sus ropas.

5. La observación de que las comadrejas, si se las perturba, llevan a sus crías de lugar en lugar en la boca, como los gatos, dio origen a la leyenda de su nacimiento vivíparo. El relato que hace Apuleyo de la horrible acción de las brujas tesalias disfrazadas de comadrejas, ayudantes de Hécate, y la mención por Pausanias de los sacrificios humanos que se ofrecían a la Zorra Teumesia (véase 89.h) recuerdan a Cerdo («comadreja» o «zorra»), esposa de Foroneo, quien, según se dice, introdujo el culto de Hera en el Peloponeso (véase 57.a). El culto tebano de Galintias es una reliquia del culto de Hera primitivo, y cuando las brujas demoraron el nacimiento de Heracles se disfrazarían de comadrejas. Este mito es más confuso de lo que son habitualmente los mitos; si bien parece que el olimpianismo de Zeus se sentía agraviado por la opinión religiosa conservadora de Tebas y Argólide y que las brujas lanzaron un ataque concertado contra la casa de Perseo.

6. A juzgar por la observación de Ovidio acerca del Décimo Signo, y por la fábula del jabalí de Erimanto, que presenta a Heracles como el Niño Horus, éste compartía un natalicio en el solsticio hiemal con Zeus, Apolo y otros dioses del calendario. El año tebano comenzaba en el solsticio hiemal. Si, como dice Teócrito, Heracles tenía diez meses al término del duodécimo, Alcmena lo dio a luz en el equinoccio de primavera, cuando los babilonios, los italianos y otros celebraban el Año Nuevo. Así no es extraño que Zeus, según se dice, iluminara la alcoba del nacimiento. El cuarto día del mes estaría dedicado a Heracles, porque cada cuarto año le pertenecía como fundador de los Juegos Olímpicos.

119. LA JUVENTUD DE HERACLES

a. Alcmena, temiendo los celos de Hera, abandonó a su hijo recién nacido en un campo fuera de las murallas de Tebas, y allí, por instigación de Zeus, Atenea llevó a Hera a dar un paseo casual. «¡Mira querida, qué niño tan maravillosamente robusto! —exclamó Atenea, simulando sorpresa, mientras se detenía para recogerlo—. Su madre debía de estar loca para abandonarlo en un campo pedregoso. Ven, tú tienes leche. ¡Dale de mamar a la pobre criaturita!» Irreflexivamente, Hera lo tomó y se desnudó el pecho, del que Heracles chupó con tal fuerza que el dolor hizo que la diosa lo arrojara al suelo; un chorro de leche ascendió al firmamento y se convirtió en la Vía Láctea. «¡Pequeño monstruo!», exclamó Hera. Pero Heracles era ya inmortal y Atenea se lo devolvió sonriendo, diciéndole que lo conservara y lo criara bien. Los tebanos muestran todavía el lugar donde se le hizo a Hera esa treta, y lo llaman «La Llanura de Heracles[1]».

b. Sin embargo, algunos dicen que Hermes llevó al infante Heracles al Olimpo, que Zeus mismo lo puso en el pecho de Hera mientras ésta dormía, y que la Vía Láctea se formó cuando ella se despertó y lo rechazó, o cuando él mamó vorazmente más leche de la que podía contener su boca y la arrojó tosiendo. De todos modos, Hera fue la madre de leche de Heracles, aunque sólo por poco tiempo; y por tanto los tebanos le llaman hijo suyo y dicen que se llamaba Alceo antes que ella le diera de mamar, pero cambió de nombre en su honor[2].

c. Una noche, cuando Heracles tenía ocho o diez meses de edad o, según dicen otros, un año, y estaba todavía sin destetar, Alcmena, después de lavar y amamantar a sus mellizos, los acostó para que descansaran bajo

una colcha de lana de cordero, sobre el ancho escudo de bronce del que Anfitrión había despojado a Pterelao. A medianoche Hera envió dos prodigiosas serpientes de escamas azuladas a la casa de Anfitrión, con órdenes estrictas de dar muerte a Heracles. Las puertas se abrieron al acercarse ellas, se deslizaron por el umbral y por los pisos de mármol hasta el cuarto de los niños, con los ojos arrojando llamas y el veneno goteando de sus colmillos[3].

d. Los mellizos se despertaron y vieron a las serpientes retorcerse a su alrededor y sacando como dardos sus lenguas bifurcadas, pues Zeus volvió a iluminar divinamente la habitación. Ificles gritó, arrojó la colcha de un puntapié y en una tentativa para escapar rodó del escudo al suelo. Sus gritos de espanto y la extraña luz que resplandecía bajo la puerta del cuarto de los niños despertaron a Alcmena. «¡Levántate, Anfitrión!», exclamó. Sin esperar a ponerse las sandalias, Anfitrión saltó del lecho de madera de cedro, tomó su espada, que colgaba de la pared cerca de él, y la sacó de su vaina pulida. En aquel momento se apagó la luz en el cuarto de los niños. Mientras gritaba a sus esclavos soñolientos que acudieran con lámparas y antorchas, Anfitrión entró en la habitación, y Heracles, que ni siquiera había lanzado un sollozo, le mostró con orgullo las serpientes, que estaba estrangulando, una con cada mano. Cuando murieron, se echó a reír, se puso a saltar alegremente y arrojó las serpientes a los pies de Anfitrión.

e. Mientras Alcmena consolaba al aterrado Ificles, Anfitrión volvió a cubrir a Heracles con la colcha y fue a acostarse. Al amanecer, cuando el gallo había cantado tres veces, Alcmena llamó al anciano Tiresias y le refirió el prodigio. Tiresias, después de predecir las futuras hazañas de Heracles, aconsejó a Alcmena que hiciera una gran fogata con haces de aulaga, abrojos y zarzas, y quemara en ella a las serpientes a la medianoche. Por la mañana una sirvienta debía recoger las cenizas, llevarlas a la roca donde se había posado la Esfinge, diseminarlas a los vientos y alejarse corriendo sin mirar hacia atrás. A su regreso, el palacio debía ser purificado con vapores de azufre y agua de manantial salada, y su techo coronado con acebuche. Finalmente, había que sacrificar un jabalí en el altar de Zeus. Todo eso hizo Alcmena. Pero algunos sostienen que las serpientes eran

inofensivas y las puso en la cuna Anfitrión mismo; deseaba averiguar cuál de los mellizos era su hijo y así lo supo muy bien[4].

f. Cuando Heracles dejó de ser un niño, Anfitrión le enseñó a conducir un carro y a dar vuelta a las esquinas sin rozar las columnas. Castor le dio lecciones de esgrima y le instruyó en el manejo de las armas, las tácticas de la infantería y la caballería y los rudimentos de la estrategia. Uno de los hijos de Hermes fue su maestro de pugilato, bien Autólico o bien Harpálico, quien tenía un aspecto tan horrendo cuando peleaba que nadie se atrevía a enfrentarlo. Eurito le enseñó el manejo del arco; o quizás fuera el escita Teutaro, o uno de los pastores de Anfitrión, o inclusive Apolo[5]. Pero Heracles pronto superó a todos los arqueros nacidos hasta entonces, inclusive a su compañero Alcón, padre del argonauta Palero, quien podía hacer pasar la flecha a través de una serie de anillos colocados en los yelmos de soldados puestos en fila, y hender flechas sujetas en las puntas de espadas o lanzas. En cierta ocasión, cuando el hijo de Alcón fue atacado por una serpiente que se enroscó a su alrededor, Alcón disparó contra ella con tal habilidad que la hirió mortalmente sin hacer el menor daño al muchacho[6].

g. Eumolpo enseñó a Heracles a cantar y tocar la lira, en tanto que Lino, hijo del dios fluvial Ismeno, le inició en el estudio de la literatura. En una ocasión en que Eumolpo estuvo ausente, Lino le dio también lecciones de lira; pero Heracles se negó a cambiar los principios que le había enseñado Eumolpo, y como Lino le golpeó por su terquedad, lo mató con un golpe de la lira[7]. En su juicio por homicidio, Heracles citó la ley de Radamantis que justificaba la resistencia enérgica a un agresor, y así consiguió que lo absolviesen. Sin embargo, Anfitrión, temiendo que el muchacho pudiera cometer más delitos de violencia, lo envió a una hacienda de ganado, donde permaneció hasta que cumplió los dieciocho años, superando a sus contemporáneos en altura, fuerza y valor. Allí lo eligieron portador del laurel del Apolo ismenio, y los tebanos todavía conservan el trípode que le dedicó a Anfitrión en esa ocasión. No se sabe quién enseñó a Heracles la astronomía y la filosofía, pero estaba versado en ambas ciencias[8].

h. Habitualmente se dice que tenía cuatro codos de altura. Sin embargo, puesto que él midió el estadio de Olimpia, calculándole seiscientos pies de

longitud, y puesto que los estadios griegos posteriores tenían también nominalmente seiscientos pies de longitud, aunque eran mucho más cortos que el olímpico, el sabio Pitágoras dedujo que la longitud del paso de Heracles, y en consecuencia su estatura, tienen que haber estado, en relación con el paso y la estatura de otros hombres, en la misma proporción que la longitud del estadio de Olimpia con la de los otros estadios. Este cálculo le daba cuatro codos y un pie de altura. Pero algunos sostienen que su estatura no pasaba del término medio[9].

i. Los ojos de Heracles fulguraban y tenía una puntería infalible, tanto con la jabalina como con la flecha. Comía parcamente al mediodía, y en la cena su comida favorita eran la carne asada y las tortas de cebada dorias, de las cuales comía las suficientes (si se puede creer eso) para que un jornalero hubiera gruñido: «¡Basta!» Su túnica era corta y limpia y prefería pasar la noche bajo las estrellas a dormir dentro de casa[10]. Un profundo conocimiento de los agüeros lo llevaba especialmente a acoger de buen grado la aparición de buitres siempre que se disponía a emprender un nuevo trabajo. «Los buitres —decía— son las aves más nobles, pues no atacan ni siquiera a la menor criatura viva[11]».

j. Heracles alegaba que nunca había buscado pendencia, sino que siempre había tratado a sus agresores como ellos se proponían tratarlo a él. Un tal Térmero acostumbraba matar a los viajeros desafiándolos a una lucha a topetazos; el cráneo de Heracles resultó el más fuerte y aplastó la cabeza de Térmeno como si hubiese sido un huevo. Pero Heracles era cortés de naturaleza y fue el primer mortal que devolvió espontáneamente al enemigo sus muertos para que los sepultara[12].

1. Según otro relato, la Vía Láctea se formó cuando Rea destetó por la fuerza a Zeus (véase l.b). El amamantamiento de Heracles por Hera es un mito que se basa aparentemente en el renacimiento ritual del rey sagrado de la reina madre (véase 145.3).

2. Una ilustración antigua en la que se basa la fábula posthomérica de las serpientes estranguladas mostraría quizás a Heracles acariciándolas mientras le limpiaban las orejas con las lenguas, como le sucedió a

Melampo (véase 12.c), Tiresias (véase 105.g), Casandra (véase 158,p) y probablemente los hijos de Laocoonte (véase 167.3). Sin esta bondadosa atención no habría podido comprender el lenguaje de los buitres; y Hera, si realmente hubiera querido matar a Heracles, habría enviado a una harpía para que se lo llevase. La ilustración fue interpretada erróneamente por Píndaro, o su informante, como una alegoría del Niño del Nuevo Año Solar, que destruye el poder del Invierno, simbolizado por las serpientes. El sacrificio de un jabalí a Zeus realizado por Alcmena es el antiguo del solsticio hiemal, que sobrevive en la cabeza de jabalí navideña en la vieja Inglaterra. En Grecia el acebuche, como el abedul en Italia y el noroeste de Europa, era el árbol del Año Nuevo, símbolo de comienzo, y se lo utilizaba como una escoba para expulsar a los malos espíritus (véase 53.7); Heracles utilizaba como clava un acebuche y llevó un vástago a Olimpia desde el país de los Hiperbóreos (véase 138). Lo que Tiresias le dijo a Alcmena era que encendiera la fogata de la Candelaria, que todavía se enciende el 2 de febrero en muchas partes de Europa: su propósito es quemar las viejas plantas achaparradas y facilitar el crecimiento de los nuevos retoños.

3. El Heracles dorio comedor de tortas, al contrario de sus cultos predecesores eolios y aqueos, era un simple rey del ganado, dotado con las limitadas virtudes de su condición, y no pretendía poseer conocimientos de música, filosofía o astronomía. En la época clásica los mitógrafos, recordando el principio de mens sana in corpore sano, le impusieron una educación superior e interpretaron su asesinato de Lino como una protesta contra, la tiranía, más bien que contra el afeminamiento. Pero siguió siendo una personificación de la salud física y no mental; excepto entre los celtas (véase 132.3), quienes le honraban como el patrono de las letras y todas las artes de los bardos. Seguían la tradición de que Heracles, el dáctilo ideo al que llamaban Ogmius, representaba la primera consonante del alfabeto arbolar hiperbóreo, Abedul o Acebuche (véase 52.3 y 125.1) y que «en una varilla de abedul se talló el primer mensaje que se envió nunca, a saber, la palabra Abedul repetida siete veces» (La Diosa Blanca, p. 157).

4. La proeza de Alcón al matar a la serpiente sin herir a su hijo indica una prueba de ballestería como la descrita en el Malleus Maleficarum del siglo XV, cuando al candidato para la iniciación en el gremio de arqueros se le exigía que disparase contra un objeto colocado sobre el gorro de su propio hijo, bien fuera una manzana o bien una pequeña moneda de plata. A

los hermanos de Laodamia, que competían por la dignidad de rey sagrado (véase 163.n) se les pidió que dispararan una flecha a través de un anillo colocado en el pecho de un niño, pero este mito tiene que deberse a una información errónea, pues la muerte del niño no era su propósito. Parece que la tarea original de un candidato a rey había sido disparar una flecha a través del enroscamiento de una serpiente de oro, que simbolizaba la inmortalidad, colocada en el tocado que llevaba un niño regio; y que en algunas tribus esta costumbre se modificó por la de hender una manzana, y en otras por la de hacer pasar la flecha entre las hojas encorvadas de un hacha doble, o por el anillo que formaba la cimera de un yelmo; pero más tarde, cuando la puntería mejoró, a través de una hilera de anillos de yelmo, la prueba impuesta a Alcón; o una hilera de hojas de hacha, la prueba impuesta a Odiseo (véase 171.h). Los alegres compañeros de Robin Hood, como los arqueros germanos, disparaban contra monedas de plata, porque estaban marcadas con una cruz, y los gremios de arqueros eran desafiantemente anticristianos.

5. Los arqueros griegos y romanos estiraban la cuerda del arco hasta el pecho, como hacen los niños, y su alcance eficaz era tan corto que la jabalina siguió siendo la principal arma arrojadiza de los ejércitos romanos hasta el siglo VI d. de C., cuando Belisario armó a sus catafractarios con arcos pesados y les enseñó a estirar la cuerda hasta la oreja, a la manera escita. La puntería exacta de Heracles la explica, en consecuencia, la leyenda de que su instructor era el escita Téutaro, nombre formado al parecer de teutaein, «practicar asiduamente», lo que no parece haber hecho el arquero griego corriente. Quizá se deba a la sobresaliente habilidad con que los escitas manejaban el arco el que se los describiera como descendientes de Heracles; y se decía que había legado un arco a Escites, el único de sus hijos que podía encorvarlo como él (véase 132.v).

120. LAS HIJAS DE TESPIO

a. Cuando cumplió los dieciocho años Heracles abandonó la hacienda de ganado, resuelto a matar al león de Citerón que hacía estragos en los ganados de Anfitrión y su vecino el rey Tespio, llamado también Testio, el erectida ateniense. El león tenía otra guarida en el monte Helicón, al pie del cual se halla la ciudad de Tespias. El Helicón ha sido siempre una montaña alegre: los habitantes de Tespias celebran en su cumbre un antiguo festival en honor de las Musas y realizan juegos amorosos a su pie alrededor de la estatua de Eros, su patrono**[1]**.

b. El rey Tespio tenía cincuenta hijas de su esposa Megamede, hija de Arneo, tan alegre como cualquier habitante de Tespias. Temiendo que pudieran contraer matrimonios inapropiados, decidió que cada una de ellas tuviera un hijo con Heracles, que entonces se dedicaba durante todo el día a la caza del león, pues Heracles se alojó en Tespias durante cincuenta noches seguidas. «Puedes tener a mi hija mayor Procris como tu compañera de lecho», le dijo Tespio hospitalariamente. Pero cada noche visitaba otra de sus hijas a Heracles, hasta que se acostó con todas. Algunos dicen, no obstante, que las gozó a todas en una sola noche, con excepción de una, que rechazó sus abrazos y permaneció virgen hasta su muerte, actuando como su sacerdotisa en el altar de Tespias; pues hasta el presente se exige a la sacerdotisa tespiana que sea casta. Pero Heracles había engendrado a cincuenta y un hijos con sus hermanas, pues Procris, la mayor, le dio dos mellizos, Antileonte e Hipeo, y la hermana menor otra pareja**[2]**.

c. Cuando por fin descubrió al león y lo mató con una clava sin adornos cortada de un acebuche que desarraigó en el monte Helicón, Heracles se

vistió con la piel del animal y se puso como yelmo sus fauces abiertas. Sin embargo, algunos dicen que llevaba la piel del león de Nemea o de otro animal que mató en Teumeso, cerca de Tebas, y que fue Alcátoo quien mató al león de Citerón[3].

1. Las cincuenta hijas de Tespio —como las cincuenta danaides, palántidas y nereidas, o las cincuenta doncellas con las que el dios celta Bran (Foroneo) se acostó en una sola noche— tiene que haber sido un colegio de sacerdotisas al servicio de la diosa Luna, a las que el rey sagrado cubierto con piel de león tenía acceso una vez al año durante sus orgías eróticas alrededor del falo de piedra llamado Eros («deseo erótico»). Su número correspondía al de las lunaciones que se daban entre un festival olímpico y el siguiente. «Testio» es quizás una masculinización de thea hestia, «la diosa Hestia»; pero Tespio («que suena divinamente») no es un nombre imposible, pues la suma sacerdotisa tenía una función oracular.

2. Higinio (Fábula 162) menciona sólo doce tespíadas, quizá porque ése era el número de las vestales latinas que guardaban el Paladión fálico y que parecen haber celebrado una orgía anual análoga en el monte Albano, bajo la monarquía romana primitiva.

3. Tanto la menor como la mayor de las hijas de Tespio dieron mellizos a Heracles; es decir, un rey sagrado y su heredero. Los mitógrafos se muestran confusos al respecto y tratan de conciliar la tradición anterior de que Heracles se casó con la hija menor —últimogenitura matrilineal— con los derechos de primogenitura patrilineales. Heracles, en la leyenda clásica, es una figura patrilineal; con la dudosa excepción de Macaría (véase 146.h) no engendra hija alguna. 8u sacerdotisa Virgen de Tespias, como la Pitonisa de Apolo en Delfos, sé convirtió teóricamente en su novia cuando obtuvo la facultad profética y, en consecuencia, no podía po seerla ningún marido mortal.

4. Pausanias, a quien desagrada este mito, dice que Heracles no pudo haber deshonrado a su huésped con esa seducción al por mayor de las tespíadas, ni haberse dedicado a sí mismo un templo, como si fuera un dios, en una época tan temprana de su vida, y, en consecuencia, se niega a identificar al rey de Tespias con el padre de las tespíadas. La muerte de un

león era una de las tareas matrimoniales que se imponían al candidato a la dignidad de rey (véase 123.j).

5. Heracles hizo su clava con un acebuche, el árbol del primer mes, utilizado tradicionalmente para la expulsión de los malos espíritus (véase 52.3, 89.7, 119.2, etc.).

121. ERGINO

a. Algunos años antes de estos acontecimientos, durante el festival de Posidón en Onquesto, un incidente trivial molestó a los tebanos, y con ese motivo el auriga de Meneceo arrojó una piedra que hirió mortalmente al rey minia Clímeno. Éste fue conducido moribundo, a Orcómeno, donde, al morir, encargó a sus hijos que le vengaran. El mayor de ellos, Ergino, cuya madre era la princesa beoda Budea, o Búcige, reunió un ejército, marchó sobre los tebanos y los derrotó por completo. Según las estipulaciones de un tratado que confirmaron con sus juramentos, los tebanos debían pagar a Ergino un tributo anual de cien reses vacunas durante veinte años como pena por la muerte de Clímeno[1].

b. Heracles, a su regreso del Helicón, se encontró con los heraldos minias que iban a recoger el tributo tebano. Cuando les preguntó cuál era su misión le contestaron desdeñosamente que iban una vez más a recordar a los tebanos la clemencia de Ergino al no haber cortado las orejas, la nariz y las manos a todos los hombres de la ciudad. «¿Desea realmente Ergino ese tributo?», les preguntó airadamente Heracles. Acto seguido mutiló a los heraldos de la manera que habían descrito y los envió de vuelta a Orcómeno con sus órganos ensangrentados atados con cuerdas alrededor del cuello[2].

c. Cuando Ergino ordenó al rey Creonte de Tebas que entregara al autor de ese ultraje, éste se mostró totalmente dispuesto a obedecer, porque los minias habían desarmado a Tebas, y además no podía esperar la intervención amistosa de ningún vecino en tan mala causa. Pero Heracles persuadió a sus juveniles compañeros para que luchasen en favor de la libertad. Recorrió los templos de la ciudad y se apoderó de todos los

escudos, yelmos, petos, grebas, espadas y lanzas dedicados a ellos como botín. Atenea, admirando grandemente tal resolución, concedió esas armas a él y sus amigos. Así armó Heracles a todos los tebanos en edad de luchar, les enseñó a emplear sus armas y asumió personalmente el mando. Un oráculo le prometió la victoria si la persona de mayor alcurnia de Tebas se quitaba la vida. Todos los ojos se volvieron expectativamente hacia Antípeno, descendiente de los Hombres Sembrados, pero cuando se mostró renuente a morir por el bien común, sus hijas Androclea y Alcis lo hicieron de buen grado en su lugar, y en adelante fueron honradas como heroínas en el templo de Ártemis Famosa[3].

d. Poco después los minias marcharon sobre Tebas, pero Heracles les tendió una emboscada en un paso estrecho y mató a Ergino y a la mayoría de sus capitanes. Esta victoria, ganada casi sin ayuda, la explotó cayendo súbitamente sobre Orcómeno, cuyas puertas derribó, saqueando luego el palacio y obligando a los minias a pagar un doble tributo a Tebas. Heracles había cerrado además los dos grandes túneles que habían construido los minias en la antigüedad y por los que el río Cefiso desembocaba en el mar inundando así las ricas tierras de cereales de la llanura copaica[4]. Su propósito era inmovilizar a la caballería de los minias, su arma más formidable, y llevar la guerra a las montañas, donde podía luchar con ellos en igualdad de condiciones, pero como era amigo de todo la humanidad, posteriormente volvió a abrir los túneles. El templo de Heracles Atador de Caballos en Tebas conmemora un episodio de esta campaña: Heracles penetró de noche en el campamento minia, y despues de robar los caballos de los carros, a los que ató a árboles a una gran distancia, dio muerte a los soldados dormidos. Por desgracia, Anfitrión, su padre adoptivo, murió en el combate[5].

e. Cuando regresó a Tebas, Heracles dedicó un altar a Zeus Preservador; un león de piedra a Artemis Famosa, y dos imágenes de piedra a Atenea Ceñidora de Armas. Como los dioses no habían castigado a Heracles por haber maltratado a los heraldos de Ergino, los tebanos se atrevieron a honrarle con una estatua, llamada Heracles Cortador de Narices[6].

f. Según otra versión, Ergino sobrevivió a la derrota de los minias y fue uno de los argonautas que volvieron de Cólquide con el Vellocino de Oro.

Después de pasar muchos años recuperando su anterior prosperidad, se encontró rico, ciertamente, pero viejo y sin hijos. Un oráculo le aconsejó que pusiera un zapato nuevo en la reja del arado destartalado y él interpretó el consejo casándose con una esposa joven que le dio a Trofonio y Agamedes, los célebres arquitectos, y a Aceo[7].

1. La manera como trata Heracles a los heraldos minias es tan vil —pues a la persona de un heraldo se la considera universalmente sacrosanta cualquiera que sea la insolencia con que actúe— que en este caso tiene que representar a los conquistadores dorios de 1050 a. de C, quienes hacían caso omiso de todas las costumbres civilizadas.

2. Según Estrabón (ix.2.18) ciertos canales de piedra caliza naturales por los que corrían las aguas del Cefiso quedaban bloqueados a veces y otras abiertos por los terremotos; pero con el tiempo toda la llanura Copaica se convirtió en un pantano, a pesar de dos grandes túneles que habían abierto los minias de la edad de bronce —pelasgos minoizados— para hacer más eficaces los canales naturales. Sir James Frazer, quien hizo una visita a la llanura hace unos cincuenta años, descubrió que tres de los canales habían sido cerrados artificialmente con piedras en la antigüedad, quizá por los tebanos que destruyeron Orcómeno en 368 a. de C., pasaron a cuchillo a todos los habitantes varones y vendieron a las mujeres como esclavas (Pausanias: ix.15.3). Recientemente una compañía británica ha desecado los pantanos y devuelto la llanura a la agricultura.

3. Cuando la ciudad de Tebas se hallaba en peligro (véase 105.i y 106.j) el oráculo tebano exigía con frecuencia un pharmacos regio, pero sólo en una sociedad completamente patriarcal se habrían arrojado a la muerte Androclea y Alcis. Sus nombres, como los de las hijas de Erecteo, de las que se dice que se sacrificaron del mismo modo (véase 47.d), parecen ser títulos de Deméter y Perséfone, quienes exigían sacrificios de varones. Parecería que dos princesas «pagaron la pena en vez de» el rey sagrado —al que más tarde se le dio el nuevo nombre de Antípeno—, quien se negó a seguir el ejemplo de Meneceo. En este sentido la Esfinge saltó desde el risco y murió destrozada (vase 105.6).

4. «Heracles Atador de Caballos» puede referirse a su captura de las yeguas salvajes de Diomedes y todo lo que implicaba esta hazaña (véase 130.1).

5. Atenea Cefiidora de Armas era la Atenea primitiva que distribuía armas a sus hijos predilectos; en los mitos celtas y germanos la entrega de armas es una prerrogativa matriarcal ejercida oportunamente en un casamiento sagrado (véase 95.j).

122. LA LOCURA DE HERACLES

a. La derrota de los minias por Heracles lo convirtió en el más famoso de los héroes; y su recompensa fue casarse con la hija mayor del rey Creonte, Megara o Megera, y que se le designase protector de la ciudad; en tanto que Ificles se casó con la hija menor. Algunos dicen que Heracles tuvo dos hijos con Megara, otros que tuvo tres, cuatro y hasta ocho. Se los llama los Alcides[1].

b. Heracles venció luego a Pirecmes, rey de los eubeos, aliado de los minias, cuando marchó sobre Tebas; y difundió el terror en toda Grecia ordenando que su cuerpo fuera dividido por unos potros y abandonado sin enterrarlo junto al río Heracleo, en un lugar llamado los Potros de Pirecmes, que produce un eco como de relincho cuando beben allí los caballos[2].

c. Hera, ofendida por los excesos de Heracles, lo enloqueció. En primer lugar atacó a su querido sobrino Yolao, el hijo mayor de Ificles, quien consiguió escapar a sus violentas arremetidas; y luego, tomando por enemigos a seis de sus propios hijos, los mató y arrojó sus cuerpos al fuego, juntamente con otros dos hijos de Ificles con quienes realizaban ejercicios militares. Los tebanos celebran un festival anual en honor de las ocho víctimas. El primer día ofrecen sacrificios y arden fogatas durante toda la noche; el segundo día se realizan juegos fúnebres y al vencedor se le corona con mirto blanco. Los celebrantes se lamentan recordando el brillante futuro que estaba reservado a los hijos de Heracles. Uno iba a gobernar en Argos, ocupando el palacio de Euristeo, y Heracles le había puesto en los hombros su piel de león; otro iba a ser rey de Tebas y Heracles le había puesto en la mano derecha la maza de defensa, don engañoso de Dédalo; a un tercero se

le había prometido Ecalia, que Heracles asoló posteriormente; y para todos ellos se habían elegido las novias más selectas que significaban alianzas con Atenas, Tebas y Esparta. Heracles quería tanto a esos hijos que muchos niegan su delito y prefieren creer que fueron muertos a traición por sus huéspedes; por Lico quizá, o, como ha sugerido Sócrates, por Augías[3].

d. Cuando Heracles recobró la razón se encerró en una habitación oscura durante varios días, evitando toda comunicación con seres humanos y, después de ser purificado por el rey Tespio, fue a Delfos, para preguntar qué debía hacer. La Pitonisa, dirigiéndose a él por primera vez como Heracles y no como Palemón, le aconsejó que residiera en Tirinto, sirviera a Euristeo durante doce años y realizara los trabajos que le impusiese, en compensación por lo cual se le concedería la inmortalidad. Al oír esto, Heracles se sumió en una profunda desesperación, pues aborrecía servir a un hombre al que consideraba muy inferior a él, pero temía oponerse a la voluntad de su padre Zeus. Muchos amigos acudieron a consolarle en su angustia, y por fin, cuando el transcurso del tiempo había aliviado algo su dolor, se puso a disposición de Euristeo[4].

e. Sin embargo, algunos sostienen que Heracles no se volvió loco hasta su regreso del Tártaro; que mató a sus hijos; que mató también a Megara y que la Pitonisa le dijo entonces: «¡En adelante ya no te llamarás Palemón! ¡Febo Apolo te llama Heracles, pues por Hera gozarás de una fama imperecedera entre los hombres!», como si le hubiera hecho a Hera un gran servicio. Otros dicen que Heracles era amante de Euristeo y que realizó los doce trabajos para complacerle, y otros aún que se comprometió a realizarlos con la condición de que Euristeo anulase la sentencia de destierro dictada contra Anfitrión.

f. Se ha dicho que cuando Heracles salió para realizar sus trabajos Hermes le dio una espada, Apolo un arco y flechas bien afiladas, adornadas con plumas de águila, Hefesto un peto de oro y Atenea una túnica. O que Atenea le dio el peto y Hefesto las grebas de bronce y un yelmo adamantino. Se añade que Atenea y Hefesto rivalizaban entre ambos para beneficiar a Heracles; ella le dio goces y placeres pacíficos, y él protección contra los peligros de la guerra. El regalo de Posidón fue un tiro de caballos; el de Zeus un escudo magnífico e impenetrable. Muchas eran las

fábulas grabadas en el escudo en esmalte, marfil, electro, oro y lapislázuli; además, doce cabezas de serpiente grabadas alrededor del tachón entrechocaban sus mandíbulas siempre que Heracles se lanzaba a la batalla y aterraban a sus adversarios[5]. La verdad, no obstante, es que Heracles desdeñaba la armadura y, después de su primer trabajo, rara vez llevaba ni siquiera una lanza, y confiaba más bien en la clava, el arco y las flechas. Utilizaba poco la clava con punta de bronce que le había dado Hefesto y prefirió las que él mismo cortó de olivos silvestres, primeramente en el Helicón y luego en Nemea. A esta segunda clava la reemplazó posteriormente con una tercera, también de acebuche, en la costa del mar Sarónico; fue la clava que cuando visitó Trecén apoyó contra la imagen de Hermes. Echó raíces, brotó y es ahora un árbol majestuoso[6].

g. Su sobrino Yolao participó en los trabajos como su auriga o escudero[7].

1. La locura era la excusa griega clásica por el sacrificio de los niños (véase 27.e y 70.g); la verdad es que los niños que sustituían al rey sagrado (véase 42.2, 81.8 y 156.2) eran quemados vivos después de que él hubiese permanecido escondido durante veinticuatro horas en una tumba, simulando estar muerto, y reapareciendo luego para reclamar el trono una vez más.

2. La muerte de Pirecmes, partido en dos por caballos salvajes, resulta familiar (véase 71.1). El título Palemón de Heracles lo identifica con Melicertes de Corinto, quien fue divinizado con ese nombre; Melicertes es Melkarth, el Señor de la Ciudad, el Heracles tirio. Los ocho alcideos parecen haber sido miembros de un grupo que bailaba con espadas y cuya actuación, como la de los ocho que bailaban la danza morisca en la Comedia de la Navidad inglesa, terminaba con la resurrección de la víctima. El mirto era el árbol del decimotercer mes de veintiocho días y simbolizaba la partida; el acebuche, el árbol del primer mes, simbolizaba el comienzo (véase 119.2). Los ocho hijos de Electrión (véase 118.a) pueden haber formado un grupo análogo en Micenas.

3. Las relaciones homosexuales de Heracles con Hilas, Yolao y Euristeo y las descripciones de su lujosa armadura tienen por finalidad justificar la costumbre militar tebana. En el mito original habría amado a la hija de

Euristeo y no a Euristeo mismo. Sus Doce Trabajos, según señala Servio, fueron finalmente considerados equivalentes a los doce signos del Zodíaco, aunque Homero y Hesíodo no dicen que fueran doce, ni la serie de los trabajos corresponde a la de los signos. Como el Dios del Año celta, celebrado en la Canción de Amergin irlandesa, el Heracles pelasgo parece haber hecho un curso a lo largo de un año de trece meses. En el mito irlandés y gales los emblemas sucesivos eran: ciervo o toro, diluvio, viento, gotas de rocío, halcón, flor, fogata, lanza, salmón, colina, jabalí, rompiente, sierpe marina. Pero las aventuras de Gilgamesh en la epopeya babilonia se relacionan con los signos del zodíaco y el Heracles tirio tenía mucho en común con él. A pesar de Homero y Hesíodo, las escenas representadas en los escudos antiguos no parecen haber sido obras de arte deslumbradoras, sino toscos pictogramas que indicaban el origen y la categoría del propietario, rayados a lo largo de la faja en espiral que revestía cada escudo.

4. La ocasión en que los doce olímpicos hicieron regalos a Heracles fue sin duda su casamiento sagrado, y todos ellos debió entregárselos su novia sacerdotisa, Atenea, Auge, Yole o comoquiera que fuera su nombre, directamente o por medio de sus ayudantes (véase 81.1). Se armaba aquí a Heracles para sus trabajos, es decir, para sus combates rituales y sus hazañas mágicas.

123. EL PRIMER TRABAJO: EL LEÓN DE NEMEA

a. El primer trabajo que impuso Euristeo a Heracles cuando fue a residir en Tirinto fue el de matar y desollar al león de Nemea o de Cleonas, una fiera enorme con una piel a prueba del hierro, el bronce y la piedra[1].

b. Aunque algunos dicen que este león descendía de Tifón, o de la Quimera y el perro Ortro, otros dicen que Selene lo parió con un estremecimiento espantoso y lo dejó caer en la tierra sobre el monte Treto, cerca de Nemea, junto a una cueva de dos bocas; y que, como castigo por un sacrificio no realizado, hizo que devorara a su propia gente, y los que más sufrieron fueron los bambineanos[2].

c. Otros dicen que, por deseo de Hera, Selene creó al león con espuma de mar encerrada en un gran cofre, y que Iris lo ató con su ceñidor y lo llevó a las montañas nemeas. Éstas se llamaban así por el nombre de una hija de Asopo, o de Zeus y Selene; y todavía se muestra la cueva del león a unos tres kilómetros de la ciudad de Nemea[3].

d. Al llegar a Cleonas, entre Corinto y Argos, Heracles se alojó en la casa de un peón o pastor llamado Molorco, a cuyo hijo había matado el león. Cuando Molorco se disponía a ofrecer un carnero para propiciar a Hera, Heracles se lo impidió. «Espera treinta días —le dijo—. Si vuelvo a salvo, sacrifícalo a Zeus Salvador; si no vuelvo, ¡sacrifícamelo a mí como héroe!»

e. Heracles llegó a Nemea al mediodía, pero como el león había despoblado a la vecindad, no encontró a nadie que lo orientase, ni se veían rastros de la fiera. Primeramente registró el monte Apesas, llamado así por

Apesanto, un pastor al que había matado el león; aunque algunos dicen que Apesanto era un hijo de Acrisio, quien murió por haberle mordido una serpiente en el talón. Luego Heracles fue al monte Treto y al poco tiempo divisó al león que volvía a su guarida, salpicado con la sangre de la matanza del día[4]. Le lanzó una andanada de flechas, pero rebotaron en la espesa piel sin hacerle daño y el león se lamió las quijadas y bostezó. Luego Heracles utilizó la espada, que se dobló como si hubiera sido de plomo; finalmente levantó la clava y descargó con ella tal golpe contra el león en el hocico que el animal se introdujo en su cueva de doble boca sacudiendo la cabeza, no a causa del dolor, sin embargo, sino porque le zumbaban los oídos. Heracles, lanzando una triste mirada a su clava rota, cubrió con una red una de las entradas de la cueva y se introdujo en ella por la otra. Habiéndose dado cuenta de que el monstruo era inmune a todas las armas, se puso a luchar con él a brazo partido. El león le arrancó un dedo de un mordisco, pero, tomando su cabeza debajo del brazo, Heracles lo apretó hasta estrangularlo[5].

f. Llevando el cuerpo de la fiera en los hombros, Heracles volvió a Cleonas, adonde llegó al cabo de treinta días, y encontró a Molorco a punto de ofrecerle un sacrificio de héroe; en su lugar, ofrecieron juntos un sacrificio a Zeus Salvador. Una vez hecho eso, Heracles se cortó una nueva clava y, después de introducir varias modificaciones en los Juegos Nemeos que hasta entonces se celebraban en honor de Ofeltes, y de dedicarlos en cambio a Zeus, llevó el cuerpo del león a Micenas. Euristeo, pasmado y aterrado le prohibió volver a entrar en la ciudad; en el futuro debía exhibir los frutos de sus trabajos fuera de las puertas[6].

g. Durante un tiempo Heracles se quedó perplejo, sin saber cómo desollar al león, hasta que por inspiración divina se le ocurrió emplear las propias garras del animal, afiladas como navajas, y no tardó en poder llevar la piel invulnerable como armadura y la cabeza como yelmo. Entre tanto, Euristeo ordenó a sus herreros que le forjaran una urna de bronce, que ocultó bajo la tierra. En adelante, cada vez que le anunciaban la llegada de Heracles se refugiaba en esa urna y enviaba sus órdenes por medio de un heraldo, un hijo de Pélope llamado Copreo a quien había purificado de un asesinato[7].

h. Los honores que recibió Heracles de la ciudad de Nemea en agradecimiento por su hazaña los cedió posteriormente a sus fieles aliados de Cleonas, que lucharon a su lado en la guerra de Elea, donde murieron trescientos sesenta. En cuanto a Molorco, fundó la ciudad vecina de Molorquia, y plantó el Bosque Ñemeo, donde se realizan los Juegos Nemeos**[8]**.

i. Heracles no fue el único hombre que estranguló a un león en aquella época. Realizó la misma hazaña su amigo Filio como la primera de las tres tareas amorosas que le impuso Cicno, un hijo de Apolo e Hiria. Filio también tuvo que apresar vivas a varias aves monstruosas devoradoras de hombres, parecidas a los buitres, y después de luchar a brazo partido con un toro feroz, llevarlo al altar de Zeus. Una vez realizados los tres trabajos. Cicno exigió además un buey que Filio había ganado como premio en ciertos juegos fúnebres. Heracles aconsejó a Filio que se negase a hacer eso y le instó a que llegase a un acuerdo con Cicno, quien, desesperado, se arrojó a un lago, que desde entonces se llamó el lago cicneano. Su madre Hiria se mató del mismo modo y ambos fueron transformados en cisnes**[9]**.

1. El combate ritual del rey sagrado con fieras forma una parte corriente del ritual de la coronación en Grecia, Asia Menor, Babilonia y Siria, en el que cada animal representaba una estación del año. Su número variaba según el calendario. En un año de tres estaciones consistían, como la Quimera, en el león, la cabra y la serpiente (véase 75.2), y de aquí la afirmación de que el león de Citerón era hijo de la Quimera y de Ortro, o sea Sirio (véase 34.j); o de toro, león y serpiente, que eran los cambios estacionales de Dioniso (véase 27.4), según las Bacantes de Eurípides; o el león, el caballo y el perro, como las cabezas de Hécate (véase 31.7). Pero en un año de cuatro estaciones habrán sido el toro, el carnero, el león y la serpiente, como las cabezas de Panes (véase 2.b) descritas en el Fragmento Órfico 63; o el toro, el león, el águila y el serafín, como en la visión de Ezequiel (Ezequiel i); o, más sencillamente, el toro, el león, el escorpión y la hidra, los cuatro signos del Zodíaco, que caían en los equinoccios y solsticios. Estos cuatro últimos parecen ser, a juzgar por los trabajos primero, cuarto, séptimo y undécimo, los animales con los que luchó

Heracles; aunque el jabalí ha reemplazado al escorpión, pues éste sólo se conserva en la fábula de Orion, otro Heracles, a quien se le ofreció una princesa en matrimonio si mataba a ciertas fieras (véase 4l.a-d). La misma situación se repite en la fábula de Cicno y Filio —con su rara sustitución de la serpiente por buitres—, aunque Ovidio y Antoninus Liberalis le han impuesto un rasgo homosexual. Teóricamente, al domar a esos animales el rey obtenía el dominio de las estaciones del año regidas por ellos. En Tebas, la ciudad natal de Heracles, la diosa Esfinge gobernaba un año de dos estaciones; era una leona con alas y cola de serpiente (véase 105.3); de aquí que él llevara piel y máscara de león, más bien que una máscara de toro como Minos (véase 98.2). El león aparecía con los otros animales del calendario en el arco de la luna nueva, una ilustración que, según parece, dio origen a la fábula de Noé y el Diluvio y a la de Dioniso y los piratas (véase 27.5); de aquí que se dijera que lo creó Selene («la Luna»).

2. Focio niega que Heracles perdiera un dedo en la lucha con el león; Tolomeo Hefestiono dice (Nova Historia ii) que le envenenó una pastinaca (véase 171.3). Pero es más probable que él mismo se lo arrancase de un mordisco para aplacar a las ánimas de sus hijos, como hizo Orestes cuando le perseguían las Erinias de su madre. Otra cueva de dos bocas se menciona incidentalmente en la Odisea xiii.103 y ss., como una cerca de la cual Odiseo durmió por primera vez a su regreso a Ítaca frente a la bahía de Forcis. Su entrada septentrional era para los hombres y la meridional para los dioses; y contenía jarrones de dos asas utilizados como colmenas, jofainas de piedra y abundante agua de manantial. Había también telares de piedra (¿estalactitas?) en los que las náyades tejían telas de púrpura. Si Porfirio (Sobre la Cueva de las Ninfas) estaba en lo cierto al decir que en esta cueva se practicaban los ritos de la muerte y el renacimiento divino, las jofainas servían para la sangre y el agua para la lustración. Las tinajas serían en ese caso urnas para la inhumación sobre las que las almas revoloteaban como abejas (véase 90.3) y las Náyades (hijas del dios de la Muerte Forcis u Orco) serían las Parcas que tejían vestimentas con las marcas del clan regio para que se las pusiera el renacido (véase 10.i). La cueva del león de Nemea tiene dos bocas porque este primer trabajo inició el viaje de Heracles hacia su muerte ritual, después de la cual se hace inmortal y se casa con la diosa Hebe.

3. La muerte de trescientos sesenta cleonianos indica un misterio del calendario, pues éste es el número de días del año sagrado egipcio, excluyendo a los cinco separados en honor de Osiris, Isis, Nephthys, Set y Horus. Las modificaciones que hizo Heracles en los Juegos Nemeos pueden haber implicado un cambio en el calendario local.

4. Si el rey de Micenas, como el enemigo de Orion, Enopio de Hiria (véase 41.c), se refugió en una urna de bronce bajo tierra y salió de ella sólo después de haber pasado el peligro, sin duda simulaba anualmente una muerte mientras su sustituto reinaba durante un día, y luego reaparecía. Los hijos de Heracles figuraban entre esos sustitutos (véase 122.l).

5. Apesanto era uno de varios héroes primitivos a los que había mordido una víbora en el talón (véase 177.1). Se le puede identificar con Ofeltes (véase 106.g) de Nemea, aunque no se dice qué parte del cuerpo de Ofeltes mordió la serpiente.

124. EL SEGUNDO TRABAJO: LA HIDRA DE LERNA

a. El segundo trabajo impuesto por Euristeo fue la muerte de la Hidra de Lerna, un monstruo nacido de Tifón y Equidna y criado por Hera como una amenaza para Heracles[1].

b. Lerna se halla junto al mar, a unos ocho kilómetros de la ciudad de Argos. Al oeste se alza el monte Pontino, con su bosque sagrado de plátanos que se extiende hasta el mar. En este bosque, limitado en un lado por el río Pontino —junto al cual Dánao dedicó un altar a Atenea— y el otro por el río Amimone se hallan las imágenes de Deméter, Dioniso el Salvador y Prosimna, una de las nodrizas de Hera; y en la costa una imagen de piedra de Afrodita, dedicada por las Danaides. Todos los años se realizan en Lerna ritos nocturnos secretos en honor de Dioniso, quien descendió al Tártaro en este lugar cuando fue en busca de Sémele; y no lejos de allí se celebran los misterios de la Deméter lernea en un recinto que señala el lugar donde Hades y Perséfone descendieron también al Tártaro[2].

c. Este distrito fértil y sagrado estuvo en un tiempo aterrorizado por la Hidra, que tenía su guarida bajo un plátano en la fuente séptuple del río Amimona y frecuentaba el insondable pantano lerneo de las cercanías —recientemente el emperador Nerón trató de sondearlo y fracasó—, tumba de muchos viajeros incautos[3]. La Hidra tenía un cuerpo prodigioso parecido al del perro, y ocho o nueve cabezas serpentinas, una de ellas inmortal; pero algunos le atribuyen cincuenta, o un centenar, o inclusive diez mil cabezas. De todos modos era tan venenosa que su solo aliento, o el olor de su rastro, podía destruir la vida[4].

d. Atenea había reflexionado acerca de cómo Heracles podía matar mejor al monstruo y, cuando él llegó a Lerna, conducido en su carro por Yolao, le indicó dónde estaba la guarida de la Hidra. Por consejo de la diosa, obligó a la Hidra a salir arrojándole flechas ardientes y luego contuvo el aliento mientras la atrapaba. Pero el monstruo se le enroscó en los pies, en un esfuerzo para hacerlo caer. En vano le golpeaba Heracles las cabezas con su clava, pues tan pronto como aplastaba una surgían dos o tres en su lugar**[5]**.

e. Un enorme cangrejo salió del pantano para ayudar a la Hidra y mordió a Heracles en el pie; Heracles le aplastó furiosamente la concha y gritó pidiendo la ayuda de Yolao. Yolao incendió una parte del bosque y luego, para impedir que brotaran nuevas cabezas a la Hidra, chamuscó sus raíces con ramas ardientes y así contuvo el flujo de la sangre**[6]**.

f. Utilizando una espada, o una cimitarra de oro, Heracles cortó la cabeza inmortal, parte de la cual era de oro, y la enterró, todavía silbante, bajo una pesada roca junto al camino que conducía a Elco. Le sacó las entrañas al cadáver y empapó sus flechas en la bilis. En adelante la menor herida causada por una de ellas era invariablemente mortal.

g. En recompensa por los servicios del cangrejo, Hera puso su imagen entre los doce signos del Zodíaco; pero Euristeo no quiso contar este trabajo como realizado debidamente, porque Yolao había proporcionado las teas**[7]**.

1. La Hidra de Lerna tenía perplejos a los mitógrafos clásicos. Pausanias sostenía que podía haber sido muy bien una serpiente de agua gigantesca y venenosa; pero que «Pisandro fue el primero que dijo que tenía muchas cabezas, pues quería que pareciera más aterradora y, al mismo tiempo, aumentar la dignidad de sus propios versos» (Pausanias: ii.37.4). Según el evemerístico Servio (sobre la Eneida de Virgilio vi.287), la Hidra era un manantial de ríos subterráneos que solían irrumpir al exterior e inundar el territorio; si uno de sus numerosos cauces quedaba cerrado, el agua surgía por otra parte, por lo que Heracles primeramente utilizó el fuego para secar la tierra y luego cerró los cauces.

2. En la versión anterior de este mito Heracles, como aspirante a la dignidad de rey, es probable que luchara sucesivamente con un toro, un león y un jabalí o escorpión, y luego se sumergiera en un lago para conseguir el oro del monstruo acuático que vivía en su fondo. Jasón tuvo que realizar trabajos muy parecidos y el papel de ayudante desempeñado por Medea se atribuye en este mito a Atenea, como futura novia de Heracles. Aunque la Hidra recuerda a la serpiente marina que Perseo mató con una cimitarra de oro, o sea, la hoz de la luna nueva, era un monstruo de agua dulce, como la mayoría de los mencionados por los mitógrafos irlandeses y galeses —piastres o avancs (véase 148.5)— y como el que se describe en el epíteto homérico para Lacedemón, a saber, cetoessa «del monstruo acuático», que sin duda frecuentaba algún charco profundo del Eurotas (véase 125.3). El cuerpo parecido al del perro es una reminiscencia del monstruo marino Escila (véase 16.2) y de un monstruo de siete cabezas (en un sello cilindrico babilonio posterior) que mata el héroe Gilgamesh. Los astrólogos han introducido al cangrejo en la fábula para hacer que los Doce Trabajos de Heracles correspondan con los Signos del Zodíaco, pero propiamente debía haber figurado en su lucha con el león de Nemea, el siguiente signo.

3. Este mito ritual se ha unido al de las Danaidas, que eran las antiguas sacerdotisas acuáticas de Lerna. El número de cabezas atribuido a la Hidra varía inteligiblemente: como un colegio de sacerdotisas, tenía cincuenta cabezas; como el pulpo sagrado, disfraz adoptado por Tetis —quien también tenía un colegio de cincuenta sacerdotisas (véase 81.l)—, tenía ocho brazos serpentinos que terminaban en cabezas, y otra cabeza en el tronco, que en conjunto hacían nueve en honor de la diosa Luna; cien cabezas sugieren las centurias o grupos de guerra, que irrumpieron en Argos desde Lerna; y diez mil es un embellecimiento típico de Eurípides, quien tenía poca conciencia como mitógrafo. En las monedas griegas la Hidra tiene habitualmente siete cabezas: sin duda una referencia a los siete desagües del río Amimone.

4. La destrucción de la Hidra por Heracles parece referirse a un acontecimiento histórico: la tentativa de suprimir los ritos de la fertilidad en Lerna. Pero nuevas sacerdotisas aparecían siempre en el bosque de plátanos —el plátano indica la influencia religiosa cretense, lo mismo que el pulpo— hasta que los aqueos, o quizás los dorios, lo incendiaron. Es evidente que originalmente Deméter formaba una tríada con Hécate como Anciana,

llamada aquí Prosimna, «dirigida con himnos», y Perséfone la Doncella; pero la Sémele de Dioniso (véase 27.k) desalojó a Perséfone. Existía en la costa un culto aparte a Afrodita-Tetis.

125. EL TERCER TRABAJO: LA CIERVA DE CERINIA

a. El tercer trabajo de Heracles consistió en apoderarse de la Cierva de Cerinia y llevarla viva de Énoe a Micenas. Este animal veloz y moteado tenía patas de bronce y cuernos de oro como los de un ciervo, por lo que algunos dicen que era un ciervo[1]. Estaba consagrada a Artemis, quien, cuando era niña, vio cinco ciervas, más grandes que toros, paciendo en las orillas del río tesalio de guijarros negros llamado el Anauro, al pie de los Mintes Parrasios; el sol centelleaba en sus cuernos. Corriendo en su persecución, se apoderó de cuatro de ellas, una tras otra, con sus propias manos, y las unció a su carro; la quinta huyó a través del río Celadón a la Colina Cerinia, tal como había previsto Hera, quien ya pensaba en los trabajos de Heracles. Según otra versión, esta cierva era un monstruo indómito que solía hacer estragos en los campos y al que Heracles, tras una dura lucha, sacrificó a Artemis en la cumbre del monte Artemisio[2].

b. Poco dispuesto a matar o herir a la cierva, Heracles realizó este trabajo sin ejercer la menor fuerza. La persiguió incansablemente durante todo un año, y esa cacería lo llevó hasta Istria y el País de los Hiperbóreos. Cuando, agotada por fin, la cierva se refugió en el monte Artemisio, y desde allí descendió al río Ladón, Heracles disparó una flecha con la que le sujetó las patas delanteras haciéndola pasar entre el hueso y el tendón sin derramar sangre. Luego la recogió, se la puso sobre los hombros y se apresuró a volver por la Arcadia a Micenas. Sin embargo, algunos dicen que empleó redes; o que siguió la pista de la cierva hasta que la encontró dormida bajo un árbol. Ártemis salió al encuentro de Heracles y le reprendió por haber

maltratado a su animal sagrado, pero él alegó que le había sido necesario hacerlo y echó la culpa a Euristeo. Así aplacó la ira de la diosa, quien le dejó que llevara la cierva viva a Micenas[3].

c. Otra versión de la fábula es que esta cierva era la que la pléyade Táigete, hermana de Alcíone, había dedicado a Ártemis en agradecimiento por haberla transformado temporalmente en cierva y haber podido eludir así los abrazos de Zeus. Sin embargo, a Zeus no se le podía engañar durante mucho tiempo y tuvo con ella a Lacedemón; inmediatamente ella se ahorcó en la cumbre del monte Amicleo, que en adelante se llamó monte Taigeto. La sobrina y homónima de Táigete se casó con Lacedemón y tuvo con él a Hímero, a quien Afrodita hizo que violara sin saberlo a su hermana Cleódice, una noche de jarana promiscua. Al día siguiente, cuando supo lo que había hecho, Hímero se arrojó al río, al que a veces se denomina con su nombre, y no se le volvió a ver; pero con más frecuencia se llama al río Eurotas[4], porque el predecesor de Lacedemón, el rey Eurotas, habiendo sufrido una derrota ignominiosa por los atenienses —por no haber querido esperar a la luna llena para librar la batalla— se ahogó en sus aguas. Eurotas, hijo de Miles, el inventor de los molinos de agua, era padre de Amidas y abuelo de Jacinto y Eurídice, quien se casó con Acrisio[5].

1. Este tercer trabajo es de una clase diferente de la mayoría de los otros. Históricamente puede referirse a la toma por los aqueos de un templo en que se adoraba a Ártemis como Elafio («parecida a la cierva»); las cuatro ciervas de su carro representan a los años de la Olimpiada y a la terminación de cada una se perseguía hasta matarla a una víctima vestida con piel de venado (véase 22.1). En todo caso se dice que Elafio fue la nodriza de Ártemis, lo que significa que era Ártemis misma (Pausanias: vi.22.II). Míticamente, sin embargo, el trabajo parece concernir a Heracles el Dáctilo (véase 52.3), identificado por los galos con Ogmius (Luciano: Heracles i), quien inventó el alfabeto Ogham y todo el saber de los bardos (véase 132.3). La caza de la cierva, o corza, simbolizaba la persecución de la Sabiduría, y se la encuentra, según la tradición mística irlandesa, refugiada bajo un manzano silvestre (Diosa Blanca, página 285). Esto

explicaría por qué nadie dice, con excepción del mal informado Eurípides, que Heracles hiciera daño alguno a la corza, sino que la persiguió infatigablemente y sin interrupción, durante un año entero, hasta el País de los Hiperbóreos, expertos en esos mismos misterios. Según Pollux, a Heracles le llamaban Melón («de manzanas») porque le ofrecían manzanas probablemente en agradecimiento por su sabiduría; pero esa sabiduría la adquirió solamente con la muerte, y su persecución de la cierva, como su visita al Jardín de las Hespérides, fue en realidad un viaje al Paraíso celta. Zeus había perseguido también a Táigete, que era hija de Atlante, en consecuencia un personaje no helénico.

2. En Europa solamente el reno tiene cuernos, y noticias acerca de ellos pueden haber llegado desde el Báltico por la Ruta del Ámbar; el reno, a diferencia de los otros venados, puede naturalmente ser uncido a un carro.

3. El ahogamiento del hijo de Táigete, Hímero, y de su suegro Eurotas, sugiere que a los reyes primitivos de Esparta se los sacrificaba habitualmente al monstruo acuático Eurotas, arrojándolos, envueltos en ramas, a un estanque profundo. Así se hizo, al parecer, con Tántalo (véase 108.3), otro hijo de Táigete (Higinio: Fábula 82). Lacedemón significa «demonio del lago» (véase 124.2) y Laconia es el dominio de Lacona («dama del lago»), cuya imagen fue rescatada de los invasores dorios por un tal Préugenes y llevada a Pairas en Acaya (Pausanias: vii.20.4). Las metamorfosis de Táigete parecen basarse en que los conquistadores aqueos de Esparta se llamaban a sí mismos Zeus y a sus esposas Hera. Cuando Hera llegó a ser adorada como vaca, el culto lélege de Artemis Corza fue suprimido. Quizá se celebrara un casamiento ritual entre Zeus como toro y Hera como vaca, lo mismo que en Creta (véase 90.7).

4. Noches de jarana promiscua se realizaban en varios Estados griegos (véase 44.a) y durante las fiestas Albanas en Roma; era una concesión a las costumbres sexuales arcaicas que precedieron a la monogamia.

126. EL CUARTO TRABAJO: EL JABALÍ DE ERIMANTO

a. El cuarto trabajo impuesto a Heracles consistió en capturar vivo al Jabalí de Erimanto, animal feroz y enorme que frecuentaba las laderas cubiertas de cipreses del monte Erimanto y los matorrales del monte Lampea en Arcadia; y hacía estragos en la región que rodeaba a Psófide[1]. El monte Erimanto se llama así por un hijo de Apolo al que había cegado Afrodita porque la había visto bañarse desnuda; Apolo se vengó transformándose en un jabalí y mató a Adonis, el amante de Afrodita. Sin embargo, la montaña está consagrada a Artemis[2].

b. Heracles, al pasar por Fóloe en su viaje al Erimanto —donde mató a Sauro, un bandido cruel— fue agasajado por el centauro Folo, hijo de Sileno con una de las ninfas del fresno. Folo sirvió a Heracles carne asada, pero él prefería la cruda y no se atrevió a abrir el cántaro de vino comunal de los centauros hasta que Heracles le recordó que era el mismo cántaro que, cuatro generaciones antes, Dioniso había dejado en la cueva precisamente para aquella ocasión[3]. Los centauros se enojaron cuando olieron el vino fuerte. Armados con grandes rocas, abetos desarraigados, teas y hachas de carnicero, irrumpieron en la cueva de Folo. Cuando Folo se ocultó aterrado, Heracles rechazó audazmente a Aquio y Agrio, sus dos primeros atacantes, con una descarga de teas[4]. Néfele, la abuela nublosa de los centauros, hizo que cayera un fuerte chaparrón que aflojó la cuerda del arco de Heracles y dejó el piso resbaladizo. A pesar de ello Heracles se mostró digno de sus hazañas anteriores y mató a varios centauros, entre ellos a Orio e Hileo. Los otros huyeron a Malea, donde se acogieron a la

protección de su rey Quirón, quien había sido arrojado del monte Pelión por los lapitas[5].

c. Una flecha arrojada por el arco de Heracles atravesó el brazo de Élato y se clavó temblando en la rodilla de Quirón. Apenado por el accidente sufrido por su viejo amigo, Heracles le extrajo la flecha y aunque Quirón mismo proporcionó vulnerarios para curar la herida, resultaron inútiles y se retiró gritando a la cueva; pero no podía morir, porque era inmortal. Prometeo se ofreció más tarde a aceptar la inmortalidad en su lugar y Zeus aprobó ese arreglo; pero algunos dicen que Quirón prefirió la muerte no tanto por el dolor que sufría como porque ya estaba cansado de su larga vida[6].

d. Los centauros huyeron en varias direcciones: unos con Euritión a Fóloe; otros con Neso al río Eveno; algunos al monte Malea, y otros más a Sicilia, donde los destruyeron las Sirenas. Posidón recibió a los restantes en Eleusis y los ocultó en una montaña. Entre los que Heracles mató posteriormente estaba el arcadio Hómado, que había tratado de violar a Alcíone, la hermana de Éuristeo; vengando así noblemente una ofensa inferida a un enemigo, Heracles conquistó gran fama[7].

e. Entretanto, Folo, mientras enterraba a sus parientes muertos, extrajo una de las flechas de Heracles y la examinó. «¿Cómo una criatura tan robusta pudo sucumbir por un mero rasguño?», se preguntaba. Pero la flecha se le deslizó de los dedos, le atravesó el pie y lo mató. Inmediatamente Heracles interrumpió la persecución y volvió a Fóloe, donde enterró a Folo con honores extraordinarios al pie de la montaña que había recibido su nombre. Fue en esa ocasión cuando el río Anigro adquirió el mal olor que ahora tiene desde su fuente misma en el monte Lapito, porque un centauro llamado Pilenor, a quien Heracles había herido con una flecha, huyó a lavarse su herida en él. Sin embargo, algunos sostienen que Melampo había causado el hedor algunos años antes arrojando en el Anigro los objetos pestilentes utilizados para purificar a las hijas de Preto[8].

f. Heracles partió luego para cazar al jabalí por las orillas del río Erimanto. Apresar con vida a un animal tan salvaje era una tarea de una dificultad extraordinaria; pero él lo desalojó de un matorral con fuertes gritos, le hizo ir a un profundo ventisquero y allí saltó sobre su lomo. Lo ató

con cadenas y lo llevó vivo a hombros hasta Micenas; pero cuando supo que los argonautas se reunían para su viaje a Cólquide dejó el jabalí fuera de la plaza del mercado y, en vez de esperar nuevas órdenes de Euristeo, que estaba oculto en su tinaja de bronce, salió con Hilas para unirse a la expedición. No se sabe quién mató al jabalí capturado, pero sus colmillos se conservan en el templo de Apolo en Cumas**[9]**.

g. Según algunas versiones, Quirón fue herido accidentalmente por una flecha que le atravesó el pie izquierdo mientras él, Folo y el joven Aquiles agasajaban a Heracles en el monte Pelión. Nueve días después Zeus colocó la imagen de Quirón entre las estrellas como el Centauro. Pero otros sostienen que el Centauro es Folo, quien fue honrado por Zeus así porque superaba a todos los hombres en el arte de profetizar valiéndose de las visceras. El Arquero del Zodíaco es también un centauro: Croto, quien vivía en el monte Helicón y era muy querido por sus hermanas adoptivas, las Musas**[10]**.

1. Los jabalíes estaban consagrados a la Luna a causa de sus colmillos en forma de media luna y parece que el heredero que mataba y castraba a su mellizo el rey sagrado se disfrazaba de jabalí cuando lo hacía (véase 18.7 y 151.2). El ventisquero en que fue vencido el Jabalí de Erimanto indica que este trabajo se realizó en el solsticio hiemal. Aquí Heracles es el niño Horus y venga la muerte de su padre, Osiris, en su tío Set, quien se presenta disfrazado de jabalí; la prohibición egipcia de comer carne de jabalí se levantaba sólo en el Solsticio hiemal. La ceremonia yuletida de la cabeza de jabalí tenía su origen en este mismo triunfo del nuevo rey sagrado sobre su rival. Adonis es asesinado para vengar la muerte de Erimanto, el heredero del año anterior, cuyo nombre, «adivinando mediante la suerte», indica que fue elegido echando suertes para matar al rey sagrado. Como el monte Erimanto estaba consagrado a Ártemis, y no a Afrodita, tuvo que ser Ártemis quien se bañó, y el rey sagrado, y no su heredero, quien la vio hacerlo (véase 22.i).

2. Es probable que la batalla de Heracles con los centauros, como la batalla análoga en la boda de Pirítoo (véase 102.2) representara originalmente el combate ritual entre un rey recientemente instalado y sus

adversarios con disfraz de animales. Sus armas tradicionales eran las flechas, una de las cuales, para establecer su soberanía, disparaba hacia cada una de las cuatro partes del firmamento, y una quinta directamente al aire. Quizá este mito es también un testimonio de las guerras fronterizas entre los helenos y los montañeses prehelenos de la Grecia septentrional.

3. Flechas envenenadas que caían en, o eran disparadas contra, una rodilla o un pie causaron la muerte no sólo de Folo y Quirón, sino también de Aquiles, el discípulo de Quirón (véase 92.10 y 164.;), todos ellos reyes sagrados de Magnesia, cuyas almas recibían naturalmente las sirenas. La presencia de centauros en Malea se deriva de una tradición local según la cual Sileno, el padre de Folo, nació allí (Pausanias: iii.25.2); a los centauros se los representaba con frecuencia como mitad cabras más bien que como mitad caballos. Su presencia en Eleusis, donde Posidón los ocultó en una montaña, indica que cuando el iniciado en los misterios celebraba un casamiento sagrado con la diosa intervenían en la ceremonia bailarines vestidos de caballos.

127. EL QUINTO TRABAJO: LOS ESTABLOS DE AUGÍAS

a. El quinto trabajo de Heracles consistió en limpiar en un día los sucios establos del rey Augías. Euristeo se imaginaba alegremente el asco que sentiría Heracles al tener que cargar el estiércol en cestos y llevarlos lejos de allí en hombros. Augías, rey de Elide, era hijo de Helio o Eleo y Naupidame, hija de Anfidamante; o, según dicen algunos, de Ifíboe. Otros dicen que era hijo de Posidón. En manadas y rebaños era el hombre más rico de la tierra, pues, por designio divino, los suyos eran inmunes a todas las enfermedades e inimitablemente fértiles, y además no malparían jamás. Aunque en casi todos los casos producían hembras, Augías contaba, no obstante, con trescientos toros negros con patas blancas y doscientos toros sementales rojos; además con doce magníficos toros plateados consagrados a su padre Helio. Estos doce defendían a sus rebaños contra las fieras que merodeaban por allí, provenientes de las colinas boscosas[1].

b. Ahora bien, en los establos y los rediles de Augías no habían recogido el estiércol desde hacía muchos años, y aunque el hedor apestoso no afectaba a los animales mismos, difundía su pestilencia por todo el Peloponeso. Además, los prados del valle estaban cubiertos por una capa de estiércol tan espesa que no se los podía arar para cultivar los cereales[2].

c. Heracles saludó a Augías desde lejos y se comprometió a limpiar los establos antes del anochecer, a cambio de la décima parte del ganado. Augías rió incrédulamente y llamó a Fileo, su hijo mayor, para que fuese testigo del ofrecimiento de Heracles. «Jura que realizarás el trabajo antes del anochecer», exigió Fileo. El juramento que hizo Heracles en nombre de

su padre fue el primero y el último que hizo durante toda su vida. Augías juró también que cumpliría su parte del trato. En aquel momento Faetonte, el guía de los doce toros blancos, atacó a Heracles confundiéndolo con un león; Heracles le asió por el cuerno izquierdo, le obligó a bajar el cuello y lo derribó por la fuerza[3].

d. Por consejo del eleo Menedemo y con la ayuda de Yolao, Heracles primeramente abrió la pared de los establos en dos lugares y luego desvió los ríos vecinos Alfeo y Penco, o Menio, de modo que sus aguas corrieron a través de los establos, los limpiaron y luego limpiaron también los rediles y los pastos del valle. Así Heracles realizó este trabajo en un solo día, saneando el territorio y sin siquiera mancharse el dedo meñique. Pero Augías, al enterarse por Copreo de que Heracles había limpiado los establos por orden de Euristeo, se negó a pagarle la recompensa y hasta se atrevió a negar que Heracles había cerrado un trato[4].

e. Heracles sugirió que se sometiese el caso a un arbitraje, pero cuando los jueces ocuparon sus asientos y Fileo, citado por Heracles, testimonió la verdad, Augías se levantó irritado y los expulsó a ambos de Elide afirmando que le había engañado Heracles, pues los dioses fluviales, y no él, habían hecho el trabajo. Para empeorar las cosas, Euristeo no quiso contar este trabajo como uno de los doce, porque Heracles había estado a sueldo de Augías.

f. Fileo fue luego a Duliquio, y Heracles a la corte de Dexámeno, rey de Oleno, a cuya hija Mnesímaca liberó posteriormente del centauro Euritión.

1. Este mito confuso parece fundarse en la leyenda de que a Heracles, como a Jasón, se le ordenó que domase dos toros, los unciese, limpiase una colina cubierta con matorrales y luego la arase, sembrase y recogiese la cosecha en un solo día: las tareas habituales que se imponían a un candidato a la dignidad de rey (véase 152.3). En este caso la colina tenía que ser limpiada, no de árboles y piedras, como en las versiones celtas del mito, sino de estiércol, probablemente porque el nombre del heraldo de Euristeo que transmitió la orden era Copreo («hombre del estiércol»). Sir James Frazer, comentando a Pausanias (v.10.9), cita un cuento escandinavo, «El

ama», en el que un príncipe que desea conquistar a la hija de un gigante tiene que limpiar primeramente tres establos. Por cada horquilla de estiércol que extrae reaparecen diez. La princesa le aconseja entonces que de vuelta a la horquilla y utilice el mango. Así lo hace, y pronto quedan limpios los establos. Frazer sugiere que en la versión original Atenea puede haber dado a Heracles el mismo consejo; más probablemente, no obstante, el cuento escandinavo es una variante de este Trabajo. El ganado de Augías no viene al caso en la fábula, excepto para explicar la gran cantidad de estiércol que había que sacar. El estiércol del ganado, como demuestra el mito, no era apreciado por los agricultores griegos. Hesíodo, en sus Trabajos y Días, no lo menciona; y H. Mitchel (Economics of Anciens Greece) demuestra que el apacentamiento del ganado en las tierras en barbecho estaba prohibido en varios arrendamientos antiguos. El perro Argo de Odiseo se acostaba, ciertamente en un estercolero utilizado para abonar las tierras (Odisea xvii.299), pero dondequiera que pueda haber sido escrita la Odisea —y ciertamente no lo fue en el continente griego— las referencias a la agricultura y a la arboricultura indican una supervivencia de la práctica cretense. Según algunos mitógrafos, Augías era hijo de Eleo, que significa nada más que rey de Elide; según otros, era hijo de Posidón, lo que sugiere que era eolio. Pero aquí se confunde Eleo con Helio, el dios Sol corintio; y en consecuencia se atribuye a Augías un rebaño de ganado sagrado, como el que poseía Sísifo (véase 67.1). El número de cabezas de esos rebaños era 350, que representaba doce lunaciones completas menos los cinco días de fiesta sagrados del año egipcio (véase 42.1). Que se trataba de ganado lunar lo demuestran sus colores, rojo, blanco y negro (véase 90.3); y los toros blancos representan esas doce lunaciones: estos ganados sagrados se robaban con frecuencia —como hizo el mismo Heracles en su décimo trabajo— y la consecuencia de su disputa con Augías fue que consiguió también esos doce toros.

2. El quinto trabajo, que propiamente se relaciona sólo con las tareas del arado, la siembra y la recolección de la cosecha, de hecho ha sido confundido con otros dos: el décimo, o sea el robo de los bueyes de Gerión, y el séptimo, o sea la captura del toro blanco de Posidón en Creta, el cual, sin embargo, no fue utilizado para arar. En el culto de Posidón —de quien se dice también que era el padre de Augías— los jóvenes luchaban con toros, y la lucha de Heracles con Faetonte, como la de Teseo con el

Minotauro, se comprende mejor como un rito de la coronación: mediante el contacto mágico con el cuerno del toro se adquiría la capacidad de fertilizar la tierra y ganaba el título de Potidan, o Posidón, que se daba al amante elegido de la diosa Luna. De igual modo, en una disputa amorosa, Heracles luchó con el río Aqueloo, representado como un hombre con cabeza de toro, y le rompió su cornucopia (véase 141.d). La desviación del Alfeo indica que la ilustración de la que se ha deducido este episodio mostraba a Heracles retorciendo al toro de Creta por los cuernos, a la orilla de un río donde pacía numeroso ganado. Se confundió a este toro con un dios fluvial y se interpretó la escena como significando que había desviado el río para limpiar los campos con el fin de que se pudiesen arar.

128. EL SEXTO TRABAJO: LAS AVES ESTINFÁLIDAS

a. El sexto trabajo de Heracles consistió en extirpar a las innumerables aves de pico, alas y garras de bronce y devoradoras de hombres, consagradas a Ares, que, asustadas por los lobos del Barranco de los Lobos en el camino de Orcómene, habían huido al Pantano de Estínfalo[1]. Allí procreaban y andaban por el agua junto al río del mismo nombre y de vez en cuando remontaban el vuelo en grandes bandadas para matar a hombres y animales descargando una lluvia de plumas de bronce y al mismo tiempo un excremento venenoso que arruinaba las mieses.

b. Cuando llegó al pantano, al que rodeaba un espeso bosque, Heracles se vio en la imposibilidad de ahuyentar a las aves con flechas, pues eran demasiado numerosas. Además, el pantano no parecía lo bastante sólido para que un hombre pudiera caminar por él, ni lo bastante líquido para utilizar una embarcación. Mientras Heracles permanecía en la orilla sin saber qué hacer Atenea le dio un par de címbalos de bronce hechos por Hefesto; o quizá fuera una matraca. Desde una estribación del monte Cilene, que domina el pantano, Heracles tocó los címbalos, o sacudió la matraca, produciendo tal estrépito que las aves levantaron el vuelo formando una gran bandada y enloquecidas por el terror. Derribó a muchas de ellas mientras volaban frente a la isla de Ares en el Mar Negro, donde más tarde las encontraron los argonautas; algunos dicen que Heracles iba con los argonautas en esa ocasión y mató a muchas más de esas aves[2].

c. Las aves estinfálidas son del tamaño de las grullas y se parecen mucho a los ibis, sólo que sus picos pueden atravesar un peto de metal y no

son encorvados. También se crían en el desierto de Arabia y allí causan todavía más daño que los leones y los traspasan. Los cazadores árabes han aprendido a llevar corazas protectoras de corteza trenzada, en las que se enredan los picos mortales, pudiendo ellos asir y retorcer los cuellos de sus atacantes. Es posible que una bandada de esas aves emigrara de Arabia al pantano de Estínfalo y éste diera su nombre a toda la especie[3].

d. Según algunas versiones, las llamadas Aves Estinfálidas eran mujeres: hijas de Estínfalo y Ornis, a quienes mató Heracles porque le negaron la hospitalidad. En Estínfalo, en el antiguo templo de Ártemis Estinfálida, hay imágenes de esas aves colgadas del techo, y detrás del edificio hay estatuas de doncellas con patas de ave. Allí también Témeno, un hijo de Pelasgo, fundó tres templos en honor de Hera; en el primero se la adoraba como Niña, pues Témeno la había criado; en el segundo como Novia, porque se casó con Zeus; y en el tercero como Viuda, porque había repudiado a Zeus y se había retirado a Estínfalo[4].

1. Aunque Atenea sigue ayudando a Heracles, este trabajo no pertenece a la serie de tareas relacionadas con el matrimonio, sino que lo glorifica como curador que expulsa a los demonios de la fiebre, identificados con las aves del pantano. Las aves con yelmo que aparecen en las monedas estinfalias son espátulas, primas de las grullas, que aparecen en tallas medievales inglesas chupando el aliento de enfermos. Son en realidad sirenas con patas de ave, personificaciones de la fiebre; y los címbalos, o matracas, eran utilizados en la antigüedad (y todavía lo son en los pueblos primitivos) para ahuyentar a los demonios de la fiebre. Ártemis era la diosa que tenía el poder de infligir o curar la fiebre con sus «flechas misericordiosas».

2. El pantano de Estínfalo solía crecer en tamaño considerablemente siempre que el cauce subterráneo por el que salían sus aguas se cerraba, como sucedió en la época de Pausanias (viii.22.6); e Ifícrates, cuando sitió la ciudad, lo habría cerrado deliberadamente si no se lo hubiera impedido una señal del cielo (Estrabón: viii.8.5.). Es posible que en una versión de la fábula Heracles desecara el pantano abriendo el cauce, como había desecado anteriormente la llanura de Tempe (Diodoro Sículo: iv.18).

3. El mito, no obstante, parece tener un significado histórico tanto como ritual. Al parecer, un colegio de sacerdotisas arcadias que adoraban a la Triple Diosa como Doncella, Novia y Anciana, se refugió en Estínfalo después de haber sido expulsadas del Barranco de los Lobos por invasores que adoraban a Zeus Lobuno; y Mnaseas ha explicado razonablemente la expulsión o matanza de las Aves Estinfálidas como la supresión de ese colegio de hechiceras por Heracles, es decir, por una tribu de aqueos. El nombre Estínfalo sugiere prácticas eróticas.

4. Las «aves árabes de pico fuerte» de Pausanias pueden haber sido demonios insoladores mantenidos a raya por petos de corteza espinosa, a los que se confundió con los avestruces de fuerte pico que los árabes cazan todavía. Leucerodes, «garza blanca», es el nombre griego de la espátula; se dice que un antepasado de Herodes el Grande fue un esclavo del templo de Heracles Tirio (Africano, citado por Eusebio: Historia eclesiástica i.6.7), lo que explica el nombre de la familia. La espátula se relaciona estrechamente con el ibis, otra ave de pantano, consagrada al dios Thoth, inventor de la escritura, y el Heracles Tirio, como su equivalente celta, era un protector de la cultura, que hizo famosa a Tiro (Ezequiel xxviii.12). En la tradición hebrea, su sacerdotisa Hiram de Tiro intercambió adivinanzas con Salomón.

129. EL SÉPTIMO TRABAJO: EL TORO DE CRETA

Euristeo ordenó a Heracles, para su séptimo trabajo, que capturara al Toro de Creta; pero se discute mucho si era el toro enviado por Zeus y que transportó a Europa a través del mar hasta Creta, o el que Minos dejó de sacrificar a Posidón y engendró al Minotauro con Pasífae. En esa época hacía estragos en Creta, especialmente en la región regada por el río Tetris, desarraigando las mieses y derribando las paredes de los huertos[1].

b. Cuando Heracles se embarcó para Creta, Minos le ofreció toda la ayuda que podía, pero él prefirió apoderarse del toro sin ayuda de nadie, aunque arrojaba llamas abrasadoras. Tras una larga lucha, consiguió llevar al monstruo a Micenas, donde Euristeo lo dedicó a Hera y lo dejó en libertad. Pero Hera, quien aborrecía un don que redundaba en la gloria de Heracles, llevó al toro primeramente a Esparta y luego, a través de Arcadia y del Istmo, a la Maratón ática, desde donde posteriormente Teseo lo llevó a Atenas para sacrificarlo a Atenea[2].

c. Sin embargo, muchos siguen negando la identidad de los toros cretense y maratonio[3].

1. El combate con un toro, o un hombre disfrazado de toro —uno de los trabajos rituales impuestos al candidato a la dignidad de rey (véase 123.1) — aparece también en la fábula de Teseo y el Minotauro (véase 98.2) y de Jasón y los toros de Eetes que exhalaban fuego (véase 152.3). Cuando la inmortalidad implícita en la dignidad de rey sagrado era ofrecida por fin a

cada iniciado en los misterios de Dioniso, la captura de un toro y su dedicación a Dioniso Plutodotes («dador de riqueza») se convirtió en un rito común, tanto en Arcadia (Pausanias: viii.19.2) como en Lidia (Estrabón: xiv.144), donde Dioniso tenía el título de Zeus. Su principal teofonía era como toro, pero también aparecía en la forma de un león y una serpiente (véase 27.4). El contacto con el cuerno del toro (véase 127.2) capacitaba al rey sagrado para fertilizar la tierra en nombre de la diosa Luna produciendo la lluvia; la explicación mágica era que el bramido de un toro presagiaba tronadas, para causar las cuales se hacía girar, en consecuencia, rbombi, o bramaderas. También se lanzaban antorchas para simular los relámpagos (véase 68.a) y sugerían la respiración ígnea del toro.

2. A Dioniso se le llama Plutodotes («dador de riqueza») a causa de su cornucopia, arrancada de un toro, que era oríginalmente un talismán acuático (véase 142.h); provenía del Zagreo cretense, y entre las transformaciones de Zagrco figuran un león, una serpiente con cuernos, un toro y «Crono que produce la lluvia» (véase 30.3).

130. EL OCTAVO TRABAJO: LAS YEGUAS DE DIOMEDES

a. Euristeo ordenó a Heracles, para su octavo trabajo, que se apoderara de cuatro yeguas salvajes del rey tracio Diomedes —se discute si era hijo de Ares y Cirene o nacido de una relación incestuosa entre Asteria y su padre Atlante—, quien gobernaba a los belicosos bistones y cuyos establos, en la ahora desaparecida ciudad de Tirida, eran el terror de la Tracia. Diomedes mantenía a las yeguas atadas con cadenas de hierro a unos pesebres de bronce y las alimentaba con la carne de sus huéspedes confiados. Una versión de la fábula hace de ellas caballos sementales, y no yeguas, y les da los nombres de Podargo, Lampón, Janto y Deino[1].

b. Con algunos voluntarios Heracles se embarcó para Tracia y en el camino visitó a su amigo el rey Admeto de Feras. Cuando llegó a Tirida, venció a los mozos de mulas de Diomedes y llevó las yeguas al mar, donde las dejó en una loma a cargo de sus valido Abdero, y luego volvió para rechazar a los bistones que corrían en su persecución. Como los otros le superaban en número, los venció abriendo ingeniosamente un canal que hizo que el mar inundase la llanura baja, y cuando sus enemigos se dieron media vuelta y echaron a correr, él los persiguió, dejó aturdido a Diomedes con un golpe de su clava, arrastró su cuerpo alrededor del lago que se había formado y lo puso delante de sus yeguas, que desgarraron su carne todavía viva. Una vez aplacada por completo su hambre —pues durante la ausencia de Heracles habían devorado también a Abdero— las dominó sin mucha dificultad[2].

c. Según otra versión, Abdero, aunque era natural de Opunte en Lócride, estaba al servicio de Diomedes. Algunos dicen que era hijo de Hermes, y otros que del amigo de Heracles, Menecio de Opunte y, en consecuencia, hermano de Patroclo, el que murió en Troya**[3]**. Después de fundar la ciudad de Abdera junto a la tumba de Abdero, Heracles se apoderó del carro de Diomedes y unció a él las yeguas, aunque hasta entonces no conocían el freno ni la brida. Las condujo rápidamente a través de las montañas hasta Micenas, donde Euristeo las dedicó a Hera y las dejó en libertad en el monte Olimpo. Más tarde las devoraron las fieras; sin embargo, se sostiene que sus descendientes sobrevivieron hasta la guerra de Troya, e inclusive hasta la época de Alejandro Magno. Las ruinas del palacio de Diomedes se muestran todavía en Cartera Come, y en Abdera se siguen celebrando juegos atléticos en honor de Abdero; incluyen las competencias habituales con excepción de la carrera de carros, lo que explica la fábula de que Abdero murió cuando las yeguas devoradoras de hombres destrozaron el carro al que las había uncido**[4]**.

1. Embridar a un caballo cimarrón con el propósito de celebrar una ceremonia de sacrificio (véase 75.J) parece haber sido un rito de la coronación en algunas regiones de Grecia. El dominio de Arión por Heracles (véase 138.g) —hazaña realizada también por Onco y Adrasto (Pausanias: viii.25. 5)— es análoga a la captura de Pegaso por Belerofonte. Este mito ritual se ha combinado en este caso con una leyenda según la cual Heracles, quizá representando a los teanos que tomaron Abdera a los tracios (Herodoto: 1.168) anuló la costumbre de que unas mujeres feroces con máscaras de caballo persiguieran y devoraran al rey sagrado al final de su reinado (véase 27.d); en lugar de eso se le mataba en un accidente de carro organizado (véase 71.1, 101.g y 109.j). La omisión de la carrera de carros en los juegos fúnebres de Abdera indica la prohibición de este sacrificio revisado. Podargo se llama así por la harpía Podarge, madre de Janto, un caballo inmortal que le dio Posidón a Peleo como regalo de bodas (véase 81.m); Lampo recuerda a Lampón, uno de los caballos de Eos (véase 40.a). La afirmación de Diodoro de que esas yeguas fueron dejadas en libertad en

el Olimpo puede significar que el culto a los caballos caníbales sobrevivió allí hasta la época helenista.

2. Los canales, túneles o cauces naturales subterráneos eran descritos con frecuencia como obra de Heracles (véase 127.d, 138.d y 142.3).

131. EL NOVENO TRABAJO: EL CINTURÓN DE HIPÓLITA

a. El noveno trabajo de Heracles fue conseguir para Admete, la hija de Euristeo, el cinturón de oro de Ares que llevaba Hipólita, la reina de las Amazonas. En un barco, o, según dicen algunos, en nueve, y con una compañía de voluntarios, entre los que se hallaban Yolao, Telamón de Egina, Peleo de Yolco y, según algunas versiones, Teseo de Atenas, Heracles se embarcó para el río Termodonte[1].

b. Las amazonas eran hijas de Ares y la náyade Harmonía, nacidas en los valles de la Acmonia frigia; pero algunos llaman a su madre Afrodita, u Otrere, hija de Ares[2]. Al principio vivían junto al río Amazonio, que ahora lleva el nombre de Tanáis, en honor a un hijo de la amazona Lisipe, quien ofendió a Afrodita con su desprecio del matrimonio y su afición a la guerra. En venganza, Afrodita hizo que Tanáis se enamorara de su madre, pero en vez de ceder a una pasión incestuosa se arrojó al río y se ahogó. Para evitar los reproches de su ánima Lisipe condujo a sus hijas alrededor de la costa del Mar Negro a una llanura situada junto al río Termodonte, que nace en las altas montañas amazonias. Allí formaron tres tribus, cada una de las cuales fundó una ciudad[3].

c. Entonces, como ahora, las amazonas sólo reconocían la descendencia materna y Lisipe había dispuesto que los hombres debían realizar todas las tareas domésticas, mientras las mujeres luchaban y gobernaban. En consecuencia rompían los brazos y las piernas de los niños recién nacidos con el fin de incapacitarlos para pelear o viajar. Estas mujeres contranaturales, a las que los escitas llamaban eórpatas, no mostraban

respeto por la justicia ni por la decencia, pero eran guerreras famosas y las primeras que emplearon la caballería[4]. Llevaban arcos de bronce y cortos escudos en forma de media luna; sus yelmos, ropas y ceñidores estaban hechos con pieles de fieras[5]. Lisipe, antes de emprender la lucha, fundó la gran ciudad de Temiscira y venció a todas las tribus hasta el río Tañáis. Con el botín de sus campañas erigió templos a Ares y otros a Artemis Taurópola, cuyo culto estableció. Sus descendientes extendieron el imperio amazónico hacia el oeste, a través del río Tanáis, hasta Tracia, y en la costa meridional hacia el oeste, a través del Termodonte, hasta Frigia. Tres famosas reinas amazonas, Marpesa, Lampado e Hipo, se apoderaron de gran parte del Asia Menor y Siria y fundaron las ciudades de Efeso, Esmirna, Cirene y Mirina. Otras fundaciones de las amazonas son Thiba y Sinope[6].

d. En Efeso erigieron una imagen de Artemis debajo de un haya, donde Hipo ofreció sacrificios, después de lo cual sus acompañantes realizaron primeramente una danza de escudos y luego una danza en círculo, con aljabas ruidosas, golpeando la tierra al unísono, con acompañamiento de caramillos, pues Atenea no había inventado todavía la flauta. El templo de Artemis Efesia, construido posteriormente alrededor de su imagen y al que no iguala en magnificencia ni siquiera el de Apolo en Delfos, figura entre las siete maravillas del mundo; dos arroyos, ambos llamados Seleno y que fluyen en direcciones opuestas, lo rodean. Fue en esa expedición cuando las amazonas se apoderaron de Troya. Príamo era todavía un niño. Pero mientras algunos destacamentos del ejército de las amazonas volvían a su país cargados con un botín cuantioso, las demás, que se quedaron para consolidar su poder en el Asia Menor, fueron expulsadas por una alianza de tribus bárbaras y perdieron a su reina Marpesia[7].

e. Cuando Heracles fue a visitar a las amazonas todas ellas habían vuelto ya al río Termodonte y sus tres ciudades eran gobernadas por Hipólita, Antíope y Melanipa. En el camino se detuvo en la isla de Paros, famosa por su mármol, que el rey Radamantis había legado a Alceo, un hijo de Androgeo; pero cuatro hijos de Minos, Eurimedonte, Grises, Nefalión y Filolao, se habían establecido también allí. Cuando un par de los tripulantes de Heracles desembarcaron para ir en busca de agua, los hijos de Minos los asesinaron y Heracles, indignado, mató a los cuatro y apremió a los parios

de tal modo que le mandaron enviados ofreciéndole, en compensación por la muerte de los marineros, a cualesquiera dos hombres que eligiera para que fuesen sus esclavos. Satisfecho con esta propuesta, Heracles levantó el sitio y eligió al rey Alceo y a su hermano Esténelo, a quienes llevó a bordo de su barco. Luego navegó a través del Helesponto y el Bosforo hasta Mariandino en Misia, donde le hospedó el rey paflagonio Lico, hijo de Dáscilo y nieto de Tántalo[8]. En recompensa, apoyó a Lico, en una guerra con los bébrices y mató a muchos, incluyendo a su rey Migdón, hermano de Amico, y reconquistó gran parte de la Paflagonia que estaba en poder de los bébrices; se la devolvió a Lico, quien llamó al territorio Heraclea en su honor. Más tarde Heraclea fue colonizada por los megarenses y tanagrenses por consejo de la Pitonisa de Delfos, quien les dijo que instalaran una colonia junto al Mar Negro, en una región dedicada a Heracles[9].

f. Cuando llegó a la desembocadura del río Termodonte, Heracles ancló su barco en el puerto de Temiscira, donde Hipólita le hizo una visita y, atraída por su cuerpo musculoso, le ofreció el cinturón de Ares como prenda de amor. Pero entretanto Hera había ido de un lado a otro, disfrazada de amazona, difundiendo el rumor de que aquellos extranjeros se proponían raptar a Hipólita, en vista de lo cual las guerreras, irritadas, montaron en sus caballos y se lanzaron contra el navío. Heracles, sospechando una traición, mató a Hipólita inmediatamente, le quitó el cinturón, se apoderó de su hacha y de otras armas y se preparó para defenderse. Dio muerte una tras otra a todas las caudillas de las amazonas y puso en fuga a su ejército tras una gran matanza[10].

g. Algunos dicen, sin embargo, que Melanipa cayó en una emboscada y fue rescatada por Hipólita al precio del cinturón; o viceversa. O que Teseo se apoderó de Hipólita y regaló su cinturón a Heracles, quien, en cambio, le permitió hacer a Antíope su esclava. O que Hipólita se negó a dar a Heracles su cinturón y ambos libraron una batalla campal; ella fue derribada de su caballo y él se lanzó sobre ella con la clava en la mano y le ofreció perdonarle la vida, pero Hipólita prefirió morir antes que rendirse. Inclusive se dice que el cinturón pertenecía a una hija de Briareo, el de las Cien Manos[11].

h. A su regreso de Temiscira, Heracles pasó otra vez por Mariandino e intervino en los juegos fúnebres de Priolao, el hermano del rey Lico, quien había sido muerto por los misios y por quien se entonan todavía cantos fúnebres. Heracles libró un pugilato con el campeón mariandino Ticia, le arrancó todos los dientes y lo mató con un golpe en la sien. En prueba de su pesar por este accidente subyugó a los misios y los frigios en beneficio de Dáscilo, pero también venció a las bitinios hasta la desembocadura del río Rebas y la cumbre del monte Colone, y reclamó su reino para él. Los paflagonios de Pélope se le rindieron voluntariamente. Sin embargo, tan pronto como se fue Heracles los bébrices a las órdenes de Ámico, hijo de Posidón, se apoderaron de nuevo del territorio de Lico y extendieron su frontera hasta el río Hipio[12].

i. Desde allí Heracles se dirigió a Troya y liberó a Hesíone de un monstruo marino; luego continuó su viaje a Eno, en Tracia, donde le hospedó Poltis; y en el momento en que se iba a hacer a la mar otra vez mató en la playa de Eno al insolente hermano de Poltis, Sarpedón, un hijo de Posidón. Luego venció a los tracios establecidos en Tasos y donó la isla a los hijos de Androgeo, a los que había llevado de Paros; y en Torone le desafiaron a una lucha Polígono y Telégono, hijos de Proteo, y mató a los dos[13].

j. Cuando volvió por fin a Micenas, Heracles entregó el cinturón a Euristeo, quien se lo dio a Admete. En cuanto al resto del botín tomado a las amazonas, ofreció sus ricas túnicas al templo de Apolo en Delfos, y el hacha de Hipólita a la reina Ónfale, quien la incluyó entre las regalías sagradas de los reyes lidios. Posteriormente la llevaron a un templo cario de Zeus Labrador y la colocaron en la mano de su imagen divina[14].

k. Todavía hay amazonas en Albania, cerca de Cólquide, pues las llevaron allá desde Temiscira al mismo tiempo que a sus vecinos los gargarenses. Cuando estuvieron a salvo en las montañas de Albania los dos pueblos se separaron: las amazonas se instalaron al pie de las montañas del Caucase, alrededor del río Mermodas, y los gargarenses inmediatamente al norte. En un día señalado de cada primavera grupos de jóvenes amazonas y de jóvenes gargarenses se reúnen en la cumbre de la montaña que separa sus territorios y después de realizar un sacrificio conjunto, pasan dos meses

juntos gozando del trato sexual durante la noche. Tan pronto como una amazona queda encinta vuelve a su territorio. Las niñas que nacen se hacen amazonas y a los niños los envían a los gargarenses, quienes, como no tienen medio de averiguar su paternidad, los distribuyen echando suertes entre sus chozas[15]. En tiempos recientes la reina de las amazonas Minicia salió de su corte albanesa al encuentro de Alejandro Magno en Hircania, lugar frecuentado por los tigres y pasó en su compañía trece días, con la esperanza de tener hijos con él, pero murió poco después sin haberlos tenido[16].

l. A estas amazonas del Mar Negro hay que distinguirlas de las aliadas libias de Dioniso que en un tiempo habitaban en Héspera, una isla del lago Tritonis tan rica en árboles frutales, ovejas y cabras que no necesitaban cultivar cereales. Después de apoderarse de todas las ciudades de la isla, con excepción de la sagrada Mene, la sede de los comedores de pescado etíopes (que explotan minas de esmeraldas, rubíes, topacios y sarda) vencieron a los libios y nómadas de la vecindad y fundaron la gran ciudad de Quersoneso, llamada así por estar edificada en una península[17]. Desde esta base atacaron a los atlantes, la nación más civilizada al oeste del Nilo, cuya capital se halla en la isla atlántica de Cerne. Mirina, la reina amazona, contaba con una fuerza de treinta mil guerreras a caballo y tres mil de infantería. Todas ellas llevaban arcos que, cuando se retiraban, utilizaban para lanzar flechas certeras a sus perseguidores, y estaban acorazadas con las pieles de las casi increíblemente grandes serpientes libias.

m. Mirina invadió el país de los atlantes, les infligió una derrota decisiva, pasó a Cerne y se apoderó de la ciudad; luego pasó a cuchillo a todos los hombres, esclavizó a las mujeres y los niños y arrasó las murallas de la ciudad. Cuando los restantes atlantes accedieron a rendirse, los trató con justicia, se hizo amiga de ellos y, en compensación por la pérdida de Cerne, construyó la nueva ciudad de Mirina, donde instaló a los cautivos y a todas las otras personas que deseaban vivir allí. Como los atlantes se ofrecieron a rendirle honores divinos, Mirina los protegió contra la tribu vecina de los gorgones, a muchos de los cuales mató en una batalla campal, además de tomar no menos de tres mil prisioneros[18]. Pero aquella noche, mientras las amazonas celebraban la victoria con un banquete, los

prisioneros les robaron las espadas y, a una señal, el cuerpo principal de los gorgones que se había reunido y ocultado en un robledal, se lanzó desde todos lados y dio muerte a las compañeras de Mirina.

n. Mirina consiguió escapar —sus seguidoras muertas yacen enterradas bajo tres grandes túmulos llamados todavía los Túmulos de las Amazonas — y, después de atravesar la mayor parte de Libia, entró en Egipto con un nuevo ejército, protegió al rey Horus, el hijo de Isis, y emprendió la invasión de Arabia. Algunos sostienen que fueron estas amazonas libias, y no las del Mar Negro, quienes conquistaron el Asia Menor; y que Mirina, después de elegir los lugares más convenientes de su nuevo imperio, fundó varias ciudades en la costa, entre ellas Mirina, Gime, Pitane, Priene y otras tierra más adentro. También se apoderó de algunas de las islas del Egeo, entre ellas Lesbos, donde construyó la ciudad de Mitilene, el nombre de una hermana que la había acompañado en la campaña. Mientras Mirina se dedicaba todavía a conquistar las islas una tormenta alcanzó a su flota, pero la Madre de los Dioses hizo que todas las naves llegaran a salvo a Samotracia, entonces deshabitada, y que Mirina consagró a la diosa, erigiéndole altares y ofreciéndole sacrificios espléndidos.

o. Mirina pasó luego a la Tracia, donde el rey Mopso y su aliado, el escita Sípilo, la vencieron en un gran combate en el que murió Mirina. El ejército de las amazonas no se recuperó de esa derrota; vencidas por los tracios en frecuentes encuentros, las amazonas sobrevivientes se retiraron finalmente a Libia[19].

1. Si Admete era el nombre de la princesa por la cual Heracles realizó todos estos trabajos nupciales, la acción de quitarle el ceñidor en la cámara matrimonial debía haber señalado el final de sus trabajos. Pero primeramente Admete habría tenido que luchar con él, como luchó Hipólita, y como luchó Pentesilea con Aquiles (véase 164.a y 2), o Thetis con Peleo (véase 81.k), cuya introducción en la fábula se explica así. En ese caso habría pasado por sus transformaciones habituales, lo que indica que la Hidra semejante al pulpo era Admete —la serpiente guardiana del oro a la que venció como Ladón (véase 133.a)— y que puede haberse transformado

también en un cangrejo (véase 124.e), una cierva (véase 125.c), una yegua salvaje (véase 16.l) y una nube (véase 126.b) antes que él consiguiera conquistar su virginidad.

2. Una tradición acerca de sacerdotisas armadas subsistía todavía en Éfeso y otras ciudades del Asia Menor; pero los mitógrafos griegos, habiendo olvidado la existencia anterior de colegios análogos en Atenas y otras ciudades de la Grecia misma, enviaron a Heracles en busca del cinturón de Hipólita al Mar Negro, donde seguían activas las tribus matriarcales (véase 100.1). Un sistema de tres tribus es la regla general en la sociedad matriarcal. Que el cinturón perteneciera a una hija de Briareo («fuerte»), uno de los gigantes de cien manos, indica una versión primitiva de la fábula de las pruebas nupciales en la Grecia septentrional.

3. Admete es otro nombre de Atenea, quien sin duda aparecía en las ilustraciones aguardando y armada, observando las hazañas de Heracles y ayudándole cuando se hallaba en dificultades. Atenea era Neith, la diosa del Amor y la Batalla de los libios (véase 8.1); su equivalente en el Asia Menor era la gran diosa Luna Marian, Mirina, Ay-Mari, Mariamne o Marienna, que dio su nombre a Mariandina —«Duna de Marian»— y a Mirian, la ciudad de los lemnios ginocráticos (véase 149.1) y a quien adoraban los troyanos como «Mirina Saltadora» (Homero: Ilíada ii.814). «Esmirna» es también «Mirina» precedida por el artículo definido, Ma rienna, la forma sumeria, significa «Madre muy fértil», y la Artemis efesía era una diosa de la fertilidad.

4. Se dice que a Mirina le sorprendió una tormenta y le salvó la Madre de los Dioses —en honor de la cual erigió altares en Samotracia—, porque ella misma era la Madre de los Dioses y sus ritos salvaban a los marineros del naufragio (véase 149.2). Casi del mismo modo se adoraba en la antigüedad a la diosa madre en Tracia, la región del río Tanáis (Don), Armenia y toda el Asia Menor y Siria. La expedición de Teseo a Amazonia, mito que sigue el modelo del de Heracles, confunde el tema y ha inducido a los mitógrafos a inventar la ficticia invasión de Atenas por las amazonas y los escitas unidos (véase l00.c).

5. Que las amazonas instalaron una imagen bajo un haya efesia es un error cometido por Calimaco, quien, por ser egipcio, no sabía que las hayas no se dan tan al sur; debió de ser una palmera datilera, símbolo de fertilidad (véase 14.2) y un recuerdo del origen libio de la diosa, pues su estatua

estaba adornada con grandes dátiles dorados, a los que generalmente se cometía el error de tomar por pechos. La derrota de las amazonas por Mopso es la fábula de la derrota de los hititas por los mosquianos alrededor de 1200 a. de C.; los hititas eran originalmente patriarcales, pero bajo la influencia de las sociedades matriarcales del Asia Menor y Babilonia habían aceptado el culto de la diosa. En Hattusas, su capital, Garstang ha descubierto recientemente une relieve escultórico que presenta a una diosa de la batalla; Garstang opina que el culto de la Artemis efesia es de origen hitita. Las victorias sobre las amazonas obtenidas por Heracles, Teseo, Dioniso, Mopso y otros recuerdan, en realidad, los reveses sufridos por el sistema matriarcal en Grecia, Asia Menor, Tracia y Siria.

6. Estéfano de Bizancio (sub Paros) constata la tradición de que Paros era una colonia cretense. La expedición de Heracles allá se refiere a una ocupación helena de la isla. Su dádiva de Tasos a los hijos de Androgeo, es una referencia a su captura por una fuerza de parios mencionada en Tucídides iv.104: esto sucedió hacia el final del siglo VIII a. de C. Los cúbeos colonizaron Torone más o menos en el mismo tiempo; se representa a Torone («reina chillona») como una hija de Proteo (Estéfano de Bizancio sub Torone). El hacha doble de Hipólita (labrys) no fue colocada, sin embargo, en la mano de Zeus Labrador en lugar de un rayo; era ella misma un rayo y Zeus la llevaba con permiso de la diosa cretense que gobernaba en Libia.

7. Los gargarenses son los gogarenios a los que Ezequiel llama Gog (Ezequiel xxxviii y xxxix).

8. En este relato de Mirina, Diodoro Sículo cita tradiciones libias primitivas que habían adquirido ya un viso de cuentos de hadas; se ha establecido, no obstante, que en el tercer milenio a. de C. emigrantes neolíticos salieron de Libia en todas direcciones, probablemente expulsados por una inundación de sus campos (véase 39.3-6). El Delta del Nilo estaba poblado en gran parte por libios.

9. Según Apolonio de Rodas (i. 1126-9), Ticia era «uno de los tres únicos dáctilos ("dedos") ideos que pronuncian sentencias». Nombra a otro dáctilo, «Cilenio». He demostrado (La Diosa Blanca p. 393) que en la magia de los dedos Ticia, el dáctilo, representaba al dedo del corazón; que Cilenio, alias Heracles, era el pulgar, y que Dáscilo, el tercer dáctilo, era el índice, como implica su nombre (véase 53.1). Estos tres dedos levantados,

mientras el cuarto y el meñique están vueltos hacia abajo, hacían la «bendición frigia». Originalmente dada en nombre de Mirina, ahora la emplean los sacerdotes católicos en nombre de la Trinidad cristiana.

10. Ticio, a quien mató Apolo (véase 21.d), puede ser una doble etimología de Ticia. La toma de la isla de Cerne por Mirina parece una adición tardía y no autorizada de la fábula. Cerne ha sido identificada con Fedallah, cerca de Fez; o con Santa Cruz, cerca del cabo Ghir, o (más verosímilmente) con Arguin, un poco al sur de Cabo Blanco. Fue descubierta y colonizada por el cartaginés Hanno, quien dijo que se hallaba tan lejos de las Columnas de Heracles como se hallan éstas de Cartago, y se convirtió en el gran emporio del comercio del África Occidental.

11. Ya basta en cuanto a los elementos míticos del noveno trabajo. Sin embargo, la expedición de Heracles a Termodonte y sus guerras en Misia y Frigia no deben ser descartadas como completamente antihistóricas. Como el viaje del Argo (véase 148.10) registran las aventuras comerciales griegas en el Mar Negro, quizás hasta una época que se remonta a mediados del segundo milenio a. de C; y la intrusión de los minias desde Yolcos, los aqueos desde Egina y los argivos en esas aguas indican que, aunque Helena puede haber sido bella y haberse fugado con Paris de Troya, no fue su rostro el que hizo hacerse a la mar a un millar de naves, sino los intereses mercantiles. Aquiles, el hijo de Peleo; Ajax, el hijo de Telamón, y Diomedes el argivo se hallaban entre los aliados griegos de Agamenón que insistían en que Príamo debía concederles el libre paso por el Helesponto del que gozaban sus padres, a menos que quisiese que su ciudad fuera saqueada como lo había sido la de Laomedonte y por la misma razón (véase 137.1). De aquí la dudosa pretensión de los atenienses de que habían estado representados en la expedición de Heracles por Teseo, en el viaje del Argo por Palero y en Troya por Menesteo, Demofonte y Acamante. Con esto se proponían justificar su eventual dominio del comercio en el Mar Negro que les había dado la destrucción de Troya y la decadencia de Rodas (véase 159.2, 160.2-3 y 162.3).

132. EL DÉCIMO TRABAJO: LOS BUEYES DE GERIONES

a. El décimo trabajo de Heracles consistió en llevar los famosos bueyes de Geriones desde Eritrea, una isla situada cerca de la corriente del Océano, sin pedirlos ni pagarlos. Geriones, hijo de Crisaor y Calírroe, hija ésta del titán Océano, era rey de Tartesos en España, y tenía fama de ser el hombre más fuerte del mundo[1]. Había nacido con tres cabezas, seis brazos y tres cuerpos unidos en la cintura. Los bueyes rojos de Geriones, animales de una belleza maravillosa, estaban guardados por el pastor Euritión, hijo de Ares, y el perro bicéfalo Órtro —anteriormente propiedad de Atlante— nacido de Tifón y Equidna[2].

b. Durante su paso por Europa Heracles mató muchas fieras y cuando por fin llegó a Tartesos erigió un par de columnas frente por frente a los dos lados del estrecho, una en Europa y la otra en África. Algunos sostienen que los dos continentes estaban unidos en otro tiempo y que él abrió un canal entre ellos, o separó los riscos; otros dicen que, al contrario, estrechó el paso existente para impedir que entraran las ballenas y otros monstruos marinos[3].

c. Helio lanzó sus rayos sobre Heracles, quien encontrando imposible trabajar con semejante calor, tomó su arco y disparó una flecha contra el dios. «¡Basta!», exclamó Helio enojado. Heracles se excusó por su malhumor y aflojó el arco inmediatamente. Para no dejarse superar en cortesía, Helio le prestó a Heracles su copa de oro, que tenía la forma de un nenúfar, y se embarcó en ella para Eritia; pero el titán Océano, para probarle, hizo que la copa se agitara violentamente en las olas. Heracles

volvió a estirar su arco, lo que asustó a Océano y le hizo calmar el mar. Según otra versión, Heracles se embarcó para Eritia en una urna de bronce, utilizando su piel de león como vela[4].

d. Cuando llegó, subió al monte Abas. El perro Ortro corrió hacia él ladrando, pero Heracles lo mató con la clava, y Euritrón, el pastor de Geriones, que corrió en ayuda de Ortro, murió del mismo modo. Luego Heracles se llevó el ganado. Menetes, que apacentaba el ganado de Hades en las cercanías —pero Heracles no había tocado este ganado— llevó la noticia a Geriones. Desafiado a combatir, Heracles arremetió contra el costado de Geriones y le atravesó los tres cuerpos con una sola flecha; pero algunos dicen que se mantuvo firme y le disparó tres flechas. Como Hera se apresuró a acudir en ayuda de Geriones, Heracles la hirió con una flecha en el pecho derecho, y ella huyó. Así se apoderó del ganado sin pedirlo ni pagarlo, y se embarcó en el vaso de oro, en el que navegó hasta Tartesos y se lo devolvió agradecido a Helio. De la sangre de Geriones nació un árbol que, en la época en que salen las Pléyades, da frutas sin cuesco parecidas a cerezas. Pero Geriones no murió sin sucesión. Su hija Eritia llegó a ser por Hermes la madre de Nórax, quien condujo una colonia a Cerdeña, antes de la época de Hilo, y allí fundó Nora, la ciudad más antigua de la isla[5].

e. El paradero de Eritia, llamada también Eritrea o Eritria, es discutido. Aunque algunos la describen como una isla situada más allá de la corriente del Océano, otros la sitúan frente a la costa de Lusitania[6]. Otros más la identifican con la isla de León, o con un islote de las cercanías en el que se construyó anteriormente la ciudad de Gades y donde los pastos son tan abundantes que la leche no da suero, sino sólo cuajada, y al ganado hay que aplicarle ventosas cada cincuenta días para que no se ahogue por exceso de sangre. El islote, consagrado a Hera, se llama Eritia o Afrodisia. León, la ciudad en que se halla la actual ciudad de Gades, se llamaba Cotinusa por sus olivos, pero los fenicios le cambiaron el nombre por el de Gadira, o «Ciudad Cercada». En el cabo occidental se hallan el templo de Crono y la ciudad de Gades; en el oriental un templo de Heracles, notable por una corriente que mengua con la pleamar y crece con la marea menguante; y Geriones, está enterrado en la ciudad, igualmente famosa por un árbol secreto que toma formas diversas[7].

f. Según otra versión, no obstante, el ganado de Geriones no pastaba en isla alguna, sino en las laderas de las montañas de la parte más lejana de España, frente al Océano; y «Geriones» era un título del famoso rey Crisaor que gobernaba en todo el país, y cuyos tres hijos fuertes y valientes le ayudaban a defender su reino, cada uno de ellos al frente de un ejército reclutado entre razas belicosas. Para luchar con éstas, Heracles reunió una gran expedición en Creta, el lugar de nacimiento de su padre Zeus. Antes de partir los cretenses le rindieron honores espléndidos y, en recompensa, liberó a su isla de osos, lobos, serpientes y otros animales dañinos, de los cuales sigue siendo inmune. En primer lugar se embarcó para Libia, donde dio muerte a Anteo, hizo una matanza con las fieras que infestaban el desierto y dio al país una fertilidad no superada. Luego hizo una visita a Egipto, donde mató a Busiris; a continuación sé dirigió hacia el oeste, a través de África del Norte, y de paso aniquiló a los gorgones y las amazonas libias, fundó la ciudad de Hecatómpilo, ahora Capsa, en la Numidia meridional, y llegó al océano en las cercanías de Gades. Allí erigió columnas en cada lado del estrecho y, cruzando éste con su ejército hasta España, se encontró con que los hijos de Crisaor, con sus tres ejércitos, se hallaban acampados a alguna distancia uno de otro. Los venció y destruyó, a cada uno por turno, y finalmente se llevó los famosos bueyes de Geriones, dejando el gobierno de España a cargo del más digno de los habitantes sobrevivientes**[8]**.

g. A las Columnas de Heracles se las identifica habitualmente con el monte Calpe en Europa y el Abile, o Abílyx en África. Otros dicen que son las islitas de las cercanías de Gades, la mayor de las cuales está consagrada a Hera. Sin embargo, todos los españoles y libios toman literalmente la palabra «columnas» y las sitúan en Gades, donde hay unas columnas de bronce consagradas a Heracles, de ocho codos de altura y que llevan inscrito el costo de su construcción; allí los marineros ofrecen sacrificios siempre que vuelven a salvo de un viaje. Según los habitantes de Gades mismo, un oráculo ordenó al rey de Tiro que fundara una colonia cerca de las columnas de Heracles y envió sucesivamente tres grupos de exploración. El primero, creyendo que el oráculo se había referido a Abile y Calpe, desembarcó en el estrecho, donde se halla ahora la ciudad de Exitani; el

segundo navegó unas doscientas millas más allá del estrecho, hasta una isla consagrada a Heracles, frente a la ciudad española de Onoba; pero a ambos grupos les desanimaron agüeros desfavorables cuando ofrecieron sacrificios y volvieron a su patria. El tercer grupo llegó a Gades, donde erigió un templo a Heracles en el cabo oriental y fundó con buen éxito la ciudad de Gades en el occidental[9].

h. Sin embargo, algunos niegan que fue Heracles quien erigió esas columnas y afirman que Abile y Calpe se llamaron primeramente «las Columnas de Crono» y luego las «Columnas de Briareo», un gigante cuyo poder se extendía hasta allí; pero que, como el recuerdo de Briareo (llamado también Egeón) se fue apagando, se les cambió el nombre en honor de Heracles, quizá porque la ciudad de Tartesos, que se halla a sólo ocho kilómetros de Calpe, fue fundada por él y se la solía llamar Heraclea. Todavía se ven allí grandes murallas antiguas y astilleros[10]. Pero se debe recordar que al Heracles anterior se le llamaba también Briareo. El número de las Columnas de Heracles se da habitualmente como dos; pero algunos hablan de tres o cuatro[11]. También se informa acerca de supuestas Columnas de Heracles en la costa septentrional de Germania, en el Mar Negro, en la extremidad occidental de Galia y en la India[12].

i. Un templo de Heracles se alza en el Promontorio Sagrado de Lusitania, el punto más occidental del mundo. A los visitantes se les prohibe entrar en el recinto por la noche, que es cuando los dioses se alojan allí. Quizá cuando Heracles erigió sus columnas para marcar los límites extremos para la navegación legítima ése fue el lugar que eligió[13].

j. Se discute mucho cómo llevó luego el ganado a Micenas Algunos dicen que unió momentáneamente por la fuerza a Abile y Calpe y pasó a Libia por el puente que resultó de esa unión; pero según una versión más probable pasó por el territorio de la que es ahora Abdera, una colonia fenicia, y luego a través de España, dejando atrás a algunos de sus seguidores como colonos[14]. En los Pirineos cortejó y enterró a la princesa bébrice Pirene, de la que tornó su nombre esa cordillera; se dice que el río Danubio tiene allí su fuente, cerca de una ciudad que también lleva su nombre en honor suyo. Luego visitó Galia, donde abolió la bárbara costumbre nativa de matar a los extranjeros, y conquistó tantos corazones

con sus hazañas generosas que pudo fundar una gran ciudad a la que llamó Alesia, o «Viajante», en conmemoración de sus viajes. Los galos siguen honrando a Alesia como el hogar y la ciudad-madre de todo su país —no fue conquistada hasta el reinado de Calígula— y pretenden descender de la unión de Heracles con una alta princesa llamada Calata, quien le eligió como amante y engendró a ese pueblo guerrero**[15]**.

k. Cuando Heracles llevaba el ganado de Geriones a través de Liguria, dos hijos de Posidón llamados Alebión y Dercino trataron de robárselo, pero ambos fueron muertos. En una etapa de su batalla con las fuerzas ligurias hostiles a Heracles se le acabaron las flechas y se arrodilló, llorando, herido y exhausto. Como el terreno era de mantillo blando, no podía encontrar piedras para arrojarlas al enemigo —Ligis, el hermano de Alebión, era su jefe— hasta que Zeus, compadecido de sus lágrimas, oscureció la tierra con una nubes de la que cayó una lluvia de piedras, y con ellas pudo Heracles poner en fuga a los ligures. Zeus puso entre las estrellas una imagen de Heracles luchando contra los ligures; es la constelación llamada Engonase. Otro recuerdo de esta batalla sobrevive en la tierra: es la llanura ancha y circular que se extiende entre Marsella y la desembocadura del Ródano, a unos veintitrés kilómetros del mar, llamada la «Llanura Pedregosa» porque en ella hay muchas piedras del tamaño del puño de un hombre, y también manantiales de agua salada**[16]**.

l. A su paso por los Alpes Ligurios Heracles abrió un camino apropiado para sus ejércitos y bagajes y también destruyó todas las cuadrillas de ladrones que infestaban el paso antes de entrar en la actual Galia Cisalpina y Etruria. Sólo después de haber recorrido toda la costa de Italia y haber cruzado a Sicilia se le ocurrió: «¡He tomado un camino equivocado!» Los romanos dicen que al llegar al Albula —posteriormente llamado Tíber— le recibió el rey Evandro, un desterrado de Arcadia. Al anochecer cruzó el río a nado, llevando por delante al ganado, y se acostó para descansar en un lecho de hierbas**[17]**. En una profunda cueva cercana vivía un pastor enorme, horrible y de tres cabezas llamado Caco, un hijo de Hefesto y Medusa, que era el terror y la deshonra del Bosque Aventino, y arrojaba llamas por cada una de sus tres bocas. Cráneos y brazos humanos colgaban clavados sobre los dinteles de su cueva y dentro de ella la tierra relucía con la blancura de

los huesos de sus víctimas. Mientras Heracles dormía, Caco le robó sus dos mejores bueyes, así como cuatro novillos, que arrastró hacia atrás tirándoles de los rabos a su guarida 18[18].

m. A la primera luz de la aurora Heracles se despertó e inmediatamente advirtió que la faltaban aquellos animales. Después de buscarlos en vano, estaba a punto de seguir adelante con los demás cuando una de las novillas robadas mugió a causa del hambre. Heracles observó que el sonido provenía de la cueva, pero encontró la entrada cerrada por una roca que ni siquiera habrían podido mover diez yuntas de bueyes; sin embargo, la apartó a un lado como si hubiera sido un guijarro y, sin atemorizarse por las llamas humeantes que arrojaba Caco, luchó con él y le machacó la cara hasta dejarla hecha pulpa[19].

n. Ayudado por el rey Evandro, Heracles erigió un altar a Zeus y sacrificó en él a uno de los bueyes recuperados, y luego tomó disposiciones para organizar su propio culto. Pero los romanos relatan esta fábula para glorificarse a sí mismos; pues la verdad es que no fue Heracles quien mató a Caco y ofreció sacrificios a Zeus, sino un pastor gigantesco llamado Gárano o Recáranos, aliado de Heracles[20].

o. El rey Evandro gobernaba mediante su ascendiente personal más bien que por la fuerza: le veneraban particularmente por su conocimiento de las letras, adquirido de su madre proíética, la ninfa arcadia Nicóstrata o Temis; era hija del río Ladón, y aunque estaba casada con Equeno, tuvo a Evandro con Hermes. Nicóstrata persuadió a Evandro para que matara a su supuesto padre, y cuando los arcadios desterraron a ambos, fue con él a Italia, acompañado por un cuerpo de pelasgos[21]. Allí, unos sesenta años antes de la guerra de Troya, fundó la pequeña ciudad de Palantino, en la colina junto al río Tíber, llamada posteriormente monte Palatino; el sitio lo eligió Nicóstrata: y pronto no hubo un rey más poderoso que Evandro en toda Italia. Nicóstrata, llamada ahora Carmenta, adaptó el alfabeto pelasgo de trece consonantes que Cadmo había traído de Egipto para formar el latino de quince consonantes. Pero algunos afirman que fue Heracles quien enseñó a los súbditos de Evandro el uso de las letras, que es por lo que comparte un altar con las Musas[22].

p. Según los romanos, Heracles liberó al rey Evandro del tributo que debía pagar a los etruscos, mató al rey Fauno, quien tenía la costumbre de sacrificar a los extranjeros en el altar de su padre Hermes; y engendró a Latino, el antepasado de los latinos, con la viuda, o la hija, de Fauno. Pero los griegos sostienen que Latino era hijo de Circe y Odiseo. En todo caso, Heracles suprimió el sacrificio cronio anual de dos hombres, que eran arrojados al Tíber, y obligó a los romanos a utilizar en su lugar muñecos; inclusive ahora, en el mes de mayo, cuando la luna está llena, la principal virgen Vestal, colocada en el Pons Sublicius de madera de roble, arroja imágenes blanqueadas de ancianos, hechas con juntos y llamados «Argivos» a la corriente amarilla**[23]**. Se cree también que Heracles fundó Pompeya y Herculano, luchó con gigantes en los Campos Flegreos de Cumas y construyó una calzada de una milla de longitud a lo largo del golfo Lucrino, a la que ahora se llama el Camino Heracliano, por el cual condujo al ganado de Gerión**[24]**.

q. Se dice, además, que se acostó para descansar cerca de la frontera de Regio y Lócris Epicefiria y como le molestaban mucha las cigarras, suplicó a los dioses que las acallasen. Su súplica fue atendida inmediatamente y desde entonces nunca se ha oído cantar a las cigarras en el lado regiano del río Alece, aunque cantan fuertemente en el lado locrio. Ese día un toro se separó del rebaño, se introdujo en el mar y nadó hasta Sicilia. Heracles lo persiguió y lo encontró oculto entre los rebaños de Érix, rey de los elimos, hijo de Afrodita y de Butes**[25]**. Érix, que era luchador y púgil, le desafió a un torneo quíntuple. Heracles aceptó el desafío, con la condición de que Érix apostase su reino contra el toro huido, y venció en las cuatro primeras pruebas; finalmente, en la lucha, levantó a Érix a gran altura en el aire, lo arrojó contra la tierra y lo mató, con lo cual demostró a los sicilianos que no todos los nacidos de una diosa son necesariamente inmortales. De esta manera Heracles conquistó el reino de Érix, que dejó a sus habitantes para que disfrutaran de él hasta que uno de sus propios descendientes fuera a reclamarlo**[26]**.

r. Algunos dicen que Érix —cuyo campo de lucha se muestra— tenía una hija llamada Psófide, quien dio a Heracles dos hijos: Equefrón y Prómaco. Habiendo sido criados en Erimanto, cambiaron el nombre de esta

ciudad por el de su madre Psófide y construyeron un altar a Afrodita Ericina del que hoy sólo quedan las ruinas. Los altares dedicados a los héroes Equefrón y Prómaco perdieron su importancia desde hace mucho tiempo y a Psófide se la considera habitualmente como una hija de Janto, el nieto de Árcade[27].

s. Continuando su viaje a través de Sicilia, Heracles llegó al lugar donde ahora se halla la ciudad de Siracusa; allí ofreció sacrificios e instituyó el festival anual junto al precipicio sagrado de Cíane, por el cual Hades llevó a Core al mundo subterráneo. A los que honraron a Heracles en la llanura de Leontini les dejó un recuerdo imperecedero de su visita. Cerca de la ciudad de Agirio las huellas de los cascos de su ganado quedaron impresas en un camino de piedra como si hubiera sido de cera; y, considerando eso como un indicio de su inmortalidad, Heracles aceptó que los habitantes le rindieran los honores divinos que hasta entonces había rechazado firmemente. Luego, en agradecimiento por sus favores, formó un lago de cuatro estadios de circunferencia fuera de las murallas de la ciudad y erigió templos locales a Yolao y Geriones[28].

t. De vuelta a Italia en busca de otro camino que le lelvara a Grecia, Heracles condujo su ganado por la costa oriental hasta el Promontorio Lacinio, donde el gobernante, el rey Lacinio, pudo jactarse más tarde de que había hecho huir a Heracles, lo que hizo simplemente construyendo un templo a Hera, a la vista del cual Heracles se marchó disgustado. Nueve kilómetros más adelante Heracles mató accidentalmente a Crotón, lo enterró con todos los honores y profetizó que en el futuro se alzaría allí una gran ciudad que llevaría su nombre. Heracles cumplió esa profecía después de su deificación: apareció en un sueño a uno de sus descendientes, el argivo Miscelo, y le amenazó con un castigo terrible si no conducía un grupo de colonos a Sicilia y fundaba la ciudad; y cuando los argivos estaban a punto de condenar a Miscelo a muerte por violar su prohibición de emigrar cambió milagrosamente todos los guijarros negros de la votación en blancos[29].

u. Heracles se proponía luego llevar el ganado de Geriones a través de Istria al Epiro, y desde allí al Peloponeso por el Istmo. Pero a la entrada del Golfo Adriático Hera envió un tábano que hizo huir espantado al ganado y

lo llevó a través de la Tracia al desierto escita. Allí Heracles lo persiguió y una noche fría y tormentosa se envolvió en la piel de león y se quedó dormido en una colina pedregosa. Cuando se despertó se encontró con que las yeguas de su carro, a las que había desunido para que pacieran, también faltaban. Anduvo por todas partes en su busca hasta que llegó a un distrito boscoso llamado Hilea, donde un ser extraño, medio mujer y medio serpiente, le gritó desde una cueva. Le dijo que ella tenía sus yeguas, pero sólo se las devolvería si se hacía su amante. Heracles accedió, aunque con cierta renuencia, y la besó tres veces; en vista de ello la mujer con cola de serpiente le abrazó apasionadamente, y cuando, por fin, Heracles quedó en libertad para irse, ella le preguntó: «¿Qué será de los tres hijos que tengo ahora en el seno? Cuando lleguen a la virilidad, ¿quieres que los instale aquí, donde soy la dueña o que te los envíe?»

v. «Cuando crezcan, obsérvalos cuidadosamente —contestó Heracles—. Y si alguno de ellos encorva este arco como yo lo encorvo y se ciñe con este cinturón como yo me ciño, elígelo como el gobernante de tu país.» Dicho eso, le dio uno de sus dos arcos y su cinturón, que tenía una copa de oro colgando de su broche; y luego siguió su viaje. Ella llamó a los trillizos Agatirso, Gelono y Escítes. Los dos mayores se mostraron incapaces de realizar las tareas que había indicado su padre, por lo que ella los desterró; pero Escites consiguió hacer las dos cosas y dejó que se quedara, convirtiéndose en el antepasado de todos los reyes escitas, que hasta el presente llevan copas de oro en sus cinturones[30]. Sin embargo, otros dicen que fue Zeus y no Heracles quien se acostó con la mujer con cola de serpiente, y que, cuando los tres hijos que tuvo con ella gobernaban todavía el país cayeron del firmamento cuatro objetos de oro; un arado, un yugo, un hacha de combate y una copa. Agatirso fue el primero que corrió para recogerlo, pero cuando se acercó el oro llameó y le quemó las manos. Gelono fue rechazado del mismo modo. Pero cuando se acercó Escites, el más joven, el fuego se apagó inmediatamente y así él pudo llevar a su casa los cuatro tesoros de oro y los hermanos mayores accedieron a cederle el reino[31].

w. Heracles, después de haber recuperado sus yeguas y la mayor parte del ganado extraviado, los llevó a través del río Estrimón, que represó con

piedras para ese propósito, y no encontró más aventuras hasta que el pastor gigante Alcioneo, quien se había apoderado del Istmo de Corinto, arrojó una roca sobre el ejército que una vez más seguía a Heracles y aplastó no menos de doce carros y el doble de jinetes. Éste era el mismo Alcioneo que robó dos veces el ganado sagrado de Helio: desde Eritia y desde la ciudadela de Corintio. Corrió hacia adelante, recogió la roca y esta vez la lanzó contra Heracles, quien la devolvió con su clava y así mató al gigante. Todavía se ve esa roca en el Istmo[32].

1. El tema principal de los trabajos de Heracles es su ejecución de ciertas hazañas rituales antes de ser aceptado como consorte de Admete, o Auge, o Atenea, o Hipólita, o como quiera que se llamara la reina. Este extravagante décimo trabajo puede haberse relacionado originalmente con el mismo tema si es que se refiere a la costumbre helénica patriarcal según la cual el marido compraba a su novia con los procedimientos de un robo de ganado. En la Grecia homérica se las valoraba según el ganado, como sucede todavía en algunas partes del África Oriental y Central. Pero se han agregado al mito otros elementos que no vienen al caso, como la visita a la Isla Occidental de los Muertos y su regreso afortunado cargado con el botín; la fábula irlandesa antigua análoga es la de Cuchulain, quien penetró en el Infierno —Dun Scaith, «ciudad de las sombras»— y volvió con tres vacas y una caldera mágica, a pesar de las tormentas que los dioses de los muertos desencadenaron contra él. La urna de bronce en la que Heracles navegó a Eritia era una nave apropiada para una visita a la Isla de los Muertos, y quizá se la ha confundido con la caldera de bronce. En la Undécima Tablilla de la epopeya de Gilgamesh babilonia, Gilgamesh hace un viaje análogo a una isla sepulcral a través del mar de los muertos, utilizando como vela sus ropas. Este episodio llama la atención a muchos puntos de semejanza entre los mitos de Heracles y Gilgamesh; la fuente común es probablemente sumeria. Como Heracles, Gilgamesh mata a un león monstruoso y lleva su piel (véase 123.e); ase a un toro del cielo por los cuernos y lo domina (véase 129.b); descubre una hierba secreta que proporciona la invulnerabilidad (véase 135.h); hace el mismo viaje que el Sol (véase 132.d); y visita el Jardín de las Hespérides, donde, después de matar a un

dragón enroscado en un árbol sagrado, es recompensado con dos objetos sagrados procedentes del mundo subterráneo (véase 133.e). Las relaciones de Gilgamesh con su compañero Enkidu se parecen mucho a las de Teseo, el Heracles ateniense, con su compañero Pirítoo, quien desciende al Tártaro y no logra regresar (véase 103.C y d); y la aventura de Gilgamesh con los escorpiones ha sido atribuida al beocio Orion (véase 41.3).

2. Las colonias griegas pre-fenicias instaladas en España, Galia e Italia bajo la protección de Heracles han contribuido al mito; y en el sentido geográfico las Columnas de Heracles —a las que un grupo de colonos llegó alrededor del año 1100 a. de C.— son Ceuta y Gibraltar.

3. No obstante, en un sentido místico celto-ibérico, las Columnas son abstracciones alfabéticas. «Marwnad Ercwlf», antiguo poema gales del Libro Rojo de Hergest, trata del Heracles celta —a quien los irlandeses llamaban «Cara Solar de Ogma» y Luciano «Ogmio» (véase 125.1)— y cuenta cómo Ercwlf erigió «cuatro columnas de la misma altura coronadas con oro rojo», al parecer las cuatro columnas de cinco letras cada una que formaban el alfabeto bárdico de veinte letras llamado el Boibel-Loth (Diosa Blanca, p. 175). Parece que, alrededor del año 400 a. de C., este nuevo alfabeto, cuyos nombres de las letras griegas se referían al viaje celestial de Heracles en la copa del sol, su muerte en el monte Eta y sus poderes como fundador de ciudades y juez (Diosa Blanca, p. 263) reemplazó al alfabeto de los árboles Beth-Luis-Nion, los nombres de las letras del cual se referían al sacrificio homicida de Crono por las mujeres salvajes (Diosa Blanca, p. 391). Puesto que las Gorgonas tenían un bosquecillo en Eritia —«Isla Roja», identificada por Ferécides como la isla de Gades— y puesto que «árboles» en todos los idiomas celtas significan «letras», yo interpreto «el árbol que toma diversas formas» como el alfabeto Beth-Luis-Nion, cuyo secreto guardaban las Gorgonas en su bosquecillo sagrado hasta que Heracles las «aniquiló». En este sentido, la incursión de Heracles de Eritia, donde mató a Geriones y el perro Ortro —el astro Sirio— se refiere a la sustitución del alfabeto de Crono por el alfabeto de Heracles.

4. Hesíodo (Teogonia 287) llama a Geriones tricephalon, «de tres cabezas»; otra interpretación de lo cual es tricarenon, que significa lo mismo. «Tricarenon» recuerda a Torvos Trigarenus, el dios celta con dos manos izquierdas que aparece en compañía de grullas y un toro en el altar de París derribando un sauce. Geryon, palabra que no tiene significado en

griego, parece ser una forma desusada de Trigaranus. Puesto que lo mismo en la tradición griega que en la irlandesa las grullas están asociadas con los secretos alfabéticos (véase 52.6) y con los poetas, Geriones parece ser el guardián de la Diosa del alfabeto anterior: en realidad Crono acompañado por los dáctilos. En la isla sepulcral de Eritia, Crono-Geriones, quien era en un tiempo un héroe solar del tipo de Heracíes-Briareo, se había convertido en un dios de los muertos, con Ortro como su Cerbero; y este décimo trabajo, por tanto, ha sido confundido con el duodécimo y Menetes figura en ambos. Aunque el «fruto sin cuesco parecido a la cereza» nacido de la sangre de Geriones puede haber sido la baya de madroño, que se da en España, ha influido en la fábula el carácter sagrado que para Crono-Saturno tiene el cornejo de frutos más tempranos (Diosa Blanca p. 223), que produce un tinte rojo como el coscojo. El papel de Crisaor en la fábula es importante. Su nombre significa «falce de oro», el arma asociada con el culto de Crono, y se decía que era hijo de la gorgona Medusa (véase 33.b, 73.h y 138.j).

5. Nórax, nieto de Geriones por Eritia y Hermes —se dice que Hermes llevó el alfabeto de árboles de Grecia a Egipto y volvió con él—, parece ser una grafía errónea de Norops, la palabra griega para «cara solar». Esta genealogía ha sido invertida por los mitógrafos irlandeses; según éstos, su propio Geriones, cuyas tres personas se llamaban Brian, Iuchar e Iucharba —una forma de Varuna, Mitra e Indra— tenía a Ogma por abuelo, y no por nieto, y su hijo era el dios Sol celtíbero Lugh, Llew o Lugo. También insisten en que el alfabeto les había llegado de Grecia por España. El cuervo de Crono estaba consagrado a Lugo, según Plutarco, quien constata (Sobre los ríos y las montañas v) que «Lugdunum» —Lyón, la fortaleza de Lugo— «se llamaba así porque un auspicio de cuervos sugirió la elección de su ubicación, pues lug significa cuervo en el dialecto alobrógico».

6. Verrio Flaco parece haber sido mal interpretado por Servio; es más probable que dijera que «Garano (Gerión) tricéfalo, y no Caco, era el nombre de la víctima de Heracles, y que Evandro ayudó a Heracles». Esto estaría de acuerdo con la versión de que la madre de Evandro, Carmenta, suprimió el alfabeto de trece consonantes, el Beth-Luis-Nion de Crono, en favor del Boibel-Loth de quince consonantes de Heracles-Ogma (Diosa Blanca p. 380). El rey Juba, al que Plutarco cita como diciendo que Heracles enseñó a los súbditos de Evandro el empleo de las letras, era un

magistrado honorario de Gades, y sin duda conocía muy bien la ciencia alfabética local. En esta fábula de Evandro se describe claramente a Heracles como un enemigo del culto de Crono, puesto que suprime el sacrificio humano. Sus andanzas por Italia y Sicilia han sido inventadas para explicar los numerosos templos que se le erigieron en esos países; y su quíntupla competencia con Érix, para justificar las expediciones colonizadoras del siglo VI que el heráclida Peníatlos de Cnido y el espartano Dorio hicieron a la región de Érix. El Heracles venerado en Agirá, ciudad siciliana, puede haber sido un antepasado que llevó a los sículos a través del estrecho desde Italia alrededor del año 1050 a. de C. (Tucídides: vi.2.5). También se le hace visitar Escitia; los colonos griegos de las costas occidental y septentrional del Mar Negro incorporaron a un Heracles escita, un héroe arquero (véase 119.3) en el misceláneo décimo trabajo. Su desposada, la mujer con cola de serpiente, era una diosa Tierra, madre de las tres tribus escitas principales mencionadas por Herodoto; en otra versión del mito, representada por la balada inglesa de The Laidley Worm, cuando él le ha besado tres veces se transforma en «la mujer más bella que jamás se había visto».

7. La anécdota de Alcioneo parece haberse desprendido del mito del ataque de los gigantes al Olimpo y de su derrota a manos de Heracles (véase 35.rf-e). Pero el robo por Alcioneo del ganado de Helio en Eritia, y otra vez en la ciudadela de Corinto, es una versión más antigua del robo del ganado de Gerión por Heracles, pues su propietario era un consorte solar activo de la diosa Luna, no un dios de los muertos desterrado y debilitado.

8. La flecha que Heracles disparó contra el sol del mediodía sería la que disparó contra el cénit durante la ceremonia de su coronación (véase 126.2 y 135.1).

133. EL UNDÉCIMO TRABAJO: LAS MANZANAS DE LAS HESPÉRIDES

a. Heracles había realizado esos diez trabajos en el término de ocho años y un mes, pero Euristeo, descontando el segundo y el quinto, le impuso dos más. El undécimo trabajo consistió en conseguir los frutos del manzano de oro, regalo de bodas de la Madre Tierra a Hera con el que ésta se había mostrado tan complacida que lo plantó en su jardín divino. Este jardín se hallaba en las laderas del monte Atlas, donde los jadeantes caballos del carro del Sol terminaban su viaje y donde las ovejas y las vacas de Atlante, mil rebaños de cada clase de esos animales, vagaban por los pastos de su innegable propiedad. Cuando un día descubrió Hera que las hijas de Atlante, las Hespérides, a quienes había confiado el árbol, hurtaban las manzanas, hizo que el dragón Ladón, siempre vigilante, se enroscara alrededor del árbol como su guardián**[1]**.

b. Algunos dicen que Ladón era hijo de Tifón y Equidna; otros que era el hijo menor de Ceto y Forcis; otros que era hipo partenogenésico de la Madre Tierra, Tenía cien cabezas y hablaba con varias lenguas**[2]**.

c. Se discute igualmente si las Hespérides vivían en el monte Atlas en el País de los Hiperbóreos, o en el monte Atlas de la Mauritania, o en alguna parte más allá del Océano, o en dos islas situadas en las cercanías del promontorio llamado el Cuerno Occidental, que se halla cerca de la Hesperia etiópica, en las fronteras de África. Aunque las manzanas pertenecían a Hera, Atlante sentía por ellas un orgullo de jardinero y, cuando Temis le advirtió: «Un día, dentro de mucho tiempo, Titán, tu árbol será despojado de su oro por un hijo de Zeus», Atlante, que todavía no

había sido castigado con el terrible trabajo de soportar el globo celestial sobre sus hombros, construyó sólidas murallas alrededor del huerto y expulsó de su territorio a todos los extranjeros; puede muy bien haber sido él quien puso a Ladón como guardián de las manzanas[3].

d. Heracles, quien no sabía en qué dirección se hallaba el Jardín de las Hespérides, marchó a través de Iliria hasta el río Po, el hogar del dios marino oracular Nereo. En el camino cruzó el Equedoro, pequeño arroyo macedonio donde Cicno, hijo de Ares y Pirene, le desafió a un duelo. Ares actuó como segundo de Cicno y puso en orden a los combatientes, pero Zeus lanzó un rayo entre ellos y renunciaron a la lucha. Cuando por fin Heracles llegó al Po, las ninfas del río, hijas de Zeus y Temis, le mostraron a Nereo dormido. Él asió al viejo y venerable dios marino y, sujetándolo a pesar de sus muchas transformaciones proteicas, le obligó a profetizar cómo se podían conseguir las manzanas de oro. Algunos dicen, no obstante, que Heracles acudió a Prometeo, para que le diese esa información[4].

e. Nereo había aconsejado a Heracles que no arrancase las manzanas personalmente, sino que emplease a Atlante como su agente, aliviándolo entretanto de su carga fantástica; en consecuencia, cuando llegó al Jardín de las Hespérides le pidió a Atlante que le hiciera ese favor. Atlante habría realizado casi cualquier trabajo con tal de tener una hora de respiro, pero temía a Ladón, al que Heracles mató inmediatamente con una flecha que disparó por encima de la pared del jardín. Heracles inclinó la espalda para recibir el peso del globo celestial y Atlante se alejó y volvió poco después con tres manzanas arrancadas por sus hijas. La sensación de libertad le pareció deliciosa. «Yo mismo llevaré sin falta estas manzanas a Euristeo —dijo— si tú sostienes el firmamento durante unos pocos meses más». Heracles simuló que accedía pero como Nereo le había advertido que no debía aceptar oferta alguna de esa clase pidió a Atlante que soportase el globo durante sólo un momento más, mientras él se ponía un almohadón en la cabeza. Atlante se dejó engañar fácilmente, dejó las manzanas en el suelo y volvió a ponerse el firmamento en los hombros; inmediatamente Heracles recogió las manzanas y se alejó con una despedida irónica.

f. Al cabo de algunos meses Heracles le llevó las manzanas a Euristeo, quien se las devolvió; él las entregó entonces a Atenea, quien las dio otra

vez a las ninfas, pues era ilegal que la propiedad de Hera saliese de sus manos[5]. Como sentía sed después de este trabajo, Heracles golpeó la tierra con los pies e hizo surgir una corriente de agua que más tarde salvó la vida de los argonautas cuando estaban a punto de morirse de sed en el desierto de Libia. Entretanto Hera, que lloraba a Ladón, puso su imagen entre las estrellas como la constelación de la Serpiente[6].

g. Heracles no volvió a Micenas por un camino directo. Primeramente atravesó la Libia, cuyo rey Anteo, hijo de Posidón y de la Madre Tierra, tenía la costumbre de obligar a los extranjeros a luchar con él hasta dejarlos exhaustos, matándolos después; pues no sólo era un atleta fuerte y hábil, sino que además cuando tocaba la tierra se renovaba su fuerza. Guardaba los cráneos de sus víctimas para techar un templo dedicado a Posidón[7]. No se sabe si Heracles, que estaba decidido a poner fin a esa práctica bárbara, desafió a Anteo o si Anteo le desafió a él. Sin embargo, Anteo demostró que no era una víctima fácil; era un gigante que vivía en una cueva situada bajo un alto risco, donde se alimentaba con la carne de los leones y dormía en la tierra desnuda para conservar y aumentar su fuerza ya colosal. La Madre Tierra, que todavía no era estéril después de haber dado a luz al gigante, había concebido a Anteo en una cueva libia y tenía más motivos para jactarse de él que inclu sive de sus monstruosos hijos mayores, Tifón, Ticio y Briareo. Les habría ido mal a los olímpicos si hubiera luchado contra ellos en las Llanuras de Flegras.

h. En preparación para la lucha los dos combatientes se quitaron sus pieles de león, pero mientras que Heracles se frotaba con aceite a la manera olímpica, Anteo se derramó arena caliente sobre los miembros por si el contacto con la tierra por medio de las plantas de los pies resultaba insuficiente. Heracles se proponía reservar su fuerza y cansar a Anteo, pero cuando consiguió tenderlo en tierra le sorprendió ver que los músculos del gigante se hinchaban y que el contacto con la Madre Tierra infundía nueva vida a sus miembros. Los combatientes volvieron a asirse y al poco tiempo Anteo se dejó caer por su propia voluntad sin esperar a que Heracles lo derribase, lo que hizo que este último comprendiera lo que sucedía y, en vista de ello, lo levantó a gran altura en el aire, le rompió las costillas y, a

pesar de los hondos gemidos de la Madre Tierra, lo mantuvo en alto hasta que murió[8].

i. Algunos dicen que esta lucha se realizó en Lixo, una pequeña ciudad de Mauritania situada a unos ochenta kilómetros de Tánger, cerca del mar, donde se muestra una loma como la tumba de Anteo. Los nativos creen que si se sacan de esa loma unas pocas canastas de tierra lloverá y seguirá lloviendo hasta que las vuelvan a poner en su lugar. También se pretende que los Jardines de las Hespérides se hallaban en la isla cercana, donde hay un altar de Heracles; pero, con excepción de unos pocos acebuches, no queda allí rastro alguno de huerto. Cuando Sertorio se apoderó de Tánger abrió la tumba para ver si el esqueleto de Anteo era tan grande como lo describía la tradición. Con gran asombro suyo vio que medía sesenta codos, por lo que imediatamente volvió a cerrar la tumba y ofreció a Anteo sacrificios de héroe. Se dice en la localidad que o bien Anteo fundó Tánger, llamada anteriormente Tingis, o bien que Sófax, el hijo que Tinger, la viuda de Anteo, tuvo con Heracles, reinó en ese país y dio a la ciudad el nombre de su madre. El hijo de Sófax, Diodoro, dominó a muchas naciones africanas con un ejército griego reclutado entre los colonos micénicos que Heracles había instalado allí[9]. Los mauritanos son de origen oriental y, como los farusios, descendían de ciertos persas que acompañaron a Heracles al África; pero algunos sostienen que son descendientes de los cananeos a los que el israelita Josué expulsó de su país[10].

j. A continuación Heracles hizo una visita al Oráculo de Amón, donde solicitó una entrevista con su padre Zeus; pero Zeus se mostró renuente a manifestarse y, como Heracles insistió, desolló un carnero, se cubrió con el vellón, con la cabeza del carnero ocultando la suya, y le dio ciertas instrucciones. De aquí que los egipcios den a sus imágenes de Zeus Amón una cara de carnero. Los tebanos sacrifican carneros sólo una vez al año, cuando al final del festival de Zeus, desuellan a un solo carnero y utilizan su vellón para cubrir la imagen de Zeus, después de lo cual los adoradores se golpean el pecho en señal de duelo por la víctima y la entierra en una tumba sagrada[11].

k. Heracles se dirigió luego hacia el sur y fundó una ciudad de cien puertas llamada Tebas en honor de su ciudad natal; pero algunos dicen que

Osiris la había fundado ya. Durante todo este tiempo el rey de Egipto era el hermano de Anteo, Busiris, un hijo de Posidón y Lisianasa, la hija de Épafo, o, según dicen otros, de Anipe, hija del río Nilo[12]. Ahora bien, el reino de Busiris había sufrido en un tiempo la sequía y el hambre durante ocho o nueve años y él había mandado llamar a unos augures griegos para que le aconsejasen. Su sobrino, un adivino chipriota culto llamado Frasio, Trasio o Tasio, hijo de Pigmalión, anunció que el hambre cesaría si cada año se sacrificaba a un extranjero en honor de Zeus. Busiris comenzó con Frasio mismo y después sacrificó a otros huéspedes casuales, hasta que llegó Heracles, quien dejó que los sacerdotes lo arrastraran al altar. Le ataron el cabello con una venda y Busiris, invocando a los dioses, estaba a punto de levantar el hacha de los sacrificios cuando Heracles rompió sus lazos y mató a Busiris, al hijo de Busiris, Anfídamas, y a todos los sacerdotes presentes[13].

l. Luego Heracles atravesó Asia y se detuvo en Termidrae, el puerto de la Lindo rodia, donde desunció uno de los bueyes del carro de un labrador, lo sacrificó, y comió su carne, mientras el dueño aguardando en cierta montaña, le maldecía desde lejos. De aquí que los lindios, sigan profiriendo maldiciones cuando hacen sacrificios a Heracles. Por fin llegó a las montañas del Cáucaso, donde Prometeo había estado encadenado durante treinta años —o mil, o treinta mil años— mientras todos los días un buitre, nacido de Tifón y Equidna, le desgarraba el hígado. Hacía tiempo que Zeus se había arrepentido de su castigo, porque desde entonces Prometeo le había advertido bondadosamente que no se casase con Tetis, para que no engendrase a alguien más importante que él; y ahora, cuando Heracles le suplicó que perdonase a Prometeo, se lo concedió sin vacilar[14]. Pero como le había condenado a un castigo eterno, Zeus estipuló que, para que Prometeo siguiese pareciendo un prisionero, llevase un anillo hecho con sus cadenas y engastado con una piedra caucasia, y éste fue el primer anillo que llevó un engaste. Pero los sufrimientos de Prometeo estaban destinados a durar hasta que algún inmortal fuera voluntariamente al Tártaro en su lugar; en consecuencia Heracles recordó a Zeus que Quirón deseaba renunciar al don de la inmortalidad desde que había sufrido una herida incurable. Por lo tanto, ya no quedaba impedimento alguno y Heracles, invocando a Apolo

Cazador, mató al buitre atravesándole el corazón y puso a Prometeo en libertad[15].

m. La humanidad comenzó a llevar anillos en honor de Prometeo, y también guirnaldas, porque cuando quedó en libertad se ordenó a Prometeo que se coronase con una guirnalda de sauces, y Heracles, para acompañarle, se puso una de acebuche[16].

n. Zeus Omnipotente puso la flecha entre las estrellas como la constelación de Sagitario; y hasta el presente los habitantes de las montañas del Cáucaso consideran al buitre como el enemigo de la humanidad. Queman sus nidos con dardos llameantes y le tienden trampas para vengar los sufrimientos de Prometeo[17].

1. Las diferentes ubicaciones de las Hespérides representan diferentes opiniones acerca de lo que constituía el Lejano Oeste. Una versión colocaba el escenario de este trabajo en Berenice, anteriormente llamada la ciudad de las Hespéridas (Plinio: Historia natural v.5), Eusperides (Herodoto: iv.171), o Eusperites (Herodoto: iv.198), pero que cambió su nombre por el de la esposa de Tolomeo Evergetes. Estaba construida en Pseudopenias (Estrabón: xvii.3.20), el promontorio occidental del Golfo de Sirtes. Esta ciudad, bañada por el río Latón, o Letón, tenía un bosquecillo sagrado llamado «Jardines de las Hespérides». Además, el Latón desembocaba en un Lago Hesperio; y en las cercanías había otro, el Lago Tritonis, que encerraba a una islita con un templo de Afrodita (Estrabón: *loc. cit*.; Plinio: *loc. cit*.), al cual se decía a veces que pertenecía el manzano (Servio sobre la Eneida de Virgilio iv.485). Herodoto (*loc. cit*.) lo describe como una de las pocas partes fértiles de la Libia; en los mejores años la tierra producía el céntuplo.

2. Además de estas disputas geográficas había varias explicaciones racionales del mito. Una opinión era que las manzanas eran en realidad hermosas ovejas (melón significa tanto «oveja» como «manzana»), u ovejas con una lana roja peculiar que parecía de oro, las cuales eran guardadas por un pastor llamado Dragón, al que las hijas de Héspero, las Hespérides, solían llevar la comida. Heracles se llevó las ovejas (Servio sobre la Eneida de Virgilio: *loc. cit*.; Diodoro Sículo: iv.26) y mató (Servio: *loc. cit*) o raptó

al pastor (Palefato: 19). Palefato (*loc. cit*) hace a Héspero natural de la Mileto caria, que era todavía famosa por sus ovejas, y dice que aunque Héspero había muerto mucho tiempo antes de la llegada de Heracles, sus dos hijas le sobrevivían.

3. Otra opinión era que Heracles rescató a las hijas de Atlante, que habían sido raptadas en el huerto de su familia por sacerdotes egipcios, y Atlante, agradecido, no sólo le dio el objeto de su trabajo, sino que además le enseñó la astronomía por añadidura. Pues Atlante, el primer astrónomo, sabía tanto que llevaba el globo celestial en los hombros, por decirlo así; y de aquí que se diga que Heracles le tomó el globo (Diodoro Sículo: iii.60 y iv.27). Heracles se convirtió ciertamente en el Señor del Zodíaco, pero el titán astrónomo a quien reemplazó era Ceo (alias Thoth) y no Atlante (véase 1.3).

4. La verdadera explicación de este trabajo se debe encontrar, no obstante, en el ritual más bien que en la alegoría. Se demostrará (véase 148.5) que el candidato a la dignidad del rey tenía que vencer a una serpiente y apoderarse de su oro; y eso fue lo que hizo Heracles tanto en este caso como en su lucha con la Hidra. Pero el oro del que se apoderó no debía tener la forma de manzanas de oro; éstas se las dio al final de su reinado la diosa Triple como su pasaporte para el Paraíso. Y en este contexto fúnebre la Serpiente no era su enemiga, sino la forma que su ánima oracular asumiría después de haber sido sacrificado. Ladón tenía cien cabezas y hablaba con diversas lenguas porque muchos héroes oraculares podían llamarse «Heracles»: es decir, que habían sido representantes de Zeus y se habían dedicado al servicio de Hera. El Jardín de las tres Hespérides —cuyos nombres las identifican con la puesta del sol (véase 33.7 y 39.1)— es situado en el Lejano Oeste, porque la puesta del sol era un símbolo de la muerte del rey sagrado. Heracles recibió las manzanas al final de su reinado, correctamente registrado como un Gran Año de cien lunaciones. Había tomado la carga del rey sagrado de su predecesor, y con ella el título de «Atlante», «el que sufre largamente». Es probable que la carga fuese originalmente no el globo, sino el disco solar (véase 67.2).

5. El comportamiento de Nereo sigue el modelo del de Proteo (véase 169.a), a quien Menelao consultó en Faros (Homero: Odisea iv.581 y ss.). Se dice que Heracles remontó el Po porque llevaba al País de los Hiperbóreos (véase 125.b). Sabemos que los regalos envueltos en paja que

los hiperbóreos enviaban a Delos siguieron esa ruta (Herodoto: iv. 33). Pero aunque su país era en un sentido Gran Bretaña —como centro del culto de Bóreas— en otro era Libia y en otro el Cáucaso; y el Paraíso se hallaba en el Lejano Oeste o en lo recóndito del Viento Norte, la región misteriosa a la que volaban los gansos silvestres en el verano (véase 161.4). Las andanzas de Heracles ilustran esta incertidumbre. Si iba en busca del Paraíso libio debía haber consultado con el rey Proteo de Faros (véase 169.a); si iba en busca del Paraíso caucásico, con Prometeo (lo que es, en verdad, la versión de Apolodoro); si iba en busca del nórdico, a Nereo, quien vivía cerca de las fuentes del Po y cuyo comportamiento se parecía al de Proteo.

6. Los huesos de Anteo eran probablemente los de una ballena varada, alrededor de la cual nació una leyenda en Tánger: «Esto tiene que haber sido un gigante. Sólo Heracles pudo haberlo matado. ¡Heracles, que erigió esas enormes columnas en Ceuta y Gibraltar!» Una lucha entre el candidato a la dignidad de rey y los campeones locales era una costumbre muy extendida: la lucha con Anteo por la posesión del reino, como la lucha de Teseo con Escirón (véase 96.3), o la de Odiseo con Filomelides (véase 161./), deben ser entendidas en este sentido. Praxiteles, el escultor del Partenón, consideraba la derrota de Anteo como un trabajo aparte (Pausanias: iv.11.4).

7. Una antigua asociación religiosa unía a Dodona con Amón; y el Zeus adorado en cada una de ellas era original mente un rey pastor sacrificado anualmente, como en los montes Pelión y Lafistio. Heracles hizo bien en visitar a su padre Zeus cuando pasó por Libia; Perseo había hecho lo mismo en su viaje al Oriente, y Alejandro Magno siguió su ejemplo siglos después.

8. El dios Set era pelirrojo, y los busirios necesitaban, por lo tanto, víctimas con cabello de ese color para ofrecerlas a Osiris, a quien asesinó Set. Los pelirrojos eran raros en Egipto, pero comunes entre los helenos (Diodoro Sículo: i.88; Plutarco: Sobre Isis y Osiris 30, 33 y 73). La muerte de Busiris por Heracles puede referirse a alguna acción punitiva realizada por los helenos, cuyos compatriotas habían sido acechados y muertos; hay pruebas de una colonia helena primitiva en Chemmis.

9. Las maldiciones proferidas durante los sacrificios a Heracles (véase 143.a) recuerdan la bien establecida costumbre de maldecir e insultar al rey desde una colina cercana mientras lo coronan, con el fin de guardarlo de los celos divinos. A los generales romanos se les insultaba igualmente en sus

triunfos mientras asumían la personalidad de Marte. Pero los sembradores maldecían también a la semilla mientras la diseminaban en los surcos.

10. La liberación de Prometeo parece haber sido una fábula moral inventada por Esquilo y no un mito auténtico (véase 39.h). El hecho de que llevara una guirnalda de sauce —corroborado en un espejo etrusco— indica que había sido dedicado a la diosa Luna Anatha, o Neitii, o Atenea (véase 9.1). Quizá originalmente se le ataba con tiras de sauce al altar del sacrificio en el festival otoñal de la diosa (véase 116.4).

11. Según una leyenda, Tifón mató a Heracles en Libia, y Yolao le volvió a la vida aplicando una codorniz a las ventanas de su nariz (Eudoxo de Cnido: Circuito de la Tierra i, citado por Ateneo: ix.ll). Pero fue al tirio Heracles Melkarth a quien el dios Esmún («el que evocamos»), o Asclepio, resucitó de ese modo. El significado es que el año comienza en marzo con la llegada de las codornices desde el Sinaí, y que entonces se celebraban orgías en honor de la diosa (véase 14.3).

134. EL DUODÉCIMO TRABAJO: LA CAPTURA DE CERBERO

a. El último, y el más difícil, trabajo de Heracles fue sacar al perro Cerbero del Tártaro. Como medida preliminar, fue a Eleusis, donde solicitó que le permitiesen participar en los Misterios y llevar la corona de mirto[1]. En nuestros tiempos cualquier griego de buena reputación puede ser iniciado en los misterios de Eleusis, pero en la época de Heracles sólo se admitía a los atenienses, por lo que Teseo sugirió que lo adoptase cierto Filio. Filio lo hizo, y cuando Heracles quedó purificado de su matanza de los centauros, porque nadie que tuviera las manos manchadas con sangre podía presenciar los Misterios, le inició debidamente Museo, el hijo de Orfeo, actuando Teseo como su padrino[2]. Pero Eumolpo, el fundador de los Misterios Mayores, había ordenado que no se admitiese a ningún extranjero, y en consecuencia los eleusinos, poco dispuestos a rechazar el pedido de Heracles, pero dudando de que su adopción por Filio lo calificara como un verdadero ateniense, establecieron los Misterios Menores para favorecerle. Otros dicen que Deméter misma le honró fundando en esa ocasión los Misterios Menores[3].

b. Todos los años se realizan dos series de Misterios eleusinos: los Mayores en honor de Deméter y Core, y los Menores en honor de Core solamente. Los Misterios Menores, una preparación para los mayores, son un recuerdo dramático del destino de Dioniso que realizan los eleusinos en Agre, junto al río Iliso, en el mes Antesterión. Los ritos principales son el sacrificio de una cerda, que los iniciados lavan primeramente en el río Cántaro, y su subsiguiente purificación por un sacerdote que lleva el

nombre de Hidrano[4]. Luego tienen que esperar por lo menos un año para que puedan participar en los Misterios Mayores, que se realizan en Eleusis mismo en el mes de Boedromio, y además deben jurar ante el mistagogo que guardarán secreto antes de ser preparados para ello. Entretanto no se les permite entrar en el templo de Deméter y esperan en el vestíbulo durante las solemnidades[5].

c. Una vez purificado y preparado de este modo, Heracles descendió al Tártaro desde el Ténaro laconio; o, según dicen algunos, desde la península Aquerusia, cerca de Heraclea en el Mar Negro, donde se muestran todavía las marcas de su descenso a una gran profundidad. Le guiaron Atenea y Hermes, pues siempre que, agotado por sus trabajos, llamaba desesperado a Zeus, Atenea se apresuraba a descender para consolarle[6]. Aterrado por el ceño de Heracles, Caronte lo condujo a través del río Estigia sin vacilar, en castigo por lo cual Hades lo tuvo encadenado durante todo un año. Cuando Heracles desembarcó de la desvencijada embarcación todos los espíritus huyeron, excepto Meleagro y la gorgona de Medusa. A la vista de Medusa desenvainó la espada, pero Hermes le tranquilizó diciéndole que sólo era un fantasma; y cuando apuntó con una flecha a Meleagro, quien llevaba puesta una armadura brillante, Meleagro le dijo sonriendo: «Nada tienes que temer a los muertos», y ambos conversaron amistosamente durante un rato; al final Heracles se ofreció a casarse con la hermana de Meleagro, Deyanira[7].

d. Cerca de las puertas del Tártaro Heracles encontró a sus amigos Teseo y Pirítoo atados a sillas crueles; arrancó a Teseo de su silla y lo puso en libertad, pero se vio obligado a dejar allí a Pirítoo. Luego retiró la piedra bajo la cual Deméter había aprisionado a Ascálafo; y a continuación, deseoso de complacer a las ánimas con un regalo de sangre caliente, mató una de las vacas de Hades. Su pastor, Menetes o Menecio, hijo de Ceutónimo, le desafió a luchar, pero Heracles le asió por la cintura y le rompió las costillas. Al ver eso Perséfone, que había salido de su palacio y saludado a Heracles como un hermano, intervino y le suplicó que perdonara la vida a Menetes[8].

e. Cuando Heracles pidió que le entregaran a Cerbero, Hades, quien se hallaba junto a su esposa, le contestó torvamente: «Es tuyo, si puedes dominarlo sin emplear la clava ni las flechas». Heracles encontró al perro

encadenado a las puertas del Aqueronte y lo asió resueltamente por el cuello, del cual salían tres cabezas, cada una con una cabellera de serpientes. Cerbero levantó el rabo cubierto de púas para golpearle, pero Heracles, protegido por la piel de león, no aflojó su apretón hasta que Cerbero se sintió ahogado y cedió[9].

f. Cuando volvía del Tártaro Heracles se tejió una corona con el árbol que Hades había plantado en los Campos Elíseos en recuerdo de su amante, la bella ninfa Leuce. Las hojas exteriores de esa corona siguieron siendo negras, porque ése es el color del mundo subterráneo, pero las que rozaban con las sienes de Heracles se pusieron de un color blanco plateado a causa de su sudor glorioso. De aquí que se le consagre el álamo blanco, o tiemblo; su color significa que Heracles trabajó en ambos mundos[10].

g. Con la ayuda de Atenea, Heracles volvió a cruzar el río Estigio sin peligro, y luego medio arrastró y medio llevó a Cerbero por el precipicio de las cercanías de Trecén, por el que Dioniso había conducido a su madre Sémele. En el templo de Artemisa Salvadora, construido por Teseo, sobre la boca de ese precipicio, hay ahora altares dedicados a las divinidades infernales. En Trecén se muestra también una fuente descubierta por Heracles y que lleva su nombre frente al lugar donde estaba anteriormente el palacio de Hipólito[11].

h. Según otra versión, Heracles arrastró a Cerbero, atado con cadenas adamantinas, por un camino subterráneo que llevaba a la sombría cueva de Acone, cerca de Mariandina en el Mar Negro. Como Cerbero se resistía, desviando los ojos de la luz y del sol y ladrando furiosamente con sus tres bocas, su baba salió volando a través de los campos verdes e hizo brotar la planta venenosa llamada acónito, y también hecateis, porque Hécate fue la primera que la utilizó. Según otra versión, Heracles volvió al aire superior por el Ténaro, famoso por su templo parecido a una cueva delante del cual había una imagen de Posidón; pero no se sabe si algún camino llevaba alguna vez allí al Infierno, pues ha estado cerrado desde entonces. Por fin, algunos dicen que salió por el recinto de Zeus Lafistio, en el monte Lafistio, donde hay una imagen de Heracles el de los Ojos Alegres[12].

i. Pero todos están de acuerdo por lo menos en que cuando Heracles llevó a Cerbero a Micenas, Euristeo, que estaba ofreciendo un sacrificio, le

entregó una porción de esclavo, reservando los mejores trozos para sus propios parientes; y en que Heracles manifestó su justo resentimiento matando a tres de los hijos de Euristeo: Perimedes, Euribio y Erípilo[13].

j. Además del acónito, Heracles descubrió también los siguientes simples: el heracleón u «orégano silvestre» que lo cura todo; el heracleón siderio, con su tallo delgado, su flor roja y sus hojas parecidas a las del coriandro, el cual crece en las cercanías de los lagos y ríos y es un remedio excelente para todas las heridas causadas por el hierro; y la hiosciamina, o beleño, que causa el vértigo y la locura. El heracleón ninfeo, que tiene una raíz parecida a una clava, se llamó así por cierta ninfa abandonada por Heracles y que murió de celos; hace impotentes a los hombres durante doce días[14].

1. Este mito parece haber sido deducido de una ilustración que mostraba a Heracles descendiendo al Tártaro, donde Hécate, la Diosa de los Muertos, le recibía en la forma de un monstruo de tres cabezas —quizá con una cabeza por cada una de las estaciones (véase 31.1 y 75.2)— y, como una consecuencia natural de su obsequio de las manzanas de oro, lo conducía a los Campos Elíseos; en realidad era Cerbero el que llevaba a Heracles, y no al contrario. La versión familiar es un resultado lógico de su elevación a la divinidad: un héroe debe permanecer en el Infierno, pero un dios puede salir de él y llevarse a su carcelero. Además, la deificación de un héroe en una sociedad que anteriormente adoraba solamente a la diosa implica que el rey ha desafiado a la costumbre inmemorial y se ha negado a morir por ella. Así la posesión de un perro de oro era prueba de la soberanía del rey supremo aqueo y de haber eludido la tutela matriarcal (véase 24.4). La presencia de Menetes en el Tártaro, y el robo por Heracles de una de las reses de Hades, demuestran que el décimo trabajo es otra versión del duodécimo: una perturbación en el Infierno (véase 132.1). A juzgar por el correspondiente mito gales, el padre de Menetes, aunque deliberadamente «sin nombre», era el dios-aliso Bran, o Foroneo, o Crono; lo que está de acuerdo con el contexto del décimo trabajo.

2. Los misterios Mayores de Eleusis eran de origen cretense y se realizaban en el mes Boedromión («corriendo en busca de ayuda»), que en

Creta era el primer mes del año, aproximadamente septiembre, y se llamaba así, según Plutarco (Teseo 27), para conmemorar la derrota de las amazonas por Teseo, lo que significa su supresión del sistema matriarcal. Originalmente, los Misterios parecen haber sido la preparación del rey sagrado, en el equinoccio de otoño, para su próxima muerte en el solsticio hiemal —de aquí la corona de mirto premonitoria (véase 109.4)— en la forma de un drama sacro, que le avisaba qué podía esperar en el Infierno. Después de la abolición de los sacrificios del varón regio, una característica del matriarcado, los Misterios quedaron abiertos para todos aquellos a los que se juzgaba merecedores de la iniciación; como en Egipto, donde el Libro de los Muertos daba un consejo análogo, cualquier hombre de buena reputación podía convertirse en un Osiris purificándose de toda impureza y pasando por una muerte fingida. En Eleusis, Osiris estaba identificado con Dioniso. Las hojas del álamo blanco eran un símbolo sumerio de renacimiento y en el calendario de los árboles celta el álamo blanco representaba al equinoccio otoñal (véase 52.3).

3. Los Misterios Menores, que se convirtieron en una preparación para los Mayores, parecen haber sido un festival pelasgo independiente que se basaba también en la esperanza del renacimiento, pero se ralizaba a comienzos de febrero, en la Candelaria, cuando los árboles echan por primera vez hojas, que es lo que significa «Antesterión».

4. Ahora bien, puesto que a Dioniso se le identificaba con Osiris, Sémele tiene que ser Isis; y sabemos que Osiris no sacó a Isis del Infierno, sino que ella le sacó a él. Por lo tanto, la ilustración de Trecén mostraría a Sémele llevando a Dioniso de vuelta al aire superior. La diosa que guía igualmente a Heracles es también Isis; y su rescate de Alcestis se dedujo probablemente de la misma ilustración: él es conducido, no conduce. Su salida por el recinto del monte Lafistio constituye una variante interesante. No hay caverna alguna en la cumbre, y el mito tiene que referirse a la muerte y la resurrección del rey sagrado que se celebraba allí, rito que contribuyó a formar la leyenda del Vellocino de Oro (véase 70.2 y 148.10).

5. El acónito, un veneno y paralizante, era utilizado por las hechiceras tesalias para preparar su ungüento flotante; entumecía los pies y las manos y daba la sensación de elevarse del suelo. Pero como era también un febrífugo, a Heracles, que ahuyentó a las aves de la fiebre de Estinfalia, se le atribuyó su descubrimiento.

6. El orden de sucesión de las hazañas de Heracles varía considerablemente. Diodoro Sículo e Higinio disponen los Doce Trabajos en el mismo orden que Apolodoro, excepto que ambos colocan al cuarto antes que el tercero, y al sexto antes que el quinto; y que Diodoro coloca al duodécimo antes que el undécimo. Casi todos los mitógrafos están de acuerdo en que la muerte del León de Nemea fue el primer trabajo, pero en el orden de sucesión que establece Higinio de «los doce trabajos de Heracles impuestos por Euristeo» (Fábula 30) le precede el estrangulamiento de las serpientes. En un lugar Diodoro Sículo asocia la muerte de Anteo y de Busiris con el décimo trabajo (iv.17-18); en otro, con el undécimo (iv.27). Y en tanto que algunos autores hacen que Heracles navegue con los argonautas en su juventud (Silio Itálico: i.512), otros colocan esta aventura después del cuarto trabajo (Apolonio de Rodas: i.122); y otros después del octavo (Diodoro Sículo: iv.15). Pero algunos le hacen realizar el noveno (Valerio Flaco: Argonautica v.91) y el duodécimo (ibid.: ii.382), y romper los cuernos de «ambos toros» (ibid.: i.36) antes de partir con los argonautas; y otros niegan que navegara con ellos, fundándose en que entonces servía como esclavo a la reina Ónfale (Herodoto, citado por Apolodoro: i.9.19).

7. Según Licofrón 1328, Heracles fue iniciado en los Misterios de Eleusis antes de emprender el noveno trabajo; pero Filócoro (citado por Plutarco: Teseo 26) dice que Teseo le había iniciado en el método de su ejecución (ibid.: 30), y que él le sacó del Tártaro durante el duodécimo trabajo (Apolodoro: ii.5.12). Según Pausanias (i.27.7), Teseo sólo tenía siete años más cuando Heracles llegó a Trecén con la piel del león; y despejó el Istmo de malhechores en su viaje a Atenas, en la época en que Heracles servía a Ónfale (Apolodoro: ii.6.3). Eurípides creía que Heracles había luchado con Cicno, el hijo de Ares, antes de emprender el octavo trabajo (Alcestes 501 y ss.); Propercio (iv.19.41), que ya había visitado el Tártaro cuando mató a Caco; y Ovidio (Fasti v.388), que Quirón murió accidentalmente cuando Heracles casi había terminado sus trabajos, y no durante el cuarto.

8. Albrico (22) da la lista de los siguientes doce trabajos en este orden, con explicaciones alegóricas: derrota de los centauros en una boda; muerte del león; rescate de Alcestis del Tártaro y encadenamiento de Cerbero; conquista de las manzanas de las Hespérides; destrucción de la Hidra; lucha

con Aqueloo; muerte de Caco; robo de las yeguas de Diomedes; derrota de Anteo; captura del jabalí; robo del ganado de Gerión; sostén del firmamento.

9. Varios trabajos y hazañas secundarias de Heracles estaban representados en el trono de Apolo en Amidas (Pausanias: iii.18.7-9), y en el altar de bronce de Atenea en la acrópolis espartana (Pausanias: iii.17.3). Las esculturas de Praxíteles en el gablete del templo de Heracles en Tebas mostraban la mayoría de los doce trabajos, pero faltaban las aves estinfálicas, y la lucha con Anteo reemplazaba a la limpieza de los establos de Augías. El evidente deseo de muchas ciudades de asociarse con los trabajos de Heracles indica que casi el mismo drama ritual de las tareas matrimoniales, como preliminares de la coronación, se representaba en una extensa zona.

135. EL ASESINATO DE ÍFITO

a. Cuando Heracles volvió a Tebas una vez terminados sus trabajos, dio a Megara, su esposa, que entonces tenía treinta y tres años, en matrimonio a su sobrino y auriga Yolao, que tenía sólo dieciséis, haciendo la observación de que su unión con ella había sido desdichada[1]. Luego buscó una esposa más joven y más afortunada; y, habiéndose enterado de que su amigo Éurito, hijo de Melanio, rey de Ecalia, había ofrecido casar a su hija Yole con el arquero que pudiera disparar sus flechas a mayor distancia que él y que sus cuatro hijos, se encaminó hacia allá[2]. Apolo le había dado a Éurito un excelente arco y le había enseñado él mismo a manejarlo, y ahora Éurito afirmaba que superaba al dios en puntería; sin embargo, a Heracles no le resultó nada difícil vencer esta prueba. El resultado desagradó a Éurito excesivamente y, cuando se enteró de que Heracles había repudiado a Megara después de asesinar a sus hijos, se negó a concederle la mano de Yole. Después de beber mucho vino para adquirir confianza, le dijo a Heracles: «Nunca podrías compararte conmigo y con mis hijos como arquero si no empleases de mala fe flechas mágicas que no pueden errar el blanco. Declaro esta competencia nula y, en todo caso, yo no confiaría mi amada hija a un rufián como tú. Además, eres esclavo de Euristeo y, como es claro, sólo mereces que te apalee un hombre libre». Dicho eso, expulsó a Heracles del palacio. Heracles no tomó represalias inmediatamente, como podía haber hecho muy bien, pero juró vengarse[3].

b. Tres de los hijos de Éurito, a saber Deyón, Clito y Toxco, habían apoyado a su padre en sus deshonestas pretensiones. Sin embargo, el mayor, que se llamaba Ifito, declaró que Yole, con toda justicia, debía haber sido

entregada a Heracles; y cuando, poco tiempo después, doce yeguas madres de fuertes cascos y doce robustos muletos desaparecieron de Eubea, se negó a creer que Heracles era el ladrón. En realidad los había robado un ladrón muy conocido llamado Autólico, quien les cambió mágicamente el aspecto y los vendió al confiado Heracles como si fueran suyos[4]. ífito siguió las huellas de las yeguas y los muletos y descubrió que llevaban hacia Tirinto, lo que les hizo sospechar que, después de todo, Heracles se vengaba del insulto que le había inferido Éurito. Al encontrarse de pronto frente a frente con Heracles, quien acababa de volver de rescatar a Alcestis, ocultó sus sospechas y se limitó a pedirle que le aconsejara al respecto. Heracles no reconoció por la descripción de Ifito a los animales que le había vendido Autólico, y con su cordialidad habitual prometió buscarlos si ífito consentía en ser su huésped. Sin embargo, adivinó que se le sospechaba de robo, lo que amargó su corazón sensible. Después de un gran banquete llevó a Ifito a lo alto de la torre más elevada de Tirinto y le dijo: «Mira a tu alrededor y dime si tus yeguas están paciendo por estos alrededores». «No las veo», confesó Ifito. «Entonces, me has acusado falsamente en tu corazón de ser un ladrón», gritó Heracles, furioso, y lo arrojó desde lo alto de la torre[5].

c. Heracles fue poco después a ver a Neleo, el rey de Pilos, y le pidió que le purificara, pero Neleo no quiso hacerlo, porque Éurito era aliado suyo. Y ninguno de sus hijos, con excepción del menor, Néstor, quiso recibir a Heracles, quien por fin convenció a Deífobo, el hijo de Hipólito, para que le purificara en Amidas. Sin embargo, seguía teniendo malos sueños y fue a preguntar al oráculo de Delfos cómo podía librarse de ellos[6]. La pitonisa Jenoclea se negó a responder a esa pregunta. «Asesinaste a tu huésped —le dijo—. ¡Yo no tengo oráculos para los que son como tú!» «¡Entonces me veré obligado a instituir un oráculo propio!» exclamó Heracles. Dicho eso, despojó al templo de sus ofrendas votivas e inclusive se llevó el trípode en el que se sentaba Jenoclea. «Heracles de Tirinto es un hombre muy diferente de su homónimo canopeo», dijo la pitonisa severamente mientras él se llevaba el trípode; quería decir que el Heracles egipcio había ido en una ocasión a Delfos y se había comportado con cortesía y veneración[7].

d. Apolo, indignado por esa acción, luchó con Heracles, hasta que Zeus separó a los combatientes con un rayo y les obligó a estrecharse las manos amistosamente. Heracles devolvió el trípode sagrado y los dos juntos fundaron la ciudad de Gitio, donde ahora se alzan juntas en la plaza del mercado las imágenes de Apolo, Heracles y Dioniso. Entonces Jenoclea le dio a Heracles el siguiente oráculo: «Para librarte de tu aflicción debes ser vendido como esclavo durante todo un año y el precio que obtengas debe ser entregado a los hijos de Ifito**[8]**. Zeus está enojado porque has violado las leyes de la hospitalidad, cualquiera que haya sido la provocación». «¿De quién debo ser esclavo?», preguntó Heracles humildemente. «La reina Ónfale de Lidia te comprará», contestó Jenoclea. «Obedezco —dijo Heracles—, pero algún día esclavizaré al hombre que me ha impuesto este sufrimiento, ¡y también a toda su familia!»**[9]**. Sin embargo, algunos dicen que Heracles no devolvió el trípode y que cuando mil años después Apolo se enteró de que lo habían llevado a la ciudad de Feneo castigó a sus habitantes cerrando el canal que Heracles había abierto para dar salida a las intensas lluvias e inundó la ciudad**[10]**.

e. Es corriente otra versión completamente distinta de estos acontecimientos. Según ella el eubeo Lico, hijo de Posidón y Dirce, atacó Tebas durante una sedición, mató al rey Créente y usurpó el trono. Creyendo la información de Copreo de que Heracles había muerto, Lico trató de seducir a Megara y cuando ella se resistió, les habría matado a ella y a sus hijos si Heracles no hubiera vuelto del Tártaro justamente a tiempo para vengarse. Al punto Hera, de la que Lico era el favorito, volvió loco a Heracles, quien mató a Megara y a sus propios hijos, así como a su valido, el etolio Estiquio**[11]**. Los tebanos, que muestran la tumba de los hijos, dicen que Heracles habría matado también a su padre adoptivo Anfitrión si Atenea no le hubiera golpeado con una gran piedra dejándolo insensible; y la señalan diciendo: «Lo apodamos la Castigadora». Pero en realidad Anfitrión había muerto mucho antes en la campaña de Orcómeno. Los atenienses alegan que Teseo, agradecido a Heracles por haberlo sacado del Tártaro, llegó en aquel momento con un ejército ateniense para ayudar a Heracles contra Lico. Se quedó horrorizado ante el asesinato, pero prometió a Heracles todos los honores durante el resto de su vida y después de su

muerte, y lo llevó a Atenas, donde Medea curó su locura con medicamentos. Luego Sícalo le purificó una vez más[12].

1. En la sociedad matrilineal el divorcio de una esposa regia implica el abandono del reino que ha constituido su parte matrimonial; y parece probable que, una vez relajadas en Grecia las convenciones antiguas, un rey sagrado podía evitar la muerte al final de su reinado abandonando su reino y casándose con la heredera de otro. Si es así, la objeción de Éurito a Heracles como su yerno no sería que había matado a sus hijos —las víctimas anuales sacrificadas mientras reinaba en Tebas—, sino que había eludido el deber regio de morirse. La conquista de una novia mediante una hazaña de ballestería era una costumbre indo-europea: en el Mahabharata, Arjuna consigue así a Draupadi, y en el Ramayana Rama encorva el fuerte arco de Shiva y consigue a Sita. Además, el disparo de una flecha hacia cada uno de los puntos cardinales de la brújula y otra hacia el cénit (véase 126.2 y 132.8) formaba parte de los ritos del casamiento regio en la India y Egipto. Las yeguas pueden haber figurado en el sacrificio con ocasión del casamiento de Heracles y Yole, cuando él llegó a ser rey de Ecalia (véase 81.4). Ifito, en todo caso, es el sustituto del rey arrojado desde las murallas tebanas al final de cada año, o en cualquier otro momento para aplacar a alguna divinidad irritada (vése 105.6, 106.; y 121.3).

2. Que Heracles se apoderara del trípode de Delfos se refiere, al parecer, a una toma del templo por los dorios; así como el rayo lanzado por Zeus entre Apolo y Heracles se refiere a la decisión de que a Apolo se le debía permitir que mantuviera su Oráculo en vez de cederlo a Heracles con la condición de que sirviera los intereses dorios como patrón de los dimanos, una tribu perteneciente a la Liga Doria. Era notorio que los espartanos, que eran dorios, dominaban al Oráculo de Delfos en la época clásica. Eurípides omite el episodio del trípode en su Heracles porque en el año 421 a. de C. los atenientes habían sido derrotados por el Tratado de Nicias en su intento de mantener la soberanía de los focenses en Delfos; los espartanos insistieron en hacer de él un estado títere separado que dominaban ellos. A mediados del siglo IV, cuando se reanudó la disputa, los focenses se apoderaron de Delfos y se apropiaron de algunos de sus tesoros para

reclutar fuerzas en su propia defensa, pero sufrieron una gran derrota y fueron destruidas todas sus ciudades.

3. El reproche de la Pitonisa parece significar que los dorios, que habían conquistado el Peloponeso, se llamaban «Hijos de Heracles» y no le mostraban el mismo respeto que sus predecesores aqueos, eolios y jonios, cuyas vinculaciones religiosas eran con los libios agricultores del Delta de Egipto más bien que con los reyes ganaderos helenos; la predecesora de Jenociea, Herófila («amada de Hera») era hija de Zeus y Lamia y la llamaban «Sibila» los libios a los que gobernaba (Pausanias: x.12.1; Eurípides; Prólogo de Lamia). Cicerón confirma esta opinión cuando niega que el hijo de Alcmena (es decir, el Heracles pre-dorio) fue quien luchó con Apolo por el trípode (Sobre la naturaleza de los dioses iii). Posteriormente se hicieron tentativas, en nombre de la decencia religiosa, para enmendar la disputa entre el Apolo focense y el Heracles dorio. Así Plutarco, sacerdote de Delfos, sugiere (Diálogo sobre la E en Delfos 6) que Heracles llegó a ser un adivino y un lógico experto y «parece haberse apoderado del trípode en una amistosa rivalidad con Apolo». Al describir la venganza de Apolo sobre los habitantes de Feneo, suprime discretamente el hecho de que fue Heracles quien les había abierto el canal (véase 138.a).

136. ÓNFALE

a. Heracles fue llevado a Asia y ofrecido en venta como un esclavo anónimo por Hermes, patrón de todas las transacciones financieras importantes, quien después entregó el dinero de la compra, tres talentos de plata, a los huérfanos de Ifito. Sin embargo, Éurito prohibió tercamente que sus nietos aceptasen una compensación monetaria, alegando que sólo con sangre se podía pagar la sangre; y lo que sucedió con la plata sólo Hermes lo sabe[1]. Como había predicho la Pitonisa, Heracles fue comprado por Ónfale, reina de Lidia, mujer que sabía hacer buenos negocios; y él le sirvió fielmente durante un año o durante tres, liberando el Asia Menor de los bandidos que la infestaban[2].

b. Esta Ónfale, hija de Yárdano y, según algunos autores, madre de Tántalo, había heredado el reino de su infortunado esposo Tmolo, hijo de Ares y Teógona cuando cazaba en el monte Carmanorio —llamado así en honor de Carmanor, hijo de Dioniso y Alexírroe, quien fue muerto allí por un jabalí— Tmolo se enamoró de una cazadora llamada Arripe, casta acompañante de Artemis. Arripe, sorda a las amenazas y las súplicas de Tmolo, huyó al templo de su señora, donde, sin tener en cuenta su santidad, él la violó en el lecho mismo de la diosa. Arripe se colgó de una viga después de invocar a Artemis, quien inmediatamente soltó a un toro enloquecido; Tmolo fue lanzado al aire, cayó sobre estacas puntiagudas y piedras afiladas y murió atormentado. Teoclímeno, su hijo con Ónfale, lo enterró donde yacía y cambió el nombre de la montaña por el de Tmolo; una ciudad del mismo nombre edificada en sus laderas fue destruida por un gran terremoto durante el reinado del emperador Tiberio[3].

c. Entre los muchos trabajos secundarios que Heracles realizó durante su servidumbre figuró la captura de los dos Cercopes efesios que constantemente le impedían dormir. Eran dos hermanos mellizos llamados Pásalo y Acmón; u Oíos y Euríbato; o Silos y Tribalos, hijos de Océano y Tía, y los tramposos y mentirosos más consumados que ha conocido la humanidad, y recorrían el mundo realizando continuamente nuevos engaños. Tía les había advertido que se apartaran de Heracles, y sus palabras: «Mis trascritos blancos, todavía tenéis que encontraros con el gran trasero negro» se han hecho proverbiales y «trasero blanco» significa ahora «cobarde, vil o lascivo[4]». Solían zumbar alrededor del lecho de Heracles como moscones, hasta que una noche los asió, los obligó a reasumir su forma natural y se los llevó colgando cabeza abajo de un palo que llevaba al hombro. Ahora bien, el trasero de Heracles, que no quedaba cubierto por la piel del león, se había quemado y puesto tan negro como un escudo de cuero viejo a causa de la exposición al sol y de las respiraciones ígneas de Caco y el toro de Creta, y los Cercopes se echaron a reír de una manera inmoderada al verse colgados cabeza abajo y contemplándolo. Su alborozo sorprendió a Heracles, y cuando se enteró de la causa se sentó en una roca y se echó a reír con tantas ganas que ellos le convencieron para que los dejase en libertad. Pero aunque conocemos una ciudad asiática que se llama Cercopia, las guaridas de los Cercopes y una roca llamada «Trasero Negro» se exhiben en las Termópilas, por lo que es probable que este episodio se haya producido en otra, ocasión[5].

d. Algunos dicen que los Cercopes fueron transformados en piedras por haber tratado de engañar a Zeus; otros, que Zeus castigó su fraude transformándolos en monos con largo pelo amarillo y enviándolos a las islas italianas llamadas Pitecusas[6].

e. En un barranco lidio vivía un tal Sileo, quien solía apoderarse de todos los extranjeros que pasaban por allí y los obligaba a trabajar en su viña; pero Heracles arrancó las vides por sus raíces. También, cuando los lidios de Itona comenzaron a saquear el territorio de Ónfale, Heracles recuperó el botín y arrasó su ciudad[7]. Y en Celenes vivía Litierses el labrador, hijo bastardo del rey de Minos, quien ofrecía hospitalidad a los viajeros, pero les obligaba a competir con él en la recolección de la cosecha.

Si su fuerza se debilitaba los azotaba, y por la noche, cuando había ganado ya la competencia, los deca pitaba y ocultaba sus cuerpos en gavillas, y mientras lo hacía cantaba lúgubremente. Heracles hizo una visita a Celenes para rescatar al pastor Dafnis, un hijo de Hermes que, después de haber buscado por todo el mundo a su amada Pimplea, raptada por los piratas, por fin la había encontrado entre las esclavas de Litierses. Dafnis fue desafiado a la competencia de la cosecha, pero Heracles ocupó su lugar y venció a Litierses, a quien decapitó con una hoz, arojando luego su tronco al río Meandro. Dafnis no sólo recuperó a su Pimplea, sino que además Heracles le dio a ésta como dote el palacio de Litierses. Los segadores frigios todavía cantan en honor de Litierses un canto fúnebre de la cosecha que se parece mucho al que se canta en honor de Mañeros, hijo del primer rey de Egipto, quien también murió en el campo de la cosecha**[8]**.

f. Finalmente, junto al río Ságaris de Lidia Heracles mató a una serpiente gigantesca que destruía a los seres humanos y las cosechas, y la agradecida Ónfale, quien por fin descubrió su identidad y ascendencia, lo dejó en libertad y lo envió de vuelta a Tirinto cargado con regalos; y Zeus creó la constelación Ofiuco para conmemorar la victoria. Este río Ságaris, dicho sea de paso, se llamaba así por un hijo de Mindón y Alexírroe, quien, enloquecido por la Madre de los Dioses por haber menospreciado sus Misterios e insultado a sus sacerdotes eunucos, se ahogó en sus aguas**[9]**.

g. Ónfale había comprado a Heracles como un amante más bien que como un luchador. Él engendró con ella a tres hijos, a saber: Lamo, Agelao, antepasado del famoso rey Creso que trató de inmolarse en una pira cuando los persas se apoderaron de Sardes; y Laomedonte**[10]**. Algunos añaden un cuarto, Tirreno, o Tirseno, que inventó la trompeta y condujo a emigrantes lidios a Etruria, donde adoptaron el nombre de tirrenios; pero es más probable que Tirreno fuera hijo del rey Atis y un remoto descendiente de Heracles y Ónfale**[11]**. Por una de las mujeres de Ónfale, llamada Malis, Heracles era ya padre de Cleodeo o Cleolao, y de Alceo, fundador de la dinastía lidia que el rey Creso desalojó del trono de Sardes**[12]**.

h. A Grecia llegaron informes de que Heracles había desechado su piel de león y su corona de álamo temblón y llevaba en cambio collares de joyas, brazaletes de oro, turbante femenino, mantón de púrpura y ceñidor

meonio. Pasaba el tiempo, según los rumores, rodeado por lascivas muchachas jonias, cardando lana que tomaba de un cesto bruñido, o hilando; y temblando, mientras hacía eso, cuando su ama le reprendía. Ella le golpeaba con su chinela dorada cuando sus dedos torpes rompían el huso, y le obligaba a relatar sus anteriores hazañas para entretenerse; sin embargo, al parecer, él no se avergonzaba. De aquí que los pintores mostraran a Heracles vestido con faldas amarillas y dejándose peinar y manicurar por las doncellas de Ónfale, mientras ella aparecía vestida con la piel del león y manejando su clava y su arco[13].

i. Sin embargo, lo que había sucedido no era más que esto: un día en que Heracles y Onfale visitaban las viñas de Tmolo, ella con una túnica purpúrea con bordados de oro y el cabello perfumado, y él sosteniendo galantemente una sombrilla dorada sobre la cabeza de ella, Pan los vio desde una alta colina. Se enamoró de Ónfale y se despidió de las diosas de la montaña exclamando: «¡En adelante ella sola será mi amor!». Ónfale y Heracles llegaron a su destino, una gruta apartada, donde se divirtieron cambiando las ropas. Ella le puso un cinturón de malla absurdamente pequeño para su cintura y su túnica purpúrea. Aunque Ónfale aflojó las cintas todo lo posible, él rompió las mangas, y los lazos de sus sandalias eran demasiado cortos para abarcar el empeine de Heracles.

j. Después de cenar fueron a dormir en lechos separados, pues habían prometido hacer al amanecer un sacrificio a Dioniso, quien exige la pureza marital de sus devotos en esas ocasiones. A la medianoche Pan se deslizó en la gruta y buscando a tientas en la oscuridad encontró lo que creía que era el lecho de Ónfale, porque quien dormía en él estaba vestido de seda. Con manos temblorosas levantó las sábanas del lecho desde el fondo y se introdujo en él, pero Heracles se despertó, extendió una pierna y lo arrojó de una patada como un gusano a través de la gruta. Al oír un fuerte estrépito y un grito, Ónfale saltó de su lecho y pidió luces, y cuando éstas llegaron, ella y Heracles se echaron a reír hasta llorar al ver a Pan tendido en un rincón y curándose las magulladuras. Desde ese día Pan aborrece las vestimentas y exige que sus funcionarios asistan desnudos a sus ritos; fue él quien se vengó de Heracles difundiendo el rumor de que su caprichoso cambio de ropas con Ónfale era habitual y perverso[14].

1. Carmanor tiene que haber sido un título de Adonis (véase 18.7), también muerto por un jabalí. No se puede fechar la profanación del templo de Artemis por Tmolo, ni tampoco la orden de que Heracles debía compensar a Éurito por el asesinato de su hijo. Sin embargo, ambos acontecimientos parecen tener un origen histórico. Es probable que Ónfale represente a la Pitonisa, la guardiana del omphalus de Delfos, quien concedió la compensación, haciendo a Heracles esclavo de un templo hasta que la pagase, y que, como «Ónfale» era también el nombre de una reina india, los mitógrafos cambiaran el escenario de la esclavitud para ajustado a otra serie de tradiciones.

2. Los Cercopes, como demuestran sus diversos pares de nombres, eran ceres, o rencores, que aparecían en la forma de sueños engañosos y malévolos, y se los podía contrarrestar apelando a Heracles, que era el único que tenía poder contra la Pesadilla (véase 35.3-4). Aunque al principio se los representaba como simples espectros, como Cécrope (cuyo nombre es otra forma de cercops) en obras de arte posteriores figuran como cercopithecoi, «monos» quizás a causa de la asociación de Heracles con Gibraltar, una de sus Columnas, desde donde los mercaderes y cartagineses los llevaban como animales favoritos a las damas griegas y romanas ricas. Los monos no parecen haber frecuentado las islas de Isquia y Prócida, situadas al norte de la bahía de Napóles y a las que los griegos llamaban Pitecusas; su nombre se refiere realmente a los pithoi, o cántaros, que se hacían allí (Plinio: Historia natural iii.6.12).

3. La costumbre de los viñadores de apoderarse de un extranjero y matarlo en la estación de la vendimia, en honor del espíritu de la Vid, estaba muy difundida en Siria y el Asia Menor; y un sacrificio de la cosecha análogo se realizaba en esos países y en Europa. Sir James Frazer ha tratado este tema exhaustivamente en su Golden Eougb. A Heracles se le atribuye aquí la abolición del sacrificio humano, reforma social de la que los griegos se enorgullecían, inclusive cuando sus guerras se hacían cada vez más salvajes y destructoras.

4. Los autores clásicos hicieron de la esclavitud de Heracles a Ónfale una alegoría de con qué facilidad un hombre fuerte se convierte en esclavo

de una mujer lasciva y ambiciosa; y el hecho de que consideraran al ombligo como la sede de la pasión femenina explica suficientemente el nombre de Ónfale en este sentido. Pero la fábula se refiere, más bien, a una etapa anterior en la evolución del reinado sagrado del matriarcado al patriarcado, cuando el rey, como consorte de la reina, tenía el privilegio de representarla en las ceremonias y los sacrificios, pero sólo si se ponía las ropas de ella. Reveillout ha demostrado que éste era el sistema que se seguía en Lagash en la época sumeria primitiva, y en varias obras de arte cretenses aparecen hombres que.llevan vestimentas femeninas con propósitos sacrificiales, no sólo la falda pantalón moteada, como en el sarcófago de Hagia Triada, sino incluso, como en un fresco del palacio de Cnosos, la falda con volantes. La esclavitud de Heracles se explica por las costumbres matriarcales de los nativos del África Occidental: en Loango, Daura y los Abrons, como ha señalado Briffault, el rey es de origen servil y carece de poder; en Agonna, Latuka, Ubemba y otras partes sólo hay una reina, la cual no se casa, sino que toma amantes serviles. Además, un sistema análogo sobrevivió hasta la época clásica entre la antigua nobleza locrense que tenía el privilegio de enviar sacerdotisas a la Atenea troyana (véase 158.8); se les obligó a emigrar en 683 a. de C. de la Grecia central a la Lócrida Epicefiria, en el extremo sur de Italia, «a causa del escándalo que causaban los amoríos indiscriminados de las mujeres nobles con esclavos» (véase 18.8). Estas locrenses, que eran de origen no heleno y hacían una virtud de la promiscuidad prenupcial al estilo cretense, cario o amerita (Clearco: 6), insistían en la sucesión estrictamente matrilineal (Dionisios: Descripción de la Tierra 365-7; Polibio: xii.ob). Las mismas costumbres deben de haber sido generales en la Grecia prehelénica e Italia, pero solamente en Bagnara, cerca de las ruinas de la Lócrida Epicefiria, se recuerda al presente la tradición matriarcal. Las mujeres de Bagnara llevan faldas largas y plisadas y hacen descalzas sus diligencias comerciales que duran varios días, dejando a los hombres el cuidado de los niños; pueden llevar en la cabeza hasta un peso de dos quintales. Los hombres se toman vacaciones en la primavera durante la estación del pez espada, ocasión en que muestran su habilidad con el arpón; y en el verano, cuando van a las colinas a hacer carbón de leña. Aunque el patrono oficial de Bagnara es San Nicolás, ninguna mujer de Bagnara reconoce su existencia, y el sacerdote de su parroquia se queja de que prestan más atención a la Virgen que a su

Hijo, pues la Virgen ha sucedido a Core, la Doncella, por cuyo templo magnífico era famosa Lócride en la época clásica.

137. HESIONE

a. Después de servir como esclavo a la reina Ónfale Heracles volvió a Tirinto, recuperada por completo la cordura, e inmediatamente proyectó una expedición contra Troya[1]. Sus motivos eran los siguientes. Él y Telamón, a su regreso del país de las amazonas, o cuando desembarcaron con los argonautas en Sigeo, quedaron sorprendidos al encontrar a Hesíone, la hija de Laomedonte, completamente desnuda con excepción de sus joyas, encadenada a una roca en la costa troyana[2]. Por lo visto, Posidón había enviado a un monstruo marino para castigar a Laomedonte por no haberles pagado a él y a Apolo la cantidad estipulada cuando construyeron las murallas de la ciudad y cuidaron sus ganados. Algunos dicen que debía haberles sacrificado todo el ganado nacido en su reino durante aquel año; otros, que les había prometido sólo un salario bajo como peones, pero que aun así les defraudó en más de treinta dracmas troyanos. En venganza, Apolo envió una peste y Posidón ordenó a su monstruo que devorara a los habitantes de las llanuras y arruinara sus campos derramando agua de mar sobre ellos. Según otra versión, Laomedonte cumplió sus obligaciones con Apolo, pero no con Posidón, quien en consecuencia envió la peste y el monstruo[3].

b. Laomedonte fue a ver al oráculo de Zeus Amón, el cual le aconsejó que abandonase a Hesíone en la orilla del mar para que el monstruo la devorara. Pero él se negó obstinadamente a hacerlo a menos que los nobles troyanos le dejasen primeramente sacrificar a sus hijas. Desesperados, consultaron con Apolo, quien, no menos enojado que Posidón, les dio poca satisfacción. La mayoría de los padres enviaron inmediatamente a sus hijas

al exterior para salvarlas del peligro, pero Laomedonte trató de obligar a cierto Fenodamante, que había mantenido a sus tres hijas en su casa, a abandonar a una de ellas, en vista de lo cual Fenodamante arengó a la asamblea, alegando que Laomedonte era el único responsable de su desgracia y se le debía hacer sufrir por ello sacrificando a su hija. Al final se decidió echarlo a suertes, recayendo en Hesíone, que en consecuencia fue atada a la roca donde la encontró Heracles[4].

c. Heracles rompió sus ligaduras, fue a la ciudad y se ofreció a destruir al monstruo a cambio de los dos incomparables caballos, o yeguas, inmortales y blancos como la nieve, que podían correr por encima del agua y de los trigales con la velocidad del viento y que Zeus le había dado a Laomedonte como compensación por el rapto de Ganimedes. Laomedonte se apresuró a aceptar la propuesta[5].

d. Con la ayuda de Atenea, los troyanos construyeron a Heracles una alta muralla que servía para protegerlo del monstruo cuando sacaba la cabeza del mar y avanzaba por la llanura. Al llegar a la muralla abrió sus grandes fauces y Heracles se introdujo en su garganta plenamente armado. Pasó tres días en el vientre del monstruo y salió de él victorioso, aunque la lucha le había costado todos los pelos de su cabeza[6].

e. Lo que sucedió después es muy discutido. Algunos dicen que Laomedonte dio Hesíone a Heracles como prometida —convenciéndole al mismo tiempo para que la dejase junto con las yeguas en Troya mientras él iba con los argonautas— pero que, después de conquistado el Vellocino de Oro, le dominó la codicia y se negó a darle a Heracles ni su hija Hesione ni las yeguas. Otros dicen que se había negado a ello uno o dos meses antes, cuando Heracles fue a Troya en busca de Hilas[7].

f. La versión más circunstancial, no obstante, es que Laomedonte engañó a Heracles sustituyendo los caballos inmortales por otros mortales, en vista de lo cual Heracles amenazó con hacer la guerra contra Troya y se hizo a la mar lleno de cólera. Primeramente visitó la isla de Paros, donde erigió un altar a Zeus y Apolo, y luego el Istmo de Corinto, donde profetizó la condena de Laomedonte; finalmente reclutó soldados en su propia ciudad de Tirinto[8].

g. Laomedonte, entretanto, había matado a Fenodamante y vendido sus tres hijas a mercaderes sicilianos que habían ido a comprar víctimas para los espectáculos con fieras; pero en Sicilia las liberó Afrodita, y la mayor, Egesta se acostó con el río Crimiso que tomó la forma de perro, y le dio un hijo, Egesto, llamado Acestes por los latinos[9]. Este Egesto, ayudado por Elimo, el hijo bastardo de Anquises y a quien llevó desde Troya, fundó las ciudades de Egesta, llamada más tarde Segesta; Entella, por el nombre de su esposa; Érix y Asea. Se dice que Egesta volvió más tarde a Troya y allí se casó con Capis, quien la hizo madre de Anquises[10].

h. Se discute si Heracles se embarcó para Troya con dieciocho largas naves de cincuenta remeros cada una, o con sólo seis pequeñas embarcaciones y escasas fuerzas[11]. Pero entre sus aliados se hallaban Yolao, Telamón hijo de Éaco, Peleo, el argivo Oícles y el beocio Deímaco[12].

i. Heracles había encontrado a Telamón en Salamina banqueteando con sus amigos. Inmediatamente le ofrecieron la copa de vino de oro y le invitaron a hacer la primera libación a Zeus; hecho esto, levantó las manos hacia el cielo y suplicó: «¡Oh, Padre, envía a Telamón un buen hijo con una piel dura como la del león y un valor equivalente!». Pues había visto que Peribea, la esposa de Telamón, estaba a punto de dar a luz. Zeus envió su águila en respuesta y Heracles aseguró a Telamón que la súplica sería otorgada; y, ciertamente, tan pronto como terminó el banquete, Peribea dio a luz al gran Áyax, a quien Heracles envolvió en la piel de león, haciéndole así invulnerable, excepto en el cuello y en la axila, donde se había interpuesto la aljaba[13].

j. Al desembarcar cerca de Troya, Heracles dejó a Oicles custodiando las naves, mientras él conducía a los otros paladines al asalto de la ciudad. Laomedonte, tomado por sorpresa, no tuvo tiempo para reunir su ejército, pero entregó a la gente del pueblo espadas y antorchas y los condujo apresuradamente a quemar la flota. Oícles resistió hasta morir, librando una noble acción de retaguardia mientras sus compañeros lanzaban las naves al agua y huían. Laomedonte se apresuró a volver a la ciudad y, tras una escaramuza con las fuerzas rezagadas de Heracles, consiguió volver a entrar y cerrar las puertas a su espalda.

k. Como no tenía paciencia para emprender un largo sitio, Heracles ordenó un asalto inmediato. El primero que abrió una brecha en la muralla y penetró en la ciudad fue Telamón, que eligió la cortina occidental construida por su padre Éaco por ser el lugar más débil, pero Heracles le siguió de cerca, enloquecido por los celos. Telamón, quien se dio cuenta de pronto de que la espada desenvainada de Heracles amenazaba a sus partes vitales, tuvo la presencia de ánimo suficiente para agacharse y recoger unas grandes piedras desprendidas de la muralla. «¿Qué estás tramando?», rugió Heracles. «Erijo un altar a Heracles el Vencedor, Heracles el que Desvía los Males» —contestó el ingenioso Telamón—. «Dejo a tu cargo el saqueo de Troya[14]». Heracles le dio las gracias brevemente y siguió corriendo. Luego dio muerte a Laomedonte y todos sus hijos, con excepción de Podarces, el único que había sostenido que se debían dar a Heracles las yeguas inmortales; y saqueó la ciudad. Después de saciar su venganza recompensó a Telamón con la mano de Hesíone, a quien dio permiso para rescatar a cualquiera de sus compañeros de cautiverio. Ella eligió a Podarces. «Muy bien —dijo Heracles—, pero antes debe ser vendido como esclavo». En consecuencia, Podarces fue puesto en venta y Hesíone lo redimió a cambio del velo dorado con que se envolvía la cabeza; desde entonces Podarces recibió el nombre de Príamo, que significa «redimido». Pero algunos dicen que era un mero infante en esa época[15].

l. Después de incendiar Troya y de arrasar sus caminos, Heracles puso a Príamo en el trono y se hizo a la mar. Hesíone acompañó a Telamón hasta Salamina, donde ella le dio a Teucro; se discute si como hijo legítimo o como bastardo[16]. Más tarde Hesíone abandonó a Telamón, huyó al Asia Menor y cruzó a nado a Mileto, donde el rey Arión la encontró oculta en un bosque. Allí dio a Telamón un segundo hijo, Trambelo, al que Arión crió como propio, y le nombró rey de los parientes asiáticos de Telamón, los léleges; o, según dicen algunos, de los lesbios. Cuando, durante la guerra de Troya, Aquiles invadió Mileto, mató a Trambelo, y al enterarse demasiado tarde de que era hijo de Telamón, sintió una gran pena[17].

m. Algunos dicen que Oícles no murió en Troya, sino que vivía todavía cuando las Erinias enloquecieron a su nieto Alcmeón. Se muestra su tumba en Arcadia, cerca del recinto Megalopolitano de Bóreas[18].

n. Heracles partió por mar de Tróade, llevándose consigo a Glaucia, hija del río Escamandro. Durante el sitio había sido la amante de Deímaco, y cuando éste murió en la batalla acudió a Heracles en busca de protección. Heracles la llevó en su nave, muy gozoso porque sobrevivía el linaje de un amigo tan valiente, pues Glaucia estaba encinta y más tarde dio a luz un hijo llamado Escamandro[19].

o. Ahora bien, mientras el Sueño amodorraba a Zeus, Hera ordenó a Bóreas que produjese una tormenta, para obligar a Heracles a desviar su rumbo hacia la isla de Cos. Zeus despertó furioso y amenazó con arrojar al Sueño desde el aire superior al golfo del Erebo; pero él acudió como suplicante a la Noche, a la que ni Zeus se atrevía a disgustar. En su frustración comenzó a sacudir a los dioses del Olimpo. Algunos dicen que fue en esta ocasión cuando encadenó a Hera por las muñecas a las vigas y ató yunques a sus tobillos, y cuando arrojó a Hefesto a la tierra. Después de desahogar así su malhumor por completo, sacó a Heracles de la isla de Cos y lo llevó de nuevo a Argos, donde sus aventuras son descritas de diversas maneras[20].

p. Algunos dicen que los cósanos le tomaron equivocadamente por un pirata y trataron de impedir que se acercara apedreando su nave. Pero él desembarcó por la fuerza, tomó la ciudad de Astipalea en un asalto nocturno y mató al rey, Eurípilo, hijo de Posidón y Astipalea. A él le hirió Calcodonte, pero le salvó Zeus cuando estaba a punto de ser muerto[21]. Otros dicen que atacó a Cos porque se había enamorado de Calcíope, hija de Euripilo[22].

q. Según otra versión, cinco de las seis naves de Heracles zozobraron en la tormenta. La sobreviviente fue a encallar en Laceta, en la isla de Cos, y él y sus compañeros sólo pudieron salvar las armas del naufragio. Mientras exprimían el agua del mar de sus ropas pasó por las cercanías un rebaño de ovejas y Heracles pidió al pastor merope, un tal Antágoras, que les regalase un carnero; Antágoras, que era muy fuerte, desafió a Heracles a luchar con él, ofreciéndole el carnero como premio. Heracles aceptó el desafío, pero cuando los dos luchadores se asieron, los amigos meropes de Antágoras acudieron en su ayuda, y los griegos hicieron lo mismo en ayuda de Heracles, por lo que siguió una pelea general. Agotado por la tormenta y

por el número de sus enemigos, Heracles interrumpió la lucha y huyó a la casa de una robusta matrona tracia, con cuyas ropas se disfrazó y así consiguió escapar[23].

r. A una hora más avanzada de ese día, revivificado por la comida y el sueño, volvió a luchar con los meropes y los venció; después de lo cual se purificó de la sangre vertida y, todavía vestido con ropas femeninas, se casó con Calcíope, quien le hizo padre de Tésaloa. Ahora se ofrecen sacrificios anuales a Heracles en el campo en que se libró esa batalla; y los novios cósanos visten ropas femeninas cuando reciben a sus novias en su casa como hace el sacerdote de Heracles en Antimaquia antes de comenzar un sacrificio[24].

s. Las mujeres de Astipalea estaban ofendidas con Heracles y le insultaron, por lo que Hera las honró poniéndoles cuernos como las vacas; pero algunos dicen que éste fue un castigo que les impuso Afrodita por haberse atrevido a elogiar su belleza como superior a la de ella[25].

t. Después de haber arrasado a Cos y casi haber aniquilado a los meropes, Heracles, guiado por Atenea, fue a Flegras, donde ayudó a los dioses a ganar su batalla contra los gigantes[26]. Desde allí fue a Beocia, donde, por su insistencia, Escamandro fue elegido rey. Escamandro dio su nombre al río Inaco, y a un arroyo cercano le dio el nombre de su hija Glaucia; también dio a la fuente Acidusa el nombre de su esposa, de la que tuvo tres hijas, a las que se honra localmente con el nombre de las «Doncellas[27]».

1. Esta leyenda se refiere al saqueo de la quinta, o prehomérica, ciudad de Troya; probablemente por los minias, es decir, los griegos eolios, apoyados por los léleges cuando un terremoto oportuno derribó sus macizas murallas (véase 158.5). Por la leyenda del Vellocino de Oro conjeturamos que Laomedonte se oponía a las aventuras mercantiles tanto de los léleges como de los minias en el Mar Negro (véase 148.10), y que la única manera de meterlo en razón fue destruir su ciudad, que dominaba el Helesponto y la llanura del Escamandro, donde se realizaba anualmente la feria de Oriente y Occidente. El noveno trabajo se refiere a empresas de la misma clase en el

Mar Negro (véase 131.11). Ayudó al trabajo de Heracles un terremoto que se produjo alrededor de 1260 a. de C.

2. La liberación de Hesíone por Heracles, análoga a la de Andrómeda por Perseo (véase 73.7), se deriva claramente de una ilustración común en Siria y el Asia Menor: la victoria de Marduk sobre el monstruo marino Tiamat, una emanación de la diosa Ishtar, cuyo poder anuló aquél encadenándola a una roca. Heracles es tragado por Tiamat y desaparece durante tres días antes de volver a salir luchando. Así también, según un cuento moral hebreo basado en la misma ilustración al parecer, Jonás pasó tres días en el vientre de la ballena; y el representante de Marduk, el rey de Babilonia, pasaba todos los años un período alejado del trono, durante el cual se suponía que luchaba con Tiamat (véase 71.1, 73.7 y 103.1). El caballo solar blanco de Marduk o Perseo se convierte aquí en la recompensa por la liberación de Hesíone. La pérdida del cabello por Heracles destaca su carácter solar: el corte de los cabellos del rey sagrado cuando terminaba el año simbolizaba la reducción de su fuerza mágica, como en la fábula de Sansón (véase 91.1). Cuando reaparecía no tenía más cabello que un infante. El rescate de Podarces por Hesíone puede representar la intervención de la reina madre de Seha (¿Escamandro?) ante el rey hitita Mursilis en favor de su travieso hijo Manapadattas.

3. Las tres hijas de Fenodamante representan a la diosa Luna en tríada, gobernando la isla triangular de Sicilia. El perro estaba consagrado a ella como Ártemis, Afrodita y Hécate. Los sicilianos de habla griega eran aficionados a las epopeyas homéricas, como los romanos, y se mostraban igualmente ansiosos de reivindicar una ascendencia troyana por inseguros que fueran los fundamentos. Las tres hijas de Escamandro representan a la misma diosa en Beocia. Que Glaucia le diera un hijo a Escamandro no era extraordinario. Según el seudo-Esquinas (Diálogos 10.3), las novias troyanas solían bañarse en el río y gritaban: «¡Escamandro, toma mi virginidad!»; lo cual indica un período arcaico en el que se creía que el agua del río vivificaba sus matrices (véase 68.2).

4. A qué conquista helénica de la isla heládica de Cos se refiere la visita de Heracles es inseguro, pero el hecho posterior de que el novio vistiera ropas de mujer para recibir a la novia en su hogar parece ser una concesión a la anterior costumbre matrilocal según la cual ella le recibía a él en su hogar, y no al contrario (véase 160.3). En Cos se realizaría una danza de la

vaca análoga al rito argivo en honor de la diosa Luna lo (véase 56.1). En Antimaquia el rey sagrado se hallaba todavía en la etapa primitiva de ser el delegado de la reina y en consecuencia estaba obligado a llevar un vestido femenino (véase 18.S y 136.4).

5. Las yeguas de Laomedonte eran de la misma casta que las engendradas por Bóreas en Troya (véase 29.e).

6. El Inaco era un río argivo; Plutarco parece ser el único autor que habla de un Inaco o Escamandro beocio.

138. LA CONQUISTA DE ELIDE

a. No mucho después de su regreso Heracles reunió una fuerza de tirintios y arcadios, a la que se unieron voluntarios de las familias más nobles de Grecia, y marchó contra Augías, rey de Elide, por quien sentía rencor con motivo del quinto trabajo[1]. Pero Augías, previendo su ataque, se había preparado para resistir designando como sus generales a Eurito y Ctéato, hijos de su hermano Actor y Molíone, o Moline, hija de Molo, y dando una participación en el gobierno de Elide al valiente Amarinceo, a quien se describe habitualmente como hijo del emigrante tesalio Pitio[2].

b. A los hijos de Actor se los llama Moliones, o Moliónidas, por su madre, para distinguirlos de los del otro Actor que se casó con Egina. Eran mellizos, nacidos de un huevo de plata, y superaban en fuerza a todos sus contemporáneos; pero, a diferencia de los Dioscuros, estaban unidos por la cintura desde su nacimiento[3]. Los Moliónidas se casaron con las hijas mellizas del centauro Dexámeno y, una generación después, sus hijos reinaban en Elide conjuntamente con el nieto de Augías y el hijo de Amarinceo. Cada uno de estos cuatro mandaba diez naves en la expedición a Troya. Actor poseía ya una participación en el reino por su madre Hermine, hija de Neleo, cuyo nombre dio él a la ahora desaparecida ciudad de Hirmine[4].

c. Heracles no se cubrió de gloria en esta guerra elea. Se enfermó y cuando los Moliones derrotaron a su ejército, que estaba acampado en el centro de Elide, los corintios intervinieron y proclamaron la Tregua ístmica. Entre los heridos por los Moliones se hallaba Ificles, el hermano mellizo de Heracles; sus amigos lo llevaron desfallecido a Feneo en Arcadia, donde

más tarde moriría y se convertiría en héroe. Trescientos sesenta cleonenses murieron también valientemente luchando en el lado de Heracles, y él les cedió los honores que le habían otorgado los Nemeos después de haber matado al león[5]. Se retiró a Oleno, la patria de su amigo Dexámeno, suegro de los Moliones, a cuya hija menor, Deyanira, desfloró después de prometerle casarse con ella. Cuando Heracles siguió adelante, el centauro Euritión pidió la mano de Deyanira, que Dexámeno no se atrevió a negarle; pero el día de la boda reapareció Heracles de improviso, mató a Euritión y sus hermanos y se llevó a Deyanira. Algunos dicen, sin embargo, que la prometida de Heracles se llamaba Mnesímaca o Hipólita, basándose en que a Deyanira se la considera más habitualmente como hija de Éneo. Dexámeno había nacido en Bura, famosa por su oráculo de los dados de Heracles[6].

d. Cuando Heracles volvió a Tirinto, Euristeo le acusó de tener proyectos respecto a la dignidad regia en la que él había sido confirmado por Zeus, y lo desterró de Argólide. Con su madre Alcmena y su sobrino Yolao, Heracles se unió a Ificles en Feneo, donde tomó por amante a Laónome, hija de Guneo. A través del centro de la llanura fenecía abrió un cauce para el río Aroanio, de unos cincuenta estadios de longitud y treinta pies de profundidad, pero el río no tardó en abandonar ese canal, que se ha derrumbado acá y allá, y volvió a su cauce anterior. También abrió profundas grietas al pie de los montes Péneos para desviar el agua de las inundaciones; éstas sirvieron bien sus propósitos, salvo que en una ocasión, después de un turbión, el Aroanio creció e inundó la antigua ciudad de Feneo; las marcas que indican hasta dónde llegó la inundación se ven todavía en la ladera de la montaña[7].

e. Después, habiéndose enterado de que los habitantes de Elide enviaban una procesión para honrar a Posidón en el Tercer Festival ístmico, y de que los Moliones presenciarían los juegos y tomarían parte en los sacrificios, Heracles les tendió una emboscada en un bosquecillo situado junto al camino más abajo de Cleonas, y mató a los dos, y también a su primo Éurito, hijo del rey Augías[8].

f. Molíone se enteró pronto de quién había matado a sus hijos e hizo que los eleos exigieran una reparación a Euristeo, fundándose en que Heracles

era natural de Tirinto. Cuando Euristeo negó su responsabilidad por las fechorías de Heracles, a quien había desterrado, Molíone pidió a los corintios que excluyeran a todos los argivos de los Juegos ístmicos hasta que dieran una reparación por el asesinato. Ellos se negaron a hacerlo, en vista de lo cual Molíone maldijo a todos los eleos que intervinieran en el festival. Su maldición se respeta todavía: ningún atleta de Elide se apunta en los Juegos ístmicos[9].

g. Heracles pidió a Onco que le prestara el caballo Arión de negras crines, lo domó, reclutó un nuevo ejército en Argos, Tebas y Arcadia y saqueó la ciudad de Elide. Algunos dicen que mató a Augías y sus hijos, restauró a Fileo, el rey legítimo, y lo puso en el trono de Elide ordenando que las viudas de los eleos muertos se acostaran con sus soldados; las viudas rogaron conjuntamente a Atenea que pudieran concebir al primer abrazo. Su súplica fue atendida y, en agradecimiento, fundaron un templo dedicado a la Madre Atenea. Tan general fue la alegría por este acontecimiento afortunado que al lugar donde se habían unido con sus nuevos maridos y al arroyo que corre por él lo llamaron Bady, palabra elea que significa «agradable». Heracles entregó luego el caballo Arión a Adraste, alegando que, después de todo, prefería luchar a pie[10].

h. Más o menos en esa época Heracles conquistó su título de Búfago o «comedor de bueyes». La cosa sucedió así: Lepreo, hijo de Caucón y Astidamía, quien fundó la ciudad de Lepreo en Arcadia (el distrito derivaba su nombre de la lepra que había atacado a los pobladores anteriores), había aconsejado tontamente al rey Augías que encadenase a Heracles cuando éste pidió que le pagase por haber limpiado los establos. Al saber que Heracles se dirigía a la ciudad, Astidamía convenció a Lepreo para que lo recibiera cortésmente y le pidiera perdón. Heracles se lo concedió, pero desafió a Lepreo a una competencia triple: arrojar el disco, beber un balde de agua tras otro y comer un buey. Aunque Heracles ganó en el lanzamiento del disco y la bebida del agua, Lepreo comió el buey en menos tiempo que él. Engreído con el triunfo, Lepreo desafió a Heracles a un duelo, y el último lo mató inmediatamente con la clava; su tumba se exhibe en Figalia. Los lepreos, que adoran a Deméter y a Zeus del Álamo Blanco, han sido siempre súbditos de Elide; y si alguno de ellos gana un premio en Olimpia,

el heraldo le declara eleo de Lepreo. Los eleos siguen honrando a Augías como héroe, y sólo durante el reinado del espartano Licurgo se les convenció para que olvidaran su enemistad con Heracles y le hicieran a él también sacrificios, y por ese medio evitaron una pestilencia[11].

i. Después de la conquista de la Elide Heracles reunió su ejército en Pisa y utilizó el botín para establecer el famoso Festival Olímpico de cada cuatro años y los Juegos de ese nombre en honor de su padre Zeus; según dicen algunos, era solamente la octava competencia atlética que se realizaba[12]. Después de medir un recinto para Zeus y de haber cercado el Bosque Sagrado, se salió del estadio, llamó a una loma vecina «La Colina de Crono» y erigió seis altares a los dioses olímpicos: uno para cada par de ellos. Al hacer los sacrificios a Zeus quemó los muslos de las víctimas en un fuego de madera de álamo blanco cortada de árboles que crecían junto al río tesprotio Aquerón; también fundó un hogar para los sacrificios en honor de su bisabuelo Pélope y le asignó un altar. Como en esa ocasión le molestaron mucho las moscas, ofreció un segundo sacrificio a Zeus Desviador de las Moscas, quien las envió zumbando al otro lado del río Alfeo. Los eleos siguen haciendo sacrificios a ese Zeus cuando expulsan a las moscas de Olimpia[13].

j. Ahora bien, en la primera luna llena después del solsticio de verano todo estaba dispuesto para el Festival, excepto que el valle carecía de árboles que lo protegieran del sol. En consecuencia, Heracles volvió al País de los Hiperbóreos, donde había admirado los icebuches que crecían en las fuentes del Danubio, y convenció a los sacerdotes de Apolo para que le dieran uno con el fin de plantarlo en el recinto de Zeus. Cuando volvió a Olimpia ordenó que el arbitro etolio coronase a los vencedores con sus hojas, las cuales serían su única recompensa, porque él había realizado sus trabajos sin que se los pagase Euristeo. Este árbol, llamado «El Olivo de la Corona Justa», se alza todavía en el Bosque Sagrado detrás del templo de Zeus. Las ramas para las coronas las corta con una hoz de oro un niño de noble cuna cuyos padres deben estar vivos[14].

k. Algunos dicen que Heracles ganó todas las pruebas por falta de contrincante, pues nadie se atrevía a competir con él; pero la verdad es que todas se disputaron con entusiasmo. Sin embargo, no se pudo encontrar

competidores para el pugilato, hasta que Zeus, disfrazado, condescendió a entrar en k liza. La lucha terminó en empate, Zeus se reveló a su hijo Heracles, todos los espectadores lo aclamaron y la luna llena brilló como si fuera de día[15].

l. Pero, según la leyenda más antigua, los Juegos Olímpicos fueron fundados por el Heracles Dáctilo, y fue éste quien llevó el olivo silvestre del País de los Hiperbóreos. Los talismanes y amuletos en honor de Heracles Dáctilo son muy utilizados por las hechiceras, que sienten poco respeto por Heracles hijo de Alcmena. Él altar de Zeus, que se alza a la misma distancia entre el templo de Pélope y el de Hera, pero frente a ambos, se dice que fue construido por este Heracles anterior, como el altar de Pérgamo, con las cenizas de los fémures de las víctimas que sacrificó Zeus. Una vez al año, en el día decimonono del mes eleo Elafio, los adivinos sacan las cenizas de la Sala del Consejo y después de humedecerlas con agua del río Alfeo —pues ninguna otra serviría— aplican al altar una nueva capa de esta mezcla[16].

m. Esto no supone, sin embargo, negar que el Heracles hijo de Alcmena volviera a fundar los Juegos, pues en Elide se muestra un antiguo gimnasio cercado en el que se adiestran los atletas. Altos sicómoros se alzan entre las pistas de carrera y al recinto se le llama Jisto, porque Heracles se ejercitó allí raspando cardos. Pero el cretense Clímeno, hijo de Cardo, un descendiente de los dáctilos, había celebrado el Festival sólo cincuenta años después del Diluvio de Deucalión, y luego habían hecho lo mismo Endimión, y Pélope, y Amitaón, hijo de Creteo, Pelias y Neleo, y algunos dicen que Augías[17].

n. El Festival Olímpico se celebra a un intervalo de alternativamente cuarenta y nueve y cincuenta meses, según el calendario, y ahora dura cinco días: desde el 11 hasta el 15 del mes en que cae. Los heraldos proclaman un armisticio completo en toda Grecia durante todo ese mes, y no se permite que asista ningún atleta que se haya hecho culpable de alguna felonía o delito contra los dioses. Originalmente el festival era organizado por los písanos, pero después del regreso final de los heráclidas sus aliados etolios se instalaron en Elide y se encargaron de esa tarea[18].

o. En el lado septentrional de la Colina de Crono se aloja una serpiente llamada Sosípolis en el templo de Ilitía; una virgen sacerdotisa con velo blanco la alimenta con tortas de miel y agua. Esta costumbre recuerda un milagro que ahuyentó a los arcadios cuando lucharon contra la tierra santa de Elide: una mujer desconocida se presentó ante los generales de Elide con un niño de pecho y se lo entregó como su paladín. Ellos le creyeron, y cuando ella colocó al niño entre los dos ejércitos se convirtió en una serpiente; los arcadios huyeron, perseguidos por los eleos, y sufrieron terribles bajas. El templo de Ilitía señala el lugar donde la serpiente desapareció en la Colina de Crono. En la cumbre se ofrecen sacrificios a Crono en el equinoccio de la primavera, en el mes de Elafión, por sacerdotisas llamadas «Reinas[19]».

1. Este mito se refiere, al parecer, a una desafortunada invasión aquea del Peloponeso occidental seguida, al final del siglo XIII a. de C., por una segunda, afortunada, a la que se ha confundido, no obstante, con la invasión doria del siglo XI a. de C, pues Heracles era también un héroe dorio. El asesinato de Eurition puede haberse deducido de la misma ilustración nupcial en la que aparecía la muerte de Folo. La excavación por Heracles del canal del Arcano corre pareja con hazañas análogas de Elide (véase 121.d), Beoda (véase 142.3) y Tracia (véase 130.8); y los honores tributados a los trescientos sesenta cleonenses se refieren probablemente a un misterio calendario, pues trescientos sesenta son el número de los días del año egipcio que excluye a los cinco consagrados a Osiris, Horus, Set, Isis y Neftis.

2. La lepra asociada con Lepreo era vitíligo, enfermedad de la piel causada por alimentos en mal estado que podía curar la diosa Luna del álamo blanco (Diosa Blanca, páginas 611-12); la verdadera lepra no llegó a Europa hasta el siglo I a. de C.

3. El titulo de Búfago de Heracles se refería originalmente a la comida de un buey por sus adoradores.

4. Sosípolis tiene que haber sido el espíritu de Crono, cuyo nombre se le dio a la loma y cuya cabeza fue enterrada en su ladera septentrional para proteger al estadio que se hallaba detrás, cerca de la confluencia del Cladeo

y el Alfeo. Su equivalente británico Bran guardaba igualmente la Colina de la Torre que domina a Londres (véase 146.2). El equinoccio de la primavera, cuando nacen los cervatillos, se da durante el mes del aliso del calendario de los árboles, llamado también Elafión («del cervatillo») y está consagrado peculiarmente a Crono-Bran (Diosa Blanca, pp. 222-23). Esto indica que, originalmente, el Año Nuevo de Elide comenzaba en el solsticio de primavera, como en parte de Italia, cuando el rey del año viejo, llevando cuernos como Acteón (véase 22.1), era muerto por las mujeres enfurecidas, o «Reinas»; Heracles el dáctilo pertenece a este culto (véase 53.b). Los Pelópidas parecen haber modificado el calendario cuando llegaron con su carro y su marsopa solares, haciendo que los juegos fúnebres celebraran la muerte y el sobreseimiento de Zeus, el rey sagrado, en el solsticio estival, por su sucesor, así como el rey se vengaba del sucesor en el solsticio hiemal. En la época clásica, por tanto, el Año Nuevo de Elide se celebraba en el verano. La mención de Pélope indica que el rey era devorado sacriíicialmente y las cenizas de sus huesos se mezclaban con agua para revocar el altar de la Diosa. A él se le llamaba el Zeus Verde, o Aquiles (véase 164.5), y también Heracles.

5. El acebuche, utilizado en Grecia para expulsar a los demonios y rencores del año viejo, que tomaban la forma de moscas, fue introducido desde Libia, donde tenía su origen el culto del Viento Norte (véase 48.1 y 133.5), más bien que del norte. En Olimpia sería el muérdago (o loranthus) y no el acebuche, lo que el niño cortaba con una hoz de oro (véase 1.1 y 50.2); el acebuche figuraba en el calendario de los árboles hiperbóreos (véase 119.3). La carrera pedestre que corrían las muchachas por el puesto de sacerdotisa de Hera fue el primer acontecimiento celebrado, pero cuando el año único del reinado del rey se prolongó convirtiéndolo en el Gran Año de nominalmente cien meses —para permitir una sincronización más exacta del tiempo solar y el lunar— el rey reinaba durante la mitad de ese período y su sucesor durante la otra mitad. Posteriormente ambos reinaban concurrentemente con el título de Moliones y estaban unidos no menos estrechamente que los reyes de Esparta (véase 74.1). Es posible que se diera en Grecia un caso de hermanos siameses para reforzar la metáfora. Pero la división de la Elide por Augías, de la que informa Homero, demuestra que en una etapa todavía posterior el rey sagrado retenía una tercera parte de su

reino cuando debía retirarse, como hizo Preto en Argos. Es evidente que Amarinceo obtuvo su parte mediante la conquista.

6. Moliones es quizás el título de la diosa Luna elea, la patrona de los Juegos, y significa «Reina del Moli», el moli es una especie de ajo silvestre que en otras partes contrarrestaba la magia lunar (véase 170.5). Se la llamaba también Agameda («muy sagaz»), y éste es el nombre de la hechicera de Augías, quien «conocía todas las drogas que produce la tierra» (Homero: Ilíada xi.739-41). En la Grecia clásica, «Atenea la Madre» era un concepto extraño e indecoroso y tenía que ser disculpado dando explicaciones (véase 25.2 y 141.í), pero la tradición de Elide indica que se habían celebrado orgías eróticas en su honor junto al río Bady.

7. La doma de Arión, al parecer, formaba parte del rito de la coronación en la Onco arcadia (véase 130.1).

139. LA TOMA DE PILOS

a. A continuación Heracles saqueó e incendió la ciudad de Pilos, porque sus habitantes habían salido en ayuda de Elide. Mató a los hijos de Neleo, excepto el menor, Néstor, que estaba en Gerania, pero el propio Neleo escapó con vida[1].

b. Atenea, defensora de la justicia, luchó en favor de Heracles, y Pilos fue defendida por Hera, Posidón, Hades y Ares. Mientras Atenea combatía con Ares, Heracles se enfrentó con Posidón, con la clava contra el tridente, y le obligó a retroceder. Luego corrió en ayuda de Atenea, con la lanza en la mano, y en la tercera embestida atravesó el escudo de Ares y arrojó a éste de cabeza a tierra; luego, con una poderosa lanzada en el muslo de Ares, penetró profundamente en la carne divina. Ares huyó angustiado al Olimpo, donde Apolo le puso ungüentos calmantes en la herida y le curó en menos de una hora; en consecuencia volvió a luchar, hasta que una de las flechas de Heracles le atravesó el homblo y le obligó a abandonar definitivamente el campo de batalla. Entretanto, Heracles había herido también a Hera en el pecho derecho con una flecha de tres púas[2].

c. El hijo mayor de Neleo, el argonauta Periclímeno, estaba dotado por Posidón con una fuerza ilimitada y el poder de asumir la forma que deseara, de ave, animal o árbol. En esta ocasión se transformó primeramente en un león, luego en una serpiente y al cabo de un rato, para evitar el escrutinio, se posó en el tachón del yugo de los caballos de Heracles en la forma de una hormiga, una mosca o una abeja[3]. Heracles, advertido disimuladamente por Atenea, reconoció a Periclímeno y tomó su clava, ante lo cual Periclímeno se transformó en un águila y trató de picotearle en los

ojos, pero una flecha disparada súbitamente por Heracles se le clavó bajo el ala. Cayó a tierra y al caer la fecha le atravesó el cuello y lo mató. Algunos dicen, no obstante, que huyó y se puso a salvo; y que Heracles había atacado a Posidón en una ocasión anterior, después de la muerte de Ifito, cuando Neleo se negó a purificarle; y que la lucha con Hades tuvo lugar en la otra Pilos de Elide, cuando Heracles fue desafiado por haberse llevado a Cerbero sin permiso[4].

d. Heracles entregó la ciudad de Mesena a Néstor, para que la administraran sus descendientes, recordando que Néstor no había intervenido en el robo del ganado de Gerión que él conducía; y no tardó en quererle todavía más que a Hilas y Yolao. Fue Néstor el primero que juró por Heracles[5].

e. Los eleos, aunque ellos mismos reconstruyeron Pilos, aprovecharon la debilidad de los pilianos para oprimirlos de manera mezquina. Neleo conservó su paciencia hasta que un día, habiendo enviado un carro y un tronco de cuatro caballos campeones a un concurso para competir por un trípode en los Juegos Olímpicos, se enteró de que Augías se había apoderado de ellos y enviado al auriga de vuelta a pie. En vista de ello, ordenó a Néstor que hiciera una incursión de represalia en la llanura de Elide; y Néstor consiguió apoderarse de cincuenta vacadas, cincuenta rebaños de ovejas, cincuenta piaras de cerdos, cincuenta rebaños de cabrás, y ciento cincuenta yeguas zainas, muchas con potrillos, venciendo a los eleos que se le opusieron y ensangrentando su lanza en esa su primera lucha. Los heraldos de Neleo convocaron luego a todos los habitantes de Pilos con quienes los eleos tenían alguna deuda y después de repartir el botín entre los reclamantes, reservando la parte del león para Néstor, ofreció sacrificios generosos a los dioses. Tres días después los eleos avanzaron contra Pilos en orden de batalla —entre ellos los dos hijos huérfanos de los Moliones, que habían heredado su título— y cruzaron la llanura desde Trioesa. Pero Atenea se presentó por la noche para advertir y reunir a los pilianos; y cuando se libró la batalla Néstor, que iba a pie, derribó a Amarinceo, el jefe de los eleos, se apoderó de su carro y pasó como una tempestad entre las filas eleas, apoderándose de otros cincuenta carros y dando muerte a cien hombres. Los Moliones también habían caído bajo su

lanza activa si Posidón no los hubiera envuelto en una niebla impenetrable y alejado de allí. Los eleos, perseguidos con vehemencia por el ejército de Néstor, huyeron hasta la Roca Olenia, donde Atenea mandó hacer alto[6].

f. Se concedió una tregua, Amarinceo fue enterrado en Buprasión y se le otorgaron juegos fúnebres en los que intervinieron numerosos pilianos. Los Moliones ganaron la carrera de carros acorralando a Néstor en el recodo, pero se dice que él venció en todos los otros juegos: la lucha, el pugilato, la carrera pedestre y el lanzamiento de jabalina. Es justo añadir que el principal testigo de esas hazañas era el propio Néstor en su locuaz ancianidad, pues por gracia de Apolo, quien le concedió los años de que habían sido privados sus tíos maternos, vivió tres siglos y ningún contemporáneo sobrevivía para desmentirle[7].

1. La toma de Pilos parece ser otro episodio de la invasión aquea del Peloponeso en el siglo XIII a. de C. Hera, Posidón, Hades y Ares, los dioses más viejos, ayudan a Elide; los más jóvenes, Atenea renacida de la cabeza de Zeus y Heracles como hijo de Zeus, se les oponen. La derrota de Periclímeno, el que cambiaba de forma, por Heracles puede indicar la supresión de un sacrificio de niños en el Año Nuevo; y la facultad de Periclímeno de tomar la forma de cualquier árbol se refiere, al parecer, a la sucesión de trece meses por los cuales pasaba el interrex en su danza ritual, pues cada mes tenía como emblema un árbol, desde el acebuche hasta el mirto (véase 52.3 y 169.6). La herida de Hades presenta a Heracles como el paladín destinado a evitar la tumba y hacerse inmortal (véase 145.h); además, según Homero (Ilíada v.319 y ss.), hirió a Hades en Pilos, «entre los cadáveres», lo que puede significar igualmente: «en la puerta, entre los muertos»; la puerta era la del mundo subterráneo, quizás en el Lejano Norte (véase 170.4). Si es así, Hades es un sustituto de Crono, a quien Heracles venció en la isla sepulcral de Eritia (véase 132.d), y el combate es una repetición del duodécimo trabajo, cuando penetró en el Infierno. Los aliados pilianos de Heracles, significativamente ayudados por Atenea, son descritos por Homero (Ilíada xi.617 y 761) como aqueos, aunque la dinastía de Neleo era en realidad eolia.

2. La herida de Hera por Heracles en el pecho derecho con una flecha de tres púas parece ser una alegoría de la invasión doria del Peloponeso occidental, cuando las tres tribus que se consideraban Hijas de Heracles humillaron el poder de la diosa de Elide (véase 146.1).

140. LOS HIJOS DE HIPOCOONTE

a. Heracles decidió atacar a Esparta y castigar a los hijos de Hipocoonte. No sólo se habían negado a purificarle después de la muerte de Ifito y luchado contra él a las órdenes de Neleo sino que además habían asesinado a su amigo Eono. Sucedió que Eono, hijo de Licimio, quien había acompañado a Heracles a Esparta, se paseaba por la ciudad cuando, al pasar por delante del palacio de Hipocoonte, un gran sabueso moloso corrió hacia él y para defenderse, le arrojó una piedra que le golpeó en el hocico. Los hijos de Hipocoonte acudieron corriendo y le golpearon con garrotes. Heracles corrió en ayuda de Eono desde el otro extremo de la calle, pero llegó demasiado tarde. Eono fue muerto a garrotazos y Heracles, herido en la palma de la mano y en el muslo, huyó al templo de Deméter Eleusina en las cercanías del monte Taigeto, donde Asclepio le ocultó y curó sus heridas[1].

b. Heracles reunió un pequeño ejército y fue entonces a Tegea en Arcadia, donde rogó a Cefeo, el hijo de Aleo, que se le uniera con sus veinte hijos. Al principio Cefeo se negó, pues temía por la seguridad de Tegea si la abandonaba. Pero Heracles, a quien Atenea había dado un mechón de la cabellera de la Gorgona en un jarrón de bronce, se lo regaló a Aérope, la hija de Cefeo: la dijo que si la ciudad fuese atacada ella debía mostrar la guedeja tres veces desde las murallas, dando la espalda al enemigo, el cual huiría inmediatamente. Pero, como lo demostraron los acontecimientos Aérope no necesitó utilizar ese talismán[2].

c. Así Cefeo se unió a la expedición contra Esparta, en la que, debido a la mala suerte, él y diecisiete de sus hijos mueron. Algunos dicen que

también fue muerto Ificles, pero es probable que fuera el argonauta etolio así llamado y no el hijo de Anfitrión. El ejército de Heracles sufrió pocas otras bajas, en tanto que los espartanos perdieron a Hipocoonte y sus doce hijos, más numerosos soldados de alto grado, y su ciudad fue tomada por asalto. Heracles restauró luego a Tindáreo, dejándole el reino en administración para sus propíos descendientes[3].

d. Como Hera, inexplicablemente, no se le había opuesto en esta campaña, Heracles le erigió un templo en Esparta y le sacrificó cabras, pues no tenía otras víctimas a su disposición. Los espartanos son, en consecuencia, los únicos griegos que apodan a Hera «comedora de cabras» y le ofrecen esos animales. Heracles erigió también un templo a Atenea de los Justos Merecimientos; y en el camino a Terapno un altar a Asclepio Cotileo en recuerdo de la herida que sufrió en la mano y que él le curó. Un templo de Tegea, llamado «El Hogar Común de los Arcadios», es notable por su estatua de Heracles con la herida en el muslo[4].

1. Aquí el mito de Heracles se convierte en una saga; y se introduce un seudo-mito para explicar ciertas anomalías como la Hera Comedora de Cabras, el Asclepio del Hueco en la Mano, el Heracles del Muslo Herido y la larga inmunidad a la captura de Tegea. Pero las mujeres furiosas de Hera habían devorado en otro tiempo a Zagreo, Zeus y Dioniso en la forma de cabra montes; la estatua de Asclepio probablemente contenía medicinas en el hueco de la mano; la herida en el muslo de Heracles le sería hecha por un jabalí (véase 157.e) y los tegeos pueden haber exhibido una cabeza de Gorgona en sus puertas como un amuleto profiláctico. Atacar a una ciudad protegida de este modo era, por decirlo así, violar a la diosa doncella Atenea, superstición que fomentaban también los atenienses.

2. Siempre que Heracles deja una ciudad aquea, etolia, siciliana o pelasga en administración para sus descendientes, se trata de un intento de justificar su toma posterior por los dorios (véase I52.q y 6; 143.d y I46.f).

141. AUGE

a. Aleo, rey de Tegea, hijo de Afidas, se casó con Neera, hija de Pereo, quien le dio como hijos a Augeo, Cefeo, Licurgo y Afidamante. Un antiguo templo de Atenea Alea, fundado en Tegea por Aleo, todavía contiene un lecho sagrado de la diosa[1].

b. Cuando, en una visita a Delfos, el oráculo advirtió a Aleo que los dos hermanos de Neera morirían a manos del hijo de su hija, se apresuró a volver a su casa y designó a Auge sacerdotisa de Atenea, amenazándole con matarla si no se mantenía casta. Si Heracles fue a Tegea en su camino para combatir con el rey Augías o a su regreso de Esparta es motivo de discusión, pero en todo caso Aleo lo recibió hospitalariamente en el templo de Atenea. Allí, enardecido por el vino, Heracles violó a la sacerdotisa virgen junto a una fuente que puede verse todavía al norte del templo; sin embargo, como Auge no gritó, a menudo se ha insinuado que fue allá obedeciendo a una cita[2].

c. Heracles siguió su viaje y en Estinfalia engendró a Everes con Parténope, la hija de Esfinfalo; pero entretanto la peste y el hambre afligieron a Tegea, y Aleo, informado por la Pitonisa de que se había cometido un delito en el recinto sagrado de Atenea, fue a él y encontró a Auge muy avanzada en su embarazo. Aunque ella lloró y declaró que Heracles la había violado en un ataque de embriaguez, Aleo no la creyó. La arrastró al mercado de Tegea, donde ella se arrodilló en el lugar donde se halla al presente el templo de Ilitía, famoso por su imagen de «Auge de Rodillas[3]». Como le daba vergüenza matar a su hija en público, Aleo encargó al rey Nauplio que la ahogara. Nauplio, en consecuencia, salió con

Auge para Nauplia, pero en el monte Partenio empezó a sentir dolores de parto, y alegando alguna excusa se introdujo en un bosque. Allí dio a luz un hijo, al que ocultó en un matorral, y volvió a donde Nauplio la esperaba pacientemente junto al camino. Sin embargo, como no tenía la intención de ahogar a una princesa cuando podía venderla a buen precio en el mercado de esclavos, vendió a Auge a unos comerciantes carios que acababan de llegar a Nauplia, los cuales, a su vez, la vendieron a Teutrante, rey de la Teutrania misia**[4]**.

d. El hijo de Auge fue amamantado por una gama en el monte Partenio (donde ahora tiene un recinto sagrado) y lo encontraron unos ganaderos que lo llamaron Télefo y lo llevaron a su amo, el rey Corito. Al mismo tiempo, por una coincidencia, los pastores de Corito descubrieron al hijo infante de Atalanta, que ella había dado a Meleagro, abandonado en la misma ladera de la montaña: le llamaron Partenopeo, que quiere decir «hijo de una virginidad perforada», porque Atalanta pretendía que seguía siendo virgen**[5]**.

e. Cuando Télefo llegó a la virilidad acudió al Oráculo de Delfos para que le informara acerca de sus padres. El oráculo le dijo: «Navega en busca del rey Teutrante el misio». En Misia encontró a Auge, ahora casada con Teutrante, por quien supo que ella era su madre y Heracles su padre; y eso lo podía creer él muy bien, pues ninguna mujer había dado nunca a Heracles un hijo que se le pareciera tanto. Teutrante dio inmediatamente a Télefo su hija Argíope en matrimonio y le nombró heredero del reino**[6]**.

f. Otros dicen que Télefo, después de haber matado a Hipotoonte y Nereo, sus tíos maternos, fue silencioso y mudo a Misia en busca de su madre. «El silencio de Télefo» se hizo proverbial, pero Partenopeo le acompañó como portavoz**[7]**. Sucedió que el famoso argonauta Idas, hijo de Afareo, estaba a punto de apoderarse del trono de Misia, y Teutrante, desesperado, prometió renunciar a él en favor de Télefo y darle en matrimonio su hija adoptiva si expulsaba a Idas. En consecuencia Télefo, con la ayuda de Partenopeo, venció a Idas en una sola batalla. Ahora bien, sucedía que la hipa adoptiva de Teutrante era Auge, quien no reconoció a Télefo, ni él sabía que ella era su madre. Fiel a la memoria de Heracles, ella ocultó una espada en su dormitorio la noche de la boda y habría matado a

Télefo al entrar si los dioses no hubieran interpuesto una gran serpiente entre ellos. Auge arrojó la espada alarmada y confesó sus intenciones homicidas. Luego apostrofó a Heracles, y Télefo, que estaba a punto de cometer un matricidio, tuvo la inspiración de gritar: «¡Oh madre, madre!». Cayeron llorando el uno en brazos dd otro y al siguiente día volvieron con las bendiciones de Teutrante a su país natal. En Pérgamo se muestra la tumba de Auge junto al río Caico. Los habitantes de Pérgamo pretenden ser emigrantes arcadios que cruzaron el Asia con Télefo y le ofrecen sacrificios de héroe[8].

g. Otros dicen que Télefo se casó con Astíoque, o Laódice, hija del troyano Príamo. Y otros que Heracles había yacido con Auge en Troya cuando fue allá en busca de los caballos inmortales de Laomedonte. Y otros más que Aleo encerró a Auge y su hijo infante en un arca que confió a las olas, y que, bajo el cuidado vigilante de Atenea, el arca navegó a la deriva hacia el Asia Menor y fue lanzada a tierra en la desembocadura del Caico, donde el rey Teutrante se casó con Auge y adoptó a Télefo[9].

h. Este Teutrante, en una ocasión en que cazaba en el monte Teutras, persiguió a un jabalí monstruoso que huyó al templo de Ártemis Ortosia. Estaba a punto de penetrar en él cuando el jabalí gritó: «¡Perdóname la vida, mi señor! ¡Soy el niño de pecho de la Diosa!» Teutrante no le hizo caso y lo mató, con lo que ofendió a Ártemis tan profundamente que devolvió la vida al jabalí, castigó a Teutrante con costras de lepra y lo envió delirando a la cumbre de la montaña. Sin embargo, su madre, Leucipe, se apresuró a ir al bosque, llevando consigo al adivino Poliido, y apaciguó a Ártemis con generosos sacrificios. Teutrante se curó de su lepra por medio de la piedra antipates, que todavía se encuentra en cantidades en la cumbre del monte Teutras; en vista de ello Leucipe erigió un altar a Ártemis Ortosia y mandó hacer un jabalí mecánico con cabeza de hombre enteramente de oro y que cuando se le persigue se refugia en el templo y pronuncia las palabras «¡Perdóname la vida!»[10].

i. Mientras Heracles se hallaba en Arcadia hizo una visita al monte Ostracina, donde sedujo a Fíalo, hija del héroe Alcimedonte. Cuando dio a luz un hijo llamado Ecmágoras, Alcimedonte los echó a ambos de su cueva para que murieran de hambre en la montaña. Ecmágoras se echó a llorar

lastimosamente y un grajo bien intencionado voló en busca de Heracles, imitó el sonido del llanto y así lo llevó al árbol donde estaba Fíalo, amordazada y atada por su cruel padre. Heracles los puso en libertad y el niño llegó a la edad viril. Al manantial cercano se le llama desde entonces Cisa, que quiere decir grajo[11].

1. El lecho de Atenea en Tegea y la supuesta violación por Heracles de su sacerdotisa Auge, identifican a esta Atenea con Neith, o Anadia, una diosa Luna orgiástica cuya sacerdotisa realizaba un casamiento anual con el rey sagrado para conseguir buenas cosechas. Reliquias de esta costumbre se encontraron en el templo de Heracles en Roma, donde su desposada se llamaba Acca —equivalente de la Diosa Blanca peloponesa Acó— y en Jerusalén, donde, antes de las reformas religiosas del destierro, parece haberse celebrado un casamiento sagrado todos los meses de septiembre entre el Sumo Sacerdote, representante de Jehová, y la diosa Anatha. El profesor Raphael Patai resume las pruebas del casamiento en Jerusalén en su Man and Temple (pp. 88-94, Londres, 1947). Los niños divinos que se suponían nacidos de esas uniones se convertían en los espíritus del cereal del año siguiente; así, Atenea Alea era una diosa del cereal, patrona de los molinos harineros. Los numerosos hijos que engendró Heracles con ninfas atestiguan la preponderancia de esta teoría religiosa. Sólo se le atribuye una hija anómala, Macaría («bendita»). El mito de Auge ha sido relatado para explicar una emigración arcadia a Misia, probablemente bajo la presión de los aqueos; y también las festividades tegeatas en honor del dios del Año Nuevo como cervatillo, las cuales, a juzgar por el fragmento de Hesíodo, tenían su equivalente en Tróade.

2. Que Augea y su hijo fueran a la deriva en un arca hasta el río Caico —escena ilustrada en el altar de Pérgamo y en las monedas pergamesas— significa simplemente que el culto de Auge y Télefo había sido importado en Misia por colonos tegeatas, y que Auge, como la diosa Luna, se suponía que iba en su nave de la media luna a las celebraciones del Año Nuevo. La subsiguiente transformación de Atenea de desposada orgiástica en casta doncella guerrera ha introducido la confusión en la fábula: en algunas versiones Teutrante se convierte en el novio de Auge, pero en otras la

adopta piadosamente. La versión de Higinio se basa en algún drama posterior y artificial.

3. El mito del jabalí de oro se refiere en parte a las propiedades curativas de la piedra antipathes del monte Teutras; y en parte, quizás, a una costumbre misia de vengar la muerte de Adonis, quien había sido muerto por Apolo en la forma de un jabalí. Parece que al representante de Adonis, un hombre que vestía una piel de jabalí con colmillos dorados, se le perdonaba la vida si podía refugiarse de sus perseguidores en el templo de la hermana de Apolo, Ártemis. Los reyes de Tegea, la ciudad natal de Auge, eran, según parece, muertos habitualmente por jabalíes (véase 140.1 y 157.e).

4. La aventura de Fíalo con el grajo es una fantasía anecdótica que explica supuestamente el nombre del manantial, que originalmente puede haber estado consagrado a un clan cuyo tótem era el grajo.

142. DEYANIRA

a. Después de pasar cuatro años en Feneo, Heracles decidió dejar el Poleponeso. Al frente de una gran fuerza arcadia fue por mar a Calidón, en Etolia, donde fijó su residencia. Como no tenía en aquel momento hijos legítimos ni esposa, cortejó a Deyanira, la supuesta hija de Éneo, cumpliendo así la promesa que le había hecho al ánima de su hermano Meleagro. Pero Deyanira era realmente la hija del dios Dioniso con Altea, la esposa de Éneo, como se había hecho evidente cuando murió Meleagro y Artemis transformó a sus dolientes hermanas en pintadas, pues Dioniso convenció entonces a Artemis para que permitiera que Deyanira y su hermana Gorge conservaran su forma humana[1].

b. Muchos pretendientes acudían al palacio de Éneo en Pleurón para pedir la mano de la hermosa Deyanira, quien conducía un carro y practicaba el arte de la guerra, pero todos abandonaron sus pretensiones cuando se encontraron en rivalidad con Heracles y el dios fluvial Aqueloo. Todos saben que el inmortal Aqueloo aparece en tres formas: como toro, como serpiente moteada y como hombre con cabeza de toro. Corrientes de agua fluyen constantemente de su barba hirsuta y Deyanira habría preferido morir a casarse con él[2].

c. Cuando Éneo llamó a Heracles para que defendiera su petición, Heracles se jactó de que si se casaba con Deyanira, ella no sólo tendría a Zeus como suegro, sino además gozaría de la gloria refleja de sus doce trabajos. Aqueloo (entonces en forma de hombre con cabeza de toro) se burló de eso, haciendo notar que también él era un personaje muy conocido, padre de todas las aguas griegas, y no un extranjero andariego como

Heracles, y que el oráculo de Dodona había ordenado a todos los visitantes que le ofrecieron sacrificios. Luego insultó a Heracles diciendo:

—¡O bien no eres hijo de Zeus o tu madre es adúltera!

Heracles le replicó con el ceño fruncido:

—Soy más hábil en la lucha que en la discusión ¡y no soporto que se insulte a mi madre!

d. Aqueloo se quitó su vestidura verde y luchó con Heracles hasta que cayó de espaldas y entonces hábilmente se transformó en una serpiente moteada y se escapó culebreando. «¡Yo estrangulé serpientes cuando estaba en la cuna!», rió Heracles, y se agachó para asirle por la garganta. Entonces Aqueloo se transformó en un toro y le embistió. Heracles se hizo ágilmente a un lado y, asiéndole por los cuernos, lo derribó con tanta fuerza que le partió el cuerno derecho. Aqueloo se retiró avergonzado y ocultó su desperfecto bajo una corona de ramas de sauce**[3]**. Algunos dicen que Heracles repuso el cuerno roto a Aqueloo a cambio del cuerno de la Cabra Amaltea; y otros que las náyades transformaron el cuerno en el de Amaltea y que Heracles se lo ofreció a Éneo como regalo de boda**[4]**. Otros dicen que durante el duodécimo trabajo llevó el cuerno al Tártaro, llenado por las Hespérides con los frutos de oro, y al que ahora se llama Cornucopia, como un regalo para Plutón, ayudante de Tique**[5]**.

e. Después de casarse con Deyanira, Heracles marchó con los calidonios sobre la ciudad tesprota de Éfira —más tarde Cíquiro—, donde venció y mató al rey Fileo. Entre los cautivos estaba la hija de Fileo, Astíoque, por la que Heracles se convirtió en padre de Tlepólemo; aunque algunos dicen que la madre de Tlepólemo era Astidamía, hija de Amintor, a la que Heracles raptó en la Éfira elea, ciudad famosa por sus venenos**[6]**.

f. Por consejo de un oráculo Heracles avisó entonces a su amigo Tespio: «Conserva a siete de tus hijos en Tespia, envía tres a Tebas y ordena a los otros cuarenta que colonicen la isla de Cerdefia». Tespio obedeció. Los descendientes de los que fueron a Tebas siguen recibiendo honores allí, y los descendientes de los que se quedaron en Tespia, los llamados Demuchos, gobernaron la ciudad hasta tiempos recientes. Las fuerzas que condujo a Cerdeña Yolao incluían contingentes tespianos y atenienses y ésa fue la primera expedición colonial griega en la que los reyes pertenecían a

un linaje distinto del de la gente común. Después de vencer a los habitantes de Cerdeña en una batalla Yolao dividió la isla en provincias, plantó olivos y la hizo tan fértil que desde entonces los cartagineses han estado dispuestos a soportar inmensas dificultades y peligros para apoderarse de ella. Fundó la ciudad de Olbia, y estimuló a los atenienses a fundar la de Ogrila. Con el consentimiento de los hijos de Tespio, quienes consideraban a Yolao como su segundo padre, impuso a los colonos su propio nombre y los llamó Yoleeos, y ellos todavía hacen sacrificios al Padre Yolao como los persas al Padre Ciro. Se ha dicho que Yolao volvió más tarde a Grecia pasando por Sicilia, donde algunos de sus seguidores se establecieron y le concedieron ritos de héroe; pero según los tebanos, que deberían saberlo, nunca volvió ninguno de los colonios[7].

g. En un banquete celebrado tres años después Heracles se enojó con un joven pariente de Éneo llamado variamente Eunomo, Eurínomo, Enomo Arquías o Querias, hijo de Arquíteles, a quien le dijeron que vertiera agua en las manos de Heracles y torpemente le salpicó las piernas. Heracles golpeó al muchacho en las orejas con más fuerza que la prevista y lo mató. Aunque Arquíteles le perdonó el accidente, Heracles decidió sufrir el castigo debido en el destierro y se fue con Deyanira y con el hijo de ambos, Hilo, a Traquis, la residencia de Ceix, el sobrino de Anfitrión[8].

h. Un accidente análogo había ocurrido en Fliunte, ciudad situada al este de Arcadia, cuando Heracles volvía del Jardín de las Hespérides. Como no le gustó la bebida que le sirvió, golpeó a Ciato, el copero, con un dedo solamente, pero no obstante lo mató. Una capilla en memoria de Ciato se construyó contra el templo de Apolo en Fliunte[9].

i. Algunos dicen que Heracles luchó con Aqueloo antes del asesinto de Ifito, que fue la causa de su traslado a Traquis; otros, que fue allá la primera vez que le desterraron de Tirinto[10]. De todos modos, fue con Deyanira al río Eveno, entonces en plena creciente, y allí el centauro Neso, alegando que era el barquero autorizado por los dioses y que lo habían elegido a causa de su rectitud, se ofreció, por una pequeña retribución, a transportar a Deyanira sin que se mojara a través del río mientras Heracles nadaba. Heracles accedió, y pagó a Neso el precio, arrojó su clava y su arco al otro lado del río y se sumergió en él. Pero Neso, en vez de cumplir lo prometido,

echó a correr en la dirección opuesta con Deyanira en los brazos; luego la arrojó a tierra y trató de violarla. Ella gritó pidiendo ayuda a Heracles, que se apresuró a recoger su arco, apuntó cuidadosamente y le atravesó a Neso el pecho desde casi un la ilómetro de distancia.

j. Al arrancarse la flecha, Neso le dijo a Deyanira: «Si mezclas el semen que he derramado en la tierra con la sangre de mi herida, le añades aceite de oliva y untas secretamente la camisa de Heracles con la mezcla, no volverás a tener motivos para quejarte de su infidelidad». Deyanira se apresuró a recoger los ingredientes en un tarro, que luego cerró y guardó sin decir a Heracles una palabra del asunto[11].

k. Según otra versión de la fábula, Neso ofreció a Deyanira la lana empapada en su propia sangre y le dijo que tejiera con ella una camisa para Heracles. Según una tercera versión, le dio su propia camisa manchada con sangre como un talismán amoroso y luego huyó a la vecina tribu de los locrios, donde murió a consecuencia de la herida, pero su cuerpo se pudrió sin que lo enterraran al pie del monte Tafiaso e inficionó a la región con su hedor malsano, y de aquí que a los locrios se los llame ozolios. El manantial junto al cual murió todavía hiede y contiene coágulos de sangre[12].

l. Por Deyanira, Heracles era ya padre de Hilo, Ctesipo, Gleno y Hodites, así como de Macaría, su única hija[13].

1. La fábula de las hermanas de Meleagro tiene por fin explicar un culto de la pintada dedicado a Ártemis en Leros (véase 80.3).

2. La afición de Deyanira a la guerra la revela como una representante de la diosa de la batalla pre-olímpica Atenea, con cuyos casamientos sagrados en diferentes localidades se relaciona principalmente esta parte de la leyenda de Heracles (véase 141.1).

3. La lucha de Heracles con Aqueloo, como la de Teseo con el Minotauro, debe ser interpretada como parte del ritual del casamiento regio. El Toro y la Serpiente representan al año creciente y menguante —«el toro que es el padre de la serpiente, y la serpiente cuyo hijo es el toro»— y a ambos dominaba el rey sagrado. Un cuerno de toro, considerado desde los tiempos más primitivos como la sede de la fertilidad, hacía rey al candidato

a la dignidad regia que lo asía cuando luchaba con un verdadero toro o con un adversario con máscara de toro. El héroe babilonio Enkidu, mellizo mortal de Gilgamesh y devoto de la Reina del Cielo, asió al Toro del Qelo por los cuernos y lo mató con su espada; y la conquista de una cornucopia era un trabajo nupcial que se impuso al héroe gales Peredur en el Mabinogion (véase 148.j). En Creta, el culto del toro había sucedido al de la cabra montes, cuyo cuerno era igualmente potente. Pero parece que la ilustración que mostraba esta pugna ritual fue interpretada por los griegos como una ilustración de la lucha de Heracles con el río Aqueloo: a saber, la represa y el desagüe del Paraqueloitis, un trayecto de tierra formado con el aluvión del Aqueloo, que había ido uniendo lentamente las islas Equínades con la tierra firme; y la consiguiente recuperación de una gran zona de tierra de labrantío. Se atribuía con frecuencia a Heracles proezas de ingeniería como éstas (Estrabón: x.2.19; Diodoro Sículo: iv.35). El sacrificio ordenado por el oráculo de Dodona difícilmente pudo haber sido para el río Aqueloo; más probablemente se le impuso a Aquelois, la diosa Luna «que ahuyenta el dolor».

4. Éunomo y Ciato serían muchachos víctimas, sustitutos del rey sagrado al término de su reinado.

5. La violación de Deyanira intentada por Neso recuerda las escenas turbulentas en la boda de Pirítoo, cuando Teseo (el Heracles ateniense) intervino para salvar a Hipodamía del ataque del centauro Euritión (véase 102.d). Como a los centauros se los representaba originalmente como hombres cabras, la ilustración en que se basa el episodio mostraba probablemente a la Reina cabalgando en la espalda del rey cabra, como hacía en las celebraciones de la Víspera de Mayo de la Europa septentrional antes de su casamiento sagrado; Euritión es el «intruso», un personaje estereotipado que hicieron familiar las comedias de Aristófanes y que todavía aparece en las fiestas nupciales del norte de Grecia. El ejemplo mítico más antiguo de intruso es el mismo En la idu: interrumpió el casamiento sagrado de Gilgamesh con la diosa Erech y le desafió a luchar. Otro intruso es Agenor, quien trató de arrebatar Andrómeda a Perseo en su fiesta nupcial (véase 73.l).

6. Los primeros pobladores de Cerdeña, libios neolíticos, consiguieron sobrevivir en las partes montañosas; las posteriores inmigrantes —cretenses, griegos, cartagineses, romanos y judíos— trataron de retener los

distritos de la costa, pero la malaria los venció siempre. Sólo durante los últimos pocos años se ha contenido la mortalidad rociando los charcos donde se crían los mosquitos de la malaria.

7. «Ozolio» («hediente»), el apodo dado a los lóenos instalados en las cercanías de Focis, para distinguirlos de sus parientes opuntianos y epicefirios, probablemente se refería a su costumbre de llevar pieles de cabra sin curtir que exhalaban un olor fétido cuando el tiempo estaba húmedo. Los locrios mismos preferían derivar esa palabra de ozoi, «sarmientos de vid» (Pausanias: x.38.i), a causa de la primera cepa plantada en su país (véase 38.7).

143. HERACLES EN TRAQUIS

a. Todavía acompañado por sus aliados arcadios, Heracles fue a Traquis, donde fijó su residencia durante un tiempo bajo la protección de Ceix. En el camino pasó por da región de los dríopes, situada a la sombra del monte Parnaso, y encontró a su rey Tiodamante, el hijo de Dríope, arando con una yunta de bueyes[1]. Como tenía hambre y además ansiaba un pretexto para hacer la guerra a los dríopes —que, como sabían todos, no tenían derecho a la región— Heracles exigió uno de los bueyes, y cuando Tiodamante se lo negó, lo mató. Después de sacrificar al buey y de comer su carne se llevó a Hilas, el hijo infante de Tiodamante, cuya madre era la ninfa Menódice, hija de Orion[2]. Pero algunos dicen que el padre de Hilas era Ceix, o Eufemo, o Teómenes; e insisten en que Tiodamante era el labrador rodio que maldijo desde lejos cuando Heracles sacrificó uno de sus bueyes[3].

b. Parece que Filante, el sucesor de Tiodamante, violó el templo de Apolo en Delfos. Ultrajado en nombre de Apolo, Heracles mató a Filante y raptó a su hija Meda; ella le dio por hijo a Antíoco, fundador del demo ateniense que lleva su nombre[4]. Luego expulsó a los dríopes de su ciudad en el monte Parnaso y la entregó a los malios que le habían ayudado en su conquista. Llevó a Delfos a los principales dríopes y los dedicó al templo como esclavos; pero, como Apolo no los necesitaba fueron enviados al Peloponeso, donde trataron de conseguir el favor de Euristeo, el rey supremo. Bajo sus órdenes, y con la ayuda de otros compatriotas fugitivos, edificaron tres ciudades: Asine, Hermione y Eyones. De los restantes dríopes, unos huyeron a Eubea, otros a Chipre y a la isla de Cintos. Pero sólo los hombres de Ásine se enorgullecen todavía de ser dríopes; han

erigido un templo a su antepasado Driope con una imagen antigua, y celebran misterioslen su honor cada dos años[5].

c. Driope era hijo de Apolo y de Día, una hija del rey Licaón; por temor a su padre Día ocultó al niño en un roble hueco, y de ahí su nombre. Algunos dicen que Driope mismo llevó a su gente desde el río tesalio Esperqueo a Asine y que era hijo de Esperqueo y la ninfa Polidora[6].

d. Se había producido una disputa de límites entre los dorios de Hestieotis, gobernada por el rey Egimio, y los lapitas del monte Olimpo, ex aliados de los dríopes, cuyo rey era Corono, hijo de Ceneo. Los dorios, muy superados en número por los lapitas, huyeron en busca de Heracles y pidieron su ayuda, ofreciéndole en cambio una tercera parte de su reino; después de lo cual Heracles y sus aliados arcadios vencieron a los lapitas, dieron muerte a Corono y a la mayoría de sus súbditos y les obligaron a abandonar el territorio en disputa. Algunos de ellos se establecieron en Corinto. Egimio recibió la tercera parte de Heracles en administración para sus descendientes[7].

e. Heracles fue luego a Itono, una ciudad de Ftiótide, donde se halla el antiguo templo de Atenea. Allí se encontró con Cicno, hijo de Ares y Pelopia, quien ofrecía constantemente valiosos premios a los huéspedes que se atrevían a competir con él en una carrera de carros. El siempre vencedor Cicno les cortaba la cabeza y empleaba los cráneos para decorar el templo de su padre Ares. Éste, dicho sea de paso, no era el Cicno que Ares había engendrado con Pirene y transformado en un cisne cuando murió[8].

f. Apolo, cada vez más enojado con Cicno porque acechaba y robaba el ganado que se enviaba a Delfos para los sacrificios, incitó a Heracles a aceptar el desafío de Cicno. Se convino en que a Heracles le acompañaría su auriga Yolao y a Cicno su padre Ares. Aunque aquel no era su estilo de lucha habitual, Heracles se puso las pulidas grebas de bronce que le había hecho Hefesto, el peto de oro curiosamente forjado que le había dado Atenea y un par de hombreras de hierro. Armado con el arco y las flechas, la lanza, el yelmo y un fuerte escudo que le había proporcionado Hefesto por orden de Zeus, subió ágilmente a su carro.

g. Atenea descendió del Olimpo y advirtió a Heracles que, aunque Zeus le había autorizado para matar y despojar a Cicno, no debía hacer más que

defenderse de Ares y, aunque saliese vencedor, no debía privarle de sus caballos ni de su magnífica armadura. Luego montó junto a Heracles y Yolao, sacudiendo su égida, y la Madre Tierra crujió cuando el carro salió disparado. Cicno condujo el suyo a toda velocidad hacia ellos y el choque fue tan violento que él y Heracles fueron lanzados al suelo y quedaron lanza contra escudo. Sin embargo, consiguieron levantarse y, tras un breve combate, Heracles le atravesó el cuello a Cicno. Luego hizo frente audazmente a Ares, quien le asestó un lanzazo, pero Atenea, con el ceño frucido, lo desvió. Ares corrió hacia Heracles con la espada en la mano, sólo para ser herido en el muslo por haberse metido, y Heracles le habría asestado un nuevo golpe cuando estaba tendido en tierra si Zeus no hubiera separado a los combatiente con un rayo. Heracles y Yolao despojaron entonces el cadáver de Cicno y reanudaron su viaje interrumpido, mientras Atenea llevaba de vuelta al Olimpo al desfallecido Ares. A Cicno lo enterró Ceix en el valle del Anauro, pero, por orden de Apolo, el río creció y se llevó la lápida[9].

h. Sin embargo, algunos dicen que Cicno vivía en Amfane, y que Heracles lo traspasó con una flecha junto al río Penco, o en Pegaso[10].

i. Al pasar por Pelagia llegó Heracles a Ormenio, pequeña ciudad al pie del monte Pelión, donde el rey Amintor se negó a darle su hija Astidamía. «Estás ya casado —le dijo— y has engañado a demasiadas princesas para que te confíe otra». Heracles atacó la ciudad y, después de matar a Amintor, se llevó a Astidamía, quien le dio Ctesipo o, según dicen algunos, Tlepólemo[11].

1. El sacrificio de un buey de arado por Heracles, la maldición de Tiodamante y la aparición del niño Hilas en un surco son partes del ritual de la siembra preheleno. La sangre del buey propicia a la diosa Tierra, las maldiciones desvían la ira divina de las semillas que brotan, y el niño representa a la próxima cosecha, es decir, a Pluto, el hijo que Deméter dio a Yasión después de haberse abrazado en el campo arado tres veces (véase 24.d). Tiodamante es el espíritu del año viejo, ahora destruido. El luto anual

por el Hilas espíritu del árbol condenado (véase I50.d-e) ha sido confundido aquí con el espíritu del cereal condenado.

2. La expulsión de los dríopes del Parnaso por Heracles con ayuda de los dorios y la emigración de los dríopes a la Grecia meridional ocurrieron probablemente en el siglo XII a. de C., con anterioridad a la invasión doria del Peloponeso (véase 146.1). Su combate con Cicno recuerda la carrera de Pélope con Enómao (véase 109.a-b), otro hijo de Ares, e igualmente notorio como cazador de cabezas. En ambos casos en uno de los carros iba una mujer: a saber, la hija de Enómao, Hipodamía (el objeto de su disputa con Pélope) y Atenea, que es aparentemente el mismo personaje, es decir la novia destinada al nuevo rey. Geno, como el espartano Pólux, es un rey del culto del cisne cuya alma vuela al lejano otro mundo septentrional (véase 161.4).

3. El nombre de Egimio —significa «desempeñando el papel de una cabra»— indica que realizaba en la Víspera de Mayo un casamiento cabruno con la reina de la tribu, y que en su guerra contra los lapitas del norte de Tesalia sus dorios lucharon junto a los centauros, los enemigos hereditarios de los lapitas, los que, como los sátiros, son representados en las obras de arte primitivas como hombres cabras (véase 142.j).

4. Cípselo, el tirano de Corinto, famoso por su cofre tallado, pretendía descender de la casa real lapita de Ceneo (véase 78.1).

144. YOLE

a. En Traquis Heracles reunió un ejército de arcadios, méllanos y locrios epimenidios y marchó sobre Ecalia para vengarse del rey Éurito, quien se había negado a entregarle la princesa Yole, justamente ganada en una competencia de ballestería, pero lo único que dijo a sus aliados fue que Éurito imponía injustamente tributos a los cúbeos. Tomó por asalto la ciudad, acribilló con sus flechas a Éurito y su hijo y, después de enterrar a algunos de sus compañeros que habían caído en la batalla, entre ellos Hípaso, hijo de Ceix, y Argeo y Melas, hijos de Licimio, saqueó Ecalia y se llevó cautiva a Yole[1]. Antes que entregarse a Heracles, Yole había preferido que matase a toda su familia ante sus mismos ojos y luego se arrojó desde la muralla de la ciudad; pero sobrevivió, porque el viento le hinchó las faldas y amortiguó la caída. Heracles la envió, con otras mujeres ecalias, a Deyanira en Traquis, mientras él visitaba el promontorio eubeo de Ceneo[2]. Debe advertirse que cuando se despidió de Deyanira, Heracles divulgó una profecía: al cabo de quince meses estaba destinado a morir o a pasar el resto de su vida en completa tranquilidad. Le habían transmitido esa noticia las palomas mellizas del antiguo oráculo de la encina de Dodona[3].

b. Se discute cuál de varias ciudades llamadas Ecalia fue saqueada en esa ocasión: si la mesenia, la tesalia, la eubea, la iraquiniana o la etolia[4]. La más probable es la Ecalia mesenia, pues el padre de Éurito, Melaneo, rey de los dríopes —hábil arquero, por lo que se le llamaba hijo de Apolo— fue a Mesenia durante el reinado de Peñeres, hijo de Eolo, quien le dio Ecalia como su residencia. Ecalia se llamaba así por la esposa de Melaneo. Allí, en

un bosque de cipreses sagrado, se le hacen sacrificios de héroe a Éurito, cuyos huesos se conservan en una urna de bronce, y con ello se inician los Misterios de la Gran Diosa. Otros identifican a Ecalia con Andania, a kilómetro y medio del bosque, donde se realizaban anteriormente esos Misterios. Éurito era uno de los héroes a los que los mesenios invitaron a residir entre ellos cuando Epaminondas restableció su patrimonio peloponense[5].

1. Éurito se había negado a entregar a Yole basándose en que Heracles era un esclavo (véase 135.a). Aunque el salto suicida de Yole es una fábula verosímil —las faldas micénicas tenían forma de campana y mi padre presenció en una ocasión cómo se salvaba una suicida victoriana gracias a su ancho miriñaque—, más probablemente ha sido deducido de una ilustración micénica en la que se veía a la diosa revoloteando sobre un ejército mientras éste atacaba a su ciudad. El nombre de Ecalia, «casa de harina», demuestra que la diosa en cuyo honor se realizaban los misterior era Deméter.

145. LA APOTEOSIS DE HERACLES

a. Después de haber consagrado altares de mármol y un bosquecillo sagrado a su padre Zeus en el promontorio de Cenca, Heracles preparaba un sacrificio de acción de gracias por la toma de Ecalia. Ya había enviado a Licas para que pidiese a Deyanira una bella camisa y un manto como los que usaba regularmente en esas ocasiones[1].

b. Deyanira, cómodamente instalada en Traquis, estaba ya resignada a la costumbre de Heracles de tomar amantes, y cuando reconoció a Yole como la última de ellas sintió compasión más bien que resentimiento por la belleza fatal que había causado la ruina de Ecalia. Sin embargo, ¿no era intolerable que Heracles esperase que ella y Yole viviesen juntas bajo el mismo techo? Como ya no era joven, Deyanira decidió utilizar el supuesto talismán amoroso de Neso como un medio para conservar el afecto de su esposo. Le había tejido una camisa nueva para los sacrificios por si volvía a salvo, y a escondidas abrió el tarro, empapó un pedazo de lana en la mezcla y frotó con él la camisa. Cuando llegó Licas metió la camisa en un cofre, lo cerró y se lo entregó diciendo: «Por ningún motivo expongas la túnica a la luz o el calor hasta que Heracles esté a punto de ponérsela para el sacrificio». Licas había partido ya a toda velocidad en su carro cuando Deyanira, mirando casualmente el trozo de lana que había arrojado al patio iluminado por la luz del sol, se quedó horrorizada al ver que ardía como serrín y que en las losas se formaban ampollas de espuma roja. Dándose cuenta de que Neso le había engañado, envió a toda prisa un correo para que hiciera volver a Licas y, maldiciendo su desatino, juró que si Heracles moría ella no le sobreviviría[2].

c. El correo llegó demasiado tarde al promontorio de Cenca. Heracles se había puesto ya la camisa y sacrificado doce toros inmaculados como la primicias de su botín: en conjunto había llevado al altar una vacada mixta de cien cabezas. Vertía vino con una escudilla en los altares y arrojaba incienso en las llamas cuando de pronto gritó como si le hubiera mordido una serpiente. El calor había derretido el veneno de la Hidra en la sangre de Neso y se extendió por todos los miembros de Heracles, corroyéndole la carne. Pronto el dolor se hizo insoportable y rugiendo de angustia derribó los dos altares. Trató de arrancarse la camisa, pero se le había pegado de tal modo que salía la carne con ella y dejaba los huesos al descubierto. Su sangre silbaba y burbujeaba como el agua de manantial cuando se templa el metal candente. Se arrojó de cabeza en la corriente más próxima, pero el veneno le quemaba todavía más; y desde entonces las aguas escaldan y se las llama Termópilas, que quiere decir «pasaje caliente[3]».

d. Recorriendo la montaña y arrancando los árboles a su paso, Heracles encontró al aterrado Licas agazapado en el hueco de una roca, con las manos entrelazadas en las rodillas. Licas trató en vano de disculparse; Heracles lo asió, le hizo girar tres veces alrededor de su cabeza y lo arrojó al mar Eubeo. Allí se transformó en una roca de aspecto humano que se proyecta a corta distancia sobre el agua y a la que los marineros siguen llamando Licas y temen pisar, pues la creen sensible. El ejército, que observaba desde lejos, se lamentaba ruidosamente, pero nadie se atrevía a acercarse hasta que, retorciéndose de angustia, Heracles llamó a Hilo y le pidió que lo llevara de allí para morir en soledad. Hilo lo llevó al pie del monte Eta en Traquis (región famosa por su eléboro blanco), pues el Oráculo de Delfos ya había señalado ese lugar a Licimio y a Yolao como el escenario destinado para la muerte de su amigo[4].

e. Horrorizada al saberlo, Deyanira se ahorcó, o, según dicen algunos, se hirió con una espada en su lecho matrimonial. El único pensamiento de Heracles había sido castigarla antes de morir, pero cuando Hilo le aseguró que Deyanira era inocente, como lo probó su suicidio, suspiró su perdón y manifestó el deseo de que Alcmena y todos sus hijos se reunieran para escuchar sus últimas palabras. Pero Alcmena se hallaba en Tirinto con algunos de sus hijos y la mayoría de los otros se habían establecido en

Tebas. En consecuencia, sólo pudo revelar la profecía de Zeus, ahora cumplida, a Hilo: «Ningún hombre vivo podrá matar nunca a Heracles; un enemigo muerto será su ruina». Hilo le pidió instrucciones y Heracles le dijo: «Jura por la cabeza de Zeus que me llevarás a la cima más alta de esta montaña, y allí me quemarás, sin lamentaciones, en una pira de ramas de encina y troncos de acebuche. Jura también que te casarás con Yole tan pronto como llegues a la mayoría de edad». Aunque escandalizado por estos pedidos, Hilo prometió cumplirlos[5].

f. Cuando todo estuvo preparado, Yolao y sus compañeros se retiraron a una breve distancia, mientras Heracles subía a la pira y ordenaba que la encendiesen. Pero nadie se atrevía a obedecerle, hasta que un pastor eolio llamado Peante que pasaba por allí ordenó a Filoctetes, su hijo con Demonasa, que hiciera lo que pedía Heracles. En agradecimiento, Heracles legó a Filoctetes su aljaba, arco y flechas, y cuando las llamas comenzaron a lamer la pira extendió su piel de león en la plataforma formada en la cima y se tendió, con la clava como almohada, con un aspecto tan feliz como el de un huésped enguirnaldado rodeado por copas de vino. Del cielo cayeron rayos que inmediatamente redujeron la pira a cenizas[6].

g. En el Olimpo Zeus se felicitó de que su hijo favorito se hubiera conducido tan noblemente. «La parte inmortal de Heracles —anunció— está a salvo de la muerte y pronto lo recibiré en esta región bendita. Pero si aquí a alguien le aflige su divinización, tan merecida, ese dios o diosa debe aprobarla, no obstante, ¡les guste o no!» Todos los olímpicos asintieron y Hera decidió aguantar el insulto, que estaba claramente dirigido a ella, porque ya había dispuesto castigar a Filoctetes por su acción bondadosa haciendo que le mordiera una víbora lemnia.

h. Los rayos habían consumido la parte mortal de Heracles. Ya no tenía parecido alguno con Alcmena, sino que, como una serpiente que ha mudado su piel, aparecía con toda la majestad de su padre divino. Una nube lo ocultó a la vista de sus compañeros, mientras, entre truenos, Zeus lo transportaba en su carro de cuatro caballos al cielo, donde Atenea lo tomó de la mano y lo presentó solemnemente a los otros dioses[7].

i. Ahora bien, Zeus había destinado a Heracles para que fuera uno de los Doce Olímpicos, pero estaba poco dispuesto a expulsar a alguno de los

otros dioses para hacerle lugar. En consecuencia, convenció a Hera para que adoptara a Heracles mediante una ceremonia de renacimiento: a saber, acostándose, simulando que estaba de parto y sacándolo luego de debajo de su túnica, que es la adopción ritual que se realiza todavía en muchas tribus bárbaras. En adelante Hera consideró a Heracles como su hijo y fue al que más amó después de Zeus. Todos los inmortales lo acogieron de buen grado y Hera le casó con su bella hija Hebe, con la que tuvo a Alexiares y Aniceto. Y en verdad Heracles había conquistado el sincero agradecimiento de Hera en la rebelión de los Gigantes al matar a Pronomo cuando trataba de violarla**[8]**.

j. Heracles se convirtió en el portero del cielo y nunca se cansa de permanecer en las puertas del Olimpo, hacia el anochecer, esperando a que Artemis vuelva de la cacería. La recibe alegremente, y levanta los montones de presas de su carro, frunciendo el ceño y sacundiendo un dedo en gesto de desaprobación cuando encuentra sólo cabras y liebres inofensivas. «Mata jabalíes —le dice— que pisotean las mieses y acuchillan los árboles de los huertos; ¡mata toros y leones y lobos que dan muerte a los hombres**[9]**! ¿Pero qué daño nos han hecho las cabras y las liebres?» Luego desuella los cuerpos y come vorazmente los bocados predilectos que se le antojan. Sin embargo, mientras el Heracles inmortal banquetea en la mesa divina su fantasma mortal se pasea por el Tártaro entre los muertos temblorosos, con el arco tenso y la flecha ajustada en la cuerda. Del hombro le cuelga un tahalí de oro aterradoramente adornado con leones, osos, jabalíes y escenas de batalla y matanza**[10]**.

k. Cuando Yolao y sus compañeros volvieron a Traquis, Menecio, hijo de Actor, sacrificó un carnero, un toro y un jabalí a Heracles e instituyó su culto de héroe en la Opus locria; los tebanos no tardaron en imitarle, pero los atenienses, encabezados por los habitantes de Maratón, fueron los primeros que le adoraron como un dios, y toda la humanidad sigue ahora su glorioso ejemplo**[11]**. Festo, el hijo de Heracles, encontró que los siciones ofrecían a su padre ritos de héroe, pero insistió en hacerle sacrificios como un dios. Hasta el presente, por tanto, los habitantes de Sición, después de matar un cordero y de quemar sus muslos en el altar de Heracles como dios, dedican parte de su carne a Heracles como héroe. En Eta le adoran con el

nombre de Cornopión porque ahuyentó a las langostas que estaban a punto de posarse en la ciudad; pero los jonios de Eritrea le adoran como Heracles Ipóctono, porque destruyó los ipes, que eran gusanos que roían las cepas en casi todas las otras regiones.

l. Una imagen tiria de Heracles que ahora se halla en el templo de Eritrea se dice que representa a Heracles Dáctilo. Se la encontró flotando en una balsa en el Mar Jónico frente al Cabo Mésate, exactamente a mitad de camino entre el puerto de Eritrea y la isla de Quíos. Los eritreos por un lado y los de Quíos por el otro hicieron todos los esfuerzos posible para llevar la balsa a su costa, pero sin conseguirlo. Por fin un pescador eritreo llamado Formio, que había perdido la vista, soñó que las mujeres de Eritrea debían hacer una cuerda con sus trenzas cortadas y con ella podrían los hombres remolcar la balsa a su costa. Las mujeres de un clan tracio que se había establecido en Eritrea consintieron y la balsa fue remolcada a la costa; y sólo a sus descendientes se les permite ahora entrar en el templo donde se conserva la cuerda. Formio recobró la vista y la conservó hasta que murió**[12]**.

1. Antes de sacrificar y de inmortalizar así al rey sagrado —como Calipso prometió inmortalizar a Odiseo (véase 170.w)— la Reina tenía que despojarlo de sus ropas e insignias reales. Qué flagelaciones y mutilaciones sufría hasta que lo ponían en la pira para hacerle inmortal no se indica aquí, pero las ilustraciones de las que parece haberse deducido este relato lo mostraban probablemente ensangrentado y en agonía mientras luchaba por ponerse la blanca camisa de lino que lo consagraba a la diosa Muerte.

2. Una tradición según la cual Heracles murió en el promontorio de Cenca ha sido puesta de acuerdo con otra según la cual murió en el monte Etá, donde inscripciones y estatuillas primitivas muestran que el rey sagrado siguió siendo quemado en efigie durante siglos después de haber sido quemado personalmente. La de encina es la madera apropiada para la hoguera del solsticio estival; el acebuche es la madera del Año Nuevo, cuando el rey inicia su reinado expulsando a los espíritus del año viejo. Peante, o Filoctetes, que encendió la pira, es el heredero y sucesor del rey; hereda sus armas y su lecho —así debe ser interpretado el casamiento de

Yole con Hilo— y muere a consecuencia de una mordedura de serpiente al final del año.

3. Anteriormente Heracles había ido al Paraíso Occidental de las Hespérides; o al castillo de plata, la Corona Boreal, detrás del Viento Norte, leyenda que Píndaro ha incluido incomprensiblemente en un breve relato del tercer trabajo (véase 125.k). Su admisión en el Cielo Olímpico —donde, no obstante, no consiguió un asiento entre los doce, como consiguió Dioniso (véase 27.5)— es una concepción posterior. Puede basarse en una mala interpretación de la misma ilustración sagrada que explica el casamiento de Peleo y Tetis (véase 81.1-5), el llamado rapto de Ganimedes (véase 29.1) y el armamento de Heracles (véase 123.1). Esta ilustración mostraría a Atenea, o Hebe, la joven reina y prometida, presentando al rey a doce testigos del casamiento sagrado, cada uno representante de un clan de una confederación religiosa o de un mes del año sagrado; él ha renacido ritualmente de una yegua o (como aquí) de una mujer. Heracles figura como un portero celestial porque murió en el solsticio estival: el año es comparado con una puerta de roble que giraba sobre un gozne, se abría de par en par en el solsticio estival y luego se iba cerrando poco a poco a medida que se acortaban los días (Diosa Blanca, p. 233). Lo que le impidió llegar a ser un olímpico completo parece haber sido la autoridad de Homero: la Odisea recuerda la presencia de su sombra en el Tártaro.

4. Si la estatua de Heracles en Eritrea era de origen tirio, la cuerda del templo tuvo que ser tejida, no con cabello de mujeres, sino con el cabello cortado al rey sagrado antes de su muerte en el solsticio hiemal, como Dalila cortó el de Sansón, un héroe solar tirio. Un héroe solar análogo había sido sacrificado por las mujeres tracias que adoptaron su culto (véase 28.2). La estatua probablemente fue remolcada en una balsa para evitar la consagración de una nave mercante y su consiguiente retiro del comercio. «Ipóctono» puede haber sido una variante local del título más habitual de Heracles, «Ofióctono», «matador de serpientes». Su renovación mediante la muerte «como una serpiente que muda su piel» era una metáfora tomada del Libro de los muertos egipcios; se creía que las serpientes aplazaban la vejez mudando la piel, pues «piel» y «vejez» se llaman igualmente geros en griego (véase 160.11). Sube al cielo en un carro tirado por cuatro caballos como héroe solar y patrono de los Juegos Olímpicos; cada caballo representa a uno de los cuatro años que transcurren entre los juegos, o una

estación de un año dividido en equinoccios y solsticios. Una imagen cuadrada del sol, adorada como Heracles Salvador, se alzaba en el recinto de la Gran Diosa en Megalópolis (Pausanias: viii. 31.4); era probablemente un altar antiguo, como varios bloques cuadrados hallados en el palacio de Cnosos y otro encontrado en el Patio Occidental del palacio de Festo.

5. Hebe, la prometida de Heracles, quizá no sea la diosa como Joven, sino una divinidad mencionada en los Himnos órficos, 48 y 49, como Hipta, la madre Tierra, a la que fue entregado Dioniso en custodia. Proclo dice (Contra Timeo ii.1240) que lo llevó sobre la cabeza en un cesto para aventar. Hipta está asociada con Zeus Sabacio (véase 27.3) en dos inscripciones primitivas de Meonia, entonces habitada por una tribu lidofrigia; y el profesor Kretschmer la ha identificado con la diosa mitania Hepa, Hepit o Hebe, mencionada en los textos de Boghazkoi y al parecer llevada a Meonia desde Tracia. Si Heracles se casó con esta Hebe, el mito se refiere al Heracles que realizó grandes hazañas en Frigia (véase 131.a), Misia (véase 131.e) y Lidia (véase 136.a-f); puede ser identificado con Zeus Sabacio. Hipta era muy conocida en todo el Medio Oriente. Una talla en una roca de Hattusas, en Licaunia (véase 13.2) la muestra montada en un león, a punto de celebrar un casamiento sagrado con el dios de la Tormenta hitita. Allí se la llama Hepatu, palabra hurrita según se dice, y el profesor B. Hrozny (Civilization of tbe Hitites and Subareans, cap. XV) la iguala con Hawwa, «la Madre de Todo lo Viviente», que aparece en el Génesis ii como Eva. Hrozny menciona al príncipe cananeo de Jerusalén, Abdihepa; y Adán, que se casó con Eva, era un héroe tutelar de Jerusalén (Jerónimo: Comentario sobre los Efesios v.15).

146. LOS HIJOS DE HERACLES

a. Alcmena, la madre de Heracles, había ido a Tirinto llevando con ella a algunos de sus hijos; otros seguían en Tebas y Traquis. Euristeo decidió expulsarlos a todos de Grecia antes que pudieran llegar a la edad viril y destronarlo. En consecuencia envió un mensaje a Ceix, exigiéndole la extradición no sólo de los Heraclidas, sino también de Yolao, toda la casa de Licimio y los aliados arcadios de Heracles. Demasiado débiles para oponerse a Euristeo, salieron conjuntamente de Traquis, pues Ceix alegó que no podía ayudarles, y visitaron la mayoría de las ciudades griegas como suplicantes, suplicando hospitalidad. Los atenienses gobernados por Teseo fueron los únicos que se atrevieron a desafiar a Euristeo; su innato sentido de la justicia prevaleció cuando vieron a los Heraclidas sentados en el Altar de la Misericordia[1].

b. Teseo estableció a los Heraclidas y sus compañeros en Tricorito —una ciudad de la tetrápolis ática— y no quiso entregarlos a Euristeo, lo que fue la causa de la primera guerra entre Atenas y el Peloponeso. Pues cuando todos los Heraclidas llegaron a la edad viril Euristeo reunió un ejército y marchó sobre Atenas; Yolao, Teseo e Hilo fueron designados jefes de los atenienses y los heráclidas combinados. Pero algunos dicen que a Teseo le había sucedido ya su hijo Demofonte. Como un oráculo anunció que los atenienses serían derrotados a menos que uno de los hijos de Heracles muriese por el bien común, Macaría, la única hija de Heracles, se suicidó en Maratón y así dio su nombre a la fuente Macaría[2].

c. Los atenienses, cuya protección de los Heraclidas sigue siendo un motivo de orgullo cívico, vencieron luego a Euristeo en una batalla campal

y mataron a sus hijos Alejandro, Ifimedonte, Euribio, Mentor y Perimedes, además de a muchos de sus aliados. Euristeo huyó en su carro, perseguido por Hilo, quien le alcanzó en las Rocas Escironias y allí le cortó la cabeza a la que Alcmena le sacó los ojos con agujas de tejer; su tumba se muestra en las cercanías[3]. Pero algunos dicen que le capturó Yolao en las Rocas Escironias y lo llevó a Alcmena, quien ordenó que lo ejecutasen. Los atenienses intercedieron en su favor, aunque en vano, y antes que se cumpliera la sentencia Euristeo derramó lágrimas de agradecimiento y declaró que se mostraría, inclusive muerto, como su amigo constante y enemigo jurado de los Heraclidas. «Teseo —dijo—, no necesitas verter libaciones ni sangre en mi tumba; inclusive sin esas ofrendas me comprometo a arrojar a todos los enemigos del territorio del Ática». Luego fue ejecutado y enterrado frente al templo de Atenea en Pelena, a mitad de camino entre Atenas y Maratón. Según una versión muy distinta, los atenienses ayudaron a Euristeo en una batalla que libró contra los Heraclidas en Maratón, y Yolao, después de cortarle la cabeza junto a la fuente Macaría, cerca del camino de carros, la enterró en Ticorito y envió el cuerpo a Gargueto para que lo enterrasen[4].

d. Entretanto, Hilo y los Heraclidas que se habían establecido junto a la Puerta Electriana en Tebas invadieron el Peloponeso y se apoderaron de todas sus ciudades en un ataque súbito; pero cuando, al año siguiente, se produjo una peste y un oráculo anunció: «Los Heraclidas han vuelto antes del tiempo debido», Hilo se retiró a Maratón. Obedeciendo el último deseo de su padre, se había casado con Yole y fue adoptado por el dorio Egimio; ahora fue a preguntar al oráculo de Delfos cuándo sería «el tiempo debido» y se le aconsejó que «esperase la tercera cosecha». Entendió que eso significaba tres años, esperó a que transcurrieran y atacó de nuevo. En el Istmo le salió al paso Atreo, que entretanto había ocupado el trono de Micenas y cabalgaba al frente de un ejército aqueo[5].

e. Para evitar una matanza innecesaria Hilo desafió a cualquier adversario de categoría a un combate singular. «Si venzo —dijo—, el trono y el reino serán míos. Si pierdo, nosotros, los hijos de Heracles, no volveremos por este camino durante otros cincuenta años». Équemo, rey de Tegea, aceptó el desafío y el combate se realizó en la frontera de Corinto y

Megara. Hilo murió y lo enterraron en la ciudad de Megara, después de lo cual los Heraclidas le rindieron honores por su acción y una vez más se retiraron a Tricorito, y de allí a Dóride, donde reclamaron a Egimio la parte del reino que su padre le había confiado. Sólo Licimio y sus hijos y el hijo de Heracles Tlepólemo, quien fue invitado a fijar su residencia en Argos, se quedaron en el Peloponeso. Apolo Deifico, cuyo consejo, al parecer erróneo, le había valido muchos reproches, explicó que por «tercera cosecha» había querido decir la tercera generación[6].

f. Alcmena volvió a Tebas, y cuando murió allí a una edad muy avanzada, Zeus ordenó a Hermes que se apoderase del ataúd que los Heraclidas llevaban a la tumba, lo que él hizo, sustituyendo hábilmente el cuerpo con una piedra y llevándose el cuerpo a las Islas de los Bienaventurados. Allí resucitada y rejuvenecida, Alcmena se casó con Radamantis. Entretanto, al encontrar que el ataúd era demasiado pesado para sus hombros, los Heraclidas lo abrieron y descubrieron el engaño. Colocaron la piedra en un bosquecillo sagrado de Tebas, donde ahora se adora a Alcmena como diosa. Pero algunos dicen que se casó con Radamantis en Ecalia antes de morir; y otros que murió, durante un viaje de Argos a Tebas, en Me gara, donde se muestra todavía su tumba; añaden que cuando se produjo una disputa entre los heráclidas, pues algunos querían llevar el cadáver de vuelta a Argos y otros continuar el viaje, el oráculo de Delfos les aconsejó que la enterraran en Megara. Otra supuesta tumba de Alcmena se muestra en Haliarto[7].

g. Los tebanos concedieron a Yolao un altar de héroe cerca del de Anfitrión, y en él los amantes se desposan en obsequio de Heracles; aunque se admite generalmente que Yolao murió en Cerdeña[8].

h. En Argos, Tlepólemo mató accidentalmente a su querido tío abuelo Lidmio. Castigaba a un sirviente con un garrote de madera de olivo cuando Licimio, viejo y ciego, tropezó con ellos y recibió un golpe en el cráneo. Amenazado con la muerte por los otros Heraclidas, Tlepólemo construyó una flota, reunió gran número de compañeros y, por consejo de Apolo, huyó a Rodas, donde fijó su residencia tras largas andanzas y muchas penalidades[9]. En esa época Rodas estaba habitada por colonos griegos a las órdenes de Triopas, hijo de Forbante, con cuyo consentimiento

Tlepólemo dividió la isla en tres partes y se dice que fundó las ciudades de Lindo, Yáliso y Camiro. Su gente fue favorecida y enriquecida por Zeus. Más tarde Tlepólemo fue a Troya con una flota de nueve navíos rodios[10].

i. Heracles engendró otro Hilo con la ninfa acuática Mélite, hija del dios fluvial Egeo, en el país de los feacios. Había ido allá después del asesinato de sus hijos, con la esperanza de que le purificasen el rey Nausítoo y Macris, la nodriza de Dioniso. Éste era el Hilo que emigró al Mar Cronio con algunos de los colonos feacios y dio su nombre a los hileos[11].

j. El último que nació de todos los Heraclidas se dice que fue el atleta tasio Teágenes, cuya madre fue visitada una noche en el templo de Heracles por alguien al que ella tomó por su sacerdote, su marido Timóstenes, pero que resultó ser el dios mismo[12].

k. Los Heraclidas finalmente reconquistaron el Peloponeso en la cuarta generación a las órdenes de Témeno, Cresfontes y los mellizos Proeles y Eurístenes, después de matar al rey Tisámeno de Micenas, hijo de Orestes. Lo habrían conseguido antes si uno de sus príncipes no hubiera matado a Carno, poeta acarniano, cuando se acercó a ellos cantando versos proféticos, pues le confundieron con un mago enviado contra ellos por Tisámeno. En castigo por este sacrilegio se hundió la flota heráclida y el hambre dispersó a su ejército. El oráculo de Delfos les aconsejó entonces que «desterraran al asesino durante diez años y tomaran a Triopas como guía en lugar de él». Estaban a punto de llamar a Triopas, hijo de Forbante de Rodas, cuando Témeno observó que un jefe etolio llamado Óxilo, quien acababa de expiar algún asesinato con un año de destierro en Elide, montaba en un caballo tuerto. Ahora bien, Triopas significa «de tres ojos» y en consecuencia Témeno le contrató como guía y, desembarcando en la costa de Elide con sus parientes heráclidas, no tardó en conquistar todo el Peloponeso y lo dividió echando suertes. El lote marcado con un sapo significaba Argos y le tocó a Témeno; el marcado con una serpiente significa Esparta y correspondió a los mellizos Proeles y Eurístenes; el marcado con una zorra significaba Mesenia y le tocó a Cresfontes[13].

1. La desastrosa invasión del Peloponeso micénico por montañeses patriarcales incultos desde la Grecia central, que, según Pausanias (iv.3.3) y Tucídides (i.12.3) se realizó alrededor del año 1100 a. de C, fue llamada doria porque sus caudillos provenían del pequeño Estado de Dóride. Tres tribus componían la Liga Doria: los híleos, que adoraban a Heracles; los dimanes («entrantes»), que adoraban a Apolo; y los pánfilos («hombres de todas las tribus»), que adoraban a Deméter. Después de invadir la Tesalia meridional los dorios parecen haberse aliado con los atenienses antes de aventurarse a atacar al Peloponeso. La primera tentativa fracasó, aunque Micenas fue incendiada hacia 1100 a. de C., pero un siglo después conquistaron las regiones oriental y meridional, después de haber destruido toda la antigua cultura de Argólide. Esta invasión que causó emigraciones desde Argólide hasta Rodas y desde Ática hasta la costa jonia del Asia Menor, y al parecer también desde Tebas hasta Cerdeña, originó la edad del oscurantismo en Grecia.

2. El entierro estratégico de la cabeza de un héroe es común en los mitos: así, según el M.abinogion, la cabeza de Bran fue enterrada en la Colina de la Torre para defender a Londres de la invasión por el Támesis; y, según Ambrosio (Epístola vii.2), la cabeza de Adán fue enterrada en el Gólgota para proteger a Jerusalén por el norte. Además, Eurípides (Reso 413-15) hace declarar a Héctor que las ánimas, inclusive de los extranjeros, pueden servir como espíritus guardianes de Troya (véase 28.6). Tanto Tricorito como Gargueto se hallan en estrechos desfiladeros que dominan los accesos al Ática. La persecución de Euristeo por Yolao hasta más allá de las Rocas Escironias parece haber sido tomada de la misma ilustración que sugirió el mito de Hipólito (véase 101.g).

3. El país de los feacios (véase 170.y) era Corara, o Drepane, ahora Corfú, frente al cual se halla el islote sagrado de Macris (véase 154jz). El Mar Cronio era el Golfo de Finlandia, desde donde, según parece, llevaban el ámbar a Corcira; esta isla se halla asociada también con la expedición de los argonautas en busca de ámbar al Adriático (véase 148.9).

4. Triopas, el colonizador griego de Rodas, es una masculinización de la antigua diosa triple Dánae, o Damkina; de acuerdo con sus tres personas recibieron sus nombres Lindo, Yáliso y Camiro. Según otras versiones, estas ciudades fueron fundadas por los Telquinos (véase 54.m), o por Dánao

(véase 60.d). Como Alcmena era simplemente un título de Hera, nada había de notable en que se le dedicara un templo.

5. Polignoto, en su famosa pintura de Delfos, representó a Menelao con la insignia de una serpiente en el escudo (Pausanias: x.26.3), probablemente la serpiente de agua de Esparta (véase 125J). Una zorra ayudó al héroe mésenlo Aristómenes a escapar de un abismo al que lo habían arrojado los espartanos (Pausanias: iv.18.6); y la diosa como zorra era muy conocida en Grecia (véase 49.2 y 89.8). El sapo parece haber llegado a ser el emblema argivo, no sólo porque tenía reputación de ser peligroso de manejar y porque causaba un silencio temeroso a todos los que lo veían (Plinio: Historia natural xxxii.18), sino también porque a Argos se le llamó primeramente Forónico (véase 57.d); en el silabario que precedió al alfabeto en Argos los radicales PHRN podían ser expresados por medio de un sapo, phryne.

147. LINO

a. Al niño Lino de Argos hay que distinguirlo del Lino hijo de Ismenio al que Heracles mató con una lira. Según los argivos, Psámate, la hija de Crotopo, tuvo al niño Lino con Apolo y temiendo la ira de su padre, lo abandonó en una montaña. Lo encontraron y criaron unos pastores, pero luego fue despedazado por los mastines de Crotopo. Como Psámate no podía ocultar su pena, Crotopo no tardó en sospechar que era la madre de Lino, y la condenó a muerte. Apolo castigó a la ciudad de Argos por este doble crimen enviando a una especie de harpía llamada Poine que arrancaba a los niños pequeños de sus padres, hasta que un tal Corebo se encargó de matarla. Entonces afligió a la ciudad una peste y, como no daba señales de disminuir, los argivos consultaron al oráculo de Delfos, el cual les aconsejó que propiciaran a Psámate y Lino. En consecuencia, ofrecieron sacrificios a sus ánimas, y las mujeres y doncellas cantaron cantos fúnebres a los que todavía llaman linoi; y como Lino había sido criado entre corderos, llamaron al festival arnis, y al mes en que se celebraba arneios. Como la peste seguía haciendo estragos, por fin Corebo fue a Delfos y confesó que había matado a Poine. La Pitonisa no le dejó que volviera a Argos, pero le dijo: «Lleva mi trípode de aquí y erige un templo a Apolo donde se te caiga de las manos». Eso le sucedió en el monte Gerania, donde fundó primeramente el templo y luego la ciudad de Tripodisco, y fijó allí su residencia. Se muestra su tumba en la plaza del mercado de Megara, coronada por un grupo de estatuas que representan la muerte de Poine y son las esculturas de esa clase más antiguas que sobreviven en Grecia[1]. A este

segundo Lino se le llama a veces Etolino, y los arpistas lo lloran en los banquetes[2].

b. Un tercer Lino yace también enterrado en Argos: era el poeta al que algunos llaman hijo de Eagro y la musa Calíope, haciéndole así hermano de Orfeo. Otros dicen que era hijo de Apolo y la musa Urania, o Aretusa, una hija de Posidón; y otros que era hijo de Anfímaro, hijo de Posidón, y Urania; o de Magnes y la musa Clío[3]. Lino era el músico más grande que había aparecido en la humanidad y el celoso Apolo lo mató. Había compuesto canciones en honor de Dioniso y otros héroes antiguos, y las escribía luego con letras pelasgas; y también una epopeya de la Creación. Lino, en realidad, inventó el ritmo y la melodía, era sabio en todo y enseñó a Támiris y Orfeo[4].

c. La lamentación por Lino se extendió por todo el mundo y es el tema, por ejemplo, de la Canción de Mañeros egipcia. En el monte Helicón, cuando uno se acerca al bosque de las Musas, el retrato de Lino está esculpido en la pared de una pequeña gruta en la que los sacrificios anuales que se le hacen a él preceden a los que se ofrecen a las Musas. Se alega que está enterrado en Tebas y que Filipo, el padre de Alejandro Magno, después de derrotar a los griegos en Queronea, trasladó sus huesos a Macedonia, de acuerdo con un sueño, pero después volvió a soñar y los devolvió[5].

1. Pausanias relaciona este mito del niño Lino con el de Mañeros, el espíritu del cereal egipcio, por quien se cantaban cantos fúnebres en la época de la cosecha; pero Lino parece haber sido el espíritu del lino (linos) que se siembra en la primavera y se cosecha en el verano. Tenía a Psámate por madre, porque, según Plinio (Historia natural xix.2), «sembraban el Uno en tierra arenosa». Su abuelo y asesino era Crotopo porque —también según Plinio— los tallos de lino amarillentos, después de ser arrancados por las raíces y dejados al aire libre, eran machacados con los «pies trituradores» de mazos de estopa. Y Apolo, cuyos sacerdotes vestían túnicas de Uno y que era el patrono de toda la música griega, lo engendró. La muerte de Lino por perros se refiere evidentemente a la maceración de los tallos de lino con destrales de hierro, procedimiento que Plinio describe en

el mismo pasaje. Frazer sugiere, aunque sin pruebas que le apoyen, que Lino es una consecuencia de haber oído mal los griegos las palabras fenicias *ai lanu*, «¡Ay de nosotros!». Etolino significa «Lino condenado».

2. Sin embargo, el mito se ha reducido a la norma corriente del niño abandonado por temor a un abuelo celoso y criado por pastores, lo que indica que la industria de la ropa de lino en Argólide desapareció a causa de la invasión doria, o de que los egipcios la vendían a menor precio, o de ambas cosas, y la sustituyó la industria de las ropas de lana; sin embargo, se siguieron entonando anualmente los cantos fúnebres en honor del niño Lino. Es probable que la industria del lino fuera establecida por los cretenses que civilizaron Argólide; la palabra griega para cuerda de lino es merinthos y todas las palabras terminadas en inthos son de origen cretense.

3. Corebo, cuando mató a Poine («castigo») probablemente prohibió los sacrificios de niños en el festival de Lino, los sustituyó con corderos, y llamó al mes «Mes del Cordero». Se le ha identificado con un eleo del mismo nombre que ganó la carrera pedestre en la Primera Olimpíada (776 a. de C.). Tripodisco parece no tener relación con los trípodes, sino derivarse de tripodizein, «encadenar tres veces».

4. Como la cosecha del lino era la ocasión para los cantos fúnebres y la trituración rítmica, y como en el solsticio estival —a juzgar por los ejemplos suizos y suabos citados en Golden Bough de Frazer— los jóvenes saltaban alrededor de una hoguera para que el lino creciera a gran altura, se suponía la existencia de otro Lino místico, uno que llegó a la edad viril y fue un músico famoso, inventor del ritmo y la melodía. Este Lino tenía por madre a una Musa y por padre al Hermes arcadio, o al Eagro tracio, o Magnes, el antepasado epónimo de los magnesios; en realidad no era heleno, sino guardián de la cultura pelasga pre-helena, que incluía el calendario de árboles y el saber acerca de la Creación. Apolo, quien no toleraba rivales en música —como lo demostró en el caso de Marsias (véase 21.f)— lo mató, según se dice, indirectamente; pero ésta era una versión errónea, pues Apolo adoptó y no mató a Lino. Posteriormente se atribuyó su muerte más apropiadamente a Heracles, patrono de los invasores dorios incivilizados (véase 146.1).

5. A Lino se le llama hermano de Orfeo a causa de la semejanza de su destino (véase 28.2). En los Alpes austríacos (según me informa Margarita Schón-Wels) no se admite a los hombres en la cosecha del lino, ni en el

proceso de secarlo, golpearlo y macerarlo, ni en las hilanderías. El espíritu gobernante es la Harpatsch, una bruja aterradora, con las manos y la cara tiznadas con hollín. Si se encuentra accidentalmente con algún hombre lo abraza, le obliga a bailar, le acomete sexualmente y le tizna con hollín. Además, las mujeres que golpean el lino, llamadas Bechlerinnen, persiguen y rodean a todo extraño que se introduce por error entre ellas. Le obligan a tenderse en el suelo, lo pisotean, le atan las manos y los pies, lo envuelven en estopa, le estregan la cara y las manos con desechos de lino punzantes, lo frotan contra la corteza áspera de un árbol derribado y por fin lo hacen rodar por la ladera. En las cercanías de Feldkirch sólo hacen que el transgresor se acueste y pasan sobre él, pero en otras partes le abren la bragueta e introducen en ella desechos de lino, y eso es tan doloroso que tiene que escapar con las piernas desnudas. En las cercanías de Salzburgo las Bechlerinnen mismas le quitan los pantalones y amenazan con castrarlo; cuando huye, purifican el lugar quemando ramitas y entrechocando las hoces.

6. Poco se sabe de lo que sucede en las hilanderías, pues las mujeres guardan el secreto; excepto que cantan un canto fúnebre llamado el Flachses Qual («Tormento del Lino»), o Leinenklage («Lamento del Lino»). Parece probable, por tanto, que las mujeres que cosechaban el lino solían apresar, atacar sexualmente y desmembrar a un hombre que representaba el espíritu del lino; pero como éste fue también el destino de Orfeo, quien protestó contra los sacrificios humanos y las orgías sexuales (véase 28.b), se ha descrito a Lino como su hermano. La Harpatsch resulta familiar: es la bruja de la cosecha de cereal, representante de la diosa Tierra. Se entrechocan las hoces solamente en honor de la luna; no se las utiliza en la cosecha del lino. Se atribuye a Lino la invención de la música porque esos cantos son puestos en boca del propio espíritu del lino y porque algunas cuerdas de lira se hacían con hilo de lino.

148. REUNIÓN DE LOS ARGONAUTAS

a. Después de la muerte del rey eolio Creteo, Pelias, hijo de Posidón, que era ya anciano, se apoderó del trono de Yolco, que pertenecía a su hermanastro Esón, el heredero legítimo. Un oráculo le advirtió poco después que le mataría un descendiente de Eolo, por lo que Pelias dio muerte a todos los eolios prominentes a los que se atrevió a atrapar, con excepción de Esón, a quien perdonó la vida por respeto a su madre Tiro, pero al que retuvo preso en el palacio obligándole a renunciar a su herencia.

b. Ahora bien, Esón estaba casado con Polimela, llamada también Anfínome, Perimede, Alcímede, Polimede, Polifema, Escaria o Arne, quien le dio un hijo llamado Diomedes[1]. Pelias habría matado al niño sin misericordia pero Polimela llamó a sus parientas para que lloraran por él como si hubiera nacido muerto, y luego lo sacó a ocultas de la ciudad y lo llevó al monte Pellón; allí el centauro Quirón lo crió, como había hecho antes, o como hizo después, con Asclepio, Aquiles, Eneas y otros héroes famosos[2].

c. Un segundo oráculo advirtió a Pelias que se cuidara de un hombre con una sola sandalia. Un día en que se hallaba en la costa del mar con un grupo de príncipes aliados para hacer un sacrificio solemne a Posidón su mirada se fijó en un joven magnesio alto y de larga cabellera, vestido con una túnica de cuero muy ajustada y una piel de leopardo. Estaba armado con dos lanzas de ancha hoja y llevaba solamente una sandalia[3].

d. Había perdido la otra sandalia en el fangoso río Anauro —al que algunos llaman equivocadamente Eveno o Enipeo— a causa de la estratagema de una vieja que, apostada en el otro lado del río, suplicaba a

los transeúntes que la pasaran a la otra orilla. Nadie se compadecía de ella, hasta que aquel joven desconocido se ofreció cortésmente a llevarla en su ancha espalda. Pero se tambaleó bajo el peso, pues la vieja era nada menos que la diosa Hera disfrazada. Pelias había ofendido a Hera al no hacerle los sacrificios de costumbre y estaba decidida a castigarle por su negligencia[4].

e. Cuando Pelias preguntó al desconocido rudamente: «¿Quién eres y cómo se llama tu padre?» el otro contestó que Quirón, su padre adoptivo, le llamaba Jasón, aunque anteriormente le llamaban Diomedes, hijo de Esón. Pelias le miró funestamente y le preguntó de pronto:

—¿Qué harías si un oráculo te anunciase que uno de tus conciudadanos estaba destinado a matarte?

—Lo enviaría a Cólquide en busca del vellocino del carnero de oro —contestó Jasón, sin saber que Hera había puesto esas palabras en su boca—. Y te ruego me digas con quién tengo el honor de conversar.

f. Cuando Pelias reveló su identidad, Jasón no se alteró. Audazmente reclamó el trono que le había usurpado Pelias, aunque no los rebaños y vacadas que lo habían acompañado, y como le apoyaron firmemente su tío Peres, rey de Peras, y Amitaón, rey de Pilos, quienes habían ido a tomar parte en el sacrificio, Pelias no se atrevió a negarle sus derechos de nacimiento.

—Pero antes —insistió— te exijo que libres a nuestro querido país de una maldición.

g. Jasón se enteró entonces de que a Pelias le acosaba el ánima de Frixo, que había huido de Orcómeno una generación antes, montado en el lomo de un carnero divino, para evitar que lo sacrificaran. Se refugió en Cólquide, donde cuando murió se le negó el entierro adecuado; y según el oráculo de Delfos, el territorio de Yolco, donde se habían establecido muchos de los parientes minias de Jasón, nunca prosperaría si su ánima no era conducida a su patria en una nave, juntamente con el vellón del carnero de oro. El vellón colgaba de un árbol en el bosque de Ares Cólquido, guardado noche y día por un dragón que nunca dormía. Pelias declaró que una vez que se realizase esa hazaña piadosa renunciaría de buena gana al reino, que se estaba convirtiendo en una carga para un hombre de edad tan avanzada como él[5].

h. Jasón no podía negarle a Pelias ese servicio y en consecuencia envió heraldos a todas las cortes de Grecia pidiendo voluntarios dispuestos a embarcarse con él. También consiguió que el tespio Argo le construyera un navío de cincuenta remos; lo hizo en Págasas, con madera curada del monte Pelión; después de lo cual Atenea misma puso un mástil oracular en la proa del Argo, cortado del roble de su padre Zeus en Dodona[6].

i. Muchas listas diferentes de los Argonautas —como se llama a los compañeros de Jasón— se han compilado en diversas épocas, pero los autores más fidedignos dan los siguientes nombres:

Acasto, hijo del rey Pelias.
Actor, hijo del focio Deyon.
Admeto, príncipe de Peras.
Anfiarao, el adivino argivo.
Anceo el Grande de Tegea, hijo de Posidón.
Anceo el Pequeño, lélege de Samos.
Argo, el tespio, constructor del Argo.
Ascalafo de Orcómeno, hijo de Ares.
Asterio, hijo de Cometes, peloponense.
Atalanta de Calidón, la virgen cazadora.
Augías, hijo del rey Forbante de Elide.
Butes de Atenas, el apicultor.
Ceneo el lapita, quien en otro tiempo había sido mujer.
Calais, el hijo alado de Bóreas.
Canto de Eubea.
Castor, el luchador espartano, uno de los Dioscuros.
Ceteo, hijo del arcadio Aleo.
Corono el lapita, de Girtón en Tesalia.
Equión, hijo de Hermes, el heraldo.
Ergino de Mileto.
Estáfilo, hermano de Fano.
Eufemo de Ténaro, el nadador.
Euríalo, hijo de Mecisteo, uno de los Epígonos.
Euridamente, el dólope, del lago LA ynias.

Palero, el arquero ateniense.
Fano, el hijo cretense de Dioniso.
Heracles de Tirinto, el hombre más fuerte que ha existido, ahora un dios.
Hilas el dríope, escudero de Heracles.
Idas, hijo de Afareo de Mesene.
Idmón el argivo, hijo de Apolo.
Ificlo, hijo del etolio Testio.
Ïfito, hermano del rey Euristeo de Micenas.
Jasón, el capitán de la expedición.
Laertes, hijo del argivo Acrisio.
Linceo, el vigía, hermano de Idas.
Melampo de Pilos, hijo de Posidón.
Meleagro de Calidón.
Mopso el lapita.
Nauplio el argivo, hijo de Posidón, célebre navegante.
Oileo de Lócride, padre de Áyax.
Orfeo, el poeta tracio.
Palemón, hijo de Hefesto, etolio.
Peleo el mirmidón.
Peneleo, hijo de Hipálcimo, el beodo.
Periclímeno de Pilos, el hijo de Posidón que cambiaba de forma.
Peante, hijo de Táumaco el magnesio.
Pólux, el pugilista espartano, uno de los Dioscuros.
Polifemo, hijo de Élato, el arcadio.
Tífis, el piloto beocio de Sifas.
Zetes, hermano de Calais,

y nunca, ni antes ni después se ha reunido una tripulación tan valiente[7].

j. A los Argonautas se los llama con frecuencia minias, porque llevaron de vuelta el ánima de Frixo, nieto de Minia, y el vellón de su carnero; y porque muchos de ellos, incluyendo a Jasón mismo, provenían de la sangre de las hijas de Minia. Este Minia, hijo de Crises, había emigrado de la

Tesalia a Orcómeno en Beoda, donde fundó un reino y fue el primer rey que construyó una tesorería[8].

1. En la época de Homero un ciclo de romances acerca del viaje del Argo al país de Eetes («poderoso») estaba «en labios de todos» (Odisea xii.40), y coloca a los Planktai o Simplégadas —por las que había pasado inclusive antes que Odiseo— cerca de las Islas de las Sirenas y no lejos de Escila y Caribdis. Todos estos peligros se dan en los relatos más completos del regreso del Argo de Cólquide.

2. Según Hesíodo, Jasón, hijo de Esón, después de realizar muchos trabajos penosos impuestos por Pellas, se casó con la hija de Eetes, que fue con él a Yolco, donde «ella se le sometió» y le dio su hijo Medeo, a quien educó Quirón. Pero Hesíodo parece haber estado mal informado: en los tiempos heroicos ninguna princesa era llevada a la casa de su marido; él iba a la de ella (véase 137.4 y 160.3). Por tanto, Jasón o bien se casó con la hija de Eetes y se instaló en su corte, o bien se casó con la hija de Pelias y se instaló en Yolco. Eumelo (siglo VIII) informa que cuando Corinto murió sin sucesión, Medea reclamó con buen éxito el trono vacante de Corinto, pues era hija de Eetes, quien, no contento con su herencia, había emigrado desde allí a Cólquide; y que Jasón, su marido, se convirtió por ello en rey.

3. Ni Cólquide ni su capital, Ea, son mencionadas en estos primeros relatos, que describen a Eetes como hijo de Helio y hermano de la Circe aeana. Tampoco se debe suponer que la fábula que conocía Homero tenía mucho en común con la que relatan Apolodoro y Apolonio de Rodas; incluso la ruta seguida por el Argo en su viaje de ida, y no hablemos de la del viaje de vuelta, no había sido fijada todavía en la época de Herodoto, pues Píndaro, en su Cuarta Oda Pítica (462 a. de C.) daba una versión muy diferente de la suya.

4. El mito de Pelias y Diomedes —el nombre original de Jasón— parece haber sido acerca de un príncipe abandonado en una montaña, criado por cuidadores de caballos y al que impuso trabajos aparentemente imposibles el rey de una ciuded vecina, no necesariamente un usurpador: como el uncimiento de toros que respiraban fuego, y la conquista de un tesoro guardado por un monstruo marino. Jasón, medio muerto en las fauces del

monstruo marino, es el tema de obras de arte etruscas. Su recompensa sería casarle con la heredera del trono. Mitos análogos son comunes en la mitología celta —como lo atestiguan los trabajos impuestos a Kilhwych, el héroe del Mabinogion cuando deseó casarse con la hechicera Olwen— y al parecer se refieren a las pruebas rituales del coraje de un rey antes de su coronación.

5. Es ciertamente del Cuento de Kilhwych y Olwen y del análogo Cuento de Peredur hijo de Evrawc, perteneciente también al Mabinogion, de los que se pueden sacar las deducciones más verosímiles acerca de la naturaleza de los trabajos de Diomedes. Kilhwych, al enamorarse de Olwen, recibió órdenes de su padre de uncir un toro amarillo y un toro mosqueado, para despejar una colina de espinos y malezas, sembrarla con maíz y luego recoger el grano en un solo día (véase 127.1 y 152.3); y también conseguir un cuerno de la abundancia y una caldera irlandesa mágica. Peredur, al enamorarse de una doncella desconocida, tuvo que matar a un monstruo marino, llamado el Avanc, en un lago cercano al Túmulo de la Aflicción; Eea significa «aflicción». Con la condición de que le jurara fidelidad, ella le dio una piedra mágica que le permitió vencer al Avanc y conseguir «todo el oro que un hombre puede desear». La doncella resultó ser la Emperatriz de Cristinobyl, una hechicera que vivía con gran pompa «hacia la India»; y Peredur fue su amante durante catorce años. Puesto que el único otro héroe gales que venció a un Avanc fue Hu Gadarn el Poderoso, antepasado de los Cymry, quien unciendo dos toros al monstruo lo sacó del río Conwy (Welsh Triads iii.97), parece probable que también Jasón sacara a su monstruo del agua con la ayuda de su yunta que exhalaba fuego.

6. La caldera irlandesa que fue a buscar Kilhwych era, al parecer, la mencionada en el Cuento de Peredur: una caldera de regeneración, como la que utilizó posteriormente Medea; un gigante la había encontrado en el fondo de un lago irlandés. Pelias pudo haber exigido que Diomedes fuese a buscar otra análoga. El escenario de sus trabajos sería alguna región no geográfica situada «hacia el sol naciente». No se menciona cornucopia alguna en la leyenda de los argonautas, pero Medea, por un motivo que no queda claro, rejuvenece a la ninfa Macris y sus hermanas, anteriormente nodrizas de Dioniso, cuando se encuentra con ellas en Drepane, o Corcira. Como Dioniso tenía mucho en común con el Zeus infante, cuya nodriza, la cabra Amaltea, le proporcionó la cornucopia original (véase 7.b), Medea

puede haber ayudado a Diomedes a conseguir otra cornucopia de las ninfas prestándoles sus servicios. Los trabajos de Heracles (como los de Teseo y Orion) se comprenden mejor como tareas nupciales e incluían «la ruptura de los cuernos de ambos toros» (el cretense y el aqueloano; véase 134.6).

7. Este mito de los trabajos nupciales, una versión del cual parece haber sido corriente en Yolco, con Pelias como el malvado, y otra en Corinto, con Corinto como el malvado, llegó a vincularse, evidentemente, con la leyenda semihistórica de una expedición marítima minia enviada desde Yolco por los orcómenos. Orcómeno pertenecía a la antigua anfictionía, o liga, de Calauria (Estrabón: viii.6.14), presidida por el dios eolio Posidón, y que incluía seis estados costeros de Argos y Ática; era la única ciudad interior de las siete y estaba estratégicamente situada entre el Golfo de Corinto y el Golfo Tesalio. Sus pobladores, como los beocios de Hesíodo, pueden haber sido agricultores en el invierno y navegantes en el verano.

8. El supuesto propósito de la expedición era recuperar un vellón sagrado que había sido llevado al «país de Eetes» por el rey Frixo, nieto de Minia, cuando estaba a punto de ser sacrificado en el monte Lafistio (véase 70.d) y acompañar al ánima de Frixo de vuelta a Orcómeno. Su jefe tuvo que ser un minia —lo que no era Diomedes, hijo de Esón—, quizá Citisoro (Herodoto: víi.197), hijo de Frixo, a quien Apolonio de Rodas da un lugar prominente en la fábula (véase 151.f y 152.b), y que mereció el sobrenombre de Jasón («curador») en Orcómeno cuando terminó con la sequía y la peste causadas por la huida de Frixo. Sin embargo, Diomedes era minia por parte de su madre; y es probable que la descendencia fuese matrilineal tanto en Orcómeno como en la Yolco pelasga.

9. En esta leyenda minia, el país de Eetes no puede haber estado en el otro extremo del Mar Negro; todos los testimonios primitivos indican la cabecera del Adriático. Se cree que los argonautas navegaron por el río Po, cerca de cuya desembocadura, al otro lado del golfo, se halla la Isla de Circe o Eea, llamada ahora Lussin; y que fueron atrapados por los colquideos de Eetes en la desembocadura del Ister, no el Danubio, sino, como sugiere Diodoro Sículo, el pequeño río Istro, que dio su nombre a Istria. Medea mató entonces a su hermano Apsirto, que estaba enterrado en la vecina Apsirtides; y cuando ella y Jasón se refugiaron con Alcinoo, rey de Drepane (Corcira), a pocos días de navegación hacia el sur, los colquideos, defraudados en su venganza, temieron incurrir en la ira de Eetes

sí volvían con las manos vacías y en consecuencia edificaron la ciudad de Pola en la tierra firme de Istria. Además, el país de las sirenas, las Rocas Chocantes, Escila y Caribdis, se hallan todos cerca de Sicilia, y al pasar por allí el Argo fue sacudido por el viento nordeste, con gran violencia. «Cólquide» puede ser en realidad un error por «Colicaria» en el Po inferior, no lejos de Mantua, al parecer un apostadero en la Ruta del Ámbar, pues las hijas de Helio, que lloraron lágrimas de ámbar, aparecen en la fábula tan pronto como el Argo entra en el Po (véase 42.d). El ámbar estaba consagrado al sol, y Electra («ámbar»), la isla en la que se dice que tocó el Argo, difícilmente puede haber sido Samotracia, como creen los escoliastas, sino «la tierra de Eetes», un puesto comercial al término de la Ruta del Ámbar, quizá corintio, porque Eetes había llevado su culto del Sol desde Corinto, pero acaso pelasgo, porque según la Descripción de la Tierra de Dionisios (i. 18), una colonia pelasga, proveniente de Dodona, en un tiempo mantenía una flota poderosa en una de las desembocaduras del Po.

10. Al mito no geográfico de Diomedes, ahora combinado con la leyenda de un viaje minia a la tierra de Eetes, se agregó un tercer elemento: la tradición de una incursión de piratería anterior a lo largo de la costa meridional del Mar Negro, realizada a las órdenes de otro rey minia. La sexta ciudad de Troya, con su dominio del Helesponto, gozaba del monopolio del comercio en el Mar Negro, al que esta incursión se habrá propuesto desafiar (véase 137.1). Ahora bien, el supuesto objetivo de los minias en viaje por el Adriático era un vellocino, no de oro, sino, según Simónides (citado por escoliasta sobre Apolonio de Rodas: iv.77), de púrpura, al que el Primer Mitógrafo Vaticano describe como aquel «en el que Zeus solía ascender al cielo». Dicho de otro modo, era un vellón negro que se llevaba en un rito regio destinado a producir la lluvia, como el que se realiza todavía todos los primeros de mayo en la cumbre del monte Pelión, donde un anciano con una máscara de badana negra es muerto y resucitado por sus compañeros, vestidos con vellones blancos (Annals of tbe British School at Athens xvi.244-9, 1909-16). Según Dicearco (ii.8), este rito se realizaba en la época clásica bajo los auspicios de Zeus Acteo o Aereo («de la cumbre»). Originalmente el hombre con la máscara de badana negra sería el Rey, representante de Zeus, que era sacrificado al final de su reinado. El empleo de la misma ceremonia en el monte Pelión y en el monte Lafistio explicaría la combinación de las dos tradiciones de Yolco, a saber, el mito

de Diomedes y la leyenda de la incursión en el Mar Negro, con la tradición de un viaje mima para deshacer el daño causado por Frixo.

11. Sin embargo, la misión de los minias difícilmente pudo ser la de llevar de vuelta el vellón lafistio perdido, que se podía reemplazar fácilmente; es mucho más probable que fueran en busca de ámbar, para propiciar con él a la divinidad ofendida, la diosa de la Montaña. Debe recordarse que los minias tenían una «Pilos Arenosa» en la costa occidental del Peloponeso —tomada a los léleges por Neleo con la ayuda de pelasgos de Yolco (véase 94.c)—, y que, según Aristóteles (Mirabilia 82), los pilianos llevaban ámbar de la desembocadura del Po. En el lugar donde estaba Pilos (ahora la aldea de Kakovatos) se desenterraron recientemente enormes cantidades de ámbar.

12. En el viaje oriental este vellocino se hizo «de oro» porque había que incluir la hazaña de Diomedes al conquistar el tesoro del monstruo marino; y porque, como señala Estrabón, los argonautas que irrumpieron en el Mar Negro fueron en busca del oro aluvial del Fasis colquideo (ahora el Rion), recogido por los nativos en vellones extendidos en el lecho del río. No fue solamente la confusión de Cólquide con Colicaria, de Ea («tierra») con Eea («lamentación»), y del vellón negro pelonio con el lafistio lo que unión a esas tradiciones diferentes. El palacio de la aurora de Helio, el padre de Eetes, se halla en Cólquide (véase 42.í), el país más oriental que conocía Homero; y se decía que había Jasonica, es decir, templos de Heracles Curador, en el golfo oriental del Mar Negro, donde los eolios habían establecido factorías. Según algunos autores, Heracles encabezó la expedición al Mar Negro. Además, como Homero había mencionado a Jasón solamente como el padre de Euneo, quien proporcionó a los griegos el vino durante el sitio de Troya (véase 162.*i*), y como Lemnos se halla al este de Tesalia, se creía que el Argo también se había dirigido hacia el este. Las Rocas Errantes o Chocantes que Homero situó en aguas de Sicilia fueron trasladadas por lo tanto al Bosforo.

13. Cada ciudad necesitaba un representante argonauta para justificar sus derechos comerciales en el Mar Negro, y a los bardos errantes no les importaba introducir uno o dos nombres más en este ciclo mixto de baladas. Han sobrevivido, en consecuencia, varias listas de argonautas, todas irreconciliables, pero la mayoría basadas en la teoría de que utilizaron una nave de cincuenta remos, lo que no era, en verdad, imposible en la época

micénica; sólo Tzetzes da un centenar de nombres. Sin embargo, ni siquiera los escépticos más empedernidos parecen haber dudado de que la leyenda es en lo principal histórica, o de que el viaje se realizó antes de la guerra de Troya, en algún momento del siglo XIII a. de C.

14. La sandalia única de Jasón demuestra que era un combatiente. Los guerreros etolios eran famosos por su costumbre de hacer la guerra con sólo el pie izquierdo calzado (Macrobio: v. 18-21; Escoliasta sobre las Odas píticas de Píndaro iv.133), recurso que también adoptaron durante la guerra del Peloponeso los de Platea para maniobrar mejor en el barro (Tucídides: iii.22). La causa de que el pie del lado del escudo, y no el del lado del arma, estuviese calzado puede haber sido que se adelantaba en la lucha cuerpo a cuerpo y podía utilizarse para golpear al adversario en la ingle. Por esto el izquierdo era el pie hostil y nunca se ponía en el umbral de la casa de un amigo; la tradición sobrevive en la Europa moderna, donde los soldados marchan invariablemente a la guerra adelantando el pie izquierdo.

15. La disputa entre Hera y Pelias por no haberle hecho sacrificios indica la tensión que existía entre la dinastía aquea que rendía culto a Posidón en Yolco y sus súbditos eolo-magnesios que rendían culto a la diosa.

149. LAS LEMNIAS Y EL REY ClCICO

a. Heracles, después de apoderarse del Jabalí de Erimanto, apareció de pronto en Págasas y fue invitado por unanimidad a que actuara como capitán del Argo, pero accedió generosamente a servir a los órdenes de Jasón, quien, aunque era un principiante, había proyectado y proclamado la expedición. En consecuencia, cuando se botó la nave y se echaron suertes para ocupar los bancos, a razón de dos remeros por cada banco, fue Jasón quien sacrificó una yunta de bueyes a Apolo de los Embarques. Mientras el humo del sacrificio se elevaba propiciamente al firmamento, formando oscuras columnas arremolinadas, los argonautas se sentaron para celebrar su baquete de despedida, en el que Orfeo apaciguó con su lira ciertas disputas de borrachos. Se hicieron a la mar a la primera luz de la aurora, con rumbo a Lemnos[1].

b. Alrededor de un año antes de esto, los lemnios se habían peleado con sus esposas, quejándose de que olían mal, y tomaban como concubinas a muchachas tracias capturadas en sus incursiones. En venganza, las lemnias asesinaron a todos sin compasión, a viejos y jóvenes igualmente, con excepción del rey Toante, a quien salvó la vida en secreto su hija Hipsípila, poniéndolo a la deriva en una embarcación sin remos. Ahora bien, cuando el Argo apareció a la vista y las lemnias lo tomaron por una nave enemiga proveniente de Tracia, se pusieron las armaduras de sus maridos difuntos y corrieron audazmente a la costa para rechazar el ataque que les amenazaba. Pero el elocuente Equión desembarcó con el báculo en la mano como heraldo de Jasón y no tardó en tranquilizarlas; entonces Hipsípila convocó un consejo en el que propuso que se enviaran alimentos y vino a los

argonautas, pero no se les admitiera en su ciudad de Mirina, por temor a que se les acusara por la matanza. Polixo la anciana nodriza de Hipsípila, se levantó para alegar que sin hombres la raza lemnia no tardaría en extinguirse. «Lo más sensato —dijo— sería que os ofrecieseis amorosamente a esos aventureros bien nacidos y así no sólo pondríais nuestra isla bajo una fuerte protección, sino que además pariríais una raza nueva y fornida».

c. Este consejo desinteresado fue fuertemente aplaudido y los argonautas fueron bien acogidos en Mirina. Por supuesto, Hipsípila no le dijo a Jasón toda la verdad, sino que, balbuceando y ruborizándose, le explicó que después de haber sufrido muchos malos tratos por parte de sus maridos, sus compañeras se habían levantado en armas y les habían obligado a emigrar. Dijo que el trono vacante de Lemnos sería para Jasón si lo pedía. Aunque Jasón aceptó agradecido el ofrecimiento, declaró que antes de fijar su residencia en la fértil Lemnos debía terminar su búsqueda del Vellocino de Oro. Pero Hipsípila no tardó en convencer a los argonautas para que aplazasen su partida, pues cada aventurero estaba rodeado por numerosas mujeres jóvenes todas las cuales deseaban compartir el lecho con él[2]. Hipsípila reclamó para ella a Jasón y le agasajó regiamente; fue entonces cuando él engendró a Euneo y su mellizo Nebrófono, a quien algunos llaman Deifilo, o Toante el Joven. Euneo llegó a ser rey de Lemnos y proporcionó a los griegos vino durante la guerra de Troya.

d. Muchos hijos engendraron en esta ocasión también los otros argonautas, y si no hubiera sido por Heracles, que guardaba el Argo y que finalmente se dirigió resueltamente a Mirina, golpeando las puertas de las casas con su clava y pidiendo a sus compañeros que volvieran a cumplir su deber, es probable que el vellocino de oro no saliera nunca de Cólquide. Pronto los obligó a volver a la costa y esa misma noche se embarcaron para Samotracia, donde fueron debidamente iniciados en los misterios de Perséfone y sus servidores, los Cabiros, que salvaban a los navegantes del naufragio[3].

e. Más tarde, cuando las lemnias descubrieron que Hipsípila, violando su juramento, había salvado a Toante —fue arrojado a tierra en la isla de Sicinos y luego fue rey de los aurios— la vendieron como esclava al rey

Licurgo de Nemea. Pero algunos dicen que unos piratas tracios hicieron una incursión en Mirina y la capturaron. Cuando llegó a la edad viril, Euneo purificó a la isla culpable de homicidio, y los ritos que utilizó se siguen repitiendo en el festival anual de los Cabiros: durante nueve días permanece apagado el fuego en todos los fogones lemnios y se hacen ofrendas a los muertos, después de lo cual se lleva en un barco fuego nuevo, del altar de Apolo en Delos**[4]**.

f. Los argonautas siguieron navegando, dejando a Imbros a estribor, y como se sabía que el rey Laomedonte de Troya guardaba la entrada del Helesponto y no dejaba entrar ninguna nave griega, se deslizaron por el estrecho de noche, manteniéndose cerca de la costa tracia, y llegaron a salvo al Mar de Mármara. Cuando se acercaban al territorio de los doliones desembarcaron en el cabo de una península escarpada llamada Arctón, a la que corona el monte Díndimo. Allí los recibió el rey Cícico, hijo de Éneo y anterior aliado de Heracles, quien se acababa de casar con Clito, de la Percote frigia, y les invitó cordialmente a compartir su banquete de boda. Mientras se realizaban las festividades los guardianes del Argo fueron atacados con piedras y palos por ciertos gigantes de seis manos nacidos de la Tierra, desde el interior de la península, pero los rechazaron.

g. Después los argonautas dedicaron la piedra que les servía como ancla a Atenea, en cuyo templo se la exhibe hasta el presente, y, tomando a bordo otra más pesada, se alejaron remando tras una despedida cordial en dirección al Bósforo. Pero de pronto comenzó a soplar un viento del nordeste y no tardaron en avanzar tan despacio que Tifis decidió cambiar la dirección de la nave y volver a ponerse al socaire de la península. Fue desviada de su curso y los argonautas, que vararon su embarcación al azar en medio de la más intensa oscuridad, fueron atacados inmediatamente por guerreros bien armados. Sólo después de haberlos vencido en una feroz batalla y de matar a algunos y poner a los demás en fuga descubrió Jasón que había ido a parar a la costa oriental de Arctón y que el noble rey Cícico, que había tomado a los argonautas por piratas, yacía muerto a sus pies. Clito, enloquecido por la noticia, se ahorcó; y las ninfas del bosquecillo lloraron tan lastimosamente que sus lágrimas formaron la fuente que ahora lleva su nombre.

h. Los argonautas realizaron juegos fúnebres en honor de Cícico, pero el mal tiempo los detuvo durante muchos días más. Por fin un alción revoloteó sobre la cabeza de Jasón y se posó gorjeando en la proa del Argo; en vista de lo cual Mopso, que entendía el lenguaje de las aves, explicó que todo iría bien si aplacaban a la Diosa Rea. Ella había exigido la muerte de Cícico en represalia por la de su león sagrado, muerto por él en el monte Díndimo, y estaba ofendida con los argonautas por haber causado aquella carnicería entre sus hermanos los gigantes de seis brazos nacidos de la Tierra. En consecuencia erigieron una imagen a la diosa, tallada por Argo de una cepa antigua, y danzaron plenamente armados en la cima de la montaña. Rea agradeció su devoción e hizo que un manantial —llamado ahora el Manantial de Jasón— brotase de unas rocas cercanas. Se levantó un viento favorable y continuaron el viaje. Sin embargo, los doliones prolongaron su luto durante todo un mes, sin encender fuego y viviendo de alimentos sin cocinar, costumbre que se observa todavía durante los Juegos Cícicos anuales**[5]**.

1. Se hace que Jasón haga escala en Lemnos porque, según Homero, Euneo, que reinaba allí durante la guerra de Troya, era hijo suyo; y porque Eufemo, otro argonauta, engendró a Leucofano («apariencia blanca») con una lemnia (Tzetzes: Sobre Licofrón 886; Escoliasta sobre las Odas piticas de Píndaro ív.455), convirtiéndose así en el antepasado de una larga dinastía cirenea. La matanza de lemnios indica que los isleños conservaban la forma de sociedad ginecocrática, apoyada por sacerdotisas armadas, que se observaba entre ciertas tribus libias en la época de Herodoto (véase 8.1), y que los visitantes helenos sólo podían comprender esta anomalía como una revolución femenina. Mirina era el nombre de su diosa (véase 131.3). Quizá se decía que las lemnias olían mal porque trabajaban con glasto —utilizado por sus vecinas tracias para tatuarse—, planta de un olor tan nauseabundo y duradero que las familias de Norfol la que trabajan con glasto se han visto siempre obligadas a casarse entre ellas.

2. Samotracia era un centro de la religión heládica, y los iniciados en sus Misterios de la diosa Luna —el secreto de los cuales ha sido bien mantenido— tenían derecho a llevar un amuleto purpúreo (Apolonio de

Rodas: i.197; Diodoro Sículo: v.49), valorizado como una protección contra peligros de toda clase, pero especialmente los naufragios. Filipo de Macedonia y su esposa Olimpia se iniciaron en esos misterios (Aristófanes: La paz 277, con escoliastas); César Germánico no pudo tomar parte en los Misterios sólo a causa de un agüero y murió poco después (Tácito: Anales ii.54). Ciertas vasijas de bronce antiguas encontradas en Samotracia se dice que habían sido dedicadas por los argonautas.

3. Los hermanos de Rea, los gigantes de seis brazos nacidos de la Tierra de la Isla del Oso, quizás han sido deducidos de ilustraciones que representaban a hombres velludos vestidos con pieles de oso y las garras extendidas. El relato de la muerte de Cícico es lo bastante minucioso para que indique una tradición germina de la incursión en el Mar Negro, aunque tan poco relacionada con la extinción anual de los fuegos en Cícico como la supuesta matanza de los lemnios con una ceremonia análoga en Mirina, durante el festival de los Cabiros, que duraba nueve días. Al término del año, cuando el rey sagrado era sacrificado, se apagaban habitualmente los fuegos en muchos reinos y se renovaban más tarde como uno de los ritos de la instalación del nuevo rey.

4. La muerte del león de Rea se refiere probablemente a la supresión de su culto en Cícico en favor del Olimpianismo.

5. Los alciones eran mensajeros de la diosa del Mar, Alcíone («la reina que evita [las tormentas]»; véase 45.1-2).

150. HILAS, AMICO Y FINEO

a. Desafiados por Heracles, los argonautas emprendieron una competencia para ver quién podía remar durante más tiempo seguido. Tras muchas horas de esfuerzo, aliviadas únicamente por la lira de Orfeo, sólo quedaron Jasón, los Dióscuros y Heracles, pues sus compañeros se habían declarado sucesivamente vencidos. La fuerza de Castor comenzó a disminuir y Pólux, viendo que éste era el único modo de hacerle desistir, abandonó su remo. Jasón y Heracles, no obstante, siguieron haciendo avanzar al Argo, sentados en los lados opuestos de la nave, hasta que poco después, cuando llegaron a la desembocadura del río Cío en Misia, Jasón se desmayó. Casi inmediatamente se partió el remo de Heracles. Miró a su alrededor con ira y disgusto y sus cansados compañeros volvieron a empuñar los remos y vararon el Argo a la orilla del río.

b. Mientras preparaban la comida de la noche Heracles fue en busca de un árbol que pudiera servirle para hacerse un remo nuevo. Desarraigó un abeto enorme, pero cuando lo arrastró de vuelta para desbastarlo junto a la hoguera del campamento se encontró con que su escudero Hilas había salido, una o dos horas antes, en busca de agua al cercano estanque de Pegae y que todavía no había vuelto. Polifemo había salido también a buscarlo. Hilas había sido el favorito del Heracles desde la muerte de su padre, Tiodamante, rey de los dríopes, a quien Heracles había matado por haberse negado a darle un buey arador. Gritando: «¡Hilas! ¡Hilas!», Heracles se introdujo frenéticamente en el bosque y no tardó en encontrar a Polifemo, quien le informó: «¡Ay!, oí a Hilas que gritaba pidiendo ayuda y corrí hacia donde había oído su voz. Pero cuando llegué al estanque no vi

señales de lucha ni con fieras ni con enemigos de otra clase. Sólo estaba su jarro abandonado junto al estanque». Heracles y Polifemo siguieron buscando durante toda la noche y obligaron a todos los misios con los que se encontraban a que se les unieran, pero en vano. La realidad era que Dríope y las ninfas de Pegae hermanas suyas se habían enamorado de Hilas y le habían seducido y convencido para que fuera a vivir con ellas en una gruta situada bajo el agua.

c. Al amanecer comenzó a soplar un viento favorable y, como no aparecían Heracles ni Polifemo, aunque todos gritaban sus nombres, que repetía el eco en las laderas de las montañas, Jasón ordenó que se reanudara el viaje. Esta decisión provocó fuertes protestas y cuando el Argo se alejaba de la costa varios de los argonautas le acusaron de que abandonaba a Heracles para vengarse de su derrota en la competencia de los remos. Inclusive trataron de hacer que Tifis diera la vuelta a la nave, pero Calais y Zetes se interpusieron, y éste es el motivo por el que Heracles los mató luego en la isla de Tenos, donde puso una gran piedra tambaleante sobre su tumba.

d. Después de amenazar con devastar el país de Misia si sus habitantes no continuaban buscando a Hilas, muerto o vivo, y de realizar una afortunada irrupción en Troya, Heracles reanudó sus trabajos, pero Polifemo se estableció cerca de Pegae y construyó la ciudad de Crío, donde reinó hasta que los cálibes lo mataron en una batalla[1]. En honor de Heracles, los misios siguen sacrificando una vez al año a Hilas en Prusa, cerca de Pagae; su sacerdote pronuncia tres veces su nombre en voz alta y los devotos simulan que le buscan por el bosque[2].

e. Hilas, en verdad, sufrió el mismo destino que Bormo, o Borimo, hijo de Upio, un joven mariandino de una belleza extraordinaria que en una ocasión, en la época de la cosecha, fue a un pozo en busca de agua para los segadores. También a él lo introdujeron en el pozo las ninfas y no fue visto nunca más. Los campesinos de Bitinia celebran su memoria todos los años en la época de la cosecha con canciones quejumbrosas y acompañamiento de flautas[3].

f. En consecuencia, algunos se burlan de la fábula de Hilas alegando que era realmente Bormo y que Heracles fue abandonado en la Afete magnesia,

cerca de Págasas, cuando desembarcó en busca de agua, poco después de haberse iniciado el viaje; el mástil oracular del Argo había anunciado que él sería demasiado pesado para que lo transportase. Otros, al contrario, dicen que no sólo llegó a Cólquide, sino que estuvo todo el tiempo al mando de la expedición**[4]**.

g. Luego el Argo hizo escala en la isla de Bébricos, y también en el Mar de Mármara, donde gobernaba el arrogante rey Amico, hijo de Posidón. Este Amico se consideraba un pugilista y solía desafiar a los extranjeros a una lucha que invariablemente terminaba con la muerte de éstos. Pero si se negaban, los arrojaba sin ceremonia desde lo alto de un risco al mar. En esta ocasión fue a ver a los argonautas y les negó alimentos y agua a menos que uno de sus paladines luchase con él. Pólux, que había vencido en la prueba de pugilato en los Juegos Olímpicos, se adelantó de buena gana y se puso los guantes de cuero sin curtir que le ofreció Amico.

h. Amico y Pólux se enfrentaron con violencia en un pequeño valle florido, no lejos de la playa. Los guantes de Amico estaban tachonados con escarpias de bronce y los músculos de sus brazos velludos sobresalían como cantos rodados cubiertos con algas marinas. Era con mucho el más pesado de los dos y varios años más joven que su contrincante; pero Pólux, luchando cautelosamente al principio y eludiendo sus acometidas parecidas a las de un toro, no tardó en descubrir los puntos débiles de su defensa y antes que pasara mucho tiempo le hizo escupir sangre por la boca hinchada. Tras un combate prolongado, en el que ninguno de los dos mostró la menor señal de flaquear, Pólux irrumpió a través de la guardia de Amico, le aplastó la nariz con un golpe directo de la mano izquierda y le castigó sin misericordia en ambos lados de ella, utilizando para ello ganchos y golpes potentes. Impulsado por el dolor y la desesperación, Amico asió el puño izquierdo de Pólux y tiró de él con su mano izquierda mientras descargaba sobre él un tremendo derechazo; pero Pólux se arrojó en la dirección del tirón. El golpe dio en el vacío y él replicó con un fuerte golpe de la mano derecha en la oreja de Amico, seguido por un irresistible golpe de abajo arriba que le rompió los huesos de la sien y lo mató instantáneamente.

i. Cuando vieron que su rey yacía muerto, los bébrices acudieron a las armas, pero los compañeros de Pólux los vencieron fácilmente y saquearon

el palacio real. Para aplacar a Posidón, el padre de Amico, Jasón le ofreció un holocausto de veinte toros rojos que fueron encontrados entre el botín[5].

j. Los argonautas se hicieron otra vez a la mar al siguiente día y llegaron a Salmidesos en la Tracia oriental, donde reinaba Fineo, el hijo de Agenor. Los dioses le habían cegado por profetizar el futuro con demasiada exactitud, y también le molestaban un par de harpías, criaturas femeninas repugnantes y aladas que en cada comida entraban volando en el palacio y arrebataban los comestibles de su mesa, ensuciando los que dejaban, de modo que hedían y eran incomibles. Una harpía se llamaba Aelo y la otra Ocípete[6]. Cuando Jasón pidió a Fineo que le aconsejase cómo se podía conseguir el vellocino de oro, Fineo le contestó: «¡Primeramente líbrame de las harpías!» Los sirvientes de Fineo sirvieron a los argonautas un banquete, sobre el cual descendieron inmediatamente las harpías y realizaron sus tretas habituales. Pero Calais y Zetes, los alados hijos de Bóreas, se levantaron espada en mano y las persiguieron por el aire hasta el otro lado del mar. Algunos dicen que alcanzaron a las harpías en las islas Estrófades, pero les perdonaron la vida cuando se volvieron e imploraron misericordia; pues Iris, la mensajera de Hera, intervino y prometió que volverían a su cueva en la Dicte cretense y que nunca molestarían a Fineo. Otros dicen que Ocípete llegó a un arreglo en esas islas, pero que Aelo siguió volando y se ahogó en el río Tigris del Peloponeso, llamado ahora Harpis por ella.

k. Fineo instruyó a Jasón sobre la manera de navegar por el Bosforo y le hizo un relato detallado del tiempo, la hospitalidad y la suerte que podía esperar en su viaje a Cólquide, país que colonizaron por primera vez los egipcios y se halla en el extremo más oriental del Mar Negro, a la sombra de las montañas del Cáucaso. Y añadió: «Y una vez que hayas llegado a Cólquide ¡confía en Afrodita!»[7]

l. Ahora bien, Fineo se había casado la primera vez con Cleopatra, hermana de Calais y Zetes, y luego, cuando ella murió, con Idea, una princesa escita Idea estaba celosa de los dos hijos de Cleopatra y sobornó a falsos testigos para que les acusaran de toda clase de maldades. Sin embargo, Calais y Zetes descubrieron la conspiración, liberaron a sus sobrinos de la prisión, donde los azotaban a diario guardianes escitas, y

Fineo no sólo volvió a sentir afecto por ellos, sino que además envió a Idea de vuelta a la casa de su padre[8].

m. Y algunos dicen que a Fineo le cegaron los dioses después de la visita de los argonautas porque les habían dado un consejo profético[9].

1. En la leyenda del viaje de los yolcos al este del Mar Negro —aunque no en el viaje occidental de los minias a Istria— Heracles puede haber estado al frente de la expedición. La fábula de la desaparición de Hilas fue inventada para explicar los ritos misinos, que todavía se practicaban en Prusa, cerca de Pegae, en la época romana, de lamentación por Adonis de los Bosques. El destino de Hilas en poder de Dríope y sus ninfas sería el de Leucipo (váase 21.6), Acteón (véase 22.i), Orfeo (véase 28.d) o de cualquier otro rey sagrado del culto del roble: a saber, ser desmembrado y devorado por mujeres furiosas que luego se purificaban en un manantial y anunciaban que había desaparecido inexplicablemente. «Dríope» significa «picamaderos o pájaro carpintero» (literalmente: «cara de roble o encina»), pájaro cuyo picoteo en los troncos sugería la búsqueda de Hilas, dríope de nacimiento, y que, por lo visto, pronosticaba el tiempo húmedo (véase 56.1); el propósito principal de este sacrificio era provocar las lluvias de otoño. Heracles, como el nuevo rey, simularía intervenir en la búsqueda de su predecesor. Bormo, o Borimo, es probablemente una variante de Brimo, el hijo de Brimo (véase 24.5).

2. La fábula de Ámico puede derivarse de una ilustración que mostraba los juegos fúnebres celebrados después de haber sido arrojado el rey viejo desde un risco (véase 96.3 y 6). El pugilato, deporte cretense, mencionado en la Ilíada y la Odisea, parece haber sido bastante limpio hasta que la rivalidad cívica de los Juegos Olímpicos introdujo el profesionalismo. Los pugilistas del anfitetro romano utilizan guantes con escarpias y manoplas, y no las correas de cuero sin curtir tradicionales. Teócrito, en su relato experto de la lucha entre Pólux y Ámico, lamenta los tiempos gloriosos de la liza. Las harpías eran originalmente personificaciones de la diosa de la Muerte cretense como un torbellino (Homero: Odisea i.241 y xx.66 y 77), pero en este contexto parecen haber sido aves sagradas, milanos o halietos, a los que los tracios aumentaban regularmente. Diodoro Sículo, cuando describe

la visita de los argonautas a la corte de Fineo, evita cuidadosamente toda mención de las harpías —quizá por temor a incurrir en su ira—, pero se las ingenia para insinuar que la segunda esposa del ciego Fineo, que era escita, le engañaba simulando que las harpías le robaban los alimentos y ensuciaban lo que dejaban, lo que hacían sus sirvientes por orden de ella. Fineo se moría lentamente de hambre cuando Calais y Zetes —los hermanos de su primera esposa— descubrieron la culpabilidad de Idea y sacaron a sus sobrinos de la prisión en la que los había encerrado Fineo por consejo de Idea.

3. Las islas Estrófades («giratorias») se llamaban así porque las naves podían esperar que el viento girase al acercarse a ellas.

4. Las piedras oscilantes, enormes cantos rodados tan cuidadosamente equilibrados que se inclinaban de un lado a otro al menor impulso, son monumentos fúnebres erigidos, al parecer, por emigrantes libios constructores de avenidas hacia el final del tercer milenio. Unas pocas todavía funcionan en Cornualles y Devon, y otras han sido sacadas de su lugar por los esfuerzos concertados de soldados ociosos o turistas. La dedicación de una piedra oscilante tenían a Calais y Zetes, los hijos alados de Bóreas, sugiere que se invocaba a los espíritus de los héroes para que hicieran oscilar la piedra en forma de vientos y aplastar así a la víctima viva que se hallaba debajo.

151. DESDE LAS SIMPLÉGADAS HASTA CÓLQUIDE

a. Fineo había advertido a los argonautas que encontrarían unas rocas aterradoras, llamadas Simplégadas, o Planctai, o Cianeas, las cuales, envueltas perpetuamente en la niebla marítima, defendían la entrada del Bosforo. Cuando un navío trataba de pasar entre ellas se unían y lo aplastaban; pero, por consejo de Fineo, Eufemo soltó una paloma o, según dicen algunos, una garza, para que volase delante del Argo. Tan pronto como las rocas le recortaron las plumas de la cola y retrocedía, los argonautas pasaron remando a toda velocidad, ayudados por Atenea y la lira de Orfeo, y así sólo perdieron el ornamento de la popa. A partir de entonces, y de acuerdo con una profecía, las rocas quedaron fijas, una a cada lado del estrecho, y aunque la fuerza de la corriente hacía la nave casi inmanejable, los argonautas tiraron de sus remos hasta que quedaron doblados como arcos y llegaron al Mar Negro sin sufrir un desastre[1].

b. Siguiendo a lo largo de la costa meridional llegaron poco después al islote de Tinias, donde Apolo se dignó aparecer ante ellos entre una llamarada de gloria divina. Orfeo erigió inmediatamente un altar y le sacrificó una cabra montes como Apolo de la Aurora. A instancias suyas los argonautas juraron que no se separarían en tiempo de peligro, juramento que conmemora el Templo de Harmonía erigido luego en esa isla.

c. Luego navegaron a la ciudad de Mariandina —famosa por la sima cercana por la que Heracles sacó al perro Cerbero del mundo subterráneo— y los recibió cordialmente el rey Lico. La noticia de que su enemigo, el rey Ámico, había muerto la tenía ya Lico por fugitivos y en agradecimiento

ofreció a los argonautas su hijo Dáscilo para que los guiase en su viaje a lo largo de la costa. Al día siguiente, cuando estaban a punto de embarcarse, el adivino Idmón fue atacado por un jabalí feroz que acechaba en los juncales del río Lico y le hirió profundamente en el muslo con sus grandes colmillos. Idas corrió en ayuda de Idmón, y cuando el jabalí le embistió, lo clavó en su espada. Sin embargo, Idmón murió desangrado a pesar de todos los cuidados y los argonautas le lloraron durante tres días. Luego Tifis se enfermó y murió, y sus compañeros, abrumados por el pesar, lavantaron un túmulo sobre sus cenizas junto al que habían erigido para Idmón. Primeramente el gran Anceo y luego Ergino, Nauplio y Eufemo, se ofrecieron a ocupar el puesto de Tifis como timonel, pero fue elegido Anceo, y les sirvió bien[2].

d. Desde Mariandina siguieron hacia el este a vela durante muchos días, hasta que llegaron a Sinope en Paflagonia, una ciudad que llevaba el nombre de la hija del río Asopo, a la que Zeus, enamorado de ella, había prometido el don que desease. Sinope, astutamente, eligió la virginidad, fijó allí su residencia y pasó el resto de su vida en una soledad feliz. En Sinope, Jasón encontró reclutas para ocupar tres de los asientos vacantes en los bancos del Argo, a saber los hermanos Deileonte, Autólico y Flogio, de Trica, que habían acompañado a Heracles en su expedición a las Amazonas, pero, habiéndose separado de él por accidente, quedaron abandonados en aquella región.

e. Luego el Argo navegó hasta más allá del país de las amazonas, y del de los cálibes forjadores de hierro, que no cultivan la tierra ni guardan rebaños, sino que viven completamente de lo que les producen sus fraguas; y del país de los tibarenos, donde es costumbre que los maridos giman, como si estuvieran de parto, mientras sus esposas dan a luz; y del país de los mosinos, que viven en castillos de madera, se acoplan promiscuamente y llevan lanzas muy largas y escudos blancos en forma de hojas de hiedra[3].

f. Cerca del islote de Ares grandes bandadas de pájaros volaron sobre el Argo, arrojando plumas de bronce, una de las cuales hirió a Oileo en el hombro. Al ver eso los argonautas, recordando las instrucciones de Fineo, se pusieron sus yelmos y gritaron con todas sus fuerzas; la mitad de ellos remaban mientras los otros los protegían con los escudos, contra los que

golpeaban las espadas. Fineo les había aconsejado también que desembarcaran en el islote, lo que hicieron, ahuyentando a millares de aves hasta que no quedó una sola. Esa noche elogiaron su sabiduría cuando se levantó una gran tormenta y cuatro eolios asidos a una viga de madera fueron arrojados a tierra en las cercanías de su campamento. Resultó que eran Citisoro, Argo, Frontis y Melanión, hijos de Frixo y Calcíope, hija ésta del rey Eetes de Cólquide, y por lo tanto estrechamente emparentados con muchos de los presentes. Habían naufragado en un viaje a Grecia, donde se proponían reclamar el reino de Orcómeno de su abuelo Atamante. Jasón los recibió cordialmente y todos juntos ofrecieron sacrificios sobrios en una piedra negra del templo de Ares, donde su fundadora, la amazona Antíope, sacrificaba caballos en otro tiempo. Cuando Jasón explicó que su misión consistía en llevar de vuelta a Grecia el ánima de Frixo y también recuperar el vellón del carnero de oro en el que había montado, Citisoro y sus hermanos se encontraron en un aprieto: aunque debían devoción a la memoria de su padre, temían ofender a su abuelo reclamando el vellón. Pero ¿qué podían hacer sino ayudar a aquellos primos que les habían salvado la vida[4]?

g. El Argo pasó luego por la costa de Fílira, donde Crono había yacido en otro tiempo con Fílira, la hija de Océano, y le había sorprendido Rea in fraganti, por lo que se transformó inmediatamente en un semental y se alejó al galope, dejando que Fílira criara a su hijo, medio hombre y medio caballo, el cual era Quirón, el centauro ilustrado. Como le repugnaba el monstruo al que tenía que amamantar, Fílira rogó que los dioses le transformasen y se metamorfoseó en un tilo. Pero algunos dicen que eso sucedió en Tesalia, o en Tracia, y no en la isla de Fílira[5].

h. Pronto se alzó sobre los argonautas la cordillera del Caucase y entraron en la desembocadura del ancho río Fasis, que riega Cólquide. Después de hacer una libación de vino mezclado con miel en honor de los dioses del país, Jasón ocultó el Argo en un remanso encubierto, donde convocó un consejo de guerra[6].

1. Las Rocas Chocantes, Errantes o Azules, envueltas en niebla marina, parecen haber sido témpanos provenientes de los ríos rusos a la deriva en el Mar Negro; los informes acerca de ellos se combinaban con descripciones desalentadoras del Bosforo, cuya corriente, aumentada por el deshielo de los grandes ríos rusos, con frecuencia alcanza una velocidad de cinco nudos. Otras Islas Errantes en el mar Báltico parecen haber conocido los mercaderes de ámbar (véase 170.4).

2. Los cenotafios erigidos posteriormente por colonos griegos en honor de los héroes Idmón y Tifis pueden explicar la fábula de su muerte durante el viaje. Se dice que Idmón fue muerto por un jabalí, como el Zeus cretense, Anceo y Adonis, todos reyes sagrados primitivos (véase 18.7). El nombre Idmón («sabio») indica que el suyo era un templo oracular y, ciertamente, Apolonio de Rodas dice que era adivino.

3. Mariandina se llama así por Ma-ri-enna (palabra sumeria que significa «madre muy fecunda del cielo»), alias Mirina, Ai-mari o Marianna, diosa muy conocida del Mediterráneo Oriental, Chalybí es una palabra griega que significa «hierro» y «calibes» parece haber sido otro nombre de los tibarenios, los primeros forjadores de hierro de la antigüedad. En el Génesis x.2 se llama a su país Tubal (Tubal - Tibor) y Tubalcaín representa a los tibarenios que habían ido de Armenia a Canaán con las hordas de los hicsos. Formas modificadas de la couvade que practicaban los tibarenios sobreviven en muchas partes de Europa. Las costumbres de los mosinos descritas por Jenofonte —cuya Anábasis había estudiado Apolonio de Rodas— son notablemente semejantes a las de los pictos escoceses y los sidhes irlandeses, tribus que fueron a Britania al comienzo de la Edad de Bronce desde la región del Mar Negro.

4. El encuentro de Jasón con las aves del islote de Ares, ahora Puga, cerca del río LA essab, indica que el Argo llegó allá a comienzos de mayo; navegaría por el Bosforo antes que la corriente se hiciera demasiado fuerte para hacerle frente, y llegaría a Puga en el momento de la gran migración primaveral dé las aves desde la península de Sinaí. Parece que algunas aves cansadas que habían volado a través de las montañas del Asia Menor en su camino al Volga encontraron su asilo habitual en el islote de Puga demasiado poblado y se posaron en el Argo, asustando casi hasta enloquecerlos a sus tripulantes supersticiosos. Según Birds of Egypt de Nicoll, esas aves migradoras incluyen a «cernícalos, alondras, aves de

rapiña, ánades y zancudas», pero como el islote estaba dedicado a Ares, los mitógrafos les atribuyen plumas de bronce e intenciones hostiles. La expulsión de Heracles de las aves estinfálidas a una isla del Mar Negro oriental es probable que haya sido deducida de la aventura de los argonautas, más bien que lo contrario, como se supone habitualmente.

5. La fama de Quirón como médico, docto y profeta le mereció el título de Hijo de Fílira («tilo»); también se le llama descendiente de Ixión (véase 63.d). Las flores del tilo eran muy utilizadas en la época clásica como un restaurativo, y siguen siéndolo; además, el líber, o corteza interior, del tilo, proporcionaba tablillas para escribir fáciles de manejar, y dividido en tiras se utilizaba en la adivinación (Herodoto: iv.67; Eliano: Varia Historia xiv.12). Pero la isla de Fílira se llamó así sin duda por un grupo de tilos que había allí más bien que por cualesquiera vínculos históricos con Tesalia o Tracia. Ninguna de esas islas de la costa tiene más de cien metros de longitud.

6. Cólquide se llama ahora Georgia y el río Fasis es el Rion.

152. LA TOMA DEL VELLOCINO

a. Hera y Atenea discutían ansiosamente en el Olimpo cómo podía su favorito Jasón conseguir el vellocino de oro. Por fin decidieron apelar a Afrodita, quien se encargó de que su travieso hijito Eros despertara en Medea, la hija del rey Eetes, una súbita pasión por él. Afrodita encontró a Eros jugando a los dados con Ganimedes, pero haciendo trampa en cada jugada, y le pidió que clavara una de sus flechas en el corazón de Medea. Como pago le ofreció una pelota de oro esmaltada con anillos azules, con la que jugaba en otro tiempo el infante Zeus; cuando se la lanzaba al aire dejaba una estela como una estrella fugaz. Eros aceptó ansiosamente el regalo y Afrodita prometió a las otras diosas que mantendría viva la pasión de Medea por medio de un talismán nuevo: un torcecuello vivo extendido sobre una rueda de fuego.

b. Entretanto, en el consejo de guerra reunido en el remanso Jasón propuso que fueran con los hijos de Frixo a la cercana ciudad de Ea en Cólquide, donde gobernaba Eetes, y le pidieran como un favor el vellocino; sólo si se lo negaba apelarían al engaño o la fuerza. Todos aprobaron su sugerencia, y Augías, el hermanastro de Eetes, se unió al grupo. Se acercaron a Ea por el cementerio ribereño de Circe, donde cadáveres masculinos envueltos en cueros de buey sin curtir estaban expuestos en las copas de los sauces para que los devoraran las aves, pues los colquídeos sólo entierran los cadáveres femeninos. Ea brillaba espléndidamente sobre ellos desde una colina consagrada a Helio, el padre de Eetes, quien tenía allí el establo para sus caballos blancos. Hefesto había construido el palacio real

en agradecimiento por haberle salvado Helio cuando le dominaban los gigantes durante su ataque al Olimpo.

c. La primera esposa de Eetes, la ninfa caucasiana Asterodia, madre de Colciope, la viuda de Frixo, y de Medea, la sacerdotisa hechicera de Hécate, había muerto algunos años antes; y su segunda esposa, Idía, le había dado un hijo, Apsirto.

d. Cuando Jasón y sus compañeros se acercaron al palacio se encontraron primeramente con Calcíope, que se sorprendió al ver que Citisoro y sus otros tres hijos volvían tan pronto, y, cuando oyó su relato, agradeció a Jasón por haberles salvado la vida. Luego se presentó Eetes, acompañado por Idía y mostrando gran desagrado, pues Laomedonte se había comprometido a impedir a todos los griegos la entrada en el Mar Negro, y pidió a Argo, su nieto favorito, que explicara la intrusión, Argo contestó que Jasón, a quien él y sus hermanos debían la vida, había venido en busca del vellocino de oro de acuerdo con un oráculo. Viendo que el rostro de Eetes hacía un gesto de furia se apresuró a añadir: «A cambio de ese favor estos nobles griegos someterán de buena gana a los saurómatas al gobierno de Vuestra Majestad». Eetes rió despectivamente y ordenó a Jasón —y a Augías, a quien no se dignó reconocer como su hermano— que volvieran al lugar de donde venían antes que les cortasen las lenguas y los decapitaran.

e. En ese momento salió del Palacio la princesa Medea, y cuando Jasón respondió amable y cortésmente, Eetes, algo avergonzado de sí mismo, prometió entregar el vellocino, pero con condiciones al parecer imposibles. Jasón debía uncir a dos toros que exhalaban fuego y tenían las pezuñas de bronce, creaciones de Hefesto; arar con ellos el Campo de Ares en una gran extensión y luego sembrarlo con los clientes de serpiente que le había dado Atenea, los que sobraron de la siembra de Cadmo en Tebas. Jasón se preguntaba estupefacto cómo podía realizar esas hazañas extraordinarias, pero Eros disparó una de sus flechas contra Medea y se la introdujo en el corazón hasta las plumas.

f. Cuando Calcíope fue al dormitorio de Medea esa noche para pedirle ayuda en nombre de Citisoro y sus hermanos, la encontró perdidamente enamorada de Jason. Cuando Calcíope se ofreció como mediadora, Medea

se comprometió de buena gana a ayudar a Jasón a uncir los toros que exhalaban fuego y a conseguir el vellocino. Puso como única condición que ella volviera en el Argo como su esposa.

g. Llamaron a Jasón, quien juró por todos los dioses del Olimpo que sería eternamente fiel a Medea. Ella le entregó un pomo que contenía una loción hecha con el zumo de color de sangre de azafranes de doble tallo caucasianos, que le protegería contra el aliento ígneo de los toros; esta flor poderosa nació por primera vez de la sangre del atormentado Prometeo. Jasón aceptó agradecido el pomo y, tras una libación de miel, lo destapó y bañó su cuerpo, la lanza y el escudo con su contenido. Así pudo someter a los toros y uncirlos a un arado con un yugo adamantino. Aró durante todo el día y al anochecer sembró los dientes, de los que surgieron inmediatamente hombres armados. Hizo que esos hombres lucharan unos contra otros, como había hecho Cadmo en una ocasión análoga, arrojando un tejo de piedra entre ellos, y luego dio muerte a los heridos sobrevivientes.

h. Pero el rey Eetes no tenía la intención de desprenderse del vellocino y se negó desvergonzadamente a cumplir lo convenido. Amenazó con incendiar el Argo, que estaba amarrado frente a Ea, y matar a sus tripulantes; pero Medea, en la que confiaba imprudentemente, condujo a Jasón y un grupo de argonautas al recinto de Ares, a unos nueve la ilómetros de distancia. Allí estaba el vellocino, guardado por un dragón repugnante e inmortal, de un millar de enrollamientos, más grande que el Argo mismo y nacido de la sangre del monstruo Tifón destruido por Zeus. Medea apaciguó al dragón silbante con encantamientos y luego, utilizando ramitas de enebro recién cortadas, le roció los párpados con gotas soporíferas. Jasón desató con cautela el vellocino del roble y todos juntos corrieron a la playa donde estaba el Argo.

i. Los sacerdotes de Ares habían dado ya la alarma y en un reñido combate los colquideos hirieron a Ifito, Meleagro, Argo, Atalanta y Jasón. Pero todos ellos consiguieron embarcarse en el Argo que los esperaba y en el que se apresuraron a alejarse de la costa, perseguidos por las galeras de Eetes. Sólo ífito murió a consecuencia de sus heridas; Medea no tardó en curar a los otros con vulnerarios inventados por ella[1].

j. Ahora bien, los saurómatas, a cuya conquista se había comprometido Jasón, eran descendientes de tres cargamentos de amazonas capturadas por Heracles durante su noveno trabajo; rompieron sus cadenas y mataron a los marineros que les habían puesto como guardianes, pero como no sabían nada de navegación, fueron a la deriva al Bosforo Cimerio, donde desembarcaron en Cremni, en el país de los escitas libres. Allí se apoderaron de una manada de caballos salvajes, montaron en ellos y se dedicaron a saquear el país. Poco después los escitas descubrieron por algunos cadáveres que cayeron en su poder que los invasores eran mujeres y enviaron un grupo de muchachos para que ofrecieran a las amazonas amor en vez de guerra. La cosa no fue difícil, pero las amazonas consintieron en casarse con ellos sólo si se trasladaban a la orilla oriental del río Tanáis, donde sus descendientes, los saurómatas, todavía viven y conservan ciertas costumbres amazónicas, como la de que cada muchacha tiene que haber matado a un hombre en batalla antes de que pueda encontrar marido**[2]**.

1. Esta parte de la leyenda incluye el mito primitivo acerca de los trabajos que impuso a Diomedes el rey con cuya hija deseaba casarse.

2. El talismán amoroso de Afrodita, cuidadosamente descrito por Teócrito (Idilios ii.17), era utilizado en toda Grecia, incluyendo al círculo de Sócrates (Jenofonte: Memorabilia iii.11.17). Debido a que el torcecuello construye en los sauces, silba como una serpiente y pone huevos blancos, ha estado siempre consagrado a la luna: lo («luna») lo envió como su mensajero al enamorado Zeus (véase 56.a). Uno de sus nombres populares en Europa es «compañero del cuclillo», y el cuclillo aparece en la fábula de cómo Zeus cortejó a la diosa Luna Hera (véase 12.a). Encender fuego mediante la fricción constituía una magia simpática para causar el amor, y la palabra inglesa pun la significa tanto yesca como ramera. Eros con antorcha y flechas es post-homérico, pero en la época de Apolonio de Rodas sus travesuras y la desesperación de Afrodita se habían convertido ya en una broma literaria (véase 18.a) que Apuleyo exageró aún más en Cupido y Psique.

3. La costumbre colquídea de envolver los cadáveres en cueros y exponerlos en las copas de los sauces recuerda la costumbre parsi de dejarlos en plataformas para que los devoren los buitres, con objeto de no profanar el sagrado principio del fuego, el don santo del Sol, mediante la cremación. Apolonio de Rodas lo menciona, al parecer, para destacar el interés de Pelias por el ánima de Frixo; como era griego, no podía considerarlo un rito fúnebre adecuado. Los toros que exhalan fuego de Eetes recuerdan también los de bronce en que los prisioneros eran asados vivos por Falaris de Agrigento —una colonia rodia—, probablemente en honor de su dios Helio, cuyo símbolo era un toro de bronce (Píndaro: Odas píticas i. 185, con escoliasta); pero los hombres sembrados con los que luchó Jasón eran inapropiados para la fábula. Aunque era razonable para Cadmo, extranjero cananeo, luchar con los pelasgos autóctonos cuando invadió Beocia (véase 58.g), Jasón, como candidato nativo al reino, debió realizar más bien los trabajos de Kilhwych de arar, sembrar y recoger una cosecha en un día (véase 148.j), acto ritual cuya pantomima se hacía fácilmente en el solsticio estival, y luego luchar con un toro y librar la batalla ficticia acostumbrada contra hombres disfrazados de animales. Su conquista del vellocino de oro tiene su igual en la de las manzanas de oro que obtuvo Heracles, guardadas por otro dragón que no dormía (véase 133.d). Por lo menos cuatro de los trabajos de Heracles parecen haberle sido impuestos como candidato a la dignidad de rey (véase 123.1, 124.2, 127.1 y 129.1).

4. Jasón y Heracles son, en realidad, el mismo personaje en lo que concierne al mito de las tareas matrimoniales; y los trabajos primero y séptimo sobreviven rudimentariamente aquí en la muerte del jabalí mariandino y el león cícico, los cuales deberían haberse atribuido a Jasón. «Jasón» era, por supuesto, un título de Heracles.

5. El azafrán colquídeo de Medea es el cólquico venenoso utilizado por los antiguos como el específico más digno de confianza contra la gota, como sigue siendo. Su reputación de ser peligroso contribuyó a la de Medea.

6. Los saurómatas eran los arqueros jinetes escitas de las estepas (véase 132.6); no es extraño que Eetes riese ante la idea de que Jasón y su infantería pesadamente armada pudieran vencerlos.

153. EL ASESINATO DE APSIRTO

a. Sobreviven muchas versiones diferentes de la vuelta del Argo a Tesalia, aunque se conviene generalmente en que, siguiendo el consejo de Fineo, los argonautas costearon el Mar Negro en dirección contraria al sol. Algunos dicen que cuando Eetes los alcanzó, cerca de la desembocadura del Danubio, Medea mató a su joven hermanastro Apsirto, al que había llevado a bordo, y lo descuartizó y arrojó un pedazo tras otro a la corriente rápida. Esta cruel estratagema demoró la persecución, porque obligó a Eetes a recoger cada trozo para enterrarlo luego en Tomi[1]. Se dice que el verdadero nombre del hermanastro de Medea era Egialeo, que «Apsirto», que significa «arrojado», sólo recuerda lo que les sucedió a sus miembros descuartizados después de su muerte[2]. Otros sitúan el crimen en Eea misma y dicen que Jasón mató también a Eetes[3].

b. La versión más minuciosa y coherente, no obstante, es que Apsirto, enviado por Eetes en persecución de Jasón, alcanzó al Argo en la desembocadura del Danubio, donde los argonautas convinieron en desembarcar a Medea en una isla cercana consagrada a Ártemis, dejándola a cargo de una sacerdotisa durante unos días; entretanto un rey de los brigios juzgaría el caso y decidiría si debía volver a su patria o seguir a Jasón hasta Grecia y en poder de quién quedaría el vellocino de oro. Pero Medea envió un mensaje privado a Apsirto, fingiendo que la habían raptado por la fuerza y pidiéndole que la liberara. Esa noche, cuando él desembarcó en la isla y con ello violó la tregua, Jasón le siguió, le acechó y le dio muerte por la espalda. Luego cortó las extremidades de Apsirto y chupó tres veces parte de la sangre derramada, que escupió cada vez, para impedir que

el ánima le persiguiera. Tan pronto como Medea estuvo otra vez a bordo del Argo, los argonautas atacaron a los colquideos que se habían quedado sin jefe, dispersaron su flotilla y huyeron[4].

c. Según algunos, después de la muerte de Apsirto el Argo volvió atrás y remontó el Fasis hasta el Mar Caspio, y desde allí pasó al Océano Indico, volviendo al Mediterráneo por el lago Tritonis[5]. Otros dicen que remontó el Danubio y el Save y luego descendió por el Po, que se une con el Save, al mar Adriático[6]. Pero lo persiguieron las tormentas y lo llevaron alrededor de toda la costa de Italia, hasta que llegó a la isla Eea de Circe. Otros más dicen que remontó el Danubio y luego llegó a la isla de Circe por el Po y las rebalsas arremolinadas donde se une con el Ródano[7].

d. Otros sostienen que los argonautas remontaron el Don hasta que llegaron a sus fuentes; luego arrastraron el Argo hasta las fuentes de otro río que corre hacia el norte y desemboca en el golfo de Finlandia. O que desde el Danubio lo llevaron hasta las fuentes del río Elba y por las aguas de éste llegaron a Jutlandia. Y que desde allí navegaron hacia el oeste hasta el océano, pasando por Gran Bretaña e Irlanda, y llegaron a la isla de Circe pasando entre las Columnas de Heracles y a lo largo de las costas de España y Galia[8].

e. Éstas no son, sin embargo, rutas practicables. La verdad es que el Argo volvió por el Bosforo, la ruta por la que había ido, y pasó por el Helesponto sin inconvenientes porque los troyanos ya no podían impedírselo. Pues Heracles, a su regreso de Misia, había reunido una flota de seis naves [proporcionadas por los dolios y sus aliados percotes] y, remontando el río Escamandro a cubierto de la oscuridad, sorprendió y destruyó a la flota troyana. Luego entró en Troya abriéndose camino con su clava y exigió que el rey Laomedonte le entregara las yeguas devoradoras de hombres de Diomedes, que éste había dejado a su cargo algunos años antes. Cuando Laomedonte negó que tuviera conocimiento alguno de esas yeguas, Heracles los mató a él y a todos sus hijos, con excepción del infante Podarces, o Príamo, a quien nombró rey en su lugar[9].

f. Jasón y Medea ya no estaban a bordo del Argo. Su mástil oracular había hablado una vez más, negándose a llevarla hasta que se hubiesen purificado del asesinato, y desde la desembocadura del Danubio habían ido

por tierra a Eea, la isla en que vivía Circe, la tía de Medea. Ésta no era la Eea campaniana adonde Circe fue a vivir más tarde, sino su anterior residencia en Istria; y Medea condujo a Jasón allá por el camino por el que los dones envueltos en paja de los hiperbóreos son llevados anualmente a Delos. Circe, a la que acudieron como suplicantes, los purificó a regañadientes con la sangre de una cerda joven[10].

g. Ahora bien, a sus perseguidores colquídeos se les había advertido que no debían volver sin Medea y el vellocino de oro, y sospechando que ella había ido a ver a Circe para que le purificase, siguieron al Argo por el mar Egeo, alrededor del Peloponeso y por la costa del Iliria, sacando la conclusión acertada de que Medea y Jasón habían dispuesto que los fueran a buscar en Eea[11].

h. Sin embargo, algunos dicen que Apsirto mandaba todavía la flotilla colquídea en ese momento y que Medea lo atrapó y asesinó en una de las islas ilirias llamadas ahora las Apsírtidas[12].

1. La combinación del viaje occidental con el oriental fue aceptada hasta que aumentaron los conocimientos geográficos de los griegos y se hizo imposible conciliar los elementos principales de la fábula: a saber, la conquista del vellocino de oro desde el Fasis y la purificación de Medea y Jasón por Circe, quien vivía en Istria o frente a la costa occidental de Italia. Sin embargo, como ningún historiador podía ofender a su público rechazando el viaje como fabuloso, se suponía al principio que los argonautas habían vuelto del Mar Negro por el Danubio, el Save y el Adriático; luego, cuando los exploradores descubrieron que el Save no desemboca en el Adriático, se supuso que existía una confluencia del Danubio y el Po, por los que el Argo podía haber navegado; y cuando más tarde se comprobó que el Danubio era navegable sólo hasta las Puertas de Hierro y que no se unía con el Po, se sostuvo que había remontado el Fasis hasta el mar Caspio, y desde allí hasta el Océano Indico (donde se extendía otra Cólquide a lo largo de la costa malabar; Tolomeo Hefestiono: viii.1.10), y había vuelto por la «corriente del Océano» y el lago Tritonis.

2. Como poco después se negó también la posibilidad de esta tercera ruta, los mitógrafos sugirieron que el Argo había remontado el Don, el cual,

según se suponía, tenía sus fuentes en el Golfo de Finlandia, desde donde podía circunnavegar a Europa y volver a Grecia por el estrecho de Gibraltar. O que de algún modo había llegado al Elba por el Danubio y un largo transporte por tierra, y luego descendido por ese río hasta su desembocadura, y así vuelto a Grecia a lo largo de las costas de Irlanda y de España. Diodoro Sículo, quien tuvo la sensatez de darse cuenta de que el Argo sólo podía haber vuelto por el Bosforo, por donde había ido, trató este problema de una manera más realista e hizo la observación esclarecedora de que al Ister (ahora el Danubio) se lo confundía con frecuencia con el Istro, un arroyo de poca importancia que desembocaba en el Adriático cerca de Trieste. La verdad es que, inclusive en la época de Augusto, el geógrafo Pomponio Mela podía informar (ii.3.13 y 4.4) que el ramal occidental del Danubio «desemboca en el Adriático con una turbulencia y violencia iguales a las del Po». La toma del vellocino, la persecución por los colquideos y la muerte de Apsirto se habrían producido originalmente en el norte del Adriático. Ovidio prefería creer que Apsirto había sido asesinado en la desembocadura del Danubio y enterrado en Tomi, porque ése era el lugar donde él mismo estaba destinado a morir.

3. Se dice que Eea (véase170.*i-l* y 5) había pertenecido a Crises, padre de Minia y bisabuelo de Frixo; y Crises significa «de oro». Muy bien puede haber sido su espíritu, más bien que el de Frixo, el que se ordenó a los minias que apaciguasen cuando fueron en busca del vellón. Según Éstrabón, Frixo tenía un altar de héroe en Mosquia, en el Mar Negro, «donde nunca se sacrifica un carnero»; no obstante, ésta debe haber sido una fundación posterior, promovida por la fama del viaje del Argo; así los romanos construyeron también templos a los héroes y heroínas griegos introducidos ficticiamente en su historia nacional.

4. El nombre «Apsirto», que conmemora el deslizamiento de sus restos corriente abajo, era quizás un título local de Orfeo después de su desmembramiento por las Ménades (véase 28.d).

5. Tanto Valerio Flaco como Diodoro Sículo afirman que Heracles saqueó Troya en el viaje de ida y no el de vuelta, pero esto parece ser un error.

154. EL ARGO VUELVE A GRECIA

a. Al llegar a Corcira, que entonces se llamaba Drepane, los colquideos encontraron al Argo varado frente al islote de Macris; sus tripulantes celebraban alegremente el resultado afortunado de su expedición. El caudillo de los colquideos fue a ver al rey Alcínoo y a la reina Arete y les pidió en nombre de Eetes que le entregaran a Medea y el vellocino. Arete, cuya protección había solicitado Medea, mantuvo a Alcínoo despierto esa noche quejándose de los malos tratos a que los padres someten con demasiada frecuencia a sus hijas errantes: por ejemplo, de la crueldad de Nicteo con Ántíope y de Acrisio con Dánae. «Inclusive ahora —dijo— esa pobre princesa Metope languidece en un calabozo epirota por orden de su inhumano padre, el rey Équeto. La han cegado con clavos de bronce y puesto a moler granos de cebada de hierro con un molino pesado. “Cuando los conviertas en harina te devolveré la vista”, se mofa de la pobre muchacha. Eetes es capaz de tratar a esta encantadora Medea con la misma barbarie si le das la oportunidad.»[1].

b. Finalmente Arete consiguió que Alcínoo le dijera qué sentencia iba a dictar a la mañana siguiente, a saber: «Si Medea es todavía virgen volverá a Cólquide; si no lo es, podrá quedarse con Jasón». Dejando a Alcínoo profundamente dormido, Arete envió a su heraldo para que advirtiera a Jasón lo que podía esperar, y él se casó con Medea inmediatamente en la Cueva de Macris, la hija de Aristeo y en un tiempo nodriza de Dioniso. Los argonautas celebraron la boda con un suntuoso banquete y extendieron el vellocino de oro sobre el lecho nupcial. Por la mañana Alcínoo pronunció su sentencia, Jasón alegó que Medea era su esposa y los enviados de

Cólquide no pudieron cumplir las órdenes de Eetes ni volver a su patria por temor a su ira. En consecuencia, algunos se establecieron en Corcira y otros ocuparon las islas ilirias, no lejanas de la Eea de Circe, que ahora se llaman Apsírtidas, y después construyeron la ciudad de Pola en la tierra firme de Istria[2].

c. Cuando, un año o dos después, Eetes se enteró de lo sucedido, casi murió de rabia y envió un heraldo a Grecia reclamando la persona de Medea y una compensación por los perjuicios que se le habían causado, pero le informaron que todavía no se había pagado compensación alguna por el rapto de lo por hombres de la raza de Eetes (aunque la verdad era que ella había huido porque la perseguía un tábano) y que por tanto no se pagaría ninguna por la partida voluntaria de Medea[3].

d. Jasón sólo necesitaba ahora doblar el cabo Malea y volver con el vellocino a Yolco. Pasó sin inconvenientes por delante de las Islas de las Sirenas, donde las melodías arrebatadoras de esas mujeres-aves fueron contrarrestadas por los acordes todavía más bellos de la lira de Orfeo. Solamente Butes se arrojó de cabeza al mar con el propósito de nadar hasta la costa, pero Afrodita le salvó; lo llevó al monte Érix por el camino de Lilibea y allí lo hizo su amante. Algunos dicen que las sirenas, que ya habían perdido sus alas a consecuencia de un desafortunado concurso de canto con las Musas, patrocinadas por Hera, se suicidaron a causa de su fracaso al no haber podido vencer a Orfeo; pero todavía estaban en su isla cuando pasó por allí Odiseo una generación después[4].

e. Luego los argonautas navegaron con buen tiempo a lo largo de la costa oriental de Sicilia, donde vieron los rebaños sin iguales de Helio paciendo en la costa, aunque se abstuvieron de robar alguno de ellos[5]. De pronto les azotó un terrible viento norte que en nueve días los llevó a las partes más lejanas de la Libia; allí una ola enorme lanzó al Argo contra las rocas peligrosas que se alzan a lo largo de la costa, y luego se retiró, dejando a la nave en seco a una milla o más tierra adentro. Un desierto inanimado se extendía hasta donde alcanzaba la vista y los argonautas se preparaban ya para morir cuando la triple diosa Libia, vestida con pieles de cabra, se apareció a Jasón en un sueño y le tranquilizó. Eso les animó y [colocando el Argo sobre rodillos] lo llevaron, mediante la fuerza de sus

hombros, hasta el salado lago Tritonis, a varios kilómetros de distancia, trabajo que les ocupó doce días. Todos habrían muerto de sed de no ser por un manantial que Heracles, en su viaje en busca de las manzanas de oro de las Hespérides, había hecho brotar recientemente de la tierra[6].

f. Canto fue muerto por Cafauro, un pastor garamante, cuyo rebaño se llevaba, pero sus compañeros le vengaron[7]. Y apenas habían sido enterrados los dos cadáveres cuando Mopso pisó una serpiente libia que le mordió en el talón; una densa niebla le cubrió los ojos, se le cayó el pelo y murió con grandes dolores. Los argonautas, después de hacerle un entierro de héroe, comenzaron una vez más a desesperar, pues no podían encontrar salida alguna del lago[8].

g. Pero Jasón, antes de embarcarse para este viaje, había consultado con la Pitonisa de Delfos, quien le dio dos trípodes de bronce macizos, y Orfeo le aconsejó que con uno de ellos propiciase a los dioses del país. Cuando hizo eso se apareció el dios Tritón y tomó el trípode sin ni siquiera pronunciar una palabra de agradecimiento, pero Eufemo le cerró el camino y le preguntó cortésmente: «Por favor, señor, ¿tendrías la bondad de dirigirnos al mar Mediterráneo?» Por respuesta, Tritón se limitó a señalar hacia el río Tacape, pero, como si lo hubiera pensado mejor, le entregó un terrón que otorgó a sus descendientes la soberanía sobre la Libia hasta el presente. Eufemo agradeció el don con el sacrificio de una oveja y Tritón consintió en transportar el Argo llevándolo por la quilla, hasta que una vez más estuvo en el Mediterráneo. En el camino predijo que cuando el descendiente de cierto argonauta se apoderase del trípode de bronce y lo llevase de su templo, un centenar de ciudades griegas se alzarían alrededor del lago Tritonis. Los trogloditas libios, al enterarse de esa profecía, ocultaron inmediatamente el trípode en la arena y la profecía no se ha realizado todavía[9].

h. Dirigiéndose hacia el norte, los argonautas llegaron a Creta, donde les impidió desembarcar Talos, el centinela de bronce, creación de Hefesto, quien apedreó al Argo según su costumbre. Medea llamó amablemente al monstruo y le prometió hacerlo inmortal si bebía cierta poción mágica, pero era una bebida que producía el sueño y mientras Talos dormía Medea le quitó el clavo de bronce que taponaba la única vena que le corría desde el

cuello hasta los tobillos. De ella brotó el licor divino, un líquido incoloro que le servía de sangre, y el monstruo murió. Sin embargo, algunos dicen que, hechizado por los ojos de Medea, Talos tambaleó, rozó el talón contra una roca y se desangró. Otros, que Peante le hirió en el talón con una flecha**[10]**.

i. En la noche siguiente el Argo fue alcanzado por una tormenta del sur, pero Jasón invocó a Apolo, quien envió un relámpago que puso al descubierto a estribor la isla de Anafe, una de las Cíclades, donde Anceo consiguió varar la nave. En agradecimiento, Jasón erigió un altar a Apolo; y las dos esclavas feacias de Medea que le había dado la reina Arete rieron alegremente cuando, por falta de una víctima, Jasón y sus compañeros hicieron libaciones de agua sobre los tizones ardientes del sacrificio. Los argonautas las reprendieron en respuesta y forcejearon amorosamente con ellas, costumbre que sobrevive hasta el presente en el Festival Otoñal de Anafe.

j. Cuando llegaron a Egina realizaron una competencia para ver quién era el primero que llenaba un cántaro con agua y lo llevaba de vuelta a la nave, carrera que corren todavía los eginetas. Desde Egina el viaje fue sencillo hasta Yolco, trayecto que hacen cada año numerosos barcos, y lo realizaron con buen tiempo y sin peligro alguno**[11]**.

k. Algunos bardos disponen estos acontecimientos en un orden distinto: dicen que los argonautas repoblaron Lemnos en el viaje de vuelta y no cuando navegaban para Cólquide**[12]**; otros, que su visita a Libia se realizó antes que comenzara el viaje a Ea, cuando Jasón fue en el Argo a consultar con el oráculo de Delfos y le desvió de su curso una tormenta súbita**[13]**. Otros más sostienen que navegaron por la costa occidental de Italia y a un puerto de la isla de Elba en el que desembarcaron le llamaron Argos, por el Argo, y cuando se quitaban el sudor en la playa se convertía en guijarros de diversas formas. Además, que fundaron el templo de Hera Argiva en Leucania; que, como Odiseo, pasaron entre Escila y Caribdis; y que Tetis y sus nereidas les guiaron al pasar por las llameantes Planktai o Rocas Errantes, que ahora están firmemente asentadas en el lecho del mar**[14]**.

l. Hay quienes sostienen que Jasón y sus compañeros exploraron la región que rodea a Eea en Cólquide y llegaron hasta la Media; que uno de

ellos, Armeno, tesalio del lago Boebe, se estableció en Armenia y dio su nombre a toda la región. Justifican esta opinión señalando que los monumentos heroicos en honor de Jasón, erigidos por Armeno en las Puertas Caspianas son muy venerados por los bárbaros, y que los armenios todavía visten como los tesalios de la antigüedad[15].

1. El mito de Metope, que no dan por completo Homero ni Apolonio de Rodas, recuerda los de Ame (véase 43.2) y Antíope (véase 76.b). Al parecer ha sido deducido de una ilustración que mostraba a la diosa del Destino sentada en una tumba; su molino era el molino del mundo, alrededor del cual, según el Tratado sobre asuntos campesinos de Varrón, gira el sistema celestial, y que aparece en los Edda escandinavos, manejado por las gigantas Fenia y Menja, y en los Jueces, manejados por Sansón, el héroe Sol ciego de Tiro. La diosa de los molinos harineros, Deméter, era una diosa del infierno.

2. El relato que hace Herodoto de la embajada enviada por Eetes a Grecia tiene poco sentido a menos que sostenga que la princesa argiva Io no huyó a Cólquide en un ataque de locura, disfrazada de novilla, y posteriormente la divinizaron los egipcios como Isis (véase 56.b), sino que los colquideos (a quienes describe como reliquias del ejército del Faraón Sesostris que invadió el Asia) se apoderaron de ella en una incursión y la vendieron en Egipto.

3. Las tres Sirenas (Homero sólo menciona a dos) eran hijas cantoras de la Tierra, que atraían a los marineros a las praderas de su isla, donde se amontonaban los huesos de sus víctimas anteriores (Odisea xii. 39 ss. y 184 ss.). Se las describía como mujeres-aves y tienen mucho en común con las Aves de Rhiannon en el mito gales, que lloraban por Bran y otros héroes; Rhiannon era un Deméter de cabeza de yegua. Al país de las sirenas se lo comprende mejor como la isla sepulcral que recibe al ánima del rey muerto, como la Avalon de Arturo (véase 31.2); las sirenas eran al mismo tiempo las sacerdotisas que le lloraban y las aves que frecuentaban la isla —sirvientas de la diosa Muerte. Como tales pertenecían a un culto preolímpico—, que es por lo que se dice que fueron vencidas en un certamen con las hijas de Zeus, las Musas. Se les da variadamente como lugar de residencia las islas

Sirenusas frente a Pesto, Capri y las cercanías del cabo Péloro de Sicilia (Estrabón: i.2.12). Parejas de sirenas se grababan todavía en las tumbas en la época de Eurípides (Helena 167) y su nombre se deriva habitualmente de seirazein, «atar con una cuerda»; pero si, como es más probable, proviene del otro seirazein que significa «secar» las dos sirenas representarían aspectos gemelos de la diosa en el solsticio estival, cuando los pastos griegos se secan: Ante-vorta y Post-vorta, la que ve proféticamente el reinado del nuevo rey y la que llora al viejo (véase 170.7). El tipo de la sirena-pez es post-clásico.

4. El rebaño de Helio se componía de trescientas cincuenta cabezas y era un regalo de su madre, la diosa Luna (véase 42.1 y 170.10). Varias colonias de Corinto y Rodas en las que se adoraba al toro celeste se habían instalado en Sicilia. Odiseo conocía a Helio con el nombre de Hiperión (véase 170.c).

5. El lago Tritonis, en otro tiempo un enorme mar interno que sumergió las tierras de los atlantes neolíticos, se ha ido achicando lentamente desde entonces y aunque seguía teniendo un tamaño respetable en la época clásica —el geógrafo Scylax le calculó unas novecientas millas cuadradas— ahora ha quedado reducido a una línea de pantanos salados (véase 39.b). Neith, la diosa triple de Libia vestida con pieles, se anticipó a Atenea con su égida (véase 8.1).

6. Mopso, cuya muerte por la mordedura de una serpiente en el talón era común (véase l06.g, 117.C y 168.e), aparece también en el mito de Derceto (véase 89.2), la Dictina filistea. Otro Mopso, nieto de Tiresias, sobrevivió a la guerra de Troya (véase 169.c).

7. Cafauro es un nombre extraño para un libanés —caphaura es una palabra arábiga que significa «alcanfor», planta que no se da en Libia—, pero los mitógrafos no entienden mucho de geografía.

8. Talos, el hombre de bronce, es un personaje compuesto: en parte toro del cielo, en parte rey sagrado con un talón vulnerable, y en parte una demostración del método de la cire-perdue en la fundición del bronce (véase 92.8).

9. El sacrificio con agua en Anafe recuerda el que ofrecían los judíos en el Día de los Sauces, la culminación de su festival de los Tabernáculos, cuando llevaban en solemne procesión el agua desde el Estanque de Siloam; la carrera del agua egineta formaría parte de una ceremonia análoga. Los

Tabernáculos comenzaban como un festival de la fertilidad en el otoño y, según el Talmud, a los fariseos se les hacía difícil refrenar el «atolondramiento» tradicional de las mujeres.

10. «Guijarros de formas variadas», cristales de hierro, se encuentran todavía en las orillas del Elba.

11. Tetis guió al Argo a través de las Planktai a la entrada del estrecho de Messina como Atenea lo guió a través de las Planktai a la entrada del Bosforo. Odiseo las evitó eligiendo el paso entre Escila y Caribdis (véase 170.t). Las Planktai occidentales son las islas Lípari volcánicas.

12. Armenia, que significa Ar-Minni, «la tierra alta de Minni» —Minni es convocada por Jeremías (ii.27) a la guerra contra Babilonia—, no tiene una relación histórica con el Armeno del lago Boebe. Pero Minni es, al parecer, el Minia al que menciona Josefo (Antigüedades i. 1.6) cuando describe el Diluvio de Noé: y el nombre del Minia tesalio, antepasado de los minios, podía ser un vínculo verosímil entre Armenia y Tesalia.

155. LA MUERTE DE PELIAS

a. Una noche de otoño los argonautas llegaron a la bien recordada playa de Págasas, pero no encontraron en ella a nadie que los recibiera. En Tesalia había circulado el rumor de que todos habían muerto y en consecuencia Pelias se había atrevido a matar a los padres de Jasón, Esón y Polimela, y a un hijo infante, Promaco, nacido después de la partida del Argo. Pero Esón pidió permiso para quitarse él mismo la vida y, como se accedió a su súplica bebió sangre de toro y así expiró; después de lo cual Polimela se mató con una daga o, según dicen algunos, con una cuerda, después de maldecir a Pelias, quien despidadamente hizo saltar los sesos de Prómaco golpeándole la cabeza contra el piso del palacio[1].

b. Cuando Jasón se enteró de esos dolorosos acontecimientos por un barquero solitario, le prohibió que difundiera la noticia de la vuelta del Argo y convocó un consejo de guerra. Todos sus compañeros opinaron que Pelias merecía la muerte, pero cuando Jasón exigió un ataque inmediato a Yolco, Acasto observó que no se podía esperar que él se opusiese a su padre, y los otros creyeron más prudente dispersarse, yendo cada uno a su propia patria, y allí si era necesario, reunir contingentes para una guerra en favor de Jasón. La verdad era que Yolco parecía contar con una guarnición demasiado fuerte para que la atacase un grupo tan pequeño como el que ellos formaban.

c. Habló, no obstante, Medea, quien se comprometió a dominar la ciudad ella sola. Pidió a los argonautas que se ocultaran con su nave en una playa boscosa y retirada desde la cual podía verse Yolco. Cuando vieran

ondear una antorcha en el techo del palacio esto significaría que Pelias había muerto, que las puertas estaban abiertas y que podían tomar la ciudad.

d. Durante su visita a Anafe Medea había encontrado una imagen hueca de Artemis y la había llevado al Argo. Ahora vistió a sus doce esclavas feacias con extraños disfraces y las condujo, cada una de ellas llevando la imagen por turno, hacia Yolco. Al llegar a las puertas de la ciudad, Medea, que se había dado el aspecto de una vieja arrugada, ordenó a los centinelas que la dejaran pasar. Gritó con voz chillona que la diosa Artemis había llegado del brumoso país de los Hiperbóreos en un carro tirado por serpientes voladoras para llevar la buena suerte a Yolco. Los asombrados centinelas no se atrevieron a desobedecer, y Medea con sus esclavas, recorriendo las calles de la ciudad enfurecidas como ménades, despertaron a los habitantes provocando en ellos un frenesí religioso.

e. Interrumpido su sueño, Pelias preguntó aterrado qué deseaba de él la diosa. Medea respondió que Artemis se disponía a agradecer su piedad rejuveneciéndolo, permitiéndole así engendrar herederos en lugar de su mal hijo Acasto, quien había muerto hacía poco tiempo en un naufragio frente a la costa de Libia. Pelias ponía en duda esta promesa, hasta que Medea, quitándose el aspecto de anciana que se había impuesto, se transformó otra vez en joven delante de sus propios ojos: «¡Tal es el poder de Artemis!», exclamó. Pelias observó luego cómo ella descuartizaba un viejo carnero de ojos legañosos en trece pedazos y los haría hervir en una caldera. Empleando ensalmos colquideos, que él tomó equivocadamente por hiperbóreos, e invocando solemnemente a Artemis para que le ayudase, Medea simuló que rejuvenecía al carnero muerto, pues un cordero retozón estaba oculto, junto con otros utensilios mágicos, dentro de la imagen hueca de la diosa. Pelias, completamente engañado, consintió en acostarse en un lecho, en el que Medea no tardó en dormirlo mediante encantamientos. Luego ordenó a sus hijas, Alcestis, Evadne y Anfínome, que lo despedazasen exactamente como ellas le habían visto hacer con el carnero, e hirviesen los pedazos en la misma caldera.

f. Alcestis se negó piadosamente a derramar la sangre de su padre por buena que fuera la causa, pero Medea, dando una nueva prueba de sus poderes mágicos, convenció a Evadne y Anfínome para que manejaran sus

cuchillos con resolución. Una vez terminado el trabajo, las llevó al tejado, cada una con una antorcha, y les explicó que debían invocar a la Luna mientras hervía la caldera. Desde su emboscada los argonautas vieron el lejano resplandor de las antorchas y, acogiendo de buena gana la señal, corrieron a introducirse en Yolco, donde no encontraron oposición.

g. Jason, no obstante, temiendo la venganza de Acasto, le cedió el reino y no discutió la sentencia de destierro que pronunció contra él el Consejo de Yolco, pues esperaba ocupar un trono más rico en otra parte**[2]**.

h. Algunos niegan que Esón se viese obligado a quitarse la vida y declaran que, al contrario, Medea, después de extraerle del cuerpo la sangre gastada, le devolvió la juventud por medio de un elixir mágico, como había hecho con Macris y las ninfas hermanas suyas en Corcira; y lo presentó, fornido y vigoroso, a Pelias en las puertas del palacio. Después de convencer así a Pelias para que se sometiera al mismo tratamiento, le engañó omitiendo los encantamientos apropiados, por lo que murió miserablemente**[3]**.

i. En los juegos fúnebres de Pelias, realizados al siguiente día, Eufemo venció en la carrera de carros de dos caballos; Pólux en el pugilato, Meleagro en el lanzamiento de jabalina, Peleo en la lucha cuerpo a cuerpo, Zetes en la carrera pedestre más corta, y su hermano Calais (o, según dicen algunos, Ificles) en la más larga; y Heracles, que había vuelto de su visita a las Hespérides, en la lucha libre. Pero durante la carrera de carros de cuatro caballos, que ganó Yolao, el auriga de Heracles, Glauco, hijo de Sísifo, fue devorado por sus caballos, a los que Afrodita había enloquecido con hipómanes**[4]**.

j. En cuanto a las hijas de Pelias: Alcestis se casó con Admeto de Peras, con quien estaba comprometida desde hacía mucho tiempo; Evadne y Anfínome fueron desterradas por Acasto a Mantinea en Arcadia, donde, después de purificarse, consiguieron casarse honorablemente**[5]**.

1. Los cretenses y micénicos utilizaban sangre de toro, muy diluida en agua, como un elemento mágico para fertilizar las mieses y los árboles; sólo

la sacerdotisa de la Madre Tierra podía bebería pura sin envenenarse (véase 51.4).

2. A los mitógrafos clásicos se les hace difícil decidir hasta qué punto Medea era una ilusionista y embaucadora y hasta qué punto su magia era auténtica. Las calderas de regeneración son comunes en el mito celta (véase 148.5-6); de aquí que Medea pretenda ser una diosa hiperbórea, lo que puede significar británica. La teoría religiosa básica parece haber sido que en el solsticio estival el rey sagrado, llevando una máscara de carnero negra, era descuartizado en la cumbre de una montaña y sus pedazos cocidos en una sopa que debían comer las sacerdotisas; su espíritu pasaría entonces a una de ellas, para nacer de nuevo como niño en la siguiente estación de los corderos. El hecho de que Frixo evitara ese destino había sido la causa original de la expedición de los argonautas (véase 70.2 y 148.d).

3. El carro tirado por serpientes de Medea —las serpientes son animales infernales— tenía alas porque ella era al mismo tiempo diosa de la tierra y diosa de la luna. Aquí aparece en tríada como Perséfone-Deméter-Hécate: las tres hijas de Pelias desmembrando a su padre. La teoría de que el rey Sol se casa con la reina Luna, la cual luego le invita graciosamente a subir en su carro (véase 24.m), cambió al fortalecerse el sistema patriarcal; en la época clásica el carro tirado por serpientes era propiedad indiscutida de Helio, y en el mito posterior de Medea y Teseo (véase 154.J) se lo prestó a su nieta Medea sólo porque se hallaba en peligro de muerte (véase 156.d). La diosa Tierra india del Ramayana también viaja en un carro tirado por serpientes.

4. Calimaco parece atribuir a la cazadora Cirene el triunfo en la carrera pedestre realizada en los juegos fúnebres de Pelias (véase 82.a).

156. MEDEA EN ÉFIRA

a. Jasón fue en primer lugar a Orcómeno, en Beoda, donde colgó el vellocino de oro en el templo de Zeus Lafistio; luego varó el Argo en el Istmo de Corinto y allí lo dedicó a Posidón.

b. Ahora bien, Medea era la única hija sobreviviente de Eetes, el rey legítimo de Corinto, quien cuando emigró a Cólquide dejó como regente a un tal Buno. Como el trono había quedado vacante con la muerte sin sucesión del usurpador Corinto, hijo de Maratón (quien se llamaba a sí mismo «Hijo de Zeus»), Medea lo reclamó, y los corintios aceptaron gustosamente a Jasón como su rey. Pero, después de reinar durante diez años prósperos y felices, llegó a sospechar que Medea había conseguido su sucesión envenenando a Corinto, y se proponía divorciarse de ella en favor de la tebana Glauce, hija del rey Creonte.

c. Medea, aunque no negó su crimen, hizo que Jasón se atuviese al juramento que había hecho en Ea en nombre de todos los dioses, y cuando él protestó que un juramento hecho por la fuerza no era válido, Medea le recordó que también le debía a ella el trono de Corinto. Él respondió: «Es cierto, pero los corintios han aprendido a sentir más respeto por mí que por ti». Como Jasón no cedía, Medea, fingiendo que se sometía, envió a Glauce un regalo de boda por medio de los príncipes de la casa real, pues había dado a Jasón siete hijos y siete hijas. El regalo consistía en una corona de oro y una larga túnica blanca. Tan pronto como se los puso Glauce surgieron de ellos unas llamas inextinguibles que consumieron no sólo a ella —aunque se arrojó de cabeza en la fuente del palacio—, sino también al rey Creonte, a otros muchos huéspedes tebanos distinguidos y a todos los

que se habían reunido en el palacio, con excepción de Jasón, quien se salvó saltando por una ventana alta.

d. En ese momento Zeus, quien admiraba mucho el ánimo de Medea, se enamoró de ella, pero Medea rechazó sus requerimientos. Hera, agradecida, le dijo: «Haré a tus hijos inmortales si los dejas en el altar de los sacrificios de mi templo». Medea lo hizo, y luego huyó en un carro tirado por serpientes aladas, que le prestó su abuelo Helio, después de legar el reino de Sísifo[1].

e. Sólo se recuerda el nombre de una de las hijas que tuvo Medea con Jasón: Eriopis. Su hijo mayor, Medeo o Políxeno, al que educaba Quirón en el monte Pelión, gobernó posteriormente el país de Media; pero a veces se dice que el padre de Medeo se llamaba Egeo[2]. Los otros hijos eran Mérmero, Peres o Tésalo, Alcímenes, Tisandro y Argos, de todos los cuales se apoderaron los corintios, encolerizados por el asesinato de Glauce y Creonte, y les dieron muerte apredreándolos. Desde entonces han expiado este crimen: siete muchachas y siete muchachos, vestidos de blanco y con las cabezas rapadas, pasan todo un año en el templo de Hera en la colina donde se cometió el asesinato[3]. Por orden del oráculo de Delfos los cadáveres de los niños fueron enterrados en el templo, pero sus almas se hicieron inmortales, como había prometido Hera. Hay quienes acusan a Jasón por haber condenado este asesinato, pero explican que estaba más que furioso por la ambición de Medea en interés de sus hijos[4].

f. Otros, engañados por el dramaturgo Eurípides, a quien sobornaron los corintios con quince talentos de plata para que los absolviera de culpabilidad, pretenden que Medea mató a dos de sus hijos[5] y que los demás perecieron en el palacio que ella incendió, con excepción de Tésalo, que escapó y posteriormente reinó en Yolco y dio su nombre a toda la Tesalia; y Peres, cuyo hijo Mérmero heredó la habilidad de Medea como envenenadora[6].

1. El número de los hijos de Medea recuerda el de los titanes y titanides (véase 1.3 y 43.4), pero los catorce muchachos y muchachas que eran

confinados anualmente en el templo de Hera pueden haber representado los días impares y pares de la primera mitad del mes sagrado.

2. La muerte de Glauce se dedujo quizá de una ilustración que mostraba el holocausto anual en el templo de Hera, como el que describe Luciano en Hierápolis (Sobre la diosa siria 49). Pero Glauce sería la sacerdotisa con diadema que dirigía la conflagración, no su víctima; y la fuente su baño ritual. Luciano explica que la diosa siria era principalmente Hera, aunque también poseía algunos atributos de Atenea y otras diosas (ibid. 32). Aquí Eriopis («de ojos grandes») señala a la Hera de ojos de vaca, y Glauce («lechuza») a la Atenea de ojos de lechuza. En la época de Luciano colgaban anímales domésticos de las ramas de árboles amontonados en el patio del templo de Hierápolis y los quemaban vivos; pero la muerte de los catorce hijos de Medea y la expiación hecha por ellos indican que originalmente se ofrecían víctimas humanas. Melicertes, el dios cretense que presidía los Juegos ístmicos en Corinto (véase 70.b y 96.6) era Melkarth, «protector de la ciudad», el Heracles fenicio en cuyo nombre quemaban niños vivos ciertamente en Jerusalén (Levítico xviii.21 y xx.2; 1 Reyes xi.7; 2 Reyes xxiii.10; Jeremías xxxii.35). Como el fuego era un elemento sagrado, inmortalizaba a las víctimas, como hizo con Heracles mismo cuando subió a su pira en el monte Eta, se tendió en ella y murió consumido (véase 145.l).

3. Si Medea, Jasón o los corintios sacrificaron a los niños se convirtió en una cuestión importante sólo posteriormente, cuando Medea dejó de ser identificada con Ino, la madre de Melicertes, y el sacrificio humano denotaba barbarie. Como cualquier drama que ganaba un premio en el festival ateniense en honor de Dioniso adquiría inmediatamente autoridad religiosa, es muy probable que los corintios recompensaran bien a Eurípides por su generosa manipulación del mito ya ignominioso.

4. El amor de Zeus por Medea, como el de Hera por Jasón (Homero: Odisea xii.72; Apolonio de Rodas: iii.66), indica que «Zeus» y «Hera» eran títulos del rey y la reina corintios (véase 43.2 y 68.1). Corinto, aunque era hijo de Maratón, se titulaba también «hijo de Zeus», y el padre de Maratón, Epopeo («el que ve todo») tenía la misma esposa que Zeus (Pausanias: ii.1.1; Asio: Fragmento I).

157. MEDEA EN EL DESTIERRO

a. Medea huyó en primer lugar a Tebas para ver a Heracles, quien le había prometido ampararla si Jasón se mostraba alguna vez infiel, y le curó de la locura que le hizo matar a sus hijos; pero los tebanos no le permitieron que fijase su residencia entre ellos porque había matado a Creonte, su rey. En consecuencia fue a Atenas, y el rey Egeo se casó gustosamente con ella. Luego, desterrada de Atenas por haber intentado envenenar a Teseo, se embarcó para Italia y enseñó a los marrubios el arte del encantamiento de las serpientes; todavía la adoran como la diosa Angitia[1]. Tras una breve visita a Tesalia, donde compitió sin buen éxito con Tetis en un certamen de belleza juzgado por el cretense Idomeneo, se casó con un rey asiático cuyo nombre no ha sobrevivido, pero del que se dice que fue el verdadero padre de Medeo.

b. Finalmente, cuando supo que el trono de Eetes en Cólquide había sido usurpado por su tío Perses, Medea fue a la Cólquide con Medeo, quien mató a Perses, volvió a poner a Eetes en su trono y ensanchó el reino de Cólquide incluyendo en él el territorio de Media. Algunos alegan que para entonces Medea se había reconciliado con Jasón y lo llevó con ella a Cólquide, pero la historia de Medea, por supuesto, ha sido embellecida y deformada por las fantasías extravagantes de muchos dramaturgos[2]. La verdad es que Jasón, habiendo perdido el favor de los dioses, cuyos nombres había invocado en vano cuando fue infiel a Medea, erró de ciudad en ciudad odiado por los hombres. En la ancianidad volvió una vez más a Corinto y se sentó a la sombra del Argo para recordar sus glorias pasadas y lamentar los desastres que le habían sobrevenido. Estaba a punto de

ahorcarse de la proa cuando de pronto la nave se volcó hacia adelante y le mató. Posidón puso luego la imagen de la popa del Argo, que era inocente de homicidio, entre las estrellas[3].

c. Medea no murió sino que se hizo inmortal y reinó en los Campos Elíseos, donde, según dicen algunos, fue ella y no Helena quien se casó con Aquiles[4].

d. En cuanto a Atamante, quien por no haber sacrificado a Frixo fue la causa de la expedición de los argonautas, estaba a punto de ser sacrificado él mismo en Orcómeno, como el sacrificio propiciatorio exigido por el oráculo de Zeus Lafistio, cuando su nieto Citísoro volvió de Eea y le salvó. Eso molestó a Zeus, quien ordenó que en adelante el hijo mayor de los Atamántidas debía evitar la Sala del Consejo perpetuamente, bajo pena de muerte, orden que ha sido observada desde entonces[5].

e. La vuelta a su patria de los argonautas dio origen a muchas fábulas, pero la del Gran Anceo, el timonel, es la más instructiva. Habiendo sobrevivido a tantas penalidades y peligros, volvió a su palacio de Tegea, donde un adivino le había advertido en otro tiempo que no probaría nunca el vino de una viña que había plantado algunos años antes. El día de su llegada informaron a Anceo que su mayordomo había cosechado las primeras uvas y el vino le esperaba. En consecuencia llenó una copa de vino, la llevó a los labios, llamó al adivino y le reprochó por haber profetizado falsamente. El adivino le respondió: «Señor, entre el plato y la boca se pierde la sopa», y en aquel momento los sirvientes de Anceo entraron gritando: «¡Señor, un jabalí! ¡Está haciendo estragos en tu viña!» Dejó la copa no probada, tomó su lanza y salió apresuradamente, pero el jabalí se había ocultado detrás de un arbusto, le acometió y le mató[6].

1. Un culto ático de Deméter como diosa Tierra ha dado origen a la fábula de la estada de Medea en Atenas (véase 97.b). Cultos análogos explican sus visitas a Tebas, Tesalia y el Asia Menor; pero los marrubios pueden haber emigrado a Italia desde Libia, donde los psilos eran peritos en el arte del encantamiento de las serpientes (Plinio: Historia natural vii.2). El reinado de Medea en los Campos Elíseos es comprensible: como la diosa

que manejaba la caldera de la regeneración podía ofrecer a los héroes la oportunidad de otra vida en la tierra (véase 31.c). Helena («luna») sería uno de sus títulos (véase 159.1).

2. Parece que en la edad heroica el rey de Orcómeno, cuando terminaba su reinado, era llevado para sacrificarlo a la cumbre del monte Lafistio. Este rey era también un sacerdote de Zeus Lafistio, un ministerio hereditario en el clan minia matrilineal; y en la época de las guerras persas, según Herodoto, se esperaba todavía que el jefe del clan asistiera a la Sala del Consejo cuando se lo convocaba para el sacrificio. Sin embargo, nadie le obligaba a obedecer esa convocatoria, y por el relato de Herodoto parece que le representaba un sustituto, excepto en las ocasiones de un desastre nacional, como una peste o una sequía, ocasiones en las que se sentía obligado a asistir personalmente. Las muertes de Jasón y de Anceo son fábulas morales que destacan los peligros de la fama, la prosperidad y el orgullo excesivos. Pero Anceo muere regiamente en su ciudad, herido por el colmillo de un jabalí (véase 18.7), en tanto que Jasón, como Belerofonte (véase 75.f) y Edipo (véase 105.d), vaga de ciudad en ciudad, odiado por los hombres, y finalmente muere de accidente. En el Istmo, donde había reinado Jasón, era costumbre que el pharmacos regio fuese arrojado desde un risco, pero le salvaba en el mar una embarcación que esperaba, y luego vivía la vida de un mendigo anónimo que llevaba la mala suerte consigo (véase 89.6 y 98.7)

3. Sir Isaac Newton fue el primero, por lo que yo sé, que señaló la relación entre el Zodíaco y el viaje del Argo; y la leyenda puede muy bien haber sido influida en Alejandría por los signos del Zodíaco: el Carnero de Frixo, los Toros de Eetes, los Dioscuros como los Mellizos Celestiales, el León de Rea, la Balanza de Alcínoo, los Aguadores de Egina, Heracles como Arquero, Medea como Virgen, y la Cabra, símbolo de lujuria, para recordar los amoríos en Lemnos. Cuando se utilizan los signos del Zodíaco egipcios aparecen los elementos que faltan: la Serpiente por Escorpión, y el Escarabajo, símbolo de regeneración, por el Cangrejo.

158. LA FUNDACIÓN DE TROYA

a. Una fábula que se relata acerca de la fundación de Troya es que, en una época de hambre, una tercera parte de la población cretense, a las órdenes del príncipe Escamandro, partió para fundar una colonia. AI llegar a Frigia acamparon junto al mar, no lejos de la ciudad de Hamaxito[1], al pie de una alta montaña que llamaron Ida en honor de la patria cretense de Zeus. Ahora bien, Apolo les había aconsejado que se establecieran dondequiera que les atacaran enemigos nacidos de la tierra a cubierto de la oscuridad, y esa noche misma una horda de ratones campestres hambrientos invadió las tiendas y royó las cuerdas de los arcos, las abrazaderas de cuero de los escudos y todas las otras partes comestibles del armamento cretense. En consecuencia, Escamandro ordenó que hicieran alto y dedicaran un templo a Apolo Esminteo (alrededor del cual surgió pronto la ciudad de Esmintea) y se casó con la ninfa Idea, quien le dio un hijo, Teucro. Con la ayuda de Apolo, los cretenses vencieron a sus nuevos vecinos, los bébrices, pero durante la lucha Escamandro cayó en el río Janto, que por ello tomó su nombre. Teucro, por quien los pobladores recibieron el nombre de teucros, le sucedió. Pero algunos dicen que Teucro mismo fue al frente de los inmigrantes cretenses y en Frigia le recibió Dárdano, quien le dio en casamiento su hija y llamó a sus súbditos teucros[2].

b. Los atenienses dan una versión completamente distinta. Niegan que los teucros provinieran de Creta y recuerdan que cierto Teucro, perteneciente al demo de Troes, emigró de Atenas a Frigia, y que Dárdano, hijo de Zeus y la pléyade Electra y nacido en la Feneo arcadia, fue recibido en Frigia por este Teucro, y no al contrario. En apoyo de esta tradición se

alega que Erictonio aparece en la genealogía tanto de la casa real ateniense como de la teucra[3]. Dárdano, añaden los atenienses, se casó con Crisa, hija de Palante, quien le dio dos hijos, Ideo y Dimante. Éstos reinaron durante un tiempo en el reino arcadio fundado por Atlante, pero los separaron las calamidades del Diluvio de Deucalión. Dimante se quedó en Arcadia, pero Ideo fue con su padre Dárdano a Samotracia, donde colonizaron juntos, y a la isla se la llamó en adelante Dardania. Crisa había dado a Dárdano como dote las imágenes sagradas de los Grandes Dioses de los que era sacerdotisa, y él introdujo su culto en Samotracia, aunque manteniendo en secreto sus verdaderos nombres. Dárdano fundó también un colegio de sacerdotes salios para que realizasen los ritos necesarios, que eran los mismos que realizaban los curetes cretenses[4].

c. La pena por la muerte de su hermano Yasión llevó a Dárdano a través del mar a Tróade. Llegó solo, conduciendo a remo una balsa hecha con una piel inflada lastrada con cuatro piedras. Teucro le recibió hospitalariamente y, con la condición de que le ayudase a dominar a ciertas tribus vecinas, le dio una participación en el reino y le casó con la princesa Batiea. Algunos dicen que esta Batiea era tía de Teucro; otros, que era su hija[5].

d. Dárdano se proponía fundar una ciudad en la pequeña colina de Ate, que se alza en la llanura donde se halla ahora Troya, o Ilio; pero cuando un oráculo de Apolo frigio le advirtió que la desgracia acompañaría siempre a sus habitantes; eligió un lugar en las laderas más bajas del monte Ida y llamó a su ciudad Dardania[6]. Después de la muerte de Teucro, Dárdano le sucedió en el resto del reino, al que dio su nombre y extendió su gobierno sobre muchas naciones asiáticas; también envió colonias a Tracia y más allá de ésta[7].

e. Entretanto, el hijo menor de Dárdano, Ideo, le había seguido a Tróade llevando las imágenes sagradas, lo que permitió a Dárdano enseñar a sus súbditos los Misterios samotracios. Un oráculo le aseguró entonces que la ciudad que estaba a punto de fundar sería invencible sólo mientras la dote de su hija siguiera bajo la protección de Atenea[8]. Todavía se muestra su tumba en la parte de Troya que se llamaba Dardania antes de mezclarse con las aldeas de Ilio y Tros formando una ciudad única. Ideo se estableció en

los Montes Ideos que, según dicen algunos, se llaman así por él, e instituyó allí el culto y los Misterios de la Madre de los Dioses frigia[9].

f. Según la tradición latina, el padre de Yasión era el príncipe tirreno Corito; y su mellizo, Dárdano, hijo de Zeus y de Electra, la esposa de Corito. Ambos emigraron de Etruria después de dividir entre ellos las imágenes sagradas; Yasión fue a Samotracia y Dárdano a Tróade. Mientras combatía con los bóbrices, que trataban de arrojar a los tirrenos nuevamente al mar, Dárdano perdió el yelmo y, aunque sus soldados se hallaban en retirada, los hizo volver para recuperarlo. Esta vez obtuvo la victoria y fundó una ciudad llamada Corito en el campo de batalla, tanto en memoria de su yelmo (corys) como de su padre[10].

g. Ideo tenía dos hermanos mayores, Erictonio e Ilo, o Zacinto; y una hija, Idea, que llegó a ser la segunda esposa de Fineo. Cuando Erictonio sucedió a Dárdano en el reino se casó con Astíoque, hija de Simunte, quien le dio a Tros[11]. Erictonio, descrito también como un rey de Creta, era el más próspero de los hombres, dueño de tres mil yeguas de las que se enamoró Bóreas. Tros sucedió a su padre Erictonio, y no solamente Troya, sino también toda Tróade recibió su nombre. Con su esposa Calírroe, hija de Escamandro, llegó a ser padre de Cleopatra la Menor, Ilo el Menor, Ásáraco y Ganimedes[12].

h. Entretanto, Ilo, el hermano de Erictonio, había ido a Frigia, donde intervino en los juegos que se realizaban en aquel momento, salió vencedor en la lucha y ganó como premio cincuenta muchachos y cincuenta muchachas. El rey frigio (cuyo nombre se ha olvidado) le dio también una vaca torda y le aconsejó que fundara una ciudad allí donde el animal sintiera el deseo de acostarse, Ilo siguió a la vaca, que se acostó al llegar a la colina de Ate, y él construyó allí la ciudad de Ilio, aunque, a causa de la advertencia del oráculo a su padre Dárdano, no la fortificó. Algunos dicen, no obstante, que fue a una de sus propias vacas misias la que siguió Ilo y que sus instrucciones provenían de Apolo. Pero otros sostienen que Ilio fue fundada por inmigrantes locrios y que ellos dieron el nombre de su montaña Friconis al monte Gime de Troya[13].

i. Cuando quedó marcado el circuito de los límites de la ciudad, Ilo pidió una señal a Zeus Omnipotente, y a la mañana siguiente encontró un

objeto de madera delante de su tienda, medio enterrado en la tierra y cubierto con malezas. Era el Paladio, imagen sin piernas de tres codos de altura, hecha por Atenea en recuerdo de su difunta compañera de juegos libia Palas. Palas, cuyo nombre agregó Atenea al suyo, tenía una lanza en alto en la mano derecha y una rueca y un huso en la izquierda, y la égida le envolvía el pecho. Atenea había puesto primeramente la imagen en el Olimpo, junto al trono de Zeus, donde era objeto de grandes honores, pero cuando la bisabuela de Ilo, la pléyade Electra, fue violada por Zeus y la profanó con su contacto, Atenea la arrojó airadamente, juntamente con la imagen, a la tierra[14].

j. Apolo Esminteo aconsejó ahora a Ilo: «Protege a la Diosa que cayó del cielo y protegerás a tu ciudad, pues adondequiera que va lleva el imperio». En consecuencia, erigió un templo en la ciudadela para alojar a la imagen[15].

k Algunos dicen que se erigía ya el templo cuando la imagen descendió del cielo como un don de la diosa. Cayó a través de una parte del techo que todavía no estaba terminada y la encontraron colocada exactamente en el lugar apropiado[16]. Otros dicen que Electra le dio el Paladio a Dárdano, su hijo tenido con Zeus, y que lo llevaron de Dardania a Ilio después de su muerte[17]. Otros más afirman que cayó del cielo en Atenas y que el ateniense Teucro lo llevó a Tróade. Y no faltan quienes creen que hubo dos paladios, uno ateniense y otro troyano, el último hecho con los huesos de Pélope, así como la imagen de Zeus en Olimpia estaba hecha con marfil indio; o que hubo muchos Paladios, todo igualmente lanzados desde el cielo, incluyendo las imágenes samotracias que llevó Ideo a Tróade[18]. El Colegio de las Vestales en Roma conserva al presente el que es considerado como el Paladio auténtico. Ningún ser humano puede contemplarlo impunemente. En un tiempo, cuando se hallaba todavía en poder de los troyanos, Ilo corrió a salvarlo en una alarma de incendio y por ello fue castigado con la ceguera; pero más tarde consiguió aplacar a Atenea y recuperó la vista[19].

l. Eurídice, hija de Adraste, tuvo con Ilo a Laomedonte, y a Temiste, que se casó con el frigio Capis y, según dicen algunos, fue la madre de Anquises[20]. Con Estrimo, hija de Escamandro y de Leucipe, o Zeuxipe, o

Toosa, Laomedonte tuvo cinco hijos: Titón, Lampo, Clitio, Hicetaón y Podarces; así como tres hijas: Hesione, Cila y Astíoque. También engendró a dos mellizos bastardos con la ninfa pastora Cálibe. Fue él quien decidió construir las famosas murallas de Troya y tuvo la buena suerte de conseguir los servicios de los dioses Apolo y Posidón, con quienes en aquel momento estaba disgustado Zeus porque se habían rebelado contra él, obligándoles a trabajar como peones. Posidón construyó las murallas mientras Apolo tocaba la lira y daba de comer a los rebaños de Laomedonte; y el lélege Éaco le echó una mano a Posidón. Pero Laomedonte no pagó a los dioses lo que les debía, por lo que mereció su enconado resentimiento. Ésta fue la causa de que él y todos sus hijos —con excepción de Podarces, que había cambiado su nombre por el de Príamo— perecieran cuando Heracles saqueó Troya[21].

m. Príamo, a quien Heracles concedió generosamente el trono de Troya, sospechaba que la calamidad que había caído sobre Troya se debía a su situación desafortunada más bien que a la ira de los dioses. En consecuencia envió a uno de sus sobrinos a que preguntara a la Pitonisa de Delfos si todavía pesaba una maldición sobre la colina de Ate. Pero el sacerdote de Apolo, Pántoo hijo de Otrias, era tan bello, que el sobrino de Príamo, olvidando su misión, se enamoró de él y lo llevó de vuelta a Troya. Aunque eso le molestó a Príamo, no se atrevió a castigar a su sobrino. En compensación por el mal que había cometido nombró a Pántoo sacerdote de Apolo y, como le daba vergüenza volver a consultar a la Pitonisa, reconstruyó Troya sobre los mismos cimientos. La primera esposa de Príamo fue Arisbe, hija de Merope, el adivino. Después de haberle dado a Esaco, la casó con Hirtaco, con quien fue madre de los hirtácidas Asió y Niso[22].

n. Este Ésaco, que aprendió el arte de interpretar los sueños de su abuelo Merope, es famoso por su gran amor a Astérope, hija del río Cebrén; cuando ella murió, Ésaco trató repetidamente de matarse saltando desde un risco, hasta que por fin los dioses se compadecieron de él y lo transformaron en una ave acuática, permitiéndole así que satisfaciera su obsesión con más decencia[23].

o. Hécabe, la segunda esposa de Príamo —a la que los latinos llaman Hécuba— era hija de Dimante y de la ninfa Eunoe; o, según dicen algunos, de Cisco y Teleclea; o del río Sangario y Metope; o de Glaucipé, la hija de Janto[24]. Le dio a Príamo diecinueve hijos, y los restantes eran hijos.de concubinas; los cincuenta ocupaban dormitorios adyacentes de piedra pulimentada. Las doce hijas de Príamo dormían con sus maridos en el lado más lejano del mismo patio[25]. El hijo mayor de Hécabe era Héctor, al que algunos llaman hijo de Apolo; luego dio a luz a París, Creúsa, Laódice y Políxena; y después a Deífobo, Heleno, Casandra, Pamón, Polites, Antifo, Hipónoo y Polidoro. Pero no hay duda de que a Troilo lo tuvo con Apolo[26].

p. Entre los hijos menores de Hécabe se hallaban los mellizos Casandra y Heleno. En la fiesta de su cumpleaños, celebrada en el templo de Apolo Timbreo, se cansaron de jugar y quedaron dormidos en un rincón, mientras sus olvidadizos padres, que habían bebido demasiado vino, volvieron tambaleándose a su casa sin ellos. Cuando Hécabe volvió al templo se encontró con que las serpientes sagradas lamían los oídos de los niños y gritó aterrada. Las serpientes desaparecieron inmediatamente en un montón de hojas de laurel, pero desde aquel momento Casandra y Heleno poseyeron el don de la profecía[27].

q. Otra versión del tema es que un día Casandra se quedó dormida en el templo; apareció Apolo y le prometió enseñarle el arte de la profecía si se acostaba con él. Casandra, después de aceptar el don, se arrepintió de lo convenido, pero Apolo le rogó que le diera un beso, y cuando ella lo hizo le escupió en la boca, con lo que se aseguró de que nadie creería nunca lo que ella profetizara[28].

r. Cuando, tras varios años de gobierno prudente, Príamo consiguió que Troya recuperara su riqueza y poderío anteriores, convocó a un consejo para tratar el caso de su hermana Hesíone, a la que el eácida Telamón había llevado a Grecia. Aunque él estaba a favor de emplear la fuerza, el consejo recomendó que primeramente se intentara la persuasión. En consecuencia, su cuñado Antenor y su primo Anquises fueron a Grecia y entregaron las demandas troyanas a los griegos reunidos en la corte de Telamón, pero éstos acogieron desdeñosamente esas demandas. Este incidente fue una de las

causas principales de la guerra de Troya[29], el triste fin de la cual predecía ya Casandra. Para evitar el escándalo, Príamo la encerró en un edificio piramidal de la ciudadela; la guardiana que cuidaba de ella tenía la orden de mantener a Príamo informado de todas sus profecías[30].

1. La situación de Troya en una llanura bien regada a la entrada del Helesponto, aunque la convertía en el principal centro comercial de la Edad de Bronce entre Oriente y Occidente, provocaba frecuentes ataques de todas partes. Las alegaciones griegas, cretenses y frigias de haber fundado la ciudad no eran irreconciliables, puesto que en la época clásica ya había sido destruida y reconstruida con mucha frecuencia. Hubo en total diez Troyas, y la séptima era la homérica. La Troya a la que se refiere Homero parece haber sido poblada por una federación de tres tribus —troyanos, ilianos y dardáneos—, cosa habitual en la Edad de Bronce.

2. «Apolo Esminteo» señala a Creta, pues smirthos es la palabra cretense con que se designa al «ratón», animal sagrado no sólo en Cnosos (véase 90.3), sino también en Filistia (1 Samuel vi.4) y Fócide (Pausanias: x.12.5); y Erictonio, el Viento Norte fertilizante, era adorado tanto por los pelasgos de Atenas como por los tracios (véase 48.3). Pero la pretensión ateniense de haber fundado Troya puede ser rechazada como propaganda política. Los ratones blancos que se mantenían en los templos de Apolo eran profilácticos contra la peste y contra las invasiones súbitas de ratones, como las que mencionan Eliano (Historia de animales xii.5 y 41) y Aristóteles (Historia de animales vi.370). Dárdano puede haber sido un tirreno de Lidia (véase 136.g) o Samotracia, pero Servio se equivoca al decir que provenía de Etruria, donde los tirrenos se establecieron mucho tiempo después de la guerra de Troya. «Zacinto», palabra cretense, que figura en la genealogía regia de Troya, era el nombre de una isla perteneciente al reino de Odiseo; y esto sugiere que reclamaba derechos hereditarios respecto a Troya.

3. El Paladio que las Vírgenes Vestales guardaban en Roma para la buena suerte de la ciudad tenía inmensa importancia para los mitógrafos italianos; alegaban que había sido rescatado de Troya por Eneas (Pausanias: ii.23.5) y llevado a Italia. Quizás estaba hecho con marfil de marsopa (véase

108.5). «Paladio» significa una piedra u otro objeto de culto alrededor del cual bailaban las muchachas de un clan particular, como en Tespia (véase 120.a) o saltaban los muchachos, pues pallas se emplea indistintamente para ambos sexos. El Colegio de Salios romano era una sociedad de sacerdotes saltarines. Cuando esos objetos de culto se identificaban con la prosperidad de la tribu y eran guardados cuidadosamente para impedir su robo o mutilación, se interpretaba que palladla significaba palta, «o cosas arrojadas desde el cielo». Los palta no podían estar ocultos al cielo; por eso la piedra del trueno sagrada de Término en Roma se hallaba bajo un agujero abierto en el techo del templo de Júpiter, lo que explica una abertura análoga en Troya.

4. La adoración de los meteoritos se extendió fácilmente a los monolitos antiguos, el origen fúnebre de los cuales había sido olvidado; y luego del monolito a la imagen de piedra, y de la imagen de piedra a la imagen de madera o de marfil sólo había un corto paso. Pero la caída de un escudo del cielo —el ancile de Marte (Ovidio: Fasti iii.259-73) es el caso más conocido— necesita una explicación mayor. Al principio se creía que los meteoritos, como los únicos palta auténticos, originaban el rayo que raja los árboles de los bosques. Luego las hachas de piedra neolíticas, como la que se encontró recientemente en el templo de Asine en Micenas, y las hachas o martinetes primitivos de la Edad de Bronce, como el de Cibeles en Éfeso (Hechos xix.35), fueron tomados erróneamente por rayos. Pero el escudo era también un instrumento del trueno. Los hacedores de lluvia prehelenos convocaban tormentas haciendo girar matracas para imitar el sonido del viento, y para imitar al trueno golpeaban grandes escudos de piel de buey muy estirada con palillos de tambor de dos cabezas como los que llevan los sacerdotes salios en el relieve de Anagni. La única manera de hacer que una matraca suene continuamente es girarla en circuito en forma de ocho, como hacen los niños con los molinos de viento de juguete; y como a las antorchas utilizadas para imitar el relámpago se las hacía girar, al parecer, del mismo modo, el escudo hacedor de lluvia tenía también la forma de ocho y los palillos dobles golpeaban continuamente en ambos lados. Por esto las ilustraciones cretenses que sobreviven muestran al espíritu del trueno descendiendo como un escudo en forma de ocho, y, por tanto, a los escudos antiguos se los adoraba como palta. Una tablilla de piedra caliza pintada de la acrópolis de Micenas demuestra, por el color de la carne, que

el espíritu del Trueno era una diosa más bien que un dios; en un anillo de oro encontrado en las cercanías no se indica el sexo del escudo que desciende.

5. Casandra y las serpientes recuerdan el mito de Melampo (véase 122.c) y el acto de escupir Apolo en su boca el de Glauco (véase 90.f). Su prisión era probablemente una tumba en forma de colmena desde la que hacía profecías en nombre del héroe que yacía enterrado allí (véase 43.2 y 154.1).

6. Éaco, el nombre del hijo profético de Príamo, significa la rama de mirto que se pasaba de uno a otro comensal en los banquetes griegos como un desafío a cantar o componer. Como el mirto es un árbol de la muerte (véase 101.1 y 109.4), esos poemas pueden haber sido originalmente profecías hechas en una fiesta dedicadas a un héroe. El ave acuática estaba consagrada a Atenea en el Ática y asociada con el anegamiento del pharmacos regio (véase 94.1). El salto de Escamandro en el río Janto tiene que referirse a una costumbre troyana análoga de ahogar al rey viejo (véase 108.3); se suponía que su ánima preñaba a las muchachas cuando iban a bañarse allí (véase 137.3). Tántalo, que parece haber sufrido la misma suerte, se casó con la hija de Janto (véase 108.d)

7. Príamo tenía cincuenta hijos, diecinueve de los cuales eran legítimos; esto indica que en Troya la longitud del reinado del Rey se regía por el ciclo metónico de diecinueve años y no por el ciclo de cien lunaciones compartido entre el rey y el heredero, como en Creta (véase 138.j) y Arcadia (véase 38.2). Sus doce hijas eran quizá guardianas de los meses.

8. La importancia de la participación de Éaco en la construcción de las murallas de Troya no se debe pasar por alto: Apolo había profetizado que sus descendientes estarían presentes en su captura tanto en la primera como en la cuarta generación (véase 66.i), y sólo se podría abrir una brecha en la parte construida por Éaco (Píndaro: Odas píticas viii. 31-46). Andrómaca recordó a Héctor que esa parte era la cortina del lado occidental de la muralla, «cerca de la higuera», donde la ciudad podía ser atacada con más facilidad (Homero: Ilíada vi.431-9), y «los más valientes que siguen a los dos Ayantes ya por tres veces se han encaminado a aquel sitio para intentar el asalto: alguien que conoce los oráculos se lo indicó, o su mismo arrojo los impele y anima». Las excavaciones realizadas en Troya por Dórpfeld demostraron que la muralla era, inexplicablemente, más débil en ese punto;

pero los compañeros de Áyax y de Éaco no necesitaban que un adivino les informara de ello si, como sugiere Polibio, «Éaco» provenía de la locrense Opus, la ciudad de Áyax el Pequeño. Lócride, que parece haber proporcionado el elemento iliano de la Troya homérica, y gozaba del privilegio de nombrar a las sacerdotisas troyanas (véase 168.2), era un distrito lélege pre-helénico con instituciones matrilineales e inclusive matriarcales (véase 136.4); otra tribu de léleges, quizá de ascendencia locria, vivía en Pedaso, en Tróade. Una de sus princesas, Laótoe, fue a Troya y tuvo un hijo con Príamo (Homero: Ilíada xxi.86). Parece haber sido la buena voluntad de las sacerdotisas locrias para sacar a escondidas el paladio y ponerlo a salvo en Lócride lo que facilitó la toma de la ciudad por los griegos (véase 168.4).

9. Puesto que un Teucro era hijo de Escamandro y otro nieto de Éaco e hijo de Hesíone, la hermana de Príamo (véase 137.2), al elemento teucro en Troya se le puede identificar con el lélege, o eácida, o iliano; los otros dos elementos eran el lidio, o dardanio, o tirreno, y el troyano, o frigio.

159. PARÍS Y HELENA

a. Cuando Helena, la bella hija de Leda, llegó al estado de mujer en el palacio de su padre adoptivo Tindáreo en Esparta, todos los príncipes de Grecia se presentaron con valiosos regalos como pretendientes, o enviaron parientes para representarlos. Diomedes, quien acababa de obtener su victoria en Tebas, se hallaba allí con Áyax, Teucro, Filoctetes, Idomeneo, Patroclo, Menesteo y otros muchos. También fue Odiseo, pero con las manos vacías, porque no tenía la menor probabilidad de buen éxito, pues aunque los Dioscuros, hermanos de Helena, deseaban que ésta se casase con Menesteo de Atenas, Odiseo sabía que se la darían al príncipe Menelao, el más rico de los aqueos, representado por el poderoso yerno de Tindáreo, Agamenón[1].

b. Tindáreo no despidió a ninguno de los pretendientes, pero, por otra parte, tampoco aceptó ninguno de los regalos, pues temía que su parcialidad por cualquiera de los príncipes provocara peleas entre los demás. Odiseo le preguntó un día: «Si te digo cómo pueden evitar una querella, ¿me ayudarás, en cambio, a casarme con Penélope, la hija de Icario?» «Trato hecho», contestó Tindáreo. «Entonces —continuó Odiseo— mi consejo es éste: insiste en que todos los pretendientes de Helena juren defender al marido elegido por ella contra quienquiera que se sienta ofendido por su buena suerte.» Tindáreo convino en que ése era un procedimiento prudente. Después de sacrificar un caballo y de descuartizarlo, hizo que cada uno de los pretendientes se colocase sobre los pedazos sangrientos y repitiese el juramento que Odiseo había formulado; luego enterraron los pedazos en un lugar al que se sigue llamando «La Tumba del Caballo».

c. No se sabe si fue el propio Tindáreo quien eligió al marido de Helena o si ella declaró su preferencia coronándole con una guirnalda[2]. De todos modos se casó con Menelao, quien llegó a ser rey de Esparta después de la muerte de Tindáreo y de la deificación de los Dioscuros. Pero su matrimonio estaba condenado al fracaso: años antes, mientras hacía sacrificios a los dioses, Tindáreo se había olvidado tontamente de Afrodita, quien se vengó jurando que haría a sus tres hijas —Clitemestra, Timandra y Helena— célebres por sus adulterios[3].

d. Menelao tuvo una hija con Helena y la llamó Hermíone; sus hijos eran Etiolao —de quien pretende descender la familia persa de los Morrafio — y Plístenes. Una esclava etolia llamada Pieris dio más tarde a Menelao dos mellizos bastardos: Nicóstrato y Megapentes[4].

e. Se ha preguntado por qué Zeus y Temis proyectaron la guerra de Troya. ¿Fue para hacer famosa a Helena por haber embrollado a Europa y Asia? ¿O para exaltar a la raza de los semidioses y al mismo tiempo hacer menos densas las tribus populosas que oprimían la superficie de la Madre Tierra? Sus motivos tienen que seguir siendo oscuros, pero ya habían tomado la decisión cuando Éride arrojó una manzana de oro en la que estaban inscritas estas palabras: «Para la más bella», en la boda de Peleo y Tetis. Zeus Omnipotente no quiso decidir la subsiguiente disputa entre Hera, Atenea y Afrodita y dejó que Hermes llevara a las diosas al monte Ida, donde Paris, el hijo perdido de Príamo, actuaría como árbitro[5].

f. Ahora bien, poco antes del nacimiento de París había soñado Hécabe que daba a luz un haz de leña del que salían retorciéndose innumerables serpientes de fuego. Se despertó gritando que la ciudad de Troya y los bosques del monte Ida ardían. Príamo consultó inmediatamente con su hijo Ésaco, el adivino, quien anunció: «¡El niño que está a punto de nacer será la ruina de nuestro país! Te ruego que te deshagas de él[6]».

g. Pocos día después Ésaco hizo otro anuncio: «La troyana de la casa real que hoy dé a luz un niño debe ser destruida, y también su hijo». Por consiguiente Príamo mató a su hermana Cila y su hijo Munipo, nacido esa mañana misma de su unión secreta con Timete, y los enterró en el recinto sagrado de Tros. Pero Hécabe había dado a luz un hijo antes del anochecer y Príamo perdonó a ambos la vida, aunque Herófila y otros adivinos

instaron a Hécabe a que matara por lo menos al niño. Ella no pudo decidirse a hacerlo, y al final convencieron a Príamo para que llamara al jefe de sus pastores, un tal Agelao, y le confiara la tarea. Agelao, demasiado bondadoso para emplear una cuerda o una espada, abandonó al recién nacido en el monte Ida, donde le amamantó una osa. Cuando volvió cinco días después, Ageleao quedó pasmado ante el portento y llevó al niño a su casa en un zurrón —de aquí el nombre de «París»— para criarlo juntamente con su propio hijo recién nacido[7] y le llevó a Príamo una lengua de perro como prueba de que había obedecido su orden. Pero algunos dicen que Hécabe sobornó a Agelao para que no matara a París y ocultara el secreto a Príamo[8].

h. La noble alcurnia de París se puso pronto de manifiesto gracias a su belleza, su inteligencia y su fuerza sobresalientes: cuando era poco más que un niño venció a una cuadrilla de ladrones de ganado y recuperó las vacas que habían robado, por lo que mereció el sobrenombre de Alejandro[9]. Aunque no era más que un esclavo en esa época, Paris fue el amante preferido de Enone hija del río Éneo, una ninfa de las fuentes. Rea le había enseñado el arte de la profecía y Apolo el de la medicina mientras trabajaba como pastor de Laomedonte. Paris y Enone solían cuidar sus rebaños y cazar juntos y él grababa su nombre en la corteza de las hayas y los álamos[10]. Su principal diversión consistía en hacer que los toros de Agelao lucharan entre ellos; coronaba al vencedor con flores y al perdedor con paja. Cuándo un toro comenzó a vencer continuamente, Paris lo enfrentó con los campeones de los rebaños de sus vecinos, a todos los cuales venció. Por fin ofreció poner una corona de oro en los cuernos del toro que pudiese vencer al suyo. Por broma, Ares se transformó en toro y ganó el premio. Paris entregó sin vacilar la corona a Ares, lo que sorprendió y complació a los dioses que observaban desde el Olimpo, y ése fue el motivo de que Zeus lo eligiese como arbitro entre las tres diosas[11].

i. Cuidaba su ganado en el monte Gárgaro, la cumbre más alta del Ida, cuando Hermes, acompañado por Hera, Atenea y Afrodita, le entregó la manzana de oro y el mensaje de Zeus:

—Paris, puesto que eres tan bello como sabio en los asuntos del corazón, Zeus te ordena que juzgues cuál de estas diosas es la más bella.

Paris aceptó la manzana dudosamente y contestó:

—¿Cómo puede un simple pastor como yo hacerse arbitro de la belleza divina? Dividiré la manzana entre las tres.

—No, no, no puedes desobedecer a Zeus Omnipotente —se apresuró a replicar Hermes—. Tampoco estoy autorizado para aconsejarte. ¡Utiliza tu inteligencia natural!

—Así sea —suspiró Paris—. Pero antes ruego que las perdedoras no se ofendan conmigo. Sólo soy un ser humano, expuesto a cometer los errores más estúpidos.

Las diosas convinieron en acatar su decisión.

—¿Bastará con juzgarlas tal como están —preguntó Paris a Hermes— o deberán desnudarse?

—Tú debes decidir las reglas de la competencia —contestó Hermes con una sonrisa discreta.

—En ese caso, ¿tendrán la bondad de desnudarse?

Hermes dijo a las diosas que lo hicieran y él se volvió cortésmente.

j. Afrodita no tardó en estar lista, pero Atenea insistió en que debía quitarse su famoso ceñidor mágico que le daba una ventaja injusta, pues hacía que todos se enamoraran de quien lo llevaba.

—Está bien —dijo Afrodita con rencor—, lo haré con la condición de que tú te quites tu yelmo, pues estás espantosa sin él.

—Ahora, si no tenéis inconveniente, os juzgaré una por una —anunció Paris— para evitar discusiones perturbadoras. ¡Ven, divina Hera! ¿Tendrán las otras dos diosas la bondad de dejarnos durante un rato?

—Examíname concienzudamente —dijo Hera mientras se daba vuelta lentamente y exhibía su figura magnífica—, y recuerda que si me declaras la más bella te haré señor de toda el Asia y el hombre más rico del mundo[12].

—Yo no me dejo sobornar, señora… Muy bien, gracias. Ya he visto todo lo que necesitaba ver. ¡Ahora ven, divina Atenea!

k. —Aquí estoy —dijo Atenea, avanzando con decisión—. Escucha, Paris: si tienes el sentido común suficiente para concederme el premio haré que salgas victorioso en todas tus batallas, y que seas el hombre más bello y sabio del mundo.

—Soy un humilde pastor, no un soldado —replicó Paris—. Puedes ver con tus propios ojos que la paz reina en toda Lidia y Frigia y que no se disputa la soberanía del rey Príamo. Pero prometo considerar imparcialmente tu aspiración a la manzana. Ahora puedes volver a ponerte tus ropas y tu yelmo. ¿Estás lista, Afrodita?

l. Afrodita se acercó a él despacio y Paris se ruborizó porque se puso tan cerca que casi se tocaban.

—Examíname cuidadosamente, por favor, sin pasar nada por alto… Por cierto, en cuanto te vi me dije: «A fe mía, éste es el joven más hermoso de Frigia. ¿Por qué pierde el tiempo en este desierto cuidando un ganado estúpido?» ¿Por qué lo haces, Paris? ¿Por qué no vas a una ciudad y vives una vida civilizada? ¿Qué puedes perder casándote con alguien como Helena de Esparta, que es tan bella como yo y no menos apasionada? Estoy convencida de que, cuando os hayáis conocido, ella abandonará su hogar, su familia y todo para ser tu amante. Habrás oído hablar de Helena ¿no?

—Nunca hasta ahora, señora. Te quedaré muy agradecido si me la describes.

m. —Helena tiene una tez bella y delicada, pues nació del huevo de un cisne. Puede alegar que su padre es Zeus, le gustan la caza y la lucha y causó una guerra cuando era todavía niña. Y cuando llegó a la mayoría de edad todos los príncipes de Grecia aspiraron a su mano. Ahora está casada con Menelao, hermano del rey supremo Agamenón, pero eso no es un inconveniente, pues puedes conseguirla si quieres.

—¿Cómo es posible si está ya casada?

—¡Caramba, qué inocente eres! ¿Nunca has oído que es mi deber divino arreglar esa clase de asuntos? Te sugiero que recorras Grecia con mi hijo Eros come guía. Cuando lleguéis a Esparta él y yo procuraremos que Helena se enamore perdidamente de ti.

—¿Estás dispuesta a jurarlo? —preguntó París, excitado.

Afrodita juró solemnemente y Paris, sin pensarlo más, le concedió la manzana de oro.

Pero incurrió en el odio encubierto de Hera y Atenea, quienes se alejaron tomadas del brazo a preparar la destrucción de Troya, mientras

Afrodita, sonriendo pícaramente, se preguntaba cómo podía cumplir mejor su promesa[13].

n. Poco después Príamo envió a sus sirvientes en busca de un toro del rebaño de Agelao. Iba a ser el premio en los juegos fúnebres que se celebraban anualmente en honor de su hijo difunto. Cuando los sirvientes eligieron el toro mejor, Paris sintió de pronto el deseo de asistir a los juegos y corrió tras ellos. Agelao trató de retenerlo: «Tú tiene tus corridas de toros particulares. ¿Qué más puedes desear?», le dijo, pero Paris insistió y al final Agelao le acompañó a Troya.

o. En Troya era costumbre que al terminar la sexta vuelta de la carrera de carros los que se habían presentado para intervenir en el pugilato comenzasen a luchar delante del trono. Paris decidió competir y, a pesar de las súplicas de Agelao, salió a la liza y ganó la corona, por puro valor más bien que por habilidad. También ganó la carrera pedestre, lo que exasperó tanto a los hijos de Príamo que le desafiaron a correr otra; y así conquistó la tercera corona. Avergonzados por su derrota pública, decidieron matar a París y pusieron guardias armados en todas las salidas del estadio, mientras Héctor y Deífobo le atacaban con sus espadas. Paris corrió a protegerse en el altar de Zeus y Agelao se acercó corriendo a Príamo: gritando: «¡Majestad, ese joven es tu hijo perdido hace tiempo!» Príamo llamó inmediatamente a Hécabe, quien, cuando Agelao mostró el sonajero que había encontrado en las manos de Paris, confirmó su identidad. Fue llevado triunfalmente al palacio, donde Príamo celebró su regreso con un gran banquete y sacrificios a los dioses. Sin embargo, tan pronto como los sacerdotes de Apolo se enteraron de la noticia anunciaron que Paris debía ser ejecutado inmediatamente, pues de otro modo Troya perecería. Le informaron de ello a Príamo, quien contestó: «¡Prefiero que caiga Troya a que muera mi hijo maravilloso!»[14].

p. Los hermanos casados de Paris le instaron poco después a que tomara una esposa, pero él les dijo que confiaba en que Afrodita le elegiría una, pues se lo suplicaba todos los días. Cuando se convocó a otro consejo para tratar del rescate de Hesíone, pues las gestiones pacíficas habían fracasado, Paris se ofreció voluntariamente para encabezar la expedición si Príamo le proporcionaba una flota grande y bien tripulada. Añadió astutamente que si

no conseguía llevar de vuelta a Hesíone, quizá podría llevar a una princesa griega de la misma categoría como rehén por ella. Su deseo secreto era, por supuesto, ir a Esparta para sacar de allí a Helena[15].

q. Ese mismo día Menelao llegó inesperadamente a Troya y preguntó por las tumbas de Lico y Quimereo, los hijos de Prometeo con la atlántida Celeno; explicó que el remedio que le había prescrito el oráculo de Delíos para una peste que hacía estragos en Esparta era ofrecerles sacrificios de héroes. París agasajó a Menelao y le pidió, como favor, que le purificara en Esparta, pues había matado accidentalmente al joven hijo de Antenor, Anteo, con una espada de juguete. Menelao accedió y París, por consejo de Afrodita, encargó a Pereció, hijo de Tectón, que construyera la flota que Príamo le había prometido; el mascarón de proa de la nave capitana debía ser una Afrodita sosteniendo a un Eros en miniatura. El primo de París, Eneas, hijo de Anquises, accedió a acompañarle[16]. Casandra, con la cabellera suelta, predijo la conflagración que causaría el viaje, y Heleno se mostró de acuerdo, pero Príamo no hizo caso de ninguno de sus hijos proféticos. Ni siquiera Enone logró disuadir a París de su viaje fatal, aunque lloró cuando le dio el beso de despedida. «Vuelve a mí si te hieren —le dijo ella—, pues solamente yo puedo curarte[17]».

r. La flota se hizo a la mar, Afrodita envió un viento favorable y París llegó pronto a Esparta, donde Menelao le agasajó durante nueve días. En el banquete París entregó a Helena los regalos que había llevado de Troya, y sus miradas desvergonzadas, fuertes suspiros y señas audaces le causaron una gran turbación. Tomando la copa de ella, ponía los labios en la parte del borde por donde ella había bebido; y en una ocasión encontró las palabras «Te amo, Helena», escritas con vino en la mesa. A Helena le aterraba que Menelao pudiera sospechar que alentaba la pasión de París, pero como Menelao no era observador, se embarcó alegremente para Creta, donde tenía que asistir a las exequias de su abuelo Catreo, dejando que Helena agasajara a los huéspedes y gobernara el reino durante su ausencia[18].

s. Helena se fugó con París esa misma noche y se entregó a él amorosamente en el primer puerto de escala, que era la isla de Cránae. En la tierra firme, frente a Cránae, se halla el altar de Afrodita Unidora, fundado por París para celebrar esta ocasión[19]. Algunos dicen falsamente que

Helena rechazó sus requerimientos y que él se la llevó por la fuerza mientras ella cazaba; o haciendo una incursión súbita en la ciudad de Esparta; o disfrazándose de Menelao con la ayuda de Afrodita. Ella abandonó a su hija Hermíone, que tenía entonces nueve años de edad, pero se llevó a su hijo Plístenes, la mayor parte de los tesoros del palacio y oro por valor de tres talentos robado en el templo de Apolo; así como cinco sirvientas, entre ellas dos ex-reinas, Etra, la madre de Teseo, y Tisadie, la hermana de Pirítoo[20].

t. Cuando se dirigían a Troya una gran tormenta enviada por Hera obligó a París a hacer escala en Chipre. Desde allí navegó a Sidón, donde le agasajó el rey, al cual, instruido ya en los métodos del mundo griego, asesinó y robó traidoramente en la sala de los banquetes. Mientras embarcaban el cuantioso botín le atacó un grupo de sidonios; París los rechazó tras un sangriento combate y la pérdida de dos navíos, y continuó su viaje. Como temía que le persiguiera Menelao, se detuvo durante varios meses en Fenicia, Chipre y Egipto, pero por fin llegó a Troya y celebró su boda con Helena[21]. Los troyanos la acogieron bien, embelesados por su belleza, y un día, al encontrar en la ciudadela troyana una piedra que goteaba sangre cuando se la frotaba con otra, la reconoció como un poderoso afrodisíaco y la utilizó para mantener encendida la pasión de Paris. Más todavía: toda Troya y no solamente Paris se enamoró de ella y Príamo juró que nunca la dejaría irse[22].

u. Según una versión completamente distinta, Hermes robó a Helena por orden de Zeus y la confió al rey Proteo de Egipto; entretanto una Helena fantasma, hecha con nubes por Hera (o, según dicen algunos, por Proteo) fue enviada a Troya junto a Paris, con el único propósito de provocar la lucha[23].

v. Según la versión de Jos sacerdotes egipcios, no menos improbable, la flota troyana fue desviada de su ruta por el viento y Paris desembarcó en las Salinas, en la desembocadura canópica del Nilo. Allí hay un templo de Heracles, al que acuden los esclavos fugitivos, los cuales, a su llegada, se dedican al dios y reciben ciertas marcas sagradas en su cuerpo. Los sirvientes de París se refugiaron en ese templo y, después de conseguir la protección de los sacerdotes, le acusaron de haber raptado a Helena. El

guardián canópico se enteró del asunto e informó al rey Proteo de Menfis, quien hizo detener a Paris y ordenó que lo llevaran ante él, juntamente con Helena y el tesoro robado. Tras un severo interrogatorio, Proteo desterró a Paris, pero retuvo a Helena y el tesoro en Egipto hasta que Menelao fuera a recogerlos. En Menfis hay un templo de Afrodita Extranjera que, según se dice, le dedicó personalmente Helena. Helena le dio a Paris tres hijos: Bunico, Agano e Ideo, todos los cuales murieron en Troya cuando eran todavía niños de pecho a consecuencia del derrumbamiento de un techo; y una hija llamada también Helena[24]. Paris había tenido un hijo llamado Corito con Enone, y ésta, celosa de Helena, lo envió para que guiara hasta Troya a los griegos vengadores[25].

1. A Estesícoro, el poeta siciliano del siglo VI, se le atribuye la versión de que Helena nunca fue a Troya y que la guerra se libró por «sólo un fantasma». Después de escribir un poema que la presentaba bajo una luz sumamente desfavorable, quedó ciego y luego supo que era víctima del desagrado postumo de Helena (véase 164.w). De aquí su palinodia, que comienza así: «La verdad es que no fuiste en las naves bien tripuladas, ni llegaste a las torres de Troya», la declamación pública de la cual le devolvió la vista (Platón: Fedro 44; Pausanias: iii.19.ii). Y ciertamente, no está claro en qué sentido Paris, o Teseo antes que él, habían raptado a Helena. «Helena» era el nombre de la diosa Luna espartana, el casamiento con la cual, después del sacrificio de un caballo (véase 81.4) hizo rey a Menelao; pero Paris no usurpó el trono. Es posible, por supuesto, que los troyanos invadieran Esparta y se llevaran a la heredera y los tesoros del palacio en represalia por un saqueo griego de Troya, como implica la fábula de Hesíone. Pero si bien la Helena de Teseo era quizás de carne y hueso (véase 103.4) la Helena troyana es más probable que fuera «sólo un fantasma», como alegaba Estesícoro.

2. Esto es sugerir que los mnesteres tes Helenes, «pretendientes de Helena», eran realmente mnesteres tou Hellespontou, «los que tenían en cuenta el Helesponto», y que el juramento solemne que esos reyes prestaron sobre los peda zos sangrientos del caballo consagrado a Posidón, el principal patrono de la expedición, fue para apoyar los derechos de

cualquier miembro de la confederación a navegar por el Helesponto a pesar de los troyanos y sus aliados asiáticos (véase 148.10, 161.1 y 162J). Después de todo, el Helesponto llevaba el nombre de su propia diosa Hele. La fábula de Helena proviene, en realidad, de la epopeya ugarita Keret, en la que la esposa legítima de Keret, Huray, es raptada y llevada a Udm.

3. El nacimiento de París sigue el modelo mítico de Eolo (véase 43.c), Edipo (véase 105.a), Jasón (véase 148.a) y los demás; es el conocido niño del Año Nuevo, con el hijo de Agelao como mellizo. Su victoria sobre los cincuenta hijos de Príamo en una carrera pedestre resulta igualmente familiar (véase 53.3 y 60.m). «Enone» parece haber sido el título de la princesa que conquistó en esa ocasión (véase 53.3; 60.4; 98.o y 160.d). En realidad no otorgó la manzana a la más bella de las tres diosas. Esta fábula ha sido deducida erróneamente de una ilustración que mostraba a Heracles recibiendo una rama de manzano de las Hespérides (véase 133.4) —la diosa ninfa desnuda en tríada—, a Ádano de Hebrón en el acto de ser hecho inmortal por la Madre de Todos los Vivientes cananea, o al triunfador en la carrera pedestre de Olimpia recibiendo su premio (véase 53.7); como lo demuestra la presencia de Hermes, Conductor de las Almas, su guía para ir a los Campos Elíseos.

4. En el siglo XIV a. de C. Egipto y Fenicia sufrieron frecuentes incursiones de los keftiu, o «pueblos del mar», en las que los troyanos parecen haber desempeñado un papel importante. Entre las tribus que se asentaron en la Palestina se hallaban los gergeseos (Génesis x.16), es decir, los teucros de Gergis, o Gergesa, en Tróade (Homero: Ilíada viii.304; Herodoto: v.122 y vii.43; Livio: xxxviii.39). Príamo y Anquises figuran en el Antiguo Testamento como Piram y Achish (Josué x.3 y 1 Samuel xxvii.2); y Pharez, un antepasado de la tribu racialmente mixta de Judá, que luchó con su mellizo dentro del vientre de su madre (Génesis xxxviii. 29), parece ser París. La «piedra sangrante» de Helena, encontrada en la ciudad troyana, se explica con la ejecución allí del sobrino de Príamo, Munipo: París siguió siendo el consorte de la reina al precio del sacrificio anual de un niño. Anteo («florido») es una víctima análoga: su nombre, un título de Dioniso Primaveral (véase 85.2) se dio a otros príncipes infortunados, cortados en la flor de su vida; entre ellos el hijo de Posidón, muerto y desollado por Cleómenes (Filostéfano: Fragmento 8); y Anteo de Halicarnaso, ahogado en un pozo por Cleobis (Pártenos: Narraciones 14).

5. Cila, cuyo nombre significa «los dados adivinadores hechos con hueso de asno» (Hesiquio sub Cila) tiene que ser Atenea, la diosa de la ciudadela troyana que inventó el arte de la pronosticación (véase 17.j) y presidió la muerte de Munipo.

160. LA PRIMERA REUNIÓN EN AULIDE

a. Cuando Paris decidió hacer a Helena su esposa no esperaba que tendría que pagar el ultraje inferido a la hospitalidad de Menelao. ¿Los cretenses habían sido llamados a cuentas cuando, en nombre de Zeus, robaron Europa a los fenicios? ¿Se les había pedido a los argonautas que pagasen por el rapto de Medea en Cólquide? ¿O a los atenienses por el rapto de la cretense Ariadna? ¿O a los tracios por el de la ateniense Orítía[1]? Sin embargo, este caso tuvo unas consecuencias diferentes. Hera hizo que Iris volara a Creta con la noticia de la fuga, y Menelao se apresuró a volver a Micenas, donde pidió a su hermano Agamenón que reclutase inmediatamente un ejército y lo llevase contra Troya.

b. Agamenón accedió a hacerlo solamente si los mensajeros que se disponía a enviar a Troya para exigir la vuelta de Helena y la compensación por la afrenta inferida a Menelao volvían sin haber conseguido nada. Cuando Príamo negó todo conocimiento del asunto —pues Paris se hallaba todavía en aguas meridionales— y preguntó qué satisfacción se les había dado a sus propios enviados por el rapto de Hesíone, Menelao envió heraldos a todos los príncipes que habían jurado sobre los trozos sangrientos del caballo, recordándoles que la acción de Paris era una afrenta para toda Grecia. A menos que el delito fuera castigado de una manera ejemplar en adelante nadie podría estar seguro de que a su esposa no le sucedería nada malo. Menelao llamó al viejo Néstor de Pilos y recorrieron juntos el continente griego para convocar a los caudillos de la expedición[2].

c. Luego, acompañado por Menelao y Palamedes, el hijo de Nauplio, Agamenón fue a Ítaca, donde le resultó sumamente difícil convencer a

Odiseo de que debía unirse e ellos. Este Odiseo, aunque pasaba por ser hijo de Laertes, había sido engendrado en secreto por Sísifo y Anticlea, hija del famoso ladrón Autólico. Inmediatamente después del nacimiento, Autólico fue a Ítaca y en la primera noche de su estada, terminada la cena, tomó al infante en sus rodillas. «Dale un nombre, padre», le dijo Anticlea, y Autólico contestó: «Durante mi vida he contenido con muchos príncipes y por lo tanto llamaré a este nieto Odiseo, que significa el Enojado, porque será víctima de mis enemistades. Pero si alguna vez va al monte Parnaso para reprocharme le daré una parte de mis posesiones y apaciguaré su ira». Tan pronto como Odiseo llegó a la mayoría de edad hizo la debida visita a Autólico, pero mientras cazaba con sus tíos le hirió en el muslo un jabalí y conservó la cicatriz hasta su muerte. Sin embargo, Autólico le atendió bien y volvió a Ítaca cargado con los dones prometidos[3].

d. Odiseo se casó con Penélope, hija de Icario y de la náyade Peribea; algunos dicen que a pedido de Tindáreo, el hermano de Icario, quien se las arregló para que ganara una carrera de los pretendiente por la calle de Esparta llamada «Afeta». Penélope, quien anteriormente se llamaba Arnea, o Arnacia, había sido arrojada al mar por Nauplio obedeciendo la orden de su padre, pero una bandada de patos con rayas purpúreas la sostuvo a flote, la alimentó y la llevó a la costa. Impresionados por este prodigio, Icario y Peribea se enternecieron y Arnea recibió el nuevo nombre de Penélope, que significa «pato[4]».

e. Después de casar a Penélope con Odiseo, Icario suplicó a éste que se quedara en Esparta y, cuando él se negó, siguió al carro en que se alejaban los recién casados rogando a Penélope que volviera. Odiseo, que hasta entonces había conservado su paciencia, se volvió y le dijo a Penélopé «¡O bien vienes a Ítaca por tu libre albedrío, o bien, si prefieres a tu padre, quédate aquí sin mí!» La única respuesta de Penélope fue bajarse el velo. Icario, comprendiendo que Odiseo tenía derecho a ello, la dejó ir y erigió una imagen al Pudor que todavía se muestra a unos seis kilómetros de la ciudad de Esparta, en el lugar donde sucedió este episodio[5].

f. Ahora bien, a Odiseo le había advertido un oráculo: «Si vas a Troya, no volverás hasta el vigésimo año, y lo harás solo e indigente». En consecuencia simuló estar loco, y Agamenón, Menelao y Palamedes lo

encontraron con un gorro de fieltro en forma de medio huevo, arando con un asno y un buey uncidos juntos y arrojando sal sobre el hombro mientras caminaba. Cuando simuló no reconocer a sus distinguidos huéspedes, Palamedes arrancó al niño Telémaco de los brazos de Penélope y lo puso en tierra delante de la yunta que avanzaba. Odiseo se apresuró a refrenar a los animales para que no mataran a su hijo único, con lo que quedó demostrada su cordura y se vio obligado a unirse a la expedición[6].

g. Menelao y Odiseo fueron con Taltibio, el heraldo de Agamenón, a Chipre, donde el rey Cíniras, otro de los anteriores pretendientes de Helena, les entregó un peto como regalo para Agamenón y juró que contribuiría con cincuenta naves. Cumplió su promesa, pero envió solamente una nave verdadera y cuarenta y nueve pequeñas de barro, con muñecos como tripulantes, que el capitán botó al agua cuando se acercaba a la costa de Grecia. Invocado por Agamenón para que vengara este fraude, se dice que Apolo mató a Cíniras y al punto sus cincuenta hijas se arrojaron al mar y se transformaron en alciones. La verdad es, no obstante, que Cíniras se suicidó cuando descubrió que había cometido incesto con su hija Esmirna[7].

h. Calcante, el sacerdote de Apolo, renegado troyano, había predicho que no se podría tomar a Troya sin la ayuda del joven Aquiles, el séptimo hijo de Peleo. Tetis, la madre de Aquiles había dado muerte a los otros hermanos de éste quemándoles sus partes mortales, y él habría perecido de la misma manera si Peleo no le hubiera arrancado del fuego y reemplazado su hueso del tobillo chamuscado con otro tomado del esqueleto desenterrado del gigante Damiso. Pero algunos dicen que Tetis lo sumergió en el río Estigia, de modo que solamente el talón por el que lo sostuvo no quedó inmortalizado[8].

i. Cuando Tetis abandonó a Peleo llevó el niño al centauro Quirón, el que lo crió en el monte Pelión, alimentándolo con entrañas de leones y jabalíes y tuétano de osos, para hacerlo valiente; o, según otra versión, con panales de miel y tuétano de cervatillos para que pudiera correr rápidamente. Quirón le instruyó en las artes de la equitación, la caza, la flauta y la curación; la musa Calíope le enseñó también a cantar en los banquetes. Cuando sólo tenía seis años de edad mató a su primer jabalí y en adelante llevaba constantemente a la cueva de Quirón los cuerpos jadeantes

de jabalíes y leones. Atenea y Ártemis contemplaban admiradas a aquel niño de cabellera dorada que corrían tan rápidamente que podía alcanzar y matar a los ciervos sin ayuda de sabuesos[9].

j. Ahora bien. Tetis sabía que su hijo no volvería jamás de Troya si se unía a la expedición, pues estaba destinado a alcanzar allí la gloria y morir prematuramente, o a vivir una vida larga pero no gloriosa en su patria. Lo disfrazó de muchacha y lo confió a Licomedes, rey de Esciros, en cuyo palacio vivió con el nombre de Cercisera, Aisa o Pirra, y tuvo un amorío con Deidamía, la hija de Licomedes, quien le dio un hijo llamado Pirro y más tarde Neoptólemo. Pero algunos dicen que Neoptólemo era hijo de Aquiles e Ifigenia[10].

k. Odiseo, Néstor y Áyax fueron enviados en busca de Aquiles a Esciros, donde según los rumores se hallaba oculto. Licomedes les dejó registrar el palacio, y tal vez no hubieran descubierto nunca a Aquiles si Odiseo no hubiera dejado un montón de regalos —en su mayoría joyas, ceñidores y vestidos bordados— en el vestíbulo y pedido a las damas de la corte que tomaran lo que más les gustase. Luego Odiseo ordenó que de pronto tocaran la trompeta y chocaron las armas fuera del palacio, y tal como esperaba una de las muchachas se desnudó hasta la cintura y tomó el escudo y la lanza que había incluido entre los regalos. Era Aquiles, quien acto seguido prometió llevar a los mirmidones a Troya[11].

l. Algunos autores desdeñan esto como un cuento fantástico y dicen que Néstor y Odiseo en su viaje de reclutamiento llegaron a Ftía, donde fueron agasajados por Peleo, quien permitió de buena gana que Aquiles, que entonces tenía quince años de edad, fuera con ellos bajo la tutoría de Fénix, el hijo de Amintor y Cleóbule y que Tetis le dio un bello cofre con inscrustáciones lleno con túnicas, capas a pruebas del viento y gruesas mantas para el viaje[12]. Este Fénix había sido acusado por Ftía, la amante de su padre, de haberla violado. Amintor cegó a Fénix y al mismo tiempo le maldijo para que no tuviera hijos, y fuera cierta o falsa la acusación, el hecho es que no los tuvo. Sin embargo, huyó a Ftía, donde Peleo no sólo convenció a Quirón para que le devolviera la vista, sino que además le nombró rey de los vecinos dólopes. Fénix se ofreció voluntariamente para ser el guardián de Aquiles, quien, por su parte, se encariñó mucho con él.

Algunos sostienen, en consecuencia, que la ceguera de Fénix no era una verdadera pérdida de la vista, sino metafórica y referente a su impotencia, maldición que anuló Peleo haciéndolo segundo padre de Aquiles[13].

m. Aquiles tenía un compañero inseparable: su primo Patroclo, que era mayor que él, pero no tan fuerte, ni tan rápido, ni tan bien nacido. A veces se llama al padre de Patroclo Menecio de Opunte y otras veces Éaco; y a su madre se le llama variadamente Esténele, hija de Acasto; Periopis, hija de Feres; Polimela, hija de Peleo; o Filomela, hija de Actor[14]. Había huido a la corte de Peleo después de matar a Clitónimo, o Eanes, hijo de Anfidamante, en una disputa durante un juego de dados[15].

n. Cuando la flota griega estaba ya formada en Áulide, una playa protegida en el estrecho de Eubea, los enviados cretenses llegaron para anunciar que su rey Idomeneo, hijo de Deucalión, llevaría cien naves a Troya si Agamenón accedía a compartir con él el mando supremo, condición que fue aceptada. Idomeneo, anterior pretendiente de Helena y famoso por su belleza, llevó como su segundo a Meriones, hijo de Molo, de quien se decía que era uno de los hijos bastardos de Minos. Llevaba en el escudo la figura de un gallo, porque descendía de Helio, y se cubría la cabeza con un yelmo adornado con colmillos de jabalí[16]. Así la expedición se convirtió en una empresa heleno-cretense. Las fuerzas de tierra helenas estaban al mando de Agamenón, con Odiseo, Palamedes y Diomedes como sus segundos; y la flota helena al mando de Aquiles, con el apoyo de Áyax el Grande y Fénix[17].

o. El mejor consejero de Agamenón era el rey Néstor de Pilos, cuya sabiduría no tenía rival y cuya elocuencia era más dulce que la miel. Gobernó a tres generaciones de hombres, pero, a pesar de su mucha edad, seguía siendo un combatiente audaz y el único caudillo que superaba al rey ateniense Menesteo en las tácticas de la caballería y la infantería. Su sólido juicio era compartido por Odiseo y ambos aconsejaban siempre lo mismo para la buena marcha de la guerra[18].

p. Áyax el Grande, hijo de Telamón y Peribea, provenía de Salamina. Sólo cedía el primer puesto a Aquiles en valor, fuerza y belleza, y su cabeza y sus hombros se alzaban a más altura que los de su rival más cercano. Llevaba un escudo impenetrable hecho con siete cueros de toro. Su cuerpo

era invulnerable, excepto en el sobaco y, según dicen algunos, en el cuello, a causa del encantamiento de que le había hecho objeto Heracles[19]. Cuando subió a bordo de su nave, Telamón le dio este consejo de despedida: «Fija tu atención en la conquista, pero siempre con la ayuda de los dioses». Áyax se jactó: «Con la ayuda de los dioses cualquier cobarde o tonto puede alcanzar la gloria. ¡Yo confío en hacerlo inclusive sin ellos!» Por esta jactancia, y otras parecidas, incurrió en la ira divina. En una ocasión en que Atenea acudió a animarle en la batalla, él le contestó a gritos: «¡Aléjate de aquí, diosa, y anima a mis compañeros griegos, pues por donde estoy yo nunca pasará enemigo!»[20]. Teucro, el hermanastro de Áyax, hijo bastardo de Telamón y Hesíone, y el mejor arquero de Grecia, solía luchar desde detrás del escudo de Áyax y corría a refugiarse en él como un niño en los brazos de su madre[21].

q. El locrio Áyax el Pequeño, hijo de Oileo y Eriopis, aunque pequeño, superaba a todos los griegos en el manejo de la lanza y era el más rápido después de Aquiles. Era el tercer miembro del grupo de combatientes de Áyax el Grande y se le podía reconocer fácilmente por su peto de lino y la serpiente amaestrada, más larga que un hombre, que le seguía a todas partes como un perro[22]. Su hermanastro Medonte, hijo bastardo de Oileo y la ninfa Rene, provenía de Filase, adonde había sido desterrado por haber matado al hermano de Eriopis[23].

r. Diomedes, el hijo de Tideo y Deípile, provenía de Argos y le acompañaban otros dos epígonos; Esténelo, hijo de Capaneo, y Euríalo, el argonauta, hijo de Mecisteo. Había estado profundamente enamorado de Helena y tomó su rapto por Paris como una afrenta personal[24].

s. Tlepólemo, el argivo, hijo de Heracles, llevó nueve naves desde Rodas[25].

t. Antes de zarpar de Áulide la flota griega recibió provisiones de cereal, vino y otros abstecimientos de Anio, rey de Delos, a quien Apolo había engendrado secretamente con Reo, hija de Estáfilo y Crisótemis. Reo fue encerrada en un cofre y arrojada al agua por su padre cuando descubrió que estaba encinta, pero las olas la llevaron a la costa de Eubea, donde dio a luz a un niño al que llamó Anio a causa de la cuita que había sufrido por él; y Apolo le hizo su rey-sacerdote profético en Delos. Algunos dicen, no

obstante, que el cofre en que estaba Reo fue directamente a parar en Delos[26].

u. Con su esposa Doripe tuvo Anio tres hijas: Elais, Espermo y Eno, a las que llaman las Viticultoras; y un hijo, Andrón, rey de Andros, a quien Apolo enseñó el arte del augurio. Como él mismo era un sacerdote de Apolo, Anio dedicó las Viticultoras a Dioniso, pues deseaba que su familia estuviera bajo la protección de más de un dios. En reciprocidad le concedió Dioniso que todo lo que tocara Elais después de invocar su ayuda se convirtiera en aceite; todo lo que tocara Espermo, en cereal; y todo lo que tocara Eno, en vino[27]. Así a Anio le fue bastante fácil abastecer a la flota griega. Pero Agamenón no estaba satisfecho; envió a Menelao y Odiseo a Delos para que preguntasen a Anio si podían llevar a las Viticultoras en la expedición. Anio rechazó la petición y le dijo a Menelao que era voluntad de los dioses que Troya fuese tomada sólo al cabo de diez años. «¿Por qué no os quedáis todos en Delos durante ese período intermedio? —sugirió hospitalariamente—. Mis hijas os tendrán abastecidos con comida y bebida hasta el décimo año y luego os acompañarán a Troya si es necesario». Pero como Agamenón había ordenado estrictamente: «¡Traédmelas, lo consienta o no Anio!», Odiseo ató a las Viticultoras y las obligó a embarcarse en su nave[28]. Las tres huyeron, dos de ellas a Eubea y la otra a Andros, y Agamenón envió naves en su persecución y amenazó con la guerra si no se entregaban. Las tres se entregaron, pero invocaron a Dioniso, quien las transformó en palomas, y desde entonces las palomas están muy protegidas en Delos[29].

v. En Áulide, mientras Agamenón hacía sacrificios a Zeus y Apolo, una serpiente azul con marcas de color de sangre en el lomo salió de debajo del altar y fue directamente a un hermoso sicómoro que crecía en las cercanías. En la rama más alta había un nido de gorriones que contenía ocho crías y su madre; la serpiente los devoró a todos y luego, todavía enrollada en la rama, fue convertida en piedra por Zeus. Calcante explicó este portento de manera que reforzaba la profecía de Anio: debían pasar nueve años antes que se pudiera tomar a Troya, pero sería tomada. Zeus, además, alentó a toda la tripulación con un relámpago lanzado con la mano derecha en el momento en que zarpaba la flota[30].

w. Algunos dicen que los griegos partieron de Áulide un mes después de que Agamenón hubiese convencido a Odiseo para que se les uniera, y Calcante los condujo a Troya con ayuda de su doble vista. Otros, que Enone envió a su hijo Corito para que los guiara[31]. Pero, según una tercera versión más generalmente aceptada, no tenían piloto y fueron por error a Misia, donde desembarcaron y comenzaron a saquear la región, confundiéndola con Tróade. El rey Télefo les hizo retroceder a sus naves y mató al valiente Tersandro, hijo del tebano Polinices, el único que se mantuvo firme. Entonces corrieron hacia él Aquiles y Patroclo, a la vista de los cuales Télefo se volvió y huyó por la orilla del río Caico. Ahora bien, los griegos habían hecho sacrificios a Dioniso en Áulide, en tanto que los misios le habían olvidado; en consecuencia, y como castigo, Télefo se trabó en una vid que surgió inesperadamente de la tierra y Aquiles le hirió en el muslo con la famosa lanza que sólo él podía manejar, regalo de Quirón a su padre Peleo[32].

x. Tersandro fue enterrado en la Elea misia, donde tiene ahora un altar de héroe; el mando de sus beocios pasó primeramente a Peneleo, y luego, cuando a éste le mató Eurípilo, el hijo de Télefo, a Tisámeno, hijo de Tersandro, quien todavía no era mayor de edad cuando murió su padre. Pero algunos pretenden que Tersandro sobrevivió y fue uno de los que se ocultaron en el Caballo de Madera[33].

y. Después de lavar sus heridas en las aguas termales jonias de las cercanías de Esmirna, llamadas «Los Baños de Agamenón», los griegos se hicieron una vez más a la mar, pero una violenta tormenta desencadenada por Hera diseminó sus naves y cada capitán se dirigió hacia su país. Fue en esa ocasión cuando Aquiles desembarcó en Esciros y se casó formalmente con Deidamía[34]. Algunos creen que Troya cayó veinte años después del rapto de Helena, que los griegos hicieron esa falsa salida en el segundo año y que pasaron ocho años antes que volvieran a embarcarse. Pero es mucho más probable que su consejo de guerra en la Helenia espartana se realizara en el mismo año de su retirada de Misia; se dice que todavía se hallaban muy perplejos porque no tenían un piloto competente que los condujera a Troya[35].

z. Entretanto, la herida de Télefo seguía enconada y Apolo anunció que sólo se podría curar con su causa. En consecuencia fue a ver a Agamenón en Micenas, vestido con harapos como un suplicante, y por consejo de Clitemestra sacó al infante Orestes de su cuna. «¡Matare a tu hijo —gritó— si no me curas!» Pero Agamenón, a quien había advertido un oráculo que los griegos no tomarían Troya sin el consejo de Télefo, se dispuso de buena gana a ayudarle si él guiaba su flota a Troya. Cuando Télefo accedió, Aquiles, por pedido de Agamenón, raspó un poco del orín de su lanza en la herida y así la curó; con la ayuda complementaria de la hierba achilleos, un vulnerario que él mismo había descubierto**[36]**. Posteriormente Télefo se negó a unirse a la expedición, alegando que su esposa, Laódice, llamada también Hiera y Astíoque, era hija de Príamo; pero indicó a los griegos el rumbo que debían seguir, y Calcante confirmó la exactitud de su consejo mediante la adivinación**[37]**.

1. Después de la caída de Cnosos, hacia el año 1400 a. de C, se produjo una contienda por el poderío marítimo entre los pueblos del Mediterráneo oriental. Esto se refleja en el relato de Herodoto, que Juan Malalas apoya (véase 58.4), de las invasiones que precedieron al rapto de Helena, y en la relación de Apolodoro de cómo París invadió Sidón (véase 159.t) y la gente de Agamenón, Misia. Una confederación troyana era el principal obstáculo para las ambiciones mercantiles griegas, hasta que el rey supremo de Micenas reunió a los aliados, incluyendo a los señores griegos de Creta, para un ataque conjunto a Troya. La guerra naval, y no el sitio de Troya, puede muy bien haber durado nueve o diez años.

2. Entre los aliados independientes de Agamenón se hallaban los habitantes de las islas de Ítaca, Samos, Duliquio y Zacinto al mando de Odiseo; los tesalios meridionales al mando de Aquiles; y sus primos eácidas de Lócride y Salamina, al mando de los dos Ayantes. Estos caudillos eran difíciles de manejar y Agamenón sólo consiguió que no se pelearan entre ellos mediante la intriga, con el apoyo leal de sus secuaces peloponenses Menelao de Esparta, Diomedes de Argos y Néstor de Pilos. La repudiación de Áyax de los dioses olímpicos y su afrenta a la Atenea nacida de Zeus han sido mal interpretados como pruebas de ateísmo; representan más bien su

conservadurismo religioso. Los Eácidas eran de origen lélege y adoraban a la diosa pre-helénica (véase 158.8 y 168.2).

3. Los tebanos y atenienses se mantuvieron, al parecer, al margen de la guerra; aunque se menciona a fuerzas atenienses en el Catálogo de las naves, no desempeñan un papel memorable delante de Troya. Pero la presencia del rey Menesteo ha sido destacada para justificar la posterior expansión ateniense a lo largo de la costa del Mar Negro (véase 162.3). Odiseo es una figura clave en la mitología griega A pesar de haber nacido de una hija del dios Sol corintio y de haber conseguido a Penélope en una anticuada carrera pedestre, viola la antigua regla matrilocal al insistir en que Penélope vaya a su reino, y no él al de ella (véase 137.4). También, como su padre, Sísifo (véase 67.2), y Cíniras de Creta (véase 18J), se niega a morir al final del período que le corresponde, lo que constituye la alegoría central de la Odisea (véase 170.1 y 171.3). Odiseo, además, es el primer personaje mítico al que se le atribuye una peculiaridad física que no viene al caso: piernas cortas en proporción con su cuerpo, de modo que «parece más noble sentado que de pie». La cicatriz en el muslo, sin embargo, debe ser interpretada como una señal de que eludió la muerte obligatoria para los reyes del culto del jabalí (véase 18.3 y 151.2).

4. La supuesta locura de Odiseo, aunque de acuerdo con su insólita renuencia a actuar como correspondía a un rey, parece haber sido mal constatada. Lo que hizo fue demostrar proféticamente la inutilidad de la guerra para la que le habían convocado. Llevando un sombrero cónico que caracterizaba al mistagogo o adivino, araba un campo de un lado a otro. El buey y el asno representaban a Zeus y Crono, o el verano y el invierno; y cada surco, sembrado con sal, un año inútil. Palamedes, quien poseía también facultades proféticas (véase 52.6), se apoderó de Telémaco y detuvo el arado, sin duda en el décimo surco, colocándolo delante de la yunta; con ello indicó que la batalla decisiva, que es lo que significa «Telémaco», se realizaría entonces.

5. Aquiles, personaje más conservador, se oculta entre las mujeres, como corresponde a un héroe solar (Diosa Blanca, p. 280) y toma las armas en el cuarto mes, cuando el Sol ha pasado del equinoccio y por tanto de la tutela de su madre, la Noche. A los muchachos cretenses los llamaban scofioi, «hijos de la oscuridad» (véase 27.2), mientras se hallaban confinados en los departamentos de las mujeres y todavía no les había dado

armas la sacerdotisa-madre (véase 121.j). En el Mabinogion, la artimaña de Odiseo para armar a Aquiles es utilizada por Gwydion (el dios Odin, o Woden) en una ocasión análoga: deseando liberar a Llew Llaw Gyffes, otro héroe solar, del poder de su madre, Arianrhod, crea un ruido de batalla fuera del castillo y la asusta, haciendo que entregue a Llew Llaw la espada y el escudo. La galesa es probablemente la versión más antigua del mito, el que los argivos dramatizaban el primer día del cuarto mes con una lucha entre muchachos vestidos con ropas de muchachas y mujeres vestidas con ropas de hombres, y al festival lo llamaban Hibrística («comportamiento vergonzoso»). Su excusa histórica era que a comienzos del siglo V la poetisa Telesila con una compañía de mujeres, había conseguido defender a Argos contra el rey Cleómenes de Esparta después de la derrota total del ejército argivo (Plutarco: Sobre las virtudes de las mujeres 4). Como Patrocló tiene un nombre inapropiadamente patriarcal («gloria del padre»), puede haber sido en otro tiempo Fénix («color de sangre»), el mellizo y heredero de Aquiles bajo el sistema matrilineal.

6. Todos los caudillos griegos que lucharon delante de Troya eran reyes sagrados. La serpiente domada de Áyax el Pequeño no puede haberle acompañado en la batalla: no la tenía hasta que se convirtió en héroe oracular. El yelmo con colmillos de jabalí de Idomeneo, atestiguado por los hallazgos hechos en Creta y la Grecia micénica, quizá lo llevaba originalmente el heredero (véase 18.7); su gallo, consagrado al sol y que representaba a Zeus Velcano, tiene que ser una adición posterior a Homero, porque la gallina doméstica no llegó a Grecia hasta el siglo VI a. de C. El dibujo original es probable que fuera una perdiz macho (véase 92.1). Esos escudos pesados consistían en cueros de toro cosidos unos a otros, con las extremidades redondeadas y el centro recortado, formando la figura del ocho, para el uso ritual. Cubrían todo el cuerpo desde la barbilla hasta los tobillos. Aquiles («sin labio») parece haber sido un título común de los héroes oraculares, pues hay cultos de Aquiles en Esciros, Ftía y la Elide (Pausanias: vi.23.3).

7. Reo, hija de Estáfilo y Crisótemis («Granada, hija de Racimo de Uvas y Orden Dorado»), fue a Delos en un cofre y es la conocida diosa de la fertilidad con su nave de la luna nueva. También aparece en tríada como sus nietas las Viticultoras, cuyos nombres significan «aceite de oliva», «grano» y «vino». Su madre es Doripe, o «yegua regalada», lo que sugiere que Reo

era la Deméter de cabeza de yegua (véase 16.5). Su culto sobrevive en forma rudimentaria en el kernos de tres copas, vasija que utilizan los sacerdotes ortodoxos griegos para guardar los donativos de aceite, grano y vino que llevan a la iglesia para su santificación. Un kernos del mismo tipo se encontró en una tumba minoica primitiva de Koumasa; y las Viticulturas, que eran bisnietas de Ariadna, fueron sin duda a Delos desde Creta (véase 27.8).

8. La dificultad de los griegos para hallar el camino que llevaba a Troya se contradice con la facilidad con que Menelao había navegado hasta allá; quizás en la leyenda original la Afrodita troyana les hizo objeto de un hechizo que veló su memoria, como más tarde dispersó la flota en el viaje de vuelta (véase 169.2).

9. El tratamiento de la herida de lanza por Aquiles, basado en el antiguo principio homeopático de que «lo semejante cura a lo semejante», recuerda el empleo por Melampo del orín de un cuchillo de castrar para curar a Ificles (véase 72.e).

10. Las Ménades, en las pinturas de los vasos, tienen a veces los miembros tatuados con un dibujo de trama y urdimbre en forma de escalera de mano. Si sus rostros estaban en un tiempo igualmente tatuados como un camuflaje para la orgía en el bosque, esto podría explicar el nombre de Penélope («con una tela de araña sobre el rostro») como un título de la diosa orgiástica de la montaña; alternativamente, puede haber llevado una red en sus orgías, como Dictina y la diosa británica Goda (véase 89.2 y 3). El supuesto nacimiento de Pan de Penélope, después de haber dormido promiscuamente con todos sus pretendientes durante la ausencia de Odiseo (véase 161.l), indica la existencia de una tradición de orgías sexuales pre-helenas; el pato penélope, como el cisne, era probablemente un ave totémica de Esparta (véase 62.3-4).

11. Hasta ahora ningún comentarista se ha molestado en explicar con precisión por qué el nido de pájaros de Calcante tuvo que ser puesto en un sicómoro y devorado por una serpiente; pero el hecho es que las serpientes mudan de piel cada año y se renuevan, y lo mismo hacen los sicómoros, lo que hace a ambos símbolos de regeneración. Calcante sabía, por tanto, que los pájaros devorados representaban años y no meses. Aunque posteriormente se lo apropió Apolo, el sicómoro era el árbol sagrado de la Diosa en Creta y Esparta (véase 58.3), porque su hoja se parecía a una

mano verde con los dedos extendidos para bendecir, gesto que se encuentra con frecuencia en sus estatuillas antiguas. Las manchas azules de la serpiente demostraban que era enviada por Zeus, quien tenía su nimbo azul como dios del firmamento. Las naves de juguete de Cíniras quizás reflejan una costumbre chipriota tomada de Egipto: la de enterrar naves de terracota junto a los príncipes muertos para su viaje al otro mundo.

12. Las cincuenta hijas de Cíniras transformadas en alciones sería un colegio de sacerdotisas de Afrodita. Uno de sus títulos era «Alcíone», «la reina que desvía [las tormentas]», y los alciones, o martín pescadores, que estaban consagrados a ella, presagian las calmas (véase 45.2).

161. LA SEGUNDA REUNIÓN EN AULIDE

a. Calcante, el hermano de Leucipe y Teonoé, había aprendido el arte de la profecía de su padre Téstor. Un día Teonoé caminaba por la orilla del mar cerca de Troya cuando unos piratas carios la raptaron y se convirtió en la amante del rey ícaro. Téstor salió inmediatamente en su persecución, pero naufragó en la costa de Caria y fue apresado por Ícaro. Varios años después Leucipe, que era una niña cuando se produjeron esos tristes acontecimientos, fue a Delfos en busca de noticias de su padre y su hermana. La Pitonisa le aconsejó que se disfrazara de sacerdote de Apolo y fuera a Caria en busca de ellos. Leucipa, obedientemente, se rapó la cabeza y fue a la corte del rey Ícaro; pero Teonoé, que no descubrió el disfraz, se enamoró de ella y le dijo a uno de los guardias: «¡Trae a ese joven sacerdote a mi dormitorio!» Leucipe, quien tampoco reconoció a Teonoé, temiendo que la condenaran a muerte como impostora, la rechazó; en vista de lo cual Teonoé, como no podía pedir a los sirvientes del palacio que cometieran un sacrilegio matando a un sacerdote, ordenó que lo hiciera uno de los prisioneros extranjeros y envió una espada para que la utilizara.

b. Ahora bien, el prisionero elegido fue Téstor, quien fue al dormitorio en el que estaba encerrada Leucipe, le mostró la espada y desesperadamente le contó su historia. «No te mataré, señor —le dijo—, ¡porque yo también adoro a Apolo y prefiero suicidarme! Pero deja que antes te revele mi nombre: soy Téstor, hijo del argonauta Idmón, un sacerdote troyano». Estaba a punto de hundirse la espada en el pecho cuando Leucipe se la quitó y exclamó: «¡Padre, padre! ¡Yo soy Leucipe, tu hija! No vuelvas esta arma contra ti mismo; utilízala para matar a la abominable concubina del rey

Ícaro. ¡Ven, sigúeme!» Corrieron a la habitación de bordar de Teonoé. «¡Ah, lasciva! —gritó Leucipe, irrumpiendo en la habitación y arrastrando tras sí a Téstor—. Prepárate para morir a manos de mi padre, Téstor, hijo de Idmón». Al oír eso, fue Teonoé quien gritó: «¡Padre, padre!». Y después de haber derramado los tres lágrimas de alegría y dado gracias a Apolo, el rey Ícaro los envió generosamente a su patria, cargados con regalos**[1]**.

c. Ahora bien, Príamo, después de rechazar la exigencia de Agamenón de que devolviera a Helena, envió a Calcante, el hijo de Téstor, y sacerdote de Apolo, a que consultase con la Pitonisa de Delfos. Habiendo predicho la caída de Troya y la ruina total de la casa de Príamo, ordenó a Calcante que se uniese a los griegos e impidiese que levantaran el sitio hasta que obtuvieran la victoria. Calcante hizo luego un juramento de amistad con Aquiles, quien lo alojó en su casa, y poco después lo presentó a Agamenón**[2]**.

d. Cuando la flota griega se reunió por segunda vez en Áulide, pero fue retenida allí durante muchos días por vientos contrarios, Calcante profetizó que no podrían zarpar si Agamenón no sacrificaba a Ártemis la más bella de sus hijas. Se discute cuál fue el motivo del enojo de Ártemis. Algunos dicen que, al matar a un ciervo desde larga distancia, Agamenón se jactó: «¡Ártemis misma no habría podido hacerlo mejor!»; o que había matado a su cabra sagrada; o que había prometido ofrecerle la criatura más bella nacida ese año en su reino, que casualmente resultó ser Ifigenia; o que su padre Atreo le había negado un cordero dorado que le debía**[3]**. De todos modos, Agamenón se negó a hacer lo que se esperaba de él, alegando que Clitemestra jamás dejaría ir a Ifigenia. Pero cuando los griegos juraron: «Transferiremos nuestra fidelidad a Palamedes si sigue obstinándose», y cuando Odiseo, fingiendo que se enojaba, se preparó para volver a su casa, Menelao intervino como reconciliador. Sugirió que Odiseo y Taltibio fuesen en busca de Ifigenia para llevarla a Aulíde con el pretexto de casarla con Aquiles como recompensa por sus temerarias hazañas en Misia. Agamenón aceptó esa artimaña, y aunque inmediatamente envió un mensaje secreto advirtiendo a Clitemestra que no creyera a Odiseo, Menelao lo interceptó, y ella, víctima del engaño, dejó que llevaran a Ifigenia a Áulide.

e. Cuando Aquiles descubrió que se había abusado de su nombre, se encargó de proteger a Ifigenia de todo daño, pero ella consintió noblemente en morir por la gloria de Grecia y ofreció su cuello al hacha de los sacrificios sin una palabra de queja. Algunos dicen que en el momento perentorio Ártemis la llevó al Quersoneso Táurico, sustituyéndola en el altar por una cierva, o una osa, o una anciana. Otros dicen que se oyó un trueno y que, por orden de Ártemis y súplica de Clitemestra, intervino Aquiles, quien salvó a Ifigenia y la envió a Escitia; o que se casó con ella, y que ella, y no Deidamía, dio a luz a Neoptólemo[4].

f. Pero muriera o salvara su vida Ifigenia, dejó de soplar el fuerte viento del nordeste y la flota por fin zarpó. Primeramente hicieron escala en Lesbos, donde Odiseo entró en la liza contra el rey Filomélides, quien obligaba siempre a sus huéspedes a luchar con él; y entre los vítores de todos los griegos presentes lo venció ignominiosamente. Luego desembarcaron en Ténedos, que es visible desde Troya, y estaba entonces gobernada por Tenes, quien, aunque según la opinión común era hijo de Cicno y Proclea, hija de Laomedonte, podía llamar padre a Apolo[5].

g. Este Cicno, hijo de Posidón y Cálice, o Harpale, gobernaba en Colona. Había nacido en secreto y fue abandonado en la orilla del mar, pero lo encontraron unos pescadores que vieron cómo un cisne descendía volando para consolarle. Después de la muerte de Proclea se casó con Pilonóme, hija de Trágaso; ella se enamoró de su hijastro Tenes, pero como no pudo seducirlo le acusó vengativamente de haber tratado de violarla. Llamó al flautista Molpo como testigo, y Cicno, que les creyó, encerró a Tenes y su hermana Hemítea en una urna y los dejó a la deriva en el mar. Fueron arrojados a tierra en la isla de Ténedos, desde entonces llamada Leucofris, que significa «frente blanca[6]». Más tarde, cuando Cicno supo la verdad, hizo que lapidaran a Molpo, enterró viva a Pilonóme y, enterado de que Tenes sobrevivía y se hallaba en Ténedos, se apresuró a ir allá para confesar su error. Pero Tenes, inexorablemente, cortó con un hacha los cables de la nave de Cicno; y de aquí proviene la expresión proverbial para una negativa airada: «Le cortó con un hacha de Ténedos». Sin embargo, al final Tenes se ablandó y Cicno se estableció cerca de él en Ténedos[7].

h. Ahora bien, Tetis había advertido a Aquiles que si alguna vez mataba a un hijo de Apolo moriría a manos de Apolo; y un sirviente llamado Mnémon le acompañaba con el único propósito de recordarle eso. Pero Aquiles, cuando vio que Tenes arrojaba una gran piedra desde un risco contra las naves griegas, nadó hasta la costa e irreflexivamente le atravesó el corazón con la lanza. Luego los griegos desembarcaron y saquearon Ténedos; y dándose cuenta demasiado tarde dé lo que había hecho, Aquiles condenó a muerte a Memnón porque no le había recordado las palabras de Tetis. Enterró a Tenes donde se halla ahora su templo; ningún flautista puede entrar en él, ni se puede mencionar el nombre de Aquiles**[8]**. Aquiles mató también a Cicno con un golpe en la cabeza, su única parte vulnerable; y persiguió a Hemítea, quien huyó de él transformada en una cierva, pero la habría alcanzado y violado si no la hubiera tragado la tierra. Fue también en Ténedos donde Aquiles se peleó por primera vez con Agamenón, a quien acusó de que le había invitado a unirse a la expedición como una ocurrencia tardía**[9]**.

i. Palamedes ofreció una hecatombe a Apolo Esminteo en agradecimiento por la victoria en Ténedos, pero mientras lo hacía una culebra de agua se acercó al altar y mordió a Filoctetes, el arquero famoso, en el pie. Ni ungüentos ni fomentos sirvieron para nada, y la herida se puso tan fétida y Filoctetes lanzaba gemidos tan fuertes que el ejército ya no podía tolerar su compañía. En consecuencia, Agamenón ordenó a Odiseo que lo llevara a tierra y lo dejara en un distrito desierto de Lemnos, donde vivió durante varios años matando pájaros, y Medón asumió el mando de sus tropas**[10]**.

j. Según otra versión, el accidente se produjo en Crise, un islote frente a Lemnos que luego ha desaparecido bajo el mar. Allí, o bien la ninfa Crise se enamoró de Filoctetes y, cuando él hechazó sus requerimientos, hizo que una víbora le mordiese mientras excavaba la tierra de un altar subterráneo de Atenea Crise; o bien una serpiente que guardaba el templo de Atenea le mordió cuando se acercó demasiado**[11]**.

k. Según una tercera versión, Filoctetes fue mordido en Lemnos misma por una serpiente que envió Hera como castigo porque se había atrevido a encender la pira fúnebre de Heracles. En aquel momento contemplaba

extasiado el altar erigido a Atenea por Jasón y se proponía erigir otro a Heracles[12].

l. Según una cuarta versión, Filoctetes fue mordido mientras admiraba la tumba de Troilo en el templo de Apolo Timbreo[13]. Según una quinta, le hirió una de las flechas envenenadas de Heracles. Se dice que Heracles le había hecho jurar que nunca divulgaría el paradero de sus cenizas enterradas, pero cuando los griegos se enteraron de que Troya no podía ser saqueada sin utilizar las flechas de Heracles, fueron en busca de Filoctetes. Aunque al principio negó todo conocimiento de Heracles, terminó diciéndoles exactamente lo que había sucedido en el monte Eta, por lo que le preguntaron ansiosamente dónde podían encontrar la tumba. Se negó a responder a esa pregunta, pero ellos insistieron tanto que fue al lugar, y allí, sin hablar, pisoteó el terreno. Posteriormente, cuando pasaba junto a la tumba en su camino a la guerra de Troya, una de las flechas de Heracles saltó de la aljaba y le atravesó el pie: advertencia de que no se pueden revelar los secretos divinos ni siquiera mediante una señal o insinuación[14].

1. La obra dramática perdida de la que Higinio ha tomado la fábula de Téstor y sus hijas muestra a los dramaturgos griegos en su aspecto más teatral; carece de valor mitológico.

2. Una versión del mito de la «hija de Jefté» (véase 169.5) parece haber sido confundida con el sacrificio por Agamenón de una sacerdotisa en Áulide, acusada de levantar vientos contrarios mediante la hechicería; Sir Francis Drake ahorcó en una ocasión a uno de sus marineros, un espía a sueldo de Cecil, basándose en la misma acusación. Al parecer, la acción despótica de Agamenón ofendió a la opinión conservadora en su patria, pues las mujeres estaban tradicionalmente exentas del sacrificio. Los taurios, a los que, según se dice, envió Ártemis a Ifigenia, vivían en Crimea y adoraban a Ártemis como matadora de hombres; Orestes, el hijo de Agamenón, cayó en sus garras (véase ll6.í).

3. La lucha de Odiseo con el rey Filomélides, cuyo nombre significa «amado por las ninfas de las manzanas», está tomada probablemente de una ilustración conocida que mostraba la contienda ritual en la que el rey viejo es vencido por el nuevo, que recibe una rama de manzano (véase 53.b).

4. Aquiles mató a un segundo Cicno (véase 162.l); Heracles mató a un tercero (véase 143.g) y Zeus impidió que matara a un cuarto (véase 133.á). El nombre implicaba que los cisnes conducían a esas almas regias al Paraíso Septentrional. Cuando Apolo aparece en las obras de arte antiguas montado en un cisne, o en un carro tirado por cisnes (Overbeck: Griechische Kunstmythologie) en una visita a los Hiperbóreos, es una manera cortés de representar la muerte anual de su representante en el solsticio estival. Entonces los cisnes cantores vuelan hacia el norte para dirigirse a sus criaderos en el círculo Ártico, y mientras vuelan hacen oír dos notas como de trompeta. Por eso dice Pausanias (i.30.3) que los cisnes están versados en el arte de las Musas. «Los cisnes cantan antes de morir»: el alma del rey sagrado parte al son de la música.

5. Se ha asociado a la herida de Filoctetes con muchas localidades diferentes porque la ilustración de la que se deriva esta fábula era muy corriente. Es el rey sagrado de Ténedos, Lemnos, Eubea o cualquier otro Estado de Hélade al que hiere en el pie una flecha envenenada (véase 126.3, 164.l y 166.e) junto al altar de la diosa.

6. Heracles no fue el único rey sagrado cuya tumba siguió siendo un secreto; ésta parece haber sido una práctica común en el Istmo de Corinto (véase 67.;) y entre los hebreos primitivos (Deuteronomio xxxiv.6).

7. Tenes arrojando piedras puede ser una interpretación errónea de una ilustración que muestra a un héroe-sol empujando el canto rodado del sol hacia el cénit (véase 67.2), pues Talos, un héroe-sol cretense, también arrojaba piedras cuando se acercaban los barcos (véase 154.h). En esta ilustración las naves sólo indicarían que Creta, o Ténedos, era una potencia naval.

162. NUEVE AÑOS DE GUERRA

a. Se discute en qué momento los griegos enviaron mensajes a Príamo para exigir que devolviera a Helena y la propiedad de Menelao. Algunos dicen que poco después de haber desembarcado la expedición en Tróade; otros que antes de que las naves se reunieran en Áulide; pero se afirma generalmente que la embajada, compuesta por Menelao, Odiseo y Palamedes, partió de Ténedos[1]. Sin embargo, los troyanos, que estaban decididos a retener a Helena, habrían dado muerte a todos ellos si Antenor, en cuya casa se alojaron, no hubiera impedido esa acción vergonzosa[2].

b. Ofendidos por esta obstinación, los griegos partieron de Ténedos y anclaron sus naves a la vista de Troya. Inmediatamente los troyanos corrieron en tropel a la orilla del mar y trataron de rechazar a los invasores con una lluvia de piedras. Mientras todos los demás vacilaban —inclusive Aquiles, a quien Tetis había advertido que el primero que desembarcase sería el primero que moriría— Protesilao saltó a tierra, mató a varios troyanos y fue muerto por Héctor; o quizá fue Euforbo, o Acates, el amigo de Eneas[3].

c. Este Protesilao, tío de Filoctetes e hijo del Ificles al que Melampo curó de la impotencia, se llamaba anteriormente Yolao, pero se le cambió el nombre a causa de la circunstancia de su muerte[4]. Yace enterrado en el Quersoneso tracio, cerca de la ciudad de Eleo, donde se le rinden ahora honores divinos. Altos olmos, plantados por ninfas, se alzan en su recinto y dan sombra a la tumba. Las ramas que hacen frente a Troya al otro lado del mar echan pronto hojas, pero las pierden al poco tiempo, en tanto que las del otro lado siguen verdes en el invierno. Cuando los olmos crecen a tal

altura que las murallas de Troya pueden ser vistas claramente por un hombre apostado en las ramas superiores, se marchitan, pero de las raíces vuelven a brotar vástagos[5].

d. Laodamía, esposa de Protesilao e hija de Acasto (a la que algunos llaman Polidora, hija de Meleagro) lo echaba tanto de menos que tan pronto como él se embarcó para Troya hizo su estatua de bronce, o de cera, y la puso en su lecho. Pero éste era un pobre consuelo, y cuando llegó la noticia de su muerte Laodamía suplicó a los dioses que se compadecieran y permitieran que Protesilao la visitara, aunque sólo fuera durante tres horas. Zeus Omnipotente accedió al pedido de Laodamía y Hermes llevó el ánima de Protesilao desde el Tártaro para que animara la estatua. Hablando con la boca de ésta, Protesilao suplicó a su esposa que no se demorara en seguirlo, y en cuanto hubieron pasado las tres horas ella se mató de una puñalada abrazada a él[6]. Otros dicen que Acasto, el padre de Laodamía, la obligó a volver a casarse, pero ella pasaba sus noches con la estatua de Protesilao, hasta que un día un sirviente que llevaba manzanas para un sacrificio de madrugada miró a través de una grieta en la puerta del dormitorio y la vio abrazada a lo que creyó ser un amante. Corrió a decírselo a Acasto, quien irrumpió en la habitación y descubrió la verdad. Para que su hija no se torturase con un deseo inútil, Acasto ordenó que se quemase la estatua, pero Laodamía se arrojó en las llamas y pereció con ella[7].

e. Según otra tradición, Protesilao sobrevivió a la guerra de Troya y se hizo a la mar con rumbo a su patria. Llevaba como prisionera a Etna, hermana de Príamo. En el camino desembarcó en la península macedonia de Pelene, pero mientras se hallaba en tierra buscando agua Etila convenció a las otras cautivas para que quemaran las naves, y Protesilao, obligado así a quedarse en Pelene, fundó la ciudad de Sición. Pero esto es un error: Etila, con Astioquea y las otras cautivas, quemó las naves junto al río italiano Naveto, que significa «incendio de barcos», y Protesilao no figuraba entre sus apresadores[8].

f. Aquiles fue el segundo griego que desembarcó en la costa troyana, seguido de cerca por sus mirmidones, y mató a Cicno, hijo de Posidón, con una piedra bien lanzada. Inmediatamente los troyanos se desbandaron y corrieron de vuelta a su ciudad, mientras el resto de los griegos

desembarcaban y hacían una carnicería en los vencidos. Según otra versión, Aquiles, recordando la suerte corrida por Protesilao, fue el último que desembarcó y luego dio un salto tan prodigioso desde su nave que brotó un manantial donde sus pies golpearon en la tierra. Se dice que en la batalla que siguió Cicno, que era invulnerable, mató a centenares de griegos, pero Aquiles, después de probar inútilmente de abatirle con la espada y la lanza, le golpeó furiosamente en la cara con el puño de la espada, le obligó a retroceder hasta que tropezó con una piedra y cayó, y entonces le puso las rodillas en el pecho y le entranguló con las correas de su yelmo; pero Posidón transformó su alma en un cisne que se alejó volando. Los griegos entonces sitiaron Troya y colocaron sus naves detrás de una estacada[9].

g. Ahora bien, la ciudad estaba destinada a no caer si Troilo podía llegar a los veinte años de edad. Algunos dicen que Aquiles se enamoró de él mientras luchaban juntos y le dijo: «¡Te mataré si no aceptas mis caricias!» Troilo corrió a refugiarse en el templo de Apolo Timbreo, pero Aquiles, sin tener en cuenta la ira del dios y como Troilo seguía mostrándose esquivo, le decapitó en el altar, en el mismo lugar en que él pereció posteriormente[10]. Otros dicen que Aquiles mató de un lanzazo a Troilo mientras adiestraba a sus caballos en el recinto del templo; o que lo indujo a salir de allí ofreciéndole unas palomas, y que Troilo murió con las costillas rotas y el rostro lívido, tan parecida a la del oso fue la forma en que Aquiles le hizo el amor. Otros dicen que Troilo salió de Troya para vengarse después de la muerte de Memnón y se encontró con Aquiles, quien le mató; o que fue hecho prisionero y luego matado públicamente y a sangre fría por orden de Aquiles; y que, como era de edad madura, de piel morena y con una barba larga, difícilmente podía hacer excitar la pasión de Aquiles. Pero cualquiera que fuera la manera en que murió, el causante fue Aquiles y los troyanos lo lloraron tan afligidamente como Héctor[11].

h. Se dice que Troilo amaba a Briseida, la bella hija de Calcante, a la que había dejado en Troya su padre y, como ella no había tomado parte en su deserción, la seguían tratando allí con cortesía. Calcante, quien sabía que Troya tenía que caer, convenció a Agamenón para que la pidiese a Príamo en su nombre, con el fin de que no la hiciesen prisionera de guerra. Príamo dio generosamente su consentimiento y varios de sus hijos acompañaron a

Briseida al campamento griego. Aunque había jurado eterna fidelidad a Troilo, Briseida no tardó en transferir su afecto al argivo Diomedes, quien se enamoró apasionadamente de ella y hacía todo lo posible para matar a Troilo cuando se presentaba en el campo de batalla[12].

i. En una expedición nocturna Aquiles capturó a Licaón, a quien sorprendió en el huerto de su padre Príamo, donde cortaba vástagos de higuera para utilizarlos como barandillas de carro. Patroclo llevó a Licaón a Lemnos, y lo vendió al hijo de Jasón, el rey Euneo, quien abastecía con vino a las fuerzas griegas; el precio fue un tazón de plata para mezclas fenicio. Pero Eetión de Imbros lo rescató y volvió a Troya, sólo para que lo matara Aquiles doce días después[13].

j. Aquiles partió entonces con un grupo de voluntarios para saquear el campo troyano. En el monte Ida aisló al dardánida Eneas de su ganado, lo persiguió por las laderas boscosas y, después de matar a los pastores y a Méstor, el hijo de Príamo, se apoderó del ganado y saqueó la ciudad de Lirneso, donde Eneas se había refugiado. Mines y Epístrofe, hijo del rey Eveno, murieron en la lucha, pero Zeus ayudó a Eneas a escapar. La esposa de Mines, otra Briseida, hija de Brises, fue hecha cautiva y su padre se ahorcó[14].

k. Aunque Eneas había conseguido el rapto de Helena por París, permaneció neutral durante los primeros años de la guerra, pues era hijo de la diosa Afrodita y Anquises, el nieto de Tros, y le tenía resentido el desdén que le mostraba su primo Príamo. Pero la incursión provocadora de Aquiles obligó a los dardánidas a unirse por fin a los troyanos. Eneas demostró que era un combatiente hábil y ni siquiera Aquiles le menospreciaba, pues si Héctor era la mano de los troyanos, Eneas era su alma. Su divina madre le ayudaba con frecuencia en la batalla; y en una ocasión en que Diomedes le rompió la cadera arrojándole una piedra le salvó de la muerte; y cuando Diomedes la hirió también a ella con un lanzazo en la muñeca, Apolo sacó a Eneas del campo de batalla para que le curaran Leto y Artemis. En otra ocasión le salvó la vida Posidón, quien, aunque era hostil a los troyanos, respetaba los decretos del destino y sabía que el linaje real de Eneas gobernaría posteriormente en Troya[15].

l. Muchas ciudades aliadas de Troya fueron tomadas por Aquiles: Lesbos, Focea, Colofón, Esmirna, Clazomene, Cima, Egialo, Teños, Adramitio, Dide, Endium, Lineón, Colona, Lirneso, Antandros y otras varias, incluyendo a las Tebas Hipoplaciana, donde otro Eetión, padre de Andrómaca, la esposa de Héctor, y su compañero Podes, gobernaban a los cilicios. Aquiles mató a Eetión y a siete de sus hijos, pero no despojó su cadáver: lo quemó completamente armado, y alrededor del túmulo que levantó las ninfas de la montaña plantaron un bosquecillo de olmos**[16]**. Entre las cautivas figuraba Astínome, o Criseida, hija de Crises, sacerdote de Apolo en la isla de Ehmintos. Algunos dicen que Astínome era esposa de Eetión; otros, que Grises la había enviado a Lirneso para que estuviera protegida, o para que asistiera a un festival de Artemis. Cuando se distribuyó el botín, Criseida le tocó a Agamenón, y Briseida a Aquiles. Desde la Tebas Hipoplaciana Aquiles también se trajo el rápido caballo Pedaso, que unció a su yunta inmortal**[17]**.

m. Áyax el Grande se embarcó para el Quersoneso Tracio, donde capturó a Polidoro, el hermano de Licaón —su madre era Laótoe— y en Teutrania mató al rey Teutras y se llevó un gran botín, en el que figuraba la princesa Tecmesa, a la que hizo su concubina**[18]**.

n. Cuando se acercaba el décimo año de guerra los griegos dejaron de hacer incursiones en la costa del Asia Menor y concentraron sus fuerzas delante de Troya. Los troyanos reunieron contra ellos a sus aliados: los dardánidas encabezados por Eneas y los dos hijos de Antenor; los ciconios tracios, peonios, paflagonios, misianos, frigios, meonios, caries, licios, etcétera. Sarpedón, el hijo que Laodamía, la hija de Belerofonte había dado a Zeus, mandaba a los licios. Ésta es su historia: cuando Isandro, el hermano de Laodamía, e Hipóloco disputaban el reino se propuso que aquel de ellos que pudiera hacer pasar una flecha a través de un anillo de oro colgado en el pecho de un niño sería el rey. Cada uno de ellos exigió acaloradamente como víctima al hijo del otro, pero Laodamía impidió que se mataran mutuamente ofreciéngose a atar el anillo alrededor del cuello de su propio hijo, Sarpedón. Pasmados ante tan noble abnegación, ambos convinieron en renunciar a sus derechos al reino en favor de Sarpedón, con

quien Glauco, el hijo de Hipóloco, gobernaba en aquel momento como co-rey[19].

o. Agamenón había enviado a Odiseo a Tracia en una expedición en busca de forraje y cuando volvió sin nada Palamedes, el hijo de Nauplio, le reconvino por su pereza y cobardía. «No ha sido culpa mía —dijo Odiseo— que no hayamos encontrado cereal. Si Agamenón te hubiera enviado en mi lugar no habrías tenido más éxito que yo». Desafiado así, Palamedes salió inmediatamente y reapareció poco después con una nave cargada con cereal[20].

p. Tras varios días de meditación tortuosa, Odiseo dio por fin con un plan para vengarse de Palamedes, pues sentía herido su honor. Mandó decir a Agamenón: «Los dioses me han advertido en un sueño que se prepara una traición. Hay que trasladar el campamento durante un día y una noche». Cuando Agamenón ordenó inmediatamente que se hiciera eso, Odiseo enterró en secreto una bolsa llena de oro en el lugar donde había estado la tienda de Palamedes. Luego obligó a un prisionero frigio a escribir una carta como si fuera de Príamo a Palamedes y que decía: «El oro que he enviado es el precio que pediste por traicionar al campamento griego». Después de ordenar al prisionero que entregara esa carta a Palamedes, Odiseo hizo que lo matasen en las inmediaciones del campamento, antes de que pudiera entregarla. Al día siguiente, cuando el ejército volvió al lugar anterior, alguien encontró el cadáver del prisionero y llevó la carta a Agamenón. Palamedes fue sometido a consejo de guerra y, cuando negó enérgicamente que hubiera recibido oro de Príamo ni de ningún otro, Odiseo sugirió que se registrase su tienda. Descubrieron el oro y el ejército entero dio muerte a Palamedes a pedradas como traidor[21].

q. Algunos dicen que Agamenón, Odiseo y Diomedes intervinieron en este complot y que dictaron juntos la carta falsa al frigio y luego sobornaron a un sirviente para que la ocultara con el oro bajo el lecho de Palamedes. Cuando éste fue conducido al lugar de la lapidación exclamó en voz alta: «¡Verdad, lloro por ti, que has muerto antes que yo!»[22].

r. Otros dicen que Odiseo y Diomedes, fingiendo que habían descubierto un tesoro en un pozo profundo, dejaron que Palamedes se introdujera en él sujeto a una cuerda y luego le arrojaron grandes piedras

sobre la cabeza; o que lo ahogaron en una excursión de pesca. Y no faltan quienes dicen que Paris lo mató con una flecha. Ni siquiera se está de acuerdo en si murió en la Colona troyana, o en Gerestos, o en Ténedos, pero tiene un altar de héroe cerca de la Metimna lesbia[23].

s. Palamedes había merecido el agradecimiento de sus compañeros por la invención de los dados, con los que mataban el tiempo delante de Troya; dedicó el primer juego en el templo de Tique en Argos. Pero todos envidiaban su sabiduría superior, pues había inventado también los faros, la balanza, las medidas, el disco, el alfabeto y el arte de apostar centinelas[24].

t. Cuando Nauplio se enteró del asesinato se embarcó para Troya y exigió satisfacción, pero se la negó Agamenón, quien había sido cómplice de Odiseo y gozaba de la confianza de todos los caudillos griegos. Así, pues, Nauplio volvió a Grecia con su hijo sobreviviente Éax y llevó falsas noticias a las esposas de los asesinos de Palamedes, diciendo a cada una de ellas: «Tu marido trae de vuelta a una concubina troyana como su nueva reina». Algunas de esas esposas infelices se suicidaron inmediatamente. Otras cometieron adulterio, como Clitemestra, la esposa de Agamenón, con Egisto; Egialea, la esposa de Diomedes, con Cometo, hijo de Esténelo; y Meda, esposa del Idomeneo, con Leuco[25].

1. La Ilíada trata en orden de sucesión sólo el décimo año del sitio, y cada mitógrafo ha dispuesto los acontecimientos de los años anteriores en un orden diferente. Según Apolodoro (Epitome iii.32-3), Aquiles mata a Troilo, captura a Licaón, se apodera del ganado de Eneas y toma muchas ciudades. Según la Cipria (citada por Proclo: Crestomatía i), los griegos, al no poder tomar Troya por asalto, devastan la región y las ciudades de los alrededores; Afrodita y Tetis consiguen una entrevista de Aquiles y Helena, los griegos deciden volver a sus casas, pero los contiene Aquiles, quien luego se apodera del ganado de Eneas, saquea muchas ciudades y mata a Troilo; Patroclo vende a Licaón en Lemnos, se divide el botín y Palamedes muere lapidado.

2. Según Tzetzes (Sobre Licofrón 307), Troilo sobrevive a Memnón y Héctor. Igualmente, según el frigio Dares, Troilo sucede a Héctor como jefe

de las fuerzas troyanas (Dares: 30), hasta que uno de los caballos de su carro es herido y Aquiles le atraviesa con la lanza; Aquiles trata de arrastrar el cadáver, pero le hiere Memnón, a quien mata; los troyanos se refugian en la ciudad y Príamo hace a Troilo y Memnón un funeral magnífico (Dares: 33).

3. La guerra de Troya es histórica y, cualquiera que pueda haber sido su causa inmediata, fue una guerra comercial. Troya dominaba el valioso comercio del Mar Negro en oro, plata, hierro, cinabrio, madera para la construcción de naves, lino, cáñamo, pescado seco, aceite y jade chino. Una vez tomada Troya, los griegos pudieron establecer colonias a todo lo largo de la ruta de comercio oriental, que llegó a ser tan rica como las del Asia Menor y Sicilia. Al final, Atenas, como la principal potencia marítima, fue la que más se benefició con el comercio del Mar Negro, especialmente con la baratura del cereal; y fue la pérdida de una flota que guardaba la entrada del Helesponto la que arruinó en Egospótamos en 405 a. de C. y puso fin a las largas guerras con el Peloponeso. Quizás, en consecuencia, las constantes negociaciones entre Agamenón y Príamo no se relacionaban con la vuelta de Helena tanto como con la restauración de los derechos griegos a entrar en el Helesponto.

4. Es probable que los griegos se prepararan para el ataque final mediante una serie de incursiones en las costas de Tracia y el Asia Menor, con el propósito de descabalar el poderío naval de la alianza troyana; y que mantuvieran un campamento en la desembocadura del Escamandro para impedir que el comercio del Mediterráneo llegase a Troya, o que se realizase en la Llanura la anual Feria de Oriente y Occidente. Pero la Ilíada deja claramente establecido que Troya no fue sitiada en el sentido de que quedaron cortadas sus líneas de comunicación con el interior, y aunque, mientras Aquiles estuvo por allí, los troyanos no se aventuraban a salir de día por la Puerta Dardánida, la única que llevaba al interior (Ilíada v.789); y las lavanderas griegas temían lavar sus ropas en el manantial situado a un tiro de arco de distancia de las murallas (Ilíada xxii.256); sin embargo, los abastecimientos y los refuerzos entraban libremente y los troyanos en poder de Sestos y Abidos, que los mantenían en estrecho contacto con Tracia. El hecho de que los griegos se jactaran tanto de una incursión para robar ganado en el monte Ida, y de otra en el huerto de Príamo, indica que raras veces iban muy lejos tierra adentro. Los vástagos de higuera utilizados para

la barandilla del carro de Licaón estaban destinados, al parecer, a ponerlo bajo la protección de Afrodita. En las tablillas anteriores a la guerra de Troya encontradas en Cnosos se mencionan varios «carros cidonios pintados de rojo con ensambladura completa», pero sólo se especifica la madera de las barandillas: es siempre de higuera. Sin embargo, la madera de higuera no era ni mucho menos tan apropiada para ese propósito como otras muchas de que disponían los cretenses y troyanos.

5. Agamenón realizaba una guerra de desgaste, el buen éxito de la cual confiesa Héctor (Ilíada xvii.225 y xviii.287-92) cuando habla del agotamiento de los recursos troyanos causado por la disminución del comercio y la necesidad de subvencionar a los aliados. Los paflagonios, tracios y misios eran productores, no comerciantes, y estaban dispuestos a tratar directamente con los griegos. Sólo los mercantiles licios, que importaban mercaderías del sudeste, parecen haberse preocupado mucho por el destino de Troya, que les aseguraba sus rutas comerciales del norte; de hecho, cuando cayó Troya, el comercio del Asia Menor fue monopolizado por los aliados rodios de Agamenón y los licios se arruinaron.

6. El tratamiento cruel de las mujeres, los suplicantes y los aliados sirve para recordar que la Ilíada no es un mito de la Edad de Bronce. Con la caída de Cnosos (véase 39.7 y 89.1) y la consiguiente desaparición de la pax cretensis, impuesta por la diosa del Mar cretense a todos los países que se hallaban dentro de su esfera de influencia, aparece una nueva moral de la Edad del Hierro: la del tirano conquistador, un pequeño Zeus que no reconoce restricciones divinas. El sacrificio de Ifigenia, la malévola venganza de que Odiseo hace víctima a Palamedes, la venta de Licaón por una copa de plata, la desvergonzada persecución de Troilo por Aquiles y el concubinaje forzoso de Briseida y Criseida son actos típicos de una saga bárbara. Es natural que Palamedes fuera la víctima inocente de una alianza impía entre Agamenón, Odiseo y Diomedes, pues representa la cultura cretense implantada en Argólide; los inventos que se le atribuyen son todos ellos de origen cretense. Su asesinato en un pozo puede haber sido sugerido por la frase: «Verdad, lloro por ti, que has muerto antes que yo» y por la conocida relación de la verdad con los pozos. Palamedes significa «sabiduría antigua» y, como Hefesto, su equivalente lemnio, era un héroe oracular. Sus inventos le muestran como Thoth o Hermes (véase 17.g). Los

dados tienen la misma historia que los naipes: eran instrumentos oraculares antes que se los utilizara en los juegos de azar (véase 17.3).

7. El olmo, que no forma parte del calendario de árboles (véase 53.3), está asociado principalmente con el culto de Dioniso, pues los griegos espaldaban las vides con vástagos de olmo; pero las ninfas plantaron olmos alrededor de las tumbas de Protesilao y Eetión probablemente porque las hojas y la corteza obraban como vulnerarios (Plinio: Historia natural xxiv.33) y prometían ser todavía más eficaces si se las tomaba de las tumbas de príncipes que habían muerto a consecuencia de muchas heridas.

8. El afecto perverso de Laodamía a la estatua de Protesilao puede haberse deducido de la ilustración de una boda sagrada: en algunos sellos nupciales hititas el rey postrado está grabado tan tiesamente que parece una estatua. Las manzanas llevadas por un sirviente y la entrada súbita de Acasto indican que la escena representaba la traición de un rey por una reina en favor de su amante el sucesor, quien corta la manzana fatal que contiene su alma, como en la leyenda irlandesa de Cuchulain Dechtire y Curoi. Briséis (en acusativo Briseida) fue confundida con Crises, o Criseis, hija de Crises, quien había dado un bastardo a Agamenón (véase 116.4), y la leyenda latina medieval de Criseis (en acusativo Criseida) se desarrolló vigorosamente hasta el Testament of Cresseid de Henrysoun y Troilus and Cressida de Shakespeare.

9. Teutrania puede haberse llamado así por el teuthis o pulpo, consagrado a la diosa cretense (véase 81.1), cuya suma sacerdotisa era Tecmesa («la que ordena»). Aunque el mito de Sarpedón es confuso, todos sus elementos son conocidos. Al parecer, el reino de Licia, fundado por otro Sarpedón, tío de otro Glauco —cretenses de habla griega de origen eolio o pelasgo que fueron arrojados al otro lado del mar por los aqueos— era doble, con sucesión matrilineal, y el título de la sacerdotisa de la Luna era Laodamía («domadora del pueblo»). Su rey sagrado parece haber nacido ritualmente «de una yegua» (véase 81.4 y 167.2) (y de aquí su nombre, Hipóloco) e Isandro («hombre imparcial») actuaba como su sucesor. El nombre de Sarpedón («regocijándose en un arca de madera») se refiere, al parecer, a la llegada anual del Niño del Año Nuevo en una embarcación. Aquí el Niño es el interrex, al que Hipóloco entrega su reinado durante un solo día; luego debe ser ahogado en miel, como el Glauco cretense (véase 71.d), o muerto en un accidente de carro, como el Glauco del Istmo (véase

90.1), o traspasado con una flecha por el Hipóloco resucitado, como Learco, el hijo de Atañíante (véase 70.5).

10. Disparar contra una manzana colocada en la cabeza, o contra una moneda colocada en la gorra del propio hijo era una prueba de puntería prescrita a los arqueros medievales, cuyo gremio (como aparece en el Malleus Maleficarum y en la Little Geste of Robín Hood) pertenecía al culto de las brujas pagano tanto en Inglaterra como en la Germania celta. En Inglaterra la prueba tenía por finalidad, al parecer, elegir un «gudeman» para Maid Marian, casándose con la cual se convertía en Robín Hood, señor de la Selva Frondosa. Como el culto de las brujas nórdico tenía mucho en común con la religión neolítica del Egeo, es posible que los licios no pusiesen el anillo en el pecho de un niño, sino en su cabeza, y que representara una serpiente dorada (véase 119.4); o que fuese el anillo de un hacha lo que sostenía en la mano, como aquellos a través de los cuales disparó Odiseo cuando recuperó a Penélope de los pretendientes (véase 17l.h). El mitógrafo ha confundido, quizás, la prueba de la puntería que se exigía a un nuevo candidato a la dignidad de rey con el sacrificio de un interrex.

11. Etila significa «madera ardiente», y el incendio anual de una embarcación puede haber dado origen a la leyenda de Sición. Protesilao («primero del pueblo») tiene que haber sido un título regio tan común que varias ciudades reclamaban su tumba.

163. LA IRA DE AQUILES

a. Llegó el invierno, y como ésta nunca había sido una estación favorable para la lucha entre las naciones civilizadas, los griegos lo pasaron ampliando su campamento y practicando la ballestería. A veces se encontraban con los notables troyanos en el templo de Apolo Timbre, que era territorio neutral; y en una ocasión en que Hécabe hacía allí sacrificios llegó Aquiles con el mismo propósito y se enamoró desesperadamente de su hija Políxena. No se declaró en aquel momento, pero volvió a su tienda atormentado y envió al bondadoso Automedonte a que preguntara a Héctor con qué condiciones podía casarse con Políxena. Héctor contestó: «Ella será tuya el día en que traicione al campamento griego para entregarlo a mi padre Príamo». Aquiles parecía dispuesto a aceptar las condiciones de Héctor, pero renunció a ello de mal humor cuando le informaron que si no traicionaba el campamento debía jurar, en cambio, que mataría a su primo Áyax el Grande y a los hijos del ateniense Plístenes**[1]**.

b. Llegó la primavera y se reanudó la lucha. En la primera batalla de esa estación Aquiles buscó a Héctor, pero el vigilante Heleno le atravesó la mano con una flecha disparada con un arco de marfil, regalo amoroso de Apolo, y se vio obligado a retirarse. Zeus mismo guió la flecha, y lo hizo decidido a aliviar a los troyanos, a los que las incursiones y la consiguiente deserción de ciertos aliados asiáticos habían desalentado mucho, y a molestar a los griegos y hacer que Aquiles se apartase de los otros caudillos**[2]**. En consecuencia, cuando Crises fue a rescatar a Criseida, Zeus hizo que Agamenón lo despidiese con palabras de oprobio; y Apolo, invocado por Crises, se apostó vengativamente en la proximidad de las

naves y se dedicó a arrojar flechas mortales contra los griegos un día tras otro. Centenares de ellos murieron, aunque por suerte no sufrieron los reyes ni los príncipes, y el décimo día Calcante dio a conocer la presencia del dios. Por petición suya Agamenón devolvió de mala gana Criseida a su padre, con regalos propiciatorios, pero se resarció de esa pérdida quitando Briseida a Aquiles, a quien ésta había sido asignada. En vista de ello Aquiles, furioso, anunció que no volvería a intervenir en la guerra; y su madre Tetis, indignada, fue a ver a Zeus, quien le prometió desagraviarla. Pero algunos dicen que Aquiles se mantuvo fuera de la lucha para mostrar su buena voluntad a Príamo como padre de Políxena[3].

c. Cuando los troyanos se dieron cuenta de que Aquiles y sus mirmidones se habían retirado del campo de batalla, se envalentonaron e hicieron una salida vigorosa. Agamenón, alarmado, concedió una tregua, durante la cual París y Menelao debían librar un duelo por la posesión de Helena y el tesoro robado. Pero el duelo resultó indeciso, porque cuando Afrodita vio que París iba perdiendo lo envolvió en una niebla mágica y lo llevó de vuelta a Troya. Hera envió entonces a Atenea para que rompiera la tregua haciendo que Pandaro, hijo de Licaón, arrojase una flecha a Menelao, cosa que ella hizo; al mismo tiempo impulsó a Diomedes a matar a Pándaro y herir a Eneas y su madre Afrodita. Glauco, hijo de Hipoloco, se opuso a Diomedes, pero ambos recordaron la íntima amistad que había unido a sus padres e intercambiaron cortésmente las armas[4].

d. Héctor desafió a Aquiles a un combate cuerpo a cuerpo, y cuando Aquiles contestó que se había retirado de la guerra, los griegos eligieron a Áyax el Grande como su sustituto. Los dos paladines lucharon sin pausa hasta que anocheció, y entonces los heraldos los separaron y cada uno de ellos elogió jadeante el valor y la habilidad del otro. Áyax dio a Héctor el brillante tahalí de púrpura que más tarde lo llevó a la muerte: y Héctor dio a Áyax la espada tachonada con plata con la qué más tarde se suicidaría[5].

e. Se acordó un armisticio y los griegos erigieron un largo túmulo sobre sus muertos y lo coronaron con una pared detrás de la cual excavaron una trinchera profunda y empalizada. Pero se abstuvieron de apaciguar a los dioses que apoyaban a los troyanos y cuando se reanudó la lucha fueron

rechazados y obligados a cruzar la trinchera y resguardarse detrás de la pared. Esa noche los troyanos acamparon cerca de las naves griegas[6].

f. Desesperado, Agamenón envió a Fénix, Áyax, Odiseo y dos heraldos para que aplacaran a Aquiles, ofreciéndole innumerables regalos y la devolución de Briseida (debían jurar que ella era todavía virgen) si volvía a combatir. Habría que aclarar que entre tanto Crises se había llevado de vuelta a su hija, quien protestó diciendo que la había tratado muy bien Agamenón y deseaba quedarse con él; estaba encinta en aquel momento y más tarde dio a luz a Crises el Segundo, niño de dudosa paternidad. Aquiles recibió a los delegados con una sonrisa afable, pero rechazó sus ofrecimientos y anunció que zarparía rumbo a su casa a la mañana siguiente[7].

g. Esa misma noche, alrededor de la tercera vela, cuando la luna estaba alta, Odiseo y Diomedes, estimulados por un auspicio favorable de Atenea —una garza a su mano derecha— decidieron hacer una incursión en las líneas troyanas. Dio la casualidad de que tropezaron con Dolón, hijo de Eumelo, quien había sido enviado a hacer la ronda cerca del enemigo, y después de extraerle información por la fuerza, le cortaron la garganta. Acto seguido Odiseo ocultó el gorro de piel de hurón, la capa de piel de lobo, el arco y la lanza de Dolón en un tamarisco y corrió con Diomedes al flanco derecho de la línea troyana, donde, como ahora sabían, acampaba el tracio Reso. A este se lo llama variadamente hijo de la musa Euterpe, o Calíope, y de Deyoneo, o Ares, o Estrimón. Después de asesinar furtivamente a Reso y a doce de sus compañeros mientras dormían, se llevaron sus caballos magníficos, blancos como la nieve y más rápidos que el viento, y en el viaje de vuelta recogieron bajo el tamarisco los despojos de Dolón[8]. La captura de los caballos de Reso era de suma importancia, pues un oráculo había predicho que Troya sería inexpugnable una vez que hubieran comido pienso troyano y bebido en el río Escamandro, lo que no habían hecho todavía. Cuando despertaron los tracios supervivientes y encontraron a Reso muerto y desaparecidos sus caballos, huyeron desesperados y los griegos los mataron a casi todos[9].

h. Pero al siguiente día, tras una lucha feroz en la que fueron heridos Agamenón, Diomedes, Odiseo, Eurípilo y Macaón, el cirujano, los griegos

huyeron y Héctor abrió una brecha en su muralla[10]. Estimulado por Apolo, avanzó hacia las naves y, a pesar de la ayuda que les dio Posidón a los dos Ayantes y a Idomeneo, cruzó la línea griega. En ese momento Hera, que odiaba a los troyanos, consiguió que Afrodita le prestara su ceñidor y convenció a Zeus para que fuera a dormir con ella, treta que permitió a Posidón hacer que la batalla cambiara en favor de los griegos. Pero Zeus no tardó en descubrir que le habían engañado, reavivó a Héctor (casi muerto por Áyax con una gran piedra), ordenó a Posidón que saliera del campo de batalla y restableció el valor de los troyanos. Éstos volvieron a avanzar y Medón mató a Perifetes, hijo de Copreo, y a otros muchos paladines[11].

i. Inclusive Áyax el Grande se vio obligado a ceder terreno; y Aquiles, cuando vio que las llamas se elevaban de la popa de la nave de Protesilao, incendiada por los troyanos, olvidó de tal modo su rencor que reunió a sus mirmidones y corrió con ellos en ayuda de Patroclo. Patroclo había arrojado una lanza al grupo de troyanos reunidos alrededor de la nave de Protesilao y traspasado por ella a Pirecmes, rey de los peonios. Al ver eso los troyanos, confundiéndolo con Aquiles, huyeron; y Patroclo apagó el fuego, salvando por lo menos la proa del navío, y derribó a Sarpedón. Aunque Glauco trató de reunir a sus licios para impedir que despojaran el cuerpo de Sarpedón Zeus dejó que Patroclo persiguiera a todo el ejército troyano hacia la ciudad; Héctor fue el primero que se retiró, herido gravemente por Áyax.

j. Los griegos despojaron a Sarpedón de su armadura, pero, por orden de Zeus, Apolo rescató el cadáver, que preparó para el entierro, después de lo cual el Sueño y la Muerte lo llevaron a Licia. Entretanto, Patroclo perseguía a los vencidos y habría tomado Troya él solo si Apolo no se hubiera apresurado a subir a la muralla y a rechazarlo tres veces con un escudo cuando trataba de escalarla. La lucha continuó hasta el anochecer, cuando Apolo, envuelto en una densa niebla, se acercó por detrás a Patroclo y le golpeó fuertemente entre los omóplatos. A Patroclo le saltaron los ojos de la cabeza, su yelmo cayó, su lanza se rompió en pedazos, su escudo cayó a tierra, y Apolo, torvamente le desató el peto. Euforbo, hijo de Pántoo, al observar la situación en que se hallaba Patroclo le hirió sin temor a la represalia, y cuando Patroclo se alejaba tambaleando, Héctor, que había vuelto a la batalla, lo mató de un solo golpe[12].

k. Menelao corrió y mató a Euforbo —de quien se dice, entre paréntesis, que siglos después se reencarnó en el filósofo Pitágoras— y se retiró pavoneándose a su tienda con los despojos, dejando que Héctor despojara a Patroclo de su armadura prestada. Luego reaparecieron Menelao y Áyax el Grande y juntos defendieron el cadáver de Patroclo hasta que anocheció y consiguieron llevarlo a las naves. Pero Aquiles, al enterarse de lo ocurrido, se revolcó en el polvo y se entregó a un arrebato de dolor[13].

l. Tetis se introdujo en la tienda de su hijo llevando una nueva armadura, que incluía un par de valiosas grebas forjadas apresuradamente por Hefesto. Aquiles se puso la armadura, hizo la paz con Agamenón (quien le entregó Briseida inviolada y juró que se la había llevado por ira y no por lujuria) y salió para vengar a Patroclo[14]. Nadie podía hacer frente a su ira. Los troyanos se desbandaron y huyeron al Escamandro, donde los dividió en dos cuerpos, empujando a uno de ellos a través de la llanura hacia la ciudad y acorralando al otro en una curva del río. El dios fluvial, furioso, se lanzó contra él, pero Hefesto se puso de parte de Aquiles y secó las aguas con una llama abrasadora. Los troyanos sobrevivientes volvieron a la ciudad como una manada de ciervos asustados[15].

m. Cuando Aquiles se encontró por fin con Héctor y le obligó a librar un combate singular, los ejércitos de ambas partes retrocedieron y se quedaron observando asombrados. Héctor se volvió y echó a correr alrededor de las murallas de la ciudad. Con esta maniobra esperaba cansar a Aquiles, porque al haber permanecido inactivo durante mucho tiempo lo lógico era que le faltara el aliento. Pero se equivocaba. Aquiles le persiguió tres veces alrededor de las murallas y siempre que trataba de refugiarse en una puerta, contando con la ayuda de sus hermanos, le salía al paso y se lo impedía. Por fin Héctor se detuvo y le hizo frente y entonces Aquiles le atravesó el pecho y rechazando su súplica de moribundo de permitir que rescataran su cadáver para enterrarlo. Después de apoderarse de la armadura, Aquiles cortó la carne detrás de los tendones de los talones de Héctor. Luego pasó unas tiras de cuero por los cortes, las ató a su carro y, fustigando a los caballos Balio, Janto y Pedaso, arrastró el cuerpo hacia las naves a medio galope. La cabeza de Héctor, con sus cabellos negros derramándose a cada lado, levantaba una nube de polvo detrás. Pero algunos dicen que Aquiles

arrastró el cuerpo tres veces alrededor de las murallas de la ciudad tirando del tahalí que Áyax le había dado[16].

n. Luego Aquiles enterró a Patroclo. Cinco príncipes griegos fueron enviados al monte Ida en busca de madera para la pira fúnebre, en la cual Aquiles sacrificó no sólo caballos y dos de los nueve sabuesos de Patroclo, sino también doce cautivos troyanos nobles, varios hijos de Príamo entre ellos, cortándoles la garganta. Inclusive amenazó con arrojar el cadáver de Héctor a los otros sabuesos, pero Afrodita se lo impidió. En los juegos fúnebres de Patroclo Diomedes ganó la carrera de carros, y Epeo, a pesar de su cobardía, el pugilato; Áyax y Odiseo empataron en la lucha[17].

o. Todavía consumido por el pesar, Aquiles se levantaba todos los días al amanecer para arrastrar tres veces el cadáver de Héctor alrededor de la tumba de Patroclo. Pero Apolo lo protegía de la corrupción y la laceración y finalmente, por orden de Zeus, Hermes condujo a Príamo al campamento griego en la oscuridad de la noche y convenció a Aquiles para que aceptara un rescate[18]. En esa ocasión Príamo mostró una gran magnanimidad con Aquiles, pues lo encontró dormido en su tienda y podía haberlo matado fácilmente. El rescate en que se convino fue el peso de Héctor en oro. De acuerdo con ello, los griegos colocaron una balanza fuera de las murallas de la ciudad, pusieron el cadáver en un platillo e invitaron a los troyanos a amontonar oro en el otro. Cuando el tesoro de Príamo quedó exhausto de lingotes y joyas y el gran cuerpo de Héctor todavía bajaba su platillo más que el otro, Polixena, que observaba desde la muralla, arrojó sus brazaletes para aportar el peso que faltaba. Lleno de admiración, Aquiles le dijo a Príamo: «De buena gana trocaré a Héctor por Polixena; guarda tu oro, cásame con ella y si luego devuelves Helena a Menelao, me comprometo a hacer la paz entre tu gente y la nuestra.»[19] Príamo, por el momento, se contentó con rescatar a Héctor por el precio en oro convenido, pero prometió que entregaría Polixena a Aquiles sin reserva si él convencía a los griegos para que se fueran sin Helena. Aquiles replicó que haría lo que pudiera y Príamo se fue con el cadáver de Héctor para enterrarlo. Tan grande fue el bullicio que se produjo en los funerales de Héctor —los troyanos con sus lamentos y los griegos tratando de hacer que no se oyeran

sus cantos fúnebres con gritos y silbidos— que las aves que volaban sobre ellos caían atontadas por el ruido[20].

p. Por orden de un oráculo los huesos de Héctor fueron llevados posteriormente a la Tebas beoda, donde se halla todavía su tumba junto a la fuente de Edipo. Algunos citan así las palabras del oráculo:

> «Escuchad, hombres de Tebas que habitáis en la ciudad de Cadmo: Si deseáis que vuestro país sea próspero, rico e intachable llevad los huesos de Héctor, el hijo de Príamo, a vuestra ciudad. Asia los tiene ahora; allí Zeus atenderá a su culto».

Otros dicen que cuando una peste hizo estragos en Grecia, Apolo ordenó que volvieran a enterrar los huesos de Héctor en una ciudad griega famosa que no había intervenido en la guerra de Troya.

q. Una tradición completamente distinta hace a Héctor hijo de Apolo y afirma que lo mató la amazona Pentesilea[21].

1. Según Proclo (Crestomatía xcix. 19-20), Homerus significa «ciego» más bien que «rehén», que es la traducción habitual; el arte del bardo era una vocación natural para el ciego, pues la ceguera y la inspiración van con frecuencia juntas (véase 105.A). La identidad del Homero original ha sido discutida durante unos dos mil quinientos años. En la tradición más antigua se le considera aceptablemente un jonio de Quíos. Un clan de Homéridas, o «Hijos del Ciego», que recitaban los poemas homéricos tradicionales y llegaron a constituir un gremio (Escoliasta sobre las Odas Nemeas de Píndaro ii.l), tenía su sede en Delos, el centro del mundo jónico, donde se decía que Homero mismo había recitado (Himno Homérico iii. 165-73). Partes de la Ilíada datan del siglo X a. de C; el tema es tres siglos anterior. En el siglo VI recitales no autorizados de la Ilíada ya corrompían lentamente el texto. Pisístrato, tirano de Atenas, ordenó, en consecuencia, una revisión oficial, que confió a cuatro dé los sabios más destacados. Parecen haber realizado bien la tarea, pero como Homero había llegado a ser considerado la autoridad principal en las disputas entre las ciudades, los enemigos de

Pisístrato le acusaron de haber interpolado versos con fines políticos (Estrabón: ix.1.10).

2. Los veinticuatro libros de la Ilíada tienen su origen en un poema titulado La ira de Aquiles que quizá podía ser recitado en una sola noche y trataba de la disputa de Aquiles y Agamenón por la posesión de una princesa cautiva. Es improbable que el texto de los acontecimientos centrales haya sido corregido radicalmente desde la aparición de la primera Ilíada de alrededor de 750 a. de C. Sin embargo, las pendencias son tan poco edificantes, y todos los caudillos griegos se comportan tan sanguinaria, engañosa y desvergonzadamente, en tanto que los troyanos, por contraste, se comportan tan bien, que es evidente hacia qué lado se inclinaba la simpatía del autor. Como legatario de los bardos de la corte minoica encontró su hogar espiritual entre las pasadas glorias de Cnosos y Micenas y no junto a las fogatas de campamento de los invasores bárbaros del norte. Homero describe fielmente las vidas de sus nuevos señores, que han usurpado antiguos títulos religiosos al casarse con las herederas de las tribus, y, aunque los llama semejantes a los dioses, sabios y nobles, le causan una profunda repugnancia. Viven de la espada y mueren por la espada, desdeñando el amor, la amistad, la fe y las artes de la paz. Les interesan tan poco los nombres divinos por los que juran que se atreve a burlarse en su presencia de los codiciosos, taimados, pendencieros, lascivos y cobardes Olímpicos que han trastornado el mundo. Uno lo descartaría como un miserable irreligioso si no fuera claramente un adorador secreto de la Gran Diosa de Asia (a la que los griegos han humillado en esta guerra) y si no se vislumbrara su índole afectuosa y honorable cada vez que describe la vida familiar en el palacio de Príamo. Homero se ha inspirado en la epopeya babilonia de Gilgamesh para su relato sobre Aquiles, sustituyendo a Gilgamesh por Aquiles, a Ninsun por Tetis y a Enkidú por Patroclo.

3. El comportamiento histérico de Aquiles cuando se entera de la muerte de Patroclo tiene que haber chocado a Homero, pero encubre las barbaridades del funeral con un lenguaje épico burlesco, seguro de que sus señores no se darán cuenta de lo agudo de la sátira. Puede decirse que, en cierto modo, Homero se anticipó a Goya, cuyos retratos caricaturescos de la familia real española estaban pintados tan magníficamente que podían ser aceptados por las víctimas como parecidos sinceros. Pero la agudeza de la Ilíada como sátira ha sido embotada un tanto por la necesidad que tenían los

homéridas de aplacar a sus huéspedes divinos en Delos; Apolo y Artemis debían apoyar a los tróvanos y mostrar dignidad y discreción, al menos en contraste con los dioses depravados del campo heleno. Un resultado de la aceptación de la Iliada por las autoridades de las ciudades griegas como una epopeya nacional fue que nadie volvió a tomar en serio la religión olímpica, y las costumbres griegas nunca dejaron de ser bárbaras, excepto en los lugares donde sobrevivió el culto de los misterios cretenses y los mistagogos exigían a sus iniciados un certificado de buena conducta. La Gran Diosa, aunque ahora estaba oficialmente subordinada a Zeus, siguió ejerciendo una fuerte influencia espiritual en Eleusis, Corinto y Samotracia, hasta la supresión de sus misterios por los primeros emperadores bizantinos. Luciano, quien amaba a Homero y le sucedió como el principal satírico de los Olímpicos, también adoraba a la Diosa, a la que había sacrificado su primer corte de cabello en Hierápolis.

4. Se dice que los huesos de Héctor fueron llevados de Troya a Tebas, pero «Héctor» era el título del rey sagrado tebano con anterioridad a la guerra de Troya; y sufría el mismo desuno cuando terminaba su reinado, destino que consistía en ser arrastrado en un accidente de carro, como Glauco (véase 71.a), Hipólito (véase 101.g), Enómao (véase 109.g) y Abdero (véase 130.d). Como «Áquiles» era también un título más bien que un nombre, el combate puede haber sido tomado de la perdida saga tebana de «La oveja de Edipo», en la que los co-reyes lucharon por el trono (véase 106.2).

164. LA MUERTE DE ÁQUILES

a. La reina de las amazonas Pentelisea, hija de Otrere y Ares, se había refugiado en Troya huyendo de las Erinias de su hermana Hipólita (llamada también Glauce o Melanipa), a la que había matado accidentalmente, bien durante una cacería, o bien, según los atenienses, en la lucha que siguió al casamiento de Teseo con Fedra. Purificada por Príamo, se distinguió mucho en la batalla y dio muerte a numerosos griegos, entre ellos (según se dice) a Macaón, aunque la versión más común hace que le mate Eurípilo, hijo de Télefo[1]. Sacó a Áquiles del campo de batalla en varias ocasiones, y algunos pretenden incluso que ella lo mató y que Zeus, atendiendo a la súplica de Tetis, le devolvió la vida, pero al final él la atravesó con la lanza, se enamoró de su cadáver y cometió necrofilia con él allí mismo[2]. Cuando Áquiles pidió voluntarios para enterrar a Pentesilea, Tersites, un hijo del etolio Agrio y el más feo de los griegos que luchaban delante de Troya, y que había vaciado los ojos de Pentesilea con su lanza cuando ella yacía moribunda, acusó burlonamente a Áquiles de lujuria inmunda y contranatural. Áquiles se volvió y asestó a Tersites un golpe tan fuerte que le rompió todos los dientes y envió su alma al Tártaro[3].

b. Esto causó una gran indignación entre los griegos y Diomedes, que era primo de Tersites y deseaba mostrar su desdén por Áquiles, arrastró el cuerpo de Pentesilea tirándolo de los pies y lo arrojó en el Escamandro; pero lo sacaron del río y lo enterraron en la orilla con grandes honores: algunos dicen que lo hizo Áquiles, y otros que los troyanos. Áquiles se embarcó luego para Lesbos, donde hizo sacrificios a Apolo, Artemis y Leto; y Odiseo, enemigo jurado de Tersites, le purificó del asesinato. Pentesilea

moribunda, sostenida por Aquiles, aparece grabada en el trono de Zeus en Olimpia[4]. Su nodriza, la amazona Cleta, al enterarse de que había huido a Troya después de la muerte de Hipólita, salió en su busca, pero los vientos contrarios la llevaron a Italia, donde fijó su residencia y fundó la ciudad de Cíete[5].

c. Príamo había convencido ya a su hermanastro Titono de Asiría para que enviase a Troya a su hijo el etíope Memnón; le sobornó con una vid de oro[6]. En Etiopía se muestra un supuesto palacio de Memnón, aunque cuando Titono emigró a Asiría y fundó Susa, Memnón, que era entonces un niño, había ido con él. A Susa se la llama ahora comúnmente la Ciudad de Memnón, y a sus habitantes asíanos, por Cisia, la madre de Memnón. Su palacio en la Acrópolis subsistió hasta la época de los persas[7].

d. Titono gobernaba la provincia de Persia para el rey asirio Téutamo, el señor de Príamo, quien puso a Memnón al mando de un millar de etíopes, un millar de susanos y doscientos carros. Los frigios muestran todavía el camino escabroso pero directo, con lugares para acampar cada viente la ilómetros más o menos, por el que Memnón, después de subyugar a todas las naciones intermedias, marchó a Troya. Era negro como el ébano, pero el hombre más bello existente, y, como Aquiles, llevaba una armadura forjada por Hefesto[8]. Algunos dicen que condujo un gran ejército de etíopes e indios a Troya por Armenia, y que otra expedición partió por mar de Fenicia a sus órdenes y mandada por un sidonio llamado Falante. Cuando desembarcó en Rodas, los habitantes de la cual estaban en favor de la causa griega, le preguntaron a Falante en público: «¿No te avergüenza, señor, ayudar al troyano París y a otros enemigos declarados de tu ciudad natal?» Los marineros fenicios, que entonces se enteraron por primera vez de adonde iban, lapidaron a Falante por traidor y se establecieron en Yáliso después de repartirse el tesoro y las municiones de guerra que llevaba Falante[9].

e. Entretanto, en Troya, Memnón mató a vanos griegos destacados, entre ellos a Antíloco hijo de Néstor, cuando acudió a salvar a su padre, pues París había matado a uno de los caballos del carro de Néstor y el terror hacía inmanejable a su compañero de yunta[10]. Este Antíloco había sido abandonado cuando era niño en el monte Ida por su madre Anaxibia, o

Eurídice, y le había amamantado una perra. Aunque era demasiado joven cuando la expedición zarpó de Áulide al comienzo de la guerra, la siguió algunos años después y pidió a Aquiles que aplacara la ira de Néstor ante su llegada inesperada. Aquiles, complacido con el ánimo belicoso de Antíloco, se comprometió a mediar entre ellos y, por deseo suyo, Néstor presentó su hijo a Agamenón**[11]**. Antíloco era uno de los griegos más jóvenes, bellos, rápidos y valientes que luchaban en Troya y Néstor, a quien un oráculo había advertido que debía protegerlo contra un etíope, designó a Calionte como su guardián, pero en vano**[12]**. Los huesos de Antíloco fueron enterrados junto a los de sus amigos Aquiles y Patroclo, a cuyas ánimas acompañó a los Campos de Asfódelos**[13]**.

f. Ese día, con la ayuda de los etíopes de Memnón, los troyanos casi consiguieron incendiar las naves griegas, pero llegó la noche y se retiraron. Después de enterrar a sus muertos, los griegos eligieron a Áyax el Grande para que se enfrentase con Memnón; y a la mañana siguiente había comenzado ya el combate singular cuando Tetis fue en busca de Aquiles, quien estaba ausente del campamento, y le dio la noticia de la muerte de Antíloco. Aquiles se apresuró a volver para vengarse, y mientras Zeus, quien había pedido una balanza, pesaba su destino contra el de Memnón**[14]**, apartó a un lado a Áyax y ocupó su lugar en el combate. El platillo que contenía el destino de Memnón descendió en las manos de Zeus, Aquiles asestó a su adversario el golpe mortal y poco después una cabeza negra y una armadura brillante coronaban la pira ardiente de Antíloco**[15]**.

g. Sin embargo, algunos dicen que los tesalios le tendieron una emboscada a Memnón, y que los etíopes, después de quemar su cuerpo, llevaron las cenizas a Titono; y que ahora están enterradas en una colina que domina la desembocadura del río Esepo, donde una aldea lleva su nombre**[16]**. Eos, considerada como la madre de Memnón, imploró a Zeus que le otorgase la inmortalidad y algunos honores más. En consecuencia, varias aves hembras fantasmas, llamadas Memnónidas, se formaron con las ascuas y el humo de su pira, se elevaron al aire y volaron tres veces a su alrededor. En la cuarta vuelta se dividieron en dos bandadas, lucharon entre ambas con las garras y los picos y cayeron sobre las cenizas como un

sacrificio fúnebre. Las Memnónidas siguen luchando y cayendo sobre su tumba cuando el Sol ha recorrido todos los signos del Zodíaco[17].

h. Según otra tradición, estas aves son las muchachas compañeras de Memnón, las cuales lamentaron su muer te tan excesivamente que los dioses, compadecidos, las transformaron en aves. Hacen una visita anual a su tumba, donde lloran y se laceran hasta que algunas de ellas caen muertas. Los helespontinos dicen que cuando las Memnónidas visitan la tumba de Memnón junto al Helesponto utilizan las alas para rociarla con agua del río Esepo; y Eos sigue derramando lágrimas de rocío por él todas las mañanas. Polignoto pintó a Memnón haciendo frente a su rival Sarpedón y vestido con un manto bordado con esas aves. Se dice que los dioses observan los aniversarios de la muerte de ambos como días de luto[18].

i. Otros creen que los huesos de Memnón fueron llevados a Pafos en Chipre, y desde allí a Rodas, donde su hermana Himera, o Hemera, fue a buscarlos. Los fenicios que se habían rebelado contra Falante permitieron que se los llevara con la condición de que no exigiera la devolución del tesoro robado. Ella accedió a eso y llevó la urna a Fenicia; allí la enterró en Palioquis y luego desapareció[19]. Otros dicen que la tumba de Memnon se halla cerca de Faltón, en Siria, junto al río Badas. Su espada de bronce cuelga de la pared del templo de Asclepios en Nicomedia; y la Tebas egipcia es famosa por una colosal estatua negra —una figura de piedra sentada— que produce un sonido parecido al del rompimiento de la cuerda de una lira todos los días al salir el sol. Todos los pueblos de habla griega lo llaman Memnón, pero no los egipcios[20].

j. A continuación Aquiles derrotó a los troyanos y los persiguió hacia la ciudad, pero su destino estaba ya también decidido. Posidón y Apolo se comprometieron a venga la muerte de Geno y Troilo y a castigar ciertas jactancias insolentes que Aquiles había pronunciado sobre el cadáver de Héctor, y se cosultaron. Velado con una nube y apostado junto a la Puerta Escea, Apolo buscó a París en lo más reñido del combate, dirigió su arco y guió la flecha fatal. Fue a clavarse en la única parte vulnerable del cuerpo de Aquiles, el talón derecho, y murió con terribles dolores[21]. Pero algunos dicen que Apolo, asumiendo la semejanza de Paris, mató personalmente a Aquiles; y ésta fue la versión que aceptó Neoptólemo, el hijo de Aquiles.

Durante todo el día se libró sobre el cadáver una batalla feroz. Áyax el Grande mató a Glauco, lo despojó de su armadura, envió ésta al campamento y, a pesar de una lluvia de flechas, llevó el cadáver de Aquiles a través de los enemigos, mientras Odiseo le cubría la retaguardia. Una tempestad enviada por Zeus puso entonces fin a la lucha[22].

k. Según otra tradición, Aquiles fue víctima de un complot. Príamo le había ofrecido a Políxena en matrimonio con la condición de que levantase el sitio de Troya, pero Políxena, que no podía perdonar a Aquiles el que hubiera asesinado a su hermano Troilo, hizo que revelara la vulnerabilidad de su talón, pues no hay secreto que las mujeres no puedan arrancar a los hombres como prueba de amor. A pedido de ella, descalzo y desarmado, a ratificar el acuerdo mediante sacrificios a Apolo Timbreo; luego, mientras Deífobo le abrazaba simulando amistad, Paris, oculto detrás de la imagen del dios, le atravesó el talón con una flecha envenenada o, según algunos, con una espada. Pero antes de morir Aquiles tomó del altar unas teas y las lanzó vigorosamente a su alrededor, matando a muchos tróvanos y servidores del templo[23]. Entre tanto, Odiseo, Áyax y Diomedes, sospechando una posible traición de Aquiles, le habían seguido al templo. Paris y Deífobo se cruzaron con ellos corriendo en la puerta; entraron y Aquiles, al expirar en sus brazos, les pidió que después de la caída de Troya sacrificaran a Políxena en su tumba. Áyax sacó el cadáver del templo en sus hombros; los troyanos trataron de apoderarse de él, pero los griegos consiguieron llevárselo y lo condujeron a las naves. Algunos dicen, por otra parte, que los troyanos vencieron en la pelea y no entregaron el cadáver de Aquiles hasta que les devolvieron el rescate que Príamo había pagado por Héctor[24].

l. Esa pérdida desalentó a los griegos. Sin embargo, Posidón prometió a Tetis que concedería a Aquiles en el Mar Negro una isla en la que las tribus de la costa le ofrecerían sacrificios divinos durante toda la eternidad. Un grupo de nereidas fue a Troya para llorar con ella y permanecieron desoladas alrededor de su cadáver mientras las nueve Musas entonaban el canto fúnebre. El duelo duró diecisiete días y noches, pero aunque Agamenón y los otros caudillos griegos derramaron muchas lágrimas, ninguno de los soldados rasos lamentó mucho la muerte de un traidor tan

notorio. El decimoctavo día el cuerpo de Aquiles fue quemado en una pira y sus cenizas, mezcladas con las de Patroclo, fueron guardadas en un cofre de oro hecho por Hefesto, regalo de boda de Dioniso a Tetis; el cofre fue enterrado en el promontorio Sigeo, que dormina el Helesponto, y sobre él los griegos erigieron un alto túmulo como mojón[25]. En una aldea vecina llamada Aquilea hay un templo dedicado a Aquiles y su estatua lleva un arete de mujer[26].

m. Mientras los aqueos realizaban juegos fúnebres en su honor —Eumelo ganó la carrera de carros, Diomedes la pedestre, Áyax el lanzamiento de discos y Teucro la competencia en el disparo de arcos— Tetis sacó el alma de Aquiles de la pira y la llevó a Leucea, una isla de unos veinte estadios de circunferencia, boscosa y llena de animales salvajes y domesticados que se halla frente a la desembocadura del Danubio y que ahora le está consagrada. En una ocasión, cuando cierto crotoniano llamado Leónimo, que había sido herido gravemente en el pecho mientras luchaba con sus vecinos, los locrios espicefirios, hizo una visita a Delfos para preguntar cómo podía curarse, la Pitonisa le dijo: «Ve a Leucea. Allí Áyax el Pequeño, a cuya ánima invocaron sus enemigos para que luchase en su favor, aparecerá y te curará la herida». Volvió algunos meses después, sano y salvo, e informó que había visto a Aquiles, Patroclo, Antíloco, Áyax el Grande y finalmente Áyax el Pequeño, quien le había curado. Helena, ahora casada con Aquiles, le había dicho: «Te ruego, Leónimo, que vayas a Himera y le digas al difamador de Helena que la pérdida de su vista se debe al desagrado de ella». Los marineros que navegan rumbo al norte desde el Bosforo hasta Olbia oyen con frecuencia a Aquiles que canta los versos de Homero al otro lado del agua, y al sonido de su voz acompañan el ruido de cascos de caballos, gritos de guerreros y entrechocar de armas[27].

n. Aquiles yació por vez primera con Helena, no mucho antes de su muerte, en un sueño dispuesto por su madre Tetia. Esta experiencia le causó tal placer que pidió a Helena que se descubriese ante él en la vida real en la muralla de Troya. Ella lo hizo y Aquiles se enamoró desesperadamente. Como él fue su quinto marido, lo llaman Pempto, que quiere decir «quinto», en Creta; Teseo, Menelao, París y Deífobo habían sido sus predecesores[28].

o. Pero otros sostienen que Aquiles sigue bajo el poder de Hades y se queja amargamente de su suerte mientras se pasea por los Campos de Asfódelos; otros, que se casó con Medea y vive regiamente en los Campos Elíseos o en las Islas de los Bienaventurados[29].

p. Por orden de un oráculo se erigió un cenotafio a Aquiles en el antiguo gimnasio de Olimpia; allí, al comienzo del festival, cuando el sol se pone, las eleanas le honran con ritos fúnebres. Los tesalios, por orden del oráculo de Dodona, hacen también sacrificios anuales a Aquiles; y en el camino que lleva de Esparta hacia el norte hay un templo que le construyó Prax, su bisnieto, y que está cerrado al gran público; pero los muchachos a los que se exige que luchen en el cercano bosquecillo de sicómoros entran en él y hacen sacrificios a Aquiles de antemano[30].

1. Pentesilea era una de las amazonas vencidas por Teseo y Heracles: es decir, una de las sacerdotisas combatientes de Atenea, derrotadas por los invasores eolios de Grecia (véase 100.1 y 131.2). El episodio ha sido situado en Troya porque, según se dice, la confederación de Príamo comprendía a todas las tribus del Asia Menor. Pentesilea no aparece en la Ilíada, pero el ultraje de su cadáver por Aquiles es característicamente homérico, y como se la menciona en otros muchos textos clásicos, un pasaje acerca de ella pudo muy bien haber sido suprimido por los compiladores de Pisístrato. Dictys Cretensis (iv.2-3) moderniza la fábula: dice que cabalgaba al frente de un gran ejército y que, al encontrar a Héctor muerto, habría vuelto a su país si París no la hubiera sobornado con oro y plata para que se quedase. Aquiles atravesó con la lanza a Pentesilea en su primer encuentro y la hizo caer de la silla tirándole del cabello. Cuando yacía en tierra moribunda los soldados griegos gritaron: «¡Arroja a esa virago a los perros como castigo por sobrepasar la naturaleza de la mujer!» Aunque Aquiles pidió que se le hiciese un funeral honorable, Diomedes tomó el cadáver por los pies y lo arrastró para arrojarlo al Escamandro. En la leyenda griega las viejas nodrizas representan habitualmente a la Diosa como Anciana (véase 24.9) y la nodriza de Pentesilea, Cleta («invocada») no es una excepción.

2. Cisia («hiedra») parece ser un título primitivo de la diosa, llamada de diversos modos, que presidía las orgías de hiedra y vid en Grecia, Tracia, Asia Menor y Siria (véase 168.j); los «cisianos» de Memnón, sin embargo, son una variante de «susianos» («hombres-lirio»), llamados así en honor de la diosa Lirio, Susannah o Astarté. Probablemente Príamo pidió ayuda, no a los sirios, sino a los hititas, que muy bien podían haberle enviado refuerzos por tierra, y también por mar, desde Siria. «Memnón» («resuelto»), un título común de los reyes griegos —intensificado en «Agamemnón» («muy resuelto»)— ha sido confundido aquí con Mnemón, un título del asirio Artajerjes, y con Amenofis, el nombre del Faraón en honor del cual se construyó en Tebas la famosa estatua negra y cantante. Los primeros rayos del sol calentaban la piedra hueca y hacían que el aire interior se expandiese y saliera por la estrecha garganta.

3. Aquiles en su nacimiento, juventud y muerte es aceptable mitológicamente como el antiguo rey sagrado pelasgo, destinado a convertirse en el héroe oracular «sin labios». Su adversario mítico llevaba varios nombres, como «Héctor», «Paris» y «Apolo». Aquí es Memnón, hijo de Cisia. El duelo de Aquiles con Memnón, cada uno de ellos apoyado por su madre, estaba tallado en el Cofre de Cipselo (Pausanias: v.19.1) y en el trono de Apolo en Amidas (Pausanias: iii.18.7); además figura en un gran grupo del pintor Licio que los habitantes de Apolonia le dedicaron en Olimpia (Pausanias: v.22.2). Los dos representan al rey sagrado y su sucesor: Aquiles, hijo de la diosa del Mar, brillante Espíritu del Año Creciente; y Memnón, hijo de la diosa; Hiedra, oscuro Espíritu del Año Menguante, al que se consagra la vid dorada. Se matan el uno al otro alternativamente, en los solsticios invernal y estival; el rey muere siempre a consecuencia de una herida en el talón, y su sucesor es decapitado con una espada. Aquiles, en este sentido antiguo, no corrompido por el comportamiento escandaloso de los caudillos aqueos y dorios que usurparon su nombre, era honrado como héroe en muchos lugares; y la fábula no homérica de la traición de que fue objeto por Políxena, quien le arrancó el secreto de su talón vulnerable, lo coloca junto a Llew Llaw, Cuchulain, Sansón y otros héroes de la Edad de Bronce de buena reputación. Es probable, por tanto, que su lucha con Pentesilea fuera de la misma clase que la de su padre, Peleo, con Tetis (véase 81.d). Quien recibió

el mensaje de Helena desde Leucea —que ahora es una isla prisión rumana sin árboles— fue el poeta Estesícoro (véase 31.9 y 159.1).

4. Debido a que Memnón fue del Oriente para ayudar a Príamo se le llamó «hijo de Eos» («la aurora»); y como necesitaba un padre, Titono, el amante de Eos, pareció la elección natural (véase 40.c). Una lucha en el solsticio de invierno entre muchachas disfrazadas de aves de la que da fe Ovidio, es una explicación más probable de las Memnónidas que el que sean encarnaciones fantásticas de chispas que ascienden de un cadáver colocado en la pira; la lucha se libraría originalmente por el cargo de suma sacerdotisa, al estilo libio (véase 8.1).

5. Aquiles, como rey sagrado de Olimpia, era llorado después del solsticio estival, cuando se realizaban en su honor los juegos fúnebres olímpicos; a su sucesor, llamado Idealmente «Crono», se le lloraba después del solsticio de invierno (véase 138.4). En las Islas Británicas estas fiestas caían en el primero de agosto y el día de San Esteban, respectivamente; pero aunque el cadáver del reyezuelo de cresta dorada, el pájaro de Crono, es llevado todavía en procesión por los distritos rurales el día de San Esteban, las Memnónidas británicas suspiran y sollozan sólo por el petirrojo, no por su víctima, el reyezuelo: por el sucesor y no por el rey sagrado.

6. El templo de héroe de Aquiles en Creta debió de ser construido por inmigrantes pelasgos, pero el sicómoro es un árbol cretense. Puesto que la hoja de sicómoro representaba la mano verde de Rea, quizá se llamara a Aquiles Pempto («quinto») para identificarlo con Acésidas, el quinto de sus Dáctilos, es decir el dedo meñique oracular, del mismo modo en que identificaba a Heracles con el primero, el viril pulgar (véase 53.1).

7. La vid de oro de Príamo, con la que sobornó a Titono para que enviara a Memnón, parece haber sido la que dio Zeus a Tros como compensación por el rapto de Ganimedes (véase 29.6).

165. LA LOCURA DE ÁYAX

a. Cuando Tetis decidió conceder las armas de Aquiles al griego más valiente que quedaba vivo delante de Troya, solamente Áyax y Odiseo, que habían defendido juntos el cadáver[1], se atrevieron a reclamarlas. Algunos dicen que Agamenón, quien aborrecía a toda la Casa de Éaco, rechazó las pretensiones de Áyax y repartió las armas entre Menelao y Odiseo, cuya buena voluntad estimaba mucho más[2]; otros dicen que evitó lo odioso de una decisión remitiendo el caso a una reunión de los caudillos griegos, que la resolvieron en votación secreta; o que la remitió a los cretenses y los otros aliados; o que obligó a sus prisioneros troyanos a declarar cuál de los dos reclamantes les había hecho más daño[3]. Pero la verdad es que, mientras Áyax y Odiseo seguían jactándose competitivamente de sus hazañas, Néstor le aconsejó a Agamenón que por la noche enviase espías para que escuchasen al pie de las murallas de Troya la opinión imparcial de los enemigos al respecto. Los espías oyeron lo que decían unas muchachas que conversaban entre ellas: cuando una elogió a Áyax por haber retirado el cadáver de Aquiles del campo de batalla entre una tormenta de proyectiles, otra, por instigación de Atenea, replicó: «¡Tonterías! Hasta una esclava habría hecho lo mismo una vez que alguien le ha puesto un cadáver en los hombros; pero si le hubieran puesto armas en la mano habría estado demasiado asustada para utilizarlas. Odiseo, y no Áyax, sufrió el embate más fuerte de nuestro ataque[4]».

b. En consecuencia, Agamenón concedió las armas a Odiseo. Él y Menelao nunca se hubiesen atrevido, por supuesto, a insultar a Áyax de esta manera si Aquiles hubiera estado vivo, pues Aquiles quería

entrañablemente a su valiente primo. Fue el mismo Zeus quien provocó la querella[5].

c. Con una ira muda, Áyax decidió vengarse de sus compatriotas griegos aquella misma noche; pero Atenea le enloqueció e hizo que se lanzara espada en mano contra las vacas y las ovejas tomadas de las granjas troyanas como parte del botín común. Tras una gran matanza, encadenó a los animales sobrevivientes y los llevó al campamento, donde continuó su matanza. Eligió dos carneros de patas blancas, cercenó la cabeza y la lengua a uno de ellos, al que tomó por Agamenón o Menelao, y ató el otro a una columna, donde lo azotó con un ronzal, gritando insultos y llamándole pérfido Odiseo[6].

d. Por fin recobró el juicio y, completamente desesperado, llamó a Eurísaces, hijo con Tecmesa, y le entregó el enorme escudo séptuple del cual había recibido su nombre. «El resto de mis armas será enterrado conmigo cuando muera», dijo. Teucro, el hermanastro de Áyax e hijo de Hesíone, la hermana cautiva de Príamo, se hallaba en aquel momento en Misia, pero Áyax le dejó un mensaje designándolo guardián de Eurísaces, a quien debía llevar a casa de sus abuelos Telamón y Euribea en Salamina. Luego, después de decir a Tecmesa que eludiría la ira de Atenea bañándose en agua de mar y encontrando un trozo de tierra no hollada en el que pudiera enterrar con seguridad la espada, salió, decidido a matarse.

e. Fijó en tierra la espada —la misma que le había dado Héctor a cambio del tahalí de púrpura— con la punta hacia arriba, y después de pedir a Zeus que le hiciera saber a Teucro dónde se podía encontrar su cadáver; a Hermes que condujera su alma a los Campos de Asfódelos; y a las Erinias que le vengaran, se arrojó sobre ella. La espada, que detestaba lo que Áyax le pedía, se dobló en la forma de arco, y ya había amanecido cuando por fin consiguió suicidarse poniendo la punta bajo su axila vulnerable[7].

f. Entretanto Teucro volvió a Misia y estuvo a punto de que lo mataran los griegos, indignados por la matanza de su ganado. Calcante, a quien no se había otorgado la previsión profética del suicidio, llevó aparte a Teucro y le aconsejó que encerrara a Áyax en su tienda, pues le había enloquecido la ira de Atenea. Podalirio, hijo de Asclepio, se mostró de acuerdo; era un médico tan experto como su hermano Macaón el cirujano y el primero que

diagnosticó la locura de Ajax por sus ojos llameantes[8]. Pero Teucro se limitó a sacudir la cabeza, pues Zeus le había informado ya de la muerte de su hermano, y salió tristemente con Tecmeas en busca del cadáver.

g. Encontró a Áyax tendido en un charco de sangre y Teucro se quedó consternado. ¿Cómo podía volver a Salamina y hacer frente a su padre Telamón? Mientras se hallaba allí tirándose de los pelos se presentó Menelao y le prohibió enterrar a Áyax, a quien había que dejar a merced de los voraces milanos y los piadosos buitres. Teucro lo envió a paseo y, dejando que Eurísaces, vestido de suplicante, expusiera mechones de su cabello, del de Teucro y del de Tecmesa, para guardar así el cadáver de Áyax —sobre el que Tecmesa había extendido su túnica—, se presentó airado ante Agamenón. Odiseo intervino en la subsiguiente disputa y no sólo instó a Agamenón para que permitiera los ritos fúnebres, sino que además se ofreció a ayudar a Teucro a realizarlos. Teucro no aceptó ese servicio, aunque agradeció la cortesía de Odiseo. Finalmente Agamenón, por consejo de Calcante, permitió que Áyax fuese enterrado en un ataúd de suicida en el cabo Reteo, y no que fuera quemado en una pira como si hubiera caído honorablemente en la batalla[9].

h. Algunos sostienen que la causa de la querella entre Áyax y Odiseo fue la posesión del Paladio y que se produjo después de la caída de Troya[10]. Otros niegan que Áyax se suicidara y dicen que, como era invulnerable al acero, los troyanos lo mataron con terrones de arcilla, como les había aconsejado un oráculo. Pero quizá se trataba de otro Áyax[11].

i. Posteriormente, cuando Odiseo visitó los Campos de Asfódelos, Áyax fue la única ánima que permaneció alejada de él, y rechazó sus excusas de que Zeus había sido responsable de su desgracia. Para entonces Odiseo había regalado prudentemente las armas a Neoptólemo, el hijo de Aquiles; aunque los eolios que más tarde se establecieron en Troya dicen que las perdió en un naufragio cuando regresaba a su casa y que Tetis consiguió que las olas las depositasen junto a la tumba de Áyax en Reteo. Durante el reinado del emperador Adriano la mar gruesa abrió la tumba y se descubrió que sus huesos eran de tamaño gigantesco; basta con decir que las rótulas eran tan grandes como los discos que emplean los muchachos en el

pentatlón. Por orden del emperador los volvieron a enterrar inmediatamente[12].

j. Los habitantes de Salamina dicen que cuando murió Áyax apareció una flor nueva en su isla: blanca, con matices rojos, menor que un lirio y, como el jacinto, con letras que decían Ai! Ai! («¡Ay, ay!»). Pero se cree generalmente que la nueva flor nació de la sangre de Áyax cuando cayó, pues las letras también quieren decir Aias Aiacides: «Áyax el Eácida». En la plaza del mercado de Salamina hay un templo de Áyax con una imagen de ébano; y no lejos del puerto se muestra un canto rodado en el que se sentó Telamón para contemplar la nave que se llevó a sus hijos a Áulide[13].

k. Teucro volvió por fin a Salamina, pero Telamón le acusó de fratricidio en segundo grado, pues no había apoyado la pretensión de Áyax a las armas en disputa. Le prohibió desembarcar y tuvo que defenderse desde el mar mientras los jueces le escuchaban en la orilla; el propio Telamón se había visto obligado a hacer lo mismo por su padre Éaco cuando le acusó de haber asesinado a su hermano Foco. Y así como Telamón había sido declarado culpable y desterrado, así también lo fue Teucro, fundándose en que no había llevado de vuelta los huesos de Áyax, ni a Tecmesa ni Eurísaces; lo que desmostraba negligencia. Se dirigió a Chipre, donde, con el favor de Apolo y el permiso del rey sidonio Belo, fundó la otra Salamina[14].

l. Los atenienses honran a Áyax como uno de sus héroes epónimos e insisten en que Fileo, el hijo de Eurísace, se hizo ciudadano ateniense y les entregó la soberanía de Salamina[15].

1. Aquí el elemento mitológico es pequeño. Áyax quizás aparecía en alguna ilustración chipriota atando el carnero a una columna, no porque se hubiera vuelto loco, sino porque ésa era una forma de sacrificio introducida en Chipre desde Creta (véase 39.2).

2. El jacinto de Homero es la espuela de caballero azul —hyacinthos grapta— que tiene en la base de sus pétalos marcas que se parecen a las letras griegas primitivas AI; estaba también consagrada al Jacinto cretense (véase 21.8).

3. Los huesos de Áyax que ordenó volver a enterrar Adriano, como los de Teseo (véase 104.i), probablemente pertenecían a algún héroe mucho más antiguo. Pisístrato utilizó la supuesta relación de Áyax con el Ática para reclamar la soberanía de la isla de Salamina que ejercía anteriormente Megara, y se dice que apoyó su reclamación mediante la inserción de versos fraguados (véase 163.1) en el canón homérico (Ilíada ii.458-559; Aristóteles: Retórica i.15; Plutarco: Solón 10). Ata es una forma vieja de gata («tierra») y atas («Áyax») significaría «campesino».

4. Matar a un hombre con terrones de arcil la en lugar de hacerlo con espadas era un medio primitivo de evitar la culpabilidad por homicidio; y el asesinato de este otro Áyax debe de haber sido, por tanto, obra de sus parientes y no del enemigo troyano.

5. Que Odiseo y Áyax disputaran la posesión del Paladio es históricamente importante, pero Sófocles ha confundido descuidadamente a Áyax el Grande con Áyax el Pequeño (véase 166.2).

166. LOS ORÁCULOS DE TROYA

a. Aquiles había muerto y los griegos comenzaban a desesperar. Calcante profetizó que Troya no podría ser tomada sino con la ayuda del arco y las flechas de Heracles. En consecuencia, Odiseo y Diomedes fueron enviados a Lemnos para que se los pidieran a Filoctetes, quien los poseía en aquel momento[1].

b. Algunos dicen que Fímaco, pastor del rey Actor e hijo de Dolofión había alojado a Filoctetes y curado su herida apestosa durante los últimos diez años. Otros afirman que algunos de los soldados melibeos de Filoctetes se habían establecido a su lado en Lemnos y que los Asclepíadas ya le habían curado con tierra de Lemnos antes que llegara la delegación; o que Filio o Pelio, un hijo de Hefesto, lo hizo. Se dice que luego Filoctetes conquistó ciertas pequeñas islas situadas frente a las costa troyana para el rey Euneo, desalojando a la población caria, bondad que agradeció Euneo concediéndole el distrito de Acesa en Lemnos[2]. Por lo tanto, se explica, Odiseo y Diomedes no necesitaban tentar a Filoctetes con ofrecimientos de tratamiento médico; fue voluntariamente con ellos, llevando el arco y las flechas, con el propósito de ganar la guerra para los griegos y gloria para sí mismo. Según otra versión, la delegación se encontró con que había muerto hacía tiempo a consecuencia de la herida y convenció a sus herederos para que les dejaran llevar el arco[3].

c. La verdad es, no obstante, que Filoctetes se había quedado en Lemnos, sufriendo mucho, hasta que Odiseo le convenció con engaños para que entregara el arco y las flechas; pero Diomedes (y no, como algunos dicen equivocadamente, Neoptólemo) no quiso complicarse en el robo y

aconsejó a Filoctetes que exigiera la devolución de su propiedad. Entonces intervino el dios Heracles: «Ve con ellos a Troya, Filoctetes —le dijo— y yo enviaré a un asclepíada para que te cure; pues Troya debe caer por segunda vez con mis flechas. Te elegirán entre los griegos como el combatiente más temerario de todos. Matarás a Paris, tomarás parte en el saqueo de Troya y enviarás a tu casa el botín, reservando la parte mejor para tu padre Peante. Pero recuerda: no puedes tomar a Troya sin Neoptólemo, hijo de Aquiles, ¡ni puede hacerlo él sin ti!»[4].

d. Filoctetes obedeció y cuando llegó al campamento griego lo bañaron con agua dulce y dejaron que durmiera en el templo de Apolo. Mientras dormía, el cirujano Macaón le cortó de la herida la carne podrida, vertió en ella vino y le aplicó hierbas curativas y la piedra serpentina. Pero algunos dicen que Podalirio, el médico hermano de Macaón, se encargó de la curación[5].

e. Tan pronto como estuvo curado, Filoctetes desafió a Paris a un combate con arcos. La primera flecha que disparó no hizo blanco, la segunda atravesó la mano del arco de Paris, la tercera le cegó el ojo derecho, y la cuarta le dio en el tobillo hiriéndole de muerte. A pesar del intento de Menelao de matar a Paris, éste consiguió salir renqueando del campo de batalla y refugiarse en Troya. Esa noche los troyanos lo llevaron al monte Ida, donde suplicó a su anterior amante, la ninfa Enone, que le curara, pero inspirada por un odio inveterado a Helena, ella, cruel, movió negativamente la cabeza y lo llevaron de vuelta para que muriera. Poco después Enone se arrepintió y corrió a Troya con un cesto lleno de drogas curativas, pero lo encontró ya muerto. En un frenesí de dolor saltó desde la muralla, o se ahorcó, o murió quemada en su pira; nadie recuerda cómo fue la cosa. Algunos excusan a Enone diciendo que habría curado a Paris inmediatamente si su padre no lo hubiera impedido; se vio obligada a esperar a que él saliera de casa antes de llevar las drogas y luego llegó demasiado tarde[6].

f. Heleno y Deífobo disputaron entonces la mano de Helena, y Príamo apoyaba a Deífobo fundándose en que había mostrado el mayor valor; pero, aunque su casamiento con Paris había sido dispuesto por los dioses, Helena no podía olvidar que seguía siendo reina de Esparta y esposa de Menelao.

Una noche un centinela la sorprendió tratando de deslizarse por una cuerda de la muralla con el propósito de escaparse. La llevaron ante Deífobo, quien se casó con ella por la fuerza, con gran disgusto de los otros troyanos. Heleno abandonó inmediatamente la ciudad y fue a vivir con Arisbe en las laderas del monte Ida[7].

g. Al enterarse por Calcante de que solamente Heleno conocía los oráculos secretos que protegían a Troya, Agamenón envió a Odiseo para que le acechara y lo llevara al campamento griego. Dio la casualidad de que Heleno se hallaba como huésped de Crisis en el templo de Apolo Timbreo cuando llegó Odiseo en su busca, y se mostró bastante dispuesto a revelar los oráculos con la condición de que se le diera un hogar seguro en algún país lejano. Explicó que había abandonado Troya, no porque temiera la muerte, sino porque ni él ni Eneas podían perdonar el sacrilego asesinato de Aquiles por París en aquel mismo templo y por el que todavía no se había dado cumplida satisfacción a Apolo[8].

h. —Así sea. No me ocultes nada y te garantizaré la vida y la seguridad —le dijo Odiseo.

—Los oráculos son breves y claros —respondió Heleno—. Troya caerá este verano si cierto hueso de Pélope es llevado a vuestro campamento, si Neoptólemo sale a combatir, y si el Paladio de Atenea es robado de la ciudadela, porque no se puede abrir brecha en las murallas mientras siga allí[9].

Agamenón envió inmediatamente mensajeros a Pisa en busca del omóplato de Pélope. Entretanto Odiseo, Fénix y Diomedes se embarcaron para Esciros, donde convencieron a Licomedes para que dejara que Neoptólemo fuera a Troya; algunos dicen que entonces sólo tenía doce años de edad. El ánima de Aquiles se le apareció a su llegada, y en adelante se distinguió tanto en el consejo como en la guerra. Odiseo le entregó de buena gana las armas de Aquiles[10].

i. Eurípilo, hijo de Télefo, reforzó a los troyanos con un ejército de misios, y Príamo, que había ofrecido a su madre Astíoque una vid de oro si él iba, lo desposó con Casandra. Eurípilo demostró que era un combatiente resuelto y mató al cirujano Macaón; éste es el motivo por el que en el templo de Asdepio en Pérgamo, donde todos los servicios religiosos

comienzan con un himno celebrando a Télefo, no se puede pronunciar en ocasión alguna el nombre de su hijo Eurípilo. Néstor llevó a Pilos los huesos de Macaón y los enfermos son curados en el templo de Gerania; su estatua de bronce enguirnaldada domina el lugar sagrado llamado «El Rosal». El propio Eurípilo fue muerto por Neoptólemo[11].

j. Poco antes de la caída de Troya las disensiones entre los hijos de Príamo se hicieron tan feroces que autorizó a Antenor para que negociara la paz con Agamenón. A su llegada al campamento griego, Antenor, por odio a Deífobo, convino en entregar traidoramente el Paladio y la ciudad a Odiseo; su precio fue la dignidad de rey y la mitad del tesoro de Príamo. Le dijo a Agamenón que se podía contar también con la ayuda de Eneas[12].

k. Trazaron juntos un plan, y para realizarlo Odiseo le pidió a Diomedes que le azotara sin piedad; luego, manchado con sangre, sucio y cubierto de harapos, consiguió que le admitieran en Troya como un esclavo fugitivo. Sólo Helena le conoció a pesar de su disfraz, pero cuando le interrogó en privado la engañó con respuestas evasivas. Sin embargo, no pudo rechazar una invitación para que fuera a su casa, donde ella le bañó, le ungió y le vistió con ropas finas; y una vez establecida su identidad sin duda alguna, Helena juró solemnemente que no lo denunciaría a los troyanos —hasta entonces sólo había confiado en Hécabe— si él le revelaba todos los detalles de su plan. Helena le explicó que la tenían como prisionera en Troya y deseaba volver a su patria. En aquel momento entró Hecabe. Odiseo se arrojó a sus pies, llorando de terror, y le suplicó que no lo denunciara. Cosa sorprendente, ella accedió. Odiseo se apresuró a volver, guiado por Hecabe, y llegó a donde estaban sus amigos a salvo y con abundante información; pretendió haber matado a varios troyanos que no querían abrirle las puertas[13].

l. Algunos dicen que Odiseo robó el Paladio en esta ocasión, él solo. Otros dicen que a él y a Diomedes, como favoritos de Atenea, los eligieron para hacerlo y que subieron a la ciudadela por un túnel estrecho y fangoso, mataron a los guardias que dormían y juntos se apoderaron de la imagen que la sacerdotisa Teano, esposa de Antenor, les entregó voluntariamente[14]. La versión común, no obstante, es que Diomedes escaló la muralla subiéndose a los hombros de Odiseo, porque la escala era

corta, y entró en Troya solo. Cuando reapareció con el Paladio en los brazos los dos volvieron al campamento juntos, bajo la luna llena, pero Odiseo deseaba para sí toda la gloria. Se colocó detrás de Diomedes, a cuyos hombros estaba atada la imagen, y lo habría matado si Diomedes no hubiera visto la sombra de su espada, pues la luna estaba todavía baja en el firmamento. Se volvió, desenvainó su espada, desarmó a Odiseo, le ató las manos y lo llevó a las naves dándole repetidamente puntapiés y golpes. De aquí la frase «coacción de Diomedes» aplicada con frecuencia a aquellos cuyos actos obedecen a una coerción[15].

m. Los romanos pretenden que Odiseo y Diomedes se llevaron solamente una copia del Paladio exhibida públicamente, y que Eneas, cuando cayó Troya, rescató la imagen auténtica, pasándola a escondidas con el resto de su bagaje sagrado y la llevó sin peligro a Italia[16].

1. Todo esto es pura novela o drama, con excepción del robo del Paladio, la misteriosa negativa de Hécabe a denunciar a Odiseo (véase 168J) y la muerte de París a consecuencia de una herida en el tobillo (véase 92.10, 126.3 y 164.l). El omóplato de Pélope era probablemente de marfil de marsopa (véase 109.5). La versión que hace a Filoctetes morir envenenado —por las flechas de Heracles empapadas en la sangre de la Hidra— parece ser la más antigua (véase 162.1).

2. Pausanias informa (v.13.3): «Cuando los griegos volvían de Troya, la nave que transportaba el omóplato de Pélope se hundió frente a Eubea durante una tormenta. Muchos años después un pescador eritreo llamado Damármeno (“domador de velas”) recogió en su red un hueso que era de un tamaño tan asombroso que lo ocultó en la arena mientras iba a preguntar al oráculo de Delfos de quién era aquel hueso y qué debía hacer con él. Apolo había dispuesto que una embajada elea llegase el mismo día en busca de un remedio para una peste. La Pitonisa respondió a los eleos: “Recuperad el omóplato de Pélope”. Y a Damármeno le dijo: “Entrega tu hueso a estos embajadores”. Los eleos le recompensaron bien haciendo la custodia del hueso hereditaria en su casa. Ya no podía verse cuando visité Elide: sin duda el tiempo y la acción del agua marina en la que había estado durante tan largo tiempo lo habían convertido en polvo».

167. EL CABALLO DE MADERA

a. Atenea inspiró a Prilis, hijo de Hermes, la sugestión de que se podría entrar en Troya por medio de un caballo de madera; y Epeo, hijo de Panopeo, un fócense del Parnaso, se ofreció voluntariamente para construir uno bajo la inspección de Atenea. Luego, por supuesto, Odiseo reclamó el mérito de esta estratagema[1].

b. Epeo había llevado treinta naves desde las Cicladas a Troya. Desempeñaba el oficio de acarreador de agua en la casa de Atreo, como aparece en el friso del templo de Apolo en Cartea, y aunque era un pugilista hábil y un artesano consumado, había, nacido cobarde como castigo divino por haber faltado su padre a la palabra dada, pues Panopeo había jurado falsamente en nombre de Atenea que no desfalcaría parte alguna del botín tafiano conquistado por Anfitrión. La cobardía de Epeo se hizo proverbial desde entonces[2].

c. Construyó un enorme caballo hueco con tablones de pino, con un escotillón en un costado y grandes letras talladas en el otro que lo dedicaban a Atenea: «En agradecida anticipación del regreso a salvo a sus hogares, los griegos dedican esta ofrenda a la Diosa[3]». Odiseo convenció a los más valientes de los griegos para que subieran al caballo, completamente armados, por una escala de cuerdas y se introdujeran por el escotillón en su vientre. Se da variadamente su número como veintitrés, más de treinta, cincuenta, y lo que es un tanto absurdo, tres mil. Entre ellos estaban Menelao, Odiseo, Diomedes, Esténelo, Acamante, Toante y Neoptólemo. Engatusado, amenazado y sobornado, Epeo se unió también al grupo. Subió

el último, introdujo la escala de cuerdas tras de sí y, como era el único que sabía hacer funcionar el escotillón, se sentó junto a la cerradura[4].

d. Al anochecer, los demás griegos que estaban a las órdenes de Agamenón siguieron las instrucciones de Odiseo, que consistían en incendiar su campamento, hacerse a la mar y esperar frente a Ténedos y las islas Calidnes hasta la noche siguiente. Sólo Sinón, primo hermano de Odiseo y nieto de Autólico, se quedó encargado de encender un fuego como señal de regreso[5].

e. Al amanecer los exploradores troyanos informaron que el campamento griego estaba reducido a cenizas y que su ejército se había ido dejando un caballo gigantesco en la costa. Príamo y varios de sus hijos salieron para verlo y se quedaron contemplándolo con asombro. Timetes fue el primero que rompió el silencio. «Puesto que esto es un don para Atenea —dijo—, propongo que lo introduzcamos en Troya y lo subamos a su ciudadela». «¡No, no! —exclamó Capis— Atenea ha favorecido a los griegos durante demasiado tiempo; debemos quemarlo inmediatamente o abrirlo para ver qué contiene su vientre». Pero Príamo declaró: «Timetes tiene razón. Lo llevaremos sobre rodillos para que nadie profane la propiedad de Atenea». El caballo resultó demasiado ancho para que pudiera pasar por las puertas. Incluso cuando ensancharon la brecha en la muralla se atrancó cuatro veces. Con enormes esfuerzos los troyanos lo subieron a la ciudadela, pero al menos tomaron la precaución de volver a cerrar la brecha en la muralla. Siguió otra agitada discusión cuando Casandra anunció que el caballo contenía hombres armados, y le apoyó el adivino Laocoonte, hijo de Antenor, a quien algunos llaman equivocadamente hermano de Anquises. Gritó: «¡Necios, no confiéis en los griegos ni siquiera cuando os traen regalos!» Y dicho eso arrojó su lanza, que se clavó vibrando en el ijar del caballo e hizo que dentro de él se entrechocaran las armas. Se oyeron gritos de: «¡Quemémoslo! ¡Arrojémoslo por la muralla!» Pero los partidarios de Príamo suplicaron: «Dejadlo donde está[6]».

f. La discusión fue interrumpida por la llegada de Sinón, a quien conducían encadenado un par de soldados troyanos. Sometidos a interrogatorio declaró que Odiseo trataba hacía mucho tiempo de matarlo porque conocía el secreto del asesinato de Palamedes. Añadió que los

griegos estaban sinceramente cansados de la guerra y habrían vuelto a sus casas meses antes, pero el mal tiempo ininterrumpido les había impedido hacerlo. Apolo les había aconsejado que aplacasen a los vientos con sangre, como cuando quedaron demorados en Áulide. «En vista de ello —continuó Sinón— Odiseo obligó a Calcante a adelantarse y le pidió que nombrara a la víctima. Calcante no quiso responder inmediatamente y se retiró durante diez días, al cabo de los cuales, sin duda sobornado por Odiseo, entró en la tienda donde se realizaba el consejo y me señaló. Todos los presentes aceptaron de buena gana el veredicto, aliviados porque no los habían elegido como víctima propiciatoria. Me encadenaron, pero comenzó a soplar un viento favorable, mis compañeros se apresuraron a embarcarse y yo aproveché la confusión para escaparme».

g. Príamo, engañado, aceptó a Sinón como suplicante y ordenó que le quitaran las cadenas. «Ahora habíanos del caballo», le dijo amablemente. Sinón explicó que los griegos habían perdido el favor de Atenea, del que dependían, cuando Odiseo y Diomedes robaron el Paladio de su templo. Tan pronto como lo llevaron a su campamento las llamas envolvieron tres veces la imagen y sus miembros comenzaron a sudar en prueba de la ira de la diosa. En vista de ello, Calcante aconsejó a Agamenón que se embarcaran para su patria y reunieran una nueva expedición en Grecia bajo mejores auspicios, dejando el caballo como una ofrenda aplacatoria a la diosa. «¿Por qué lo han hecho tan grande?», preguntó Príamo. Sinón, bien aleccionado por Odiseo, contestó: «Para impedir que lo introdujeseis en la ciudad. Calcante predice que si despreciáis esta imagen sagrada, Atenea os arruinará; pero una vez que esté dentro de Troya podréis reunir a todas las fuerzas de Asia, invadir Grecia y conquistar Micenas[7]».

h. «Ésas son mentiras —gritó Laocoonte— y parecen inventadas por Odiseo. ¡No le creas, Príamo!» Y añadió: «Te ruego, señor, que me permitas sacrificar un toro a Posidón. Cuando vuelva espero ver este caballo de madera reducido a cenizas». Es necesario explicar que los troyanos habían dado muerte lapidándolo a su sacerdote de Posidón nueve años antes y decidieron no sustituirlo hasta que la guerra pareciera haber terminado. Ahora eligieron a Laocoonte echando suertes para que propiciara a Posidón. Ya era el sacerdote de Apolo Timbreo, a quien había

irritado casándose y engendrando hijos a pesar del voto de celibato y, lo que era peor, yaciendo con su esposa Antíope a la vista de la imagen del dios[8].

i. Laocoonte se retiró para elegir una víctima y preparar el altar, pero, como advertencia de que se acercaba la perdición de Troya, Apolo envió dos grandes sierpes marinas llamadas Porces y Caribea, o Curisia, o Períbea, que corrieron hacia Troya desde Ténedos y las islas Calidnes[9].

Salieron a tierra y, enroscándose alrededor de los miembros de Antifante y Timbreo, al que algunos llaman Melanio, los hijos mellizos de Laocoonte, los estrujaron hasta causarles la muerte. Laocoonte corrió a salvarlos, pero murió también miserablemente. Las serpientes se deslizaron luego hasta la ciudadela y mientras una se enroscaba en los pies de Atenea la otra se refugió detrás de su égida. Algunos dicen, sin embargo, que sólo murió uno de los hijos de Laocoonte y que eso sucedió en el templo de Apolo Timbreo y no junto al altar de Posidón; otros que Laocoonte escapó a la muerte[10].

j. Este terrible prodigio sirvió para convencer a los troyanos de que Sinón había dicho la verdad. Príamo dio por supuesto equivocadamente que a Laocoonte se le castigaba por haber herido el caballo con su lanza y no por haber insultado a Apolo. Inmediatamente dedicó el caballo a Atenea y aunque los seguidores de Eneas se retiraron alarmados a sus chozas en el monte Ida, casi todos los troyanos de Príamo comenzaron a celebrar la victoria con banquetes y fiestas. Las mujeres recogieron flores en las orillas del río, adornaron con ellas la crin del caballo y extendieron una alfombra de rosas alrededor de sus cascos[11].

k. Entretanto, dentro del vientre del caballo, los griegos temblaban de terror y Epeo lloraba en silencio, en un arrebato de miedo. Solamente Neoptólemo no mostraba emoción alguna, ni siquiera cuando la punta de la lanza de Laocoonte atravesó los tablones cerca de su cabeza. Una vez tras otra hacía señas a Odiseo para que ordenara el ataque —pues Odiseo tenía el mando— y asía su lanza y el puño de la espada amenazadoramente. Pero Odiseo no lo permitía. Por la tarde Helena salió del palacio y dio tres veces la vuelta al caballo, palmeando sus costados, y, como para divertir a Deífobo que la acompañaba, atormentó a los griegos ocultos imitando por turno la voz de cada una de sus esposas. Menelao y Diomedes, agazapados

en el centro del caballo junto a Odiseo, sintieron la tentación de salir cuando oyeron pronunciar su nombre, pero él les contuvo y, al ver que Antielo estaba a punto de contestar, le tapó la boca con la mano y, según dicen algunos, le estranguló[12].

l. Esa noche, agotados por los banquetes y las orgías, los troyanos durmieron profundamente y ni siquiera el ladrido de un perro rompía el silencio. Pero Helena permanecía despierta y una brillante luz redonda ardía sobre su habitación como una señal para los griegos. A la medianoche, poco antes de que saliera la luna llena —la sétima del año—, Sinón salió furtivamente de la ciudad para encender un fuego de señal en la tumba de Aquiles y Antenor blandió una antorcha[13].

Agamenón contestó a las señales encendiendo astillas de madera de pino en un fanal en la cubierta de su nave, que estaba al pairo a unos pocos tiros de flecha de la costa; y toda la flota se acercó a la orilla. Antenor se acercó cautelosamente al caballo e informó en voz baja que todo se hallaba bien, y Odiseo ordenó a Epeo que abriera la puerta[14].

m. Equión, hijo de Porteo, fue el primero que salió dando un gran salto, pero cayó y se rompió el cuello; los demás descendieron por la escala de cuerdas de Epeo. Unos corrieron a abrir las puertas a sus compañeros que habían desembarcado y otros dieron muerte a los centinelas soñolientos que guardaban la ciudadela y el palacio, pero Menelao sólo podía pensar en Helena y corrió directamente a su casa[15].

1. Los comentadores clásicos de Homero no estaban satisfechos con la fábula del caballo de madera. Sugirieron, variadamente que los griegos utilizaron una máquina parecida a un caballo para derribar la muralla (Pausanias: i.23.10); que Antenor hizo entrar a los griegos en Troya por un postigo en el que estaba pintado un caballo; o que la señal de un caballo era utilizada para distinguir a los griegos de sus enemigos en la oscuridad y la confusión; o que cuando Troya fue traicionada los oráculos prohibieron el saqueo de cualquier casa marcada con la señal de un caballo, y así se respetó a las de Antenor y a las de otros; o que Troya cayó a causa de una

acción de caballería; o que los griegos, después de incendiar su campamento, se ocultaron detrás del monte Hipio («del Caballo»).

2. Es muy probable que Troya fuese tomada por medio de una torre de madera con ruedas, cubiertas con cueros de caballo húmedos para protegerla contra las flechas incendiarias, y empujada hacia la parte notoriamente débil de las defensas: la cortina occidental que había construido Éaco (véase 158.5). Pero esto difícilmente explicaría la leyenda de que los caudillos griegos se ocultaron en el «vientre» del caballo. Quizá los homéridas inventaron esto para explicar una ilustración ya no inteligible que mostraba una ciudad amurallada, una reina, una asamblea solemne y el rey sagrado en el acto de renacer, con la cabeza por delante, de una yegua, que era el animal sagrado tanto de los troyanos (véase 48.j) como de los eácidas (véase 8,j). Una yegua de madera de pino, el árbol del nacimiento (véase 51.5) puede haber sido utilizada en esta ceremonia, así como una vaca de madera facilitó el casamiento sagrado de Minos y Pasífae (véase 88.í). La lucha entre Odiseo y Antielo, ¿se dedujo, quizá, de una ilustración que mostraba a los mellizos disputando en el seno materno? (véase 73.2).

3. La fábula del hijo, o los hijos, de Laocoonte recuerda la de las dos serpientes estranguladas por Heracles (véase 119.2). Según algunas versiones, su muerte ocurrió en el templo de Apolo, y Laocoonte mismo, como Anfitrión, escapó ileso. En realidad las serpientes se limitarían a limpiar los oídos de los muchachos para darles facultades proféticas. Antífante significa, al parecer, «profeta», «el que habla en lugar» del dios.

4. En el nivel divino esta guerra se libró entre Afrodita, la diosa del Mar troyana, y Posidón, el dios del Mat griego (véase 169J) y de aquí la supresión por Príamo del sacerdocio de Posidón.

5. Las imágenes que sudan han sido un fenómeno repetido desde la caída de Troya; los dioses romanos adoptaron posteriormente esta señal de advertencia, y lo mismo han hecho los santos católicos que los han sustituido.

6. En la saga primitiva la reputación de valor de Epeo era tal que su nombre se aplicaba irónicamente a los bravucones; y del bravucón al cobarde no hay más que un corto paso (véase 88.10).

168. EL SAQUEO DE TROYA

a. Al parecer, Odiseo había prometido a Hécabe y Helena que a todos los que no ofrecieran resistencia se les perdonaría la vida. Pero los griegos se deslizaron en silencio por las calles iluminadas por la luna, entraron en las casas indefensas y cortaron la garganta a los troyanos que dormían. Hécabe se refugió con sus hijas bajo un antiguo laurel en el altar erigido a Zeus del Patio, donde impidió que Príamo corriese a lo más reñido del combate. «Quédate con nosotros, señor —le suplicó— en este lugar seguro. Eres demasiado anciano y débil para luchar». Príamo, a regañadientes, hizo lo que ella le pidió, hasta que pasó corriendo su hijo Polites, perseguido de cerca por los griegos, y cayó traspasado ante sus propios ojos[1]. Maldiciendo a Neoptólemo, quien le había asestado el golpe mortal, Príamo le atacó ineficazmente con la lanza, ante lo cual lo sacaron de los escalones del altar, ahora enrojecidos con la sangre de Polites, y lo mataron despiadadamente en el umbral de su propio palacio. Pero Neoptólemo, recordando sus deberes filiales, arrastró el cadáver hasta la tumba de Aquiles en el promontorio Sigeo, donde dejó que se pudriera decapitado y sin enterrar[2].

b. Entretanto Odiseo y Menelao habían ido a la casa de Deífobo, donde libraron el más sangriento de todos sus combates, del que salieron victoriosos solamente con la ayuda de Atenea. Se discute quién de los dos mató a Deífobo. Algunos inclusive dicen que Helena misma le hundió una daga en la espalda, y que esta acción, y la vista de sus pechos desnudos, debilitó de tal modo la resolución de Menelao, quien había jurado: «¡Ella morirá!», que arrojó su espada y la condujo a salvo a las naves. El cadáver

de Deífobo fue mutilado atrozmente, pero Eneas le erigió más tarde un monumento en el cabo Reteo[3].

Odiseo vio que Glauco, uno de los hijos de Antenor, huía por una calle perseguido enérgicamente por un grupo de griegos. Intervino y al mismo tiempo salvó al hermano de Glauco, Helicaón, que estaba gravemente herido. Menelao colgó luego una piel de leopardo sobre la puerta de la casa de Antenor, como una señal de que había que respetarla[4]. A Antenor, su esposa Téano y sus cuatro hijos se les permitió que se fueran en libertad llevándose todos sus bienes; algunos días después se embarcaron en la nave de Menelao y se dirigieron primeramente a Cirene, luego a Tracia y finalmente a Henética en el Adriático[5]. Henética se llamaba así porque Antenor se hizo cargo del mando de ciertos refugiados de la Enete paflagonia, cuyo rey Pilémenes había muerto en Troya, los encabezó en una guerra afortunada contra los euganeos de la llanura del norte de Italia. Al puerto y el distrito donde desembarcaron se les llamó «Nueva Troya» y ahora se los conoce con el nombre de venedanos. También se dice que Antenor fundó la ciudad de Padua[6].

c. Según los romanos, la única otra familia troyana perdonada por los griegos fue la de Eneas, quien, como Antenor, había instado últimamente a entregar a Helena y a la conclusión de una paz justa; Agamenón, al ver que se ponía al venerable Anquises sobre los hombros y lo llevaba hacia la Puerta Dardánida sin una sola mirada de soslayo, ordenó que no se molestase a un hijo tan piadoso. Sin embargo, algunos dicen que Eneas estaba ausente en Frigia cuando cayó la ciudad[7]. Otros, que defendió Troya hasta el final y luego se retiró a la ciudadela de Pérgamo y, tras una segunda resistencia valiente, envió a su gente al monte Ida a cubierto de la oscuridad y los siguió tan pronto como pudo con su familia, su tesoro y las imágenes sagradas; y que, habiéndole ofrecido los griegos condiciones honorables, pasó a la Pelene tracia y murió allí o en Orcómeno ciudad de Arcadia. Pero los romanos dicen que en sus viajes llegó por fin al Lacio, fundó la ciudad de Lavinio y, muerto en batalla, fue transportado al Cielo. Todas éstas son fábulas; la verdad es que Neoptólemo lo llevó cautivo a bordo de su nave como el botín más honorable conquistado por cualquiera

de los griegos, y lo retuvo para el rescate, que a su debido tiempo pagaron los dardánidas[8].

d. Laódice, la esposa de Helicaón (a la que algunos llaman esposa de Télefo) había yacido con el ateniense Acamante cuando éste fue a Troya con la embajada de Diomedes diez años antes y dio a luz en secreto a un hijo llamado Múnito, al que una esclava de Helena llamada Etra —madre de Teseo y por tanto bisabuela del niño— había criado para ella. Cuando cayó Troya se hallaba Laódice en el templo de Tros, junto a las tumbas de Cila y Munipo, cuando se abrió la tierra y la tragó ante los ojos de todos[9].

e. En la confusión, Etra huyó con Múnito al campamento griego, donde Acamante y Demofonte la reconocieron como su abuela, largo tiempo perdida y a la que habían jurado salvar o rescatar. Demofonte fue inmediatamente a ver a Agamenón y le pidió que la repatriase, juntamente con su compañera de cautiverio, la hermana de Pirítoo. Menesteo de Atenas apoyó su súplica, y como Helena había mostrado con frecuencia que aborrecía a Etra poniéndole un pie en la cabeza y tirándole del cabello, Agamenón dio su consentimiento, pero obligó a Demofonte y Acamante a renunciar a sus pretensiones a cualquier otro botín troyano. Por desgracia, cuando Acamante desembarcó en Tracia en su viaje de regreso a su casa, Múnito, que le acompañaba, murió a consecuencia de una mordedura de serpiente[10].

f. Tan pronto como comenzó la matanza en Troya Casandra huyó al templo de Atenea y se asió a la imagen de madera que había reemplazado al Paladio robado. Allí la encontró Áyax el Pequeño y trató de llevársela, pero ella se abrazó a la imagen tan fuertemente que tuvo que llevársela también cuando consiguió sacar de allí a Casandra para hacerla su concubina, que era el destino común de todas las mujeres troyanas. Pero Agamenón reclamó a Casandra como la recompensa particular por su propio valor, y Odiseo, servicialmente, hizo correr el rumor de que Áyax había violado a Casandra en el templo, que era por lo que la imagen tenía los ojos vueltos hacia el Cielo, como si estuviera horrorizada[11]. Así se convirtió Casandra en el premio de Agamenón, mientras Áyax se ganaba el odio de todo el ejército; y cuando los griegos estaban a punto de embarcarse Calcante advirtió al consejo que había que aplacar a Atenea por la ofensa hecha a su

sacerdotisa. Para complacer a Agamenón, Odiseo propuso entonces que se lapidase a Áyax, pero él lo evitó acogiéndose a sagrado en el altar de Atenea, donde juró solemnemente que Odiseo mentía como de costumbre; y tampoco Casandra confirmó la acusación de violación. Sin embargo, no se podía dejar de tener en cuenta la profecía de Calcante; por tanto Áyax manifestó su pesar por haber sacado por la fuerza la imagen y se ofreció a expiar su delito. La muerte le impidió hacerlo, pues la nave en que volvía a Grecia naufragó en las Rocas llamadas Giras. Cuando consiguió llegar a tierra Posidón partió las rocas con su tridente y le hizo perecer ahogado; o, según dicen algunos, Atenea pidió prestado el rayo de Zeus y le mató con él. Pero Tetis enterró su cadáver en la isla de Miconos, y sus compatriotas llevaron luto durante todo un año, y ahora anualmente lanzan al agua un barco con velas negras, cargado con regalos, y lo incendian en su honor[12].

g. La ira de Atenea recayó luego sobre el territorio de Opunte en Lócride y el oráculo de Delfos advirtió a los ex súbditos de Áyax que no se librarían del hambre y la peste si no enviaban dos muchachas a Troya todos los años durante mil años. En consecuencia, las Cien Casas de Lócride han soportado desde entonces esa carga como prueba de su nobleza. Eligen las muchachas echando suertes y las desembarcan en plena noche en el promontorio Reteo, cambiando cada vez la estación; con ellas van parientes que conocen el país y pueden introducirlas a hurtadillas en el templo de Atenea. Si los troyanos sorprenden a las muchachas las lapidan, las queman por contaminar el territorio y diseminan sus cenizas en el mar; pero una vez dentro del templo están a salvo. Entonces les cortan el cabello, les dan la sencilla vestimenta de esclava y pasan la vida haciendo las tareas domésticas del templo hasta que las reemplaza otro par de muchachas. Sucedió hace muchos años que cuando los trarianos se apoderaron de Troya y mataron a una sacerdotisa locria en el templo mismo, los locrios decidieron que su larga penitencia había terminado y en consecuencia no enviaron más muchachas; pero, como volvieron el hambre y la peste, se apresuraron a reanudar la antigua costumbre, la terminación de la cual sólo ahora se acerca a su fin. Estas muchachas se introducen en el templo de Atenea por un pasaje subterráneo cuya entrada secreta está a alguna distancia de las murallas y lleva a una alcantarilla lodosa que utilizaron

Odiseo y Diomedes cuando robaron el Paladio. Los troyanos no tienen idea de cómo consiguen entrar las muchachas y nunca saben en qué noche debe llegar el relevo, por lo que rara vez las sorprenden y entonces sólo por casualidad[13].

h. Después de la matanza, la gente de Agamenón saqueó e incendió Troya, dividió el botín, arrasó las murallas y sacrificó holocaustos a sus dioses. El consejo había discutido durante un tiempo qué se debía hacer con el hijo infante de Héctor, Astianacre, llamado también Escamandrio, y cuando Odiseo recomendó la extirpación sistemática de los descendientes de Príamo, Calcante resolvió el destino del niño profetizando que, si se le dejaba sobrevivir, vengaría a sus padres y su ciudad. Aunque todos los otros príncipes se negaron a cometer el infanticidio, Odiseo arrojó de buena gana a Astianacte desde las murallas[14]. Pero algunos dicen que Neoptólemo, a quien había tocado como premio Andrómaca, la viuda de Héctor, en el reparto del botín, arrancó a Astianacte de sus brazos anticipándose a la orden del consejo, lo hizo girar alrededor de su cabeza asiéndolo por un pie y lo lanzó contra las rocas de abajo[15]. Y otros dicen que Astianacte se mató saltando desde la muralla mientras Odiseo recitaba la profecía de Calcante e invocaba a los dioses para que aprobaran el rito cruel[16].

i. El consejo discutió también el destino de Políxena. Cuando yacía moribundo Aquiles había pedido que la sacrificasen en su tumba, y más recientemente se les había aparecido en sueños a Neoptólemo y a otros caudillos amenazándoles con retener a la flota en Troya con vientos contrarios hasta que cumplieran lo que había pedido. También se oyó una voz que se quejaba desde la tumba: «¡Es injusto que no se me haya concedido parte alguna del botín!» Y en el promontorio Reteo apareció un espectro con armadura dorada que gritó: «¿Os vais, griegos? ¿Y dejaréis mi tumba sin rendirle honores?»[17].

j. Calcante declaró que no se debía negar Políxena a Aquiles quien la amaba. Agamenón disentía, alegando que ya se había derramado bastante sangre, tanto de ancianos y niños como de guerreros, para saciar la venganza de Aquiles, y que los muertos por famosos que fueran, no tenían derecho a la vida de las mujeres. Pero Demofonte y Acamante, a quienes no se había dado la parte justa en el botín, gritaron que Agamenón exponía esa

opinión sólo para complacer a Casandra, la hermana de Políxena, y hacer que se sometiera más fácilmente a sus abrazos. Preguntaron: «¿Qué merece el mayor respeto, la espada de Aquiles o el lecho de Casandra?» Los ánimos se caldearon y Odiseo intervino y convenció a Agamenón para que cediese[18].

k. El consejo ordenó a Odiseo que fuese en busca de Políxena e invitó a Neoptólemo a oficiar como sacerdote. Políxena fue sacrificada en la tumba de Aquiles, a la vista de todo el ejército, que se apresuró a hacerle un entierro honorable; inmediatamente comenzaron a soplar vientos favorables[19]. Pero algunos dicen que la flota griega había llegado ya a Tracia cuando apareció el ánima de Aquiles amenazándoles con vientos contrarios, y que Políxena fue sacrificada allí[20]. Otros dicen que ella fue por su propia voluntad a la tumba de Aquiles antes de que cayera Troya y se arrojó sobre la punta de una espada, expiando así el mal que le había hecho[21].

l. Aunque Aquiles había matado a Polidoro, el hijo de Príamo con Laótoe, el más joven y más querido de sus hijos, sobrevivió otro príncipe del mismo nombre. Era hijo de Príamo y Hécabe y lo habían puesto a salvo en el Quersoneso tracio, donde lo crió su tía Ilíone, esposa del rey Polimestor. Ilíone trató a Polidoro como si fuera un verdadero hermano de Deífobo, el hijo que había dado a Polimestor. Agamenón, siguiendo la política de extirpación de Odiseo, envió entonces mensajeros a Polimestor prometiéndole a Electra por esposa y una dote de oro si se deshacía de Polidoro. Polimestor aceptó el soborno, pero no pudo decidirse a hacer daño a un niño al que había jurado proteger, y en cambio mató a su propio hijo Deífobo en presencia de los mensajeros, quienes volvieron engañados. Polidoro, quien no conocía el secreto de su nacimiento pero se daba cuenta de que era la causa de que Ilíone se alejase de Polimestor, fue a Delfos y preguntó a la Pitonisa: «¿Qué les pasa a mis padres?» La Pitonisa contestó: «¿Tiene tan poca importancia que tu ciudad sea reducida a cenizas, tu padre asesinado y tu madre esclavizada para que vengas a hacerme una pregunta como ésa?» Volvió a Tracia muy preocupado, pero encontró que nada había cambiado desde su partida. «¿Puede haberse equivocado Apolo?», se preguntaba. Ilíone le dijo la verdad e, indignado porque Polimestor había

asesinado a su único hijo a cambio de oro y la promesa de otra reina, primeramente le cegó y luego le apuñaló[22].

m. Otros dicen que a Polimestor le amenazaron los griegos con una guerra implacable si no entregaba a Polidoro y que cuando lo hizo llevaron al niño a su campamento y ofrecieron cambiarlo por Helena. Como Príamo se negó a discutir la propuesta, Agamenón ordenó que lapidaran a Polidoro al pie de las murallas de Troya y luego envió su cadáver a Helena con este mensaje: «Muestra esto a Príamo y pregúntale si lamenta su decisión». Fue un acto de despecho inexcusable, porque Príamo había dado su palabra de que no entregaría a Helena mientras estuviera bajo la protección de Afrodita y estaba dispuesto a rescatar a Polidoro con la rica ciudad de Antandro[23].

n. Odiseo obtuvo a Hécabe como su parte del botín y la llevó al Quersoneso tracio, donde ella pronunció invectivas tan horribles contra él y los otros griegos por su barbarie y sus prevaricaciones que no tuvieron más remedio que matarla. Su alma tomó la forma de una de las espantosas perras negras que siguen a Hécate, se arrojó al mar y nadó hacia el Helesponto; en consecuencia al lugar de su entierro le llamaron «La Tumba de la Perra[24]». Según otra versión de la fábula, después del sacrificio de Políxena, Hécabe encontró el cadáver de Polidoro que había arrojado el agua a la costa, pues su yerno Polimestor lo había matado por el oro con que Príamo costeaba los gastos de su educación. Llamó a Polimestor, prometiéndole que le comunicaría el secreto de un tesoro oculto entre las ruinas de Troya, y cuando él, se acercó con sus dos hijos sacó del pecho una daga, mató a los niños y le sacó los ojos a Polimestor; exhibición de ingenio que le perdonó Agamenón a causa de su edad y sus desgracias. Los nobles tracios se habrían vengado de Hécabe con flechas y piedras, pero ella se transformó en una perra llamada Mera y echó a correr de un lado a otro aullando tristemente, por lo que se retiraron confusos[25].

o. Algunos dicen que Antenor fundó un nuevo reino de Troya, sobre las ruinas del viejo. Otros, que Astianacte sobrevivió y llegó a ser rey de Troya después de la partida de los griegos, y que, cuando lo expulsaron Antenor y sus aliados, Eneas volvió a ponerlo en el trono, en el que, sin embargo, le sucedió más tarde Ascanio, el hijo de Eneas, como se había profetizado.

Fuera como fuere, Troya nunca volvió a ser más que una sombra de lo que había sido anteriormente[26].

1. El tratamiento considerado de que hizo objeto Odiseo a renegados como Antenor y Calcante contrasta aquí con la deslealtad que mostró con sus honrados compañeros Palamedes, Áyax el Grande, Áyax el Pequeño y Diomedes, y con su salvaje tratamiento de Astianacte, Polidoro y Políxena; pero como Julio César y Augusto pretendían descender de Eneas —otro traidor perdonado por Odiseo y considerado en Roma como un modelo de piedad— las implicaciones satíricas se pierden para los lectores modernos. Es lástima que no hayan sobrevivido los términos exactos de las invectivas de Hécabe contra Odiseo y sus compañeros de deshonor, las cuales expresaban sin duda los verdaderos sentimientos de Homero; pero su conversión en la Hécate cretense, Mera, o Escila, la perra marina (véase 16.2, 91.2 y 170.d) indica que él consideraba válidas las maldiciones, pues los reinos fundados en la barbarie y la mala fe no podían jamás prosperar. Mera era el emblema de Escila en el firmamento, el Can Menor, y cuando aparecía se ofrecían sacrificios humanos en Maratón, Ática; la víctima más famosa fue el rey Icario (véase 79.1), con cuya hija se había casado Odiseo y cuya suerte compartiría, en consecuencia, en el mito original (véase 159.d).

2. El caso bien autentificado de las muchachas locrias es uno de los más extraños de la historia de Grecia, pues la supuesta violación de Casandra por Áyax el Pequeño fue negada por mitógrafos respetables como una mentira de Odiseo, y es evidente que las muchachas locrias consiguieron entrar en Troya como una cuestión de orgullo cívico y no como una penitencia. Los troyanos ciertamente intentaron no dejarlas entrar si podemos confiar en el relato de Eneas Táctico —trata del peligro de construir ciudades con entradas secretas— y que las trataran como «una profanación del territorio» si las sorprendían y como esclavas si conseguían entrar, está de acuerdo con esta opinión. Áyax el Pequeño era hijo del locrio Oileo, cuyo nombre, que tenía también un guerrero troyano al que mató Agamenón (Ilíada xi.9.3), es una forma primitiva de «Ilo»; y la Ilio de Príamo, al parecer, había sido colonizada en parte por los locrios, una tribu

pre-helena de léleges (Aristóteles: Fragmento 560; Dionisio de Halicarnaso: i.17; Estrabón: xiii.1.3 y 3.3). Ellos dieron el nombre del monte locrio Friconis a la que hasta entonces se llamaba Cime, y gozaba del derecho hereditario de proporcionar a Atenea una cuota de sacerdotisas (véase 158.S). Seguían ejerciendo ese derecho mucho tiempo después de la guerra de Troya —cuando la ciudad había perdido su poder político y se había convertido en un lugar de peregrinación sentimental— con gran disgusto de los troyanos, quienes consideraban a las muchachas sus enemigos naturales.

3. La maldición, que se hizo efectiva durante mil años, terminó alrededor del año 264 a. de C., lo que correspondería con la fecha deliana (y por tanto homérica) de la guerra de Troya, aunque Eratóstenes la calculó cien años después. El túnel secreto de Odiseo ha sido descubierto en las ruinas de Troya, y lo describe Walter Leaf en su Troy: A Study in Homeric Geography (London, 1912, págs. 126-44). ¿Pero por qué Téano se hizo traidora y entregó el Paladio? Probablemente porque siendo locria —Téano era también el nombre de la famosa poetisa de la Lócride Epicefiria— estaba en desacuerdo con la política comercial antilocria de Príamo o sabía que Troya tenía que caer y deseaba poner la imagen en lugar seguro antes que se apoderase de eüa Agamenón. Homero la hace hija del tracio Cisco, y había por lo menos una colonia locria en Tracia, a saber, Abdera (véase 130.c). Sin embargo, como locria, Téano consideraría la descendencia matrilinealmente (Polibio: xii.5.6); y probablemente se apodó Ciseis, «mujer de hiedra», en honor de Atenea, cuyo principal festival se celebraba en el mes de la hiedra (véase 52.3).

4. Sófocles, en el Argumento de su Áyax, menciona una disputa entre Odiseo y Áyax acerca del Paladio después de la caída de Troya, pero sin duda se trataba de Áyax el Pequeño, pues Áyax el Grande ya se había suicidado. Podemos suponer, en consecuencia, que Áyax el Pequeño, más bien que Diomedes, llevó a Odiseo por el túnel para apoderarse del Paladio con la connivencia de su compatriota Téano; que Odiseo acusó a Áyax el Pequeño de haber tratado con violencia a una sacerdotisa no locria que se asió a la imagen que Téano ayudaba a sacar; y que más tarde Áyax, aunque confesó su error, explicó que había sido todo lo suave posible dadas las circunstancias. Tal acontecimiento habría justificado que los troyanos de los siglos posteriores trataran de impedir que las muchachas locrias ejercieran sus derechos como sacerdotisas troyanas; y que representaran su continua

llegada como una penitencia por el delito de Áyax, aunque Atenea ya le había castigado sumariamente con un rayo; y que las trataran como sirvientas. Odiseo puede haber insistido en acompañar a Áyax el Pequeño a la ciudadela basándose en que Zacinto, el antepasado epónimo de sus súbditos los zacintos, figuraba en una lista de reyes troyanos primitivos.

5. Esto explicaría también que Hécabe no denunciara a Odiseo a los troyanos cuando entró en la ciudad como espía. También a ella se la llama «hija de Cisco»; ¿era otra locria de Tracia que consintió que Áyax se llevase el Paladio? Hécabe no tenía motivos para querer a Odiseo, y su razón para facilitar su escapatoria sólo puede haber sido impedir que él la denunciase a los troyanos. Sin duda Odiseo salió silenciosamente por la alcantarilla y no, como se jactó, por la puerta, «después de matar a muchos troyanos». Probablemente pidió a la anciana Hécabe como su parte del botín porque ella había sido una testigo material del robo del Paladio y deseaba cerrarle la boca. Sin embargo, parece que ella reveló todo antes de morir.

6. Una de las causas principales de la guerra de Troya (véase 158.r y 160.h) fue el rapto por Telamón de Hesíone, la hermana de Príamo y madre de Áyax el Grande y, por tanto, pariente de Áyax el Pequeño; esto indica una larga fricción entre Príamo y los locríos de Grecia. Patroclo, que causó a los troyanos tan grandes bajas, era, no obstante, otro locrio y se le describe como hermano de Abdero.El nombre de Astianacte («rey de la ciudad») y la solemnidad de la discusión acerca de su muerte sugieren que la ilustración en que se basa la fábula representaba el sacrificio ritual de un niño y la dedicación de una nueva ciudad, costumbre antigua en el Mediterráneo oriental (1 Reyes xvi.34).

7. Los aliados de Agamenón no gozaron durante mucho tiempo de los frutos de su victoria en Troya. Entre 1100 y 1050 a. de C. la invasión doria aniquiló la cultura micénica en el Peloponeso y le sucedió la Edad del Oscurantismo; pasaron uno o dos siglos antes que los jonios, obligados por los dorios a emigrar al Asia Menor, iniciaran su renacimiento cultural, basado sólidamente en Homero.

8. Las andanzas de Eneas corresponden a la mitología romana, y no a la griega, y en consecuencia han sido omitidas aquí.

169. LOS REGRESOS

a. «Salgamos inmediatamente —dijo Menelao— mientras se mantiene el viento». «No —le replicó Agamenón—, primeramente hagamos sacrificios a Atenea». «¡Nosotros, los griegos, nada le debemos a Atenea! —le dijo Menelao—. Defendió durante demasiado tiempo la ciudadela troyana». Los hermanos se separaron disgustados el uno con el otro y nunca más volvieron a verse, pues en tanto que Agamenón, Diomedes y Néstor tuvieron un buen viaje de vuelta a su patria, a Menelao le azotó una tormenta enviada por Atenea y perdió todas sus naves menos cinco. Éstas fueron arrastradas a Creta, desde donde cruzó el mar hasta Egipto y pasó ocho días en aguas meridionales sin poder volver. Visitó Chipre, Fenicia, Etiopía y Libia, cuyos príncipes le recibieron hospitalariamente y le hicieron muchos valiosos regalos. Por fin llegó a Faros, donde la ninfa Idotea le aconsejó que capturase a su padre profético, el dios marino Proteo, que era el único que podía decirle cómo le sería posible romper el hechizo adverso y conseguir un viento favorable. En consecuencia, Menelao, y tres compañeros se disfrazaron con pieles de foca malolientes y esperaron en la orilla del mar hasta que se les unieron al mediodía centenares de focas que formaban el rebaño de Proteo. Luego apareció Proteo mismo y se durmió entre las focas; entonces Menelao y sus compañeros se apoderaron de él, y aunque se transformó sucesivamente en león, serpiente, pantera, jabalí, agua corriente y árbol frondoso, lo retuvieron firmemente y le obligaron a profetizar. Anunció que Agamenón había sido asesinado, y que Menelao debía hacer otra visita a Egipto y propiciar a los dioses con hecatombes. Así lo hizo, y tan pronto como erigió un cenotafio a Agamenón junto al río de

Egipto comenzaron a soplar por fin vientos favorables. Llegó a Esparta acompañado por Helena el mismo día en que Orestes vengó el asesinato de Agamenón[1].

b. Muchas naves, aunque no transportaban a caudillos notables, naufragaron en la costa de Eubea, porque Nauplio había encendido un fuego de señal en el monte Cafareo para atraer a sus enemigos a la muerte, simulando que los guiaba al refugio del golfo Pagaseo; pero este crimen llegó a conocimiento de Zeus, y por culpa de un fuego de señal falso Nauplio encontró la muerte muchos años después[2].

c. Anfíloco, Calcante, Podalirio y otros pocos fueron por tierra a Colofón, donde murió Calcante, como se había profetizado, al encontrarse con un adivino más sabio que él, nada menos que Mopso, el hijo de Apolo y de Manto, la hija de Tiresias. En Colofón crecía una higuera silvestre cubierta con frutos, y Calcante, con el deseo de avergonzar a Mopso, le desafió así:

—¿Puedes, querido colega, decirme exactamente cuántos higos se podrán recoger de este árbol?

Mopso cerró los ojos, como quien confía en la visión interior más que en el cómputo vulgar, y contestó:

—Desde luego: primeramente diez mil higos, luego una fanega egineta de higos, cuidadosamente pesada; sí, y sobrará un higo.

Calcante rió desdeñosamente por ese higo sobrante, pero cuando arrancaron los higos del árbol se demostró que la intuición de Mopso era infalible.

—Para descender de miles a cantidades menores, querido colega —dijo a su vez Mopso con una sonrisa—, ¿puede decirme cuántos cochinillos hay en el vientre de esta cerda preñada, y cuántos de cada sexo parirá, y cuando?

—Ocho cochinillos, todos machos, y los parirá dentro de nueve días —contestó Calcante al azar, con la esperanza de irse antes que se pudiera comprobar su cálculo.

—Yo soy de diferente opinión —replicó Mopso, volviendo a cerrar los ojos—. Yo calculo tres cochinillos y sólo uno de ellos macho; y. nacerán mañana al mediodía, ni un minuto antes ni un minuto después.

Mopso acertó una vez más y Calcante murió de angustia. Sus compañeros lo enterraron en Nothium[3].

d. El tímido Podalirio, en vez de preguntar a sus amigos proféticos dónde debía establecerse, prefirió consultar a la Pitonisa de Delfos, la que le aconsejó irritada que fuera a donde no sufriera daño alguno aunque se cayera el firmamento. Después de pensarlo mucho eligió un lugar de Caria llamado Sirmo. Rodeado de montañas. Esperaba que sus cumbres soportaran el firmamento azul si alguna vez a Adas se le resbalase de los hombros. Los italianos erigieron a Podalirio un altar de héroe en el monte Drío de Daunia, en la cumbre del cual el ánima de Calcante mantiene ahora un oráculo basado en los sueños[4].

e. Entre Mopso y Anfíloco se produjo una disputa. Habían fundado juntos la ciudad de Malo en Cilicia, y cuando Anfíloco se retiró a su ciudad, Argos Anfíloca, Mopso, quedó como único soberano. Anfíloco, disgustado con el estado de las cosas en Argos, volvió al cabo de doce meses a Malo con la esperanza de reasumir sus poderes anteriores, pero Mopso le dijo rudamente que se fuera. Cuando los perplejos habitantes de Malo sugirieron que se decidiese la disputa mediante un combate singular, los dos rivales lucharon y se mataron mutuamente. Las piras fúnebres estaban colocadas de modo que Mopso y Anfíloco no pudieron intercambiar impropias miradas ceñudas durante su cremación, pero sus almas se unieron de algún modo en una amistad tan afectuosa que establecieron un oráculo común, el cual ha logrado una reputación de verídico todavía mayor que el de Apolo en Delfos. Todas las preguntas se hacen por escrito en tablillas de cera, y las respuestas se dan en sueños, al precio notablemente bajo de dos monedas de cobre por cada una[5].

f. Neoptólemo se embarcó para su patria tan pronto como hubo ofrecido sacrificios a los dioses y al ánima de su padre; y evitó la gran tempestad que alcanzó a Menelao e Idomeneo por haber seguido el consejo profético de su amigo Heleno y haberse dirigido apresuradamente a Molosia. Después de matar al rey Fénix y de casar a su madre con Heleno, quien así se hizo rey de los molosios y fundó una nueva capital, Neoptólemo llegó por fin a Yolco[6]. Allí heredó el reino de su abuelo Peleo, a quien habían expulsado los hijos de Acasto[7], pero por consejo de Heleno no se quedó para

disfrutarlo. Quemó sus naves y fue tierra adentro al de Pambrotis en el Epiro, cerca del oráculo de Dodona, donde le recibió un grupo de parientes lejanos. Vivaqueaban bajo mantas soportadas por lanzas clavadas en tierra. Neoptólemo recordó las palabras de Heleno: «Cuando encuentres una casa con cimientos de hierro, paredes de madera y techo de lana, detente, haz sacrificios a los dioses y construye una ciudad». Allí tuvo dos hijos más con Andrómaca, a saber Píelo y Pérgamo.

g. Su fin no fue glorioso. Fue a Delfos y pidió satisfacción por la muerte de su padre Aquiles, a quien, según se decía, Apolo, disfrazado de Paris, había matado en su templo de Troya. Cuando la Pitonisa se lo negó fríamente, saqueó y quemó el templo. Luego fue a Esparta y alegó que Menelao le había prometido a Hermíone en matrimonio delante de Troya, pero que el abuelo de ella, Tindáreo, se la había dado en cambio a Orestes, el hijo de Agamenón. Como a Orestes le perseguían las Erinias y pesaba sobre él una maldición divina era justo, según él, que Hermíone fuese su esposa. A pesar de las protestas de Orestes, los espartanos aceptaron su alegato y el casamiento se realizó en Esparta. Pero como Hermíone resultó estéril, Neoptólemo volvió a Delfos, entró en el templo ennegrecido por el humo que Apolo había decidido reconstruir y preguntó por qué había de ocurrir eso.

h. Se le ordenó que ofreciera sacrificios aplacadores al dios y, mientras los hacía, se encontró con Orestes en el altar. Orestes le habría matado allí mismo si Apolo, previendo que Neoptólemo debía morir por otra mano ese mismo día, no lo hubiera impedido. Ahora bien, la carne de los sacrificios ofrecidos al dios en Delíos ha sido siempre un derecho de los servidores del templo, pero Neoptólemo, que lo ignoraba, no pudo soportar que la carne de los bueyes que había degollado fuese retirada ante sus ojos y trató de impedirlo por la fuerza. «¡Librémonos de este pendenciero hijo de Aquiles!», dijo la Pitonisa lacónicamente; y al momento un fociante llamado Maquereo mató a Neoptólemo con el cuchillo de los sacrificios.

—Enterradlo bajo el umbral de nuestro nuevo santuario —ordenó la Pitonisa—. Era un guerrero famoso y su alma lo guardará contra todos los ataques. Y si se ha arrepentido sinceramente de su insulto a Apolo, dejadle que presida las procesiones y los sacrificios en honor de los héroes como él.

Pero algunos dicen que Orestes instigó el asesinato[8].

i. El ateniense Demofonte hizo escala en la Tracia a su regreso a Atenas, y allí Filis, una princesa bisalta, se enamoró de él. Se casó con ella y se convirtió en rey. Cuando se cansó de Tracia y decidió reanudar su viaje, Filis nada pudo hacer para retenerlo. «Debo ir a Atenas y saludar a mi madre, a la que no veo desde hace once años», dijo Demofonte. «Debías haber pensado en eso antes de aceptar el trono —le respondió Filis, llorando —. No es legal que te ausentes durante más de unos pocos meses a lo sumo». Demofonte juró por todos los dioses del Olimpo que estaría de vuelta dentro del año, pero Filis sabía que mentía. Le acompañó hasta el puerto llamado Eneodo y allí le dio un cofrecito. «Esto contiene un talismán —le dijo—. Ábrelo solamente cuando hayas abandonado toda esperanza de volver a mí».

j. Demofonte no tenía intención de ir a Atenas. Siguió hacia el sudeste en dirección a Chipre, donde fijó su residencia; y cuando pasó el año Filis le maldijo en nombre de la Madre Rea, tomó un veneno y murió. A esa misma hora la curiosidad hizo que Demofonte abriese el confrecito y la vista de su contenido —¿quién sabe lo que era?— le enloqueció. Montó en su caballo y se alejó al galope presa del pánico, golpeándose la cabeza con el plano de la espada, hasta que tambaleó y cayó. La espada se le escapó de la mano, se clavó en tierra con la punta hacia arriba y le traspasó al ser arrojado por la cabeza del caballo.

Se relata la historia de otra princesa tracia llamada Filis que se enamoró de Acamante, el hermano de Demofonte, y cuando las tormentas demoraron su regreso de Troya, murió de pena y se transformó en un almendro. A estas dos princesas se las ha confundido con frecuencia[9].

k. Diomedes, como Agamenón y otros, experimentó la enemistad enconada de Afrodita. Primeramente naufragó en la costa de Licia, donde el rey Lico lo habría sacrificado a Ares si la princesa Calírroe no le hubiera ayudado a escapar; y, cuando llegó a Argos, se encontró con que a su esposa Egialea la había convencido Nauplio para que viviera en adulterio con Cometo, o, según dicen algunos, con Hipólito. Se retiró a Corinto y allí supo que su abuelo Éneo necesitaba ayuda contra ciertos rebeldes. En consecuencia, se embarcó para Etolia y volvió a ponerlo firmemente en el

trono. Pero algunos dicen que Diomedes se había visto obligado a salir de Argos mucho antes de la guerra de Troya, a su regreso de la afortunada campaña tebana de los Epígonos; y que luego Agamenón le ayudó a reconquistar su reino[10]. Pasó el resto de su vida en la Daunia italiana, donde se casó con Evipe, hija del rey Dauno, y construyó muchas ciudades famosas, incluyendo Brundisium (Brindisi), que puede haber sido por lo que Dauno, impulsado por los celos, le asesinó cuando era ya anciano y lo enterró en una de las islas llamadas ahora Diomedanas. Pero según otra versión, desapareció de pronto en virtud de un acto de magia divina, y sus compañeros se transformaron en aves apacibles y virtuosas que todavía anidan en esas islas. Los sacerdotes de Atenea en la Lucería apulia conservan su armadura dorada y le adoran como dios en el Véneto y en toda la Italia meridional[11].

l. Nauplio había inducido también a la infidelidad a Meda, la esposa de Idomeneo. Tomó como amante a un tal Leuco, pero éste no tardó en arrojar a ella y a Clisitera, la hija de Idomeneo, del palacio y mató a las dos en un templo en el que se habían acogido a sagrado. Luego Leuco indujo a diez ciudades a retirar su fidelidad al rey legítimo y usurpó el trono. Sorprendido por una tormenta cuando se dirigía a Creta, Idomeneo juró que dedicaría a Posidón la primera persona que encontrase, y dio la casualidad de que fuese su propio hijo, o, según dicen algunos, otra de sus hijas. Estaba a punto de cumplir su promesa cuando una pestilencia afectó a la región e interrumpió el sacrificio. Leuco tenía ahora una buena excusa para desterrar a Idomeneo, quien emigró a la región salentina de Calabria y vivió allí hasta su muerte[12].

m. Pocos de los otros griegos volvieron a sus casas, y los que lo hicieron encontraron que sólo les esperaban perturbaciones. Filoctetes fue expulsado por rebelde de su ciudad de Melibea en Tesalia y huyó a la Italia meridional, donde fundó Petelia y Crimisa cerca de Cretona, y envió a algunos de sus seguidores a que ayudaran a Egesto a fortificar Egesta en Sicilia. Dedicó su famoso arco en Crimisa, en el templo de Apolo Demente, y cuando murió lo enterraron junto al río Síbaris[13].

n. Vientos contrarios obligaron a Guneo a ir al río Cinips en Libia y allí fijó su residencia. Fidipo con sus coanos fue primeramente a Andros y

desde allí a Chipre, donde se había establecido también Agapenor. Menesteo no reanudó su reinado en Atenas, pero aceptó el reino vacante de Melos; algunos dicen, no obstante, que murió en Troya. Los seguidores de Elcnor naufragaron en las costas del Epiro y ocuparon Apolonia; los de Protesilas cerca de Pelene, en el Quersoneso Tracio; y los rodios de Tlepólemo en una de las islas Ibéricas, desde donde un grupo de ellos navegó otra vez hacia el oeste con rumbo a Italia y recibieron la ayuda de Filoctetes en su guerra contra los bárbaros lucanios[14]. La fábula de los viajes de Odiseo es ahora un entretenimiento homérico para veinticuatro noches.

o. Solamente Néstor, quien se había mostrado siempre justo, prudente, generoso, cortés y respetuoso con los dioses, volvió sano y salvo a Pilos, donde gozó de una ancianidad feliz, sin que le perturbasen las guerras, y rodeado por hijos valientes e inteligentes. Pues así lo decretó Zeus Omnipotente[15].

1. Los autógrafos hacen que Afrodita luche contra los griegos porque, como diosa del Amor, había apoyado el rapto de Helena por París. Pero era también la diosa del Mar a la que invocaban los troyanos para destruir la confederación comercial patrocinada por Posidón; y las tormentas supuestamente desencadenadas por Atenea y Posidón para que los victoriosos no pudieran volver con seguridad tuvieron que ser primeramente atribuidas a ella. Este principio de venganza permitía a muchas ciudades de Italia, Libia, Chipre y otras partes pretender que habían sido fundadas por héroes que naufragaron a su regreso de Troya, más bien que por refugiados de la invasión doria de Grecia.

2. Enterrar a un joven guerrero bajo el umbral de un templo era una práctica común, y como Neoptólemo había incendiado el viejo templo de Delfos, la Pitonisa lo eligió naturalmente como víctima cuando sobre sus ruinas se erigió un nuevo templo. Los anteriores guardianes del umbral eran Agamedes y Trofonio (véase 84.b).

3. Rea, quien santificó el objeto misterioso encerrado en el cofrecito de Demórente, se llamaba también Pandora, y este mito puede ser, por tanto, una versión anterior de cómo Pandora, la esposa de Epimeteo, abrió la caja

de rencores (véase 39.;): una advertencia para los hombres que curiosean los misterios de las mujeres, más bien que lo contrario, «Mopso» era un título regio en Cilicia en el siglo VIII a.de C.

4. Las aves en que se transformaron los seguidores de Diomedes son descritas como «virtuosas» evidentemente para distinguirlas de sus crueles aves vecinas, las Sirenas (véase 154.2 y 3, 170.7).

5. Meandro («buscando un hombre») hizo un voto como el de Idomeneo cuando dedicó a la Reina del Qelo la primera persona que le felicitase por su toma de Pesinunte por asalto; y esa persona fue su hijo Arquelao («gobernante del pueblo»). Meandro lo mató y luego el remordimiento le hizo arrojarse al río (Plutarco: Sobre los ríos ix-1). Una versión más conocida del mismo mito se encuentra en Jueces xi.30 ss, donde Jefté promete a Jehová sacrificarle a su hija sí triunfa en la guerra. Estas variantes indican que Idomeneo prometió el sacrificio de un varón a Afrodita, y no a Posidón; como hizo Meandro a la Reina del Cielo y Jephté sin duda a Anatha, quien exigía tales ofrendas quemadas en sus montañas sagradas de Judea. Parecería, ciertamente, que el sacrificio de un príncipe real en agradecimiento por una campaña afortunada era en un tiempo una práctica común —Jonatán habría sido muerto por su padre, el rey Saúl, después de la victoria en las cercanías de Michmash, si el pueblo no hubiera protestado— y que la interrupción del sacrificio de Idomeneo, como la del de Abrahán en el monte Moriah, o la del Ataníante en el monte Lafistio (véase 70.d) era una advertencia de que esta costumbre ya no agradaba al Cielo. La sustitución de un príncipe por una princesa, como en la fábula de Jephté, o en el relato del Primer Mitógrafo Vaticano acerca del juramento de Idomeneo, señala la reacción anti-matriarcal característica de la saga heroica.

6. Los viajes de Menelao por el Mediterráneo meridional están en relación con las piraterías aqueas y las tentativas de colonización. Según Janto, un historiador lidio primitivo, la ciudad fenicia de Ascalón fue fundada por Aséalo («inculto»), hermano de Pélope, y por tanto antepasado colateral de Menelao. Asimismo, cuando Josué conquistó Canaán en el siglo XIII a. de C., los hombres de Gibeón (Agabón en un texto de la versión griega de los Setenta, con el significado de Astu Achaivon, «la ciudad de los aqueos») fueron como suplicantes a ver a Josué a la manera griega y alegaron que no eran cananeos nativos, sino hivitas, es decir, aqueos del

otro lado del mar. Josué reconoció sus derechos como guardianes de los bosques sagrados y extractores del agua sagrada (Josué ix). Parece por el versículo 9 que recordaron a Josué la antigua liga marítima de Keftiu presidida por Minos de Cnosos y a la que habían pertenecido en un tiempo tanto los aqueos como la gente de Abrahán. Abrahán que fue al Delta con los reyes hicsos, casó a su hermana Sara con el «Faraón», es decir, con el gobernante cnosiano de Faros, entonces el principal depósito comercial de la confederación. Pero en la época de Menelao, Cnosos yacía en ruinas, los confederados se habían convertido en piratas y los habían derrotado los egipcios en la batalla de Piari (1229 a. de C.) —«Los atrapé como aves de caza, fueron arrastrados, encerrados y muertos en la playa, sus naves y mercaderías cayeron en el mar»— y Faros, que ya no era el puerto más grande del mundo antiguo, se convirtió en un mero criadero de focas. Un desastre submarino había sumergido las obras del puerto (véase 39.2) y en los tiempos clásicos primitivos el comercio exterior pasaba por Naucratis, el entrepót milesio (véase 25.6).

7. La lucha de Menelao con Proteo es una versión degenerada de un mito conocido: la diosa Foca Tetis ha sido masculinizada convirtiéndola en Proteo, y Menelao, en vez de esperar a que se quite la piel de foca y luego abrazarse amorosamente a la diosa, como hizo Peleo (véase 81.1-3), utiliza una piel de foca como disfraz, llama a tres hombres para que le ayuden y no exige a su cautivo más que una respuesta oracular. Proteo se transforma rápidamente, como hizo Tetis con Peleo, o como hizo Dioniso-Zagreo, asociado con Faros (véase 27.7), cuando le amenazaron los titanes. La lista homérica de sus transformaciones es confusa: se han enchufado dos o tres órdenes de sucesión de las estaciones. El león y el jabalí son emblemas inteligibles de un año de dos estaciones (véase 69.1); y también lo son el toro, el león y la serpiente de agua de un año de tres estaciones (véase 27.4 y 123.1); la pantera está consagrada a Dioniso (véase 27.4); y el «árbol frondoso», paralelo en la fábula de Periclímeno, se refiere, quizás, a los árboles sagrados de los meses (véase 53.3 y 139.1). Los cambios de Proteo constituyen una novela divertida, pero son completamente inapropiados para el contexto oracular a menos que la verdadera fábula sea que, tras un reinado de ocho años y la muerte anual de un interrex a la manera cretense, Menelao se convirtió en el héroe oracular de una colonia establecida junto al Río de Egipto (véase 112.j).

170. LOS VIAJES DE ODISEO

a. Odiseo, quien se hizo a la mar desde Troya con el conocimiento seguro de que debía viajar durante otros diez años antes de volver a Ítaca, hizo escala primeramente en la Ismaro cicona y la tomó por asalto. En el saqueo sólo perdonó a Maro, sacerdote de Apolo, quien, agradecido, le ofreció varias jarras de vino dulce; pero los cicones del interior vieron la columna de humo que se extendía a gran altura sobre la ciudad incendiada y atacaron a los griegos mientras bebían en la costa, diseminándolos en todas direcciones. Cuando Odiseo consiguió reunir y reembarcar a sus hombres con numerosas bajas, un fuerte viento nordeste lo llevó a través del mar Egeo hacia Citera**[1]**. El cuarto día, durante una calma tentadora, trató de doblar el cabo Malea y seguir hacia el norte hasta Ítaca, pero el viento volvió a soplar con más violencia que anteriormente. Tras nueve días de peligro y desgracia apareció a la vista el promontorio libio donde viven los lotófagos. Ahora bien, el loto es un frutó sin cuesco, de color de azafrán y del tamaño de una haba, que crece en racimos dulces y saludables, aunque tiene la propiedad de hacer que quienes lo comen pierdan por completo el recuerdo de su país; algunos viajeros, no obstante, lo describen como una especie de manzana de la que se obtiene una sidra fuerte. Odiseo desembarcó para acarrear agua y envió una patrulla de tres hombres; éstos comieron el loto que les ofrecieron los nativos y en consecuencia olvidaron su misión. Al cabo de un rato salió a buscarlos al, frente de un grupo de auxilio, y aunque sintió la tentación de probar el loto se contuvo. Llevó a los desertores de vuelta por la fuerza, los encadenó y partió sin más rodeos**[2]**.

b. Luego llegó a una isla fértil y muy boscosa, habitada únicamente por innumerables cabras montesas, y mató algunas de ellas para alimentarse. Ancló allí toda la flota, con excepción de una sola nave en la que salió a explorar la costa opuesta. Resultó que era el país de los feroces y bárbaros Cíclopes, llamados así a causa del gran ojo redondo que tenían en el centro de la frente. Habían olvidado el arte de la herrería que practicaban sus antepasados para Zeus y ahora eran pastores sin leyes, asambleas, naves, mercados ni conocimiento de la agricultura. Vivían hurañamente separados unos de otros, en cavernas excavadas en las colinas rocosas. Al ver una de esas cavernas con una entrada alta y en la que colgaba una rama de laurel, más allá de un corral cercado con grandes piedras, Odiseo y sus compañeros entraron sin saber que la propiedad pertenecía a un cíclope llamado Polifemo, hijo gigante de Posidón y la ninfa Toosa, al que le encantaba comer carne humana. Los griegos se acomodaron y encendieron una gran fogata, y luego mataron y asaron varios cabritos que encontraron encerrados en el fondo de la caverna; se sirvieron también el queso que había en unos cestos que colgaban de las paredes, y comieron alegremente. Hacia el anochecer apareció Polifemo. Introdujo su rebaño en la caverna y cerró la entrada con una losa de piedra tan grande que veinte yuntas de bueyes apenas habrían podido moverla; luego, sin advertir que tenía huéspedes, se sentó para ordeñar a sus ovejas y cabras. Por fin levantó la cabeza del balde y vio a Odiseo y a sus compañeros reclinados alrededor del hogar. Les preguntó de mal humor qué tenían que hacer en su caverna. Odiseo le contestó: «Amable monstruo, somos griegos que volvemos a nuestra patria después del saqueo de Troya. Te ruego que recuerdes tu deber con los dioses y nos trates hospitalariamente». Como respuesta, Polifemo resopló, asió a dos marineros por los pies, les hizo saltar los sesos golpeándolos contra el suelo y devoró los cadáveres crudos, gruñendo mientras lamía los huesos como cualquier león montes.

c. Odiseo habría deseado vengarse sangrientamente antes que amaneciera, pero no se atrevió, porque sólo Polifemo era lo bastante fuerte como para retirar la piedra de la entrada. Pasó la noche con la cabeza entre las manos trazando un plan de huida mientras Polifemo roncaba terriblemente. Para desayunarse el monstruo rompió la crisma a otros dos

marineros, después de lo cual salió silenciosamente con su rebaño por delante y cerró la caverna con la misma lápida. Pero Odiseo tomó una estaca de madera de olivo verde, la afiló y endureció un extremo en el fuego y luego la ocultó bajo un montón de estiércol. Esa noche volvió el cíclope y comió dos más de los doce marineros, después de lo cual Odiseo le ofreció cortésmente un cuenco lleno con el vino fuerte que le había dado Maro en Ismaro; por fortuna, había llevado a tierra un odre lleno de vino. Polifemo bebió ávidamente, pidió un segundo cuenco, pues en toda su vida había probado una bebida más fuerte que el suero de la leche, y condescendió a preguntar a Odiseo su nombre.

—Mi nombre es Oudeis —contestó Odiseo—; o al menos así me llaman todos, para abreviar.

Ahora bien, «Oudeis» significa «Nadie».

—Te comeré el último, amigo Oudeis —le prometió Polifemo.

d. Tan pronto como el cíclope cayó en un profundo sueño de borracho, pues el vino no había sido mezclado con agua, Odiseo y los compañeros que quedaban calentaron la estaca en las ascuas del fuego y luego la clavaron en el ojo único de Polifemo y la retorcieron en él, haciendo fuerza Odiseo desde arriba, como cuando se taladra un agujero en la tablazón de un barco. El ojo silbaba y Polifemo lanzó un horrible gemido, que hizo que todos sus vecinos acudieran corriendo desde cerca y de lejos para saber qué sucedía.

—¡Estoy ciego y sufro terriblemente! —les gritó Polifemo—. ¡Y Nadie tiene la culpa!

—¡Pobre infeliz! —contestaron ellos—. Si, como dices, nadie tiene la culpa, debes ser víctima de una fiebre delirante. ¡Ruego a nuestro Padre Posidón que te cure y deja de hacer tanto ruido!

Se fueron refunfuñando y Polifemo se dirigió a la entrada de la caverna, apartó la lápida de piedra y buscando a tientas con las manos esperaba atrapar a los griegos sobrevivientes cuando trataban de escapar. Pero Odiseo tomó unos mimbres y ató a cada uno de sus compañeros por turno bajo el vientre de un carnero, el del centro de un grupo de tres, distribuyendo el peso igualmente. Él eligió un carnero enorme, el conductor del rebaño, y se colocó bajo su vientre, asiéndose a la lana con manos y pies.

e. Al amanecer Polifemo dejó que su rebaño saliera a pacer, palpando suavemente sus lomos para asegurarse de que nadie estuviese montado sobre ellos, Se detuvo un rato conversando lastimeramente con el animal bajo el cual se ocultaba Odiseo y le preguntó: «¿Por qué, querido carnero, no sales el primero como de costumbre? ¿Te compadeces de mí en mi desgracia?» Pero por fin lo dejó pasar.

f. Así Odiseo consiguió liberar a sus compañeros y llevar un rebaño de carneros gordos a la nave. Ésta fue lanzada rápidamente al agua y los hombres tomaron los remos y comenzaron a alejarse; Odiseo no pudo abstenerse de gritar una despedida irónica. Por respuesta, Polifemo les lanzó una gran roca que cayó a poca distancia delante de la nave formando un remolino en el agua que casi la envió otra vez a tierra. Odiseo se echó a reír y gritó: «Si alguien te pregunta quién te ha cegado, contéstale que no ha sido Oudeis, sino Odiseo de Ítaca». El cíclope, furioso, suplicó en voz alta a Posidón: «¡Concédeme, Padre, que si mi enemigo vuelve alguna vez a su casa, sea tarde y mal, en nave ajena, después de perder a todos sus compañeros, y encuentre nuevas cuitas en su morada!» Lanzó otra roca todavía mayor y esta vez cayó a poca distancia de la popa de la nave, de modo que la ola que levantó los llevó rápidamente a la isla donde los esperaban ansiosamente los otros compañeros de Odiseo. Pero Posidón escuchó a Polifemo y le prometió la venganza pedida[3].

g. Odiseo se dirigió hacia el norte y poco después llegó a la Isla de Éolo, Guardián de los Vientos, quien les agasajó espléndidamente durante todo un mes; el último día entregó a Odiseo un odre que contenía los vientos y le explicó que mientras el cuello estuviera bien atado con un hilo de plata todo marcharía bien. Dijo que no había encerrado al suave Viento Oeste, que iba a llevar la flota ininterrumpidamente por el Mar Jónico hacia Ítaca, pero Odiseo podía soltar los otros uno por uno si por algún motivo necesitaba alterar su curso. Ya se podía divisar el humo que ascendía por las chimeneas del palacio de Odiseo, cuando éste se quedó dormido, abrumado por el cansancio. Sus tripulantes, que esperaban ese momento, desataron el saco, que parecía contener vino. Inmediatamente los Vientos salieron todos juntos rugiendo en dirección a su isla, llevándose al navío por delante, y Odiseo no tardó en encontrarse de nuevo en la isla de Éolo. Con profusas excusas

solicitó nueva ayuda, pero le dijeron que se fuera y empleara esta vez los remos, pues no le darían ni un soplo del Viento Oeste. «No puedo ayudar a un hombre al que se oponen los dioses», le gritó Éolo, y le cerró la puerta en la cara[4].

h. Tras siete días de viaje, Odiseo llegó al país de los lestrigones, gobernado por el rey Lamo, del que algunos dicen que se hallaba en la parte noroeste de Sicilia. Otros lo sitúan en las cercanías de Formias, en Italia, donde la noble Casa de Lamia pretende descender del rey Lamo; y esto parece creíble, ¿pues quién confesaría que desciende de caníbales, a menos que tratara de una tradición común[5]? En el país de los lestrigones la noche y la mañana están tan cerca una de otra que los pastores que conducen sus rebaños a casa cuando se pone el sol saludan a los que conducen a los suyos al campo al amanecer. Los capitanes de Odiseo entraron audazmente en el puerto de Telépilo, el cual, con excepción de una entrada estrecha, está rodeado por riscos abruptos, y amarraron sus naves cerca de un camino de carros que subía por un valle. Odiseo, que era más cauto, amarró su barco a una roca fuera del puerto, después de enviar tres exploradores tierra adentro en misión de reconocimiento. Los exploradores siguieron el camino hasta que encontraron una muchacha que sacaba agua de un manantial. Resultó que era una hija de Anfítates, un caudillo lestrigón a cuya casa los condujo. Pero allí fueron tratados despiadadamente por una horda de salvajes que se apoderó de uno de ellos y lo mató para el cocido; los otros dos huyeron a toda velocidad, pero los salvajes, en vez de perseguirlos, fueron a las cimas de los riscos y desde allí arrojaron a las naves un diluvio de piedras antes que los tripulantes pudieran botarlas al agua. Luego bajaron a la playa y mataron y devoraron a los marineros con toda comodidad. Odiseo escapó cortando el cable de su bajel con una espada y exhortó a sus compañeros a que remaran vigorosamente para salvar la vida[6].

i. Dirigió la única nave que le quedaba hacia el este y tras un largo viaje llegó a Eea, la isla de la Aurora, gobernada por la diosa Circe, hija de Helio y Perse, y por tanto hermana de Ectes, el terrible rey de Cólquíde. Circe era hábil en toda clase de encantamientos, pero quería poco a la especie humana. Cuando echaron suertes para decidir quién se quedaría vigilando el navío y quién saldría para explorar la isla, le tocó al querido compañero de

Odiseo, Euríloco, desembarcar con otros veintidós tripulantes. Descubrió que Eea abundaba en robles y otras clases de árboles, y por fin llegó al palacio de Circe, construido en un gran claro hacia el centro de la isla. Lobos y leones rondaban por los alrededores, pero en vez de atacar a Euríloco y sus compañeros se enderezaban sobre las patas traseras y les acariciaban. Se habría podido tomar a aquellos animales por seres humanos, y en realidad lo eran, aunque los habían transformado así los hechizos de Circe.

j. Circe se hallaba en el vestíbulo, cantando mientras tejía, y cuando el grupo de Euríloco la llamó a gritos salió sonriendo y los invitó a comer en su mesa. Todos entraron alegremente, excepto Euríloco, quien, sospechando un engaño, se quedó afuera y atisbo ansiosamente por las ventanas. La diosa sirvió una comida de queso, cebada, miel y vino, para los marineros hambrientos; pero estaba drogada, y tan pronto como comenzaron a comer les tocó en el hombro con su varita y los transformó en puercos. Luego, abrió inexorablemente la portezuela de una pocilga, los encerró en ella, les echó unos puñados de bellotas y frutos del cornejo en el suelo fangoso y los dejó allí revolcándose.

k. Euríloco volvió llorando e informó a Odiseo de la desgracia ocurrida, quien tomó su espada y salió decidido a salvarlos, pero sin un plan fijo en la cabeza. Con gran sorpresa se encontró con el dios Hermes, quien le saludó cortésmente y le ofreció un remedio contra la magia de Circe: una flor blanca perfumada con la raíz negra, llamada moly, que sólo los dioses pueden reconocer y elegir. Odiseo aceptó el don agradecido y siguió su camino hasta el palacio de Circe, quien también le agasajó a él. Cuando hubo tomado la comida mezclada con drogas, Circe levantó la vara y le tocó con ella en el hombro, mientras le ordenaba: «Ahora ve a la pocilga y échate con tus compañeros». Pero Odiseo había olido a escondidas la flor de moly, por lo que no quedó encantado, y se levantó de un salto espada en mano. Circe cayó llorando a sus pies y le suplicó: «¡Perdóname y compartirás mi lecho y reinarás en Eea conmigo!» Como sabía que las hechiceras poseen el poder de enervar y destruir a sus amantes, extrayéndoles secretamente la sangre en pequeñas ampollas, Odiseo hizo jurar solemnemente a Circe que no tramaría ninguna nueva travesura contra

él. Ella juró por los dioses benditos y, después de proporcionarle un delicioso baño caliente, vino en copas de oro y una sabrosa cena servida por una venerable ama de llaves, se dispuso a pasar la noche con él en un lecho con colcha de púrpura. Pero Odiseo no quiso responder a sus requerimientos amorosos hasta que accedió a liberar no sólo a sus compañeros, sino también a todos los otros marineros encantados por ella. Una vez hecho eso se quedó de buena gana en Eea hasta que ella le hubo dado tres hijos: Agrio, Latino y Telégono[7].

l. Odiseo anhelaba continuar su viaje y Circe le dejó ir. Pero primeramente debía hacer una visita al Tártaro y buscar allí al adivino Tiresias, quien le profetizaría la suerte que le esperaba en Ítaca, si llegada alguna vez a ella, y después. «El soplo del Viento Norte conducirá tu nave —le dijo Circe— hasta que hayas atravesado el océano y llegues al bosque de Perséfone, notable por sus álamos negros y sus añosos sauces. En el punto donde los ríos Flegetonte y Cocito desembocan en el Aqueronte cava una zanja y sacrifica un carnero joven y una oveja negra, que yo misma proporcionaré, a Hades y Perséfone. Deja que la sangre entre en la zanja y mientras esperas a que llegue Tiresias ahuyenta a todas las otras ánimas con tu espada. Deja que Tiresias beba todo lo que quiera y luego escucha atentamente su consejo».

m. Odiseo obligó a sus hombres a embarcarse, aunque se mostraban renuentes a dejar la agradable Eea por el país de Hades. Circe les proporcionó un viento favorable que los llevó rápidamente al Océano y a las lejanas fronteras del mundo donde a los Cimerios, rodeados de niebla, ciudadanos de la Oscuridad Perpetua, se les niega la vista del Sol. Cuando avistaron el Bosque de Perséfone desembarcó Odiseo e hizo exactamente lo que le había aconsejado Circe. La primera ánima que apareció en la zanja fue la de Elpenor, uno de sus propios marineros que pocos días antes, borracho, se había dormido en el techo del palacio de Circe y, al despertar aturdido, cayó a tierra y se mató. Odiseo había abandonado Eea tan apresuradamente que no advirtió la ausencia de Elpenor hasta que era ya demasiado tarde, y ahora le prometió un entierro decente. «¡Pensar que has llegado aquí a pie más rápidamente que yo en la nave!», exclamó. Pero

negó a Elpenor el menor sorbo de la sangre, aunque él se lo pidió lastimeramente.

n. Una multitud mixta de espíritus se reunió alrededor de la zanja, hombres y mujeres de todas las épocas y todas las edades, entre los que se hallaban Anticlea, la madre de Odiseo, pero ni siquiera a ella le dejó beber antes de que lo hiciera Tiresias. Por fin apareció Tiresias, quien lamió la sangre agradecidamente y aconsejó a Odiseo que mantuviera a sus hombres bajo un control severo una vez que estuvieran a la vista de Sicilia, su próxima recalada, para que no sintieran la tentación de robar el ganado del titán-sol Hiperión. Debía esperar grandes dificultades en Ítaca, y aunque podría vengarse de los bribones que devoraban allí sus bienes, sus viajes no terminarían todavía. Debía tomar un remo y llevarlo al hombro hasta que llegara a una región interior donde ningún hombre salaba la carne y donde confundirían al remo con un bieldo. Si entonces hacía sacrificios a Posidón podría volver a Ítaca y gozar de una ancianidad dichosa, pero al final la muerte le llegaría del mar.

o. Después de dar las gracias a Tiresias y de prometerle la sangre de otra oveja negra a su regreso de Ítaca, Odiseo permitió por fin a su madre que saciara su sed. Ella le dio más noticias de su casa, pero guardó un silencio discreto acerca de los pretendientes de su nuera. Cuando se hubo despedido, las almas de numerosas reinas y princesas se agolparon para beber la sangre. A Odiseo le causó gran complacencia encontrarse con personajes tan conocidos como Antíope, Yocasta, Cloris, Pero, Leda, Ifimedia, Fedra, Procris, Ariadna, Mera, Clímene y Enfila.

p. Luego conversó con un grupo de excompañeros: Agamenón, quien le aconsejó que desembarcara en Ítaca secretamente; Aquiles, a quien alegró informándole de las grandes hazañas de Neoptólemo; y Áyax el Grande, quien todavía no le había perdonado y se alejó torvamente. Odiseo vio también a Minos juzgando, a Orion cazando, a Tántalo y Sísifo sufriendo, y a Heracles —o más bien su espectro, pues Heracles asiste cómodamente a los banquetes de los dioses inmortales—, quien le compadeció por sus largos trabajos[8].

q. Odiseo navegó sin inconveniente de vuelta a Eea, donde enterró el cadáver de Elpenor y colocó su remo en el túmulo como recuerdo. Circe le

recibió alegremente y le dijo: «¡Qué temeridad ha sido haber visitado el país de Hades! Una muerte basta para la mayoría de los hombres, pero ahora tú tendrás dos». Le advirtió que a continuación tenía que pasar por la Isla de las Sirenas, cuyas bellas voces encantaban a todos los que navegaban por las cercanías. Esas hijas de Aqueloo, o, según dicen algunos, de Forcis, y la musa Terpsícore, o Estérope, hija de Portaón, tenían rostros de muchacha, pero patas y plumas de aves, y se dan muchas versiones diferentes para explicar esa peculiaridad: como que jugaban con Core cuando la raptó Hades, y que Deméter, ofendida porque no habían acudido en su ayuda, les dio alas y dijo: «¡Idos y buscad a mi hija por todo el mundo!» O que Afrodita las transformó en aves porque, por orgullo, no querían entregar su virginidad a los dioses ni los hombres. Pero ya no pueden volar, porque las Musas les vencieron en un certamen musical y les arrancaron las plumas de las alas para hacerse coronas. Ahora permanecen sentadas, cantando en una pradera entre los montones de huesos de los marineros a los que han arrastrado a la muerte. «Tapa los oídos de tus hombres con cera de abejas —le aconsejó Circe— y si tú deseas escuchar su música, haz que tus marineros te aten de manos y pies al mástil y oblígales a jurar que no te soltarán por muy rudamente que les amenaces.» Circe previno a Odiseo acerca de otros peligros que les esperaban cuando él fue a despedirse; y luego partió, llevado una vez más por un viento favorable.

r. Cuando el navío se acercaba a la Isla de las Sirenas, Odiseo siguió el consejo de Circe, y las sirenas cantaron tan dulcemente, prometiéndole el conocimiento previo de todos los futuros acontecimientos en la tierra, que gritó a sus compañeros, amenazándoles con la muerte si no lo soltaban, pero, obedeciendo sus órdenes anteriores, lo único que hicieron fue atarlo todavía más fuertemente al mástil. Así la nave siguió navegando sin peligro y las sirenas, sintiéndose vejadas, se suicidaron[9].

s. Algunos creen que había solamente dos sirenas; otros, que eran tres, a saber: Parténope, Leucosia y Ligia; o Pisínoe, Agláope y Telxiepia; o Aglaofeme, Telxíope y Molpe. Otros nombran a cuatro: Teles, Redne, Telxíope y Molpe[10].

t. El siguiente peligro de Odiseo consistía en el paso entre dos riscos, en uno de los cuales se refugiaba Escila, y en el otro Caribdis, su compañera monstruosa. Caribdis, hija de la Madre Tierra y Posidón, era una mujer voraz que había sido arrojada por el rayo de Zeus al mar y ahora, tres veces al día, aspiraba el agua en gran volumen y poco después la vomitaba. Escila, en un tiempo bella hija de Hécate Gratéis y Forcis, o Forbante —o de Equidna y Tifón, Tritón o Tirrenio— había sido transformada en un monstruo semejante a un perro con seis cabezas espantosas y doce patas. Eso había hecho Circe, celosa del amor que sentía por ella el dios marino Glauco; o Anfítrite, igualmente celosa del amor de Posidón. Se apoderaba de los marineros, les rompía los huesos y los devoraba lentamente. Casi lo más extraño de Escila era su gañido, no más fuerte que el plañido de un cachorro recién nacido. Tratando de eludir a Caribdis, Odiseo se acercó un poco excesivamente a Escila, la cual, inclinándose sobre la borda, arrebató de la cubierta a seis de sus marineros más capaces, llevándose a uno en cada boca, y los llevó a las rocas, donde los devoró cómodamente. Ellos chillaron y tendieron las manos hacia Odiseo, pero él no se atrevió a tratar de salvarlos y siguió adelante[11].

u. Odiseo siguió este rumbo para evitar las Rocas Errantes o Chocantes entre las cuales sólo había conseguido pasar el Argo; no sabía que ahora estaban asentadas fijamente en el lecho del mar. Pronto llegó a la vista de Sicilia, donde el Titán-Sol Hiperión, al que algunos llaman Helio, apacentaba siete manadas de magníficas vacas, a razón de cincuenta por cada rebaño, y grandes rebaños de robustas ovejas. Odiseo hizo que sus hombres juraran solemnemente que se contentarían con las provisiones que les había dado Circe y no robarían una sola vaca. Entonces desembarcaron y amarraron el navío, pero el Viento Sur sopló durante treinta días, comenzó a escasear la comida y aunque los marineros cazaban o pescaban todos los días, era poco lo que conseguían. Al fin Euríloco, desesperado por el hambre, llevó aparte a sus compañeros y les indujo a matar parte del ganado, en compensación por lo cual, se apresuró a añadir, erigirían a Hiperión un templo magnífico a su regreso a Ítaca, se apoderaron de varias vacas, las mataron, sacrificaron a los dioses los fémures y la grasa y asaron buena carne suficiente para un banquete de seis días.

v. Odiseo se horrorizó cuando despertó y vio lo que había sucedido y lo mismo le pasó a Hiperión cuando se enteró de ello por Lampecia, su hija y jefa de las vaqueras. Hiperión se quejó a Zeus, quien, al ver que la nave de Odiseo había sido botada al agua de nuevo, envió una súbita tormenta del oeste que derribó el mástil, haciéndolo caer sobre la cabeza al timonel; luego descargó un rayo en la cubierta. La nave se hundió y todos los que iban a bordo se ahogaron, con excepción de Odiseo. Éste consiguió amarrar el mástil y la quilla flotantes con una cuerda de cuero de buey y se sentó a horcajadas en esa embarcación provisional. Pero comenzó a soplar un viento del sur que lo llevó de nuevo hacia el remolino de Caribdis. Odiseo se asió al tronco de una higuera silvestre arraigada en lo alto del risco y colgado de ella esperó sin cejar a que el mástil y la quilla fuesen tragados y vomitados de nuevo; luego se asentó otra vez en ellos y se alejó remando con los brazos. Tras nueve días de ir a la deriva desembarcó en la isla Ogigia, donde vivía Calipso, la hija de Tetis y Océano, o quizá de Nereo, o Atlante**[12]**.

w. Bosquecillos de alisos, álamos negros y cipreses, con buhos, halcones y locuaces cuervos marinos posados en sus ramas ocultaban la gran cueva de Calipso. Una parra se extendía a través de la entrada. Perejil y lirios crecían densamente en una pradera adjunta, regada por cuatro claros riachuelos. Allí la bella Calipso recibió a Odiseo cuando salió a tierra tambaleando y le ofreció comida abundante, bebidas fuertes y una parte de su blando lecho. «Si te quedas conmigo —le dijo— gozarás de la inmortalidad y de una juventud eterna». Algunos dicen que fue Calipso, y no Circe, quien le dio su hijo Latino, además de los mellizos Nausítoo y Nasínoo.

x. Calipso retuvo a Odiseo en Ogigia durante siete años —o quizá durante sólo cinco— y trató de hacer que olvidara a Ítaca, pero él se cansó pronto de sus abrazos y solía sentarse abatido en la costa, mirando fijamente el mar. Por fin, aprovechando la ausencia de Posidón, Zeus envió a Hermes con la orden de que Calipso dejara en libertad a Odiseo. Ella no podía hacer otra cosa que obedecer y, en consecuencia, le dijo a Odiseo que construyera una balsa, que ella abastecería suficientemente con un saco de cereal, odres con vino y agua y carne seca. Aunque Odiseo sospechaba una trampa,

Calipso juró por el Éstige que no le engañaría y le prestó un hacha, una azuela, taladros y todas las otras herramientas necesarias. Sin necesidad de que le alentara, Odiseo improvisó una balsa con una veintena de troncos de árbol enlazados, la botó al agua con rodillos, dio a Calipso un beso de despedida y partió empujado por una suave brisa.

y. Posidón había estado visitando a sus intachables amigos los etíopes, y cuando volvía a casa por el mar en su carro alado vio de pronto la balsa. Al momento arrojó a Odiseo por la borda una ola gigantesca y las ricas ropas que llevaba lo arrastraron a las profundidades del mar hasta que sus pulmones parecían a punto de estallar. Pero como era un buen nadador, consiguió quitarse las ropas, volver a la superficie y subir de nuevo a la balsa. La compasiva diosa Leucotea, anteriormente Ino, esposa de Atamante, se posó junto a él adoptando la forma de una gaviota. En el pico tenía un velo y le dijo a Odiseo que se lo enrollase alrededor de la cintura antes de volver a sumergirse en el mar. Le prometió que ese velo le salvaría. Odiseo vacilaba en obedecer, pero cuando otra ola hizo añicos la balsa enrolló el velo a su alrededor y se alejó nadando. Como Posidón estaba ya de vuelta en su palacio submarino de las cercanías de Eubea, Atenea se atrevió a enviar un viento que calmase las olas al paso de Odiseo, quien dos días después fue arrojado a la costa, completamente agotado, en la isla de Drepane, entonces ocupada por los feacios. Allí se tendió al abrigo de un matorral junto a un arroyo, se cubrió con hojas secas y se durmió profundamente[13].

z. A la mañana siguiente la hermosa Nausícaa, hija del rey Alcínoo y la reina Arete, la pareja real que en otro tiempo se había mostrado tan bondadosa con Jasón y Medea, fue a lavar sus ropas en el arroyo. Cuando terminó la tarea se puso a jugar a la pelota con sus esclavas. La pelota fue a caer en el agua, las mujeres gritaron acongojadas y Odiseo se despertó alarmado. Estaba desnudo, pero utilizó una frondosa rama de olivo para ocultar su desnudez, se acercó sigilosamente y dirigió palabras tan dulces a Nausícaa que ella lo tomó discretamente bajo su protección y lo condujo a su palacio. Allí Alcínoo hizo numerosos regalos a Odiseo y, después de escuchar el relato de sus aventuras, lo envió a Ítaca en un buen navío. Sus acompañantes conocían bien la isla. Anclaron en el puerto de Forcis, pero

decidieron no perturbar su profundo sueño, lo llevaron a la playa y lo dejaron suavemente en la arena, depositando los regalos de Alcínoo bajo un árbol cercano. Posidón, no obstante, estaba tan molesto por la bondad de los feacios con Odiseo que golpeó el navío con la palma de la mano cuando volvía a Drepane y lo convirtió con tripulantes y todo en piedra. Alcínoo se apresuró a sacrificar doce toros selectos a Posidón, quien ahora amenazaba con privar a la ciudad de sus dos puertos arrojando una gran montaña entre ellos; y algunos dicen que así lo hizo. «¡Esto nos enseñará a no ser hospitalarios en el futuro!», le dijo Alcínoo a Arete amargamente[14].

1. Apolodoro nos dice (Epítome vii.29) que «algunos han tomado la Odisea como el relato de un viaje alrededor de Sicilia». Samuel Butler llegó independientemente a la misma opinión e interpretó a Nausícaa como un autorretrato de la autora, una noble siciliana joven y talentosa del distrito de Érix. En su Authoress of the Odyssey aduce el conocimiento íntimo que se muestra de la vida doméstica en la corte, en contraste con el conocimiento incompleto de la navegación y de la economía pastoral, y hace hincapié en «la preponderancia del interés femenino». Señala que sólo una mujer podía haber hecho que Odiseo se entrevistase con las mujeres famosas del pasado antes que con los hombres famosos y, en su discurso de despedida a los feacios, expusiese la esperanza en que «continuarán complaciendo a sus esposas e hijos», en vez de lo contrario (Odisea xiii.44-5); o hacer que Helena diese palmadas en el Caballo de Madera y embromase a los hombres que estaban adentro (véase 167.a). Es difícil no estar de acuerdo con Butler. El estilo ligero, humorístico, ingenuo y vivo de la Odisea es casi seguramente femenino. Pero Nausícaa ha combinado y localizado en su Sicilia natal dos leyendas diferentes, ninguna de las dos inventadas por ella: el regreso semi-histórico de Odiseo de Troya, y las aventuras alegóricas de otro héroe —llamémosle Ulises— que, como Sísifo, el abuelo de Odiseo (véase 67.2) no quería morir al término de su período de soberanía. La leyenda de Odiseo incluiría la incursión en Ismaro, la tempestad que lo llevó lejos al sudoeste, el regreso por Sicilia e Italia, el naufragio en Drépane (Corfú) y su venganza final de los pretendientes. Todos, o casi todos, los otros episodios corresponden a la fábula de Ulises. El país de los

lotos, la caverna del cíclope, el puerto de Telépilo, Eea, el Bosque de Perséfone, la Isla de las Sirenas, Ogigia, Escila y Caribdis, las profundidades del mar, e inclusive la Bahía de Forcis, todos ellos son diferentes metáforas de la muerte que eludía. A esas elusiones se puede agregar su ejecución de la anciana Hécabe, llamada también Mera o Can Menor, a la que debía haber sido sacrificado el sucesor de Icario (véase 168.1).

2. Tanto Escilax (Periplus 10) como Herodoto (iv.77) sabían que los lotófagos eran una nación que vivía en la Libia occidental cerca de la matriarcal Gindanes. Su producto principal era el sabroso y nutritivo cordia myxa, un fruto dulce y pegajoso que crecía en racimos parecidos a los de la uva, y que, prensado y mezclado con cereal (Plinio: Historia natural xiii.32; Teofrasto: Historia de las plantas iv.3.1), en una ocasión alimentó a un ejército que marchaba contra Cartago. Se ha confundido al cordia myxa con el rhamnus zizyphus, una especie de manzana silvestre que da una sidra áspera y tiene cuesco en vez de pepitas. El olvido producido por la comida de lotos se explica a veces como debido a la fuerza de su bebida, pero comer loto no es lo mismo que beber loto. Por tanto, como el hecho de que el rey sagrado probase una manzana que le daba la Belle Dame Sans Merci equivalía a aceptar la muerte por sus manos (véase 33.7 y 133.4), el cauto Ulises, quien sabía que los reyes y guerreros pálidos languidecían en el Infierno a causa de una manzana, se negó a probar el rhamnus. En una balada escocesa del culto de las brujas a Tomás el Rimador se le advierte que no debe tocar las manzanas del Paraíso que le muestra la Reina de Elphame.

3. La caverna del cíclope es claramente un lugar de muerte y el grupo de Odiseo se componía de trece hombres: el número de los meses durante los que reinaba el rey primitivo. El Polífemo de un solo ojo, que a veces tiene una madre bruja, aparece en los cuentos populares de toda Europa y su origen puede remontarse hasta el Caucaso; pero los doce compañeros sólo figuran en la Odisea. Cualquiera que pueda ser el significado del cuento caucásico, A. B. Cook, en su Zeus (págs. 302-23) demuestra que el ojo del cíclope era un emblema solar griego. Sin embargo, cuando Odiseo cegó a Polifemo para evitar que lo devorase como a sus compañeros, el Sol siguió brillando. Sólo el ojo del dios Baal, o Moloch, o Tesup, o Polifemo («famoso»), que exigía el sacrificio humano, había sido sacado, y el rey se

llevó triunfalmente los carneros robados. Como el escenario pastoral del cuento caucásico se conservó en la Odisea, y su monstruo tenía un solo ojo, se lo pudo confundir con uno de los cíclopes pre-helenos, famosos forjadores de metal cuya cultura se había extendido a Sicilia y que quizá tenían un ojo tatuado en el centro de la frente como una marca de clan (véase 3.2).

4. Telépilo, que significa «la puerta lejana [del Infierno]», se halla en el extremo norte de Europa, el País del Sol de Medianoche, donde el pastor que vuelve a casa saluda al que sale de ella. A esa región fría, «detrás del Viento Norte», corresponden las Rocas Errantes o Chocantes, es decir, los témpanos de hielo (véase 151.1), y también los cimerios, cuya oscuridad al mediodía complementaba su sol de medianoche en junio. Fue quizás en Telépilo donde Hera cles luchó con Hades (véase 139.1); si es así, la batalla se realizó durante su visita a los Hiperbóreos (véase 125.1). Los lestrigones («de una raza muy dura») eran quizás habitantes de los fiordos noruegos, de cuyo comportamiento bárbaro se advertía a los mercaderes de ámbar cuando iban a Bornholm y la costa meridional del Báltico.

5. Eea («lamento») es una isla de la muerte típica donde la conocida diosa de la Muerte canta mientras teje. La leyenda de los argonautas la sitúa a la entrada del golfo adriático; puede ser muy bien Lussin, cerca de Pola (véase 148.9). Circe significa «halcón», y tenía un cementerio en Cólquide, en el que había sauces dedicados a Hécate. Los hombres transformados en animales sugieren la doctrina de la metemsicosis, pero el cerdo está consagrado particularmente a la diosa Muerte y los alimenta con cornejo de Crono, el alimento rojo de la muerte, por lo que quizá son simplemente espectros (véase 24.11 y 33.7). Los gramáticos no han podido decidir qué era el moly de Hermes. Tzetzes (Sobre Licofrón 679) dice que los farmacéuticos lo llaman «ruda silvestre»; pero la descripción de la Odisea indica el ciclamino silvestre, que es difícil encontrar, además de tener pétalos blancos, bulbos oscuros y un olor muy dulce. Escritores clásicos posteriores atribuyeron el nombre «moly» a una especie de ajo con flor amarilla que, según se creía, brotaba (como la cebolla, la escila y el verdadero ajo) cuando menguaba la luna más bien que cuando crecía, y de aquí que sirviera como contraencantamiento de la magia lunar de Hécate. Marduk, el héroe babilonio, olió una hierba divina como antídoto del olor

nocivo de la diosa marina Tiamat, pero en la epopeya no se describe su especie (véase 35.5).

6. El bosque de álamos negros de Perséfone se hallaba en el Tártaro del lejano occidente y Odiseo no «descendió» a él, como Heracles (véase 134.c), Eneas y Dante, aunque Circe suponía que lo había hecho (véase 31.a). Flegetonte, Cocito y Aqueronte pertenecen propiamente al Infierno subterráneo. Sin embargo, la autora de la Odisea poseía pocos conocimientos geográficos y apelaba a los vientos Oeste, Sur y Norte al azar. Odiseo debía haber sido llevado por los vientos del este a Ogigia y el Bosque de Perséfone, y por los vientos del sur a Telépilo y Eea; sin embargo, tenía alguna justificación para hacer que Odiseo navegara rumbo al este a Eea, como el País de la Aurora, donde los héroes Orion y Titono habían encontrado la muerte. Las entradas de las tumbas micénicas en forma de colmenas hacen frente al este; y Circe, por ser hija de Helio, tenía a Eos («aurora») como tía.

7. Las sirenas (véase 154.3) aparecían talladas en los monumentos funerarios como ángeles de la muerte que cantaban himnos fúnebres al son de la lira, pero también se les atribuía propósitos eróticos con los héroes a los que lloraban; y como se creía que el alma se alejaba volando en forma de ave, se las representaba, como a las Harpías, en forma de ave de presa que esperaban a apresarla y protegerla. Aunque eran hijas de Forcis, o Infierno, y por tanto primas hermanas de las Harpías, no vivían bajo la tierra o en cavernas, sino en una isla sepulcral verde parecida a Eea u Ogigia; y eran particularmente peligrosas cuando no soplaba el viento al mediodía, la hora de las insolaciones y las pesadillas de la siesta. Puesto que se las llama también hijas de Aqueloo, su isla puede haber sido originalmente una de las Equínades, en la desembocadura del río Aqueloo (véase 142J). Los sicilianos las situaban cerca del cabo Pelero (ahora Faro) en Sicilia; los latinos, en las islas Sirenusas, cerca de Napóles o en Capri (Estrabón: i. 12. Véase 154.d y 3).

8. «Ogigia», el nombre de otra isla sepulcral, parece ser la misma palabra que «Océano», y Ogen es la forma intermedia; y Calipso («oculta» u «ocultadora») es una diosa de la Muerte más, como lo demuestra su caverna rodeada por alisos —consagrados al dios de la Muerte, Crono, o Bran— en cuyas ramas se posan sus cuervos marinos, o chovas (véase 98.j) y sus propios buhos y halcones. El perejil era un emblema de luto (véase

106J) y el lirio una flor de la muerte (véase 85.1). Prometió a Odiseo una juventud eterna, pero él deseaba la vida y no la inmortalidad heroica.

9. Escila («la que se desgarra»), hija de Forcis, o Hécate, y Caribdis («la que hunde chupando») son títulos de la diosa del Mar destructora. Estos nombres se atribuyeron a las rocas y corrientes de ambos lados del estrecho de Mesina, pero se los debe entender en un sentido más amplio (véase 16.2 y 91.2). Leucotea (véase 70.4) como gaviota era la diosa del Mar llorando un naufragio (véase 45.2). Como a la diosa del Mar cretense se la representaba también como un pulpo (véase 81.1) y Escila arrastró a los tripulantes de la nave de Odiseo, es posible que los cretenses que comerciaban con la India conocieran grandes variedades tropicales desconocidas en el Mediterráneo, a las que se atribuyen estos hábitos peligrosos. La descripción del gañido de Escila tiene mayor importancia mitológica que la que parece a primera vista: la identifica con los sabuesos de la muerte blancos y de orejas rojas, la Jauría Espectral, los Sabuesos de Gabriel de la leyenda británica, que persiguen a las almas de los condenados. Eran los antiguos perros de caza egipcios, consagrados a Anubia y que todavía se crían en la isla de Ibiza, los cuales cuando persiguen a su presa hacen un ruido «interrogante» parecido al plañido de los cachorros o a la música de los barnaclas migrantes (véase Diosa Blanca, p. 411).

10. Sólo dos episodios que se producen entre la escaramuza de Odiseo con los cicones y su llegada a Feacia parecen no relacionarse con el rechazo de la muerte repetido nueve veces: a saber, su visita a la Isla de Éolo y el robo del ganado de Hiperión. Pero los vientos a cargo de Éolo eran espíritus de los muertos (véase 43.5); y el ganado de Hiperión es el que robó Heracles en su décimo trabajo, esencialmente una perturbación del Infierno (véase 132.1). Que Odiseo alegara que no había intervenido en la incursión significa poco; tampoco su abuelo materno, Autólico (véase 160.c) confesó su robo del ganado solar (véase 67.c).

11. Odiseo, cuyo nombre, que significa «enojado», representa al rey sagrado de rostro rojo (véase 27.12) recibe en latín el nombre de «Ulises» o «Úlixes» —palabra formada probablemente con oulos, «herida», e isches «muslo»—, con referencia a la herida causada por el colmillo de un jabalí que su anciana nodriza reconoció cuando volvió a Ítaca (véase l60.c y 171.g). Era una forma común de la muerte de un rey que le hiriese en el

muslo un jabalí, pero de algún modo Odiseo había sobrevivido a la herida (véase 18.7 y 151.2).

171. LA VUELTA DE ODISEO AL HOGAR

a. Cuando Odiseo se despertó no reconoció al principio su isla natal, a la que Atenea había hecho objeto de un encantamiento deformante. Poco después se presentó ella disfrazada de muchacho pastor y escuchó su larga y mentirosa narración de cómo era un cretense que, después de matar al hijo de Idomeneo, había huido hacia el norte en una nave sidonia y allí fue arrojado a tierra contra su voluntad. «¿Qué isla es ésta?», preguntó. Atenea rió y acarició la mejilla de Odiseo. «¡Eres, ciertamente, un mentiroso maravilloso! —le dijo—. Si no hubiera conocido la verdad me habrías engañado fácilmente. Pero lo que me sorprende es que no hayas descubierto mi disfraz. Soy Atenea; los feacios te desembarcaron aquí siguiendo mis instrucciones. Lamento que hayas tardado tantos años en volver a tu casa, pero yo no me atrevía a ofender a mi tío Posidón ayudándote demasiado abiertamente». Le ayudó a guardar en una cueva las calderas, los trípodes, los mantos de púrpura y las copas de oro que le habían regalado los feacios, y luego lo transformó de manera que no se le podía reconocer: le marchitó la piel, le adelgazó y blanqueó el cabello rojizo, lo vistió con sucios harapos y lo llevó a la choza de Eumeo, el anciano y fiel porquerizo del palacio. Atenea acababa de volver de Esparta, adonde había ido Telémaco para preguntar a Menelao, recién vuelto de Egipto, si podía darle alguna noticia de Odiseo. Ahora hay que explicar que, dando por supuesta la muerte de Odiseo, no menos que ciento doce príncipes jóvenes e insolentes de las islas que formaban el reino —Duliquio, Samos, Zacinto e Ítaca— cortejaban a su esposa Penélope, cada uno con la esperanza de casarse con ella y ocupar el

trono; y habían convenido entre ellos en asesinar a Telémaco a su regreso de Esparta[1].

b. Cuando pidieron por primera vez a Penélope que decidiera entre ellos, ella declaró que sin duda Odiseo debía vivir todavía, porque su futura vuelta al hogar había sido predicha por un oráculo digno de confianza; y más tarde, como le apremiaban fuertemente, prometió tomar una decisión tan pronto como terminara la mortaja que debía tejer en previsión de la muerte del anciano Laertes, su suegro. Pero esta tarea le llevó tres años, pues lo que tejía de día lo destejía por la noche, hasta que al fin los pretendientes se dieron cuenta de la treta. Durante todo ese tiempo se divertían en el palacio de Odiseo, bebían su vino, comían sus cerdos, ovejas y vacas y seducían a sus sirvientas[2].

c. A Eumeo, quien recibió a Odiseo bondadosamente, le hizo otro relato falso, aunque le declaró bajo juramento que Odiseo vivía y se dirigía a su hogar. Telémaco desembarcó inesperadamente, eludiendo los planes para asesinarlo de los pretendientes, y fue directamente a la choza de Eumeo; Atenea le había hecho volver apresuradamente de Esparta. Pero Odiseo no reveló su identidad hasta que Atenea se lo permitió y le devolvió mágicamente su verdadero aspecto. Siguió una conmovedora escena de reconocimiento entre padre e hijo. Pero Eumeo no estaba todavía en el secreto y no se permitió a Telémaco que diera la noticia a Penélope.

d. Disfrazado otra vez de mendigo, Odiseo fue a espiar a los pretendientes. En el camino se encontró con el cabrero Melencio, quien le increpó con palabras groseras y le dio un puntapié en la cadera, pero Odiseo no quiso vengarse inmediatamente. Cuando llegó al patio del palacio encontró al viejo Argo, en un tiempo famoso perro de caza, tendido en un estercolero, sarnoso, decrépito y atormentado por las pulgas. Argo movió al verlo el rabo descarnado y dejó caer las orejas lacias, pero no pudo salir al encuentro de Odiseo, quien a hurtadillas se enjugó una lágrima mientras Argo expiraba[3].

e. Eumeo condujo a Odiseo a la sala de los banquetes, donde Telémaco, simulando que no sabía quién era, le ofreció hospitalidad. Apareció Atenea, aunque inaudible e invisible para todos menos para Odiseo, y le sugirió que recorriese la sala mendigando migajas a los pretendientes, pues así se

enteraría de qué cíase de hombres eran. Él lo hizo y vio que eran no menos tacaños que rapaces. El más desvergonzado de todos, Antínoo de Ítaca (a quien dio una versión completamente diferente de sus aventuras) le arrojó airadamente un escabel. Odiseo, pasándose la mano por el hombro magullado, apeló a los otros pretendientes, quienes estuvieron de acuerdo en que Antínoo debía haberse mostrado más cortés; y Penélope, cuando sus doncellas le informaron del incidente, quedó escandalizada. Hizo llamar al supuesto mendigo, con la esperanza de que le diera noticias de su perdido esposo. Odiseo prometió ir a la sala de recibo regia esa noche y decirle a Penélope todo lo que deseaba saber[4].

f. Entre tanto, un robusto mendigo de Ítaca apodado Iro porque, como la diosa Iris, hacía todos los mandados que se le ordenaban, trató de arrojar a Odiseo del umbral. Como él no quiso moverse, Iro le desafió a un pugilato, y Antínoo, riendo cordialmente, ofreció al vencedor las entrañas de una cabra y un asiento en la mesa de los pretendientes. Odiseo se recogió los andrajos, los sujetó debajo del cinturón deshilachado que llevaba y se enfrentó a Iro. El bellaco retrocedió al ver sus abultados músculos, pero las mofas de los pretendientes le impidieron emprender una fuga precipitada. Luego Odiseo lo derribó de un solo golpe, cuidando de no llamar demasiado la atención asestándole uno mortal. Los pretendientes aplaudieron, se burlaron, disputaron, se acomodaron para su banquete vespertino, brindaron por Penélope, quien se presentó para recibir de todos ellos regalos de boda (aunque sin la intención de tomar una decisión definitiva) y al anochecer se dispersaron a sus diversos alojamientos[5].

g. Odiseo ordenó a Telémaco que sacara las lanzas que colgaban de las paredes de la sala de banquetes y las guardara en la armería mientras él iba a ver a Penélope. Ella no le reconoció y él le relató un cuento largo y minucioso describiendo un encuentro con Odiseo, quien, según dijo, había ido a consultar al oráculo de Zeus en Dodona, pero pronto estaría de vuelta en Ítaca. Penélope le escuchó atentamente y ordenó a Euriclea, la anciana nodriza de Odiseo, que le bañara los pies. Euriclea reconoció en seguida la cicatriz que tenía en el muslo y lanzó un grito de alegría y sorpresa, pero Odiseo le asió la marchita garganta y le obligó a guardar silencio. Penélope no se dio cuenta del incidente, pues Atenea distrajo su atención[6].

h. Al siguiente día, en otro banquete, Agelao de Same, uno de los pretendientes, preguntó a Telémaco si no podía convencer a su madre para que tomase una decisión. Penélope anunció inmediatamente que estaba dispuesta a aceptar a cualquier pretendiente que emulase la hazaña de Odiseo haciendo pasar una flecha a través de doce anillos de hacha, estando las hachas colocadas en línea recta con los mangos clavados en una zanja. Les mostró el arco que debían utilizar; era el que le había dado Ifito a Odiseo veinticinco años antes, cuando fue a protestar en Mesena por el robo hecho en Ítaca de trescientas ovejas y sus pastores. En un tiempo perteneció a Éurito, el padre de Ifito, a quien Apolo mismo había enseñado el arte de la ballestería, pero a quien Heracles venció y mató. Algunos de los pretendientes trataron de estirar la cuerda del arma poderosa, pero no lo consiguieron, ni siquiera después de ablandar la madera con sebo. En consecuencia se decidió aplazar la prueba hasta el día siguiente. Telémaco, quien fue el que estuvo más cerca de realizar la hazaña, dejó el arco al advertir una señal de Odiseo. En seguida Odiseo, a pesar de las protestas y los insultos vulgares —durante los cuales Telémaco se vio obügado a ordenar a Penélope que volviera a su habitación— tomó el arco, lo estiró fácilmente e hizo vibrar la cuerda melodiosamente para que todos la oyeran. Apuntó cuidadosamente y disparó una flecha que pasó a través de los doce anillos. Entretanto Telémaco, que había salido apresuradamente, volvió a entrar con una espada y una lanza y Odiseo mostró por fin quién era hiriendo a Antínoo en la garganta.

i. Los pretendientes se levantaron de un salto y corrieron a las paredes, pero se encontraron con que las lanzas ya no estaban en sus lugares habituales. Eurímaco pidió misericordia, y cuando Odiseo se la negó, desenvainó la espada y le acometió, pero una flecha le atravesó el hígado y cayó moribundo. Siguió una lucha feroz entre los pretendientes desesperados armados con espadas y Odiseo, armado únicamente con el arco, pero apostado delante de la entrada principal de la sala. Telémaco corrió a la armería y volvió con escudos, lanzas y yelmos para armar a su padre, Eumeo y Filecio, los dos fieles sirvientes que estaban junto a él, pues aunque Odiseo había matado a muchos pretendientes, casi se le habían agotado las flechas. Melancio, quien se había deslizado a hurtadillas por

una puerta lateral para llevar armas a los pretendientes, fue sorprendido y muerto en su segunda visita a la armería, antes que consiguiera armar a más de unos pocos. La matanza continuó y Atenea, en forma de golondrina, revoloteó gorjeando por la sala hasta que todos los pretendientes y sus partidarios yacían muertos, con la única excepción del heraldo Medonte y el bardo Femio, a quienes Odiseo perdonó la vida porque no le habían hecho daño activamente y porque sus personas eran sacrosantas. Luego se detuvo para preguntar a Euriclea, quien había encerrado a las mujeres del palacio en sus alojamientos, cuántas de ellas habían permanecido fieles a su causa. Ella contestó: «Sólo doce se han deshonrado, señor». Llamó a las sirvientas culpables y les obligó a limpiar la sangre derramada en la sala con esponjas y agua, y cuando terminaron ese trabajo las ahorcó en fila. Patearon un poco, pero pronto terminó todo. Luego Eumeo y Filecio cortaron a Melancio las extremidades —la nariz, las manos, los pies y los órganos genitales— y las arrojaron a los perros[7].

j. Por fin Odiseo, reunido al cabo con Penélope y con su padre Laertes, les relató sus diversas aventuras, esta vez ateniéndose a la verdad. Se acercó una fuerza de rebeldes de Ítaca, parientes de Antínoo y de los otros pretendientes muertos, y al ver que superaban en número a Odiseo y sus amigos, el anciano Laertes intervino vigorosamente en la lucha, que marchaba bastante bien para ellos, hasta que Atenea medió e impuso una tregua[8]. Entonces los rebeldes inicaron una acción legal conjunta contra Odiseo y designaron como juez a Neoptólejmo, rey de las islas del Epiro. Odiseo convino en aceptar el veredicto, y Neoptólemo dictaminó que debía dejar su reino y no volver a él hasta que pasaran diez años, durante los cuales los herederos de los pretendientes debían compensarle por sus depredaciones, con pagos a Telémaco, quien sería el rey[9].

k. Pero faltaba todavía aplacar a Posidón y Odiseo partió a pie, como le había aconsejado Tiresias, a través de las montañas del Epiro, llevando un remo al hombro. Cuando llegó a Tesprotis las campesinos le preguntaron: «Extranjero, ¿por qué un bieldo en primavera?» En consecuencia sacrificó un carnero, un toro y un jabalí a Posidón y quedó perdonado[10]. Como no podía volver a Ítaca todavía, se casó con Calídice, reina de los tesprotios, y mandó su ejército en una guerra contra los brigios, bajo la dirección de

Ares; pero Apolo exigió una tregua. Nueve años después Polipetes, el hijo de Odiseo con Calídice, subió al trono de Tesprotis y Odiseo volvió a Ítaca, que gobernaba entonces Penélope en nombre de su joven hijo Poliportes; Telémaco había sido desterrado a Cefalenia porque un oráculo anunció: «¡Odiseo, tu propio hijo te matará!» En Ítaca le llegó la muerte a Odiseo desde el mar, como había predicho Tiresias. Su hijo con Circe, Telégono, que navegaba en busca de él, hizo una incursión en Ítaca, a la que confundió con Corcira, y Odiseo salió para rechazar el ataque. Telégono le mató en la orilla y el arma fatal era una lanza reforzada con el espinazo de una pastinaca. Después de pasar en el destierro el año que exigía la costumbre, Telégono se casó con Penélope y Telémaco lo hizo con Circe, y así las dos ramas de la familia se unieron estrechamente[11].

l. Algunos niegan que Penélope se mantuvo fiel a Odiseo. Lo acusan de haber tenido relaciones amorosas con Anfínomo de Duliquio, o con todos los pretendientes por turno, y dicen que el fruto de esa unión fue el monstruoso dios Pan, a la vista del cual Odiseo huyó avergonzado a Etolia, después de enviar a Penélope deshonrada a casa de su padre Icario en Mantinea, donde todavía se muestra su tumba. Otros dicen que tuvo a Pan con Hermes, y que Odiseo se casó con una princesa etolia, la hija del rey Toante, engendró con ella a su hijo menor Leontófono y murió anciano y próspero[12].

1. El asesinato de los pretendientes por Odiseo pertenece a la alegoría de Ulises: es un ejemplo más de la resistencia del rey sagrado a morir al término de su reinado. Es decir, que interviene en el certamen con los arcos realizado para elegir a su sucesor (véase 135.1) y mata a todos los candidatos. Una prueba de ballestería primitiva que debía realizar el candidato al reino parece haber consistido en hacer pasar una flecha por un anillo colocado en la cabeza de un niño (véase 162.10).

2. En ninguna parte sugiere directamente la Odisea que Penélope fuera infiel a su marido durante su larga ausencia, aunque en el Libro xviii.281-3 fascina a los pretendientes con su coquetería, obtiene de ellos regalos y muestra una preferencia decidida por Anfínomo de Duliquio (Odisea xvi.

394-8). Pero Odiseo no confía en ella lo bastante para revelar quién es hasta que ha matado a sus rivales; y su madre, Anticlea, demuestra que hay algo que ocultar cuando no le dice ni una palabra acerca de los pretendientes (Odisea xi.180 y ss.). Él relato arcaico que hace a Penélope madre de Pan con Hermes, o alternativamente con todos los pretendientes, se refiere, al parecer, a la diosa Penélope y sus primitivas orgías primaverales (véase 26.2). Su engaño de Odiseo y su posterior vuelta a Mantinea, otra fábula arcaica, son un recuerdo de la insolencia de él al obligarle a acompañarle a Ítaca, contrariando la antigua costumbre matrilocal (véase 160.e). Pero Nausícaa, la autora, relata el asunto a su manera, favoreciendo a Penélope. Acepta el sistema patriarcal en el que ha nacido y prefiere la ironía suave a la sátira aguda de la Ilíada. La diosa es ahora desalojada por Zeus Omnipotente, los reyes ya no son sacrificados en su honor y la era del mito ha terminado. ¡Muy bien! Eso no perturba mucho a Nausícaa con tal que pueda seguir bromeando y jugando a la pelota con sus afables sirvientas, tirar del pelo a quienes le desagradan, escuchar los cuentos de la anciana Euriclea y manejar a su gusto a su padre, Alcínoo.

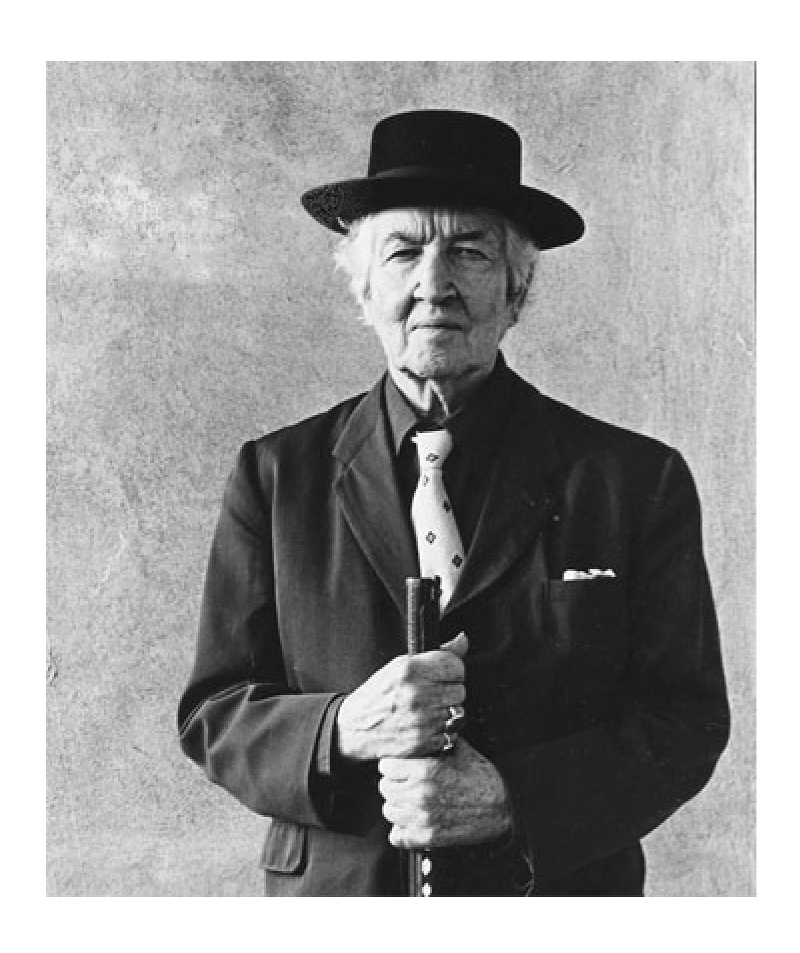
3. Así la Odisea nos deja con Laertes, Odiseo y Telemaco, una tríada patriarcal masculina de héroes apoyados por Atenea nacida de Zeus y vencedora de sus enemigos; mientras que las sirvientas cuelgan en hilera por su falta de discreción, para mostrar que Nausícaa desaprueba la promiscuidad premarital porque abarata el mercado matrimonial. El final ha sido conservado por otros mitógrafos. Odiseo es desterrado a Tesprotia, y Telémaco a Cefalonia, mientras Penélope se queda tranquilamente en el palacio, gobernando en nombre de su hijo Poliportes. Debe cumplirse, por supuesto, la profecía de Tiresias: Odiseo no morirá tranquilamente en la ancianidad, como el respetado y locuaz Néstor. La muerte debe alcanzarle a la manera tradicional que él se proponía abolir: el Niño del Año Nuevo cabalgando en el lomo de un delfín le traspasará con una lanza armada con una pastinaca. Lo mismo le sucedió a Catreo de Rodas, su hijo Altémenes le mató accidentalmente en la playa (véase 93.2). Las lanzas con pastinaca, utilizadas también por los polinesios, causan heridas inflamadas que los griegos y los latinos consideraban incurables (Eliano: Naturaleza de los animales i.56); la pastinaca (trygon pastinaca) es común en el Mediterráneo. Se dice que Heracles fue herido por una (véase 123.2).

4. El casamiento de Telémaco con Circe, y el de Telégono con Penélope, sorprenden a primera vista. Sir James Frazer (Apolodoro ii p. 303, Loeb) relaciona estas uniones al parecer incestuosas con la regla en virtud de la cual en las sociedades polígamas un rey heredaba todas las concubinas de su padre, con excepción de su propia madre (2 Samuel xvi.21 y ss.). Pero la poligamia nunca fue una institución griega, y ni Telémaco, ni Telégono, ni Edipo un Niño del Año Nuevo, «nacido de la ola hinchada», que mató a su padre y se casó con la viuda Yocasta (véase l05.e), ni Hilo, el hijo de Heracles, que se casó con su madrastra Yole (véase I45.e), eran polígamos. Cada uno de ellos se limitó a matar y suceder al Rey del Año Viejo en el antiguo estilo mítico, llamándose a partir de entonces hijo suyo. Esto explica por qué Telémaco se dispone a disparar el arco —lo que le habría dado a Penélope por esposa—, pero desiste al advertir el ceño de Odiseo, es un detalle que sobrevive de la fábula de Ulises, conservado sin examen crítico en la Odisea.

5. ¿Quién sabe si el cabello rojo de Odiseo tiene algún significado mítico (véase 133.8), o si es una peculiaridad personal que no viene al caso, como sus piernas cortas, perteneciente a algún aventurero de Sicilia al que Nausícaa ha retratado como Odiseo? Autólico, desde luego, lo llamó «el enojado» al nacer (véase 160.c) y el cabello rojo es asociado tradicionalmente con el mal humor. Pero aunque tiene el aspecto de epopeya, la Odisea es la primera novela griega y, por tanto, completamente irresponsable en lo que concierne a los mitos. He sugerido las posibles circunstancias de su composición en otra novela: *La hija de Homero*.

Índice de contenido

Autor
Notas



ROBERT GRAVES (Wimbledon, Londres, 24 de julio de 1895 - Deyá, 7 de diciembre de 1985). Escritor, poeta y traductor inglés, es conocido principalmente por su vasta obra histórica, aunque también su poesía alcanzó numerosos reconocimientos.

Graves estudió en importantes instituciones como el Kings College o St. Johns antes de incorporarse a filas durante la Primera Guerra Mundial, conflicto que marcó su producción literaria, sobre todo la poética, siendo uno de los llamados poetas de la guerra. Herido de gravedad, Graves volvió a Inglaterra en 1916.

Tras la guerra Graves dio clases en Egipto y vivió a caballo entre varios países y Londres hasta que decidió instalarse en Mallorca con su mujer, donde, tras unos primeros libros de crítica literaria, comenzó a publicar novela histórica. De este periodo son algunas de sus obras más conocidas como *Yo, Claudio* o *Belisarius*.

Tras la Guerra Civil, que Graves pasó en EEUU e Inglaterra, llegó un periodo en el que vieron la luz *Rey Jesús* o *La diosa blanca*, entre otras grandes novelas históricas en las que el autor británico completó su abanico de obras dedicadas a la antigüedad y los mitos griegos, romanos e incluso celtas.

Graves murió en Deià, Mallorca, a los 90 años.

Notas

[1] Apolodoro: iii.5.7. <<

[2] Higinio: *Fábula* 66; Escoliasta sobre *Las fenicias* de Eurípides 13 y 26; Apolodoro: *loc. cit*.; Pausanias: x.5.2. <<

[3] Apolodoro: iii.5.8; Hesíodo: *Teogonia* 326; Sófocles: *Edipo el tirano* (también conocida como *Edipo Rey*) 391; Escoliasta sobre *Las ranas* de Aristófanes. <<

[4] Apolodoro: iii.6.7; Higinio: *Fábula* 75; Ovidio: *Metamorfosis* iii.320; Píndaro: *Odas nemeas* i.91; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 682; Sosóstrato, citado por Eustacio: p.1665 <<

[5] Apolodoro: iii.5.8; Sófocles: *Edipo el tirano* 447, 713, 731 774, 1285, etc. <<

[6] Homero: *Odisea* xi.270 e *Ilíada* xxiii. p.679 <<

[7] Sófocles: *Edipo en Colono* 166 y Escoliasta sobre 1375; Eurípides: *Las fenicias*, proemio; Apolodoro: iii.5.9; Higinio: *Fábula* 67; Pausanias: i.20.7.
<<

[1] Higinio: *Fábula* 69; Eurípides: *Las fenicias* 408 y ss., con Escoliasta sobre 409; *Suplicantes* 132 y ss.; Apolodoro: iii.6.1. <<

[2] Esquilo: *Los siete contra Tebas* 375 y ss.; Homero: *Odisea* xi.326 y ss. y xv-247; Sófocles: *Electra* 836 y ss. y Fragmentos de *Erifila*; Higinio: fábula 73; Pausanias: v.17.7 y ss. y ix.41.2; Diodoro Sículo: iv.65.5 y ss.; Apolodoro: iii.6.2-3. <<

[3] Esquilo: *Los siete contra Tebas* 458 y ss.; Sófocles: *Edipo en Colono* 1316; Pausanias: x.10.3. <<

[4] Apolodoro: i.9.17 y ii.6.4; Híginio: *Fábulas* 74 y 273; Escoliasta sobre el Argumento de las *Odas Nemeas* de Píndaro. <<

[5] Esquilo: *Los siete contra Tebas* 375 y ss.; Eurípides: *Las fenicias* 105 y ss. y 109 y ss.; Diodoro Sículo: iv.64.7-9; Apolodoro: iii.6.8; Higinio: *Fábulas* 69 y 70; Escoliasta sobre las *Odas Nemeas* de Píndaro x.7; Pausanias: ix.18.1; Ovidio: *Ibis* 427 y ss. y 515 y ss. <<

[6] Higinio: *Fábula* 273; Apolodoro: *loc. cit.*; Eurípides: *Las suplicantes*; Plutarco: *Teseo* 29; Isócrates: *Panegírico* 54-8; Pausanias: i.39.2. **<<**

[7] Sófocles: *Antígona*, passim; Higinio: Fíbula 72; Fragmentos de la *Antígona* de Eurípides; Esquilo: *Los siete contra Tebas* 1005 y ss.; Apolodoro: iii.7.1. <<

[1] Diodoro Síclulo: iv.66; Pausanias: ix.5.13 y ss., ix.8.6 y ix.9.4 y ss.; Higinio: fábula 70; Fragmentos de *Epígonos* de Esquilo y Sófocles. **<<**

[2] Apolodoro: iii.7.5-7; Ateneo: vi.22; Ovidio: *Metamorfosis* ix.413 y ss.; Pausanias: viii.24.8-10 y ix.41.2; Partenio: *Narraciones* 25. **<<**

[3] Apolodoro: iii.7.7, citando *Alcmeón* de Eurípides; Pausanias: vii.3.i y ix.33.1; Diodoro Sículo: iv.66. <<

[1] Pausanias: ii.22.4; Escoliasta sobre las *Odas olímpicas* de Píndaro iii.41; Hesíodo: *Teogonia* 355, con escolista. <<

[2] Pausanias: *loc. cit.*; Escoliasta sobre *Orestes* de Eurípides 5; Plinio: *Historia natural* v.30; Ovidio: *Metamorfosis* ii.156; Apolodoro: ii.6.3. **<<**

[3] Higinio: *Fábula* 124; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio vi.603; Diodoro Sículo: iv.74; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 355. <<

[4] Plutarco: *Vidas paralelas* 33; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 52; Ferécides citado por escoliasta sobre *Orestes* de Eurípides 11; Higinio: *Fábula* 83; Pausanias: iii.22.4. <<

[5] Lactancio Fábulas de las *Metamorfosis* de Ovidio vi.6; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio viii.130. <<

[6] Higinio: *Fábula* 82; Píndaro: *Odas olímpicas* i.38 y 60; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio vi.603 y ss.; Lactancio: *loc. cit*.; Servio sobre las *Geórgicas* de Virgilio iii.7; Tzetzes; *Sobre Licofrón* 152. <<

[7] Higinio: *Fábula* 83; Tzetzes: *loc. cit*.; Ovidio: *Metamorfosis* vi.406. **<<**

[8] Diodoro Sículo: iv.74; Platón: *Cratilo* 28; Luciano: *Diálogos de los muertos* 17; Homero: *Odisea* xi.582-92; Ovidio: *Metamorfosis* iv.456; Píndaro *Odas olímpicas* i.60; Apolodoro: *Epítome* ii.l; Higinio: *Fábula* 82. <<

[9] Pausanias: x.31.4; Arquíloco, citado por Plutarco: Preceptos políticos 6; Eurípides: *Orestes* 7. <<

[10] Antoninus Liberalis: *Transformaciones* 36 y 11; Eustacio y Escoliasta sobre la *Odisea* de Homero xix.518; Pausanias: x.30.1 y viii.7.3. <<

[11] Pausanias: x.30.1; Escoliasta sobre Homero: *loc. cit.*; Homero: *Odisea* xx.66 y ss.; Antoninus Liberalis: *Transformaciones* 36. **<<**

[12] Homero: *Odisea* xix.518 y ss.; Apolodoro: iii.5.6; Ferécides: Fragmento p.138, ed. Sturz. <<

[13] Servio sobre la *Eneida* de Virgilio vi.603; Píndaro: *Odas Olímpicas* i.26; Higinio: *Fábula* 83; Escoliasta sobre Arístides: p.216, ed. Frommel. <<

[14] Apolodoro: *Epítome* ii.3; Píndaro: *Odas olímpicas* i.37 y ss.; Luciano: *Charidemus* 7; Ovidio: *Metamorfosis* vi.406; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 152; Pausanias: v. 13.3. <<

[15] Píndaro: *loc. cit.*; Eurípides: *Ifigenia en Táuride* 387. <<

[16] Pausanias: iii.22.4; Apolodoro: *Epítome* ii.2; Ovidio; *Ibis* 517, con Escoliasta. <<

[*] *tantalize*: tentar, exasperar. (N. del T.) **<<**

[1] Apolonio de Rodas: *Argonáutica* ii.358 y 790; Sófocles: *Ajax* 1292; Pausanias: ii.22.4 y vi.22.1; Píndaro: *Odas olímpicas* i 24. <<

[2] Servio sobre *Geórgicas* de Virgilio iii.7; Luciano: *Charidemus* 19; Apolodoro: *Epítome* ii.4. <<

[3] Diodoro Sículo: iv.73; Higinio: *Fábula* 250; *Astronomía poética* ii.21; Escoliasta sobre Apolonio de Rodas: i.752; Pausanias: v.1.5; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 149. <<

[4] Higinio: *Astronomía poética* ii.21; *Fábula* 84; Pausanias: viii.20.2 y vi.22.2; Laclando sobre *Tebaida* de Eustacio vi.336; Diodoro Sículo: *loc. cit*. <<

[5] Plutarco: *Cuestiones griegas* 52; Pausanias: v.5.2 y 9.2. <<

[6] Apolodoro: *Epítome* ii.4; Luciano: *Charidemus* 19; Pausanias: v.10.2, v.17.4 y vi.21.6; Diodoro Sículo: iv.73. <<

[7] Apolodoro: *Epítome* ii.5; Luciano: *loc. cit.*; Pausanias; v.14.5; Diodoro Sículo: *loc. cit.* <<

[8] Servio sobre *Geórgicas* de Virgilio iii.7; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 166; Luciano: *loc. cit*.; Higinio: *Fábula* 84; Apolodoro: *loc. cit*. **<<**

[9] Pausanias: viii.14.7; Apolonio de Rodas: i.756; Apolodoro: *loc. cit*. **<<**

[10] Apolodoro: *loc. cit*.; Píndaro: *Odas olímpicas* i.79 y ss.; Ovidio: *Ibis* 365; Higinio: *Fábula* 84; Pausanias: vi.21.6-7 y 20.8. **<<**

[11] Higinio: *Fábula* 224; Tzetzes *Sobre Licofrón* 156 y 162; Escoliasta sobre Apolonio de Rodas: i.752; Escoliasta sobre *Orestes* de Eurípides 1002; Pausanias: viii.14.7. <<

[12] Luciano: *Charidemus* 19; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 159. <<

[13] Píndaro: *Odas olímpicas* i.65 y ss. y i.79; Apolodoro: *Epítome* ii.3; Pausanias: v.17.4. <<

[14] Pausanias: vi.13.4; Theo: *Sobre Arato* p, 21 y v.10.2; Escoliasta sobre *Ilíada* de Homero: i.38. <<

[15] Higinio: *Fábula* 84; Escoliasta sobre *Odas* de Horacio i.l; Pausanias: viii.14.7. <<

[16] Pausanias: vi.21.5 y v.10.2; Escoliasta sobre *Ilíada* de Homero: *loc. cit*.; Apolonio de Rodas: i.753. <<

[17] Apolodoro: *Epítome* ii.7; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 156; Apolonio de Rodas: i.752 y ss.; Pausanias: vi.20.8. <<

[18] Píndaro: *Odas olímpicas* i.87; Luciano: *Charidemus* 19; Diodoro Sículo: iv.73; Apolodoro: *loc. cit*. <<

[19] Apolodoro: *Epítome* ii.8; Escoliasta sobre *Ilíada* de Homero ii.104; Pausanias: viii.14.8; Higinio: *Fábula* 84. <<

[20] Estrabón: x.17; Sófocles: *Electra* 508 y ss.; Apolodoro: *loc. cit*.; Pausanias: viii.14.7. <<

[21] Higinio: *Astronomía poética* 11.13; Pausanias: *loc. cit*. y viii.14.8; Apolodoro: *loc. cit*. <<

[22] Apolodoro: *Epítome* ii.9; Diodoro Sículo: iv.73; *Tucídides*: 1.9; Plutarco: *Teseo* 3. <<

[23] Pausanias: v.1.5, v.8.1 y vi.20.8; Apolodoro: iii.12.6. <<

[24] Pausanias: vi.21.7 y 22.1. <<

[25] Pausanias: v.13.1-2; vi.22.1; ii.14.3; vi.19.3 y ix.41.1; Apolodoro: ii.7.2; Píndaro: *Odas olímpicas* i.90 y ss.; Escoliasta sobre *Odas olímpicas* de Píndaro 1.146; Homero: *Ilíada* ii.100 y ss. <<

[26] Píndaro: *Odas olímpicas* iii.23; Homero: *Ilíada* ii.104; Pausanias: v. 25.5. <<

[1] Pausanias: v.16.2-3. <<

[2] Pausanias: v.16.3-5. <<

[3] Apolodoro: iii.12.7; ii.5.1 y ii.26.3; *Epítome* ii.10 y i.l; Higinio: *Fábulas* 84 y 14; Escoliasta sobre las *Odas olímpicas* de Píndaro i. 144. <<

[4] Escoliasta sobre *Orestes* de Eurípides 5; Apolodoro: ii;4.5; Plutarco: *Teseo* 6; Diodoro Sículo: iv.9.1; Escoliasta sobre la *Ilíada* de Homero xix.119. f. <<

[5] Tzetzes: *Milenarios* ii.172 y 192; Escoliasta sobre *Tucídides*: i.9; Apolodoro: *loc. cit*. <<

[6] Pausanias: i.43.4; i.41.4-5 y i.42.2. <<

[7] Pausanias: i.42.2 y 1 y i.43.4; Apolodoro: ii.4.11. <<

[8] Pausanias: 1.43.2 y 4; i.42.1 y 3. <<

[9] Escoliasta sobre *Odas olímpicas* de Píndáro i.144; Higinio: fábula 85; Plutarco: *Vidas paralelas* 33. <<

[10] Apolodoro: iii.5.5; Higinio: *Fábulas* 85 y 271; Ateneo: xiii.79. **<<**

[11] Escoliasta sobre *Las fenicias* de Eurípides 1760; Plutarco: *Vidas paralelas* 33; Higinio: *Fábula* 85; Escoliasta sobre *Orestes* de Eurípides 813. <<

[12] Higinio: *loc. cit*.; Plutarco: *loc. cit*.; Eliano: *Varia historia* xiii.5. <<

[13] Higinio: *loc. cit.*; Pausanias: vi.20.4 y 10. <<

[1] Escoliasta sobre *Orestes* de Eurípides 813; Tucídides: 1.9. <<

[2] Apolodoro: ii.4.6 y *Epítome* ii.ll; Eurípides: *Orestes* 12. <<

[3] Apolodoro: *Epítome* ii.10; Eurípides: *Orestes* 995 y ss., con escoliastas; Séneca: *Electra* 699 y ss.; Escoliasta sobre *Orestes* de Eurípides 812, 990 y 998; Tzetzes: *Milenios* i.433 y ss.; Ferécides, citado por escoliasta sobre *Orestes* de Eurípides 997. <<

[4] Apolodoro: *Epítome* ii.ll; Escoliasta sobre *Orestes* de Eurípides 812; Escoliasta sobre *Ilíada* de Homero ii.106. <<

[5] Tzetzes: *Milenios* i.426; Apolodoro: *loc. cit.*; Escoliasta sobre *Ilíada* de Homero ii.106; Eurípides: *Electra* 706 y ss. <<

[6] Apolodoro: *Epítome* ii.12; Escoliasta sobre Homero: *loc. cit*.; Eurípides: *Orestes* 1001; Ovidio: *Arte de amar* 327 y ss.; Escoliasta sobre *Orestes* de Eurípides 812. <<

[7] Higinio: *Fábula* 86; Apolodoro: *Epítome* ii.13. **<<**

[8] Lactancio sobre la *Tebaida* de Estacio vi.306; Apolodoro 1 iii.2.2 y *Epítome* ii.10; Sófocles: *Áyax* 1295 y ss.; Escoliasta sobre *Orestes* de Eurípides 432. <<

[9] Higinio: *Fábulas* 97 y 86; Eurípides: *Helena* 392; Homero: *Ilíada* ii.131, etc. <<

[10] Tzetzes: *Milenios* i.18 y ss.; Apolodoro: *Epítome* ii.13; Higinio: *Fábulas* 88, 246 y 258; Escoliasta sobre Arte poética de Horacio; Esquilo: *Agamenón* 1590 y ss. <<

[11] Apolodoro: *Epítome* ii.13-14; Higinio: *Fábulas* 87-8; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio ii.262. <<

[12] Ateneo: iii.l; Híginio: *loc. cit*.; Fragmentos de *Tiestes* de Sófocles; Apolodoro: *Epítome* ii.14. **<<**

[13] Higinio: *loc. cit.*; Apolodoro: *loc. cit.* <<

[14] Séneca: *Tiestes* 224 y ss.; Cicerón: *Sobre la naturaleza de los dioses* 26 y 68; Herodoto de Heraclea, citado por Ateneo: 231c; Eustacio sobre la Ilíada de Homero págs. 268 y 1319; Esquilo: *Agamenón* 1603 y ss. **<<**

[15] Pausanias: ii.16.5 y ii.18.2-3. <<

[16] Partenio: *Erótica*; Higinio: *Fábulas* 242, 246 y 255. <<

[1] Higinio: *Fábula* 88; Eusebio: *Crónicas* i.175-6, ed. Schoene; Homero: *Ilíada* ii.107-8 y *Odisea* iii.263; Esquilo: *Agamenón* 259; Pausanias ii.18.4; Tzetzes: *Milenios* i.433 y ss. <<

[2] Hesíodo, citado por Suidas sub alce; Homero: *Ilíada* 108 y 569-80. **<<**

[3] Apolodoro: iii.10.6 y Epítome ii.16; Eurípides: *Ifigenia en Áulide* 1148 y ss. <<

[4] Apolodoro: *loc. cit.*; Homero: *Ilíada* ix.145; Duris, citado por Tzetzes: *Sobre Licofrón* 183. <<

[5] Homero: *Odisea* iii.263. <<

[6] Apolodoro: *Epítome* vi.8-9. <<

[7] Homero: *Odisea* i.35 y ss. y iii.263-75. <<

[8] Eurípides: *Ifigenia en Áulide* 1148 y ss.; Sófocles: *Electra* 531; Pausanias: iii.19.5 y ii.16.5; Higinio: fábula 117. <<

[9] Higinio: *loc. cit*.; Esquilo: *Agamenón* i. y ss. y 282 y ss.; Eurípides: *Electra* 1076 y ss.; Homero: *Odisea* iv.524-37; Pausanias: ii.16.5. <<

[10] Esquilo: *Agamenón* 1220-1391 y ss. 1521 y ss.; y *Euménides* 631-5; Eurípides: *Electra* 157 y *Orestes* 26; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 1375; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio xi.267; Triclinio sobre Electra de Sófocles 195; Homero: *Odisea* iii.193 y ss. y 303-5; xi.529-37. <<

[11] Sófocles: *Electra* 99; Esquilo: *Agamenón* 1372 y ss. y 1535. <<

[12] Esquilo: *loc. cit.*; Sófocles: *Electra* 445-6. <<

[13] Homero: *Odisea* xi.400 y 442; Pausanias: ii.16.5; Virgilio: *Eneida* vii.723; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio vii.695; Ovidio: *Arte de amar* iii. 13.31. <<

[14] Sófocles: *Electra* 278-81; Homero: *Odisea* iii.263; xi.405 y vi.512 y ss.
<<

[15] Pausanias: ii.16.5 y iii.19.5; Píndaro: *Odas píticas* i.32; Homero: Ilíada iv.228. <<

[16] Homero: *Odisea* iv.512 y ss. y 581 y ss.; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 112-114 y 1369, Pausanias: vii.5.5. <<

[1] Eurípides: *Orestes* 462 e *Ifigenia en Áulide* 622. <<

[2] Esquilo: *Agamenón* 877 y ss. y *Las suplicantes* 732; Eurípides: *Electra* 14 y ss.; Píndaro: *Odas píticas* xi.17, con Escoliasta. **<<**

[3] Apolodoro: *Epítome* vi.24; Eurípides: *loc. cit*. y 542 y ss.; Esquilo: *Las suplicantes* 232. <<

[4] Eurípides: *Electra* 409-12; Sófocles: *Electra* 11 y ss.; Píndaro: *Odas píticas* xi.34-6. <<

[5] Higinio: *Fábula* 117; Escoliasta sobre *Orestes* de Eurípides 33, 764 y 1235: Eurípides: *Ifigenia en Táuride* 921; Apolodoro: *Epítome* vi.24; Ovidio: *Epístolas pónticas* iii.2.95-8. <<

[6] Eurípides: *Electra* 289 y 323-5; Esquilo: *Las suplicantes* 431. **<<**

[7] Homero: *Odisea* iii.305; Eurípides: *Electra* 320 y ss. y 931 y ss; Sófocles: *Electra* 267 y ss. y 651. <<

[8] Eurípides: *Electra* 33, 320 y ss. y 617 y ss.; Higinio: fábula 119. **<<**

[9] Eurípides: *Electra* 19 y ss.; 253 y ss. y 312 y ss. <<

[10] Higinio: *Fábula* 122; Tolomeo Hefestionos: iv., citado por Focio p.479; Eurípides: *Electra* 60-4; Esquilo: *Las suplicantes* 130 y ss.; Sófocles: *Electra* 341 y ss., 379 y ss. y 516 y ss. <<

[11] Apolodoro: *Epítome* vi.24; Esquilo: *Euménides* 622 y *Las suplicantes* 269 y ss. <<

[12] Sófocles: *Electra* 36-7 y 51-2; Eurípides: *Orestes* 268-70; Esquilo: *Las suplicantes* 1038. <<

[13] Homero: *Odisea* iii.306 y ss.; Hipótesis de la *Electra* de Sófocles; Apolodoro: *Epítome* vi.25. <<

[14] Esquilo: *Las suplicantes*. <<

[15] Esquilo: *ibid*. <<

[16] Esquilo: *ibid*. <<

[17] Esquilo: *ibid*. <<

[18] Higinio: *Fábula* 119; Esquilo: *Euménides* 592 y *Las suplicantes* 973 y ss. <<

[19] Tolomeo Hefestionos: iv., citado por Focio p.479; Pausanias: i.22.6. <<

[20] Eurípides: *Electra*. <<

[21] Sófocles: *Electra* 326 y 417 y ss.; 47-50 y 1223, con Escoliasta. <<

[22] Servio sobre la *Eneida* de Virgilio xi.268. **<<**

[1] Pausanias: ii.16.5. <<

[2] Eurípides: *Orestes*. <<

[3] Homero: *Odisea* iii.306 y ss.; Apolodoro: *Epítome* iii.3; Eurípides: ibid. <<

[4] Eurípides: *ibid*. <<

[5] Higinio: fábula 120; Esquilo: *Las suplicantes* 1034 y ss. y Euménides 34 y ss. y 166-7; Eurípides: *Electra* 1254-7. <<

[6] Esquilo: *Euménides* 94 y ss., 106-9 y 179 y ss. <<

[7] Ásclepiades, citado por Escoliasta sobre *Orestes* de Eurípides 1645; Esquilo: *Euménides* 235 y ss. y 445 y ss.; Pausanias: ii.31.7 y 11. <<

[8] Pausanias: iii.22.1; Varrón, citado por Probo sobre las *Églogas* de Virgilio i.4, ed. Keil; Lampridio: *Vida de Heliogábalo* vii.p.809; Libanio: xi.366d. <<

[9] Pausanias: viii.34.1-2. <<

[10] Eurípides: *Orestes* 1645-7 y *Electra* 1254 y ss.; Pausanias: viii.3.1; Éstéfano de Bizancio sub Azania; Estrabón: vii.7.8. <<

[11] Escoliasta sobre los *Caballeros* 95 de Aristófanes; *Los arcanienses* 960; *Crónica Paria* 40 y ss.; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 1374; Esquilo: *Euménides* 235 y ss.; Eurípides: *Ifigenia en Táuride* 947 y ss. <<

[12] Apolodoro: *Epítome* vi.25; Pausanias: viii.34.2; Esquilo: *Euménides* 379, 470 y ss. y 681 y ss. <<

[13] Eurípides: *Ifigenia en Táuride* 961 y ss.; Esquilo: *Euménides* 574 y ss.; 734 y ss. y 778 y ss.; *Etymologicum Magnum* p.42; sub Aiora. <<

[14] Homero: *Odisea* iv.561; Tolomeo Hefestiono: iv.; Pausanias: iii.19.10.
<<

[1] Pausanias: i.28.5-6; Porfirio: *Acerca de las cueva de las Ninfas*; Eurípides: *Electra* 1272; Aristófanes: *los Caballeros* 1312; Esquilo: *Euménides* 778-1047. <<

[2] Eurípides: *Ifigenia en Táuride* 968 y ss.; Filemón el Comediante, citado por escoliasta sobre *Edipo en Colono* de Sófocles 42; *Hipótesis de las Euménides* de Esquilo; Pausanias: vii.25.4; Sófocles: *Edipo en Colono* 37 y 42.3. <<

[3] Hesiquio: *sub Deuteropotmoi*; Polemón, citado por Escoliasta sobre Sófocles: *loc. cit*. y 89; Pausanias: i.28.6; Escoliasta sobre *Contra Umareo* de Esquino 1.188c; Luciano: *Sobre el salón* 18; Esquilo: *Euménides* 705. <<

[4] Hesiquio sub *Hesíquidas*. <<

[5] Pausanias: i.312 y ii.11.4. <<

[1] Apolodoro: *Epítome* vi.26; Eurípides: *Ifigenia en Táuride* 77 y 970 y ss.; Higinio: fábula 120. <<

[2] Eurípides: *Ifigenia en Táuride* 32; Escoliasta sobre Apolonio de Rodas: iii.997; Eustacio: Sobre Dioniso 306; Apolodoro: *Epítome* vi.26. <<

[3] Herodoto: iv.103; Ovidio: *Epístolas pónticas* iii.2.45 y ss.; Apolodoro: *Epítome* vi.26; Eurípides: *Ifigenia en Táuride* 40 y ss. y 88 y ss. <<

[4] Diodoro Sículo: iv.44.7; Sófocles: *Ajax* 172; Pausanias: i.23.9; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio ii.116; Valerio Flaco: viii.208; Ovidio: *Ibis* 384, *Epístolas pónticas* iii.2.71; *Argonáutica Órfica* 1065. <<

[5] Eurípides: *Ifigenia en Táuride* 784 y 1045; Ovidio: *Epístolas pónticas* iii.2.45; Herodoto: iv.103; Hesíodo: *Catálogo de las mujeres*, citado por Pausanias: i.43.1; Amiano Marcelino: xxii. 8.34. <<

[6] Higinio: *Fábula* 120; Apolodoro: *Epítome* vi.27. <<

[7] Ovidio: *Epístolas pónticas loc. cit*.; Higinio: *loc. cit*.; Eurípides: *Ifigenia en Táuride* 1037 y ss. <<

[8] Higinio: *Fábulas* 120 y 121; Eurípides: *Ifigenia en Táuride* 1435 y ss.; Higinio: *Fábula* 121. **<<**

[9] Apolodoro: *Epítome* vi.27; Eurípides: *Ifigenia en Táuride* 89-91 y 1446 y ss.; Pausanias: i.33.1; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 1374. <<

[10] Pausanias: i.23.9, iii.16.6 y viii.46.2; Tzetzes: *loc. cit.*; Estrabón: xii.2.3.
<<

[11] Servio sobre la *Eneida* de Virgilio ii.116 y vi.136; Higinio: *Fábula* 261.
<<

[12] Pausanias: iii.16.6-7. <<

[13] Higinio: *Fábula* 261; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio ii.116; Pausanias: *loc. cit*. <<

[14] Tolomeo Hefestiono: iv., citado por Focio, p.479. <<

[1] Higinio: *Fábula* 122. <<

[2] Eurípides: *Ifigenia en Táuride* 1464 y 915; Pausanias: i.43.1 y x.24.4-5; Helánico, citado por Pausanias: ii.16.5; Higinio: *Fábula* 123; Estrabón: ix.3.9. <<

[3] Apolodoro: *Epítome* vi.28; Cineton, citado por Pausanias: ii.18.5; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 1374. <<

[4] Pausanias: ii.18.5 y viii.5.1-3; Asclepíades, citado por Escoliasta sobre *Orestes* de Eurípides 1647; Apolodoro: *loc. cit.*; Tzetzes: *loc. cit.* <<

[5] Pausanias: viii.54.3; iii.3.7; iii.11.8 y iii.3.5-7; Herodoto: i.67-8. <<

[6] Pausanias: ix.40.6. <<

[7] Píndaro: *Odas Nemeas* xi.33-5; Helánico, citado por Tzetzes: *Sobre Licofrón* 1374; Pausanias: iii.2.1; Estrabón: xiii.1.3. <<

[8] Pausanias: ii.8.6-7 y vii.6.21. <<

[1] Apolodoro: ii.4.5-6; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 932; Hesíodo: *Escudo de Heracles* 11 y ss. <<

[2] Apolodoro: *loc. cit*. <<

[3] Hesíodo: *Escudo de Heracles* 1-56; Apolodoro: ii.4.7-8; Higinio: *Fábula* 28; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 33 y 932; Píndaro: *Odas ístmicas* vii.5. <<

[4] Luciano: *Diálogos de los Dioses* x. **<<**

[5] Hesíodo: *Escudo de Heracles* 1-56; Apolodoro: ii.4.7-8; Higinio: fábula 29; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 33 y 932; Píndaro: *Odas ístmicas* vii.5. <<

[6] Hesíodo: *Escudo de Heracles* i.35, 56 y 80; Homero: *Ilíada* xix.95; Apolodoro: ii.4-5; Teócrito, citado por Escoliasta sobre las *Odas nemeas* de Píndaro i.3; Plauto: *Anfitrión* 1096; Diodoro Sículo: iv.10; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 662. <<

[7] Homero: Ilíada xix.119; Diodoro Sículo: iv.9 y 14 <<

[8] Hesíodo: *Escudo de Heracles* 4 y ss. y 26 y ss.; Ferécides, citado por Ateneo: xi.7; Ateneo: xi.99; Plauto: *Anfitrión* 256 y ss. <<

[9] Pausanias: ix.11.1-2; Ovidio: *Metamorfosis* ix.285 y ss.; Eliano: *Naturaleza de los animales* xii.5; Antoninus Liberalis: *Transformaciones* 29. <<

[10] Eliano: *Naturaleza de los animales* xv.ll; Antoninus Liberalis: *loc. cit.*
<<

[11] Filócoro: fragmento 177; Ovidio: *Metamorfosis* ix. 285 y ss.; Teócrito: *Idilios* xxiv.11-12. <<

[1] Diodoro Sículo: iv.9; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 1327; Pausanias: ix.25.2. <<

[2] Eratóstenes: *Catasterismo* 44; Higinio: *Astronomía poética* ii.43; Tolomeo Hefestiono, citado por Focio p.477; Diodoro Sículo: iv.10. <<

[3] Apolodoro: ii.4.8; Teócrito: *Idilios* xxiv; Escoliasta sobre las *Odas nemeas* de Píndaro i.43. <<

[4] Servio sobre la *Eneida* de Virgilio viii.288; Teócrito: *loc. cit.*; Píndaro: *Odas nemeas* i.35 y ss.; Ferécides, citado por Apolodoro: ii.4.8. <<

[5] Teócrito: *loc. cit.*; Apolodoro: ii.4.9; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 56; Diodoro Sículo: iv.14. <<

[6] Servio sobre las *Églogas* de Virgilio v.ll; Valerio Flaco: i.399 y ss.; Apolonio de Rodas: i.97; Higinio: *Pábulo* 14. <<

[7] Pausanias: ix.29.3; Teócrito: *loc. cit.*; Apolodoro: ii.4.9; Diodoro Sículo: iii.67. <<

[8] Apolodoro: loc. Cit; Diodoro Sículo: iv.10; Pausanias: ix.10.4; Escoliasta sobre Apolonio de Rodas: i.865; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio i.745. <<

[9] Apolodoro: ii.4.9; Plutarco, citado por Aulo Gelio: i.l; Herodoto, citado por Tzetzes: *Sobre Licofrón* 662; Píndaro: *Odas ístmicas* iv.53. **<<**

[10] Apolodoro: *loc. cit.*; Teócrito: *Idilio* xxiv; Plutarco: *Cuestiones romanas* 28. <<

[11] Plutarco: *Cuestiones romanas* 93. <<

[12] Plutarco: *Teseo* 11 y 29. <<

[1] Apolodoro: ii.4.8-9; Pausanias: ix.26.4; 27.1 y 31.1; Escoliasta sobre el *Idilio* xiii.6 de Teócrito. <<

[2] Apolodoro: ii.4.10 y 7.8; Pausanias: ix.27.5; Diodoro Sículo: iv.29; Escoliasta sobre la *Teogonia* de Hesíodo 56. <<

[3] Teócrito: *Idilio* xxv; Apolodoro: ii.4.10; Diodoro Sículo: iv.ll; Lactancio sobre la *Tebaida* de Estacio; i.355-485; Pausanias: i.41.4. <<

[1] Apolodoro: ii.4.11 Pausanias: ix.37.1-2; Eustacio sobre Homero p.1076; Escoliasta sobre Apolonio de Rodas: i.185. <<

[2] Diodoro Sículo: iv.10. <<

[3] Diodoro Sículo: *loc. cit.*; Apolodoro: ii.4.11; Pausanias: ix.17.1. <<

[4] Eurípides: *Heracles* 220; Diodoro Sículo: *loc. cit.*; Pausanias: ix.38.5; Estrabón: ix.11.40. <<

[5] Polieno: i.3.5; Diodoro Sículo: iv.18.7; Pausanias: ix.26.1; Apolodoro: ii.4.11. <<

[6] Eurípides: *Heracles* 48-59; Pausanias: ix.17.1-2 y 25.4. <<

[7] Pausanias: ix.37.2-3 y 25.4; Eustacio sobre Homero p.272. <<

[1] Escoliasta sobre las *Odas ístmicas* de Píndaro iv.114 y 61; Apolodoro: ii.4.11; Diodoro Sfculo: iv.10; Higinio: *Fábula* 31; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 38. <<

[2] Plutarco: *Vidas paralelas* 7. <<

[3] Diodoro Sículo: iv.ll; Apolodoro: ii.4.12; Píndaro: *loc. cit.*; Eurípides: *Heracles* 462 y ss.; Lisímaco, citado por escolistas sobre las *Odas ístmicas* de Píndaro iv.114. <<

[4] Diodoro Sículo: iv.10-11; Apolodoro: *loc. cit*. <<

[5] Apolodoro: ii.4.11; Hesíodo: *Escudo de Heracles* 122 y ss., 141 y ss., 161 y ss. y 318-19; Pausanias: v.8.1. <<

[6] Eurípides: *Heracles* 159 y ss.; Apolonio de Rodas: i.1196; Diodoro Sículo: iv.14; Teócrito: *Idilio* xxv; Apolodoro: ii.4.11; Pausanias: u.31.13. <<

[7] Plutarco: *Sobre el amor* 17; Pausanias: v.8.1 y 17.4; Eurípides: *Los hijos de Heracles* 216. <<

[1] Apolodoro: ii.5.1; Valerio Flaco: i.34; Diodoro Sículo: iv.ii. <<

[2] Apolodoro: *loc. cit*,; Hesíodo: *Teogonia* 326 y ss.; Epiménides: *Fragmento* 5, citado por Eliano: *Particularidades de los animales* xii.7; Plutarco: *Sobre la cara que aparece en la esfera de la luna* 24; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio viii.295; Higinio: *Fábula* 30; Teócrito: *Idilio* xxv.200 y ss. <<

[3] Demódoco: *Historia de Heracles* i, citado por Plutarco: *Sobre los ríos* 18; Pausanias: ii.15.2-3; Escoliasta sobre la Hipótesis de las *Odas nemeas* de Píndaro. <<

[4] Estrabón: viii.6.19; Apolodoro: ii.5.1; Servio sobre las *Geórgicas* de Virgilio iii.19; Lactancio sobre la *Tebaida* de Estacio iv.161; Plutarco: *loc. cit.*; Teócrito: *Idilio* xxv.211 y ss. <<

[5] Baquílides: xiii.53; Teócrito: *loc. cit*.; Tolomeo Hefestiono: ii, citado por Focio p.474; Apolodoro: *loc. cit*.; Diodoro Sículo: iv.ll; Eurípides: *Heracles* 153. <<

[6] Apolodoro: *loc. cit*. y ii.4.11; Escoliasta sobre la Hipótesis de las *Odas nemeas* de Píndaro. **<<**

[7] Teócrito: *Idilio* xxv.272 y ss; Diodoro Sículo: iv.II; Eurípides: *Heracles* 359 y ss; Apolodoro: *loc. cit*. <<

[8] Eliano: *Varia Historia* iv.5; Estéfano de Bizancio sub Molorquia; Virgilio: *Geórgicas* iii.19; Servio: ad loc. <<

[9] Antoninus Liberalis: *Transformaciones* 12; Ovidio: *Metamorfosis* vii.371 y ss. <<

[1] Hesíodo: *Teogonia* 313 y ss. <<

[2] Pausanias: ii.37.1-3; ii.36.6-8. <<

[3] Pausanias: ii.37.4; Apolodoro: ii.5.2; Estrabón: viii.6.8. <<

[4] Eurípides: *Heracles* 419-20; Zenobio: *Proverbios* vi.26; Apolodoro: *loc. cit.*; Simónides, citado por escoliasta sobre la *Teogonia* de Hesíodo p.257; Diodoro Sículo: iv.ll; Higinio: *Fábula* 30. <<

[5] Hesíodo: *Teogonia* 313 y ss; Apolodoro: *loc. cit*.; Higinio: *loc. cit*,; Servicio sobre la *Eneida* de Virgilio vi.287. <<

[6] Apolodoro: *loc. cit*.; Higinio: *loc. cit*. y *Astronomía poética* ii.23; Diodoro Sículo: iv.ll. <<

[7] Eurípides: *Ion* 192; Hesíodo: *Teogonia* 313 y ss; Apolodoro: *loc. cit.*; Alejandro Mindius, citado por Focio p.475. <<

[1] Apolodoro: ii.5.3; Diodoro Sículo: iv.13; Eurípides: *Heracles* 375 y ss.; Virgilio: *Eneida* vi.802; Higinio: *Fábula* 30. **<<**

[2] Apolodoro: *loc. cit,;* Calimaco: *Himno a Delos* 103 e *Himno a Artemis* 100 y ss.; Eurípides: *loc. cit*.; Pausanias: ii.25.3. <<

[3] Apolodoro: *loc. cit*,; Diodoro Sículo: iv.13; Píndaro: *Odas olímpicas* iii.26-7; Higinio: *Fábula* 30. <<

[4] Píndaro: *Odas olímpicas* iii.29 y ss.; Apolodoro: ii.10.1; Plutarco: *Sobre los ríos*. <<

[5] Pausanias: iii.1.2-3 y 20.2; Plutarco: *loc. cit.*; Apolodoro: iii.10.3. **<<**

[1] Ovidio: *Heroidas* ix.87; Apolonio de Rodas: i.127; Apolodoro: ii.5.4; Diodoro Sículo: iv.12. <<

[2] Tolomeo Hefestiono: i.306; Homero: *Odisea* vi.105. <<

[3] Pausanias: vi.21.5; Apolodoro: *loc. cit.*; Diodoro Sículo: *loc. cit.* **<<**

[4] Tzetzes: *Sobre Licofrón* 670; Diodoro Sículo: *loc. cit.*; Apolodoro: *loc. cit*. <<

[5] Pausanias: iii.18.9; Virgilio: *Eneida* viii.293-4; Diodoro Sículo: loe. cit.; Apolodoro: *loc. cit*. <<

[6] Apolodoro: *loc. cit.*; Luciano: *Diálogos de los muertos* 26. <<

[7] Tzetzes: *Sobre Licofrón* 670; Apolodoro: *loc. cit.*; Diodoro Sículo: *loc. cit*. <<

[8] Apolodoro: *loc. cit.*; Diodoro Sículo: *loc. cit.*; Pausanias: v.5.6. <<

[9] Apolodoro: *loc. cit.*; Pausanias: viii.24.2; Diodoro Sículo: *loc. cit.*; Apolonio de Rodas: i.122 y ss. <<

[10] Teócrito: *Idilio* vii; Ovidio: *Fasti* v.380; Higinio: *Astronomía poética* ii.38 y 27; *Fábula* 224. <<

[1] Apolodoro: ii.5.5 y 7.2; Díodoro Sículo: iv.13; Pausanias: v.1.7; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 41; Higinio: *Fábula* 14. <<

[2] Apolodoro: ii.5.5; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio viii.300; Diodoro Sículo: *loc. cit*,; Pausanias: *loc. cit*. <<

[3] Pausanias: *loc. cit.*; Apolodoro: *loc. cit.*; Plutarco: *Cuestiones romanas* 28; Teócrito: *Idilio* xxv.115 y ss. <<

[4] Tolomeo Hefestiono: v, citado por Focio p.486; Higinio: *Fábula* 30; Pausanias: *loc. cit*.; Apolodoro: *loc. cit*.; Diodoro Sículo: *loc. cit*.; Servio: *loc. cit*.; Calimaco: *Himno a Delos* 102. **<<**

[1] Pausanias: viii.22.4-6; Apolodoro: ii.5.6. <<

[2] Apolonio de Rodas: ii.1052 y ss.; Pausanias: *loc. cit.*; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio viii.300; Apolonio de Rodas: ii.1037 y 1053, con Escoliasta; Diodoro Sículo: iv.13; Apolodoro: *loc. cit.*; Higinio: *Fábula* 30. <<

[3] Pausanias: viii.22.4. <<

[4] Mnaseas, citado por Escoliasta sobre Apolonio de Rodas: ii.1054; Pausanias: viii.22.2 y 5. <<

[1] Apolodoro: ii.5.7; Diodoro Sículo: iv.13; Pausanias: i.27.9; Primer Mitógrafo Vaticano: 47. <<

[2] Diodoro Sículo: *loc. cit*.; Servio sobre la *Eneida* de Virgilo viii.294; Apolodoro: *loc. cit*.; Primer Mitógrafo Vaticano: *loc. cit*. <<

[3] Teón: sobre Áralo p.24. <<

[1] Apolodoro ii.5.8; Higinio: *Fábulas* 250 y 30; Plinio: *Historia natural* iv.18; Diodoro Sículo: iv.15. <<

[2] Apolodoro: loc cit,; Eurípides: *Alcestes* 483; Estrabón: *Fragmentos* 44-47; Diodoro Sículo: *loc. cit*. <<

[3] Higinio *Fábula* 30; Apolodoro loc cit,; Diodoro Sículo iv.39; Homero *Ilíada* xi.608; Eurípides: *Heracles* 380 y ss. <<

[4] Apolodoro: *loc. cit*.; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio i.756; Diodoro Sículo: iv.15; Estrabón: *Fragmento* 44; Filóstrato: *Imágenes* ii.25; Higinio: *Fábula* 250. <<

[1] Escoliasta sobre las *Odas nemeas* de Píndaro iii.64; Apolodoro: ii.5.9; Justino: ii.4; Píndaro: *Odas nemeas* iii.38 y *Fragmento* 172; Filócoro, citado por Plutarco: *Teseo* 26. <<

[2] Apolonio de Rodas: ii.990-2; Cicerón: *En defensa de Flaco* 15; Escoliasta sobre la *Ilíada* de Homero i.189; Higinio: *Fábula* 30; Escoliasta sobre Apolonio de Rodas: ii.1033. <<

[3] Servio sobre la *Eneida* de Virgilio xi.659; Plutarco: *Sobre los ríos* 14; Apolonio de Rodas: ii.976. <<

[4] Arriano: *Fragmento* 58; Diodoro Sículo: ii.451; Herodoto: iv.110; Apolonio de Rodas: ii.987-9; Lisias, citado por Tzetzes: *Sobre Licofrón* 1332. <<

[5] Píndaro: *Odas nemeas* iii.38; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio i.494; Estrabón: xi.5.1. <<

[6] Diodoro Sículo: ii.45-6; Estrabón: xi.5.4; Justino: ii.4; Hecateo: *Fragmento* 352. <<

[7] Calimaco: *Himno a Artemis* 237 y ss.; Higinio: *Fábulas* 223 y 225; Plinio: *Historia natural* v.31; Homero: *Ilíada* iii.189; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 69; Justino: ii.4. <<

[8] Diodoro Sículo: v.79; Herodoto: vii.72; Escoliasta sobre Apolonio de Rodas: ii.754. <<

[9] Estrabón: xii.3.4; Apolodoro: ii.5.9; Pausanias: v.26.6; Justino: xvi.3. <<

[10] Diodoro Sículo: iv.16; Apolodoro: *loc. cit*.; Plutarco: *Cuestiones griegas* 45. <<

[11] Apolonio de Rodas: ii.966-9; Diodoro Sículo: *loc. cit.*; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 1329; Ibicos, citado por Escoliasta sobre Apolonio de Rodas: *loc. cit*. <<

[12] Apolonio de Rodas: ii.776 y ss. <<

[13] Apolodoro: ii.5.9. <<

[14] Apolodoro: *loc. cit.*; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 1327; Eurípides: *Heracles* 418 e Ion 1145; Plutarco: *Cuestiones griegas* 45. <<

[15] Estrabón: xi.5.1-2 y 4; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio xi.659. <<

[16] Justino: ii.4; Clitarco, citado por Estrabón: xi.5.4. <<

[17] Diodoro Sículo: iii.52.3. <<

[18] Diodoro Sículo: iii.54. <<

[19] Diodoro Sículo: iii.55. <<

[1] Pausanias: iv.36.3; Apolodoro: ii.5.10; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio vi.289; Hesíodo: *Teogonia* 981. <<

[2] Hesíodo: *Teogonia* 287 y ss.; Luciano: *Tóxaris* 72; Apolodoro: *loc. cit*.; Livio: i.7; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio viii.300; Escoliasta sobre Apolonio de Rodas: iv.1399. <<

[3] Apolodoro: ii.5.10; Diodoro Sículo: iv.18; Pomponio Mela: i.53, ii.6.6.
<<

[4] Apolodoro: loc cit,; Ferécides, citado por Ateneo: xi.39; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio vii.662. <<

[5] Apolodoro: *loc. cit.*; Higinio: *Fábula* 30; Eurípides: *Heracles* 423; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio vii.662; Pausantes x.17.4; Tolomeo Hefestíono, citado por Focio: p.475; Píndaro: *Fragmento* 169. <<

[6] Solino: xxiii.12; Pomponio Mela: iii.47; Hesíodo: *Teogonia* 287 y ss.; Plinio: *Historia natural* iv.36. <<

[7] Ferécides, citado por Estrabón: iiiJ2.ll; Estrabón: iu.5.3-4 y 7; *Timeo* citado por Plinio: *loc. cit*.; Polibio, citado por Eslabón: iii.5.7; Pausanias, i.35.6. <<

[8] Diodoro Sículo: iii.55 y iv.17-19. <<

[9] Plinio: *Historia natural* iii, Proemio; Estrabón: iii.5.5. <<

[10] Eustacio sobre *Descripción de la tierra* de Dionisio 64 y ss.; Escoliasta sobre las *Odas nemeas* de Píndaro iíi.37; Aristóteles, citado por Eliano: *Varia Historia* v.3; Plinio: *Historia natural* iii.3; Timoteo, citado por Estrabón: iii.1.7. <<

[11] Erasmo: *Milenios* i.7; Zenobio: *Proverbios* v.48; Esquilo: *Prometeo encadenado* 349 y 428; Hesiquio *sub stelas distomous*. **<<**

[12] Tácito, *Germania* 34; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio xi.262; Scymnius Chius 188; Estrabón ii.5.6. <<

[13] Estrabón: iii.1.4; Píndaro: *Odas nemeas* iii.21 y ss. <<

[14] Avieno: *Ora Marítima* 326; Apolodoro: ii.5.10; Estrabón: iii.4.3; Asclepíades de Mírlea, citado por Estrabón: *loc. cit*. **<<**

[15] Silio Itálico: iii.417; Herodoto: ii.33; Diodoro Sículo: iv.19 y 24. <<

[16] Apolodoro: ii.5.10; Tzetzes: *Milenios* ii.340 y ss. y *Sobre Lycofron* 1312; Esquilo: *Prometeo desencadenado*, citado por Higinio: *Astronomía poética* ii.6 y por Estrabón: iv.1.7; Teón: *Sobre Arato* p.12, ed. Morell. <<

[17] Diodoro Sículo: iv.21; Ovidio: *Fasti* v.545 y ss.; Livio: i.1.7. **<<**

[18] Propercio: *Elegías* iv.9-10; Ovidio: *Fasti* i.545 y ss.; Livio: *loc. cit.*; Virgilio: *Eneida* viii.207-8. <<

[19] Livio: *loc. cit*.; Virgilio: *Eneida* viii.217 y 233 y ss.; Ovidio: *loc. cit*. **<<**

[20] Plutarco: *Cuestiones romanas* 18; Ovidio: *loc. cit*.; Livio: loc. cit.; Verio Flaco, citado por Servio sobre la *Eneida* de Virgilio viii.203; Aurelio Víctor: *Sobre los orígenes de la raza romana* 8. <<

[21] Servio sobre la *Eneida* de Virgilio viii.51; 130 y 336; Livio: 1.7; Plutarco: *Cuestiones romanas* 56; Pausanias: viii.43.2; Dionisio: *Antigüedades romanas* 1.31. <<

[22] Servio sobre la *Eneida* de Virgilio viii.130 y 336; Ovidio: *Fasti* v.94-5 y 1.542; Higinio: *Fábula* 277; Juba, citado por Plutarco: *Cuestiones romanas* 59. <<

[23] Plutarco: *Cuestiones romanas* 18 y 32; Dercilo: *Historia italiana* iii, citado por Plutarco: *Vidas paralelas* 38; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 1232; Justino: xliii.l; Hesíodo: *Teogonia* 1013; Ovidio: *Fasti* v.621 y ss. <<

[24] Solino: ii.5; Dionisio: 1.44; Diodoro Sículo: iv.21-2 y 24; Estrabón: vi.3.5 y 4.6. <<

[25] Diodoro Sículo: iv.22; Estrabón: vi.1.19; Apolodoro: Ti.5.10; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio i.574. <<

[26] Pausanias: iv.36.3; Diodoro Sículo: iv.23; Apolodoro: *loc. cit.*; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 866; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio x.551. **<<**

[27] Tzetzes: *loc. cit.*; Pausanias: viii.24.1 y 3. **<<**

[28] Diodoro Sículo: iv.23-4 y v.4. <<

[29] Diodoro Sículo: iv.24; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio iii.552; Ovidio: *Metamorfosis* xv.12 y ss. <<

[30] Diodoro Sículo: iv.25; Herodoto: iv.8-10. <<

[31] Diodoro Sículo: ii.43; Herodoto: iv.5. <<

[32] Apolodoro: ii.5.10 y i.6.1; Píndaro: *Odas Nemeas* iv.27 y ss. y *Odas ístmicas* vi.32 y ss.; Escoliasta sobre las *Odas nemeas* de Píndaro *loc. cit*. y *Odas ístmicas* vi.32. <<

[1] Apolodoro: ii.5.11; Eurípides: *Heracles* 396; Ferécides: *Casamiento de Hera* ii, citado por escoliasta sobre Apolonio de Rodas: iv.1396; Eratóstenes: *Catasterismoi* iii; Higinio: *Astronomía poética* ii.3; César Germánico: *Sobre los fenómenos de Arato; sub* Dracón. **<<**

[2] Apolodoro: ii.5.11; Hesíodo: *Teogonia* 333-5; Escoliasta sobre Apolonio de Rodas: iv.1396. <<

[3] Apolodoro: *loc. cit*.; Escoliasta sobre la *Eneida* de Virgilio iv.483; Hesíodo: *Teogonia* 215; Plinio: *Historia natural* vi.35-6; Ovidio: *Metamorfosis* iv.637 y ss. <<

[4] Apolodoro: *loc. cit.*; Herodoto: vii.124-7; Higinio: *Astronomía poética* ii.15. <<

[5] Apolodoro: *loc. cit*. Ferécides, citado por escoliasta sobre Apolonio de Rodas: iv.1396; Apolonio de Rodas: 1396-1484. <<

[6] Higinio: *Astronomía poética* ii.3. <<

[7] Apolodoro: *loc. cit*. Higinio: *Fábula* 31; Diodoro Sículo: iv.17. **<<**

[8] Diodoro Sículo *loc. cit,*; Apolodoro: *loc. cit.*; Píndaro: *Odas ístmicas* iv.52-5; Lucano: iv.589-655. <<

[9] Plinio: *Historia natural* v.l; Estrabón: xvii.3.2; Pomponio Mela: iii.106; Plutarco: *Sertorio* 9. <<

[10] Estrabón: xvii.3.7; Plinio: *Historia natural* v.8; Procopio: *Sobre la guerra vándala* ii.10. <<

[11] Calístenes, citado por Estrabón: xvii.1.43; Herodoto: ii.42. <<

[12] Diodoro Sículo: i.15 y iv.18; Ovidio: *Ibis* 399; Apolodoro: ii.5.11; Agatón de Samos, citado por Plutarco: *Vidas paralelas* 38. <<

[13] Filargirio sobre las *Geórgicas* de Virgilio iii.5; Apolodoro: *loc. cit*.; Higinio: *Fábula* 31 y 56; Ovidio: *Arte de amar* i.649. **<<**

[14] Apolodoro: *loc. cit.*; Higinio: *Fábula* 54; Estrabón: xi.5.5; Esquilo, citado por Higinio: *Astronomía poética* ii.15; Hesíodo: *Teogonia* 529 y ss. <<

[15] Servio sobre las *Églogas* de Virgilio vi.42; Higinio: *loc. cit.*; Plinio: *Historia natural* xxxiii.4 y xxxvii.l; Esquilo: *Prometeo encadenado* 1025 y *Prometeo desencadenado*, Fragmento 195, citado por Plutarco: *Sobre el amor* 14; Apolodoro: *loc. cit*. <<

[16] Ateneo: xv.11-13; Esquilo: *Fragmentos* 202 y 235, citado por Ateneo p.674d; Apolodoro: *loc. cit*. <<

[17] Higinio: *Astronomía poética* ii.15; Filóstrato: *Vida de Apolonio de Tiana* ii.3. <<

[1] Homero: *Odisea* xi.624; Apolodoro: ii.5.12. <<

[2] Herodoto: viii.65; Apolodoro: *loc. cit.*; Plutarco: *Teseo* 30 y 33; Diodoro Sículo: iv.25. <<

[3] Tzetzes: *Sobre Licofrón* 1328; Diodoro Sículo: iv.14. <<

[4] Escoliasta sobre Pluto 85 y La paz 368 de Aristófanes; Estéfano de Bizancio sub Agrá; Plutarco: *Demetrio* 26 y *Poción* 28; Aristófanes: *Acarnianos* 703, con Escoliasta sobre 720; Varrón: *Sobre cuestiones del campo* ii.4; Hesiquio sub Hidrano; Polieno: v.17. <<

[5] Plutarco: *Poción* 28; Séneca: *Cuestiones naturales* vii.31. **<<**

[6] Apolodoro: ii.5.12; Jenofonte: *Anábasis* ci.2.2; Homero: *Odisea* xi.626 e Ilíada viii.362 y ss. <<

[7] Servio sobre la *Eneida* de Virgilio vi.392; Apolodoro: *loc. cit,*; Baquílides: *Epinicia* v.71 y ss. **<<**

[8] Apolodoro: *loc. cit.*; Tzetzes: *Milenios* ii.396. <<

[9] Apolodoro: *loc. cit*. <<

[10] Servio sobre la *Eneida* de Virgilio viii.276 y *Églogas* vii.61. **<<**

[11] Homero: *Ilíada* viii.369; Apolodoro: *loc. cit*.; Pausanias: ii.31.12 y ii.32.3. <<

[12] Ovidio: *Metamorfosis* vii.409 y ss.; César Germánico sobre las *Geórgicas* de Virgilio ii.152; Pausanias: iii.25.4 y ix.34.4.. <<

[13] Antíclides, citado por Ateneo: iv.14; Escoliasta sobre Tucídides: i.9. <<

[14] Plinio: *Historia natural* xxv.12, 15, 27 y 37. <<

[1] Plutarco: *Sobre el amor* 9; Apolodoro: ii.6.1; Pausanias: x.29.3. **<<**

[2] Diodoro Sículo: iv.31; Pausanias: iv.33.5; Sófocles: *Las traquimianas* 260 <<

[3] Higinio: *Fábula* 14; Apolonio de Rodas: i.889; Homero: *Odisea* viii.226-8; Apolodoro: *loc. cit*.; Diodoro Sículo: *loc. cit*.; Sófocles: *loc. cit*. <<

[4] Hesíodo, citado por Escoliasta sobre *Las Traquinianas* de Sófocles 266; Homero: *Odisea* xxi.15 y ss.; Diodoro Sículo: *loc. cit.*; Apolodoro: ii.6.2; Escoliasta sobre la *Odisea* de Homero xxi.2. <<

[5] Apolodoro: *loc. cit.*; Sófocles: *Las Traquinianas* 271; Homero: *loc. cit.*, con Escoliasta que cita a Ferécides; Diodoro Sículo: *loc. cit.* <<

[6] Apolodoro: *loc. cit.*; Diodoro Sículo: *loc. cit.* <<

[7] Apolodoro: *loc. cit.*; Pausanias: x.13.4; Higinio: *Fábula* 32. **<<**

[8] Apolodoro: *loc. cit.*; Higinio: *loc. cit.*; Pausanias: ii.21.7; Diodoro Sículo: *loc. cit.* <<

[9] Sófocles *Las Traquinianas* 248 y ss. y 275 y ss.; Higinio: *loc. cit.*; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio viii.300. <<

[10] Plutarco: *Sobre la lentitud de la venganza divina* 12; Pausanias: viii.14.3. <<

[11] Higinio: *Fábula* 32; Eurípides: *Heracles* 26 y ss. y 553; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio viii.300; Escoliasta sobre *Las Traquinianas* de Sófocles 355; Tolomeo Hefestiono: vii, citado por Focio p.490. <<

[12] Eurípides: *Heracles* 26 y ss., 1163 y ss. y 1322; Pausanías: ix.11.2; Diodoro Sículo: iv.55; Menócrates, citado por Escoliasta sobre las *Odas ístmicas* de Píndaro iv.104 y ss. <<

[1] Apolodoro: ii.6.3; Diodoro Sículo: iv.31; Ferécides, citado por Escoliastas sobre la *Odisea* de Homero xxi.22. <<

[2] Sófocles: *Las Traquinianas* 253; Apolodoro: ii.6.2; Diodoro Sículo: *loc. cit*. <<

[3] Apolodoro: ii.6.3; Plutarco: *Sobre los ríos* 7; Tácito: *Anales* ii.47. <<

[4] Apolodoro: *loc. cit.*; Suidas sub Cercopes; Escoliasta sobre Alejandro de Luciano 4; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 91. <<

[5] W. H. Roscher: *Lexicon der griechischen und römischen Mythologie* ii.1166 y ss.; K. O. Mullen Dorians i.464; Tolomeo Claudio: v.2; Herodoto: vii.216. <<

[6] *Suidas* sobre los Cercopes; Harpocatrión sub Cercopes, citando a Xenágoras; Eustacio sobre la *Odisea* de Homero xix.247; Ovidio: *Metamorfosis* xiv.88 y ss. <<

[7] Tzetzes: *Milenios* ií.432 y ss.; Diodoro Sículo: iv.31; Dionisios: *Descripción de la tierra* 465; Estéfano de Bizancio sub Itone. <<

[8] Escoliasta sobre los *Idilios* de Teócrito xi.41; Ateneo: x.615 y xiv.619; Eustacio sobre Homero 1164; Hesiquio, Focio y Suidas sub Litersés: Pollux: iv.54. <<

[9] Higinio: *Astronomía poética* ii.14; Plutarco: *Sobre los ríos* 12. **<<**

[10] Diodoro Sículo: iv.31; Baquílides: iii.24-62; Apolodoro: ii.6.3; Palefatos: 45. <<

[11] Pausanias: ii.21.3; Herodoto: i.94; Estrabón: v. 2.2; Dionisio de Halícarnaso: i.28. <<

[12] Helánico: *Fragmento* 102, ed. Didot; Diodoro Sículo: *loc. cit*.; Eusebio: *Preparación para el Evangelio* ii.35; Herodoto: i.7. **<<**

[13] Ovidio: *Heroidas* ix.54 y ss.; Luciano: *Diálogos de los Dioses* 13; Plutarco: *Sobre si un anciano debe intervenir en los asuntos del Estado* 4. <<

[14] Ovidio: *Fasti* u.305. <<

[1] Apolodoro: ii.4.6. <<

[2] Apolodoro: ii.5.9; Higinio: *Fábula* 89; Diodoro Sículo: iv.42; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 34. <<

[3] Apolodoro: *loc. cit.*; Higinio: *loc. cit.*; Luciano: *Sobre los sacrificios* 4; Tzetzes: *loc. cit.*; Diodoro Sículo: *loc. cit.*; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio iii.3. <<

[4] Servio sobre la *Eneida* de Virgilio v.30 y i.554; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 472; Higinio: *Fábula* 89. <<

[5] Diodoro Sículo: iv.42; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 34; Valerio Flaco: ii.487; Higinio: *loc. cit*.; Apolodoro: ii.5.9; Helánico, citado por Escoliasta sobre la *Ilíada* de Homero xx.146. <<

[6] Homero: *Ilíada* xx.145-8; Tzetzes: *loc. cit*.; Helánico: *loc. cit*. <<

[7] Diodoro Sículo: iv.42 y 49; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio i.623. **<<**

[8] Apolodoro: ii.5.9; Helánico loc cit.; Píndaro: *Fragmento* 140a, ed. Schroeder, y *Odas ístmicas* v26 y ss. <<

[9] Tzetzes: *Sobre Licofrón* 472 y 953; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio i.554; y v.30. <<

[10] Tzetzes: *Sobre Licofrón* 472, 953 y 965; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio i.554; v.30 y 73. <<

[11] Diodoro Sículo: iv.32; Apolodoro: ii.6.4; Homero: *Ilíada* v.638 y ss. **<<**

[12] Escoliasta sobre las *Odas nemeas* de Píndaro n.61 y *Odas Ístmicas* i.21-3; Apolodoro: *loc. cit*., y i.8.2; Homero: *Odisea* xv.243; Plutarco: *Cuestiones griegas* 41. <<

[13] Apolodoro: iii.12.7; Píndaro: *Odas Ístmicas* vi.35 y ss.; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 455; Escoliasta sobre *Áyax* de Sófocles 833; Escoliasta sobre la *Ilíada* de Homero xxx.821. <<

[14] Apolodoro: ii.6.4; Helánico, citado por Tzetzes: *Sobre Licofrón* 469. **<<**

[15] Diodoro Sículo: iv.32; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 337; Apolodoro: loc cit.; Higinio: *Fábula* 89; Homero: *Ilíada* v.638 y ss. **<<**

[16] Apolodoro: iii.12.7; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio iii.3; Homero: *Ilíada* viii.283 y ss., y Escoliasta sobre 284. <<

[17] Tzetzes: *Sobre Licofrón* 467; Ateneo: ii.43; Partenio: *Fábulas amorosas* 26. <<

[18] Apolodoro: iii.7.5; Pausanias: viii.36.4.19 Plutarco: *Cuestiones griegas* 41. <<

[19] Plutarco: *Cuestiones griegas* 41. <<

[20] Homero: *Ilíada* xiv.250 y ss. y xv.18 y ss.; Apolodoro: i.3.5 y ii.7.1. <<

[21] Apolodoro: ii.7.1. <<

[22] Escoliasta sobre las *Odas nemeas* de Píndaro iv.40. <<

[23] Apolodoro: ii.7.8; Homero: *Ilíada* ii.678-9. <<

[24] Plutarco: *Cuestiones griegas* 58. <<

[25] Ovidio: *Metamorfosis* vii.363-4; Lactancio: *Fábulas de las Metamorfosis* de Ovidio vii.10. <<

[26] Apolodoro: ii.7.1; Píndaro: *Odas ítsmicas* vi.31 y ss. <<

[27] Plutarco: *Cuestiones griegas* 41. <<

[1] Apolodoro: ii.7.2; Píndaro: *Odas olímpicas* x.31-3. **<<**

[2] Pausanias: v.1.8 y v.2.2; Eustacio sobre la *Ilíada* de Homero ix.832 y xxiii.14-12. <<

[3] Homero: *Ilíada* xi.709; Apolodoro: *loc*. *cit*.; Ibico, citado por Ateneo: ii.50; Porfirio: Cuestiones pertinentes a la *Ilíada* de Homero 265; Plutarco: *Sobre el amor fraterno*. <<

[4] Pausanias: v.1.8 y v.3.4; Homero: *Ilíada* ii.615-24; Escoliasta sobre Apolonio de Rodas i.172. <<

[5] Apolodoro: *loc. cit*.; Píndaro: *Odas olímpicas* x.31-3; Pausanias: v.2.1 y viii.14.6; Eliano: *Varia Historia* iv.5. <<

[6] Higinio: *Fábula* 33; Apolodoro: ii.5.5 y 7.5; Diodoro Sículo: iv.33; Pausanias: vii.25.5-6. <<

[7] Diodoro Sículo: *loc. cit.*; Pausanias: viii.14.1-3. <<

[8] Apolodoro: ii.7.2; Diodoro Sículo: *loc. cit*.; Pausanias: ii.15.1; Píndaro: *Odas olímpicas* x.26 y ss. <<

[9] Pausanias: v.2.2-3. <<

[10] Pausanias: viii.25.5 y v.3.1; Apolodoro: ii.7.2; Escoliasta homérico, citado por Meursio: *Sobre Licofrón* 40; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio vii.666. <<

[11] Ateneo: x.412; Pausanias: v.4.1; 4.4 y 5.3-4. <<

[12] Píndaro: *Odas olímpicas* x.43 y ss.; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 41; Higinio: *Fábula* 273. <<

[13] Píndaro: *loc. cit.*; Apolodoro: *loc. cit.*; Pausanias: v.13.1 y 14.2-3. <<

[14] Píndaro: *Odas ítsmicas* iii.ll y ss.; Diodoro Sículo: iv.14; Pausanias: v.15.3. <<

[15] Diodoro Sículo: *loc. cit.*; Píndaro: *Odas olímpicas* x.60 y ss.; Pausanias: v.8.1; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 41. <<

[16] Pausanias: v.7.4 y 13.5; Diodoro Sículo: v.64. <<

[17] Pausanias: vi.23.1 y v.8.1. <<

[18] Escoliasta sobre las *Odas olímpicas* de Píndaro iii.35 y v.6; Demóstenes: *Contra Aristócrates* pgs.631-2; Estrabón: viii.3.3. <<

[19] Pausanias: vi.20.1-3. <<

[1] Pausanias: ii 22; iii 26.6 y v.3.1; Apolodoro: ii.7.3; Diodoro Siculo: iv.68. <<

[2] Pausanias vi.25.3; Escoliasta sobre la *Ilíada* de Homero xi.689; Hesíodo: *Escudo de Heracles* 359. <<

[3] Apolonio de Rodas: i.156-60; Eustacio sobre la *Odisea* de Homero xi.285; Escoliasta sobre la *Ilíada* de Homero ii.336 y ii.286. **<<**

[4] Apolodoro: i.9.9; Hesíodo, citado por Escoliasta sobre Apolonio de Rodas i.156; Ovidio: *Metamorfosis* xii.548 y ss.; Higinio: *Fábula* 10; Escoliasta sobre las *Odas olímpicas* de Píndaro ix.30 y ss. <<

[5] Pausanias: ii.18.6; Filóstrato: *Heroica* 2. <<

[6] Pausanias: vi.22.3; Homero: *Ilíada* si.671 y 761. <<

[7] Homero: *Ilíada* xxxiii.630-42; Higinio; *Fábula* 10. **<<**

[1] Apolodoro: ii.7.3; Pausanias: iii.15.3; iii.19.7; iii.20.5 y viii.53.3. <<

[2] Apolodoro: *loc. cit.*; Pausanias: viii.47.4. <<

[3] Apolodoro: *loc. cit*. y iii.10.5; Diodoro Sículo: iv.33. <<

[4] Pausanias: iii.15.7; iii.19.7 y viii.53 5. <<

[1] Apolodoro: iii.9.1; Pausanias: viii.4.5-6 y 47.2. <<

[2] Alcidamas: *Odisea* 14-16; Diodoro SíCulo: iv.33; Apolodoro: ii.7.4; Pausanias: viii.4.6 y 47.3. <<

[3] Diodoro Sículo: *loc. cit.*; Apolodoro: ii.7.8; Pausanias: viii.48.5. <<

[4] Calimacos *Himno a Delos* 70; Diodoro Sículo: *loc. cit*.; Apolodoro: i.7.4y iii.9.1. <<

[5] Pausanias: viii.54.5; Apolodoro: iii.9.1; Diodoro Sículo: iv.33; Higinio: *Fábula* 99. **<<**

[6] Pausanias: x.28.4; Alcidamas: *Odisea* 14-16; Apolodoro: *loc. cit.*; Diodoro Sículo: *loc. cit.* <<

[7] Higinio: *Fábula* 244; Aristóteles: *Poética* 24.1460a; Alexis, citado por Ateneo: x.18.421d; Amfis, citado por Ateneo: vi.5.224d. **<<**

[8] Pausanias: i.4.6; v.13.2 y viii.4.6. <<

[9] Higinio: *Fábula* 101; Dictys Cretensis: ii.5; Hesíodo: *Oxyrhynchus Papyrus* 1359; Fragmento v; Hecateo, citado por Pausanias: viii.4.6; Eurípides, citado por Estrabón: xiii.1.69. <<

[10] Plutarco: *Sobre los ríos* 21. <<

[11] Pausanias: viii.122. <<

[1] Diodoro Sículo: iv.34; Apolodoro: i.8.1 y ii.7.5; Baquílides: *Epinicio* v.165 y ss.; Ántoninus Liberalis: *Transformaciones* 2. <<

[2] Ovidio: *Metamorfosis* ix.1-100; Apolodoro: i.8.1; Sófocles: *Las traquinianas* 1 y ss. <<

[3] Ovidio: *loc. cit.*; Éforo, citado por Macrobio: v.18; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 50. <<

[4] Apolodoro: *loc. cit.* y ii.75; Ovidio: *loc. cit.*; Diodoro Sículo: iv.35; Estrabón: x.2.19. <<

[5] Higinio: *Fábula* 31; Laclando sobre la *Tebaida* de Estado iv.106. <<

[6] Estrabón: vii.7.5 y 11; Apolodoro: ii.7.6; Diodoro Sículo: iv.36; Píndaro: *Odas olímpicas* vii.23 y ss., con Escoliasta; Homero: *Ilíada* ii.658-60 y *Odisea* i.259-61. <<

[7] Apolodoro: *loc. cit.*; Diodoro Sículo: iv.29-30; Pausanias: vii.2.2; x.17.4 y ix.23.1. <<

[8] Diodoro Sículo: iv.36; Apolodoro: *loc. cit.*; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 50; Eustacio sobre la *Ilíada* de Homero p.1900; Escoliasta sobre *Las traquinianas* de Sófocles 39. <<

[9] Pausanias: ii.13.8. <<

[10] Sófocles: *Las traquinianas* 1-40; Pausanias: i.32.5. <<

[11] Apolodoro: ii.7.6; Sófocles: *Las traquinianas* 555-61; Ovidio: *Metamorfosis* ix.101 y ss.; Diodoro Sículo: iv.46. <<

[12] Escoliasta sobre los *Epodos* de Horacio iii; Ovidio: *loc. cit.*; Pausanias: x.38.1; Estrabón: ix.4.8. <<

[13] Apolodoro: ii.7.8; Diodoro Sículo: iv.37; Pausanias: i.32.5. <<

[1] Diodoro Sículo: iv36; Probo, sobre las *Geórgicas* de Virgilio iii.6; Escoliasta sobre Apolonio de Rodas: i.131. **<<**

[2] Apolodoro: ii.7.7; Apolonio de Rodas; i.1212 y ss.; Higinio: *Fábula* 14.
<<

[3] Nicandro, citado por Antoninus Liberalis: 26; Helánico, citado por Escoliasta sobre Apolonio de Rodas: i.131 y 1207; Filóstrato: *Imaginaciones* ii.24. <<

[4] Diodoro Sículo: iv.37; Pausanias: i.5.2. <<

[5] Diodoro Sículo: *loc. cit.*; Herodoto: viii.46; Pausanias: vi.34.6 y viii.34.6. <<

[6] Tzetzes: *Sobre Licofrón* 480; Aristóteles, citado por Estrabón: viii.6.13; Antoninus Liberalis: *Transformaciones* 32. **<<**

[7] Apolodoro: ii.7.7; Diodoro Sículo: iv.37. <<

[8] Eurípides: *Heracles* 389-93; Pausanias: i.27.7; Escoliasta sobre las *Odas olímpicas* de Píndaro ii.82 y x.15; Eustacio sobre la *Ilíada* de Homero p254. <<

[9] Hesíodo: *Escudo de Heracles* 57-138 y 318-480; Higinio: *Fábula* 31; Apolodoro: ii.7.7; Diodoro Sículo: iv.37; Eurípides: *loc. cit*. <<

[10] Pausanias: i.27.7; Hesíodo: *Escudo de Heracles* 318-480. <<

[11] Diodoro Sículo: iv.37; Estrabón: ix.5.18; Apolodoro: iii.13.8 y iii.7.7-8; Píndaro: *Odas olímpicas* vii.23 y ss., con Escoliasta. **<<**

[1] Ateneo: xi.461; Apolodoro: ii.7.7. <<

[2] Nicias de Malos, citado por Plutarco: *Vidas paralelas* 13; Higinio: *Fábula* 35; Sófocles: *Las Traquinianas* 283 y ss.; Apolodoro: *loc. cit*. **<<**

[3] Sófocles: *Las Traquinianas* 44-5. <<

[4] Homero: *Ilíada* ii.596 y 730; *Odisea* xxi.13.14; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio viii.291; Estrabón: ix.5.17 y x.1.10. <<

[5] Antoninus Liberalis: *Transformaciones* 4; Pausanias: iv.2.2; 3.6; 33.5-6 y 27.4; Estrabón: x.1.18. <<

[1] Sófocles: *Las Traquinianas* 289 y 752-4; Apolodoro: ii.7.7; Diodoro Sículo: iv.38. <<

[2] Sófocles: *Las Traquinianas* 460-751; Higinio: *Fábula* 36. <<

[3] Sófocles: *Las Traquinianas* 756 y ss.; Mythograpbi Graeci: Appendix Narrationum xxviii.8 de Nonnus-Westennann; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 50-1. <<

[4] Ovidio: *Metamorfosis* ix.155 y ss.; Higinio: *Fábula* 36; Sófocles: *Las Traquinianas* 783 y ss.; Apolodoro: ii.7.7; Plinio: *Historia natural* xxv.21; Diodoro Sículo: iv.38. <<

[5] Apolodoro: *loc. cit*. Sófocles: *Las Traquinianas* 912 hasta el final. **<<**

[6] Diodoro Sículo: *loc. cit.*; Higinio: *Fábula* 102; Ovidio: *Metamorfosis* ix.899 y ss. <<

[7] Ovidio: *Metamorfosis* ix.241-73; Apolodoro: *loc. cit*.; Higinio: *loc. cit*.; Pausanias: iii.18.7. <<

[8] Diodoro Sículo: iv.39; Hesíodo sobre Onomácrito: fragmento, ed. Evelyn-White págs. 615-16, Loeb; Píndaro: *Odas ístmicas* iv.59 y *Odas Nemeas* x.18; Apolodoro: loc cit.; Sotas de Bizancio, citado por Tzetzes: *Sobre Licofrón* 1349. <<

[9] Calímaco: *Himno a Artemis* 145 y ss. <<

[10] Homero: *Odisea* xi.601 y ss. <<

[11] Diodoro Sículo: iv.39; Pausanias: i.15.4. <<

[12] Pausanias: ii.10.1; ix.27.5 y vii.5.3.; Estrabón: xii.1.64. <<

[1] Sófocles: *Las Traquinianas* 1155-5; Hecateo, citado por Longino: *De Sublimitate* 27; Diodoro Sículo: iv.57; Apolodoro: ii.8.1 y iii.7.1; Pausanias: i.32.5. <<

[2] Diodoro Sículo: *loc. cit.*; Apolodoro: ii.8.1.; Pausanias: *loc. cit.*; Perecidas, citado por Antoninus Liberalis: *Transformaciones* 33; Zenobio: *Proverbios* ii.61. <<

[3] Lisias: ii.11-16; Isócrates: *Panegírico* 15-16; Apolodoro: ii.8.1; Diodoro Sículo: *loc. cit*.; Pausanias: i.44.14. <<

[4] Eurípides: *Hijos de Heracles* 843 y ss.; 928 y ss. y 1026 y ss.; Estrabón: viii.6.19. <<

[5] Feréddes, citado por Antoninus Liberalis: *Transformaciones* 33; Estrabón: ix.40.10. <<

[6] Pausanias: I.44.14 y 413; Diodoro Sículo: iv.58; Apolodoro: ii.81.2. <<

[7] Diodoro Sículo: *loc. cit.*; Apolodoro: ii.4.11 y iii.1.2; Pausanias: i.41.1; Plutarco: *Lisandro* 28. <<

[8] Píndaro: *Odas píticas* ix.79 y ss.; Plutarco: *Sobre el amor* 17; Pausanias: ix.23.1. <<

[9] Homero: *Ilíada* ii.653-70; Apolodoro: ii.8.2.; Píndaro: *Odas olímpicas* vii.27 y ss. <<

[10] Diodoro Sículo: iv.58; Homero: *loc. cit*.; Apolodoro: *Epítome* iii.13. **<<**

[11] Apolonio de Rodas: iv.538 y ss. <<

[12] Pausanias: vi.11.12. <<

[13] Apolodoro: ii.8.2-5; Pausanias: ii.18.7; iii.13.4; v.3.5-7 y viii.5.6; Estrabón: viii.3.33; Herodoto: vi.52. <<

[1] Pausanias: i.43.7; Conón: *Narraciones* 19; Ateneo: iii.99. <<

[2] Safo, citada por Pausanias: ix.29.3; Homero: *Ilíada* rviii.569-70; Hesíodo, citado por Diógenes Laercio: viii.1.25. <<

[3] Apolodoro: i.3.2; Higinio: *Fábula* 161; Disputa de Homero y Hesíodo 314; Diógenes Laercio: *Prooemium* 3; Pausanias: ix.29.3; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 831. <<

[4] Diodoro Sículo: iii.67; Diógenes Laercio: *loc. cit.*; Hesíodo, citado por Clemente de Alejandría: *Stromateis* i.p.121. **<<**

[5] Pausanias: *loc. cit*. <<

[1] Escoliasta sobre la *Odisea* de Homero xii.70; Díodoro Sículo: iv.50.1; Apolonio de Rodas: i.232; Apolodoro: i.9.16; Escoliasta sobre Apolonio de Rodas: i.45; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 72. <<

[2] Píndaro: *Odas píticas* iv.198 y ss. y *Odas nemeas* iii.94 y ss.; Homero: *Ilíada* vi. 143. <<

[3] Apolonio de Rodas: i.7; Apolodoro: *loc. cit.*; Píndaro: *Odas píticas* iv.128 y ss. <<

[4] Apolonio de Rodas: i.8-17; Apolodoro: *loc. cit.*; Píndaro: *loc. cit.*; Higinio: *Fábula* 13; Valerio Flaco: i.84. <<

[5] Apolodoro: *loc. cit.*; Píndaro: *loc. cit.*; Diodoro Sículo: iv.40; Escoliasta sobre la *Odisea* de Homero xii.70; Hesíodo: *Teogonia* 992 y ss. **<<**

[6] Píndaro: *loc. cit.*; Valerio Flaco: i.39; Apolodoro: *loc. cit.* <<

[7] Apolodoro: *loc. cit.*; Píndaro: *loc. cit.*; Higinio: *Fábulas* 12 y 14-23; Apolonio de Rodas: i.20; Diodoro Sículo: iv.40-9; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 175; Ovidio: *Metamorfosis* vii.l y ss.; Valerio Flaco: *Argonáutica* i.passim. <<

[8] Apolonio de Rodas: i.229; Pausanias: ix.36.3. <<

[1] Apolonio de Rodas: i.317 y ss. <<

[2] Apolonio de Rodas: i.1-607; Herodoto: vi.138; Apolodoro: i.9.17; *Argonáutica Órfica* 473 y ss.; Valerio Flaco: *Argonáutica* ii.77; Higinio: *Fábula* 15. <<

[3] Homero: *Ilíada* vii.468, con Escoliasta; Estado: *Tebaida* vi.34; Apolonio de Rodas: *loc. cit*.: Apolodoro: *loc. cit*.; Valerio Flaco: *loc. cit*.; Higinio: *loc. cit*.; Fragmentos de Sófocles ii.51 y ss., ed. Pearson. <<

[4] Apolodoro: iii.6.4; Higinio: *loc. cit*.; Filóstrato: *Heroica* xx.24. **<<**

[5] Primer Mitógrafo Vaticano: 49; Apolonio de Rodas: i.922 y ss. y 935-1077; *Argonáutica Órfica* 486 y ss.; Valerio Flaco: *Argonáutica* ii.634; Higinio: *Fábula* 16. <<

[1] Apolonio de Rodas: i.1207 y ss.; Teócrito: *Idilios* xiii; *Argonáutica Órfica* 646 y ss.; Valerio Flaco: *Argonáutica* iii.521 y ss.; Higinio: *Fábula* 14; Apolodoro: i.9.19. <<

[2] Teócrito: *Idilios* xiii.73 y ss.; Estrabón: xii.4.3; Antoninus Liberalis: *Transformaciones* 26. <<

[3] Ateneo: xiv.620; Esquilo: *Los persas* 941; Escoliasta sobre la *Descripción de la Tierra* de Dionisios 791. <<

[4] Herodoto: i.193; Apolodoro: i.9.19; Teócrito: *Idilios* xiii.73 y ss. <<

[5] Apolodoro: i.9.20; Apolonio de Rodas: ii.l y ss.; Teócrito: *Idilios* xxii. 27 y ss.; *Argonáutica Órfica* 661 y ss.; Valerio Flaco: *Argonáutica* iv.99 y ss.; Higinio: *Fábula* 17; Lactancio sobre la *Tebaida* de Estado iii.353. <<

[6] Apolodoro: i.9.21; Hesíodo: *Teogonia* 265-9. <<

[7] Herodoto: ii.147; Apolodoro: *loc. cit.*; Apolonio de Rodas: ii.176 y ss.; Valerio Flaco: *Argonáutica* iv.22 y ss.; Higinio: *Fábula* 19; Primer Mitógrafo Vaticano: 27, Servio sobre la *Eneida* de Virgilio iii.209. <<

[8] Diodoro Sículo: iv.44. <<

[9] Apolodoro: *loc. cit.* <<

[1] Apolonio de Rodas: ii.329; *Argonáutica Órfica* 688; Homero: *Odisea* xii.61; Herodoto: iv.85; Plinio: *Historia natural* vi.32; Valerio Flaco: iv.561 y ss.; Apolodoro: i.9.22. <<

[2] Apolonio de Rodas: ii.851-98; *Argonáutica Órfica* 729 y ss.; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 890; Valerio Flaco: v.13 y ss.; Higinio: *Fábulas* 14 y 18; Apolodoro: i.9.23. **<<**

[3] Apolonio de Rodas: ii.946-1028; Valerio Flaco: v.108; *Argonáutica Órfica* 738-46; Jenofonte: *Anábasis* v.4.1-32. <<

[4] Apolonio de Rodas: ii.1030-1230. <<

[5] Apolonio de Rodas: ii.1231-41; Higinio: *Fábula* 138; Filargurio sobre las *Geórgicas* de Virgilio iii.93; Valerio Flaco: v.153; *Argonáutica Órfica* 747. <<

[6] Apolonio de Rodas: ii.1030-1285; *Argonáutica Órfica* 747-55; Valerio Flaco: v.153-83. <<

[1] Apolodoro: i.9.23; Apolonio de Rodas: ii.1260-iv.246; Diodoro Sículo: iv.48.1-5; Valerio Flaco: v.l77-viii.39; Higinio: *Fábula* 22; Píndaro: *Odas píticas* iv.221 y ss.; Ovidio: *Metamorfosis* vii.1138-9; Plutarco: *Sobre los ríos* v.4; *Argonáutica Órfica* 755-1012. <<

[2] Herodoto: iv.l 10-17. <<

[1] Apolodoro: i.9.24; Ferécides, citado por Escoliasta sobre Apolonio de Rodas: iv.223 y 228; Ovidio: *Tristia* iii.9. **<<**

[2] Cicerón: *Sobre la naturaleza de los dioses* iii.19; Justino: xlii.3; Diodoro Sículo: iv.45. <<

[3] Sófocles: citado por Escoliasta sobre Apolonio de Rodas: iv.228; Eurípides: *Medea* 1334; Diodoro Sículo: iv.48. <<

[4] Apolonio de Rodas: iv.212-502. <<

[5] Píndaro: *Odas píticas* iv.250 y ss.; Mimnermo, citado por Estrabón: i.2.40. <<

[6] Apolodoro: i.9.24; Diodoro Sículo: iv.56.7-8. <<

[7] Apolonio de Rodas: iv.608-660. <<

[8] Timeo, citado por Diodoro Sículo iv.56.3; Argonaútica Órfica 1030-1204. <<

[9] Diodoro Sículo: iv.48; Homero: *Odisea* xii.69 y ss. e *Ilíada* v.638 y ss. <<

[10] Apolodoro: *loc. cit*.; Herodoto iv.33; Apolonio de Rodas: iv.659-717. <<

[11] Higinio: *Fábula* 23; Apolodoro: *loc. cit*. <<

[12] Estrabón: vii.5.5. <<

[1] Apolonio de Rodas: iv.1090-95; Homero: *Odisea* xviii.83 y xxi.307, con Escoliasta. <<

[2] Estrabón: i.2.39 y vii.5.5; Apolonio de Rodas: iv.511-21; Higinio: *Fábula* 23; Apolodoro: i.9.25; Calímaco, citado por Estrabón: i.2.39. **<<**

[3] Herodoto: i.l. <<

[4] Pausanias: ix.34.2; Estrabón: vi.1.1; *Argonáutica Órfica* 1284; Homero: *Odisea* xii. 1-200. <<

[5] Apolonio de Rodas: iv.922-79; *Argonáutica Órfica* 1270-97; Higinio: *Fábula* 14. <<

[6] Apolonio de Rodas: iv.1228-1460. <<

[7] Higinio: *loc. cit.*; Apolonio de Rodas: iv.1461-95; Valerio Flaco: vi.317 y vii.422. <<

[8] Tzetzes: *Sobre Licofrón* 881; Apolonio de Rodas: iv.1518-36. <<

[9] Píndaro: *Odas píticas* iv.17-39 y 255-61; Apolonio de Rodas: iv. 1537-1628; Diodoro Sículo: iv.56.6; *Argonáutica Órfica* 1335-6; Herodoto: iv.179. <<

[10] Apolodoro: i.9.26; Apolonio de Rodas: iv.1639-93; *Argonáutica Órfica* 1337-40; Luciano: *Sobre la danza* 49; Sófocles, citado por Escoliasta sobre Apolonio de Rodas: iv.1638. <<

[11] Apolonio de Rodas: iv.1765-72; Apolodoro: *loc. cit.*; *Argonáutica Órfica* 1344-8. <<

[12] Píndaro: *Odas píticas* iv.252. <<

[13] Herodoto: iii.127. <<

[14] Estrabón: v.2.6 y vi.1.1.; Apolodoro: i.9.24; Apolonio de Rodas: iv.922 y ss. <<

[15] Estrabón: xi.14.12 y 13.10. <<

[1] Diodoro Sículo: iv.50.1; Apolodoro: i.9.16 y 27; Valerio Flaco: i.777 y ss. <<

[2] Apolodoro: i.9.27; Diodoro Sículo: iv.51.1-53.1; Pausanias: viii.11.2; Plutarco: *Pseudolus* iii.868 y ss.; Cicerón: *Sobre la vejez* xxxiii.83; Ovidio: *Metamorfosis* vii.297-349; Higinio: *Fábula* 24. <<

[3] Hipótesis de la *Medea* de Eurípides; Escoliasta sobre *los Caballeros* de Aristófanes 1321; Ovidio: *Metamorfosis* v.251-94. <<

[4] Pausanias: v.17.9; Higinio: *Fábula* 278. <<

[5] Diodoro Sículo: iv.53.2; Higinio: *Fábula* 24; Pausanias: viii.II.2. <<

[1] Eumelo: fragmentos 2-4; Díodoro Sículo: iv.54; Apolodoro: 1.9.16; Ovidio: *Metaformosis* vii.391-401; Tolomeo Hefestiono: ii; Apuleyo: *El asno de oro* i.10; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 175; Eurípides: *Medea*. <<

[2] Hesíodo: *Teogonia* 981 y ss.; Pausanias: ii.3.7 y iii.3.7; Higinio: *Fábulas* 24 y 27. <<

[3] Apolodoro: i.9.28; Pausanias: ii.3.6; Eliano: *Varia Historia* v. 21; Escoliasta sobre *Medea* de Eurípides 9 y 264; Filóstrato: *Heroica* xx.24. <<

[4] Diodoro Sículo: v.55; Escoliasta sobre *Medea* de Eurípides 1387. <<

[5] Escoliasta sobre Eurípides: *loc. cit.*; Higinio: *Fábula* 25; Eurípides: *Medea* 1271; Servio sobre las *Églogas* de Virgilio viii.47. **<<**

[6] Diodoro Sículo: iv.54; Homero: *Odisea* i.260, con Escoliasta. **<<**

[1] Diodoro Sículo: iv.54; Apolodoro: i.9.28; Plutarco: *Teseo* 12; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio vii.750. <<

[2] Tolomeo Hefestiono v; Diodoro Sículo iv.55-66.2; Higinio *Fábulas* 26; Justino: xlii.2; Tácito: *Anales* vi. 34. <<

[3] Diodoro Sículo: iv.55; Escoliasta sobre la Hipótesis de *Medea* de Eurípides; Higinio: *Astronomía poética* xxxvi. **<<**

[4] Escoliasta sobre *Medea* de Eurípides 10; y sobre Apolonio de Rodas: iv.814. <<

[5] Herodoto: vii.197. <<

[6] Escoliasta sobre Apolonio de Rodas: i.185. <<

[1] Estrabón: xiii.1.48. <<

[2] Servicio sobre la *Eneida* de Virgilio iii.108; Estrabón: *loc. cit.*; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 1302. <<

[3] Apolodoro: iii.12.1; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio iii.167; Estrabón: *loc. cit.* <<

[4] Dionisio de Halicarnaso: *Antigüedades romanas* i.61 y ii.70-1; Eustacio sobre la *Ilíada* de Homero p. 1204; Conón: *Narraciones* 21; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio viii.285. <<

[5] Apolodoro: iii.12.1; Licofrón: 72 y ss., con comentarios de Tzetzes: Escoliasta sobre la *Ilíada* de Homero xx.215; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio iii.167; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 29. <<

[6] Tzetzes: *loc. cit.*; Diodoro Sículo: v.48; Estrabón: fragmento 50; Homero: *Ilíada* xx.215 y ss. <<

[7] Apolodoro: *loc. cit.*; Servio: *loc. cit.*; Diodoro Sículo: *loc. cit.* **<<**

[8] Estrabón: *loc. cit.*; Dionisio de Halicarnaso: i.61; Eustacio sobre la *Ilíada* de Homero p. 1204; Conón: *Narraciones* 21; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio ii.166. <<

[9] Tzetzes: *Sobre Licofrón* 72; Dionisio de Halicarnaso: *loc. cit.* **<<**

[10] Servio: *loc. cit.*; vii.207 y iii.15. <<

[11] Apolodoro: iii.12.2 y iii.15.3; Dionisio de Halicarnaso: i.50.3. <<

[12] Homero: *Ilíada* xx.220 y ss.; Dionisio de Halicarnaso: i.62; Apolodoro: iii.12.2. <<

[13] Apolodoro: iii.12.3; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 29; Lesses de Lampsaco, citado por Tzetzes: *loc. cit.*; Píndaro: *Odas olímpicas* viii.30 y ss., con Escoliasta; Estrabón: xiii.1.3 y 3.3. <<

[14] Ovidio: Fastt vi.420 y ss.; Apolodoro: *loc. cit*. **<<**

[15] Ovidio: *loc. cit.*; Apolodoro; *loc. cit.* **<<**

[16] Dictys Cretensis: v.5. <<

[17] Escoliasta sobre *Las fenicias* de Eurípides 1136; Dionisio de Halicarnaso: 1.61; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio ii.166. **<<**

[18] Clemente de Alejandría: *Protrepticon* iv.47; Servio: *loc. cit*.; Ferécides, citado por Tzetzes: *Sobre Licofrón* 355; Etymologicum Magnum: sub Paladión págs. 649-50. <<

[19] Dercilo: *fundaciones de ciudades* i, citado por Plutarco: *Vidas paralelas* 17. <<

[20] Apolodoro: iii.12.2 y 3. <<

[21] Apolodoro: ii.59, ii.6.4 y iii.12.3; Escoliasta sobre la *Ilíada* de Homero iii.250; Homero: *Ilíada* vi.23-6; xxi.446 y vii.452; Horacio: *Odas* iii.3.21; Píndaro: *Odas olímpicas* viii.41, con Escoliasta; Diodoro Sículo: iv.32. <<

[22] Servio sobre la *Eneida* de Virgilio ii.319; Apolodoro: iii.12.5; Homero: *Ilíada* ii.831 y 837; Virgilio: *Eneida* ix.176. <<

[23] Servio sobre la *Eneida* de Virgilio v.128; Apolodoro: *loc. cit.*; Ovidio: *Metamorfosis* xi.755-95. <<

[24] Ferécides, citado por Escoliasta sobre la *Ilíada* de Homero xvi.718; y sobre *Hécuba* de Eurípides 32; Atenión, citado por Escoliasta sobre Homero: *loc. cit*.; Apolodoro: *loc. cit*. <<

[25] Homero: *Ilíada* xxiv.495-7 y vi.242-50. <<

[26] Estesícoro, citado por Tzetzes: *Sobre Licofrón* 266; Apolodoro: *loc. cit*.
<<

[27] Antíclides, citado por Escoliasta sobre la *Ilíada* de Homero vii.44. <<

[28] Higinio: *Fábula* 9; Apolodoro: iii.12.5; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio ii.247. <<

[29] Benoir: *Román de Troie* 385 y 3187 y ss.; *The Seege or Batayle of Troye* 349 y ss. y 385; Tzetzes: *Sobre Licofrón*. <<

[30] Esquilo: *Agamenón* 1210; Tzetzes: Hipótesis de *Alexandra* de Licofrón; *Sobre Licofrón* 29 y 350. <<

[1] Apolodoro: iii.10.8; Ovidio: *Heroidas* xvii.104; Hesíodo: *Catálago de las mujeres*, Fragmento 68, pág. 192 y ss., ed. Evelyn-White. <<

[2] Hesíodo: *loc. cit.*; Apolodoro: iii.10.9; Pausanias: iii.20.9; Higinio: *Fábula* 78. <<

[3] Estesícoro, citado por Escoliasta sobre *Orestes* de Eurípides 249; Higinio: *loc. cit*.; Apolodoro: iii.11.2. <<

[4] Homero: *Odisea* iv.12-14; Escoliasta sobre la *Ilíada* de Homero iii.175; Cipria, citada por Escoliasta sobre *Andrómaca* de Eurípides 898; Pausanias: ii.18.5. <<

[5] Cipria, citada por Proclo: *Crestomatía* 1; Apolodoro: *Epítome* iii.1-2; Cipria, citada por Escoliasta sobre la *Ilíada* de Homero i.5. **<<**

[6] Apolodoro: ii.12.5; Higinio: *Fábula* 91; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 86; Píndaro: Fragmento de *Pean* 8, págs. 544-6, ed. Sandys. <<

[7] Tzetzes: *Sobre Licofrón* 224 y 314; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio ii.32; Pausanias: x.12.3; Escoliasta sobre la *Andrómaca* de Eurípides 294; y sobre *Ifigenia en Atáis* 1285; Apolodoro: *loc. cit*.; Higinio: *Fábula* 91; LA onrad von Würzbunr: Der trojanische LA rieg 442 y ss. y 546 y ss. <<

[8] Dictys Cretensis: iii.; Rawlinson: *Excidium Troiae*. **<<**

[9] Apolodoro: *loc. cit.*; Ovidio: *Heroidas* xvi.51-2 y 359-60. <<

[10] Ovidio: *Heroidas* v.12-30 y 139; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 57; Apolodoro: iii.12.6. <<

[11] Trojanska Frica p.159; Rawlinson: *Excidium Troiae*. <<

[12] Ovidio: *Heroidas* xvi.71-3 y v.35-6; Luciano: *Diálogos de los dioses* 20; Higinio: *Fábula* 92. <<

[13] *Heroidas* vi.l49-52; Luciano. <<

[14] Rawlinson: *Excidium Troiae*; Higinio: *Fábula* 91; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio v.370; Ovidio: *Heroidas* xvi.92. **<<**

[15] Dates: 4-8; Rawlinson: *loc. cit*. <<

[16] Tzetzes: *Sobre Licofrón* 132; Cipria, citada por Proclo: *Crestomatía* 1; Homero: *Ilíada* v.59 y ss.; Apolodoro: *Epítome* iii.2; Ovidio: *Heroidas* xvi.115-16. <<

[17] Cipria, citada por Proclo: *loc. cit*.; Ovidio: *Heroidas* xvi.119 y ss. y 45 y ss.; Apolodoro: iii.12.6. <<

[18] Ovidio: *Heroidas* xvi.21-3; xviii.74 y ss.; 83 y 155 y ss.; Apolodoro: *Epítome* iii.3; Cipria, citada por Proclo. <<

[19] Ovidio: *Heroidas* xvi.259-62; Cipria, citada por Proclo: *loc. cit.*; Pausanias: ii222; Apolodoro: *loc. cit.*; Homero: *Ilíada* iii.445. **<<**

[20] Servio sobre la *Eneida* de Virgilio i.655; Eustacio sobre Homero: p.1946; Apolodoro: *loc. cit*.; Cipria, citada por Proclo: *loc. cit*.; Dates: 10; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 132 y ss.; Higinio: *Fábula* 92. <<

[21] Homero: *Odisea* iv.227-30; Proclo: *Crestomatía* 1; Dictys Cretensis: 1.5; Apolodoro: *Epítome* iii.4; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 132 y ss. <<

[22] Servio sobre la *Eneida* de Virgilio ii.33. <<

[23] Apolodoro: *Epítome* iii.5; Eurípides: *Electra* 128 y *Helena* 31 y ss.; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio i.655 y ii.595; Estesícoro, citado por Tzetzes: *Sobre Licofrón* 113. <<

[24] Herodoto: ii.12-15; Dictys Cretensis: v-5; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 851; Tolomeo Hefestiono: iv. <<

[25] Conón: *Narraciones* 22; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 57 y ss. <<

[1] Herodoto: i.1-4; Ovidio: *Heroidas* xvi.341-50. <<

[2] Herodoto: i.3; Cipria, citada por Proclo: *Crestomatía* 1; Apolodoro: *Epítome* iii.6. <<

[3] Higinio: *Fábula* 95; Homero: *Odisea* xxiv.115-19 y xix.399-466; Apolodoro: *Epítome* iii.12; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio vi.529. **<<**

[4] Apolodoro: iii.10.6 y 9; Pausanias: iii.12.2; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 792; Dídimo, citado por Eustacio sobre Homero, p.1422. <<

[5] Pausanias: iii.20.2. <<

[6] Higinio: *loc. cit*.; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio ii.81; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 818; Apolodoro: *Epítome* iii.7. <<

[7] Apolodoro: *Epítome* iii.9; Eustacio sobre la *Ilíada* de Homero xi.20; Nono: *Dionisiacas* xvi.451; Higinio: *Fábula* 242. <<

[8] Apolodoro: iii.13.8; Tolomeo Hefestiono: vi; Licofrón: Alexandra 178 y ss., con Escoliasta; Escoliasta sobre la *Ilíada* de Homero xvi.37; Escoliasta sobre *Las nubes* de Aristófanes 1068; Escoliasta sobre Apolonio de Rodas: iv.816. <<

[9] Servio sobre la *Eneida* de Virgilio vi.57; Fulgencio: *Mythologicon* iii.7; Apolodoro: vi.13.6; Filóstrato: *Heroica* xx.2; y xix.2; *Argonáutica Órfica* 392 y ss.; Estacio: *Aquileida* i.269 y ss.; Homero: *Ilíada* xi.831-2; Píndaro: *Odas nemeas* iii.43 y ss. <<

[10] Apolodoro: iii.13.8; Homero: *Ilíada* ix.410 y ss.; Tolomeo Hefestiono: i; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 183. <<

[11] Apolodoro: *loc. cit.*; Escoliasta sobre la *Ilíada* de Homero xix.332; Ovidio: *Metamorfosis* xvi.162 y ss.; Higinio: *Fábula* 96. **<<**

[12] Homero: *Ilíada* ix.769 y ss.; 438 y ss. y xvi.298. <<

[13] Apolodoro: *loc. cit.*; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 421; Homero: *Ilíada* ix.447 y ss. y 485. <<

[14] Homero: *Ilíada* xi.786-7; Píndaro: *Odas olímpicas* ix.69-70; Hesíodo, citado por Eustacio sobre la *Ilíada* de Homero i.337; Apolodoro: *loc. cit.*; Higinio: *Fábula* 97; Escoliasta sobre Apolonio de Rodas: iv.816. <<

[15] Apolodoro: *loc. cit.*; Estrabón: ix.4.2. <<

[16] Apolodoro: iii.3.1.; Filóstrato: *Heroica* 1; Diodoro Sículo: v.79; Higinio: *Fábula* 81; Pausanias: v.23.5; Homero: *Ilíada* x.61 y ss. <<

[17] Dictys Cretensis: i.16; Apolodoro: *Epítome* iii.6. **<<**

[18] Homero: *Ilíada* v.21 y i.247-52; iv.310 y ss.; ii.553-5; *Odisea* iii.244 y 126-9. <<

[19] Homero: *Ilíada* xvii.279-80 y vi.226-7; Sófocles: Ajax 576 y 833, con Escoliasta; Escoliasta sobre la *Ilíada* de Homero xxiii. 821; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 455 y ss. <<

[20] Sófocles: *Ajax* 762-77. <<

[21] Homero: *Ilíada* viii.266-72. <<

[22] Homero: *Ilíada* xiii.697; ii.527-30; xiv.520 y xiii.701 y ss.; Higinio: *Fábula* 97; Filóstrato: *Heroica* viii.l. <<

[23] Homero: *Ilíada* ii.728 y xiii.694-7. <<

[24] Apolodoro: i.8.5; Higinio: *loc. cit*.; Homero: *Ilíada* ii.564-6. <<

[25] Homero: *Ilíada* ii.653-4; Higinio: *loc*. *cit*. <<

[26] Dictys Cretensis: i.23; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio iii.80; Diodoro Sículo: v.62; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 570. **<<**

[27] Tzetzes: *loc. cit*.; Apolodoro: *Epítome* iii.10; Ovidio: *Metamorfosis* xiii.650 y ss.; Servio: *loc. cit*. <<

[28] Estesícoro, citado por Escoliasta sobre la *Odisea* de Homero vi.164; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 583; Servio: *loc. cit*.; Ferácides citado por Tzetzes: *Sobre Licofrón* 570. <<

[29] Ovidio: *Metamorfosis* 643-74; Servio: *loc. cit*. <<

[30] Apolodoro: *Epítome* iii.15; Homero: *Ilíada* ii.303-53; Ovidio: *Metamorfosis* xii.13-23. <<

[31] Homero: *Odisea* xxiv.118-19 e *Ilíada* i.71; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 57 y ss. <<

[32] Apolodoro: Epítome iii.17; Píndaro: *Odas olímpicas* ix.70 y ss.; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 206 y 209; Escoliasta sobre la *Ilíada* de Homero i.59; Homero: *Ilíada* xvi.140-4. <<

[33] Pausanias: ix.5.7-8; Virgilio: *Eneida* ii.261. **<<**

[34] Filóstrato: *Heroica* iii.35; Apodoloro: *Epítome* iii.18; Cipria, citada por Proclo: *Crestomatía* 1. **<<**

[35] Homero: *Ilíada* xxiv.765; Apolodoro: *loc. cit*.; Pausanias: iii.12.5. <<

[36] Apolodoro: *Epítome* iii.19-20; Higinio: *Fábula* 101; Plinio: *Historia natural* xxv.19. <<

[37] Higinio: *loc. cit*.; Filóstrato: *Heroica* ii.18; Escoliasta sobre la *Odisea* de Homero i.520; Apolodoro: *Epítome* iii.20. **<<**

[1] Higinio: *Fábula* 190. <<

[2] Benoit: *Le Román de Troie*. <<

[3] Tolomeo Hefestiono: v., citado por Focio, p.483; Eurípides: *Ifigenia en Táuride*; Apolodoro: *Epítome* iii.21. <<

[4] Eurípides: *Ifigenia en Áulide*; Sófocles: *Electra* 574; Apolodoro: *loc. cit*.; Dictys Cretensis: i.19; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 183. <<

[5] Homero: *Odisea* iv.342-4; Apolodoro: *Epítome* iii.23-4; Pausanias: x.14.2; Higinio: *Fábula* 157; Escoliasta sobre las *Odas olímpicas* de Píndaro ii.147; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 232-3. <<

[6] Apolodoro: *Epítome* iii.24; Pausanias: *loc. cit.*; Tzetzes: *loc. cit.* <<

[7] Apolodoro: *Epítome* iii.25; Pausanias: x.14.2; Tzetzes: *loc. cit*. **<<**

[8] Tzetzes: *loc. cit.*; Plutarco: *Cuestiones griegas* 28. <<

[9] Tzetzes: *loc. cit.*; Apolodoro: *Epítome* iii.31; Cipria, citada por Proclo: *Crestomatía* 1. <<

[10] Dictys Cretensis: ii.14; Cipria, citada por Proclo: *loc. cit.*; Apolodoro: *Epítome* iii.27; Homero: *Ilíada* ii.727. **<<**

[11] Pausanias: viii.33.2; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 911; Sófocles: *Filoctetes* 1327; Filóstrato: *Imaginaciones* 17; Eustacio sobre Homero p.330. **<<**

[12] Higinio: *Fábula* 102; Escoliasta sobre *Filoctetes* de Sófocles, versos 2, 193 y 266. <<

[13] Filóstrato: *loc. cit*. <<

[14] Servio sobre la *Eneida* de Virgilio iii.402. **<<**

[1] Cipria, citada por Precio: *Crestomatía* 1; Tzetzes: *Antehomérica* 154 y ss.; Escoliasta sobre la *Ilíada* de Homero iii.206. <<

[2] Dictys Cretensis: i.4; Apolodoro: *Epítome* iii.28.9; Homero: *Ilíada* iii.207. <<

[3] Apolodoro: *Epítome* iii.29-30; Higinio: *Fábula* 103; Eustacio sobre Homero, págs. 325 y 326. <<

[4] Higinio: *loc. cit.*; Eustacio sobre Homero p.245. <<

[5] Pausanias: i.34.2; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 532-3; Filóstrato: *Heroica* iii.l; Quinto Esmirneo: *Posthomérica* vii.408 y ss.; Plinio: *Historia natural* xvi.88. <<

[6] Higinio: *Fábula* 103 y 104; Cipria, citada por Pausanias: iv.2.5; Ovidio: *Heroidas* xiii.152; Eustacio sobre Homero P-325; Apolodoro: *Epítome* iii.30; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio vi.447. **<<**

[7] Eustacio sobre Homero: *loc. cit*.; Higinio: *Fábula* 104. <<

[8] Conón: *Narraciones* 13; Apolodoro: *Epítome*, citado por Tzetzes: *Sobre Licofrón* 941; Estrabón: vi.1.12. <<

[9] Apolodoro: *Epítome* iii.31; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 245; Ovidio: *Metamorfosis* xii.70-145. <<

[10] Primer Mitógrafo Vaticano: 210; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 307. <<

[11] Eustacio sobre la *Ilíada* de Homero xxiv.251, p.1348; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio i.478; Dictys Cretensis: v.9; Tzetzes: *loc. cit*. <<

[12] Benoit: *Le Román de Troie*. <<

[13] Apolodoro: *Epítome* iii.32; Homero: *Ilíada* xx.34 y ss. y 85-6; xxiii.740-7 y vii.467. <<

[14] Apolodoro: *Epítome* iii.32; Homero: *Ilíada* ii.690-3; xx.89 y ss. y 188 y ss.; Eustacio sobre la *Ilíada* de Homero iii.58; Escoliasta sobre la *Ilíada* de Homero i.184; Cipria, citada por Proclo: *Crestomatía* 1; Dictys Cretensis: ii.17. <<

[15] Homero: *Ilíada* v.305 y ss.; xx.178 y ss. y 585 y ss.; Filóstrato: *Heroica* 13. <<

[16] Homero: *Ilíada* ix.328-9; vi.395-7; xvii.575-7 y vi.413-28; Apolodoro: *Epítome* iii.33. <<

[17] Dictys Cretensis: ii.17; Homero: *Ilíada* i.366 y ss. y xvi.149-54; Eustacio sobre Homero págs. 77, 118 y 119. <<

[18] Dictys Cretensis: ii.18; Sófocles: *Áyax* 210; Horacio: Odas ii.4.5. <<

[19] Heráclides Póntico: *Alegorías homéricas* págs. 424-5; Homero: *Ilíada* vi.196 y ss.; Apolodoro: *Epítome* iii.34-5; Eustacio sobre Homero p.894. <<

[20] Cipria, citada por Proclo: *loc. cit.*; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio ii.81 <<

[21] Apolodoro: *Epítome* iii.8; Higinio: *Fábula* 105. <<

[22] Escoliasta sobre *Orestes* de Eurípides 432; Filóstrato: *Heroica* 10. **<<**

[23] Dictys Cretensis: ii.15; Cipria, citada por Pausanias: x.31.1; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 384 y ss. y 1097; Dares: 28. <<

[24] Pausanias: x.31.1 y ii.20.3; Filóstrato: *loc. cit*.; Escoliasta sobre *Orestes* de Eurípides 432; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio ii.81; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 384. <<

[25] Apolodoro: *Epítome* vi.8-9; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 384 y ss.; Eustacio sobre Homero p.24; Dictys Cretensis: vi.2. <<

[1] Dictys Cretensis: iii.1-3. <<

[2] Tolomeo Hefestiono: vi; Dictys Cretensis: iii.6; Cipria, citada por Proclo: *Crestomatía* 1. <<

[3] Homero: *Ilíada* i; Dictys Cretensis: ii.30; Primer Mitógrafo Vaticano: 211. <<

[4] Homero: *Ilíada* iii.; iv.1-129; v.1-417 y vi.l 19-236. <<

[5] Ateneo: i.8; Rawlinson: *Excidium Troiae*; Homero: *Ilíada* vii.66-132; Higinio: *Fábula* 112. <<

[6] Homero: *Ilíada* vii.436-50 y viii. <<

[7] Dictys Cretensis: ii.47; Higinio: *Fábula* 121; Homero: *Ilíada* ix. **<<**

[8] Servio sobre la *Eneida* de Virgilio i.473; Apolodoro: i.3.4; Homero: *Ilíada* x. <<

[9] Servio: *loc. cit*.; Dictys Cretensis: ii.45-6. <<

[10] Homero: *Ilíada* xi y xii. <<

[11] Homero: *Ilíada* xii-xiv. <<

[12] Dictys Cretensis: ii.43; Homero: *Ilíada* xvi. <<

[13] Higinio: *Fábula* 112; Filóstrato: *Vida de Apolonio de Tiana* i.l y *Heroica* 19.4; Pausanias: ii.17.3; Homero: *Ilíada* xvii. **<<**

[14] Dictys Cretensis: ii.48-52; Homero: *Ilíada* xviii-xix. **<<**

[15] Homero: *Ilíada* xxi. <<

[16] Homero: *Ilíada* xxii. <<

[17] Higinio: *loc. cit.*; Virgilio: *Eneida* i.487; Dictys Cretensis: iii. 12-14; Homero: *Ilíada* xxiii. **<<**

[18] Homero: *Ilíada* xxiv. <<

[19] Servio sobre la *Eneida* de Virgilio 1-491; Rawlinson: *Excidium Troiae*; Dares; 27; Dictys Cretensis: iii.16 y 27. <<

[20] Pausanias: ix.18.4; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 1194. <<

[21] Estesícoro, citado por Tzetzes: *Sobre Licofrón* 266; Tolomeo Hefestíono: vi., citado por Focio p.487. <<

[1] Quinto Esmirneo: *Posthomérica* i.18 y ss.; Apolodoro: *Epítome* v.1-2; Lesques: Pequeña *Ilíada*, citada por Pausanias: iii.26.7. <<

[2] Eustacio sobre Homero p.1696; Apolodoro: *loc. cit.*; Rawlinson: *Excidium Troiae*. <<

[3] Apolodoro: i.8.6; Homero: *Ilíada* ii.212 y ss., con Escoliasta sobre 219; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 999. <<

[4] Tzetzes: *loc. cit.*; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio i.495; Trifiodoro: 37; Arctino de Mileto: *Aetbiopis*, citado por Proclo: *Crestomatía* 2; Pausanias: x.31.1 y v.11.2. <<

[5] Tzetzes: *Sobre Licofrón* 995. <<

[6] Servio sobre la *Eneida* de Virgilio i.493; Apolodoro: iii.12.4 y *Epítome* v.3. <<

[7] Diodoro Sículo: ii.22; Pausanias: i.42.2; Herodoto: v.54; Estrabón: xv.3.2; Esquilo, citado por Estrabón: *loc. cit*. <<

[8] Diodoro Sículo: *loc. cit.*; Pausanias: x.31.2; Ovidio: Amores i.8.3-4; Homero: *Odisea* xi.522; Arctino, citado por Proclo: *Crestomatía* 2. <<

[9] Dictys Cretensis: iv.4. <<

[10] Apolodoro: *Epítome* v.3; Píndaro: *Odas píticas* vi.28 y ss. <<

[11] Apolodoro: i.9.9 y iii.10.8; Homero: *Odisea* iii.452; Higinio: *Fábula* 252; Filóstrato: *Heroica* iii.2. <<

[12] Homero *Odisea* iii.112; xxiv.17 e *Ilíada* xxxiii.556; Eustacio sobre Homero p.1697. <<

[13] Homero: *Odisea* xxiv.16 y 78; Pausanias: iii.19.11. <<

[14] Dictys Cretensis: iv.5; Quinto Esmirneo: *Posthomérica* ii.224; Filóstrato: *Imaginaciones* ii.7; Esquilo: *Psychostasia*, citado por Plutarco: *Cómo debe escuchar un joven la poesía* 2. <<

[15] Dictys Cretensis: iv.6; Filóstrato: *Heroica* iii.4. <<

[16] Diodoro Sículo: ii.22; Estrabón: xiii.1.11. <<

[17] Apolodoro: iii.12.4; Arctino de Mileto: *Aethiopis*, citado por Proclo: *Crestomatía* 2; Ovidio: *Metamorfosis* xiii.578. **<<**

[18] Servio sobre la *Eneida* de Virgilio i.755 y 493; Pausanias: x.31.2; Escoliasta sobre *Las nubes* de Aristófanes 622. <<

[19] Dictys Cretensis: vi.10. <<

[20] Simónides, citado por Estrabón: xv.3.2; Pausanias: iii.3.6 y i.42.2. <<

[21] Arctino de Mileto: *Aethiopis*, citado por Proclo: *Crestomatía* 2; Ovidio: *Metamorfosis* xii.580 y ss.; Higinio: *Fábula* 107; Apolodoro: *Epítome* v.3. <<

[22] Higinio: *loc. cit.*; Apolodoro: *Epítome* v.4; Homero: *Odisea* xxiv.42. <<

[23] Rawlinson: *Excidium Troiae*; Dares: 34; Dictys Cretensis: iv.ll; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio vi.57; Segundo Mitógrafo Vaticano: 205. <<

[24] Dictys Cretensis: iv.10-13; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio iii.322; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 269. <<

[25] Quinto Esmirneo: iii.766-80; Apolodoro: *Epítome* v.5; Dictys Cretensis: iv.13-14; Tzetzes: *Posthomérica* 431-67; Homero: *Odisea* xxiv.43-84. <<

[26] Estrabón xi.2.6; Arctino de Mileto: *Aethiopis*, citado por Proclo: *Crestomatía* 2; Apolodoro: *loc. cit*. <<

[27] Pausanias: iii.19.11; Filóstrato: *Heroica* xx.32-40. <<

[28] Tzetzes: *Sobre Licofrón* 143 y 174; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio. <<

[29] Homero: *Odisea* xi.471-540; Ibico, citado por Escoliasta sobre Apolonio de Rodas: iv.815; Apolodoro: *loc. cit*. **<<**

[30] Filóstrato: *Heroica* xix.14; Pausanias: vi.23.2 y iii.20.8. <<

[1] Homero: *Odisea* xi.543 y ss.; Argumento de *Áyax* de Sófocles. **<<**

[2] Higinio: *Fábula* 107. <<

[3] Píndaro: *Odas nemeas* viii.26 y ss.; Ovidio: *Metamorfosis* xii.620 y ss.; Apolodoro: *Epítome* v.6; Escoliasta sobre la *Odisea* de Homero xi.567. **<<**

[4] Lasques: *Pequeña Ilíada*, citado por Escoliasta sobre *los Caballeros* de Aristófanes 1056. <<

[5] Homero: *Odisea* xi: 559-60. <<

[6] Sófocles: *Áyax*, con Argumento; Zenobio: Proverbios i.43. <<

[7] Sófocles: *Áyax*; Esquilo, citado por Escoliasta sobre *Áyax* 833 *Ilíada* xxüi.821; Arctino de Mileto: *Aethiopis*, citado por Escoliasta sobre las *Odas ístmicas* de Píndaro iii.53. <<

[8] Arctino: *Saqueo de Ilion*, citado por Eustacio sobre la *Ilíada* de Homero xiii.515. <<

[9] Apolodoro: *Epítome* v.7; Filóstrato: *Heroica* xiii.7. **<<**

[10] Dictys Cretensis: v.14-15. <<

[11] Argumento de *Áyax* de Sófocles. <<

[12] Homero: *Odisea* xi.543 y ss.; Pausanias: i.35.3; Filóstrato: *Heroica* i.2.
<<

[13] Pausanias: i.35.2-3; Ovidio: *Metamorfosis* xiii.382 y ss. <<

[14] Pausanias: i.28.12 y viii.15.3; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio i.619; Píndaro: *Odas nemeas* iv.60; Esquilo: *Los persas* i.35.2 y 5.2. **<<**

[15] Herodoto: vi.35; Pausanias: i.35.2; Plutarco: *Solón* xi. **<<**

[1] Apolodoro: *Epítome* v.8; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 911; Sófocles: *Filoctetes* i, y ss. <<

[2] Higinio: *Fábula* 102; Eustacio sobre Homero p.330; Tolomeo Hefestiono: vi., citado por Focio p.490; Filóstrato: *Heroica* 5. <<

[3] Tolomeo Hefestiono: v., citado por Focio p.486; Pausanias: 1.22.6. <<

[4] Apolodoro: *loc. cit.*; Filóstrato: *loc. cit*. y Filoctetes 915 y ss. y 1409 y ss.
<<

[5] *Orfeo y Dionisio*, citados por Tzetzes: *Sobre Licofrón* 911 y ss.; Apolodoro: *loc. cit*. <<

[6] Tzetzes: *Sobre Licofrón* 61-2; 64 y 911; Lesques: *Pequeña Ilíada*; Apolodoro: iii.12.6. <<

[7] Apolodoro: *Epítome* v.9; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 143 y 168; Eurípides: *Las troyanas* 955-60; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio ii.166. <<

[8] Apolodoro: *Epítome* v.9-10; Sófocles: *Filoctetes* 606; *Orfeo*, citado por Tzetzes: *Sobre Licofrón* 911; Dictys Cretensis: iv.18. <<

[9] Sófocles: *Filoctetes* 1337-42; Apolodoro: *loc. cit*.; Tzetzes: *loc. cit*. **<<**

[10] Apolodoro: *Epítome* v.ll; Pausanias: v.13.3; Homero: *Odisea* xi.506 y ss.; Filóstrato: *Imaginaciones* 2; Quinto Esmirneo: *Posthomérica* vi.57-113 y vii.169-430; Rawlinson: *Excidium Troiae*; Lesques: *loc. cit*. <<

[11] Escoliasta sobre la *Odisea* de Homero xi.520; Dictys Cretensis: iv.14; *Pequeña Ilíada*, citada por Pausanias: iii.26.7; Apolodoro: *Epítome* v.12. **<<**

[12] Dictys Cretensis: iv.22 y v.8. <<

[13] Eurípides: *Hécuba* 239-50; Homero: *Odisea* iv.242 y ss.; Lesques: *loc. cit*. <<

[14] Apolodoro: *Epítome* v.13; Sófocles: fragmento 367; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio ii.166; Escoliasta sobre la *Ilíada* de Homero vi.311; Suidas sub Paladión; Johannes Malalas: *Cronografía* v.p.109, ed. Dindorf: Dictys Cretensis: v.5 y 8. <<

[15] Conón: *Narraciones* 34; Servio: *loc. cit*. <<

[16] Dionisio de Halicarnaso: i.68 y ss.; Ovidio: *Fasti* vi.434. <<

[1] Higinio: *Fábula* 108; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 219 y ss.; Apolodoro: *Epítome* v.14. <<

[2] Eurípides: *Las Troyanas* 10; Dictys Cretensis: i.17; Estesícoro, citado por Eustacio sobre Homero p.1323; Ateneo: x.p.457; Homero: *Ilíada* xxiii.665; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 930; Hesiquio sub Epeo. <<

[3] Homero: *Odisea* viii.493; Apolodoro: *Epítome* v.14-15. <<

[4] Tzetzes: *loc. cit.* y *Posthomérica* 641-50; Quinto Esmirneo: *Posthomérica* xii.314-35; Apolodoro: *Epítome* v.14; *Pequeña Ilíada*, citada por Apolodoro: *loc. cit.*; Higinio: *loc. cit.* <<

[5] Apolodoro: *Epítome* v.14-15; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 344. <<

[6] Virgilio: *Eneida* ii.13-249; Lesques: *Pequeña Ilíada*; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 347; Apolodoro: *Epítome* v.16-17; Higinio: *Fábula* 135. <<

[7] Virgilio: *loc. cit.* <<

[8] Euforión, citado por Servio sobre la *Eneida* de Virgilio ii.201; Higinio: *loc. cit.*; Virgilio: *loc. cit*. <<

[9] Apolodoro: *Epítome* v.18; Higinio: *loc. cit.*; Tzetzes: *loc. cit.*; Lisímaco, citado por Servio sobre la *Eneida* de Virgilio ii.211. **<<**

[10] Tesandro, citado por Servio sobre la *Eneida* de Virgilio: *loc. cit.*; Higinio: *loc. cit.*; Quinto Esmirneo: *Posthomérica* xii.444-97; Arctino de Mileto: *Saqueo de Ilion*; Tzetzes: *loc. cit.*; Virgilio: *loc. cit.* <<

[11] Homero: *Odisea* viii.504 y ss.; Apolodoro: *Epítome* v.16-17; Arctino de Mileto: ibid.; Lesques: *loc. cit*.; Trifiodoro: *Saqueo de Troya* 316 y ss. y 3404. <<

[12] Homero: *Odisea* xi.523-32 y iv.271-89; Trifiodoro: *Saqueo de Troya* 463-90. <<

[13] Trifiodoro: *Saqueo de Troya* 487-521; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio ii.255 Lesques: *loc. cit.*; citado por Tzetzes: *Sobre Licofrón* 344, Apolodoro: *Epítome* v.19. <<

[14] Virgilio: *Eneida* ii.256 y ss.; Higinio: *Fábula* 108; Apolodoro: *Epítome* v.20; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 340. <<

[15] Apolodoro: *loc. cit.* <<

[1] Apolodoro: *Epítome* v.21; Eurípides: *Hécuba* 23; Virgilio: *Eneida* ii.506-57. <<

[2] Lesques: *Pequeña Ilíada*, citado por Pausanias: x.27.1; Virgilio: *loc. cit*.; Apolodoro: *loc. cit*.; Eurípides: *Las troyanas* 16-17. <<

[3] Homero: *Odisea* viii.517-20; Apolodoro: Epítome v.22; Higinio: *Fábula* 240; Pausanias: v.18.1; Lesques: *Pequeña Ilíada*, citado por Escoliasta sobre *Lisístrata* de Aristófanes 155; Virgilio: *Eneida* vi. 494 y ss.; Dictys Cretensis: v. 12. <<

[4] Apolodoro: *Epítome* v.21; Homero: *Ilíada* iii.123; Lesques: *Pequeña Ilíada*, citado por Pausanias: x.26.3; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio i.246; Sófocles: *Captura de Troya*, citado por Estrabón: xiii.1.53. **<<**

[5] Pausanias: x.27.2; Píndaro: *Odas píticas* v.82 y ss.; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio i.246; Estrabón: xiii.1.53. <<

[6] Livio: i.l; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio i.246. <<

[7] Livio: *loc. cit*.; Apolodoro: *Epítome* v.21; Dionisio de Halicarnaso: i.48.
<<

[8] Dionisio de Halicarnaso: i.48.49 y 64; Eliano: *Varia Historia* iii.22; Higinio: *Fábula* 254; Estrabón: xiii.608; Pausanias: viii.12.5; Virgilio: *Eneida*, passim; Plutarco: *Rómulo* 3; Livio: i_2; Lesques: *Pequeña Ilíada*, citado por Tzetzes: *Sobre Licofrón* 1268. **<<**

[9] Higinio: *Fábula* 101; Homero: *Ilíada* vi.123-4; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 495 y ss. y 314; Apolodoro: *Epítome* v.23. **<<**

[10] Escoliasta sobre *Las troyanas* de Eurípides 31; Apolodoro: *Epítome* v.22; Lesques: *Pequeña Ilíada*, citado por Pausanias: x.25.3; Higinio: *Fábula* 243; Pausanias: v.19.1; Dión Crisóstomo: *Oraciones* xi.i.p.179, ed. Dindorff; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 495; Partenio: *Historias de amor*: 16. **<<**

[11] Arctino de Mileto: *Saqueo de Ilion*; Virgilio: *Eneida* ii.406; Apolodoro: *loc. cit.*; Escoliasta sobre la *Ilíada* de Homero xiii.66. <<

[12] Tzetzes: *Sobre Licofrón* 365; Apolodoro: *Epítome* v.23; Pausanias: x.31.1; i.15.3 y x.26.1; Homero: *Odisea* iv.99. **<<**

[13] Higinio: *Fábula* 116; Escoliasta sobre la *Ilíada* de Homero xiii.66; Licofrón: 1141-73, con Escoliasta de Tzetzes; Polibio: xii.5; Plutarco: *Sobre la lentitud de la justicia divina* xii; Estrabón: xiii.1.40; Eliano: *Varia Historia*, Fragmento 47; *Eneas láctico* xxxi.24. <<

[14] Homero: *Ilíada* vi.402; Apolodoro: *loc. cit.*; Eurípides: *Las troyanas* 719 y ss.; Higinio: *Fábula* 109; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio ii.457; Trifiodoro: *Saqueo de Troya* 644-6. <<

[15] Apolodoro: loe cit.; Lesques: *Pequeña Ilíada,* citado por Tzetzes: *Sobre Licofrón* 1268; Pausanias: x.25.4. <<

[16] Séneca: *Troades* 524 y ss. y 1063 y ss. <<

[17] Servio sobre la *Eneida* de Virgilio iii.322; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 323; Quinto Esmirneo: *Posthomérica* xiv-210-328; Eurípides: *Hécuba* 107 y ss. <<

[18] Servio sobre la *Eneida* de Virgilio: *loc. cit*.; Eurípides: *loc. cit*. <<

[19] Eurípides: *Hécuba* 218 y ss. y 521-82. <<

[20] Ovidio: *Metamorfosis* xiii.439 y ss.; Pausanias: x.25.4. <<

[21] Filóstrato: *Heroica* xix.ll. <<

[22] Homero: *Ilíada* xxii.48 y xx.407 y ss.; Higinio: *loc. cit*. y 240. **<<**

[23] Dictys Cretensis: ii.18.22 y 27; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio iii.6.
<<

[24] Apolodoro: *loc. cit.*; Higinio: *Fábula* 111; Dictys Cretensis: v.16; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 1176. <<

[25] Eurípides: *Hécuba*; Ovidio: *Metamorfosis* xiii.536 y ss. <<

[26] Dictys Cretensis: v.17; Abas, citado por Servio sobre la *Eneida* de Virgilio ix.264; Livio: i.l. <<

[1] Apolodoro: *Epítome* vil; Homero: *Odisea* iii.130 y ss. y iv.77-592; Hagias, citado por Proclo (*Fragmentos épicos griegos* p.53, ed. Kinakel). <<

[2] Apolodoro: ii.1.5 y *Epítome* vi.ll; Eurípides: *Helena* 766 y ss. y 1126 y ss.; Higinio: Fábula 116; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio xi.260. **<<**

[3] Apolodoro: *Epítome* vi.2-4; Estrabón: xiv.1.27, citando a Hesíodo, Sófocles y Ferécides; Tzetzes: *Sobre Ucofrón* 427 y 980. <<

[4] Apolodoro: *Epítome* vi.18; Pausanias: iii.26.7; Estéfano de Bizancio sub Syrna; Estrabón: vi.3.9; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 1047. <<

[5] Apolodoro: iii.7.7 y *Epítome* vi.19; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 440-42; Estrabón: xiv.5.16; Pausanias: i.34.3; Luciano: *Alejandro* 19; Plutarco: *Por qué los oráculos guardan silencio* 45; Cicerón: *Sobre la adivinación* i.40.88; Dión Casio: lxxii.7. <<

[6] Apolodoro: *Epítome* vi.12 y 13; Hagias: *loc. cit*.; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio ii.166; Escoliasta sobre la *Odisea* de Homero iii.188. <<

[7] Dictys Cretensis: vi.7-9. <<

[8] Homero: *Odisea* iv.1-9; Apolodoro: *Epítome* vi.13-14; Eurípides: *Andrómaca* 891-1085 y *Orestes* 1649, con Escoliasta; Higinio: *Fábula* 123; Eustacio sobre la *Odisea* de Homero iv.3; Escoliasta sobre *Andrómaca* de Eurípides 32 y 51; Ovidio: *Heroidas* viii.31 y ss.; Fragmentos de Sófocles ii.441 y ss., ed. Pearson; Pausanias: x.7.1 y x.24.4-5; Píndaro: *Odas nemeas* vii.50-70, con Escoliasta; Virgilio: *Eneida* iii.330; Estrabón: ix.3.9. <<

[9] Apolodoro: *Epítome* v.16; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 495; Luciano: *Sobre la danza* 40; Higinio: *Fábula* 59; Servio sobre las *Églogas* de Virgilio v.10. <<

[10] Plutarco: *Vidas paralelas* 23; Dictys Cretensis: vi.2; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 609; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio viii.9; Higinio: *Fábula* 175; Apolodoro: i.8.6; Pausanias: ii.25.2. <<

[11] Pausanias: i.11; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio viii.9 y xi.246; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 602 y 618; Estrabón: vi.3.8-9; Escoliasta sobre *Odas nemeas* de Píndaro x.12; Escilax: p.6. <<

[12] Apolodoro: *Epítome* vi.10; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 384-6; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio iii.121 y xi.264; Primer Mitógrafo Vaticano: 195; Segundo Mitógrafo Vaticano: 210; Virgilio: *Eneida* 121 y ss. y 400 y ss. **<<**

[13] Tzetzes: *Sobre Licofrón* 911, citando *Epítome* de Apolodoro; Homero: *Ilíada* ii.717 y ss.; Estrabón: vi.1.3; Aristóteles: *Mirabilia* 107. **<<**

[14] Tzetzes: *Sobre Licofrón* 911; Pausanias: i.17.6. <<

[15] Homero: *Odisea* iv.209; Pausanias: iv.3.4; Higinio: *Fábula* 10. <<

[1] Homero: *Odisea* ix.39-66. <<

[2] Apolodoro: *Epítome* vii.2-3; Homero: *Odisea* ix.82-104; Herodoto: iv.177; Plinio: *Historia natural* xiii.32; Higinio: *Fábula* 125. <<

[3] Homero: *Odisea* ix.105-542; Higinio: *loc. cit.*; Eurípides: *Cíclopes*; Apolodoro: *Epítome* vii.4-9. <<

[4] Homero: *Odisea* x.1-76; Higinio: *loc. cit.*; Ovidio: *Metamorfosis* xiv.223-32. <<

[5] Tucídides: i2; Plinio: *Historia natural* iii.5.9 y 8.14; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 662 y 956; Silio Itálico: vii.410 y xiv.126; Cicerón: *Contra Ático* ii.13; Horacio: *Odas* iii.17. <<

[6] Homero: *Odisea* x.30-132; Higinio: *loc. cit*.; Apolodoro: *Epítome* vii.12; Ovidio: *Metamorfosis* xiv.233-44. <<

[7] Homero: *Odisea* x.133-574 y xii.1-2; Higinio: *loc. cit.*; Ovidio: *Metamorfosis* xiv.246-440; Hesíodo: *Teogonia* 1011-14; Eustacio sobre la *Odisea* de Homero xvi.118. <<

[8] Homero: *Odisea* xi; Higinio: *loc. cit.*; Apolodoro: *Epítome* 17. <<

[9] Homero: *Odisea* xii; Apolodoro: *Epítome* vii.19; Apolonio de Rodas iv.898; Eliano: *Sobre la naturaleza de los animales* xvii.23; Ovidio: *Metamorfosis* v.552-62; Pausanias: ix.34.3; Higinio: *Fábulas* 125 y 141; Sófocles: *Odiseo*, fragmento 861, ed. Pearson. <<

[10] Plutarco: *Cuestiones convivales* ix.14.6; Escoliasta sobre la *Odisea* de Homero xii.39; Higinio: *Fábulas loc. cit.* y Prefacio; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 712; Eustacio sobre la *Odisea* de Homero xii.167. <<

[11] Servio sobre la *Eneida* de Virgilio iii.420; Apolodoro: *Epítome* vii.71; Homero: *Odisea* xii.73-126 y 222-59; Higinio: *Fábulas* 125, 199 y Prefacio; Apolonio de Rodas: iv.828, con Escoliasta; Eustacio sobre Homero p.1714; Tzetzes. *Sobre Licofrón* 45 y 650; Ovidio: *Metamorfosis* xiii.732 y ss. y 906 y ss. <<

[12] Homero: *Odisea* xii.127-453; Apolodoro: i.2.7 y *Epítome* vii.22-3; Hesíodo: *Teogonia* 359. <<

[13] Homero: *Odisea* v.13-493 y vii.243-66; Higinio: *Fábula* 125; Hesíodo: *Teogonia* 1111 y ss.; Escoliasta sobre Apolonio de Rodas: iii.200; Eustacio sobre la *Odisea* de Homero xvi.118; Apolodoro: *Epítome* vii.24. **<<**

[14] Homero: *Odisea* xiii.1-187; Apolodoro: *Epítome* vii.25; Higinio: loc cit.
<<

[1] Homero: *Odisea* xiii.187 y ss. y xvi.245-53; Apolodoro: *Epítome* vii.26-30. <<

[2] Homero: *Odisea* xix.136-58 y xiv.80-109; Higinio: *Fábula* 126; Apolodoro: *Epítome* vii.il. <<

[3] Homero: *Odisea* xiv-xvi; Apolodoro: *Epítome* vii.32. <<

[4] Homero: *Odisea* xvii; Apolodoro: *loc. cit*. <<

[5] Homero: *Odisea* xviii. <<

[6] Homero: *Odisea* xix. <<

[7] Homero: *Odisea* xx-xxii; Higinio: *loc. cit.*; Apolodoro: *Epítome* vii.33. <<

[8] Homero: *Odisea* xxii-xxiv. <<

[9] Plutarco: *Cuestiones griegas* 14. **<<**

[10] Homero: *Odisea* xi. 119-31; Apolodoro: *Epítome* vii.34. <<

[11] Apolodoro: *loc. cit*.; Eugamón de Cirene, citado por Proclo: *Epicorum Graecorum Fragmenta* 57 y ss., ed. Kinkel; Higinio: *Fábula* 127; Pausanias: viii.12.6; Escoliasta sobre la *Odisea* xi.134; Eustacio sobre la *Odisea* xi.133; Partenio: *Fábulas amorosas* 3; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 794; Dictys Cretensis: vi.4 y ss.; Servio sobre la *Eneida* de Virgilio ii.44; Fragmentos de Sófocles ii.105 y ss., ed. Pearson. <<

[12] Servio: *loc. cit.*; Pausanias: viii.12.5 y ss.; Cicerón: *Sobre la naturaleza de los dioses* iii.22.56; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 772, citando a Duris el samio. <<